

HUÉ 1968

El punto de inflexión en la guerra del Vietnam

MARK BOWDEN

Bestseller
del
*New York
Times*

«Una obra maestra de la no ficción narrativa. *Hué 1968* alcanza la carga emotiva y la universalidad de obras del calibre de *Por quién doblan las campanas* o *Sin novedad en el frente*.»

Michael Mann (*Ali*, *Heat*, *Collateral*)

Ariel

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Mapa

PARTE UNO. LA INFILTRACIÓN

1. El Escuadrón Río Huong
2. Treinta y nueve días
3. Spizzerinctum
4. La Capital Imperial
5. Alcohol de contrabando y huevos de pato a medio eclosionar
6. Nhan dan
7. Andy y Mimi
8. Banh Chung y Gio Cha
9. Soldados de palacio
10. Odio en la sangre

11. Una noche hermosa

PARTE DOS. LA CAÍDA DE HUÉ

1. Fuegos artificiales
2. La base
3. Una potente pitón
4. Una tarde de combates callejeros
5. Una misión estúpida

PARTE TRES. FUTILIDAD Y NEGACIÓN

1. Arroz IR8
2. Tantos como hormigas
3. ¿Así que quieres ir a Vietnam?
4. Se había logrado la consternación
5. Los snuffies y la mujer más dura del mundo
6. Llega el Carruaje

PARTE CUATRO. CONTRAATAQUE EN EL TRIÁNGULO Y DESASTRE EN LA CHU

1. Sus más y sus menos
2. TFP
3. Ernie el Grande
4. Amo a los putos marines
5. La escapada
6. Agarrados al cinturón del enemigo
7. La escuela Jeanne d'Arc
8. ¡Mira tu patético culo!
9. La triste ribera del Aqueronte

PARTE CINCO. ARRASAR EL TRIÁNGULO

1. Banderas de rendición, banderas de espanto
2. Algo va mal allí
3. El barrido

4. Resistir
5. Vaught
6. Que se joda, va con el otro bando
7. El infierno es una mierda
8. Su Rareza Real
9. Como hombres que habían caído del cielo
10. La guerra es el infierno

PARTE SEIS. RETOMAR LA CIUDADELA

1. Jodidos en racimo
2. No dudamos del resultado
3. Agentes aleatorios del desastre
4. Primer Concurso Anual de Tiro al Pavo de la ciudad de Hué
5. La torre
6. Lefty
7. ¿Por qué estáis haciendo esto?
8. Así son las cosas
9. La Chu
10. Jaque mate
11. El precio
12. ¿Por qué deberían seguir luchando?
13. Hamburguesas Krystal y el camión

Epílogo

Agradecimientos

Glosario vietnamita

Notas y fuentes

Créditos de las imágenes

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte



Sinopsis

Gracias a un acceso sin precedentes a archivos de la guerra en EEUU y en Vietnam, así como a entrevistas con participantes de ambos bandos, Bowden narra cada fase de esta crucial batalla a través de múltiples puntos de vista.

En la madrugada del 31 de enero de 1968, el ejército norvietnamita ejecutó más de un centenar de ataques simultáneos por todo Vietnam del Sur en lo que se acabaría conociendo como la Ofensiva del Tet. El momento clave del Tet fue la captura de Hué, la capital intelectual y cultural de Vietnam. Tras varios días de combates inútiles y letales, el teniente coronel Ernie Cheatham acabaría dando con una estrategia para retomar la ciudad, bloque a bloque y edificio por edificio, en la muestra de combate urbano más intenso desde la Segunda Guerra Mundial.

Mark Bowden

Hué
1968

El punto de inflexión
en la guerra de Vietnam

Traducción de Joan Andreanó-Weyland

Ariel

Para Gene Roberts

La sabiduría nos llega cuando ya no nos sirve de nada.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ



Horas antes del alba, el 31 de enero de 1968, primer día del Tet (Año Nuevo Lunar), casi diez mil soldados del Ejército de Vietnam del Norte (EVN) y del Vietcong (VC) descendieron desde sus campamentos ocultos en las Tierras Altas Centrales y arrasaron Hué, la capital histórica de Vietnam. Era un movimiento extraordinariamente atrevido y sorprendente: tomar la tercera mayor ciudad de Vietnam del Sur varios años después de la intervención militar estadounidense que debía inclinar la balanza de la guerra de modo decisivo a favor de Saigón. El Frente Nacional de Liberación (FNL),^[1] como se autodenominaba la coalición de fuerzas comunistas, había logrado la sorpresa total y tomado Hué casi por completo, con la única excepción de dos cuarteles fortificados: una base del Ejército de la República de Vietnam (ERVN) al norte de la ciudad y un pequeño emplazamiento de asesores militares estadounidenses al sur. Entre ambos no tenían sino unos pocos centenares de hombres, estaban cercados y corrían el riesgo de ser arrasados en cualquier momento.

Fueron necesarios veinticuatro días de terribles combates para recuperar la ciudad. La batalla de Hué fue la más sangrienta de la guerra de Vietnam, y constituyó un punto de inflexión no solo en ese conflicto, sino en la historia de Estados Unidos. Cuando acabó, el debate que tenía lugar en Estados Unidos con respecto a la guerra ya no trataba sobre cómo ganarla, sino tan solo sobre cómo abandonarla. Los estadounidenses ya no volverían a confiar ciegamente en sus líderes nunca más.

PARTE UNO

LA INFILTRACIÓN

1967 – 30 de enero de 1968



Che Ti Mung (izquierda) y Hoang Thi No, aldeanas adolescentes del Escuadrón Río Huong, que lucharon contra fuerzas estadounidenses y del ERVN.



Frank Doezema, el operador de radio estadounidense que se encargó de la torre de guardia de la base del CAMV cuando atacaron las tropas del Frente.



El presidente Johnson y el general William Westmoreland en el Jardín de las Rosas, durante la gira de *spiz-zerinctum* del segundo, en noviembre de 1967.



Nguyen Dac Xuan, el poeta budista que se convirtió en propagandista y comisario del Frente.



1

El Escuadrón Río Huong

Por la tarde, a lo largo de la calle Le Loi, los patios de las escuelas vierten torrentes de niños uniformados como bandadas de pájaros, con sus mochilas sacudiéndose en sus espaldas, montando en bicicleta, los niños con camisetas y pantalones cortos blancos, las niñas con su pelo largo y negro y las solapas de sus *ao dai* al viento.

Esta calle constituye el centro de Hué. Discurre junto a la orilla sur del río Huong y está flanqueada, a intervalos regulares, por plátanos que se inclinan sobre un flujo incesante de ciclomotores y coches. En el lado norte de la calle, a lo largo de la orilla, hay un amplio paseo verde, y en el lado sur hay una hilera de imponentes edificios de piedra, tras altos muros pintados en tonos pastel de verde, amarillo, rojo, marrón y rosa. Al otro lado del río se elevan los altos muros de piedra moteada de la Ciudadela, una monumental fortaleza de épocas pasadas. El nombre del río, Huong, evoca el agradable aroma del incienso o los pétalos blancos y rosas que la corriente arrastra en otoño desde los huertos del norte. Los estadounidenses lo llamaban *The Perfume River* (el río Perfume).

En 1968 había más bicicletas que ciclomotores y coches bajo los árboles de la calle Le Loi. En la portada de la guía que recibían los soldados estadounidenses de camino a la guerra de Vietnam aparecía la imagen ilustrada de una chica montando en bicicleta, vestida con un *ao dai*, la

tradicional túnica con faldones delante y detrás, y el típico sombrero cónico (el *non la*).[1]

Che Thi Mung era una de esas chicas que, en enero de aquel año, conducía su bicicleta por las calles de Hué. Por aquel entonces, tenía dieciocho años y era tan bonita como la ilustración del manual. Che era una chica de origen rural, con escasos estudios. Montada sobre su bicicleta, era la imagen misma de la inocencia: delgada, con una cara redonda, grandes ojos y pómulos prominentes. Trabajaba con su familia en los arrozales y ayudaba a tejer sombreros *non la* con hojas de palma, que luego vendía por las calles de la ciudad. Apilaba los sombreros y los fijaba a su bicicleta.

Pero Che no era ni tan inocente ni tan amistosa como parecía. No sabía nada del conflicto global de ideas que había llevado a los soldados estadounidenses a Vietnam, pero la guerra era su vida. Su posición en ella no dejaba lugar a dudas. Odiaba al régimen de Saigón, la República de Vietnam, con toda la pasión de la juventud. Este rencor era, en gran parte, algo heredado. Antes de que ella naciera, su padre había luchado con el Viet Minh contra los franceses y, cuando ella era una niña, había sido aprisionado por el régimen de Saigón, sucesor de los franceses, durante años. En su mente eran lo mismo, solo que ahora la sombra tras el opresor local no era Francia, sino Estados Unidos. Su padre, un albañil, había luchado durante toda su vida. Para Che, la guerra se había vuelto un asunto mucho más personal unos años atrás, cuando el ERVN mató a su hermana mayor, una líder del clandestino VC. Llamaba *nguy* (falsos) a los soldados del régimen, una palabra que en vietnamita sugiere que, tras una apariencia asiática, familiar, se enmascara un alma extranjera.[2]

Después de la muerte de su hermana, los *nguy* habían llegado buscando colaboradores del Vietcong hasta Van The, su aldea, una pequeña comunidad de granjeros y comerciantes del barrio de Thuy Thanh, al sudeste de la ciudad. Quedaba apartado de las rutas, rodeado por arrozales bien mantenidos: un paisaje abierto, llano y plácido. El clima era húmedo la mayor parte del año, pero especialmente de diciembre a febrero: tres meses de frío intenso y una espesa niebla gris. Lejos, hacia el oeste, estaban los inhóspitos picos verdes de las Tierras Altas Centrales; al este, a tan solo unos kilómetros

de distancia, había playas y el mar de la China Meridional. Aproximadamente tres de cada cuatro personas en Van The compartían los sentimientos de Che hacia el régimen de Saigón, de modo que era territorio amigo para el VC. Tras la muerte de la hermana de Che, al padre lo escondieron unos amigos. Sabían que en cuanto los *nguy* averiguaran que su hermana era una líder del VC vendrían a por él.

Cuando llegaron, encontraron unos búnkeres vacíos junto a la casa de Che. Estos refugios eran habituales: los aldeanos los cavaban para refugiarse de las bombas y obuses, y a veces se empleaban para esconder armas para el VC. En ocasiones, ocultaban en ellos a los niños de la aldea para evitar que uno u otro bando los reclutara. El ERVN podía interpretarlos de cualquiera de esas formas.

En el caso de Che, resultaron suficientemente sospechosos, sumados a la actividad de su hermana y la desaparición de su padre, como para arrestarla. La llevaron a una base del ERVN en la ciudad, junto con su madre y su abuelo paterno. Sus interrogadores le echaron agua con jabón por la nariz y la garganta hasta prácticamente asfixiarla. Le pitaban los oídos. La garganta y la cabeza le ardían. Le exigieron que les dijera a dónde había ido su padre, así como los nombres de los combatientes del VC de su aldea.

Ella lloraba y suplicaba. ¡Solo era una niña! Les dijo que no sabía nada. ¿Por qué la torturaban? ¿Creían que el VC confiaba en chicas de dieciséis años? ¿No tenían hijas? ¿Hermanas? Durante el resto de su vida se sentiría orgullosa de la tenacidad con la que protegió sus secretos. No dijo nada a los *nguy*.

Se había unido a la organización del Vietcong cuatro años atrás, en su Organización de Jóvenes Pioneros.[3] Estaba tremendamente orgullosa de su hermana mártir, tenía el corazón roto por su muerte, temía por la vida de su padre y estaba decidida a seguir el ejemplo de ambos. Cuando la liberaron, junto con su familia, impusieron la ley marcial en Van The. Lo más infame era un toque de queda que confinaba a los aldeanos a sus casas desde las siete de la tarde. Pero los *nguy* no vivían en la aldea. No podían estar allí todo el tiempo, y no sabían en qué vecinos confiar. Era fácil, para guerrilleras como Che, evitar las patrullas y asistir a reuniones nocturnas y sesiones de

entrenamiento. Con respecto al resto de la aldea, la intrusión solo generó ira... y reclutas.

A veces Che veía a estadounidenses con las tropas del ERVN. Vestían uniformes similares, pero los estadounidenses eran fáciles de distinguir incluso a distancia, porque eran muy distintos. En primer lugar, eran mucho más grandes. Por la noche, ella y su familia escuchaban en la radio informes de bombardeos estadounidenses sobre Vietnam del Norte, e imaginaban la muerte, la destrucción y la tristeza. Pero no temía ni odiaba a los estadounidenses tanto como a los *nguy*, que para ella eran mucho peores. Habían traicionado a su propia gente. Hablaban su idioma y eran vietnamitas en todos los aspectos, excepto el más importante.

Durante los dos años posteriores a su arresto, Che vivió una vida doble: de noche, implicada revolucionaria; y de día, ciudadana respetuosa de la ley survietnamita. Encontró trabajo en la misma base del ERVN en la que había sido torturada, limpiando y haciendo encargos. La habían exculpado y liberado, y era tanta la gente a la que se sometía a este tipo de arrestos que incluso si aún había sospechas sobre ella, era muy improbable que la recordaran. Iba en bicicleta hasta la ciudad, vendía sus sombreros y trabajaba en la base, y la mayor parte de las tardes regresaba a casa y asistía a reuniones en las que ella y otras chicas de la aldea afilaban púas de bambú para ponerlas en trampas. Hacía guardia y daba la alarma cada vez que se acercaban *nguy* o estadounidenses. El equipo en el que estaba encuadrada (el de su hermana) tomaba porciones de la cosecha de la aldea y las transportaba a los campamentos ocultos en la jungla de las tierras altas, a la que los soldados llamaban sencillamente *xanh* (lo verde). En su mayor parte quienes lo hacían eran chicos. Las chicas animaban a los niños a unirse a los grupos revolucionarios juveniles, e intentaban reclutar aldeanos para la causa. Che les recordaba los amenazantes toques de queda, las groserías de los oficiales que periódicamente atravesaban la aldea, las detenciones arbitrarias y las acusaciones inventadas. Les decía que la paz y la libertad prometidas por los *nguy* y sus controladores estadounidenses era ilusoria. Su país estaba en guerra y seguiría en guerra hasta que invasores y traidores se hubieran ido. El auténtico Vietnam se alzaría, decía. Se hermanaría. Ella veía un futuro en el

que el pueblo vietnamita, libre, trabajaría unido para mejorar las condiciones de vida de todos.

Estaba ansiosa de luchar por ello. Cuando cumplió diecisiete años, un año después de su arresto, la admitieron en la Unión Juvenil,[4] en la que comenzó a trabajar directamente con los guerrilleros de las comunas. Durante sus sesiones nocturnas aprendían a desmontar, limpiar y montar de nuevo rifles como el KR-15 y el AK-47; cómo dispararlos y cómo disparar lanzagranadas B-40, y cómo manejar granadas. Una vez que se sacaba el seguro, tardaban siete segundos en explotar, de modo que había que contar con calma hasta cinco antes de lanzarlas. Una noche, aquel mismo año, Che tomó parte en un ataque móvil a una base de *nguy*, y disparó su arma contra el enemigo por primera vez.

Entonces, en octubre de 1967, sucedió lo más emocionante: la seleccionaron para unirse a otras chicas en un escuadrón especial. Estaría bajo el liderazgo de Pham Thi Lien, una chica de veinte años, nativa de su aldea, que había combatido junto a la hermana de Che. Durante la redada en la que habían arrestado a Che, sacaron a Lien de la aldea. Había huido a Vietnam del Norte, donde recibió entrenamiento político y militar formal. A su regreso se dedicó a reclutar solo a las jóvenes más capacitadas de varias aldeas de la zona. Junto con Che escogió a Hoang Thi No, cuyos padres ya trabajaban clandestinamente para el VC. Hoang era tan pequeña y delgada que parecía incluso más inofensiva que Che, pero había trabajado con ella reclutando e incluso en el mantenimiento de refugios subterráneos. Cuando las dos jóvenes de Van The conocieron a las otras de su nuevo escuadrón, Lien les dijo que su misión era prepararse para una gran ofensiva que se llamaría Tong-Tan-cong-Noi-day («Ofensiva General, Levantamiento General»). Tendría lugar durante el Tet, que en 1968, según el calendario chino, iba a ser Mau Than, el Año del Mono. Su parte más importante sería un ataque a Hué, de la que expulsarían, de una vez por todas, a los estadounidenses y los *nguy*. Del norte vendrían miles de soldados bien armados y entrenados que se unirían al VC y a otros patriotas locales. El pueblo se alzaría. La guerra acabaría. ¡El prometido día del autogobierno estaba al caer!

El grupo de Lien, más tarde denominado Escuadrón del Río Huong, era uno más de los muchos movilizados en secreto durante aquellos meses. Las chicas se sentían parte de algo grande, y no era solo un decir. Lien les dijo que tendrían que abandonar a sus familias. Se les asignaron cuatro misiones específicas: espiar a las fuerzas de *nguy* y estadounidenses de la ciudad; reclutar civiles para que se unieran al alzamiento y proporcionaran apoyo; entrenarlos en el uso de armas y en el conocimiento táctico; y construir un núcleo decidido que, cuando comenzara la batalla, transportara a los heridos a puestos médicos en la retaguardia y ayudase a alimentar al ejército. Armas, munición, alimentos y suministros médicos se pasarían de contrabando, se almacenarían y se distribuirían. En la ciudad, no se percibía a las chicas como una amenaza. Se movían libremente por todas partes. Podían vigilar los cuarteles militares y policiales, hacer mapas de las entradas y salidas, de sus defensas y emplazamientos de artillería, y anotar las cantidades de enemigos y sus rutinas. Podían documentar los hogares y hábitos de los occidentales que vivían en Hué. Había muchísimos civiles estadounidenses y europeos viviendo y trabajando allí, desde oficiales de la CIA a activistas por la paz. Se podían registrar las direcciones y rutinas de los traidores, los oficiales importantes del régimen de Saigón, líderes policiales y militares e incluso ciudadanos de cuya lealtad se sospechaba. Todos ellos rendirían cuentas.

Se dio a las chicas dinero para alquilar casas en Hué. Che se fue a vivir con una familia en Dap Da, un barrio de la orilla sur, donde el río Nhu Y desemboca en el Huong, a poca distancia a pie del centro de la ciudad desde el este. Vivían en una desvencijada casa de ladrillos y piedra. La familia estaba formada por un profesor, su hijo, que era sastre, y su nieta, una colegiala. Durante el día, Che se sentaba en la acera y tejía y vendía sombreros, y vigilaba. Cada cierto tiempo recogía sus cosas y pedaleaba hacia el oeste por la calle Le Loi, pasaba junto a la Universidad de Hué, el complejo hospitalario de la ciudad, los cuarteles de la policía, la prisión y los cuarteles provinciales. Vigilaba de cerca los muelles del río frente a la universidad, al pie del puente Truong Ten, donde los barcos estadounidenses iban y venían. La camarada de Che, Hoang, vendía sombreros y vigilaba el Hotel Huong Giang, el preferido por los estadounidenses, entre otros lugares.

Junto con otras chicas, a lo largo de meses, trazó un detallado retrato de las bases policiales y militares de Hué.

Uno de los objetivos de Che era la bulliciosa base estadounidense, el cuartel del Comando de Asistencia Militar del Vietnam (CAMV), a solo dos calles al sur desde el puente. Se trataba de una zona rectangular cercada, formada por anodinos edificios de dos o tres plantas y una verja. Dentro había un gran patio interior con un aparcamiento y una pista de tenis, que se usaba sobre todo para barbacoas. El aparcamiento estaba lleno de jeeps de color verde oliva y camiones de tres ejes. Una alta verja de acero (rematada con alambre de espino, vigilada con focos y salpicada de minas dispuestas para detonar al contacto) rodeaba el perímetro. Solo había dos puertas, protegidas por altas torres. En el exterior, en la acera, había búnkeres de sacos de arena. Se trataba de un pequeño fortín urbano sin defensas especialmente pesadas. Siempre había al menos un soldado aburrido, armado con una ametralladora, y con la mirada perdida en el constante flujo de bicicletas, coches, *rickshaws* y ciclomotores. Cada día, Che contaba los hombres y vehículos que entraban y salían, y memorizaba entradas y salidas, cambios de guardia, y la cantidad y los tipos de armamento.

Como en Da Dap no había agua corriente, Che caminaba cada tarde, con otras chicas del vecindario, hasta la fuente pública, donde llenaba garrafas para llevar a casa. Eso les servía como excusa para estar en la calle tras el toque de queda. La fila de chicas en la fuente pública, con sus coloridas blusas de seda, era como un cebo para los *nguy*, que en aquel barrio eran muchos. Al otro lado de la calle, frente a la fuente, había una escuela militar y un burdel. Las chicas hablaban, tonteaban y flirteaban con los soldados que iban y veían de ambos establecimientos, y así conseguían mucha información. Flirtear era especialmente útil. Una vez un soldado *nguy* entraba en el juego, Che solo tenía que preguntarle cuándo acababa su turno de guardia. Con el tiempo, se sabía de memoria los horarios de todas las bases que vigilaba. Nunca tomaba notas. Confiaba todos los detalles a su memoria e informaba a Lien.

Las chicas no sabían exactamente cuándo comenzaría el Tong-Tan-cong-Noi-day, pero cuando llegase el día (y sería pronto) les pedirían que

regresaran a sus aldeas. Desde allí guiarían a los soldados del EVN y del VC hacia la ciudad en la oscuridad para el ataque sorpresa. Una vez hubiese comenzado el combate, ayudarían transportando heridos y provisiones.

Para Che y otras chicas del Escuadrón del Río Huong, iba a ser el momento más importante de sus vidas.

2

Treinta y nueve días

Había sido un largo año para Frank Doezema. Sentía una profunda añoranza del hogar. Cada vez que escribía a casa, en Shelbyville, Michigan, cerca de Kalamazoo, señalaba los días que le quedaban en su servicio de un año en Vietnam. El 21 de enero escribió a sus hermanos: «Ya no falta mucho. ¡Cuidado, mundo, que ya voy! Cuando digo mundo, quiero decir los buenos viejos Estados Unidos, o Michigan, o Shelbyville, o sencillamente casa... Veamos, 55 días, es decir, ocho semanas».

Sabía exactamente qué haría a su regreso: trabajar en la granja de la familia y con el tiempo dirigirla, solo o con sus hermanos. En términos de carrera, lo único que quería eran maizales y vacas. Había recibido su diploma del Instituto Cristiano de Kalamazoo en 1966, y con eso había cerrado el capítulo de la escuela. Como todos los jóvenes con una visión clara de su futuro, Doezema tenía prisa. Había echado el ojo a una chica con la que pensaba casarse, aunque ella aún no lo sabía. Ya lo habría hecho hace tiempo, y sería un hombre de familia de no ser por la llamada a filas.

Todo varón sano graduado del instituto, en Estados Unidos, en 1966, sin planes universitarios era de inmediato candidato a reclutamiento. Era una realidad tenaz, como los impuestos. Casi todo el mundo tenía un padre o tíos que habían luchado en la segunda guerra mundial o en Corea (o en ambas) y muchos tenían abuelos que habían luchado en la primera guerra mundial. La

guerra estaba profundamente imbricada en la idea de masculinidad. Se la representaba de modo heroico en películas y series populares, en libros e incluso cómics: historias de hombres valientes que desafiaban a la muerte y superaban a enemigos en lugares lejanos por Dios, la familia y la bandera. Doezema no tenía prisas por ser soldado, pero tampoco cuestionó la llamada. En realidad, y sabedor de que no había prórrogas del reclutamiento por trabajos agrícolas, buscó el modo más eficaz de cumplir con su obligación. Aprovechó un programa del ejército diseñado para enfrentarse a la urgente necesidad de hombres en Vietnam, que reduciría su obligación de cuatro a dos años. Y, tal y como había esperado, a los pocos meses de completar su entrenamiento básico se encontraba en Vietnam.

Era un auténtico producto del Michigan rural: alto y delgado como un tallo de maíz, con el cabello rubio cortado a cepillo y una mandíbula larga y cuadrada. Con formación de operador de radio, pasó los primeros seis meses de su despliegue asignado a un capitán de marines llamado Jim Coolican que trabajaba como asesor de un batallón del ERVN. Al principio, Coolican rechazó a Doezema. El capitán era alto, de casi dos metros, y sobresalía entre los oficiales vietnamitas a los que asesoraba. Los francotiradores enemigos siempre escogían como objetivos a los oficiales y a los estadounidenses. Un oficial y su operador de radio debían estar siempre juntos: se precisaba la radio para pedir apoyo de artillería y aéreo, y a Coolican le preocupaba que estar con Doezema, que era casi tan alto como él, multiplicase el peligro por dos. Era especialmente peligroso para Doezema porque un operador de radio transportaba la unidad a la espalda: era grande y pesada y contaba con una larga antena. Coolican se consideraba valiente, pero no estúpido. Aun así, Doezema insistió. Le gustaba el capitán y le gustaba la idea de ver auténtico combate durante su servicio. Y por lo que había oído, las tropas aerotransportadas del ERVN solían combatir a menudo contra el enemigo. Con el tiempo, Coolican cedió y ambos trabajaron codo con codo a la perfección.

Vieron acción con asiduidad. Su batallón,^[1] parte de la Primera División del ERVN, estaba desplegado en el I Cuerpo, el sector más septentrional del país, que abarcaba cinco provincias de Vietnam del Sur y se extendía desde el

sur de Hué hasta la zona desmilitarizada (ZDM) y la frontera con el Norte. Era el lugar de infiltración más fácil para el EVN, y era evidente que Hanói preparaba algo gordo, porque estaban llegando muchos soldados. En el otoño de 1967 se habían producido frecuentes escaramuzas en el sector, y, contradiciendo la mala reputación de las fuerzas de Vietnam del Sur, los hombres con los que sirvieron Coolican y Doezema resultaron ser agresivos y competentes. En aquellos meses, los dos estadounidenses vieron más combate que la mayoría de sus compatriotas, y pese a su tamaño, ninguno resultó herido. Con el tiempo acabaron considerándose afortunados por su emparejamiento. Trabajaban codo con codo en el campo durante el día; comían juntos sus raciones y dormían uno al lado del otro, a menudo hablando en susurros de noche. Lo compartían todo. Con veintisiete años, Coolican era ocho años mayor que su operador de radio, quien siempre lo llamaba capitán o señor, pero con el tiempo la barrera de rango entre ellos casi se desvaneció. Coolican acabó sintiéndose como un hermano mayor de Doezema.

Los estadounidenses que aterrizaban en Vietnam eran extranjeros en tierra extraña. Pocos conocían la lengua, la historia, la cultura o siquiera, excepto a grandes rasgos, la naturaleza del conflicto, que era diferente en cada zona. Coolican y Doezema estaban viviendo una experiencia muy diferente. Vivían y trabajaban con sus homólogos vietnamitas. El capitán había recibido cierta formación en su idioma, pero ni él ni su operador de radio lo hablaban suficientemente bien como para decir algo más que unas pocas palabras imprescindibles. Y sin embargo, ambos habían acabado desarrollando un profundo respeto y admiración por sus compañeros del ERVN.

La mayoría de los soldados estadounidenses llamaban «Arvin» a las fuerzas locales (por sus siglas en inglés, ARVN), y no era un nombre que se usara de modo amable. Sugería una caricatura: un pequeño asiático vestido con uniforme y casco estadounidenses demasiado grandes (a menudo las tallas de los excedentes estadounidenses no se adecuaban a los vietnamitas), mal entrenado, desconocedor de las tácticas básicas de infantería, equipado con armamento de la época de la guerra de Corea, incompetente, renuente a

luchar y demasiado a menudo tendente al robo y a la deserción. Algunos de los hombres del ejército de Vietnam del Sur encajaban en esta descripción, de igual modo que algunos de los reclutas más renuentes de Estados Unidos distaban también de ser ideales. Demasiado a menudo, los oficiales que los dirigían eran incompetentes y corruptos. Se trataba de un problema constante. En gran parte por necesidad, los soldados estadounidenses se aislaban de un modo agresivo. Cuando no salían de patrulla se quedaban tras perímetros defensivos de alambre de espino y minas. Comían comida estadounidense, compraban productos estadounidenses en el Post Exchange (PX), el economato del ejército, miraban películas estadounidenses y escuchaban canciones estadounidenses en la radio. Se recomendaba no confraternizar con los nativos, aunque las casas de prostitutas hacían su agosto. De modo que los únicos vietnamitas que la mayoría de los soldados conocían eran exploradores, traductores, putas, trabajadores contratados para tareas de poca importancia en las bases estadounidenses o vendedores ambulantes de bienes y servicios, lícitos e ilícitos, en las cercanías. Los vietnamitas más emprendedores mezclaban jerga mercantil básica y jerga de la soldadesca, y añadían frases acuñadas por ellos mismos: «número diez» (*numbah ten*) significaba lo peor, y «número uno» (*numbah one*), lo mejor. Este primitivo dialecto reforzaba estereotipos despectivos, incluso si el vendedor ambulante que hablaba aquel inglés chapucero tenía habilidades lingüísticas que superaban a las de sus clientes. Y la mayoría de los estadounidenses veía con recelo a los nativos. El término peyorativo *gook* («amarillo») no solo se aplicaba al enemigo; había amarillos que eran enemigos, y luego estaban «nuestros amarillos». Incluso los mejor dispuestos eran muchas veces paternalistas, y veían a los «amarillos buenos» como personitas amables atrapadas en un pasado primitivo. El racismo teñía esta alianza de arriba abajo.

La experiencia de Coolican era la opuesta a todo esto. Con las tropas del ERVN a las que «asesoraba», él era el ignorante y carente de experiencia. La idea misma de que un universitario de los barrios bien de Filadelfia tuviera algo valioso que enseñar acerca del combate era risible. Los oficiales vietnamitas con los que Coolican servía eran, de lejos, mucho mejores

combatientes que él. Habían estado en guerra desde hacía años. Lo único importante que tenía para ofrecer era la radio de Doezema, la capacidad de solicitar artillería o apoyo aéreo estadounidense: algo que cambiaba las reglas del juego. Por esto les resultaba importante, no porque tuviera conocimiento alguno que impartir. Sin su radio, no era sino un marine alto que atraía el fuego enemigo.

Darse cuenta de esto ponía las cosas en su sitio. Coolican se encontró defendiendo a los soldados del ERVN del menosprecio instintivo de los estadounidenses. Había sido un cadete del ROTC[*] de la fuerza aérea en la Universidad de St. Joseph antes de optar por los marines. Vietnam había sido su objetivo. Era un idealista y un creyente convencido. Había crecido confiando en sus mayores, y aceptaba que, así como la generación de sus padres había combatido en Europa, el sur del Pacífico y Corea para proteger el estilo de vida americano, su generación tenía su propio papel que jugar conteniendo el comunismo. El discurso inaugural de Kennedy, con su evocación de la «antorcha que ha pasado a una nueva generación», caló hondo en él. Completó el entrenamiento básico y el de infantería en sus vacaciones de verano, y al graduarse lo nombraron teniente segundo. Su experiencia en Vietnam, de un año de duración ya, no había hecho sino ahondar su dedicación a la causa y a su carrera. Estaba exactamente donde quería y necesitaba estar.

Doezema y él se separaron hacia finales de 1967. Coolican había pedido (y obtenido) un traslado a los Hac Bao («Panteras Negras»), una unidad de élite del ERVN con reputación de feroz y preparada. Seleccionados personalmente, cuando no estaban luchando en la jungla, vestían un distintivo traje negro. El general Ngo Quang Trong, comandante de la Primera División del ERVN en Mang Ca, la base militar de la esquina noreste de la Ciudadela, la empleaba como fuerza de ataque rápido.

Para Doezema, esto significaba que sus días de lucha se acababan. Tras separarse de Coolican, primero fue a parar a una pequeña base estadounidense a las afueras de Hué, y después, a la base del CAMV. Aún trabajaba como operador de radio, pero ahora estaba rodeado por otros estadounidenses. Las calles eran relativamente seguras. En el corazón de la

bulliciosa ciudad era fácil pensar que la guerra era un conflicto menor en las fronteras salvajes de un próspero Vietnam del Sur. Había convoyes regulares que iban y venían de la base de marines de Phu Bai, doce kilómetros al sur, y, más allá, de la mayor base de Da Nang. Los barcos estadounidenses llegaban y zarpaban de los embarcaderos de la orilla sur del río Huong. Durante los años previos, la guerra había visitado la ciudad tan infrecuentemente que se consideraba que la base era retaguardia y quedaba lejos de posibles daños.

Tenía tiempo libre, y con él, cosas que hacer. Había restaurantes callejeros en los que saciar su gusto adquirido por la comida vietnamita; bares, museos, parques e incluso hitos históricos, como las tumbas de los antiguos emperadores y el ornamentado palacio real. Las playas del mar de la China Meridional quedaban unos pocos kilómetros al este. Doezema puso a prueba los conocimientos superficiales de vietnamita que había aprendido con Coolican. A veces usaba la radio para llamar al capitán, que aún acechaba por la selva con los Hac Bao, y por la noche conversaban, como en los viejos tiempos. El chico de granja iba pasando los últimos meses de su aventura, marcando los días en el calendario hasta retomar su vida real. Tenía amigos que hacían visitas de dos o tres días y se quedaban en su habitación. Se daban cuenta de que la chica vietnamita que limpiaba estaba enamorada de aquel estadounidense alto y rubio que la trataba con respeto y hacía el esfuerzo de hablar su idioma.

Había aún una cosa más en Doezema que era poco habitual. Hizo amigos vietnamitas. Uno era un chico de doce años cuya familia había vivido junto a su primera base en Hué. Se llamaba Quy Nguyen, y vivía en una gran casa con un jardín cercado a las afueras de la ciudad. Era el mayor de siete niños. Doezema y sus colegas conducían hasta la casa de los Nguyen con caramelos y enseñaban inglés a los niños y les daban paseos en el jeep. A cambio les hacían grandes banquetes de comida vietnamita que dejaban la cantina de la base a la altura del betún. En uno de esos viajes, en enero, Doezema dijo a Quy que pronto regresaría a casa. Puso su cámara y su reloj sobre la mesa y dijo al chico que escogiera. Quy escogió la cámara.

La carta del 21 de enero a sus hermanos Ardis y Bill mostraba tanto su nostalgia de casa como su sentido del humor:

Ya vuelve a ser domingo y tengo que trabajar todo el día. También es un día bonito. Los misquitos [sic] vuelven a abundar. Aún no hemos visto gran cosa de la temporada de monzones ni tenido mucho frío como todo el mundo decía. Por mí ya está bien así. Sin embargo, me encantaría volver a toda aquella hermosa nieve.

El lunes pasado, Bob [Mignemi] y yo fuimos a la casa de mi amigo en Hué de visita por un rato. Ayer por la tarde tuvimos alerta de práctica en la base. Solo había como 1/3 de la gente, en cualquier caso, de modo que no resultó muy provechosa.

Son ya las 10.00 y están llegando un montón de informes de última hora sobre la actividad de anoche. La mayoría, de pequeños contactos como emboscadas que son emboscadas mientras se dirigían a una emboscada. Ahora tenemos una brigada de la 1.^a de Caballería Aérea en nuestra zona. Eso debería hacérselo pensar dos veces al VC. Phu Loc [una base estadounidense al sur de Phu Bai] aún recibe fuego de tanto en tanto. Estamos rodeados de montañas, de modo que es difícil localizar al enemigo.

Ayer vi la película. La verdad es que me pone nostálgico ver una película con «ojos redondos». Ya no falta mucho. Solo cuarenta y ocho días más. Ahora está llegando un montón de gente y me toca a mí reírme. No puedo ni imaginarme cómo será regresar. Lo único que sé es que será grande. No puedo esperar. Últimamente sueño un montón acerca de ello. Tampoco soy el único; tres tíos de nuestro barracón se van pronto a casa, y eso es lo único de lo que hablamos. Ernie Barbush es de Pittsburgh y regresa a casa el 20 de febrero. Bob Mignemi es de Nueva York y se va a casa el 1 de marzo. Yo regreso poco después de Bob. Ernie abandona el ejército en julio, pero Bob y yo nos licenciamos al mismo tiempo. Ese también será un día feliz.

¿Qué tal va todo estos días? Espero que bien. Supongo que los chicos no estarán haciendo mucho con todo ese frío. ¿Está acabado el tejado sobre el aparcamiento, y si es así, cómo está funcionando? Al menos mantendrá el aparcamiento sin nieve con este tiempo. ¿Qué más hay de nuevo por allí? Mantenedme informado, ¿vale? Estoy bien, solo añoro un poco, eso es todo. Pero eso cambiará pronto.

Bueno, supongo que lo dejaré aquí. Os veré muy pronto. Vuestro hermano,

FRANK

El 30 de enero, su cuenta atrás había llegado a los treinta y nueve días. Esa tarde esperaba una visita de su amigo Coolican. La unidad de los Hac Bao del capitán se tomaba unos días libres por las vacaciones del Tet, de modo que tenía planeado conducir hasta Hué y visitarlo. Habría cerveza, barbacoa y conversación. Seguramente sería la última oportunidad que tendría Doezema de verlo antes de volar de regreso a casa.

3

Spizzerinctum

La mañana del viernes 17 de noviembre de 1967, el presidente Lyndon Baines Johnson había desayunado en la cama. Johnson, un hombre grande, era imponente incluso en albornoz. Había tres televisores encendidos en la habitación, cada uno sintonizado en una de las tres cadenas. Los teléfonos sonaban. Los asistentes traían mensajes y documentos que firmar. El general William Westmoreland, también en albornoz, estaba sentado junto a la cama desayunando de una bandeja y hablando entre bocado y bocado.

Westy, como lo llamaban, estaba disfrutando. Su largo ascenso por el escalafón del Ejército de Estados Unidos lo había llevado hasta allí, al lado de la cama del presidente de Estados Unidos. No solo era el general más importante de LBJ; se había convertido también en un aliado vital, un confidente, o al menos él se sentía así. Johnson era bueno en eso. Había convocado a Westmoreland desde Saigón, donde lideraba el esfuerzo bélico estadounidense, el CAMV.

Se habían asignado al general y su esposa, Kitsy, con su hija de doce años, Margaret, las habitaciones del piso superior de la Casa Blanca. El antiguo Águila de los *scouts* de Carolina del Sur no bebía, no fumaba ni decía palabrotas; *dad gum*^[*] era el insulto más colorido de su vocabulario.^[1] Era exalumno de West Point y había sido comandante de artillería durante la segunda guerra mundial. Desde entonces, su carrera había sido un ascenso

constante. Incluso se hablaba de que —una vez que ganara la guerra, y él confiaba plenamente en hacerlo, y pronto— se presentara como candidato a presidente. Eran días embriagadores. La noche anterior, Kitsy y él habían cenado con el presidente y con los líderes demócratas del Congreso. Después, Johnson incluso había subido para una conversación nocturna, la corbata aflojada y sus grandes pies sobre la mesa de café. Antes de que los Westmoreland llegaran, las dos camas se habían juntado, y el teléfono, que habitualmente reposaba en una mesa entre ellas, había quedado olvidado bajo ellas. De modo que aquella mañana, cuando sonó con la inesperada invitación a desayunar del presidente, el general de cuatro estrellas tuvo que gatear y responder a cuatro patas:

—Sí, señor presidente. Sí, estoy despierto, señor presidente. En absoluto, señor presidente. Ahora mismo bajo, señor presidente.[2]

Incluso en alboroz, Westy tenía el aspecto que se supone deben tener los generales: alto, ancho y atlético, con mandíbulas cuadradas. Su pelo corto había adquirido un respetable tono blanco en las sienes, mientras que sus gruesas cejas se habían mantenido oscuras, y había algo decididamente aquilino en su mirada. Johnson lo había conocido en West Point, donde Westy era superintendente. Tras tomarse la fatídica decisión, en 1964, de aumentar la presencia estadounidense en Vietnam, Johnson escogió al general de gélida mirada que había conocido en West Point para que se hiciera cargo. Habían pasado tres años y durante los altibajos —y constantes peticiones de más hombres—, Westy había predicho, con calma y de modo persuasivo, la victoria. Pese a un creciente e impropio coro de opositores a la guerra por todo el país, nunca flaqueó. La guerra era difícil, pero progresaba de acuerdo con su plan, de triunfo en triunfo. Esto encajaba no solo con su optimista personalidad, sino con el optimista espíritu de todo el estamento militar estadounidense, que se había puesto a prueba en la segunda guerra mundial y en Corea y se consideraba a sí mismo, no sin cierta justicia, como la mejor fuerza de combate de la historia de la humanidad.

Si uno tuviera que esculpir un general para liderar a esta fuerza en la batalla, Westy sería ese hombre. Incluso sin las estrellas, medallas y cintas de su uniforme de gala, su aspecto impresionaba, él lo sabía y le daba una gran

importancia.[3] El liderazgo era en gran parte exhibición, y Westy no descuidaba ningún modo de proyectar confianza, fuerza y agallas. Esta última cualidad era clave en el combate, pero lejos del campo de batalla era más difícil de demostrar. Westy encontró maneras de hacerlo. Cuando presidía West Point, hizo colgar un estandarte a lo largo de la «cubierta de popa», el balcón de encima de la cantina de los cadetes desde el que se efectuaban importantes anuncios, que rezaba: *spizzerinctum*. Los cadetes bizqueaban ante la palabra, se rascaban la cabeza y consultaban sus diccionarios. Se trataba de un término del inglés propio del sur de Estados Unidos que denotaba vigor, empuje, iniciativa. Un hombre que permanecía firme ante la adversidad tenía *spizzerinctum*. El superintendente Westy quería que sus cadetes lo tuvieran.

La firmeza frente a los adversarios había definido su actuación como comandante del CAMV. No se trataba del puesto más alto del Ejército de Estados Unidos, pero, al ser el responsable de la guerra, era el más importante. Westmoreland estaba bajo el mando del almirante Ulysses S. Grant Sharp, comandante en jefe del Pacífico, en Hawái, quien a su vez estaba bajo el mando del general Earle Wheeler, presidente del Estado Mayor Conjunto. Estos altos mandos protegían a Westy de las dudas y las críticas de Washington, aunque en realidad él no necesitaba protección: cuanto más ruidosa era la oposición, más seguro parecía estar de su estrategia. En 1966, en una conversación en Manila, resumió sus progresos señalando una gran mejora en la proporción de muertes (el número de enemigos muertos por cada muerte aliada) y aseguró que se trataba de un éxito bajo cualquier punto de vista: «La cantidad de enemigos que se rinden en batalla también ha aumentado —dijo—. La cantidad de bajas que deja en el campo de batalla, en lugar de evacuarlas, también va en aumento. El flujo de refugiados que eligen la seguridad del gobierno en lugar de la dominación del Vietcong sigue creciendo. El flujo de información acerca del enemigo procedente de las zonas rurales aumenta semana a semana».[4] En julio de 1967 decía: «Hemos efectuado progresos constantes en los últimos dos años, especialmente en los últimos seis meses».[5] De camino a esta visita a la Casa Blanca, había bajado del avión en Honolulu y dijo a los periodistas que la campaña militar

era «muy, muy positiva. Nunca he tenido mejores ánimos en mis cuatro años en Vietnam».[6]

Esta invitación, en el momento en que el año se acercaba a su fin, no tenía que ver tan solo con estar cerca del presidente; también buscaba demostrar ese *spizzerinctum*. Johnson creía que Estados Unidos necesitaba una fuerte dosis del optimismo de Westy. Los manifestantes acosaban al presidente en cada comparecencia pública, y en el Congreso, sus críticos se habían vuelto implacables: en su propio partido había planes en marcha para intentar evitar que tuviera un segundo mandato. Los malditos Kennedy y su gente le abandonaban con respecto a Vietnam: se sabía que el senador Robert F. Kennedy quería presentarse a candidato a la Casa Blanca... ¡y eran ellos quienes lo habían metido allí! *Pagaremos cualquier precio, sobrellevaremos cualquier carga... ¡y una mierda!* Uno a uno, los integrantes de la Camelot[*] de JFK comenzaban a moverle la silla, incluso Bob McNamara, el secretario de Defensa estrella de JFK (y de LBJ), uno de los máximos teóricos de la «guerra limitada» y uno de los primeros partidarios de la guerra.

Johnson ya se había hartado de eso. Ahora iba a contraatacar. Tenía en mente un cursillo de una semana de duración para ponerlos firmes. Los Estados Unidos aún eran un país que respetaba a sus generales. Exhibiría la mirada de águila de Westy y su férreo optimismo durante toda la semana en intervenciones y conferencias, la más importante, en el sanctasanctorum de su enemigo doméstico, el National Press Club.

En privado, el presidente comenzaba a cansarse de la guerra. Se sentía atrapado en ella. Al fin y al cabo, no era algo que él hubiera iniciado: había sido una onerosa herencia de tres presidentes previos. A principios de la década de 1950, Harry Truman había enviado armas, formadores militares y asesores a los franceses (en aquella época, los amos colonialistas de Vietnam), que luchaban contra un movimiento nacionalista llamado Viet Minh. Conforme el dominio francés del país comenzaba a desvanecerse, el sucesor de Truman, Dwight Eisenhower, rechazó enviar soldados estadounidenses (su vicepresidente, Richard Nixon, estaba a favor de la idea) pero aumentó las cantidades de armas y de asesores. Los franceses acabaron expulsados del país tras una sorprendente derrota militar en la base

septentrional de Dien Bien Phu. Firmaron un acuerdo con el Viet Minh en Ginebra que otorgaba la independencia a Vietnam, pero lo dividía temporalmente en el paralelo diecisiete. El Viet Minh, al mando de Ho Chi Minh, estableció su capital en Hanói, y un gobierno aparte apoyado por los franceses se constituyó en Saigón. Los Acuerdos de Ginebra establecían que habría elecciones en 1956 para reunificar el país. Pero conforme era cada vez más evidente que el gobierno comunista de Ho tenía un apoyo abrumador — Eisenhower calcularía más tarde que, si se hubieran convocado elecciones en 1954, Ho habría obtenido el 80 por ciento de los votos—,[7] el presidente de Vietnam del Sur, Ngho Dinh Diem, incumplió el compromiso de elecciones. Estados Unidos, que no había firmado los Acuerdos de Ginebra, continuó respaldando a Diem, mientras que el Viet Minh, recién reconvertido en Vietcong, comenzó una guerra de resistencia ayudado por el ejército regular de Vietnam del Norte. Casi nadie daba mucho por Diem en este conflicto, pero dado que Hanói era un Estado comunista de partido único, y Saigón era teóricamente una democracia, la remota guerra civil en la lejana Indochina cobró para algunos una importancia de escala mundial. El sucesor de Eisenhower, John F. Kennedy, había comenzado su mandato con esta famosa, sonora promesa: «Todas las naciones han de saber, sean o no amigas, que pagaremos cualquier precio, sobrellevaremos cualquier carga, afrontaremos cualquier dificultad, apoyaremos a cualquier amigo y nos opondremos a cualquier enemigo para garantizar la supervivencia y el triunfo de la libertad». Vietnam se convirtió en el caso en cuestión. En una carta a Diem de 1961, Kennedy escribió: «Estamos listos para ayudar a la República de Vietnam a defender a su pueblo y conservar su independencia».

Una vez que ha comenzado, un compromiso militar es algo difícil de contener. Incluso una cantidad pequeña de soldados estadounidenses, sin importar cuán limitada sea su misión, necesita protección y abastecimiento. Bajo el mandato de Kennedy, la fuerza asesora creció notablemente, conforme se establecían bases, puertos y depósitos para alojar, alimentar y apoyar con seguridad a las tropas directamente implicadas. Entonces ocurrió el asesinato de Kennedy y llegó la presidencia de Johnson. Mientras la nación se lamentaba, LBJ decidió continuar la ambiciosa agenda del presidente

asesinado y convertirla en su compromiso: política económica, derechos civiles, el programa lunar... y Vietnam. ¿Cómo se habría percibido que de repente hubiese dejado de apoyar la postura más ambiciosa del presidente mártir contra el comunismo? Johnson aumentó notablemente la cantidad de soldados en 1964, duplicó los reclutamientos y puso a Westy como comandante del CAMV. Al año siguiente desató una terrible campaña de bombardeos contra Vietnam del Norte, asegurando que no se trataba de «un cambio de objetivo [...] es un cambio en lo que creemos necesario para lograr el objetivo». Más tarde, aquel mismo año, autorizó por primera vez a tropas estadounidenses a entrar en combate terrestre directo, asegurando que esto no representaba una ampliación del esfuerzo bélico, pese al hecho evidente de que así era.[8] A lo largo de quince años y cuatro presidentes, el esfuerzo bélico había pasado de apoyo periférico a una causa nacional vital y vinculante. Johnson dijo en 1965: «Si nos expulsan del tablero en Vietnam, ninguna nación podrá tener en adelante la misma confianza en una promesa estadounidense o en la protección estadounidense».[9] Un año después, en 1966, había 385.000 soldados estadounidenses en Vietnam. Se ocupaban del grueso de los combates, y Johnson especulaba con que, a fin de lograr la victoria, se necesitaría casi doblar esa cantidad.[10] La cifra, que incluía a Jim Coolican y Frank Doezema, había superado el medio millón para cuando Westy llegó a Estados Unidos para su gira del *spizzerinctum*. En su mayor parte, los soldados estadounidenses habían combatido bien y con valor durante tres años. Tenían una gran movilidad y estaban bien entrenados, respaldados por una potencia aérea abrumadora, mejor armamento y reservas aparentemente inagotables de munición, combustible y hombres. Se requerían más de cincuenta mil soldados solo para gestionar la logística de la guerra: proporcionar alimentos, ropa, refugio, combustible, munición...[11] Más de diecinueve mil estadounidenses habían dado sus vidas. La República de Vietnam del Sur se había convertido, *de facto*, en una colonia estadounidense. Pero pese a esta gigantesca inversión de sangre y dinero, el avance de las fuerzas comunistas apenas se había estancado, en lugar de retroceder. En abril de 1967, Johnson había enviado al general Creighton Abrams a Vietnam como ayudante de Westy. Abrams, un famoso

comandante de carros de combate durante la segunda guerra mundial, tenía más experiencia de combate que ningún otro oficial de alto rango del Ejército de Estados Unidos, y había quien veía su nombramiento como un símbolo de que LBJ no estaba totalmente satisfecho con los progresos de Westy. La Casa Blanca lo negó.[12] Para un creciente grupo de norteamericanos que criticaban la guerra, el brutal ejercicio de fuerza estadounidense solo había conseguido una cosa: había aumentado la masacre.

Se trataba de una verdad fea, pero una que Westy aceptaba y hacía suya. Las muertes en el campo de batalla eran algo que se podía contar, y el general, como moderno gestor que era (de un modo muy similar a McNamara), ponía énfasis en los datos. Podía deslumbrar al público con gráficos y números y explicaciones bien estructuradas, disponiendo el sucio negocio de la guerra en categorías limpiamente cuantificadas y «fases» separadas con nitidez. A Westy le encantaban las fases. Y el recuento de cadáveres era su métrica preferida. Era cruda y definitiva, y ofrecía algo que parecía irrefutable, tanto que se convirtió en un sustituto de la estrategia. Las misiones se planeaban y su éxito se medía no por cómo facilitaban un objetivo bien definido, sino por cuántas víctimas se causaban.[13] En aquella conferencia de Manila, en 1966, había dicho: «La proporción de hombres muertos en combate es cada vez más favorable a nuestro lado. De poco más de dos a uno, en enero pasado, la proporción ha subido a más de seis a uno a nuestro favor».[14] Westy argumentaba que la proporción era tan favorable a las fuerzas aliadas que, con el tiempo, el altísimo precio acabaría con la resolución de Hanói.

Y Johnson era un converso. Los recuentos de bajas eran lo primero que pedía en las reuniones periódicas de análisis. Se jactaba de que su general en Vietnam mataba a miles de soldados enemigos por cada hombre que perdía: «Ha realizado un trabajo de expertos; ¡cualquiera que pierda cuatrocientos hombres y mate veinte mil es condenadamente bueno!», dijo el periodista Jack Horner, del *Washington Post*, ante las preguntas sobre el desempeño del general a principios de 1968.[15]

Sin embargo, lo que estaba quedando cada vez más claro era que los recuentos de Westy eran falaces. Él se los creía —no era el primer general en

recibir con alegría las estadísticas que quería oír—, pero las cifras surgían de un intrincado origami de burocracia bélica, tanto survietnamita como norvietnamita y estadounidense. Se falseaba la realidad en cada pliegue por razones que iban de la propaganda política al interés propio, la adulación y las ilusiones. En Hanói no había pretensiones de verdad alguna: los «hechos» eran lo que en cada momento beneficiara al partido. Se suponía que los comandantes estadounidenses, por otra parte, tenían un estándar más ilustrado. Una información detallada era esencial para la planificación de la guerra, y, a diferencia de Hanói, Estados Unidos se veía acosado a cada paso por una prensa independiente. En la práctica, sin embargo, los comandantes en el campo de batalla tenían todos los incentivos posibles para inflar o incluso inventar sus recuentos de bajas enemigas. Era el modo en que se juzgaba su gestión, y se convirtió en una de las estafas autoevaluativas más grandes de la historia. Todo el mundo sabía lo que estaba pasando. Algunos de los comandantes más veteranos intentaban desalentar esta práctica, pero estaba tan extendida —y era tan difícil de demostrar— que pocos oficiales en el campo de batalla, si es que hubo alguno, fueron sancionados por ello.[16] Nadie con acceso a un mayor conocimiento de la situación se tomaba en serio las cifras que surgían de este proceso. Pero Westy estaba lo suficientemente lejos como para aferrarse a ellas. Era el extremo superior de la cadena de mando. Los absurdos recuentos de cadáveres y proporciones de bajas eran la prueba de su liderazgo. Se los vendió a LBJ, quien, a su vez, los presentaba como un hecho al pueblo estadounidense.

Pero ¿qué pasaba si las cifras de muertes (que, pese a las distorsiones, era claramente favorable a los estadounidenses) estaban teniendo el efecto opuesto? ¿Y si el castigo de las bombas y armas estadounidenses en realidad *alimentaba* la resistencia comunista, inspirando a diez nuevos reclutas por cada luchador muerto? Harrison Salisbury, del *New York Times*, escribió una serie de influyentes reportajes en diciembre de 1966 desde Vietnam del Norte, donde fue testigo directo del tremendo daño causado por las bombas estadounidenses. Salisbury informaba de que las muertes y la destrucción parecían tener un impacto muy limitado en la economía del país, y, en realidad, habían espoleado el deseo del pueblo de seguir combatiendo. En el

último reportaje de la serie, Salisbury escribió: «La pregunta básica parecería ser: todo esto ¿ha dañado tanto a los norvietnamitas como para que estén listos para rendirse? Su respuesta es: “¡De ningún modo!”. Y dicen que saben que su tarea será mucho más difícil antes de vencer».[17]

La revelación de Salisbury no cogía por sorpresa a aquellos componentes más realistas del gobierno. Un estudio secreto de la Corporación Rand para el Pentágono concluía, en 1966, que aunque el bombardeo había causado penurias en todo el país e incluso escasez de alimentos en el Norte, «no hay pruebas de deterioros críticos ni progresivos, ni de interrupción de la actividad económica [...] Con respecto a los efectos de la guerra en la moral y eficacia del control gubernamental, la suposición más prudente sería que han redundado en beneficio del gobierno. El bombardeo, en especial, probablemente ha producido suficientes daños colaterales y civiles como para ayudar al gobierno en su política antiestadounidense, pero no los suficientes como para deprimir o causar deserciones».[18] De modo similar, un informe de la CIA acabado en 1968 concluía: «La guerra y el bombardeo han erosionado la economía norvietnamita, haciendo que el país dependa cada vez más de la ayuda extranjera. Sin embargo, dado que el país se halla en un estado de desarrollo relativamente primitivo y dado que el bombardeo se ha llevado a cabo bajo importantes restricciones, el daño a la economía ha sido pequeño. Las necesidades básicas de la gente se satisfacen en gran medida a escala local. Las importaciones de países comunistas han permitido a Vietnam del Norte compensar las pérdidas en producción industrial y atender las nuevas necesidades creadas por la guerra».[19]

Para los halcones de la guerra como Curtis LeMay, uno de los arquitectos de las exitosas campañas de bombardeos sobre Europa y Japón durante la segunda guerra mundial, la respuesta consistía en más bombas, y más grandes. Decía que Estados Unidos debería lanzar un ultimátum a Hanói y que, si este lo rechazaba, había que «devolverlos a bombazos a la Edad de Piedra». Johnson era consciente de que desatar toda la potencia aérea de Estados Unidos podía arrastrar a China o la Unión Soviética a la guerra, pero no era un timorato. Se habían lanzado más bombas sobre Vietnam del Norte y del Sur a principios de 1968 que sobre Europa en toda la segunda guerra

mundial; tres veces más que las que se arrojaron en el teatro de operaciones del Pacífico y dos veces la cantidad que se lanzó en Corea.[20] La receta de LeMay les parecía adecuada a quienes —quizás incluso una mayoría de estadounidenses— creían que era hora de que sencillamente se borrara del mapa al problemático régimen de Ho.

McNamara se opuso a esta escalada, y no solo por razones éticas o por evitar la tercera guerra mundial. Comenzaba a creer que era una guerra que no se podía ganar. Durante casi un año, en privado, lo había estado diciendo. En un memorando secreto de 1968 a Johnson, recomendaba que los posteriores envíos de tropas se ralentizaran y se disminuyeran en número. Creía que la enorme inversión militar del año anterior había «mermado la iniciativa militar comunista», pero su cuidadoso análisis de las cifras, incluso contaminadas, había comenzado a revelar la verdad. «Esto se debe a que no veo ningún modo razonable de acabar esta guerra pronto —escribió—. La moral del enemigo no se ha quebrado: al parecer, se ha ajustado a nuestra interrupción de sus victorias militares y ha adoptado la estrategia de mantenernos ocupados y esperarnos (una estrategia de desgaste de nuestra voluntad nacional). Sabe que no hemos conseguido, y cree que con toda seguridad no conseguiremos, traducir nuestras victorias militares en “productos finales”, es decir, en quebrar la moral del enemigo y en logros políticos del GVN [Gobierno de Vietnam].» Señaló con aprobación las altas pérdidas del enemigo, «con informes probablemente exagerados», y llamaba «carreteras solo de ida hacia la muerte» a las rutas de infiltración de Hanói.

«Aun así no hay señales de una inminente quiebra de la moral del enemigo, y parece ser que puede reemplazar sobradamente sus pérdidas», escribía McNamara, tanto mediante el envío de más soldados del EVN por esas «carreteras solo de ida» como mediante el reclutamiento en Vietnam del Sur.[21]

El secretario de Defensa sabía también que más y mayores bombas no conseguirían nada. En 1964 había apoyado la campaña de bombardeo porque creía que ralentizaría el avance hacia el sur del EVN y de su armamento, y que causaría suficientes daños en el norte como para forzar a Hanói a negociar el final de la guerra. Pero más allá de la muerte y la destrucción

inmediatas, las bombas no habían cambiado nada. A decir verdad, la economía de Vietnam del Norte había crecido en 1965 y 1966. Hubo un fuerte decrecimiento en 1967, pues los bombardeos se habían cobrado su precio, pero era un bache más que compensado por las ayudas de la Unión Soviética.[22] Los movimientos de tropas hacia el sur no se habían ralentizado: habían crecido a la par de la escalada estadounidense. McNamara, supremo cuantificador, ya no podía negar sus propios datos. Los números estaban ahí.[23] Los bombardeos habían fracasado.

¿Cómo bombardeas a una nación hasta devolverla a la Edad de Piedra cuando, en términos de industria moderna, no está tan lejos de ella? Vietnam del Norte era una sociedad agrícola, carente de las inmensas infraestructuras energéticas, de transporte e industriales de las naciones más desarrolladas. En términos militares, carecía de objetivos. Las calles y puentes volados se reparaban rápidamente. Los tendidos eléctricos cortados se recableaban. Las centrales eléctricas destruidas se sustituían por miles de pequeños generadores. Las fábricas eran tan pequeñas que destruirlas no valía, literalmente, el esfuerzo. En un informe clasificado para los senadores estadounidenses, del verano de 1967, McNamara explicaba que hasta el momento se habían atacado dos mil objetivos en el norte, y que, de los cincuenta y siete identificados que quedaban, ninguno era tan importante como para arriesgar un piloto y un avión, o siquiera el coste de las bombas. Uno de los objetivos era una fábrica de goma que producía solo treinta neumáticos al día. El bombardeo sistemático de la densa jungla que ocultaba el grueso de los ejércitos de Vietnam del Norte estaba arrojando unos índices de mortalidad de solo un 2 por ciento. Y el coste era terrible. Más de novecientos aviones habían sido derribados sobre Vietnam del Norte hasta enero de 1968. Doscientos cincuenta y cinco pilotos habían perdido sus vidas y casi otros tantos eran ahora prisioneros de guerra, detenidos en condiciones brutales. El análisis coste-beneficio, del tipo de los que se le daban tan bien a McNamara, estaba claro.

El fracaso de la guerra aérea resultaba un misterio para quienes habían crecido orgullosos de tener la fuerza aérea más poderosa del mundo. El congresista por Alabama George Andrews entrevistó a un oficial militar de

alto rango. El periodista Don Oberdorfer cubrió el diálogo:

—¿Tienen suficiente equipo? —preguntó el congresista.

—Sí, señor —respondió el oficial.

—¿Tienen suficientes aviones?

—Sí, señor.

—¿Tienen suficientes armas y munición?

—Sí, señor.

—Entonces, ¿por qué no consiguen borrar del mapa ese pequeño país de Vietnam del Norte? ¿Qué más necesitan para hacerlo?

—Objetivos... objetivos —fue la respuesta.[24]

En un viaje a un portaaviones para dar las gracias y animar a algunos de los pilotos que volaban en esas misiones, LBJ pudo oír a un joven piloto quejarse en una reunión de personal: «Atravesamos el peor fuego antiaéreo de la historia, y ¿para qué? —decía el piloto sin saber que el presidente y su séquito estaban escuchando desde la habitación contigua—. ¿Para destruir algún puente de madera de cuatro metros que pueden reconstruir en un par de horas?».[25]

Había también profundos costes humanos. Se calculó que mil civiles norvietnamitas morían o quedaban gravemente heridos a causa de las bombas estadounidenses *cada semana*. La masacre avergonzaba al mundo entero. En un conmovedor discurso contra la guerra en abril de 1967, el Dr. Martin Luther King Jr., premio Nobel de la Paz y figura de inmensa reputación internacional, llamó a su propio país «el mayor proveedor de violencia del mundo hoy en día».[26] Estados Unidos se hallaba cada vez más aislado. Tras disfrutar durante dos décadas de su estatus de campeón del mundo libre, Estados Unidos era cada vez más el objetivo de amargas críticas tanto en el extranjero como en casa, donde un número creciente de prominentes intelectuales y líderes religiosos denunciaban la barbarie de la campaña de bombardeos. Los militares podían desdeñar la naturaleza voluble de la simpatía del público, pero una democracia no puede mantener un esfuerzo bélico sin ella, y el rechazo moral estaba aumentando.

En aquel informe al presidente, McNamara había despachado con firmeza la fantasía de los bombardeos masivos: «Está claro que bombardear al Norte

lo suficiente como para tener un impacto significativo en las estructuras políticas, económicas y sociales requeriría un esfuerzo que podríamos hacer, pero que ni nuestro pueblo ni la opinión mundial tolerarían, y que implicaría un serio riesgo de llevarnos a la guerra abierta con China».[27]

A finales de 1967, el presidente despidió a McNamara, pero *apartó* sería un término más apropiado. Lo designó director del Banco Mundial. En opinión de Johnson, se había «ablandado».[28] El presidente se enrocó. Como escribía Oberdorfer, «se lo tomó como algo personal. En privado aseguraba que quienes lo criticaban eran “tontos de capirote”, “gente asustadiza” y “sin agallas”». En una guerra que había comenzado con el objetivo de detener el avance del comunismo, de ningún modo LBJ iba a faltar a su promesa. Pese al convincente análisis de McNamara, los bombardeos continuaron.[29]

Si las muertes y las penurias no parecieron afectar a la moral de Hanói, las muertes de estadounidenses en combate sí que lo hicieron en casa, donde cada nuevo ataúd parecía inspirar más oposición. Al comenzar el nuevo año de 1968, la historia de la guerra de Vietnam seguía en Estados Unidos dos direcciones opuestas: una, el firme optimismo de Washington y el CAMV; la otra, el continuado pesimismo de la prensa.

En opinión de LBJ, la noble tarea de salvaguardar la libertad y la democracia en Vietnam del Sur había sido secuestrada por los periodistas, y desde sus cuarteles estos ya habían alcanzado un veredicto. Vietnam era un desastre que se iba desplegando lentamente. Estaba erosionando el alma de Estados Unidos. Richard Harwood —que no era precisamente un pacifista, sino un exmarine herido en el ataque a Iwo Jima y, posteriormente, distinguido periodista y editor en el *Washington Post*— escribió en septiembre una crítica de los recuentos de bajas en una columna titulada «En la guerra los números no cuadran». Señalaba dudas crecientes sobre la narrativa que presentaba Westy. «Una mayoría notable de los corresponsales en Vietnam creen, y así lo informan, que la guerra está yendo mal —escribió—, que no hay victoria a la vista, que los esfuerzos por pacificar a los campesinos han sido improductivos.»[30] Entre quienes seguían de cerca la guerra, cada vez más personas, incluidas algunas en los más altos niveles de

la propia Administración de Johnson, compartían esta opinión.

En uno de los reportajes más terroríficos e influyentes, Jonathan Schell, del *New Yorker*, había documentado, en agosto de ese mismo año, los intentos de limpiar aldeas de dos provincias de Vietnam del Sur de influencias del Vietcong. Schell informaba de que la estrategia consistía sobre todo en destruir las aldeas y trasladar como un rebaño a las poblaciones a campamentos fuertemente vigilados. Y no estaba funcionando. Cuando pidió visitar una aldea «pacificada» con su traductor, le dijeron que no había ninguna lo suficientemente segura. Schell observó también el racismo constante de los soldados estadounidenses, que se jactaban de torturar y matar prisioneros, y arrojaban a sospechosos de pertenecer al Vietcong de los helicópteros y disparaban a civiles desde el aire asegurando que podían distinguir soldados enemigos de inocentes aldeanos desde allí arriba. Ni siquiera en tierra firme podría determinarse con exactitud. En el reportaje también había estadounidenses idealistas y valientes, que intentaban hacer lo correcto. Pero Schell, que no ocultaba su oposición a la guerra, llegaba a la conclusión de que todo el tema era un fracaso mal concebido y brutal.

Estados Unidos no estaba acostumbrado a este tipo de informes desde sus zonas de guerra. Cuando David Halberstam, corresponsal del *New York Times*, llegó a Saigón en 1962 y comenzó a hacer preguntas perspicaces en su primera entrevista con el entonces embajador estadounidense, Fritz Nolting, este se puso de pie, cogió a Halberstam por el brazo y lo echó de su oficina. [31] En conflictos anteriores, los corresponsales habían sido considerados parte del equipo.

Esta había sido también la expectativa en Vietnam, lo que ayuda a comprender por qué los reporteros eran libres de visitar cualquier lugar con tal de que consiguieran transporte. Los periodistas se subían a transportes militares para llegar a las zonas conflictivas. Lo que hallaban a menudo contradecía los informes oficiales, no porque fueran más sabios que los mandos militares, sino porque los oficiales jóvenes más inteligentes del frente tenían el *spizzerinctum* para decir la verdad. Muchos corresponsales eran de la misma generación de los tenientes, capitanes y mayores del campo de batalla, aquellos que soportaban el grueso de los combates y las muertes. Los

hombres en estos puestos siempre han planteado preguntas inteligentes y difíciles acerca de cómo los están empleando, preguntas que rara vez tienen oportunidad de hacer a los altos mandos. Los periodistas móviles de Estados Unidos llevaban a Saigón estas agudas preguntas; Halberstam había estado haciendo esto cuando Nolting lo echó. Con el tiempo, la oposición del alto mando se hizo más vehemente y menos creíble. Así nació la «brecha de credibilidad». Comenzaron a llamar *The Five o'Clock Follies* («Disparates de las Cinco»)[*] a los informes diarios militares desde Saigón.

Y, desde el punto de vista de los periodistas, la guerra cobraba cada vez más la forma de un trágico ejercicio de futilidad. El *Strategic Hamlet Program* («Programa Estratégico de Aldeas») original, coloquialmente llamado «pacificación», había malgastado años e incontables millones de dólares trasladando a personas desde sus hogares ancestrales a «zonas protegidas». Estas nuevas aldeas semejaban más prisiones de seguridad media que aldeas, rodeadas por un foso y vallas, y con un puesto de guardia en las puertas defendido por una milicia de autodefensa. La idea había sido aislar a la población del Vietcong, aunque la mayoría de las veces una y otro eran lo mismo. Cualquiera que comprendiera Vietnam habría sabido que esta política era suicida. Era un insulto. Los ancestros anclaban a la mayor parte de los vietnamitas a un lugar. Las familias construían elaborados altares en sus hogares para sus amados familiares, para padres y madres fallecidos, para abuelos, tías y tíos. En una sociedad así, hogar y comunidad no eran tan solo un accidente geográfico, como tan a menudo ocurría en Estados Unidos, sino una obligación y una identidad. De modo que no era de extrañar que odiasen los traslados y que la infiltración de enemigos fuese altísima en las «aldeas pacificadas». Trasladar forzosamente a la gente era lo opuesto a la libertad personal. Más que ninguna otra cosa, esta política recordaba a las desastrosas prácticas de ingeniería social de Stalin y Mao. El Grupo Operativo Oregón, la operación descrita por Schell, había acabado convertido en la salvaje parodia del concepto, dejando a los aldeanos la elección entre ser atacados en sus propios hogares o huir a lo que Neil Sheehan, corresponsal de United Press International (UPI), llamó «la certeza del hambre, la mugre y las enfermedades en los campos de refugiados».[32]

Esta política se abandonó en 1963, y cinco años después la mayoría de los aldeanos habían regresado a sus hogares. Entre tanto, el CAMV había cambiado de táctica y creado una agencia llamada CORDS (por *Civil Operations and Revolutionary Development Support*, «Operaciones Civiles y Apoyo Revolucionario al Desarrollo»), que enviaba equipos móviles del ERVN y de estadounidenses en patrullas diseñadas para encontrar y eliminar al Vietcong y ganarse el apoyo de unos muy maltratados ciudadanos. Pero fijar su objetivo y organizar cuidadosamente esas patrullas se hizo más difícil conforme la implicación estadounidense en el conflicto crecía. Áreas enteras de las que habían evacuado a los aldeanos se clasificaron sencillamente como zonas de disparo libre. Cuando el periodista de la CBS Morley Safer grabó a marines arrestando a aldeanos ancianos e incendiando sus hogares (150 casas) en Cam Ne, en 1965, las imágenes dejaron en estado de *shock* a la nación. Johnson llamó y se quejó, no a los marines, sino al director de la CBS.[33]

Westy veía estos informes y reportajes como «sórdidos y distorsionados». Creía que tenían su raíz en una «idea preconcebida» de la guerra. Desdeñaba a los reporteros que, tras una breve estancia en Vietnam, «proceden a escribir pedantes artículos sobre la situación, estrategia y tácticas que deberían seguirse».[34] Pero sus críticas ignoraban el hecho de que reporteros como Schell, Safer, Sheehan y otros reflejaban las opiniones de los hombres que realmente combatían, o sencillamente los mostraban en acción. Las instantáneas eran inequívocamente reales y perturbadoras. Cada vez más se convirtieron en la imagen pública del esfuerzo bélico.

«La pacificación es una total decepción —concluía McNamara en un memorando secreto al presidente de 1966—. Si acaso, hemos retrocedido [...] Controlamos poca población, si es que controlamos alguna; la infraestructura política del VC prospera en la mayor parte del país, y sigue dando al enemigo su gigantesca ventaja en inteligencia; no existe seguridad total en ningún lugar (ni siquiera tras las líneas de los marines ni en Saigón); en las zonas rurales, el enemigo controla casi completamente la noche [...] En resumen, desde el punto de vista de la guerra más importante (aquella por la complicidad del pueblo) no nos hallamos mejor, y, si acaso, sí mucho

peor.»[35]

Los periodistas que viajaban hasta las zonas rurales lo podían ver por sí mismos. Para los aldeanos vietnamitas, unirse a un bando significaba convertirse en objetivo seguro del otro. El Vietcong no estaba constituido por los guerreros idealistas de la propaganda estadounidense contraria a la guerra; eran feroces. Se apoyaban en el terror. Incluso sin sobresalir, si se intentaba permanecer neutral, eso no garantizaba la seguridad, porque las sospechas, por no hablar de las bombas y obuses, caían sobre todo el mundo. Si había un argumento ideológico que tenía atractivo era el nacionalismo, que para muchos se reducía a un ferviente deseo de que los *dejaran solos*. Si el Norte o el Sur podían atribuirse ese estandarte, la ventaja caía del lado de Ho, cuya lucha por la independencia duraba ya tanto que la mayoría de los vietnamitas eran demasiado jóvenes como para recordar sus orígenes. Al menos el gobierno de Hanói libraba su propia guerra.

A fin de contrarrestar las mejores credenciales nacionalistas de Ho, se enseñaba a los niños survietnamitas que la intención de este no era crear un Vietnam independiente, sino abolirlo en tanto Estado soberano y convertirlo en títere de un futuro gobierno comunista mundial. El futuro bajo Ho sería uno de «tres sin», como se les enseñaba: sin familia, sin Estado y sin religión. Algunos se lo tragaban, pero exigía un mayor esfuerzo de credulidad que el que muchos estaban dispuestos a hacer, especialmente en familias —y había muchas— que se habían aliado con Ho y el Viet Minh en la guerra contra Francia. Y la eficacia de los mandos del Vietcong contrastaba con la torpeza del régimen de Saigón. Un estudio de Rand halló que el apoyo popular al Vietcong crecía por defecto, y concluía que el gobierno de Thieu «está librando y perdiendo la guerra revolucionaria en Vietnam del Sur». Estados Unidos estaba apoyando al bando incompetente. Robert Komer, en aquella época director del programa CORDS, a principios de enero de 1968 dijo al embajador Ellsworth Bunker que las fuerzas de Thieu podrían ser sencillamente incapaces de enfrentarse al desafío del comunismo.[36]

En una visita de regreso a Vietnam en 1967, Halberstam, que ya no era periodista del *Times*, estaba invitado a comer en Saigón en la residencia del embajador Bunker. Le pidieron que compartiera con los presentes lo que

había descubierto durante su visita acerca del progreso de la guerra. Como escribiría posteriormente en el prefacio de su libro superventas *The best and the brightest*, Halberstam dijo que se había convertido en un punto muerto.

Pero un punto muerto que favorecía al otro bando, dado que, en algún momento, tendríamos que irnos. Lo que nuestros militares no comprendían, añadí, era que Hanói controlaba el ritmo de la guerra, y que podía iniciar contacto y aumentar el nivel de violencia o retirarse, lamerse las heridas y disminuirlo, en función de sus necesidades en cada momento [...] Sus generales [de Bunker] eran como todos los occidentales que los habían precedido, empezando por los franceses: estaban no tanto en la guerra equivocada como en el planeta equivocado. Su capacidad de interpretar esta guerra era limitada; sus habilidades, demasiado ligadas a otras guerras en otros lugares, y con escasas excepciones, como los franceses antes que ellos, tendían a subestimar la valentía, la fuerza, la resiliencia y *la dinámica política que alimentaba a la fuerza local* contra la que combatían.

Quizás Estados Unidos no compartía las viejas ambiciones coloniales de Europa, pero compartía su racismo. Johnson llamó a Vietnam del Norte «ese pequeño país harapiento de cuarta categoría».[37] Estados Unidos estaba ocupado en asuntos más grandes. Tras enviar a sus poderosas fuerzas armadas no podía contemplar la idea de un fracaso. Si una pequeña inversión no funcionaba, siempre había más en el lugar del que aquella había venido. Y más. Y tras eso, más aún. Finalmente, más significaría la victoria. Lo importante era contener el comunismo. Una gran mayoría de los estadounidenses aún apoyaban la guerra: en 1967 las encuestas mostraban aún un fuerte apoyo público a la guerra, pero un retroceso en la valoración de la manera de gestionarla de Johnson. Los estadounidenses parecían creerse la necesidad de la guerra, pero querían que acabara tan rápida e indoloramente como fuese posible.[38] Westy desestimaba los crímenes como los descritos por Schell y otros periodistas por considerarlos inevitables en una tarea de esta magnitud. Posteriormente escribiría que entre más de dos millones de estadounidenses sirviendo en Vietnam, de los que la mayor parte sirvió de modo honorable, era inevitable que se dieran algunos «delitos violentos contra civiles».[39] Los sensibleros siempre exagerarían la importancia de estos ejemplos. En las guerras ocurrían cosas malas.

A finales de 1967, el movimiento contrario a la guerra se había

convertido en una fuerza política poderosa. Al principio, la resistencia había procedido de los círculos predecibles: pacifistas a ultranza, radicales de izquierda y activistas contra la bomba nuclear, que eran apasionados y dominaban hábilmente el teatro callejero. Philip Berrigan, un antiguo sacerdote católico, y otros tres activistas fueron arrestados en octubre de ese año por verter sangre (una mezcla de la suya propia y alguna sangre animal) sobre los registros de reclutamiento de los tribunales federales de Baltimore. Ese mismo mes, unas cuatro mil personas asistieron a un servicio ecuménico en Nueva York, donde, tras escuchar al prominente pacifista William Sloane Coffin, ochenta y siete jóvenes quemaron públicamente sus tarjetas de reclutamiento. El reclutamiento obligaba a los jóvenes a tomar una decisión personal con respecto a la guerra, y, por lo tanto, espoleaba el activismo contra la guerra en los campus universitarios. Estudiantes por una Sociedad Democrática (SDS por sus siglas en inglés), una organización vagamente izquierdista formada en 1962, no había tenido nunca un seguimiento masivo, pero sus secciones brotaron rápidamente en los campus universitarios de todo el país en cuanto comenzaron las llamadas a filas. Las protestas no siempre tenían asistencia masiva, pero eran continuas. Cada vez más frecuentemente, los funcionarios de alto rango de la Administración Johnson se veían tras fuertes cordones de seguridad cuando aparecían en público, y en ocasiones los manifestantes eran amenazadores. En noviembre de 1966, manifestantes violentos se acercaron a McNamara durante una visita a la Universidad de Harvard y tuvo que ser escoltado fuera del campus a través de un túnel de servicio de la cocina. Una protesta del SDS en Chicago, durante una visita del secretario de Estado Dean Rusk, atrajo a miles de manifestantes y se volvió violenta, y tres semanas más tarde, las protestas de Detened el Reclutamiento en todo el país se saldaron con la detención de seiscientas personas.^[40] Ese mismo mes, el histórico senador por Minnesota Eugene McCarthy declaró que disputaría las primarias del Partido Demócrata contra LBJ, aunque se consideraba que tenía pocas posibilidades.

La oposición a la guerra se estaba poniendo de moda. Figuras populares (intelectuales, deportistas, músicos) hacían pública su oposición. A Muhammad Alí, el campeón de boxeo de los pesos pesados, lo multaron, lo

despojaron de su título y lo sentenciaron a la cárcel por oponerse a su reclutamiento. A Carl Wilson, miembro de los Beach Boys, lo juzgaron por la misma razón. El doctor Benjamin Spock, un gurú para los padres de la generación *baby boom*, se convirtió en una prominente voz en contra de enviar a los hijos a Vietnam. Tan solo un mes antes de la *visita spizzerinctum* de Westy, cientos de miles de manifestantes marcharon en Washington en la primera de lo que se convertiría en una serie de movilizaciones masivas contra la guerra. El galardonado novelista Norman Mailer fue detenido en el Pentágono junto a cientos de otras personas durante un intento, en parte cómico y en parte serio, de hacer levitar los gigantescos cuarteles militares, un espectáculo que Mailer narraría en su aclamado libro *Los ejércitos de la noche*. El libro obtendría un premio Pulitzer y un Premio Nacional del Libro: los premios y elogios reflejaban por sí solos la generalizada oposición a la guerra en los círculos literarios e intelectuales.

Westy menospreciaba todos estos esfuerzos tildándolos de antipatrióticos, y señalaba correctamente que ayudaban y reconfortaban a Hanói.[41] A quienes apoyaban la guerra, los «halcones», les resultaba difícil imaginar que una nación pequeña y relativamente indefensa pudiera luchar contra Estados Unidos y empatar. Consideraban erróneos los informes que lo decían. En enero de 1968, el columnista pro guerra Stewart Alsop citaba a un «destacado asesor presidencial sobre Vietnam», probablemente el propio Westy, según el cual «en pocos meses, todo el mundo —incluso los periodistas más cínicos y escépticos de Saigón— tendrá que admitir que estamos ganando definitivamente esta guerra».[42] Estados Unidos tenía el total control del cielo sobre Vietnam, y podían lanzar un ataque decisivo a voluntad. Se culpaba a la idea de «guerra limitada» el que no se hiciera. Estados Unidos luchaba con una sola mano... o eso es lo que decía el reportaje.

Tras almorzar en su dormitorio con Westy aquella mañana de noviembre, Johnson ofreció una animada defensa de su política respecto a Vietnam en la Sala de Prensa de la Casa Blanca. Con aspecto saludable y confiado, en un elegante traje oscuro y con gafas de montura de alambre, bajó del podio para acercarse a los periodistas allí reunidos. La cercanía formaba parte importante de su arsenal de ventas. Se apoyaba, literalmente, en cada una de sus frases.

Se quejaba de las «personas bienintencionadas» y «crédulas» que creían que los norvietnamitas estarían deseosos de negociar la paz si Estados Unidos dejaba de bombardear Vietnam del Norte.

«Todas estas esperanzas y sueños, esta gente idealista, están desorientando, confundiendo y debilitando nuestra posición», dijo.

Un periodista se puso de pie para lanzarle una bola lenta: «Señor presidente, tras sus conversaciones esta semana con el general Westmoreland, el embajador Bunker y otros, ¿cuál es su evaluación actual de nuestro progreso y perspectivas en Vietnam?».

«Bueno, voy a repetirle su evaluación porque ellos están en la mejor posición para juzgar las cosas desde allí —dijo—. Y le daré mi valoración de lo que ellos me han dicho. En primer lugar, creo que los corazones de todos los estadounidenses deberían estar henchidos de orgullo ante la competencia y capacidad de nuestros líderes en Vietnam. Creo, y nuestros aliados también, que tenemos un liderazgo superior. Creo que es el mejor que Estados Unidos puede ofrecer, en experiencia, buen juicio, entrenamiento, competencias generales. He tenido tres reuniones con el embajador Bunker y tres con el general Westmoreland. Esta misma mañana he tomado el café con él, justo antes de venir aquí.

»El pueblo estadounidense, cuando entramos en cualquier tipo de competición (sea una guerra, unas elecciones, un partido de fútbol, lo que sea) quiere que se decida lo antes posible: entrar y salir. Les gusta que la curva sea así —dijo, levantando su brazo izquierdo por encima de su cabeza—. Y les gusta que el rival haga esto —continuó, dejando caer abruptamente su mano abierta—. Ese no es el tipo de guerra que estamos librando en Vietnam [...] En una guerra de guerrillas no se marcha hacia una gran batalla cada día. Es un nuevo tipo de guerra para nosotros. No es tan rápida [...] Estamos moviéndonos más bien así —prosiguió el presidente, levantando y bajando su brazo izquierdo gradualmente— en lugar de subir y bajar de golpe. Estamos haciendo progresos. Nos gustan los resultados que estamos obteniendo. Estamos infligiendo más bajas de las que estamos sufriendo [...] Aún hay mucho por hacer. Se han cometido muchos errores. Damos dos pasos adelante y retrocedemos uno. De ningún modo es perfecto. Muchos

días sacamos un bien bajo en lugar de la matrícula de honor. Pero, de un modo general, estamos progresando. Estamos satisfechos con ese progreso. Nuestros aliados están satisfechos con ese progreso. Todo país que conozco en esa zona que esté familiarizado con lo que está pasando cree que es totalmente imprescindible que el Tío Sam mantenga su palabra y se quede hasta que podamos hallar una paz honorable.»

Había depositado sus esperanzas en Westy. Johnson no tan solo lo admiraba: a él *le gustaba*. Cuando impuso al general las Hojas de Roble para complementar su Medalla por Servicio Distinguido, una condecoración concedida por servicios excepcionales a la nación, envió una cálida nota personal escrita a mano: «Westy, nunca he estado tan seguro a la hora de conceder una medalla, y estoy convencido de que *ninguna* felicitación ha sido más merecida, excepto, quizás, la que envió en esta nota a tu Kitsey [sic] por su aguante, tolerancia y amor por ti, y sus ánimos para proseguir con su comandante en jefe en sus misiones personales. Mi agradecimiento a ambos». El general se había convertido en miembro clave del equipo del presidente.

La conferencia de Westy en el Club de Prensa, a finales de esa semana, era el acontecimiento estrella de la «Ofensiva Éxito» de LBJ. El club de periodistas, con base en Washington, era el centro del *establishment* periodístico, y lo solían dirigir periodistas, editores y columnistas muy corteses, generalmente de edad avanzada, que habían ascendido por la escala laboral en diarios de todo el país. Muchos de ellos habían informado, en guerras previas, desde el frente. Y allí estaba la nueva estrella fulgurante del ejército, un hombre de organización por antonomasia, para deslumbrarlos con una muestra de cómo estaba acribillando a los comunistas vietnamitas. Con una letanía burocrática, Westy comenzó a señalar la larga lista de logros de la Fase Uno y la Fase Dos de la guerra. Entre ellos, «hemos obligado a las divisiones enemigas a replegarse u ocultarse», «hemos elevado el número de pérdidas enemigas más allá de su capacidad de ingreso», «hemos celebrado elecciones libres en Vietnam del Sur», «hemos descubierto y frustrado planes de combate enemigos antes de que pudieran ser ejecutados».

En definitiva, hasta ahora era una victoria.

—En 1968 comienza una nueva fase —dijo—. Hemos llegado a un punto

importante en el que comienza a entreverse el final.

Dijo que la Fase Tres estaría dedicada a reforzar el ERVN, proporcionándole más entrenamiento y armamento más actualizado, y cediéndole gradualmente más responsabilidad hasta que, en sus propias palabras, «nos vayamos haciendo superfluos». Westy informaba de éxitos en todos los frentes —en efecto, dijo, la Fase Tres estaba ya en marcha— y señalaba una supuesta pérdida de apoyo popular a los comunistas, así como el supuesto impacto transformador de las fraudulentas elecciones que corroboraron en el poder al presidente Thieu.[43]

—Estamos haciendo progresos —concluyó—. Sabemos que queréis una transición fácil y honrosa a la cuarta y última fase. También vuestros hijos y también yo. Lo tenemos a nuestro alcance: nuestro enemigo no tiene ninguna esperanza. Con vuestro apoyo, les ofreceremos un éxito que tendrá impacto no solo en Vietnam del Sur, sino en toda nación emergente del mundo.[44]

Las invitaciones a la Fiesta de Nochevieja de la embajada estadounidense en Saigón rezaban: «Vengan a ver la luz al final del túnel».[45]

A la mañana siguiente, el titular del *Washington Post* era el siguiente: el fin de la guerra a la vista, según Westy.

Podía haber, por supuesto, algunos sustos hasta ese momento.

Westy encaraba las inminentes vacaciones del Tet con total confianza. Había preparado una sorpresa especial de vacaciones para las tropas enemigas.

—Tenemos un plan para emitir, desde sistemas de megafonía terrestres y aéreos, música vietnamita sentimental para el EVN durante el Tet — cablegrafiaba al Estado Mayor Conjunto pocos días antes del inicio de la festividad—. Los jóvenes vietnamitas son bastante sentimentales con respecto a su familia, y el Tet es una época tradicional para reuniones familiares. La gente del PSY [guerra psicológica] vietnamita acaba de escribir y grabar una canción tremendamente sentimental. Dicen que es capaz de arrancar lágrimas, hasta tal punto que han pedido que no se la emitan a sus tropas durante el Tet por miedo a que se dispare el índice de desertiones. Es uno de los discos que emitiremos para los soldados norvietnamitas en las zonas de Khe Sanh y Con Thien durante el Tet.[46]

Sus analistas de inteligencia habían percibido una constante agrupación de soldados y pertrechos enemigos por la Ruta Ho Chi Minh en otoño de 1967, a través de los vecinos Laos y Camboya. A fin de contrarrestarla, el general había comenzado a desviar más fuerzas estadounidenses al I Cuerpo, el más septentrional de los cuatro sectores militares de Vietnam del Sur, en previsión de una gran ofensiva en la provincia de Quang Tri a principios del nuevo año, especialmente contra una pequeña base de combate de los marines en Khe Sanh. Una serie de ataques norvietnamitas en la región habían intrigado al mando estadounidense porque parecían producir poco más que víctimas, la mayoría norvietnamitas. Pero Westy ya sabía la causa.

La acumulación de fuerzas significaba que el enemigo iba a efectuar un ataque total sobre Khe Sanh. Esta convicción se basaba, en parte, en su creencia de que Hanói carecía de fuerza para penetrar más lejos en Vietnam del Sur, y que se veía obligado, a tal efecto, a mordisquear los bordes del país.[47] Khe Sanh estaba cerca de la ZDM y de la frontera con Laos. Percibía un claro paralelismo histórico. Era exactamente la misma estrategia que el Viet Minh había empleado contra los franceses. En la mejor tradición de prepararse para la última guerra, el general había creído desde hacía tiempo que los norvietnamitas intentarían repetir su exitoso ataque de 1954 sobre Dien Bien Phu, una victoria que había conseguido expulsar a los franceses de Vietnam y había llevado a la partición del país.[48] Estaba decidido a evitar que la historia se repitiera. Cuando Khe Sanh recibió una gigantesca salva de obuses de mortero, el 21 de enero, creyó ver la salva inicial de la inminente gran ofensiva.

—Creemos que el largamente esperado ataque sobre Khe Sanh, en Vietnam del Sur, ha comenzado —dijo McNamara al presidente en una llamada telefónica a la mañana siguiente—. Se están dando un intenso fuego de artillería y mortero y acciones terrestres. Westmoreland cree que está plenamente preparado para hacerle frente. No tengo nada más que añadir.

—Un momento... ¿han sufrido muchas bajas? —preguntó Johnson—. El enemigo allí... ayer, oí por la radio. Que teníamos cuatrocientas cincuenta bajas de vietcongs contra diecisiete estadounidenses muertos, y...

—Señor presidente —interrumpió McNamara—. Soy... Dudo mucho de

esa escala. Nuestros informes no indican... ellos... nuestros informes indican una acción extensa, pero no indican que se haya matado en un número tan grande.[49]

En cuestión de pocas semanas, Westy había concentrado casi el 40 por ciento de su infantería y batallones acorazados en el norte, tanto para defender Khe Sanh contra un gran ataque como para evitar que Hanói tomase las mismas provincias septentrionales que había ocupado catorce años atrás, cuando forzó la rendición francesa.

Jamás un general había estado tan preparado para ganar la *guerre d'Indochine*.

4

La Capital Imperial

Ocupar Hué sería un paso atrevido, la acción más dramática llevada a cabo por Hanói hasta el momento en Chien-tranh Chong My (la guerra de Resistencia contra Estados Unidos). No solo sorprendería en Vietnam, sino en el mundo entero. El ataque que Che Thi Mung y las otras chicas de su escuadrón estaban ayudando a planificar, el Tong-Tan-cong-Noi-day, sería parte de un esfuerzo que se extendería por todo el país, pero Hué sería su pieza central. Años después, Oberdorfer, el cronista más autorizado de la Ofensiva del Tet, escribiría: «El plan de acción —un ataque sorpresa simultáneo sobre casi toda ciudad, barrio y gran base militar por todo Vietnam del Sur— fue audaz por su concepción y fulgurante en su ejecución. Sus repercusiones tuvieron la misma magnitud».[1]

Comenzaría a primera hora de la mañana del miércoles 31 de enero, el primer día del Año Nuevo Lunar y del Tet. Habitualmente se honraban las festividades con un alto el fuego, que constituía el único respiro para el derramamiento de sangre. Las familias se reunían para evaluar su año, rezar y planear su futuro; para recordar a los fallecidos y suplicar a Ong Tao, dios de la cocina, buena fortuna. Quienes se lo podían permitir prolongaban durante días las celebraciones, tras haber acumulado suficiente comida, bebida y fuegos artificiales para celebrar hasta bien entrado el nuevo año. Se decoraba con cerezos en flor y sus ramas y faroles de colores, de un modo muy

parecido a como se decoraba con árboles perennes y sus ramas, con ornamentos brillantes, los salones estadounidenses en Navidad.

Pero este año sería famoso no por la alegría y la esperanza sino por la muerte. Hanói había agregado fuerzas del VC de la región a cuatro regimientos en pleno de duros combatientes regulares del EVN, cada uno con más de mil hombres, que habían pasado meses marchando hacia el sur a lo largo de peligrosos desfiladeros para ponerse en posición. Estos números se complementaban con milicianos reclutados y entrenados procedentes de la propia ciudad, locales como Che que conocían la zona y podían dar una imagen local a la invasión. La idea era que la ofensiva se percibiera como una revuelta popular. Se hicieron planes similares, aunque menos importantes, para otras ciudades, desde Saigón a Da Nang, Can Tho o Nha Trang, y también en ciudades más pequeñas por todo el sur. Tomar Hué enviaría un afilado e instantáneo mensaje (quizás «advertencia» sería un término más correcto) a los ciudadanos de Vietnam del Sur y a los millones de personas en Estados Unidos que habían comenzado a dudar de la sensatez de toda la empresa.

Hué era una ciudad de importancia tanto práctica como simbólica. Con una población de cerca de 140.000 habitantes, era la tercera ciudad más grande de Vietnam del Sur, y probablemente la tercera más importante de los dos Vietnam, tras las capitales, Saigón y Hanói, puesto que, simbólicamente, pertenecía a ambos. Como centro de la cultura vietnamita, tenía una importancia que trascendía la división. Era una antigua sede imperial y el mayor centro de aprendizaje y veneración. Situada sobre una gruesa franja de tierra formada por un meandro del río Huong, Hué había sido, inicialmente, tan solo la Ciudadela, la gigantesca fortaleza que ocupaba casi cinco kilómetros cuadrados de terreno plano. Sus muros tenían ocho metros de altura y un grosor impenetrable. En realidad eran dos murallas separadas por entre cinco y nueve metros, un espacio relleno con tierra, lo bastante amplio en la parte superior como para contener casas, jardines y senderos, así como puestos de guardia tras los parapetos. Aunque en algunos tramos estaba en ruinas, era aún una visión imponente, rodeada por un foso que tan solo podía cruzarse por once estrechos puentes. Cada uno de ellos daba a una

puerta y un pasadizo construido mucho antes de la era del automóvil. Vista desde el aire, la estructura formaba un gigantesco cuadrado con un apéndice en la esquina nordeste llamado Mang Ca.

Los occidentales suelen pensar en la historia de Asia como algo vasto y misterioso que se adentra en las neblinas del tiempo, y las manchas marrones, plateadas y rojizas de los negros muros de la Ciudadela reforzaban esa idea. Los periodistas se referían a ella, de modo habitual, como «antigua» o «medieval», pero no era ninguna de ambas cosas. La mayoría de los antiguos gobernantes de Vietnam habían tenido su base en el norte, cerca de Hanói. Hué no se había convertido en sede gubernamental hasta la dinastía Nguyen, que gobernó durante 143 años, un período impresionante, pero apenas un parpadeo en la larga historia del país. Hubo períodos dinásticos mucho más importantes. El más prolongado había sido el de la dinastía Hong Bang, que era realmente antigua, y que había gobernado, desde su sede, cerca de Hanói, del 2879 a.C. al 258 a.C., antes incluso de la aparición del Imperio romano. Entre los siglos V y XIV, aproximadamente, que en Europa abarcaron la Edad Media y el Renacimiento, el país había sido gobernado de forma intermitente por los chinos. Cuando los Nguyen tomaron el poder y decidieron erigir su capital en Hué, adoptaron los principios militares del arquitecto francés Sébastien de Vauban. Thomas Jefferson era presidente de Estados Unidos. La fortaleza era tan occidental como asiática, y era más joven que la Casa Blanca, en Washington DC, aunque en un estado de conservación notablemente peor.

Aun así, *parecía* tan antigua como Troya. Sus murallas se alzaban de un modo espectacular desde la orilla norte del río Huong, verticales e imposibles de asediar. En 1968, cerca de la mitad de la población de la ciudad vivía dentro de la Ciudadela, la mayoría en barrios bien delimitados, y algunos de ellos, bastante poblados. Había casas de ladrillos de uno y de dos pisos de altura con techos de tejas naranjas construidas originalmente para los empleados por el gobierno real. Los edificios más altos tenían balcones con ornamentadas rejas de hierro fundido. Muchos estaban pintados con brillantes tonos pastel y alojaban clanes familiares, a menudo varias generaciones de ellos: un modo de vida tradicional en las aldeas e importado a la ciudad.

Estaban rodeados por altos muros de piedra que cercaban jardines primorosamente atendidos. En el clima semitropical crecía casi de todo, y algunos de estos jardines florales eran extraordinarios, con pequeños árboles esculpidos, bosquecillos de bambú, plantas de grandes hojas y flores exóticas, grandes frondas de palmeras y estanques llenos de coloridas carpas *koi*. La ciudad había crecido a partir de la fortaleza. Había barrios extramuros y a lo largo de las calles que llevaban a la Ciudadela desde ambas orillas del río.

En el centro-sur de la fortaleza estaban el palacio real y sus terrenos, rodeados por una fortaleza interior. El emperador Gia Long había seguido el modelo de la Ciudad Prohibida de China, con una sala del trono construida mediante vigas y paneles de madera con delicadas pinturas y coloridos dragones dorados. En los terrenos del palacio había grandes casas y anexos dispuestos en torno a exuberantes jardines, lagos y canales. Antaño habían alojado a las mujeres e hijos de los emperadores Nguyen, así como a la corte imperial.

Pero la dinastía Nguyen había desaparecido mucho tiempo atrás. El clan había servido de títere para las autoridades coloniales francesas, brevemente para los japoneses, cuando ocuparon Vietnam durante la segunda guerra mundial, y nuevamente para los franceses, acabada la guerra, hasta que el Viet Minh los expulsó. El heredero imperial en 1954, Bao Dai, era un nacionalista que había abdicado tras el final de la ocupación japonesa, en 1945, y dio su bendición a Ho Chi Minh. Esto confirió a Ho una legitimidad que resultó problemática cuando Bao Dai regresó brevemente para dirigir el gobierno de Vietnam del Sur apoyado por los franceses. Entre 1949 y 1955, el falso emperador fracasó en su intento de librarse de su imagen de intruso. Ho había sido designado líder de la nación, y ahora se percibía a Bao Dai simplemente (y correctamente) como un agente de los franceses. Aquellos que le siguieron en su mandato en Saigón, los presidentes Ngo Dinh Diem y luego Nguyen Van Thieu, compartían la misma imagen. Se los seguía percibiendo como agentes, «títeres», la palabra preferida por los propagandistas de Hanói, solo que de los estadounidenses, los últimos aspirantes a colonialistas. Y la percepción era cierta. Aunque tanto Diem como Thieu tenían partidarios en el sur, ninguno de los dos fue querido o

respetado lo suficiente como para mantenerse en el poder sin apoyo extranjero.

Incluso mientras los grandiosos edificios, tumbas y palacios imperiales se vaciaban y quedaban en ruinas, la ciudad de Hué creció y prosperó. El propio Tío Ho había crecido en la Ciudadela y había recibido sus primeras clases al pie de las murallas. Los vecinos de intramuros siguieron contándose entre los más prósperos de la ciudad, mientras que los negocios modernos se trasladaron al sur, al otro lado del Huong. Todos los grandes edificios y escuelas gubernamentales se situaban en un área con forma de triángulo, limitados no por muros de piedra, sino por ríos y calles. El río Huong era su frontera norte. Al oeste estaba el canal Phu Cam, que fluía hacia el sudeste desde el Huong hasta que se cruzaba con la Autopista 1, que atravesaba las aguas en el puente An Cuu.[2] Justo al norte del puente, la autopista llegaba al extremo meridional de la calle Ba Trieu, que giraba hacia el nordeste regresando al Huong. La autopista cortaba en dos el triángulo así formado: una carretera que en épocas más felices conectaba Hanói con Saigón, pero que durante la guerra se convirtió en un disputado paso de uno al otro extremo. Durante la guerra contra Francia, una franja septentrional de la carretera de dos carriles fue escenario de tantos combates que se la había apodado *Rue Sans Joie*, «la calle sin alegría». La mayor parte se encontraba suficientemente elevada como para seguir siendo transitable incluso cuando los arrozales a ambos lados quedaban totalmente anegados. En la zona de Hué, la Autopista 1 abarcaba desde la base estadounidense de Da Nang hasta Phu Bai, un trayecto en coche de una hora y media, y luego desde Phu Bai al norte de la ciudad. Cruzaba el Huong en el puente Truong Thien, una grácil estructura diseñada y construida en 1897 por Gustave Eiffel, famoso por su torre parisina. Rematado con seis arcos bajos de acero entrecruzado, era suficientemente ancho para dos carriles de tráfico y pasarelas laterales para peatones. Más allá del puente, la Ciudadela se asentaba a horcajadas sobre la autopista. Para llegar más al norte había que rodearla o pasar por el puente Thuong Tu, en el extremo inferior derecho, y atravesar sus estrechas callejuelas hacia la puerta del extremo superior izquierdo, llamada An Hoa.

El puente Truong Tien era uno de los dos que atravesaban el Huong. El

otro, más al oeste, llamado puente (ferroviario) Bach Ho, soportaba la línea férrea. Había numerosos puentes menores alrededor del triángulo, cruzando canales y grandes zanjas de drenaje que transportaban aguas fluviales a los arrozales que se extendían desde la ciudad en todas direcciones.

Hué tenía el ajetreo y atractivo de una ciudad moderna como Saigón, pero había conservado parte de la elegancia de un Vietnam más antiguo. Las pagodas y las barrocas tumbas dinásticas eran tesoros arquitectónicos. Desde el parque que discurría a lo largo de la orilla sur del Huong uno podía ver sampanes y barcas de pesca moverse perezosamente por las aguas ante la desnuda muralla de la Ciudadela, o entrar en el elegante Cercle Sportif, un club social y deportivo de la era colonial con antiguos automóviles franceses aparcados fuera, que adentro estaba aún amueblado y dirigido como si las siete décadas de gobierno colonial nunca hubieran acabado. Al otro lado de la calle Le Loi había mansiones, edificios comerciales, el edificio de la Tesorería, el correo, una cárcel y una catedral católica: la iglesia del Santísimo Redentor. La ciudad era pequeña, pero próspera y totalmente urbana, y albergaba una clase comercial emergente que había quedado en gran parte protegida de la guerra.

En realidad, Hué era el único sitio de todo Vietnam que la guerra apenas había tocado. Sus habitantes no apoyaban especialmente a ninguno de los bandos del conflicto. Ho sabía que los católicos, budistas e intelectuales de Hué, si bien no necesariamente amistosos hacia su causa, también eran distantes hacia el gobierno de Thieu. El presidente gozaba del respaldo de sus correligionarios católicos, pero poco más. Sus políticas de mano dura y la corrupción del régimen de Saigón bajo el gobierno de Diem habían provocado en 1963 las chocantes autoinmolaciones de manifestantes budistas, emitidas en todo el mundo, así como las hirientes críticas y protestas de los intelectuales de la Universidad de Hué. Estos acontecimientos llevarían, a finales de ese año, al asesinato de Diem. Las protestas habían cesado, pero el resentimiento persistía. El régimen de Thieu condenaba al ostracismo de modo sistemático a los budistas; tan solo proporcionaba armas para defenderse de los rebeldes comunistas a las aldeas católicas. Los budistas y la mayoría de los intelectuales de Hué, incluso los

que se oponían a Ho, veían a Thieu y su gobierno como una creación de Estados Unidos. De modo que la ciudad era un hueso duro de roer, tanto para el Norte como para el Sur, y en gran parte la habían dejado tranquila.

En consecuencia, la presencia militar en Hué era ligera. En enero de 1968 había menos de un millar de soldados del ERVN en la ciudad y zonas adyacentes, y un número incluso inferior de estadounidenses. Conforme se acercaban las vacaciones, una gran parte de los primeros esperaba un largo permiso de vacaciones.

En esta pacífica ciudad, durante el Tet, era tradicional enviar vasos de papel con velas encendidas río abajo, como flores centelleantes, a modo de plegarias por la salud, el éxito, el recuerdo de los fallecidos o los que se habían marchado, por éxitos amorosos y, quizás, por el fin de la guerra y las masacres. Era una conmovedora imagen: una vasta flota de esperanzas, miles de pequeñas llamas. Flotarían río abajo en silencio, dejando atrás las brillantes luces de la ciudad, al sur, enmarcadas al norte por los enormes muros negros de la fortaleza. La gente solía abarrotar ambas orillas del Huong para disfrutar del espectáculo, adelantándose e inclinándose para depositar sus propias ofrendas. El ritual era el emblema y la característica de Hué, un gesto de calma y belleza, de armonía entre los vivos y los muertos, una expresión del alma de Vietnam, un lugar lejos de los horrores de la guerra.

Pero no este año.

5

Alcohol de contrabando y huevos de pato a medio eclosionar

Nguyen Van Quang tenía miedo de la misión. No le habían ordenado realizarla; solo se lo habían pedido con firmeza. El oficial de más alto rango del Vietcong de su sector, Tran Anh Lien, se sentó con él y le habló de la necesidad de entregar armas a la ciudad.

—¿Crees que podrás hacerlo? —le preguntó Lien.

Hué estaba llena de policías secretos y confidentes. Quang^[1] los había evitado durante años, extendiendo ideas acerca de la liberación y reclutando una milicia clandestina. Distribuir panfletos y criticar públicamente al régimen podía costarle la cárcel; introducir armamento podía hacer que lo mataran. Estaba orgulloso de su servicio y de su éxito en el reclutamiento de una milicia local, y era evidente que no tenía sentido dejar desarmada a su célula de combatientes, pero nunca imaginó que él sería el encargado de traer las armas. Al principio no se presentó voluntario.

Lien intentó un ataque diferente. Le preguntó:

—¿Tienes algún tipo de organización que se atreva a traer esas armas a la ciudad por ti?

Quang se puso de pie.

—Querido camarada —dijo—, esto me resulta muy difícil. —Explicó que sus actividades hasta aquel momento lo habían expuesto a muchos riesgos,

pero que este era peor—. Puedo animar a algunas personas a que entren armas en la ciudad, pero en cuanto a mí... —Confesó que no sabía cómo podría hacerlo.

—Si es así, ¿puedes regresar a la ciudad en secreto... evitando que te vea la gente que te conoce? — preguntó Lien.

—Sí. Sería difícil, pero puedo hacerlo.

—Entonces vuelve y forma un grupo para que entre las armas por ti — dijo Lien—. Y recibirás las armas y participarás en esa misión, ¿de acuerdo?

Quang había huido de Hué cuando era un estudiante de secundaria. Había estado en undécimo grado y era poco más que un chiquillo, bajo —incluso para los estándares vietnamitas— y flaco. Pero incluso con solo dieciséis años poseía una exuberante energía juvenil y encanto: la gente se sentía atraída por él. Procedía de una familia de intelectuales que vivía en la Ciudadela, en un barrio adyacente a los muros del palacio real. Su padre era maestro, y sus ocho tíos ejercían también profesiones intelectuales. Todos eran conocidos nacionalistas que se habían alistado en el Viet Minh en 1945. Dos habían muerto en el conflicto. El joven Quang sentía la presión de estar a su altura.

En secundaria lo habían elegido secretario general del Sindicato de Estudiantes. En 1965, cuando empezaron a llegar tropas estadounidenses al corazón de Hué, cuando vio por primera vez tanques extranjeros y vehículos militares y soldados fuertemente armados cruzando el puente Truong Tien, obtuvo el empujón que necesitaba. Hasta entonces había considerado el gobierno del presidente Thieu obstinado en sus errores, pero al menos vietnamita. Veía la guerra como un conflicto entre dos facciones de su propio pueblo con ideas diferentes acerca del gobierno. Cuando los aliados con el movimiento de liberación le urgían a unirse contra los estadounidenses, Quang respondía: «¿Cómo podemos resistir a los estadounidenses si no hay ninguno?».

De repente había estadounidenses por todas partes. Esto definió las ideas de Quang. Estaba claro que esto ya no era una guerra civil, sino una lucha por la independencia, un nuevo capítulo en la misma en la que su padre y sus tíos habían luchado. Era su turno. Cuando se anunció que vendrían incluso más

tropas estadounidenses, ayudó a organizar una marcha estudiantil de protesta, y después, él y sus compañeros de clase llevaron a cabo más manifestaciones pacíficas. Cuando vio que con esto había conseguido muy poco, buscó a los representantes clandestinos del VC y se unió a él.

Lo enviaron al sur, hacia el Bosque Nacional Bach Ma, un impresionante e inhóspito paisaje de altas montañas verdes y granjas en terrazas de gráciles curvas al norte de Da Nang. Quang esperaba que el campamento de la resistencia estuviera lejos y oculto, pero lo que halló en cambio fue que estaba a plena vista, en una zona muy poblada. Él iba y venía entre Dinh Mon y Duong Hoa, aldeas cercanas a la famosa tumba de Gia Long.

Controladas por los rebeldes, estas aldeas eran modelos a escala del futuro, por cuanto sabía Quang. Lo recibieron como un valioso recluta. Sus estudios y su familiaridad con la ciudad eran infrecuentes en el VC, la mayoría de cuyos hombres procedían de aldeas rurales. Tras haberse decidido a comprometerse totalmente, Quang se vio envuelto en el idealismo y el fervor de la causa. Los hombres y mujeres de la aldea procedían de todo Vietnam, tanto del norte como del sur, y no solo compartían su ira contra la presencia estadounidense, sino que tenían una clara idea de en qué se convertiría su país. Esta visión compartida se practicaba en las aldeas, que eran modelos de vida comunal. Quang vio exactamente por qué estaba luchando. Mal equipados y a menudo hambrientos, los rebeldes compartían el compromiso para una larga lucha y la convicción de que al final prevalecerían. Acabó encariñándose con aquellos que entraron con él en el entrenamiento. Recibieron instrucción política y se les enseñó a usar modernas armas rusas y chinas, así como otras más antiguas, robadas a franceses y estadounidenses.

Quang halló la vida en el campamento tan inspiradora que tuvo un sobresalto cuando le ordenaron por primera vez, hacia finales de aquel año, regresar solo a la ciudad. Reapareció en la escuela secundaria en otoño, trabajando ahora como reclutador del VC. Era bueno en ello. Pronto tuvo a diez de sus compañeros de clase trabajando con él. Fundaron un diario patriótico llamado *Hoc Sinh* («Los Estudiantes»), enfocado a lectores jóvenes y cuidadosamente escrito para evitar provocar a los *nguy*. Sus reportajes eran

copiados en una máquina Roneo, un mimeógrafo, y consistían en una sola hoja de papel, plegada por la mitad e impresa por las cuatro caras. Daban tan solo noticias «legales», por ejemplo la noticia de un enfrentamiento entre estadounidenses y el VC cerca de Phu Bai. Un reportaje así no rompía las reglas, pero el mensaje que comunicaba a los estudiantes de secundaria y compañeros de Quang era sutilmente subversivo. Los estadounidenses estaban matando a vietnamitas. Era una ocupación extranjera, y algunos de sus compatriotas estaban combatiendo contra ella.

El diario atrajo nuevos reclutas, incluidos los operarios que les ayudaban con la máquina Roneo. En su último año de secundaria, Quang tenía una célula clandestina de más de treinta personas. Su éxito atrajo la atención. En verano de 1966, mientras se preparaba para su segunda tanda de exámenes para la Universidad de Hué, se dio cuenta de que un policía estaba siguiéndole. Cuando detuvieron y encarcelaron a su hermano mayor, con las mismas ideas que él, acusado de simpatizar con los comunistas, los amigos le advirtieron que él sería el siguiente. Huyó de regreso a las aldeas rebeldes.

Esta vez no se quedó mucho tiempo. El comisario local le pidió que regresara a Hué, pese al peligro de detención. Esta vez le darían un nombre nuevo y nuevos documentos de identidad, y debía evitar su antigua escuela y su barrio. Iría al pueblo pesquero de Kim Do, al nordeste de la Ciudadela. Aun así, la tarea que le pedían era peligrosa. Siempre había vivido en la ciudad, y antes o después acabaría tropezando con alguien que lo conocía, pero le dijeron que se estaba cocinando algo gordo, y los riesgos eran necesarios.

Comenzó a vivir con la familia de Nguyen Ngu, que criaba patos, miles de patos. Quang trabajaba como tutor de los niños Nguyen, y por la noche regresaba a la ciudad para reunirse con su célula y hallar nuevos reclutas. Estuvo a punto de tener una serie de encuentros con la policía, pero nunca tropezó con nadie que lo conociera. Armado con su carisma natural y su devoción a la causa, tuvo más éxito del que hubieran imaginado él o sus superiores. También animó a los miembros originales de su célula a reclutar gente. A través de ellos contactó con algunos de sus antiguos amigos de la universidad, que ahora lo veían como un héroe, y también ellos accedieron a

ayudar. Su milicia clandestina creció hasta el centenar de miembros.

De noche se movía por la ciudad en ciclomotor llevando casco con visor; en estos viajes a menudo llevaba detrás a una chica para parecer una pareja en una cita. Una vez se encontraba en una cafetería cuando entró la policía. Un oficial se quedó de pie junto a él frente al mostrador. El corazón se le salía del pecho, pero el policía no reparó en él. Su organización estaba compuesta de círculos concéntricos. Fuera de su grupo original, pocos lo conocían. En su célula había estudiantes, profesores, monjes, jóvenes obreros y propietarios de pequeñas tiendas; incluso había un soldado uniformado del ERVN. Envío a los más capaces a Bach Ma para que recibieran formación política y entrenamiento militar.

La de Quang solo era una de toda una serie de células similares en la ciudad. En noviembre de 1967, al mismo tiempo que Westy visitaba Washington, Quang y otros líderes de células se reunieron en otra base en las montañas, esta vez a unos dieciocho kilómetros al nordeste, en el distrito de Phong Dien. Allí supieron por primera vez de Tong-Tan-cong-Noi-day. Los planes estaban ya muy avanzados. Ya se había reunido un batallón reforzado del EVN, de cerca de un millar de hombres, en la aldea de La Chu y sus alrededores,^[2] en una zona que los estadounidenses habían designado como «aldea segura» y que desde entonces se había abandonado. Estaba equipada con búnkeres y edificios de cemento construidos por los estadounidenses: era un cuartel perfecto a prueba de bombas, obsequio del Tío Sam. Serviría como centro neurálgico del ataque sobre Hué.

Se había concebido el Tong-Tan-cong-Noi-day como un ataque desde el exterior y desde el interior; era a la vez una «ofensiva» y un «levantamiento». El grueso de la fuerza invasora sería el EVN. Mezclados con él habría batallones de VC, muchos de ellos liderados por oficiales del EVN que se habían trasladado al sur. De modo que la única parte auténticamente local del Frente Nacional de Liberación eran estos milicianos del lugar. Dado que conocían la ciudad, algunos de los líderes de células servirían como representantes del partido, o comisarios, cuando se tomara la ciudad. Era una guerra política, les dijeron, de modo que el alzamiento era más importante que la ofensiva. Jefes de escuadras locales como Tran Anh Lien, que había

modelado a Quang, jugarían un gran papel. Detonarían la mecha de la esperada revuelta ciudadana y la liderarían, y supervisarían la construcción del nuevo Vietnam.

En total, el Frente contaría con cerca de diez mil hombres. Tan solo el Sexto Regimiento del EVN, por ejemplo, consistía de tres batallones de infantería regular, cada uno de los cuales se dividía en tres compañías de aproximadamente doscientos hombres, que se dividían a su vez en tres pelotones. Para complementar a las fuerzas regulares habría unidades de élite, un batallón de artillería con cohetes de 122 mm y varias compañías de especialistas armadas con morteros, ametralladoras pesadas y lanzagranadas (bien los B-40, bien los más recientes B-41, con más potencia de penetración).[3] Este ejército combinado vestía toda una variedad de uniformes: el EVN regular vestía uniformes chinos de color verde oscuro con los característicos cascos salacot; el VC tenía uniformes de color caqui con cascos salacot de color marrón oscuro (si tenían casco), y muchos vestían ropas civiles o «pijamas» de color negro[4] y pantalones cortos, o cualquier combinación de los elementos mencionados. La mayoría llevaba mochilas de lona, munición y comida en tubos de tela que cruzaban sobre sus hombros. La mayoría calzaba sandalias. Todos sujetaban a su manga izquierda tiras de tela roja y tela azul sobre fondo blanco. Respaldando a los combatientes había centenares de voluntarios civiles, una elaborada red de apoyo y aprovisionamiento formada principalmente por hombres y mujeres del lugar que, como la joven aldeana Che Ti Mung, dirigirían el ejército a la ciudad y, cuando comenzara el combate, entregarían alimentos y munición, evacuarían a los heridos a hospitales de campaña, cavarían búnkeres y trincheras y enterrarían a los muertos. Las tropas del Frente carecían de la potencia de fuego de los estadounidenses y el ERVN, y tampoco poseían la capacidad de atacar y recibir suministros por aire o por mar, pero tenían profundas raíces en su comunidad. Con líderes que llevaban décadas combatiendo, eran un rival más que peligroso para los estadounidenses, y muchos poseían habilidades de infantería (defensa, disparo y maniobra) que dejarían impresionados incluso a los veteranos estadounidenses más encallecidos.

La planificación había sido meticulosa. Hacia finales de 1967, el Frente

había descompuesto su ataque en cientos de misiones específicas. Se asignó una bastante inusual a un veterano del VC, el sargento Cao Van Sen, quien debía crear y entregar una bandera especial para izarla en el mástil de 37,5 metros de altura que remataba Ngo Mon, la monumental plataforma de tres pisos que había justo junto al palacio real, ante la muralla meridional de la Ciudadela. Emplazada sobre la orilla norte del río Huong, se la podía divisar desde todo Hué.

Se había pensado cuidadosamente en esta bandera. Dado que muchos en la ciudad no estaban aún comprometidos con la revolución, una bandera que ondeara de modo tan visible debía enviar su mensaje cuidadosamente. El partido no quería que se percibiera el Tong-Tan-cong-Noi-day como una invasión u ocupación, sino más bien como una liberación. La bandera del partido, de color rojo y con una gran estrella amarilla en el centro, no serviría. Era el símbolo de Vietnam del Norte, al que muchos en Hué veían como una facción de la guerra civil. Tampoco serviría la bandera del VC, dos franjas horizontales, la superior, roja; la inferior, azul, con una estrella amarilla en el centro. Los rebeldes eran minoría en Hué. Lo que tenían en mente los planificadores era un emblema que inspirara el levantamiento, una bandera que simbolizara las propias aspiraciones de Hué. La idea era reconocer auténticas diferencias políticas entre Norte y Sur, y establecer un Vietnam del Sur independiente y neutral con el que Hanói pudiera negociar los términos de una unificación. Puesto que gran parte de la ciudad albergaba a intelectuales ateos, budistas y católicos, una bandera políticamente correcta anunciaría una alianza de estos grupos. El diseño final mostraba la estrella amarilla nacional en el centro, contra un fondo de brillante rojo comunista en el centro, pero con dos anchas franjas horizontales azules arriba y abajo. Estas franjas azules representaban a las clases ilustradas y a las facciones religiosas de la ciudad, budistas y católicos.

Se trataba de una visión más anclada en los deseos que en la realidad. Los esfuerzos de Quang y de otros habían atraído voluntarios de la universidad, pero casi todos eran estudiantes, no la auténtica intelectualidad de la ciudad. Reclutas rurales como Che y las demás chicas de su Escuadrón del Río Huong representaban las bases típicas del VC. El apoyo de la comunidad

budista de Hué era ínfimo, más allá del de un venerable monje, Thich Don Hua, partidario de la reunificación. Había una hostilidad abierta por parte de los católicos de la ciudad, que habitualmente combatían contra los rebeldes o huían de ellos. La gran esperanza de la Ofensiva del Tet residía en que su tamaño y atrevimiento desencadenaran un surgimiento de nacionalismo que trascendiera barreras de ideología, clase y fe.

El sargento Sen constituía una buena elección para la misión de la bandera, pese a que nunca había hecho nada así antes. Era un hombre bajo de cara ancha y piel oscura, nacido en una aldea de las cercanías de Hué, al norte. Tenía una marca de nacimiento gris que abarcaba toda la mitad derecha de su cara. Su padre tenía un empleo como funcionario en el palacio real, y tanto él como la madre de Sen habían combatido con el Viet Minh. Ahora, la familia de Sen, como el país, estaba dividida. Tres de sus hermanos luchaban en el ERVN, algo que su padre consideraba una desgracia. El propio Sen se había unido a la lucha contra los franceses en 1950, con solo diecisiete años. Cuando los Acuerdos de Ginebra acabaron con la guerra, cuatro años más tarde, dividiendo el país, Sen y los demás hombres de su unidad quedaron decepcionados, pero creyeron que las elecciones que debían celebrarse en tres años reunificarían la nación. Los hombres se enseñaban unos a otros tres dedos alzados como recuerdo de la promesa. Sen siguió siendo un combatiente, asistiendo a la escuela en el norte durante dos años, y cuando el sur renegó de las elecciones le ordenaron vestir el traje negro del VC y regresar a su antiguo distrito. Había ayudado a fundar la base de La Chu, y tomó parte en escaramuzas contra los *nguy* y fuerzas estadounidenses. En los meses previos al Tet, él y su pelotón de fuerzas de élite habían aprendido a cruzar puentes de noche, ocultarse y escalar murallas. Formarían una pirámide humana de tres pisos de altura. El hombre de arriba lanzaría una cuerda sobre la parte superior de la muralla y tiraría de sí mismo; luego pasaría la cuerda a los demás.

Pero a Sen lo relevaron de estos ejercicios de escalada para hacerse cargo de la misión de la bandera. Obtuvo una máquina de coser y tela, y encontró a una mujer llamada Le Thi Mai para crear el emblema. Era tan grande y pesaba tanto que hicieron falta dos hombres para transportarla. Dieron a Sen

un periodista y un cámara para documentar cómo se izaba. Entregarían la bandera de la alianza a Ngo Mon una vez se tomara la Ciudadela, y la harían ascender por el mástil para que todo aquel que se despertara el 31 de enero supiera que la ciudad había cambiado de dueños.

Toda la ofensiva del Tet fue una obra maestra de trabajos clandestinos. Un mando de la Marina de Estados Unidos la llamaría posteriormente «un milagro de la logística».[5] A finales del otoño de 1967, las tropas regulares habían comenzado a viajar hacia sus posiciones a millares, atravesando aldeas rurales y carreteras. Los reclutas locales hacían viajes nocturnos desde las aldeas a los arrabales de la ciudad tan solo para hacer que los perros ladrasen, y pronto fue un sonido tan habitual que pocos le prestaban atención —o los perros se acostumbraron hasta tal punto que ya ni se molestaban—. [6] Aun así, no había modo de ocultar una cantidad tan elevada de hombres. Era el tipo de movimiento de tropas que solo podía permanecer en secreto si los ciudadanos lo apoyaban o no les importaba lo suficiente como para dar la alarma.

En noviembre, durante la visita del comisario Lien en la que finalmente se asignó a Quang la misión, se le dijo que su milicia colaboraría en el ataque a la puerta de Chanh Tay, la más septentrional de las dos en el muro oeste. Tanto esta como la otra puerta, Huu, eran de máxima importancia, puesto que el grueso del Sexto Regimiento del EVN procedería de esa dirección. Desde el invierno anterior, los comandos habían comenzado a explorar modos alternativos de entrar y salir de la fortaleza. Había canalizaciones de control de inundaciones que atravesaban las murallas con conductos de piedra y plástico, algunos de ellos de dos metros de altura. A principios de año ya se habían explorado en su totalidad y ofrecían otro modo de infiltración.

La compañía de Quang se uniría a los soldados del EVN durante la noche del ataque. Fuerzas de élite infiltradas en la fortaleza se acercarían a la bien defendida puerta Chanh Tay desde dentro, atacando a los guardias y abriendo las puertas. Luego la fuerza principal entraría, suficientes como para superar a cualquier tropa del ERVN que quedase dentro o respondiera al fuego. La unidad de milicianos de Quang se uniría al combate desde dentro, y luego iría a fomentar el alzamiento popular.

Pero antes Quang debía armarlos. Abandonó su reunión con Lien lleno de preocupaciones. Pasar armas lo aterrizzaba, y no tenía ni idea de cómo hacerlo. Cuando volvió con los Nguyen pasó días debatiendo interiormente cómo hacerlo, o incluso si hacerlo o no. El señor y la señora Nguyen se habían convertido en padres adoptivos para él; los llamaba Tío y Tía. Tenían una barca que usaban para llevar los patos y huevos que vendían en la ciudad. Podrían ocultar un cargamento considerable de armas y munición en uno de esos viajes, pero no se atrevía a pedirselo. Tenían simpatía hacia la causa, pero no eran revolucionarios activos. ¿Cómo pedirles que aceptaran un riesgo tan grande? No pudo comer ni dormir durante días. Al final, la señora Nguyen, viéndolo tan preocupado, le pidió que le explicara qué pasaba.

—Explícamelo —le dijo—. Quizás pueda ayudarte.

Confesó a los Nguyen que había aceptado una misión que no podía realizar.

—Haría casi cualquier cosa por ayudarte —dijo Nguyen Ngu—, pero pedirme que haga esto es lo mismo que matarme.

Había controles del ERVN en el río, en los que se inspeccionaban todos los cargamentos. Cuando los guardias conocían a los mercaderes, como en el caso de los Nguyen, a menudo los dejaban pasar con un saludo, pero no siempre. A veces la familia preparaba pequeñas *delicatessen*, como pato al vapor y *hot vit lon* (un plato local: embrión de pato hervido en el caparazón) y las ofrecía a los guardias junto con una pequeña garrafa de alcohol clandestino. Aun así, no había garantía alguna. Nadie podía saber cuándo los guardias decidirían inspeccionar todo lo que se llevaba a bordo.

Quang no presionó. No había muchos camaradas en las cercanías, y habría sido peligroso tantear demasiado. Por mantener el secreto, tenía prohibido viajar a la base del VC a menos que se lo convocara, de modo que no podía ir a suplicar a Lien que lo sustituyera en la tarea. Pasó una semana alejado de los Nguyen, dándole vueltas al problema, pero finalmente se dio por vencido y regresó.

—¿Dónde has estado? —preguntó la señora Nguyen.

—Intentando encontrar otra manera de meter el armamento en la ciudad —respondió.

—¿Has encontrado alguna?

Quang dijo que no.

—Es demasiado difícil —dijo.

—Creo que podemos ayudarte —dijo la señora Nguyen.

Ella y su marido habían estado hablando mientras él no estaba, y, por resumirlo, ella había convencido al marido. Él crearía un doble fondo en la barca para meter las cosas más grandes, como rifles y lanzagranadas. Las cosas más pequeñas, como la munición, se podían envolver en plástico y colocarse en lo más hondo de las cestas de huevos. Los guardias solían sondear las mercancías que había en cajas o cestas con varas, pero no podían hacerlo en cestas de huevos.

—¿Cómo podemos meter todo esto en la barca sin llamar la atención? —preguntó Quang.

Los Nguyen también habían pensado en eso. No solían descargar sus mercancías en un mercado. Habitualmente anclaban en una zona del río y los clientes venían a ellos. Quang solo tenía que dar instrucciones a sus hombres de que se acercaran a la barca, comprasen algunos huevos o patos y transportasen las armas y munición de una en una.

—Esa parte será fácil para nosotros —dijo la señora Nguyen.

Quang escribió la proposición en código y se la envió con un correo a Lien. *Ya tenemos un plan y alguien dispuesto a llevarlo a cabo.* Pocos días después, Lien en persona visitó a los Nguyen. Trajo consigo al subcomandante de todas las fuerzas en Hué. Escucharon el plan en detalle y cenaron pato de los Nguyen. A la mañana siguiente, Ngu comenzó a fabricar un doble fondo para su barco.

El día señalado, a principios de enero, Quang dejó la ciudad con Ngu para supervisar la carga. Al fondo de la barca fueron a parar pilas de AK-47, lanzagranadas y granadas. Se puso munición en las cestas de huevos. Mientras Ngu zarpaba, él se quedó detrás. Quang podía ver que estaba nervioso, así que sugirió que Ngu bebiera un poco del alcohol ilegal.

—No lo suficiente para emborracharse —dijo—, pero sí para *parecer* borracho.

A Ngu se le ruborizaba la cara siempre que bebía alcohol, incluso un

poco. De modo que al acercarse a los controles interpretó su papel convincentemente. Se balanceaba y gritaba a los guardias, saludándolos, ofreciéndoles sus regalos y suplicándoles que le dejaran pasar rápido, «porque estoy borracho y me preocupa no llegar a Hué a tiempo, y mi esposa me matará».

Quang esperó todo aquel día en Kim Do. No supo hasta el día siguiente por la tarde que su «tío» había completado con éxito el viaje, y que sus hombres habían recogido el cargamento. Ahora sus fuerzas estaban listas y armadas. Casi no podía creérselo. Tal y como lo veía, el milagro demostraba la verdad de las enseñanzas de Ho, que el partido y el ejército no eran suficiente: la auténtica victoria solo podía proceder del pueblo. Le habían confiado una tarea que excedía a sus capacidades y coraje. Y su amigo, el Tío Ngu, se había ofrecido. Era *nhan dan*, el pueblo, el que había entregado las armas.

6

Nhan dan

En Estados Unidos, algunos activistas idealizaban a Ho Chi Minh y a su causa, subrayando su carácter nacionalista y señalando un enemigo común en LBJ, pero el presidente y sus halcones tenían razón en una cosa: Hanói era comunista y autoritaria hasta la médula. No iba a convertirse en un Estado satélite de la Unión Soviética ni, mucho menos, de China. Lejos de eso, la nación reunificada que imaginaba el Partido de los Trabajadores de Vietnam[1] estaba modelada según el Estado soviético y muy influida por la Revolución Cultural de Mao. Era implacable y doctrinaria. Prometía una economía dictada por el Estado y una sociedad gobernada por el partido en la cual la lealtad al régimen era absoluta.

Ninguna nación es inmune a confundir deseos y realidad. Por su propia implacable lógica, el partido era *nhan dan*, el pueblo, de modo que lo que el partido dictaba era, por definición, la voluntad del pueblo. También creía su propia propaganda. Cuando se trazaron los planes para la Ofensiva del Tet ello significaba que el ataque a Hué y los demás ataques sobre Vietnam del Sur serían una expresión de la voluntad popular, por lo que era lógico creer que el pueblo se alzaría en armas para apoyarlos. El forzado optimismo de Westy no era nada en comparación con el del partido. Liderada por el primer secretario Le Duan, y pasando por encima de las objeciones de miembros más realistas del Politburó, Hanói se había autoconvencido de que tenía a su

alcance la victoria.

El plan exigía ataques, en los días previos al Tet, contra bases estadounidenses en todo el sur: Khe Sanh, Da Nang, Con Tien, Pleiku... Calculaba que Westy trasladaría sus tropas para defender sus propias bases, lo que dejaría Saigón, Hué, Can Tho, Nha Trang y decenas de otras ciudades survietnamitas defendidas por las fuerzas más débiles del ERVN. La combinación de fuerzas del EVN y el VC sería un rival superior a la mayoría de las defensas urbanas. Pero la logística de trasladar en secreto las fuerzas del Frente a los lugares era abrumadora y, al menos al principio, estaba pobremente planeada. Cuando se pidió al general Vo Nguyen Giap, el gran estratega que había expulsado a los franceses de Vietnam catorce años antes, que trazara el plan para los mandos del VC en marzo de 1967, propuso establecer un centro desde el que lanzar el ataque a Hué en las tierras bajas al sudoeste de la ciudad.

Dang Kinh, un mando local, le dijo: «¡Moriréis todos de hambre!».

Le explicó que la gente que vivía en la zona propuesta eran pescadores y que no cultivaban arroz. Para alimentar un ejército se necesitaba un suministro constante de arroz.

Giap preguntó cuánto de la provincia de Thua Thien (que incluía Hué) sería capaz de tomar la fuerza propuesta. Kinh dio una respuesta irónica que venía a decir *¿Por qué me lo preguntan a mí?*; señaló que a Hanói le encantaba hacer planes por el estilo sin consultar a los humildes mandos locales.

—Solo soy una herramienta —dijo a Giap—. Apúnteme a un objetivo y lo atacaré. No puedo responder a su pregunta, señor.

Giap dijo al andrajosos comandante local que le iba a dar un regimiento entero del EVN.

—Señor, nuestra región militar no puede absorber otro regimiento —respondió Kinh.

—Es usted un tipo raro —dijo Giap—. Todos nuestros comandantes piden más unidades, pero cuando el alto mando le ofrece a usted otro regimiento, se niega a aceptarlo.

—Soy un comandante de guerrilla —le respondió Kinh—. Si me da

demasiadas tropas, no seré capaz de gestionarlas.

Dado que Hué no había sido escenario de muchos combates, apenas se pensaba en ella en términos militares. Pero si se la consideraba de este modo, tenía un notable valor. Vietnam es una larga y estrecha franja de terreno que abarca más de tres mil quinientos kilómetros de costa a lo largo del golfo de Tonkín y el mar de la China Meridional. Era más ancha en su extremo norte, la frontera con China, y volvía a ensancharse en el extremo meridional, en las pantanosas aguas del delta del Mekong, pero en su centro se estrechaba como si un cinturón la ciñese. En la región de Hué era tan estrecha que desde la playa se podía llegar a la montañosa frontera con Laos en menos de una hora en coche. Tanto la Autopista 1 como la principal vía férrea de la nación, que conectaba la gigantesca base estadounidense de Da Nang con la ZDM, pasaban por Hué. El río Huong era lo bastante ancho y profundo en la zona como para que los barcos suministraran un flujo constante de provisiones a las fuerzas del norte y del sur. El dominio de Hué era crucial para estas rutas de transporte. Y sin embargo, el impulso inicial del plan para tomar la ciudad nunca se preocupó de cerrar el río, la autopista o las vías férreas. El impulso era político. El verdadero campo de batalla, por cuanto concernía al partido, era el *nhan dan*. Si se lo podía inducir a unirse a las fuerzas del Frente, la guerra se acabaría.

Kinh nunca creyó que eso fuese a suceder, pero era un buen soldado, y si le ordenaban atacar, atacaría. A lo largo de los días siguientes, en discusiones con Giap, acordó que se podía tomar la ciudad y que, si se reforzaban sus tropas y se las reposicionaba, podría defenderla durante algunos días. Calculaba que incluso con diez mil hombres, en pocos días los estadounidenses y el ERVN podrían responder con siete veces esa cantidad, por no mencionar la artillería, apoyo aéreo, tanques, etcétera. No podrían resistir mucho tiempo un ataque así, y sufrirían terribles pérdidas. En cuanto a los planes para más al sur, dijo a Giap que Hanói estaba intentando hacer una hoguera con apenas combustible para encender una cerilla. Pero los líderes del partido tenían una respuesta para eso: con suficiente combustible, lo único que se necesita es una cerilla. Esperaban que el oprimido pueblo del Vietnam del Sur se levantara en masa cuando viese al ejército de liberación

marchando por sus calles. ¡El gobierno de Thieu caería! Los estadounidenses no tendrían otra opción que regresar a sus hogares.[2]

Los líderes de Hanói eran virtuosos ruseñores de la propaganda oficial. Vivían en una burbuja. No había disensiones en su sociedad que pusieran en duda o desafiaran su ilusión. Y estaban seguros de su victoria final. Años atrás, los ruseñores aseguraban que la guerra podría acabarse rápidamente, antes de que los estadounidenses acumularan toda su presencia militar, pero eso no había ocurrido. En el sur, las cosas habían empeorado, no mejorado. Había pruebas de buena disposición en las zonas rurales, pero en las grandes ciudades esos signos eran imperceptibles. Las bajas se habían incrementado de manera alarmante en el VC; el reclutamiento había bajado y cada vez eran más comunes las deserciones. De modo que, pese a que nadie de fuera de los claustros del partido se atrevía a poner en cuestión el gran plan, algunos de dentro lo hacían.

Había dos visiones de la guerra luchando por la hegemonía. Una recomendaba paciencia y precaución, pues sabía que, pese a toda su potencia de fuego, Estados Unidos no podría sostener una guerra prolongada y, en algún momento, tendría que negociar y largarse. Este enfoque era el que apoyaban tanto China como el propio Ho, quien, tras una vida entera de lucha, era sumamente paciente. Era un hombre frágil y enfermizo de setenta y cinco años al que le quedaba uno de vida. Cada vez pasaba más tiempo en una clínica de China. Había estado allí entre mediados de septiembre y finales de diciembre de 1967, y tras una breve visita a Hanói, regresó a la clínica a principios de enero para quedarse hasta finales de abril de 1968. Estuvo fuera del país durante la mayor parte de la planificación y combates del Tet. Había sobrevivido a la mayoría de sus enemigos en el partido, pero también a su propia influencia. Seguía siendo tremendamente valioso como el Tío Ho, padre de la nación. Se lo respetaba en todo el norte, y muchos en el sur lo reverenciaban. Los poemas que se le atribuían, que se declamaban en ocasiones formales, estaban escritos por comités y con fines propagandísticos, y sonaban como tales, pero eran también fáciles de recordar y contenían los objetivos de la lucha. Uno rezaba así:

*Vi doc lap, vi tu do
Danh cho My cut
Danh chon Nguy nhao.*

«Por nuestra independencia y libertad,
expulsemos a los americanos
y hagamos caer a los *nguy*.»

Su influencia era notable pero blanda. *Blanda* en el sentido de que su leyenda y sus modales suavizaban el mensaje del partido. Se percibía a Ho, en primer lugar, como un nacionalista, y solo secundariamente como comunista. Sin duda había abrazado los ideales del partido, pero también era famoso por su humildad y benevolencia. El partido, sin embargo, era duro. No se consideraba la persuasión como una prioridad; a sus críticos y enemigos se los encarcelaba o mataba. Ho sabía que había mucha gente en el sur que se oponía a Hanói no tanto en términos ideológicos como debido a sus métodos. Habían visto cómo el VC ejecutaba o encarcelaba a líderes que se apartaban de la ortodoxia. Ho nunca cesaba de predicar al partido que la victoria y la reunificación requerían ganarse los corazones de sus primos del sur. Creía que el esfuerzo exigiría muchos años. Probablemente no lo vería en vida.

Así, para Ho, el objetivo de la guerra era obligar a Estados Unidos a negociar. Aprovechaba toda oportunidad para recordar a los estadounidenses su disposición a trabajar con ellos. Su discurso de 1945 en el que declaró la independencia de Vietnam estaba inspirado en la Declaración de Independencia norteamericana.[3] Ofrecía abrir negociaciones de paz en cualquier momento, e incluso invitar a los estadounidenses a tomar el té, pero al mismo tiempo advertía que obtendría la victoria incluso si le llevaba «veinte años».[4]

Los líderes más jóvenes del partido tenían más prisa. Una facción liderada por Le Duan abogaba no solo por forzar a los estadounidenses a negociar el final de la guerra, sino también por *ganar* la guerra. Estaba decidido a tomar la iniciativa. En el verano de 1967, el Politburó discutió a

fondo planes de guerra para el año siguiente. El ministro de Asuntos Exteriores, Nguyen Duy Trinh, predecía algún tipo de gran ofensiva estadounidense antes del día de elecciones en Estados Unidos, en noviembre de 1968, quizás incluso una invasión del norte. Un movimiento así reforzaría lo suficiente a Johnson como para que dictase un fin rápido de la guerra en sus propios términos. Le Duan proponía: «Hemos de elevar nuestras propias actividades militares a una nueva escala, una escala que Estados Unidos no pueda tolerar y que lo fuerce a aceptar que ha fracasado militarmente y que se ha quedado aislado políticamente. Si podemos conseguir eso, Estados Unidos se verá obligado a retirarse de Vietnam».[5]

Subir la temperatura era atractivo, en parte por el cada vez más potente movimiento contra la guerra en Estados Unidos. El Politburó no esperaba que LBJ firmase una capitulación, pero una escalada de la guerra podría minar sus esperanzas de reelección. Militarmente, los estadounidenses eran ya una poderosa fuerza de combate, y sabían que Westy, pese a todas sus declaraciones de entregar la guerra al ERVN, seguía acumulando fuerzas a sus órdenes: en 1967 había pedido cientos de miles de soldados más, y en julio le habían concedido cuarenta y siete mil más. La amenaza estadounidense solo iba a crecer, de modo que esperar acarrearía grandes riesgos. Actuar los primeros, propinar un golpe decisivo, podría dar a Hanói una ventaja crucial.[6]

—Hasta que no hayamos obtenido una victoria así, no podremos tener éxito en la mesa de negociaciones —decía Trinh.[7]

Se definía «victoria» como infligir «graves pérdidas» a fuerzas estadounidenses, la destrucción del ERVN o incitar a un alzamiento popular en todo el sur. Los más realistas, como Ho, sabían que todo esto era muy improbable, pero Le Duan creía que no era necesario un éxito total. Escribió: «Si por alguna razón los levantamientos en las ciudades tienen problemas y nos vemos obligados a retirar nuestras fuerzas, no importa. Será una gran oportunidad para practicar e intentarlo nuevamente más tarde. Las fuerzas armadas del camarada Fidel Castro atacaron tres veces las ciudades antes de tener éxito. Si entramos en las ciudades pero nos obligan a retirarnos, no es algo de lo que tener miedo, puesto que el campo al completo y las selvas de

las montañas nos pertenecen: nuestras posiciones y tropas son fuertes en esas áreas».[8]

Ho seguía sin ser muy entusiasta. Los chinos eran de su misma opinión, y señalaban la prolongada naturaleza de la lucha de Mao. Veían la planificación de la campaña del Tet como un guiño a las tácticas soviéticas y, en realidad, como un signo de que el partido se inclinaba más hacia Moscú que hacia Pekín.[9] Más notable es que el propio Giap se oponía a esta campaña. Le Duan había superado al general en una lucha por el poder y el liderazgo del partido en 1957, y ambos hombres habían permanecido enemistados durante años. Pero la suya era una nación gobernada por comisarios, no por generales: la ironía del general guerrillero Kinh acerca de la estrategia estaba fundamentada en una verdad que Giap sabía perfectamente. El Comité Central del Partido adoptó la 13.ª Resolución, en enero de 1967, pidiendo una «victoria decisiva» en previsión de reabrir conversaciones con Estados Unidos, y esto significaba que Le Duan aún estaba al mando.

También la influencia de Giap sobre los militares estaba decayendo. La muerte, en 1967, del comandante general para operaciones en el sur de Hanói dio el ascenso al general Van Tien Dung, que durante mucho tiempo había sido el subordinado de Giap. Aunque nominalmente era todavía menos importante que Giap en la cadena de mando, Dung comenzó a entrevistarse directamente con Le Duan para planear la Ofensiva del Tet. Su ambición por ella creció. Juntos decidieron, en palabras del historiador de Vietnam del Sur Merle L. Pribbenow, «tener en cuenta la posibilidad de jugárselo todo a una tirada de dados».[10] Se exigía un ataque total contra las ciudades de Vietnam del Sur mientras las tropas principales del EVN se encargaban de acabar con las fuerzas estadounidenses y del ERVN en las bases rurales. El resto lo haría el pueblo.

Giap comenzó a saltarse reuniones de trabajo y a dejar muy claro que creía que la estrategia no funcionaría. Cuando el Politburó aprobó el plan final para la ofensiva en su 14.ª Resolución, en diciembre, el viejo general estaba ausente del país. En la víspera del Tet se encontraba en Moscú y asistió a una representación de *El lago de los cisnes*. Giap no quería que se lo viera en el teatro mientras sus fuerzas lanzaban arriesgados ataques, de modo

que esperó a que se apagaran las luces para entrar.[11] Ho se abstuvo de votar en la aprobación final del plan,[12] aunque cuando quedó claro que iría adelante, le dio su apoyo antes de regresar a China.[13]

A instancias de Hanói, el comité regional del partido del distrito Thua Thien-Hué decidió el 3 de diciembre «concentrar toda nuestra fuerza e intelecto en completar los preparativos con carácter de urgencia». La ofensiva sería «un ataque secreto y por sorpresa contra blancos específicos», tras el cual el pueblo «llevaría a cabo levantamientos para luchar y apoyar las operaciones de combate y *forzar el establecimiento de un gobierno revolucionario*». Un objetivo mayor sería «causar cuantiosas pérdidas a las fuerzas de Estados Unidos y sus satélites [aliados]» y «derrotar la estrategia de “guerra limitada” de los estadounidenses».[14]

Hasta el 15 de enero no se tomó la decisión final de lanzar la ofensiva en vísperas del Tet. Según Pribbenow, el partido había estado purgando oficiales militares demasiado afines a Giap.[15] Toda disensión se silenció. Los ruseñores se hicieron con el poder. ¡Las ciudades caerían! ¡El pueblo se alzaría! ¡La guerra acabaría! Conforme el sonsonete descendía la cadena de mando hasta llegar a las tropas, desataba esperanzas y un celo fanático.

Para ello, escuadrones de leales a la causa que vivían en campamentos situados en las montañas, al oeste y al sur de Hué, habían estado trabajando y esperando, algunos de ellos durante años. La mayoría eran hombres y mujeres jóvenes acostumbrados al trabajo duro e impulsados por el idealismo.

En el caso de Nguyen Dac Xuan, poeta y budista, la causa se mezclaba con su fervor religioso.[16] Había huido de la ciudad en 1966, durante la violenta supresión de las manifestaciones budistas llevada a cabo por el presidente Thieu. Tras esconderse en templos para huir de la policía secreta, un amigo lo había invitado a refugiarse en un campamento del VC oculto en las colinas boscosas. Xuan había acabado viviendo allí, y aunque aún se consideraba budista —era seguidor del monje de Hué Thich Nhat Hanh, un activista por la paz que había huido a Estados Unidos—, no estaba comprometido en absoluto con el tradicional pacifismo de su religión. ¡Qué alegría y sensación de afinidad y propósito experimentaba con sus nuevos

camaradas! Estaban a la vez endurecidos y azuzados por las privaciones, racionando bolas de arroz mientras soñaban con festines, durmiendo acurrucados unos contra otros para luchar contra el frío e imaginando un perfecto futuro comunal. No ignoraban las probabilidades en su contra; esas probabilidades *los inspiraban*. Creían que la propia pureza de su devoción garantizaba su éxito. ¿Qué podían hacerles los estadounidenses? La muerte, si les llegaba, no sería una pérdida, sino un glorioso sacrificio, como una gota de combustible para la gran hoguera. Juntos escribían poesía y memorizaban y diseccionaban los liberadores versos de Ho. Producían un diario de propaganda política llamado *Bandera de Libertad* en un mimeógrafo Roneo.

Pese a todo su celo, a Xuan le irritaba la disciplina militar. Con aviones de vigilancia sobrevolándolos a menudo, era importante evitar todo aquello que pudiese delatar el campamento. De modo que cuando Xuan y sus camaradas decidieron cortar algunos árboles para dar espacio a una pequeña oficina del diario, se les recriminó haber creado un agujero en la bóveda arbolada. Había una estricta prohibición de encender fogatas por miedo a que el fuego señalara la posición, pero las noches eran frías. Xuan estaba convencido de que ningún humo podía escapar de la gruesa capa de nubes bajas que se posaban sobre ellos en los meses lluviosos como una húmeda manta. Tras realizar un pequeño experimento a una buena distancia del campamento, encendiendo una fogata y mirando cómo el humo se quedaba cerca del suelo, una noche, desafiante, encendió una en la oficina del diario. Esto hizo que su inmediata superior entrase en pánico. Xuan le contó su experimento.

—No sé nada de ciencia —le respondió ella furiosa—, pero sé que la prohibición de fogatas es una regla que nadie puede desobedecer.

Xuan extrañaba su casa en Hué, y de vez en cuando él y sus amigos trepaban a lo más alto de los árboles para intentar divisarla en la distancia. Solía señalar su viejo barrio de Dap Da y la universidad. Mientras crecía y asistía a la escuela nunca se había sentido especialmente unido a la ciudad, pero en el exilio la añoraba. De modo que cuando le comunicaron por primera vez los planes para Tong-Tan-cong-Noi-day lo invadió la felicidad.

El Politburó decretó: «Todo Vietnam del Sur lanzará simultáneamente

una ofensiva-insurrección general para hacerse con las riendas del gobierno y ponerlas en manos del pueblo. Principio de la ofensiva: ataques simultáneos, alzamientos simultáneos, con la insurrección como esfuerzo principal y apoyándose sobre todo en fuerzas locales y fuerzas de retaguardia».[17]

Según la versión oficial de Vietnam de la guerra, iban a «aniquilar o dispersar el ejército y gobierno títeres, liberar el campo, formar un gobierno revolucionario, matar y herir grandes cantidades de soldados estadounidenses para que no pudiesen acudir al rescate del ejército títere [...] defenderse de contraataques enemigos, infligir grandes pérdidas al enemigo y defender firmemente y proteger al nuevo gobierno revolucionario a fin de crear las condiciones favorables que nos permitan avanzar hasta obtener la victoria total».[18]

Crear esas «condiciones favorables» significaba erradicar totalmente a sus enemigos. Aguardaba un gran ajuste de cuentas. Sus objetivos serían los oficiales, soldados y policías survietnamitas («gorilas», «traidores» y «criminales» en la jerga oficial). Era de presumir que los menos motivados a compartir la visión del partido pronto verían que lo inteligente era hacerlo. Hué se uniría a la revolución, le gustara o no.

Para Xuan sería también el regreso a casa. Él y otros habían escrito e impreso panfletos para distribuirlos a su llegada. Explicaban los objetivos de la ofensiva y enfatizaban que no se trataba de una invasión del norte, sino de un alzamiento a escala nacional. Explicaban la naturaleza tripartita de la Alianza de Fuerzas Nacionales, Democráticas y Pacíficas, compuesta por intelectuales, líderes religiosos y escuadras del VC. Los panfletos explicaban también que el éxito dependía de ellos, del *nhan dan*. Ellos eran el futuro, quienes se desharían del pasado y acabarían con la dominación extranjera.

Con el nuevo año surgiría un nuevo Vietnam independiente.

Su entusiasmo se desbordaba en un libro de poemas de celebración. Aquellas noches, Xuan se iba a dormir anotando en su cabeza qué barrios visitaría primero, qué platos tradicionales de Hué comería antes, qué casas de su familia o amigos visitaría en primer lugar. Preveía una gran batalla. Algunos habían hecho testamento. Competían porque los eligieran para liderar el ataque.

7

Andy y Mimi

El teniente Andrew Westin supo que estaba en problemas cuando le entregaron, como al resto de la Compañía Charlie, chalecos antimetralla.

«Solo hay un lugar en Vietnam en el que la gente viste esto todo el día — escribió Westin a su esposa, Mimi—. ¡La ZDM! Rezo para que no nos envíen allá, pero tiene toda la pinta de que lo harán. ¿Has leído los problemas que han tenido los marines allí?[1] Supongo que quieren que ayudemos. Ahora sí estoy asustado.»

Westin escribía a Mimi casi cada día. Era uno de los miles de hombres atrapados en la gran estrategia Damas, una gran reorganización de fuerzas en todo el I Cuerpo. En su carta a casa de octubre, Frank Doezema había mencionado «una brigada de la 1.ª [División] de Caballería Aérea». Era la de Westin, la Tercera Brigada de la Primera División de Caballería del Ejército, [2] a la que, por esos caprichos de la nomenclatura militar, llamaban el Séptimo de Caballería. Él estaba en su Quinto Batallón. El Séptimo era una unidad histórica que había participado en todas las guerras de Estados Unidos de aquel siglo. Formado originalmente en Fort Benning, en Georgia, había sido empleado en Corea del Sur por última vez antes de desplegarse en Vietnam. Sus oficiales llevaban pañuelos amarillos y sombreros Stetson negros. En sus mangas izquierdas lucían un parche amarillo distintivo: un escudo con una barra negra en diagonal y la silueta de una cabeza de caballo

en la esquina superior derecha. Los caballos eran ya historia; ahora la Caballería Aérea iba al combate en helicópteros, habitualmente Hueys,[3] que podían transportar un escuadrón completo, o en los nuevos y gigantescos Chinooks[4] de dos motores, que podían trasladar más de cincuenta soldados. Formaban parte crucial de la estrategia de Westy. En una guerra con pocos frentes definidos, y en la que el enemigo podía aparecer de forma inesperada, la Caballería Aérea ofrecía una velocidad y flexibilidad sin rivales.

La Compañía Charlie de Westin, formada cada vez más por reclutas, había estado operando en el valle de Que Son, en la provincia de Quang Nam, en el tipo de labor de patrulla exigido por el programa CORDS, que la periodista Denby Fawcett describió como «mezquinas batidas en aldeas».[5] Ella había acudido para verlo por sí misma. Fawcett, una temeraria y joven fotógrafa y periodista del *Honolulu Advertiser*, era pequeña y estaba en buena forma física, con cabello rojo oscuro que recogía en coletas, una visión agradable para los soldados del frente. En 1967 había ido de patrulla con uno de los héroes de Westin, un teniente de un pelotón de fusileros llamado Winfield Beck. Los estadounidenses habían llegado para encontrar, como siempre, una comunidad llena de niños, mujeres y ancianos. Ningún hombre joven.

«Nunca se encuentran hombres en edad de combatir en las aldeas —escribió Westin—. O son del VC o intentan mantenerse alejados del ejército survietnamita.»

En la patrulla de Fawcett, los aldeanos no se mostraron colaboradores. Los hombres de Beck prendieron fuego a sus reservas de heno (un lugar perfecto para esconder hombres y armas) e interrogaron con dureza a los aldeanos con ayuda de su intérprete vietnamita.

«Dos chicos vietnamitas a los que interrogaban dijeron que solo eran granjeros —escribió Fawcett—. No, no eran del Vietcong. No, los chicos dijeron al intérprete, nunca habían visto ningún vietcong en la aldea. Sí, odiaban al Vietcong.»

Amenazaron a una mujer con niños con decapitarla si no revelaba el paradero de su marido. Se quedó mirando furiosamente a su interrogador, demostrándole que era un farol.[6]

Westin se había unido al Séptimo a finales de verano de 1967, y hasta aquel momento la guerra estaba yendo bien. Lo peor era estar alejado de Mimi (Miriam, de soltera Peters, una mujer rubia y alegre con la que se había casado once meses antes de embarcar). Westin era un saludable chico metodista, alegre, de cabello claro, amante de la guitarra, hijo de un juez del condado de Benton Harbor, Michigan. Se había graduado en el Adrian College, una pequeña escuela religiosa de las afueras de Ann Arbor. Con notas demasiado bajas para la universidad, incluso si hubiera querido ir, y con el reclutamiento en el horizonte, decidió no esperar. El ejército le ofrecía una mejor oportunidad de dirigir su propia vida, o eso decían, y él decidió dirigirla lejos de Vietnam. Se graduó en la Escuela de Aspirantes a Oficial en 1966 con el grado de teniente segundo. De inmediato se casó con Mimi y pasaron su luna de miel en Aberdeen, Maryland, donde lo habían asignado para dirigir un grupo de candidatos de la Escuela de Logística de Armamento. Westin creyó que lo había logrado: había encontrado un buen puesto desde el que poder compaginar su servicio con su matrimonio con Mimi.

Aquel feliz período (y fue muy feliz, porque Andy estaba loco por Mimi, y ambos estaban locos por el sexo) había durado menos de un año. De repente, el ejército le ordenó acudir a Vietnam. Tenía veintiséis años y apenas faltaban unas semanas para su aniversario de boda. La carta que había llegado a su cómodo escritorio de Maryland comenzaba por la palabra «Felicitaciones».

Acudió durante dos semanas al entrenamiento de combate en la jungla, en Panamá, donde comenzó su hábito de escribir cartas. Mimi regresó a su casa de Ypsilanti a vivir infelizmente con sus padres. Él le envió una tortuga que ella bautizó *Andy*. Sus cartas reflejaban la dependencia de dos jóvenes arrancados de los placeres de la vida de recién casados. Estaban llenas de exclamaciones infantiles de amor («¡te amo montones y montones de macarrones!») y de persistentes lamentos de lujuria contenida. Él avisaba a Mimi de que su carta de aniversario «puede resultar un poco pornográfica, pero intentaré no pasarme». Hacia el final de su primer mes en Vietnam estaba tan cachondo que en la parte inferior de una carta dibujó un monigote de sí mismo con grandes cuernos saliendo de su cabeza. Pocas semanas

después dibujó lo mismo, solo que esta vez los cuernos llenaban toda la página,[*] y su cuerpo era un monigote aún más pequeño, desgarradoramente etiquetado: «yo».

En el largo vuelo a la bahía de Cam Ranh se respiraba un ambiente sombrío en el avión atestado de soldados. Cuando finalmente llegaron a Vietnam vio playas por la ventanilla y, al oeste, hilera tras hilera de colinas de un profundo color verde amortajadas por la niebla y las nubes bajas. Su año de guerra comenzaba.

«Tuve una sensación realmente extraña cuando las ruedas tocaron pista —escribió—. Se hubiera podido oír cómo caía un alfiler.»

Tras algunos días aburridos en Cam Ranh, voló para integrarse en su nueva unidad. Le dieron auriculares en el descenso sobre Pleiku, y oyó al piloto preguntar al operador de torre:

—Eh, ¿hay alguna acción ahí abajo? ¿Fuego enemigo?

—No —respondió la torre—, solo el nuestro.

A Westin le dio un vuelco el corazón. Pensó: *Joder, esto va en serio.*

Pero tras el ajuste inicial, la guerra resultó no ser tan mala como había temido. Explicó a Mimi que su batallón consistía en cuatro compañías de fusileros (Alpha, Bravo, Charlie y Delta). En cada compañía había tres pelotones de fusileros y uno de morteros. El pelotón de morteros de la Compañía Charlie era el de él. ¡Un ascenso! Lo habían promovido a teniente primero a su llegada. Le habían dado un arma, el AR-15, que sobre todo llevaban los oficiales. Aunque al principio Westin pensó que sería mejor llevar un M16 y «parecer un soldado más» en el campo de batalla, al final el estatus prevaleció. Ya se había deshecho de su tradicional fular amarillo. Ahora llevaba en torno al cuello un cabestrillo de color marrón barro que había gorroneado a un médico; lo usaba para limpiarse el sudor y la suciedad de la cara y para protegerse los ojos y nariz cuando los helicópteros creaban nubes de polvo. Había liderado a su pelotón de morteros en ataques aéreos, llegando después de que la artillería y los defoliantes hubieran hecho su trabajo. Era una descarga de adrenalina montar junto a la ventanilla abierta en el helicóptero con la fría brisa en el cuerpo, bajando con toda aquella bendita potencia de fuego en dirección al exterior. Escribió: «Es muy divertido».

Las patrullas eran otra cosa. Los días eran cálidos y húmedos, y de noche hacía frío. Caminaban durante horas por arrozales, campos de palmeras y hierba más alta que sus cabezas. La tensión dio lugar a la monotonía. En una de sus primeras caminatas encontraron un cráneo. Sus hombres lo colocaron en una estaca, le pusieron una gorra del EVN y un cigarrillo entre los dientes. Era macabro, pero también reconfortante. Los soldados se sienten mejor si patrullan zonas más letales para sus enemigos que para ellos. Cualquier percepción de supuestos VC provocaba disparos tan ineficaces como momentáneamente tranquilizadores. No parecía que se estuviera consiguiendo gran cosa. En un día típico, la división entera, de más de diez mil hombres, en sus barridos de gran alcance, aseguraba haber matado a dos, quizás tres VC (ahora los llamaban *Charlie*). Westin señaló con sorna que a ese ritmo acabarían con un batallón entero de enemigos en un año. En su primer tiroteo se sintió extraño y fuera de lugar, arrojando granadas tras una roca como un personaje de una película de guerra. Pensó: *¿qué mierda estoy haciendo aquí?* «En realidad no pensé en que estaba intentando matar a otro ser humano hasta que se acabó y el VC huyó hacia las colinas —escribió a Mimi—. No me importó, cariño. Lo que me preocupa es que no me preocupase, no el haberle disparado.» Todo se volvió más real tras perder a uno de sus hombres. En su carta a Mimi no lo pintó en términos bonitos: «Le volaron la tapa de los sesos».

Estaban en el valle de An Lao cuando, en uno de esos extraños momentos del siglo XX, apareció el actor Charlton Heston. El pelotón estaba en un campamento embarrado cuando de repente apareció una de las caras bronceadas más famosas del mundo. Heston, con un traje de combate limpio y una gorra blanca, con una deslumbrante sonrisa, dio la mano a todo el mundo, ofreció palabras de ánimo y agradecimiento y firmó una foto publicitaria suya de tamaño postal para Mimi.

Al día siguiente de este encuentro trasladaron a Westin a un puesto de despacho en el cuartel del batallón. Comenzó a trabajar largos días en un búnker subterráneo, con mapas forrados en acetato, sentado en una barata silla plegable y dirigiendo el constante flujo de pertrechos y munición. Tras unas cuantas protestas muy viriles asegurando que prefería estar fuera en el

bosque con sus hombres, comenzó a trabajar activamente para evitar que lo enviaran de vuelta. Se dio cuenta de que prefería los rigores de su trabajo de escritorio, escribió, «a que me disparen». Ya había probado lo suficiente el combate como para saciar cualquier deseo de ponerse a prueba a sí mismo, y de todos modos no tenía intención alguna de hacer carrera en el ejército, como explicó a Mimi. Así que no le interesaba acumular «horas de mando», vitales para la promoción, y le molestaba que las reglas lo exigieran.

«De ningún modo me voy a quedar en el ejército —escribió—. No tengo ningunas ganas de volver a estar en una situación en la que puedan dispararme. No me gusta. Quiero largarme.»

El día en que repartieron los chalecos antimetralla se dio cuenta con disgusto de que tenía por delante más oportunidades para que le disparasen. Semanas más tarde volvía a estar en el campo de batalla, pero no cerca de la ZDM, como había temido. Enviaron el batallón al valle de Khe Sanh, al sudoeste de Da Nang. Mimi recibió una carta borrosa por la lluvia, en la que Westin describía la niebla como «sábanas de lluvia», y explicaba nuevamente por qué no deseaba reengancharse en el ejército cuando acabara su período. Escribía que le gustaba tener «algunas comodidades». En Vietnam tenía «CERO comodidades». Estaba calado hasta los huesos, pasaba frío por las noches y hervía de calor durante el día. Aún dibujaba imágenes suyas con cuernos.

En una carta, Westin describió el vocabulario de su nuevo mundo. Una ZA era una zona de aterrizaje para helicópteros, y se convertía en una base de apoyo artillero cuando se emplazaba artillería en torno a ella. Se estaban instalando nuevas ZA en el campo de batalla todo el tiempo. Andy llamó a una de ellas ZA Mimi.

El 10 de octubre tuvo razones para sentirse afortunado por perder su trabajo de escritorio. Un pequeño grupo de atacantes del VC surgió de un túnel en mitad de su campamento base (esa fue la historia inicial) y mató a todo el mundo excepto a dos hombres del mando del batallón, a los que, finalmente, también mataron.[7] El hombre que lo había sustituido murió en el escritorio, sentado en la misma silla plegable en la que Westin se había sentado durante dos semanas. Poco después, cuando hirieron a uno de los

demás tenientes y lo evacuaron, se convirtió en líder de un pelotón de fusilería. Su grupo empleaba muchísima munición, pese a ver rara vez al enemigo.

«Esto de llevar un pelotón de fusilería es muy diferente a llevar el pelotón de morteros —escribió—. En lugar de apoyar a las tropas con el mortero, ahora soy yo el tipo que solicita ayuda al mortero.»

Escribió para quejarse del aburrimiento cuando a él y a su pelotón les ordenaron quedarse en una ZA durante algunos días. Se bañaron en un río cercano, el primer baño que tuvieron en semanas. Se frotó bien con jabón y se enjuagó una y otra vez, retirando capas de mugre, y escribió a Mimi que al acabar le sorprendió darse cuenta de que no estaba tan bronceado como creía.

Un nuevo mando se hizo cargo de la compañía a finales de octubre, el capitán Mike Davison.

«Es un *ranger* aerotransportado, el típico oficial de West Point», escribió Westin. Eso no era bueno. Se lo explicó a Mimi: «En una compañía, los del tipo West Point son un auténtico yo-yo.[*] No saben distinguir su cabeza de un agujero en el suelo. No me gustan». Davison, sin embargo, «parece bastante bueno. Espero que no sea un fanático del trabajo. Eso significaría caminar mucho. Parece tener la cabeza bien amueblada».

A esas alturas, la guerra ya vivía en él. La vestía, olía a ella y la vivía día y noche. Estaba metida en sus oídos y su nariz y podía saborearla. El miedo a caer bajo fuego enemigo nunca lo abandonaba, ni cuando dormía. El poco tiempo que podía cerrar los ojos, enroscado sobre su colchón inflable lleno de fugas en un agujero poco profundo, era más parecido a una pausa entre vigilia y sueño. Pero la rutina empezaba a gustarle. Había camaradería, risas y un sentido de trabajo común. Hasta el más pequeño de los placeres, como un bocado de fruta enlatada o la oportunidad de bañarse en un río helado, era un lujo, algo que saborear.

Tras un mes de continuas patrullas, Westin escribió: «Mis chicos le dieron a un amarillo ayer. El primero desde que tengo el pelotón. Genial. Le tomé una foto. Ayer envié por correo un carrete». Contra toda expectativa, sentía que se había convertido en un guerrero. En diciembre comenzaron a caer las lluvias anuales y se convirtieron en un enemigo más insistente que

Charlie. Sin embargo, cuando el agua se comenzó a acumular sobre su colchón hinchable, por fin descubrió y pudo parchear dos pequeños pinchazos que llevaban meses irritándolo. Un día señaló con cierto placer que su pelotón había disparado contra dos mujeres del VC. «Solo una murió», escribió. Cuando una descarga de mortero cayó sobre su pelotón, escribió: «Nunca me he sentido tan indefenso en mi vida». Pocos días después consiguió darse otro baño en un río gélido y le encantó.

«¡Ay [sic] tíos que ni siquiera se dan cuenta de que hay una guerra en marcha!», escribió. Una bailarina exótica de Las Vegas de curvas impresionantes y ropa minúscula pasó por allí para fotografiarse con montones de soldados cachondos y con cámaras. Mimi le haría pagar un precio muy alto por esas fotos.

Westin celebró el Año Nuevo disparando bengalas de mano. Las órdenes eran «nada de fuegos artificiales», pero no se podía esperar que varios cientos de miles de hombres en una zona en guerra, armados hasta los dientes con artefactos explosivos, siguieran una orden así. Desde su lugar, en la zona más elevada, Westin y sus hombres contemplaron un vasto panorama de balas trazadoras rojas y verdes y el increíblemente intenso color azul de las bengalas que descendían lentamente en pequeños paracaídas, convirtiendo la noche en día. «Fue algo muy salvaje —escribió—. Allá donde hubiera soldados, el lugar se iluminaba.»

Como líder de pelotón, trabajó con un pequeño grupo de exploradores del ERVN. Westin posó para un heroico retrato con cuatro de ellos. Cuando uno, un antiguo Charlie converso, anunció que se casaba, los hombres de su unidad hicieron una colecta para regalar a la nueva pareja un juego de cubertería del economato de Da Nang. Westin escribió a Mimi: «Él y su esposa seguramente serán la envidia de los amarillos del lugar». En las primeras semanas de 1968, su año enfilaba ya su segunda mitad. Los días parecían inacabables. Patrullas. Más patrullas. Pies doloridos. Lluvia. Tiroteos ocasionales. Seguía cachondo.

«Últimamente no hemos visto mucha acción —escribió a Mimi—. Atrapamos a un EVN en un búnker y le dijimos que saliera. Respondió que lucharía hasta morir. Y eso hizo.» La lluvia caía con tal fuerza que

derrumbaba los barracones. Escribió: «Cuando llegue a casa no volveré a mojarme (con la ropa puesta) nunca más».

El 22 de enero su división se trasladó al norte. Escribió a Mimi: «Saca tu mapa y busca Hué. Se encuentra a medio camino entre la ZDM y Da Nang. Estaremos trabajando en esa zona».

Era un gran movimiento. Explicó a Mimi que, por una vez, toda la división estaría junta en lugar de dispersa. Confiaba en que esto era algo bueno. Todos estarían más seguros.

8

Banh Chung y Gio Cha

Hué se acercaba a toda velocidad a su festividad favorita el martes 30 de enero. No había señales de la tormenta que se acercaba.

Había barcas de pesca y sampanes y balsas deslizándose por el río Huong y los afluentes menores que atravesaban toda la ciudad. Todas las vías acuáticas iban crecidas debido a las lluvias de enero. A ambos lados del río, las carreteras estaban llenas de tráfico, y el puente Truong Tien iba atestado de pequeños coches, camiones, ciclomotores y miles de bicicletas. Por los lentos carriles circulaban también los jeeps y camiones de los estadounidenses. Los vendedores ambulantes ofrecían verdura fresca, aves de corral y pescado desde barcas que atracaban en los bordes de los embarrados canales, a clientes que acumulaban para los días de banquetes que se avecinaban. Por las húmedas aceras otros vendían *non la* y cestas y otros bienes hechos a mano que exponían sobre mantas y cubrían con láminas de plástico. En la Universidad de Hué, los estudiantes pasaban por largos y amplios corredores de una clase a otra, o se inclinaban sobre libros en la gran biblioteca del primer piso. En la escuela elemental católica, los estudiantes, con sus uniformes blancos, esperaban sentados en ordenadas filas la campana final. La celebración del Año Nuevo Lunar, la festividad más importante del calendario chino usado por todo el Sudeste Asiático, comenzaría esa noche a medida que el reloj se acercase a las doce. En cientos de estrechas callejuelas,

las familias trabajaban en sus tiendas situadas en el primer piso, con los niños a sus pies, haciendo o reparando calzado, vendiendo ropa o radios o alcohol, o sirviendo cuencos de sopa picante de fideos a clientes en pequeñas mesas que incluso ocupaban la acera. Muchos ciclomotores y bicicletas llevaban ramas con flores rosas y pequeños árboles atados, destinados a decorar sus casas durante la festividad. Tras los muros de las casas más elegantes, los trabajadores regaban y desbrozaban jardines, preparándolos para las reuniones de esa noche. En el hotel Huong Giang, las doncellas limpiaban las habitaciones en las que dormían los clientes, sobre todo estadounidenses y extranjeros. En el lado oeste, los trenes circulaban lentamente cruzando el puente Bach Ho, como se podía ver desde las ventanas del hospital o de los cuarteles de la provincia de Thua Thien-Huế, sede del gobierno local, en la calle Le Loi. Al otro lado de la calle, en la orilla sur del río, los camareros convergían en masa en el Cercle Sportif, donde a la élite de la ciudad le gustaba reunirse tras salir temprano del trabajo. Por la tarde oscurecía pronto —los cortos días invernales y los cielos siempre nublados traían pronto la noche— y las luces de colores que se colgaban de árboles y a través de las calles se encendían, iluminando carteles y farolillos festivos.

Aquella tarde, entre quienes esperaban atrapados en el tráfico estaba Terry Charbonneau, un teniente de marines, sentado en el último camión de un convoy que se dirigía al norte. Habían salido de Phu Bai en dirección a Camp Evans, unos veinte kilómetros al noroeste. Como parte de la operación de redistribución de Westy, Damas, estaban convirtiendo Camp Evans de base de los marines en base del ejército. El ejército estaba moviéndose hacia el norte y los marines, hacia el sur. El convoy de Charbonneau iba de camino a recoger otra remesa de marines. Lo dirigía un capitán que montaba en el primer vehículo. Charbonneau se subió en el último.

Ayudar a gestionar un batallón de transporte no era lo que tenía en mente cuando el ejército lo nombró oficial. Se había presentado voluntario para Vietnam en el año anterior, tras graduarse en un colegio universitario de Illinois, inspirado —años más tarde se sentiría avergonzado al admitirlo— por la canción superventas en Estados Unidos de 1966, *Ballad of the Green Berets*, de Barry Sadler:

*Back at home a young wife waits
Her Green Beret has met his fate
He died for those oppressed
Leaving her his last request*

*Put silver wings on my son's chest
Make him one of America's best
He'll be a man they'll test one day
Have him win the Green Beret.*

«En casa espera una joven esposa.
Su Boina Verde ha encontrado su sino;
murió por los oprimidos
dejándole a ella esta última petición:

Pon alas de plata en el pecho de mi hijo,
haz que sea uno de los mejores de América.
Un día será un hombre y lo pondrán a prueba:
haz que gane la Boina Verde.»

Los marines no eran Boinas Verdes, una unidad de élite, pero Charbonneau tenía prisa. Había pasado un año de la universidad estudiando en Francia, y se veía a sí mismo como un internacionalista. Veía el servicio militar como un tipo de servicio público en el extranjero, un poco como los Cuerpos de Paz, que buscaban extender la buena nueva de la democracia y el libre comercio por el mundo. Charbonneau veía a los marines como otro medio para el mismo fin. Era en Vietnam donde había más acción, y el Cuerpo de Marines le había ofrecido el billete más rápido hacia allí.

Hasta aquel momento no había sido lo que esperaba; era más como trabajar para una compañía de transportes. ¿Y qué había de romántico en un atasco? Parecía como si la mayor parte de la nación estuviera conduciendo a

casa por las fiestas; casi todo el mundo tenía tres o cuatro días libres. Todo el tránsito hacia el norte y hacia el sur pasaba por la ciudad y se ralentizaba hasta casi detenerse en la Ciudadela. A la salida de Phu Bai habían subido a un grupo de soldados de apariencia dura, una Patrulla de Reconocimiento y Exploración de Largo Alcance (LRRP, pronunciado «lurp») del Ejército, que buscaban transporte hasta Camp Evans. Los invitó a subir en su camión. Era una situación en la que todos ganaban: ellos conseguían el viaje y el convoy iba un poco más protegido. Charbonneau no esperaba ningún problema, pero le gustaba la idea de tenerlos a mano. Los LRRP eran famosos por su dureza. Cuando el tráfico se detuvo del todo frente a la fortaleza, algunos de ellos, que sin duda olían cómo se preparaba la fiesta a su alrededor, pidieron permiso para bajar y buscar unas cervezas.

—Adelante —dijo Charbonneau—. No me importa lo que hagáis, pero cuando el tráfico vuelva a moverse nos iremos, y si no estáis en el camión, será vuestro problema.

Varios se dirigieron a un patio delantero en el que había una familia vietnamita sentada en sillas plegables, y preguntaron si podían comprar cerveza. Los jóvenes de la familia estaban encantados con la idea, pero un adulto se interpuso.

Con un inglés muy limitado, el anciano dijo:

—No, no. Nosotros vendemos no cerveza. Es el Tet. Cerveza *numbah ten*, vino *numbah one*.

Se llenaron grandes vasos con el mejor vino de la familia. Los hombres volvieron con el regalo y lo repartieron de un modo casi sacramental por la caja del camión.

En otra detención de tráfico, unos niños les arrojaron caramelos, arroz azucarado envuelto en papel de colores. Charbonneau tenía dudas —había historias de estadounidenses a los que habían dado caramelo con cristales rotos—, pero el traductor vietnamita de la unidad LRRP comió algunos y declaró que eran seguros.

Una y otra vez, en las alegres multitudes que veía junto a la carretera, Charbonneau notaba una cara malhumorada: siempre era un hombre joven. Pese al vino y a los caramelos, no todo el mundo ahí afuera era amistoso.

Para cuando llegaron a Camp Evans había oscurecido, y los LRRP estaban profundamente dormidos.

La fiesta no había hecho sino comenzar para los ciudadanos de Hué. Era época de regresos a casa y reencuentros. Tuy-Cam, una esbelta joven a la moda occidental, procedente de Saigón, estaba radiante por ver a su hermano Long, cadete de la Academia de la Fuerza Aérea Survietnamita de Yakang. La familia pensaba que el joven se perdería el Tet porque lo iban a enviar a Texas para entrenamiento de vuelo, pero en el último minuto se había presentado. Tuy-Cam era la mayor de diez hermanos. Su próspera y bien relacionada familia vivía en una propiedad amurallada en el sudoeste de Hué, cerca de las vías del ferrocarril. El padre, que había muerto unos años atrás, había sido un oficial de inteligencia de alto rango en el régimen de Thieu. Había previsto, cinco años atrás, que una gran ola de estadounidenses golpearía Vietnam del Sur, y que hablar bien en inglés sería una buena manera de cogerla. Había enviado a Tuy-Cam a una escuela de idiomas en Saigón. Cuando los estadounidenses llegaron, la ola la levantó, a ella y a toda su familia. Ahora ella trabajaba en el consulado de Estados Unidos en Da Nang. Uno de sus hermanos menores, An, era teniente del ERVN y acababa de graduarse en la mejor academia militar del país. Por primera vez en años, la familia se reuniría al completo.

Era una reunión especialmente importante para Tuy-Cam. Su prometido, Jim Bullington, compartiría el banquete con la familia aquella noche. Lo había conocido cuando trabajaba como recepcionista y traductora en el consulado de Estados Unidos en Hué, tres años atrás. Al lado de la pequeña Tuy-Cam, Bullington era un gigantesco funcionario extranjero, de grandes huesos, brazos y piernas largos, que hablaba con un suave deje arrastrado de Tennessee. Tenía una frente ancha y entradas que lo hacían parecer más viejo que sus veintiocho años, y llevaba gafas con gruesas monturas negras que en aquella época estaban de moda y le daban un aspecto de científico o lector voraz: un estilo *Ivy League* muy popular entre jóvenes ambiciosos en la que aún se denominaba la Era Kennedy. Pero Bullington no era miembro de ninguna universidad de la Ivy League, ni encajaba en molde alguno. Afectado por la polio de niño, y encerrado sin poder salir al exterior, se había

convertido en radioaficionado, y sus conversaciones con gente de todo el mundo habían ensanchado sus opiniones y despertado su hambre de aventuras en el extranjero. Le avergonzaba el abierto racismo de su estado y de todo el profundo Sur. Había estudiado en la Universidad de Auburn, en Alabama, y como director de su diario estudiantil, el *Plainsman* [«El Llanero»], había desatado una tormenta en la cuna de la Confederación con un artículo en primera página en el que atacaba la orgullosa tradición estatal de estricta segregación racial. Quemaron una cruz en el patio delantero del edificio de su fraternidad. El gobernador de Alabama, John Patterson, presionó al presidente de la universidad para que lo expulsase. La controversia adquirió escala nacional y Bullington se convirtió en un héroe menor del movimiento por los derechos civiles. Había capeado la tormenta con ayuda de la Asociación Estadounidense de Profesores Universitarios.

El *Chattanooga Times* lo había contratado como revisor de textos durante los veranos de sus años universitarios, pero tras graduarse, en 1962, comenzó a perseguir una carrera de periodismo en el Departamento de Estado. Se trasladó a Washington, donde tomó parte en la Marcha sobre Washington, y se encontraba entre la multitud cuando Martin Luther King Jr. pronunció su famoso discurso «Tengo un sueño». Había llevado esa pasión por cambiar el mundo a Vietnam del Sur, a donde llegó en 1965 lleno de entusiasmo ante el intento estadounidense de contener el avance del comunismo. Lo que halló, rellenando informes de la provincia de Quang Tri para el programa CORDS, fue una misión mucho más complicada y comprometida. Ahora gran parte de su trabajo era evacuar y resituar aldeanos vietnamitas de una amplia franja de la ZDM, en la que McNamara quería construir una barrera electrónica a fin de evitar las infiltraciones de tropas desde el norte, una tarea que Bullington y sus colegas consideraban estúpida. La barrera no funcionaría, y lo que estaban fabricando era una crisis de refugiados. Lo llamaban, en tono sarcástico, la Línea McNamara, en alusión a la infame Línea Maginot que no consiguió proteger Francia durante la segunda guerra mundial.

En Saigón, Bullington acabó gravitando hacia el pequeño círculo de corresponsales de guerra del Hotel Caravelle, y pese a que su opinión de la guerra no era tan agria como la de ellos, sí que apuntaba en la misma

dirección. Él y Tuy-Cam planeaban casarse en marzo, antes de que Bullington regresase a Estados Unidos dentro de su rotación normal. Esta sería su última visita a la familia de ella antes de la boda y la partida. Había llegado aquella tarde en un International Scout, un vehículo parecido al jeep que había tomado prestado de los cuarteles del CORDS, con su amigo Steve Miller, oficial del Servicio de Información de Estados Unidos con base en Hué, y con uno de los colegas estadounidenses de Tuy-Cam del consulado, Steve Haukness.

El banquete fue abundante, y constituyó una oportunidad, para los amigos estadounidenses de Tuy-Cam, de probar una amplia gama de platos tradicionales vietnamitas: *banh chung* (pastelitos de arroz glutinoso envueltos en hojas verdes de banana), *cha lua* (salchicha de jamón), *xoi lac* (un arroz pegajoso marrón rojizo con cacahuètes), *thit ga* (pollo hervido servido al estilo vietnamita, con la cabeza unida al cuerpo) y *mut* (fruta caramelizada), todo ello regado con abundante vino y cerveza. Uno de los amigos de Bullington no había conseguido llegar por encontrarse en Da Nang cuando la base fue atacada, y durante la cena se habló con preocupación de más problemas futuros. Pero cuando uno de los tíos de su prometida se lo preguntó, Bullington se mostró desdeñoso al respecto. Dijo que esos rumores eran la rutina en Quang Tri y que rara vez se hacían realidad. Dijo que aquel mismo día había preguntado en el cuartel del CORDS por los rumores, y que, si bien todo el mundo los había oído, nadie se los tomaba en serio. En líneas generales, los ataques de los comunistas tendían a ser más una molestia que una amenaza.

Bullington había pasado muchos peligros durante sus años en Vietnam. Allí, en medio de las fiestas de vacaciones, estaba feliz y cómodo. La versión oficial decía que tenían la guerra bajo control, especialmente en zonas urbanas como esta. Además, dijo, pasaría la noche en una pensión situada en los terrenos de una central eléctrica al otro lado del río, donde vivía y trabajaba su amigo, el ingeniero francovietnamita Albert Istvie.

—Donde me alojaré —dijo— nunca podrían encontrarme.

9

Soldados de palacio

Conforme morían las últimas luces del año, Le Huu Tong marchaba hacia la oscuridad por las afueras de Hué en su deslumbrante uniforme nuevo. Su regimiento del EVN, el Sexto, un cuerpo de cerca de dos mil hombres, había acampado en la base de una montaña durante los dos últimos días. Habían recorrido un largo y peligroso camino para llegar, y esos días habían proporcionado un merecido descanso, buena comida, nuevos uniformes y, por fin, una misión clara. Como la infantería en todos los lugares del mundo, Tong había vivido una vida de rutina extenuante e incertidumbre, sin conocer nunca la situación general, a dónde estaba yendo o por qué. Tong siempre había tenido un sentimiento de propósito general, pero las misiones habían sido más difíciles de aceptar. Llevaba cinco años en el ejército. Tenía veintidós años, era originario de Ha Nam, una provincia inmediatamente al sur de Hanói. Hacía años que no pasaba por casa.

En julio de 1967 se había ordenado al Sexto que se desplazase al sur tras combatir durante algunos meses en Laos. El batallón de Tong, de más de cuatrocientos hombres, fue el último en comenzar a caminar. Los ataques aéreos de los estadounidenses habían destruido la mayor parte de las carreteras y puentes, de modo que caminaron atravesando caminos forestales y de montaña, desplazándose sobre todo de noche y sin linternas. A veces, su única guía eran los hongos que brillaban en la oscuridad en los árboles; otras

veces, los hombres de vanguardia atrapaban luciérnagas y las sujetaban en las manos o las aplastaban contra sus gorras para poder ser vistos. En la temporada de lluvias, algunos riachuelos sufrían crecidas repentinas delante de ellos, demasiado repentinas como para poder cruzarlos. En esos casos, los hombres que ya habían pasado se sentaban y esperaban, a veces durante días enteros, hasta que las aguas bajaban y el resto podía unírseles. Caminaron así durante meses, arrastrándose por montañas que a menudo tardaban un día o más en coronar —el paso de la montaña de Nguyen Chi Thanh tenía más de mil metros de altura— transportando todo sobre sus espaldas. La carga de Tong pesaba unos treinta y cinco kilos. Formaba parte de un escuadrón antitanque, y cargaba un lanzagranadas y munición. Algunos cargaban más. Además, cada soldado llevaba comida para una semana, dos juegos de ropas, mallas antimosquito, una pequeña manta y una hamaca de nailon enrollada. Calzaban sandalias de caucho hechas a partir de neumáticos, que, cuando el sendero estaba enfangado, a veces se les escapaban de los pies y se quedaban en el barro. Ya al inicio de la marcha Tong había tirado sus pantalones largos. Las sanguijuelas se le adherían a las piernas, y con los pantalones largos no se daba cuenta hasta que los viscosos bichos estaban gordos de beber su sangre. Los soldados hacían bolas de arroz y las llevaban en los bolsillos; las comían frías, a veces durante días, antes de poder descansar y cocinar. El descanso llegaba cuando ocasionalmente alcanzaban campamentos a lo largo del camino en los que había estacas de las que podían colgar las hamacas. A veces, en estos lugares, grupos ambulantes de actores propagandísticos los entretenían con obras de teatro y canciones tradicionales que ilustraban los ideales y objetivos del partido. En estos grupos había chicas guapas.

El batallón de Tong se movía por segmentos. Uno marchaba en cabeza y los demás esperaban, a veces durante semanas, antes de seguirlo. Era crucial evitar encuentros con soldados estadounidenses mejor armados en misiones de búsqueda y destrucción. Un encuentro de esos los había obligado a tomar un desvío de semanas a través de Laos. Había otros peligros. En varios puntos a lo largo de la ruta, los estadounidenses habían colocado dispositivos de escucha. Estos activaban ataques aéreos repentinos, habitualmente nocturnos, en los que los C-130 lanzaban bengalas y disparaban potentes

cañones y ametralladoras. Los reactores lanzaban terroríficas bombas de napalm. También había minas, del tamaño del puño de un hombre, que podían volar las piernas. Muchos de los hombres del batallón de Tong resultaron muertos o heridos durante la marcha. Para cuando llegaron al río Ben Hai, que fluía a lo largo de la demarcación entre Norte y Sur, el batallón estaba tan mermado que tuvo que acampar y esperar refuerzos. Necesitaron más de cuatro meses de caminata, con paradas ocasionales como la de Ben Hai, para llegar a la provincia de Ba Long, reunirse con los demás batallones del Sexto y establecer un campamento base para prepararse para lo que vendría luego.

En Ba Long los recibieron combatientes del VC que les dieron la bienvenida a sus filas. Tong se convirtió oficialmente en miembro del Frente, y cambió la estrella roja del EVN, que llevaba en el casco, por una que era mitad roja y mitad azul. No mucho después se encontraron con tropas aerotransportadas estadounidenses, y los combatieron durante casi un mes antes de poder seguir avanzando hacia el sur. Llegaron finalmente a Quang Tri, al norte de Hué, hacia finales de año.

En la víspera del Tet, el batallón de Tong formó para recibir sus órdenes. Los mandos de cada unidad leyeron la misión de aquella noche. Todos tomaban parte en una gran ofensiva para liberar la ciudad de Hué, que Tong nunca había visto. La mayor parte del Sexto iba a atacar la mitad norte de la ciudad, la Ciudadela. El batallón de Tong se uniría a elementos del Quinto, que iría hacia el sur del río Huong para tomar una base acorazada del ERVN en el extremo inferior del triángulo, Tam Thai. Les leyeron sus órdenes formales en una gran asamblea. Las palabras iniciales fueron: «¡Adelante a por la victoria final!». Llamaba al ejército y a la población al combate:

Y en cumplimiento de la orden de ataque del Presídium del Comité Central del Frente de Liberación de Vietnam del Sur, todos los integrantes y combatientes de todas las fuerzas armadas de la Liberación de Vietnam del Sur deberán movilizarse y llevar a cabo ataques directos contra todos los cuarteles del enemigo, a fin de dañar la voluntad de agresión de los imperialistas estadounidenses y aplastar el Gobierno Títere y el Ejército Títere, lacayos de Estados Unidos; devolver el poder al pueblo; liberar por completo a los catorce millones de habitantes de Vietnam del Sur y cumplir con nuestra tarea revolucionaria de establecer la democracia en todo el país. Será la batalla más

grande jamás librada en la historia de nuestro país. Traerá consigo cambios a escala mundial, pero también exigirá muchos sacrificios. Decidirá el destino y supervivencia de la Madre Patria, sacudirá al mundo y causará el más amargo de los fracasos de los líderes imperialistas.

Todos levantaron sus manos y pronunciaron un juramento: «Todo por la liberación de Hué; todo por la liberación de Vietnam del Sur». Luego les sirvieron un banquete de *dumplings* y pastelillos de Tet. Les dieron cantimploras llenas de té. Los grupos propagandísticos los entretuvieron. Después, para subrayar la naturaleza histórica de su tarea, les dieron uniformes caqui nuevos, hechos en China: una gorra de ala ancha, una camisa de gabardina, pantalones limpios y botas de combate de caña alta. Se adherían brillantes tiras de tela azul y roja en las mangas izquierdas para demostrar la pertenencia al Frente.

Los nuevos uniformes estaban pensados para impresionar. Habían estado mintiendo a los ciudadanos del sur acerca del VC y del EVN durante años. Los describían como poco civilizados, casi animalescos. De modo que el Frente iba a hacer algo más que liberar Hué: también iba a *deslumbrarla*. Les dieron clases de buena conducta y les hicieron memorizar doce reglas: no iban a tomar nada, limpiarían las calles, repararían aparatos rotos como máquinas de coser o cableados. En otras palabras: serían útiles. Se presentarían ante Hué como un ejército limpio y profesional. Esta sería su última batalla, e iban a ganarla. Debían parecer y comportarse como ganadores. Muchos de estos jóvenes soldados nunca habían poseído ropa tan buena como la que ahora llevaban. Los llenaba de orgullo y les daba una cierta sensación de importancia.[1]

Estaban tan seguros de su éxito final que destruyeron alegremente sus campamentos. Vivir en la selva era duro, y por fin se había acabado. Le Kha Phieu, quien años más tarde se convertiría en secretario general del partido, se unió a miembros de su unidad que orinaban sobre el horno del campamento antes de irse. Nunca volverían.[2]

El Sexto Regimiento comenzó el viaje de dieciocho kilómetros hacia la ciudad mientras el sol se ponía tras ellos. Hacía frío y había humedad. Transportaban el doble de munición de lo habitual. Faltaban dos horas para

medianoche cuando llegaron al crecido río Ke Van, que fluía por fuera de las altas murallas occidentales de la Ciudadela. En la orilla opuesta había bloques de barrios residenciales, vías de tren y, más allá, las altas murallas de su objetivo. En aquel lado había cuatro puertas (An Hoa, Chanh Tay, Huu y Nha Do) y cada una de ellas estaba guardada por un pequeño contingente de soldados del ERVN suficientemente desafortunados como para que les asignaran trabajar durante la festividad.

Se quitaron todo hasta quedarse en ropa interior. Habían dado a cada hombre una bolsa de nailon en la que metieron su nuevo uniforme y la munición. También había balsas de plástico y otras hechas de troncos de bambú unidos con cuerdas, para transportar las bolsas y las armas. Uno a uno, en silencio, se fueron metiendo en las frías aguas del río. En algunos sitios tenía más de treinta metros de ancho y una rápida corriente. Tong vio a varios hombres rendirse y hundirse. Nadie, ni siquiera los que se ahogaban, hizo ruido alguno. En la otra orilla volvieron a vestirse. Tong y unos cuantos cientos de hombres de su batallón se dirigieron hacia la fortaleza.

Era evidente que el general Kinh, el mando del VC que había desafiado a Giap en la primavera anterior, había impresionado al viejo estratega, puesto que éste le había encargado trazar los planos para la toma de la ciudad. El Frente había estado observando con sumo interés las maniobras Damas, de Westy, y notó que se estaba concentrando el 60 por ciento o más de tropas estadounidenses y del ERVN en el sector septentrional de la provincia de Thua Thien, cerca de Quang Tri y a lo largo de la Ruta 9, una carretera que iba de este a oeste al sur de la ZDM que llevaba a Khe Sanh, algo que reflejaba la preocupación principal del mando estadounidense. Esto había hecho que Hué quedase como uno de los lugares peor defendidos del mapa del I Cuerpo.

Para los propósitos de la guerra, el partido dividía Vietnam del Sur en cuatro zonas geográficas, cada una administrada por una junta de comisarios políticos y oficiales de alto rango. Los mandos de las dos zonas más septentrionales, Quang Tri y Thua Thien, se habían fundido en el verano de 1967 a fin de coordinarse para la ofensiva. Esta nueva junta dividió aún más sus dos distritos. Como señal de su importancia, se asignó Hué y su área

circundante a Le Tu Minh, vicesecretario de toda la zona norte. Le tenía varios ayudantes cercanos, pero Kinh era el más importante. Dos noches antes, Kinh había bajado de las colinas con un pequeño grupo de apoyo, atravesando la jungla por senderos y cruzando un río a nado para establecer un puesto de mando en la orilla occidental del Huong, desde donde podrían observar el ataque. La artillería tomó posiciones en las formaciones rocosas que lo rodeaban, y el general y su grupo de mando se refugiaron en una pequeña gruta, donde trabajaban, comían y dormían. Estaban a solo doce kilómetros del centro de la ciudad.

Aquella mañana, temprano, aviones estadounidenses vertieron defoliante sobre la montaña que había tras ellos. Luego unos helicópteros insertaron soldados estadounidenses en la zona despejada. Los hombres de Kinh se alarmaron, pero él no. Solo sentía desprecio por los estadounidenses. Dijo a sus hombres que no eran sino «soldados de palacio».

—No se atreverán a efectuar búsquedas hasta los pies de esta montaña —dijo—. No irán a ningún sitio si no es en coche o helicóptero.

Envió un equipo de francotiradores para hostigarlos. Durante el resto del día, los tiradores se acercaban lo suficiente para disparar y luego correr de regreso colina abajo. Cuando llegaron helicópteros para evacuar a los heridos, el equipo volvió a escalar para disparar un poco más.

Esa tarde, a última hora, sus hombres informaron de que otro gran grupo de helicópteros había tomado tierra. Kinh dijo que creía que habían venido para llevarse a la fuerza de ataque y dijo a sus hombres que no les disparasen más.

—Dejadles recoger los cuerpos y que se retiren de la cima. Si disparáis una vez más me dejaréis sordo.

Efectivamente, los helicópteros cargaron a los soldados y se fueron.[3]

Uno de los miles de hombres que se acercaban a los muros de la fortaleza era el reclutador y pasador de armas Nguyen Van Quang, a quien habían dicho, en los últimos días previos al Tet, que no dirigiría la infiltración de su milicia en la Ciudadela. Le preocupó haber hecho mal algo. Sus mandos lo tranquilizaron.

—Tenemos mucha fe en ti —le dijo el secretario del comité del partido,

Lien—. Te hemos asignado otra importante misión. Tienes que comprenderlo, podemos poner a cualquiera para liderar al equipo de la Ciudadela porque todos conocen la ciudad. Pero para guiar a una fuerza desde el exterior necesitamos a alguien como tú, alguien que pueda dirigir a los que no saben nada de la ciudad.

Quang estaría al frente de unos cuatrocientos hombres que atacarían la puerta Chanh Tay. En el equipo de mando había una docena de hombres, la mayoría de ellos oficiales del ejército. A Quang se lo consideraba «oficial político», es decir, comisario. También era el más joven.

En la tarde anterior se había presentado ante las fuerzas principales aún escondidas, vestido de civil, y le dijeron que iría en vanguardia. Al principio, los soldados uniformados que debía liderar lo miraron con desconfianza.

—Este es vuestro capitán —dijo el comandante a sus hombres—. Dirigirá esta crucial compañía. No tenéis de qué preocuparos. Puede que sea joven, pero no es un aficionado.

Junto a los demás hombres había prestado juramento: «Muramos para que nuestra nación sobreviva».

Su aproximación a las puertas sería a través de un estrecho puente. Arriba había una torre con una ametralladora. Una vez dentro, Quang dirigiría la mitad del grupo a la pista de aterrizaje Tay Loc, mientras que la otra mitad se dirigiría al palacio real, desde donde se izaría la bandera especialmente cosida para la ocasión.

Después, Quang tendría varias tareas incluso más importantes. Debía orquestar el alzamiento popular, reclutando y organizando. También comandaría un escuadrón político encargado de buscar, encontrar y eliminar enemigos del pueblo, y al mismo tiempo construir un nuevo gobierno local revolucionario.

Conforme caía la oscuridad, tomó su posición entre las fuerzas que lideraría.

Tras él, entre los miles de hombres que convergían, estaba Nguyen Dac Xuan, el joven budista convertido en propagandista que regresaba a casa. También él y su compañía habían disfrutado de un tradicional banquete del Tet, y poco antes de la puesta de sol recibió la orden de marchar. Se

movieron en silencio tras las plantaciones de palmeras bananeras, acelerando su paso cuanto más se acercaban a la Ciudadela. Xuan solo oía el ocasional entrecocar metálico de los cazos colgados de mochilas golpeando armas o paquetes de balas. Bengalas de señales lanzadas por aviones estadounidenses en la lejanía, algo rutinario durante la noche, ofrecían dramáticas imágenes estroboscópicas de la velocidad a la que progresaba la procesión. Los hombres llevaban rifles, tubos de morteros, lanzagranadas, ametralladoras, binoculares, cuchillos y otras herramientas. Se sentía parte de algo poderoso y bueno. Sentía también una profunda conexión con la historia de su país. El ataque por sorpresa le recordaba una artimaña parecida ejecutada en el siglo XVIII por el emperador Quang Trung contra los invasores chinos. Su propio nombre, que de niño había aborrecido porque se asociaba tradicionalmente a una clase de sirvientes, tenía dos conexiones con aquel acontecimiento histórico. Xuan era como se había llamado Hué en la época del ataque de Quang Trung. Por primera vez sintió un repentino orgullo por su nombre. Al acercarse pudo divisar las luces rojas de las antenas emisoras de Hué.

En cuanto llegaron a un punto justo frente a la puerta Chanh Tay les ordenaron cavar. Xuan y su compañía excavaron una trinchera al norte del canal Phu Cam. Los perros de las aldeas cercanas ladraron con fuerza. De repente un cohete silbó como salido de la nada y explotó en medio de ellos, hiriendo a varios soldados. Xuan estaba cubierto de salpicaduras de mugre.

Al principio temieron haber sido descubiertos, pero al parecer había caído al azar, puesto que no hubo más.

10

Odio en la sangre

Che Thi Mung, la joven aldeana que había pasado meses espiando en la ciudad, estaba guiando combatientes a través de oscuros arrozales. La habían convocado en su aldea aquella tarde. Che había comenzado su viaje diario desde su casa de Dap Da hacia la fuente de agua cuando un miembro de su escuadrón la detuvo. El momento había llegado. Che estaba demasiado entusiasmada como para sentir miedo.

Dejó caer su bidón de agua y pedaleó varios kilómetros hasta su aldea, solo para que al llegar le dijeran que tanto ella como los demás debían regresar. Las autoridades de Saigón habían declarado un armisticio de dos días para el Tet, que comenzaría esa misma noche. Con toda seguridad, los patrones habituales que habían documentado en las instalaciones objetivo cambiarían. La líder del Escuadrón del Río Huong, Pham Thi Lien, antigua amiga de la hermana mayor de Che, quería a su equipo otra vez en la ciudad para observar estos cambios de última hora. La declaración también implicaba que se podía estar fuera pasado el toque de queda. Por norma general, nadie echaría en falta a las chicas en los vecindarios de Hué en los que vivían desde hacía meses pues por la noche los residentes quedaban confinados en sus hogares, pero con la gente moviéndose libremente por una vez en un frío atardecer de enero, Lien temía que su ausencia atrajese la atención.

Así que las chicas pedalearon de regreso. En su casa de Dap Da, Che se preparó para una noche de fiesta, con su tradicional *ao dai*, una larga y ajustada túnica de seda que se vestía sobre pantalones anchos, y tacones altos. Ella y otra chica de su vecindario fueron a ver una película china, *Xue ding hong yeng* [Odio en la sangre], pero a Che le costaba concentrarse en la historia. Cuando la película acabó, ella y sus amigas oyeron fuertes ruidos de explosiones y unos soldados del ERVN las pararon y les dijeron que corrieran a sus casas: se había suspendido el alto el fuego y estaban explotando granadas por las calles.

Che sabía cómo era el sonido de una granada cuando explota, y que lo que oía eran solo fuegos artificiales, pero simuló estar asustada y corrió tan deprisa como pudo con sus tacones. En cuanto llegó a su casa se los quitó, anudó los faldones de su *ao dai* y corrió en la oscuridad por caminos conocidos a través de los arrozales hacia su punto de reunión asignado.

Allí se puso ropa de trabajo y se preparó para guiar a las fuerzas reunidas hacia la ciudad. Le dieron un arma. La mayoría de los soldados del Frente que guiaría nunca habían estado en Hué. Era una ciudad mucho más grande de lo que la mayor parte de ellos había visto nunca. Che y sus camaradas se dividieron en tres grupos. Cada uno dirigiría combatientes a puntos de partida predeterminados.

El grupo de Che guió a un batallón de unos cuatrocientos hombres a través de arrozales hacia la ciudad. No se disparó un solo tiro, ni siquiera cuando salieron del campo abierto y comenzaron a entrar en vecindarios atestados. El grupo estuvo en posición en el sector Cho Cong, en la orilla sur del río Huong y al pie del puente Truong Tien, poco después de medianoche. Al otro lado de la calle había una escuela militar. El grupo de Cho Cong atacaría y tomaría varios objetivos allí, y bloquearía movimientos procedentes del sur del puente. Junto a las demás fuerzas invasoras, esperaron en silencio. El ataque debía comenzar a las dos y media de la mañana.

Todos estos movimientos atrajeron escasa atención. Había habido multitud de signos de que algo iba a pasar. Pese al sigilo del Frente y a la solidaridad generalizada de los campesinos, al cuartel del CAMV habían llegado indicios de que algo gordo se acercaba. Jack Lofland, un sargento de

marines asignado a las tropas del ERVN, informó haber sido atacado por una enorme fuerza del EVN al noroeste de la ciudad unas semanas antes. Fue la concentración de tropas enemigas más grande que hubiera encontrado jamás. También notó que los aldeanos de la zona habían comenzado a pedir sacos de arena para reforzar sus búnkeres, pero no explicaban por qué.[1] Un asesor del ejército con el evocador nombre de Ty Cobb (sin relación con el jugador de béisbol),[*] que trabajaba con el Segundo Batallón Aerotransportado del ERVN, había descubierto la semana antes un enorme cargamento de armas y munición escondido en las afueras de la ciudad.[2] Pero estas pistas no habían disparado una alarma general. Dos semanas atrás, el general Truong había informado a sus aliados estadounidenses que el VC tan solo era capaz de organizar ataques a pequeña escala contra la ciudad. Esta comunicación había sido interceptada por el Frente, para gran deleite del general Kinh. Demostraba que no habían detectado su acumulación de fuerzas.[3]

Pero a altas horas de la víspera del Tet, de repente Truong cambió de opinión. Su sexto sentido para los problemas comenzó a molestarle. Delgado, bajo, encorvado y de pecho hundido, era lo opuesto al modelo de general de Westy. Truong caminaba lento, arrastrando los pies. Tenía una cara ancha y como de piedra. Habitualmente tenía un cigarrillo Salem colgando de su labio inferior, de modo que estaba siempre guiñando los ojos por el humo. Cuando alzaba la cabeza, con aquella mirada un tanto estrábica, parecía mirar el mundo con mofa. Pero era uno de los pocos altos mandos del ERVN que los estadounidenses respetaban totalmente. A diferencia de muchos que dirigían desde la retaguardia, que debían su posición a conexiones familiares y que demostraban escasas habilidades militares, que ponían familiares en lugares estratégicos de su equipo y disfrutaban de prebendas y ventajas —coches, casas, oficinas— que crecían en paralelo a su rango, Truong lideraba a sus hombres desde el frente y parecía tan taimado como incorruptible. Vivía como un soldado, compartía las condiciones de vida de sus hombres y tenía unos modales igualitarios que encajaban con el estilo de liderazgo de los oficiales estadounidenses que trabajaban con él. Uno de ellos, el mayor Norman Schwarzkopf Jr., que servía como asesor de Truong y que se convertiría en un famoso general de cuatro estrellas, dijo que aquel

comandante del ERVN era «el mando táctico más brillante que jamás hubiera conocido».[4] Truong parecía tener una intuición instintiva de lo que haría su enemigo.

En la tarde anterior, un avión de reconocimiento había detectado elementos clave del Frente en un ferri que cruzaba el río Ta Trach, al sudoeste de la ciudad. Habían cometido un error al llegar al cruce del río antes de que oscureciera. La artillería había disparado sobre el lugar y había continuado de forma intermitente hasta primera hora de la mañana siguiente, pero aparte de matar a una docena de hombres sorprendidos afuera, no había conseguido detener el avance. El avistamiento tampoco había revelado nada sobre el tamaño de sus fuerzas o sus intenciones. No se habían enviado fuerzas terrestres a investigar. Sin embargo, ese encuentro, junto con los demás extraños encuentros y avistamientos, acabaron por alarmar a Truong lo suficiente como para anular el alto el fuego en el último momento.

Había pasado algo similar en Saigón, aunque no está claro que Truong lo supiera. Westy había instado a Thieu a hacerlo, y el presidente survietnamita había cedido a última hora del martes, pero, haciendo honor a la vieja práctica política de hacer las cosas de un modo ambiguo, el personal del presidente no se tomó la molestia de emitir la orden. Como escribiría más tarde Westy, «a último momento sentimos una gran consternación y un considerable disgusto al ver que el GVN [Gobierno de Vietnam del Sur] pudiera ser tan apático [...] como para bajar la persiana en vísperas de las fiestas del Tet».[5] La propia orden de Truong llegó demasiado tarde como para poder invertir el curso de los acontecimientos. La mayor parte de la gente de la ciudad, como Che y las chicas de su escuadrón, no se enteraron. Tampoco se enteró la mayoría de los hombres del general. Se quedó la pequeña parte de su división que no había abandonado Mang Ca, pero la mayoría ya se había dispersado. Truong fue capaz de reunir tres pelotones de los Hac Bao, unas pocas docenas de hombres, para custodiar lugares clave del sur de Hué: los cuarteles provinciales, la central eléctrica y la prisión. Envió pequeños escuadrones para reforzar la seguridad en las once puertas de la Ciudadela.

Así pues, no se ignoraron los signos de advertencia. Pero nadie se

imaginaba la escala de lo que se venía encima. Ninguna de las pistas había provocado una gran alarma porque no encajaban en la narración general. La historia que las fuerzas estadounidenses se habían contado a sí mismas acerca de la guerra era algo así: el enemigo era débil. Tenía poco apoyo popular, o ninguno. No tenía una presencia significativa en Vietnam del Sur más allá de pequeñas bandas de rebeldes capaces solo de ataques a pequeña escala en zonas rurales. Si Hanói iba a lanzar un ataque sorpresa, lo haría sobre alguna base remota como Khe Sanh. En la narrativa de Westy, cargada de exceso de confianza, sencillamente no había manera alguna de que su enemigo invadiera y ocupara la segunda ciudad más grande de Vietnam del Sur, ni de que lanzase ataques sorpresa sobre ciudades por todo el país. No podía suceder.

Los hombres de Truong interpretaron su cambio de última hora como un exceso de precaución. Para cuando el teniente Tran Ngoc *Harry* Hue, comandante de los Hac Bao, recibió las nuevas órdenes de Truong, tan solo tenía consigo un puñado de sus doscientos hombres. Envío a los que le quedaban para cumplir con la nueva orden del general y ordenó a su chófer que lo llevara hasta su casa, en el sector sudoeste de la fortaleza.

Allí se duchó y se vistió de civil. Era una rara ocasión para pasar unos días con su esposa e hijos, conmemorar a sus ancestros, enterrados cerca, despedirse del año y dar la bienvenida al nuevo. A medianoche del miércoles, comienzo del nuevo año, se sentarían juntos para una gran cena ceremonial.

11

Una noche hermosa

El capitán Jim Coolican había regresado a Hué aquella tarde con los Hac Bao con ansias de unas vacaciones. Había estado con la unidad durante meses en la provincia de Quang Tri, en el noroeste.

De camino hacia el sur tuvo la vaga sensación de que algo iba mal. Parecía haber menos tránsito de lo habitual al norte de la ciudad. No se podía ver por ningún lado a los niños que solían llenar las calles cuando atravesaban aldeas. Sus sospechas llegaron a tal punto que, cuando el convoy se detuvo en Camp Evans, ordenó a sus hombres cargar lanzagranadas en los camiones. Recogieron unos trescientos.

Pero en el resto de la ruta Coolican no observó más signos de problemas, y en los cuarteles de los Hac Bao parecía no haber sensación de peligro. Harry parecía tranquilo, y Coolican había aprendido a fiarse de él.

Además, Coolican quería poner un poco de distancia entre él, Harry y el resto de la unidad hasta que las fiestas acabasen. Una de las supersticiones del Tet sostenía que la primera persona que te encontrases en el nuevo año sería un presagio de tu suerte durante los próximos doce meses. De modo que en los hogares vietnamitas todos los movimientos estaban coreografiados para asegurar un resultado afortunado. Coolican no quería arruinar las esperanzas de nadie. Aquella tarde, en cuanto abandonó el campamento de los Hac Bao, se dirigió hacia la base del CAMV. Habría cerveza y barbacoa,

y algunos buenos amigos, como Frank Doezema.

Justo antes de medianoche condujo por la Ciudadela y salió por las puertas meridionales. Era una noche hermosa, de modo que detuvo su jeep y decidió dar una caminata por la orilla norte del río Huong para saborearla.

Admiraba las luces de colores colgadas a través de las calles, reflejadas en el río. Vietnam había sido caluroso y húmedo durante los nueve meses de su servicio, pero esta noche el aire era fresco y agradable. La ciudad descansaba. Nunca habrías pensado que había una guerra. Sintió un repentino afecto por el país, y orgullo por estar defendiéndolo.

Mirando hacia atrás, no cabe duda de que a aquel solitario estadounidense que paseaba lo estaban observando centenares de disciplinados soldados enemigos ocultos en las orillas del río, que esperaban a las dos y media, cuando comenzaría el ataque.

PARTE DOS

LA CAÍDA DE HUÉ

31 de enero de 1968

Se asalta y se toma la ciudad. En la base estadounidense de Phu Bai, doce kilómetros al sur, mandos sin una idea clara de lo que ha pasado envían dos compañías de marines —poco más de trescientos hombres— a luchar contra diez mil combatientes enemigos. Comienza la batalla.



El capitán de marines Jim Coolican, que ayudó a coordinar la lucha por la base del CAMV y más tarde combatió en la Ciudadela.



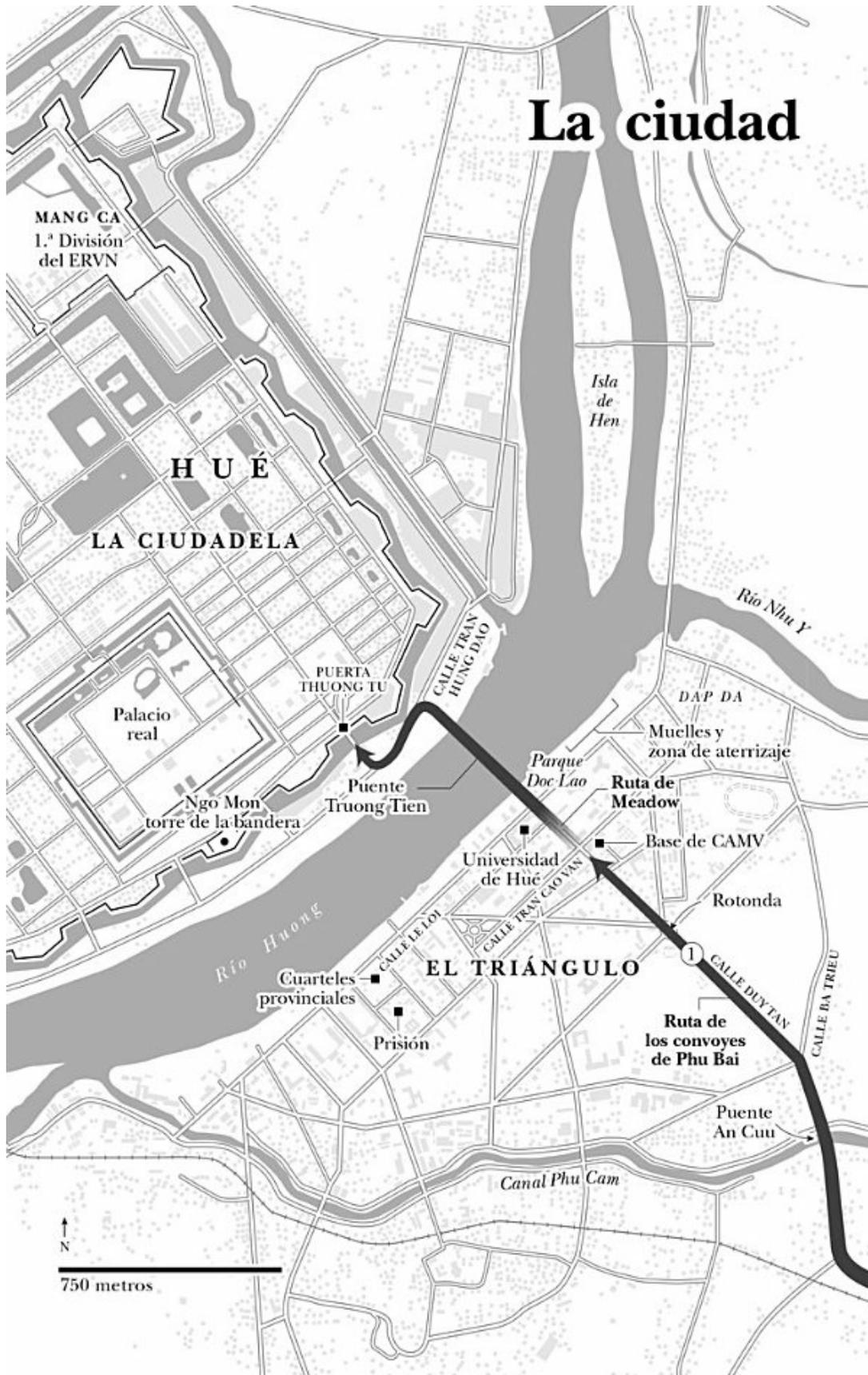
Capitán Gordon Batcheller, comandante de una compañía de marines, gravemente herido mientras guiaba a sus hombres hacia Hué en el primer día de la batalla.



Alfredo *Freddie* González, el pequeño sargento de marines de Texas al que se concedería la Medalla de Honor por su heroísmo.



Capitán de marines Chuck Meadows, comandante de la Compañía Golf 2/5, a quien ordenaron dirigir un inútil ataque sobre la Ciudadela contra fuerzas abrumadoramente superiores.



1

Fuegos artificiales

El primer gran golpe lo propinó un equipo de soldados de élite de cinco miembros, parte del Quinto Regimiento del EVN, que se autodenominaba Thanh doi Hue (Unidad Ciudad de Hué). Habían estado viviendo bajo tierra en las montañas al oeste de la ciudad, planeando cómo destruir los tanques de Tam Thai, una base de acorazados del ERVN a menos de tres kilómetros al sur del centro de Hué.[1] Más de dos docenas de M41 Walker Bulldogs, tanques fabricados en Estados Unidos, tenían allí su base. Estaban aparcados tras cuatro barreras de alambre de espino concéntricas frente a la Autopista 1, justo frente al vértice meridional del triángulo. Los pequeños y anticuados tanques no eran rival para un armamento antitanque más moderno, pero en las calles de Hué podían causar muchos daños a una infantería armada sobre todo con rifles. Destruirlos era crucial para el éxito del ataque.

Mientras se preparaban, Nguyen Quang Ha y su equipo vivieron en un agujero suficientemente amplio para todos ellos, con un techo de paja que lo hacía invisible desde el aire. Acampados con ellos había cientos de camaradas, todo un batallón del EVN, que invadiría la base una vez ellos hubiesen volado los tanques. Ha había oído hablar mucho de una batalla que acabaría de una vez por todas con la guerra, pero para él y para los demás de su escuadrón, tras meses de vivir en las montañas o en rutas por la jungla, significaba que por fin dejarían de vivir en medio de la mugre.

Ha no era un soldado de carrera. Hasta el año anterior había estado felizmente empleado como profesor de matemáticas de secundaria en Bac Ninh, una aldea al norte de Hanói. Tenía treinta años de edad, más que la mayoría de sus camaradas, y su madurez y educación lo habían cualificado para recibir un entrenamiento especial. Había dedicado a su formación meses de escalada, de construir bombas, de deslizarse por zanjas húmedas y de aprender las nobles artes del camuflaje y la infiltración. Por ejemplo, había aprendido a esconderse y a atravesar un campo en silencio y sin ser visto. Esto implicaba cubrirse de barro de la cabeza a los pies y avanzar con lentitud, deteniéndose cada pocos centímetros, inmóvil como un lagarto. Avanzar así unos cientos de metros podía llevar la mayor parte de un día. Pasar a través de las barreras de alambre de espino de Tam Thai sin alarmar a los guardias requeriría todo ese sigilo aprendido. Con la puesta de sol, la Unidad Ciudad devoró todo el arroz que les quedaba. Suponían que necesitarían todas sus fuerzas para el combate y que, cuando hubieran tomado la ciudad, habría alimento en abundancia.

A grandes rasgos, las fuerzas invasoras se dividían en dos, una parte para el norte y otra para el sur. La parte septentrional tomaría y mantendría la Ciudadela y las zonas cercanas a ella, mientras que la meridional haría lo mismo con el triángulo. Sus fuerzas combinadas eran cuatro regimientos del EVN (Nueve, Ocho, Cinco y Seis) y ocho batallones del Vietcong, así como milicias locales (como la creada por Nguyen Van Quang). Cada uno de estos veinticuatro batallones (había cuatro en cada regimiento, de tamaños diferentes) tenía compañías de apoyo para exploración, comunicaciones, operaciones especiales, artillería y armas pesadas.

El mayor Nguyen Thu, un veterano oficial del EVN, lideraba la fuerza norte. Comandaría los regimientos Noveno y Octavo del EVN, cuatro batallones del VC y sus compañías de apoyo, así como a los combatientes de las milicias locales. La fuerza sur estaría liderada por el mayor Than Trong Mot, quien comandaba los regimientos Quinto y Sexto del EVN y cuatro batallones del VC.[2] Su verdadero nombre era Than Trong Thoan, y llevaba más de veinte años luchando por la liberación de su país. Adoptó el nombre «Mot», que significa «primero», porque la unidad de combate que

comandaba en la guerra de Indochina era en aquella época la primera del 101.º Regimiento del EVN. Sus padres habían muerto prisioneros de los franceses, y se creía que torturados hasta la muerte. Entre ambas fuerzas, la norte y la sur, había comisarios responsables de encender la mecha del esperado alzamiento popular y dirigirlo.

El empuje desde el norte era más difícil e importante. La Ciudadela y su palacio real tenían una tremenda importancia cultural, y Mang Ca era el objetivo militar más difícil de la ciudad. Estaba también el aeródromo de Tay Loc, en el lado oeste de la fortaleza, que tenía un importante valor táctico, sobre todo para negar al enemigo un lugar en el que aterrizaran hombres y provisiones. El mayor Thu era un veterano con veintidós años en el ejército que había combatido en la guerra de Indochina. No aceptaba las grandiosas ambiciones del partido para el Tet. No había, en su opinión, ninguna posibilidad de que el pueblo de Hué se alzara de manera espontánea, y ciertamente no a la escala que se esperaba. Como su superior el general Kinh, Thu sabía que podían tomar la ciudad, pero también que no podrían mantenerla en su poder mucho tiempo. Los objetivos más asequibles eran, en su opinión, destruir la división del ERVN de Mang Ca y eliminar el gobierno local deteniendo y castigando (mediante ejecución, en algunos casos) a quienes representaban al régimen de Saigón. Esto se podía hacer en un plazo de cinco días a una semana. Inspirar, reclutar, organizar y liderar una revuelta masiva era algo totalmente distinto. Se tardaría mucho más que una semana incluso aunque no tuvieran que prepararse para el contraataque coordinado de estadounidenses y ERVN que sabía que se daría. Cuando eso ocurriese, resistir sería lo único que podrían hacer. Aun así, creía que el esfuerzo valía la pena. Golpear Hué y otras ciudades survietnamitas no causaría el repentino fin de la guerra, pero llevaría la violencia a las puertas de los ciudadanos urbanitas y acomodados por vez primera. Combatir en las calles erosionaría la confianza en el régimen de Thieu y socavaría los esfuerzos estadounidenses, que, en opinión de Thu, ya estaban fracasando. Los bombardeos sobre el norte no habían ralentizado el esfuerzo bélico de Hanói, y propinar un fuerte golpe en tierra a los estadounidenses, en zonas que supuestamente controlaban, también restaría apoyos a la guerra en Estados

Unidos.[3]

Además de Mang Ca, los principales objetivos dentro de la Ciudadela eran la pista de aterrizaje (donde los tenaces Hac Bao estaban acuartelados junto con una compañía de aprovisionamiento del ERVN), el palacio real y la torre de la bandera Ngo Mon. En el sur de Hué, los objetivos principales eran la base acorazada de Tam Thai, varios grandes edificios gubernamentales a lo largo de la calle Le Loi o justo frente a ella (los cuarteles provinciales, la tesorería, el complejo hospitalario, correos, la prisión y la emisora de radio) y la base estadounidense, el CAMV. Había largas listas de objetivos menores, en su mayor parte hogares de líderes del gobierno de Vietnam del Sur y partidarios del gobierno, todos marcados para su detención y castigo. Se destinaron pequeñas unidades de zapadores para volar puentes: el Truong Tien; el Bach Ho, kilómetro y medio al oeste, y el An Cuu, en el extremo meridional del triángulo. La destrucción de estos puentes impediría el inevitable contraataque estadounidense.

El día anterior, algunos comandos de élite se habían infiltrado en la ciudad a través de desagües de tormenta o entre las multitudes de ciudadanos que entraban o se iban de la ciudad por las festividades. Algunos vestían uniformes del ERVN para poder acercarse a las puertas de la fortaleza desde dentro y sorprender a los guardias.

La neblina baja, especialmente cerca de ríos y canales, ayudaba a ocultar los movimientos masivos de tropas. Mientras la joven aldeana Che Thi Mung guiaba a su contingente a través del campo, no podía ver suficientemente lejos en la oscuridad como para contar cuántos la seguían. Los guiaba a través de los arrozales de Thuy Thanh hacia Thuy Van; de ahí, a Vi Da y posteriormente a Dap Da, el vecindario en el que había estado viviendo durante su misión como espía. Establecerían un control de carretera en medio de la calle Ba Trieu, que formaba el lado oriental del triángulo y llevaba a Phu Bai.

Mai Xuan Bao formaba parte de esa fuerza. Era un veterano miembro de comando en un batallón local del Vietcong. Se habían estado preparando para la ofensiva durante la mayor parte del año anterior, acumulando tres toneladas de alimentos y munición en un almacén. Las habían acarreado hasta

allí en pequeñas entregas, haciéndolas flotar de noche sobre improvisadas balsas de bambú. No tenían vehículos, de modo que lo hacían casi todo a pie, en viajes a campo través que a veces duraban una semana, moviéndose sobre todo de noche. En aquellas largas marchas tenían sus propias versiones de las «raciones C»; transportaban cerdos vivos, algunos de ellos de más de noventa kilos, drogándolos para que se mantuvieran callados y dóciles. Iban sacrificando y comiéndose a los animales durante la marcha. Aquella noche, cada hombre llevaba doscientas balas para sus rifles y el doble de la cantidad habitual de granadas y cohetes (veinte granadas y hasta ocho cohetes cada uno, y eran pesados). Para combatir en la ciudad habían practicado la escalada de muros y cómo abrir agujeros en ellos. Habían hecho todo esto sin saber exactamente para qué se preparaban. Habían celebrado la festividad con antelación: los grupos de propaganda habían interpretado números cómicos para ellos. Mientras los miraban, cosían bandoleras y rellenaban granadas de mano con pólvora, tan absortos en la representación que no dejaban de pincharse con las agujas. Durante el banquete posterior no pudieron disfrutar de la comida porque el amargo sabor de la pólvora se les había quedado pegado en la boca y la nariz.

Habían abandonado su campamento en la jungla el lunes 29 de enero por la noche en dirección a Truong Ha, al sur de la ciudad. En el camino, una de sus unidades disparó la señal de un sensor estadounidense (llamaban a estos aparatos *cay nhiet doi*, «árboles tropicales», porque sus antenas estaban camufladas para parecer ramas) y recibieron una descarga de artillería. La mayor parte de ellos pudo escapar sin sufrir daños. El grupo de Bao había dormido en casas en Truong Ha desde las tres en punto de la madrugada del martes hasta mediodía, y luego comenzaron a prepararse para entrar en Hué por la noche. Ahora, mientras esperaba en la base del puente Truong Thien, Bao podía oír el *chug-chug-chug* de las máquinas de una fábrica de hielo cercana.

El batallón de Bao atacaría el cuartel de la policía. Un selecto comando de combatientes, incluido él, abrirían un boquete en la pared para el ataque inicial. Tras limpiar el edificio, los demás acudirían en masa para ocuparlo y defenderlo.

Otro batallón se acercaba al sur de Hué desde el oeste. En él iba Dang Dinh Loan, comisario político, cuya principal tarea comenzaría tras la toma de la ciudad. La noche anterior habían permanecido en los campos cercanos a la Tumba de Gia Long, y se habían retrasado por culpa de un avión estadounidense que había lanzado una bomba cerca de su posición, hiriendo a varios hombres. Tenían que cruzar el río Ta Trach, y Loan no sabía nadar, de modo que sus camaradas improvisaron una balsa con troncos de bananero y lo llevaron flotando. Mientras marchaban, varias veces el cielo nocturno se iluminó con bengalas. En esos casos, todo el mundo se echaba cuerpo a tierra y se quedaba muy quieto. Esto los ralentizó, pero no hubo ataques. Hacían todo lo posible por moverse en silencio. A través del campo oyeron sonidos de rituales religiosos: cánticos y la percusión hueca del «pez de madera», un instrumento que se usaba para acompañar oraciones budistas. Atravesaron un campo de cilantro, que llenaba el aire húmedo con un agradable aroma picante. Conforme pasaban las horas, el grupo se iba atrasando, de modo que comenzaron a trotar.

La ofensiva debía comenzar con una descarga de artillería disparada desde las colinas occidentales sobre Mang Ca. El ataque sobre Hué sería, evidentemente, solo uno de los muchos ataques sobre Vietnam del Sur aquel día, ataques que dejarían asombrado al mundo. Pero ninguno era más importante que este. Al propio Westy, años atrás, le habían preguntado qué haría si fuese el encargado de dirigir el esfuerzo bélico de Hanói, y había respondido: «Tomar Hué».[4]

Sin embargo, los líderes del Frente confiaban en que su ataque gozaría de un factor sorpresa absoluto. Truong Sinh, comandante del VC, había observado cuidadosamente la reorganización de las fuerzas estadounidenses y del ERVN en las semanas previas, y veía claro que no tenía nada que ver con contrarrestar el inminente ataque. Aquella noche, él y otros líderes del Frente estaban en el centro de mando de la base del monte Kim Phung, al oeste de la ciudad. Usaban un viejo código de radio para comunicarse con sus observadores adelantados sin despertar sospechas, enviando mensajes en emisiones codificadas de solo tres letras. Fumaban, jugaban a las cartas y comían mermelada de jengibre traída directamente de Hanói para la ocasión.

También probaban dulces típicos de Hué. Luego escucharon en la radio la felicitación del Tet del Tío Ho y se prepararon para la espera.[5]

Antes de la hora programada, Ha y otros miembros de su Unidad Ciudad se arrastraron hasta la valla de alambre de espino que rodeaba la base de Tam Thai. Sujetaron la parte inferior de la valla de alambre de espino y uno a uno se deslizaron por debajo. La base estaba en silencio. Había unos pocos guardias apostados, pero los soldados del ERVN que no habían ido a casa por el Tet se encontraban dentro de dos búnkeres en el extremo norte. Los tanques estaban aparcados en hileras regulares. Los comandos reptaban de uno al siguiente colocando dos paquetes de dinamita bajo cada carro, uno de ellos encajado en las orugas y el otro colocado justo bajo su motor diésel. Los explosivos iban armados con detonadores de control remoto. Luego se arrastraron de regreso hasta fuera de la verja, y esperaron a la descarga inicial de artillería.

Parte del Sexto Regimiento fue divisado atravesando un cementerio al norte de la Ciudadela. Aquellos hombres estaban posicionándose a fin de escalar el muro norte, cerca de las puertas Hau y An Hoa. Una pequeña base avanzada del ERVN comenzó a dispararles, y dentro de Mang Ca, el general Truong ordenó que dispararan bengalas para iluminar el lugar. Pero los miembros del comando se habían dispersado y las bengalas solo iluminaron tumbas y lápidas.[6]

A solo unos pocos kilómetros al sudoeste de la ciudad, Terry Egan, un asesor del ejército australiano que trabajaba junto a un pequeño pelotón del ERVN se sorprendió al ver soldados regulares del EVN, con lo que parecían uniformes nuevos, moviéndose con sigilo hacia la ciudad. Había demasiados como para que su pelotón los atacase. Egan se ocultó en las sombras para observar y contarlos: no paraban de llegar. Contó dos batallones enteros, más de cuatrocientos hombres. Transmitió por radio esta información a Mang Ca, y poco antes de medianoche, el general Truong ordenó un vuelo de reconocimiento. Pero la niebla lo ocultaba todo y, tras dos horas de vuelo, el piloto informó de que no había visto nada.[7]

Desde una atalaya en la cima del monte Chia Voi, a las 2.30 horas, un observador avanzado del Frente informó de que todo estaba totalmente

silencioso.

—Las luces eléctricas están encendidas —dijo—. Aún hay vehículos cruzando el puente Truong Thien. De vez en cuando, bengalas verdes y rojas iluminan el cielo.[8]

Informó de que no había disturbios en las zonas en las que estaba situado el grueso de las fuerzas del Frente, y de que, aparte de algunos disparos de rifle ocasionales, lo que no era inusual, no había signos de que la existencia de esas tropas hubiese sido descubierta.[9]

Quince minutos más tarde, miembros de comandos informaron de que habían llegado al extremo superior del muro norte de la Ciudadela y estaban en posición de atacar Mang Ca. Había otras unidades esperando para asaltar las puertas del norte y del oeste. El batallón de Loan, en el sur de Hué, se había atrasado, pero ahora se movía rápidamente. Las fuerzas en torno a Tam Thai estaban esperando la orden de volar los tanques.

Llegaron las dos y media y pasaron. El general Kinh, que se había trasladado a la cima de Kim Phung, informaba cada cinco minutos al centro de comando que había montaña abajo. En el centro, el grupo de mando del Frente intercambiaba miradas de preocupación. Kinh informó acto seguido de que había dos «ancianas», aviones de reconocimiento de propulsión a hélice, en el norte de la ciudad, que habían lanzado dos bengalas verdes, y de que en varios lugares del lado meridional se habían disparado bengalas verdes y rojas. Por lo demás, todo estaba silencioso. También la sala estaba en silencio. Un ayudante tenía unos auriculares de radio en una mano, un lápiz en la otra y estaba mirando fijamente la pantalla luminosa de su reloj. El comandante de la sala de operaciones estaba de pie junto a él. Por norma general calmado y reservado, esta vez dio nerviosamente a su ayudante la orden de llamar a sus varios observadores avanzados en busca de informes.

—¿Ve algo ya? —preguntó el ayudante al primer observador—. ¿Por qué no han abierto fuego? ¿Hay algún problema?

—Estoy pendiente de la situación —respondió el observador—. Espere. Espere un minuto.

El ayudante llamó a un segundo observador, que le respondió:

—Estoy despierto. Estoy observando Hué. Las luces de la ciudad aún

están encendidas. El cielo está en calma. No está pasando nada.[10]

La tensión se acumulaba. Kinh comenzaba a preocuparse. *¿Había sucedido algo? ¿Era la operación aún secreta y segura? ¿Se habría perdido la fuerza principal? ¿La estaría acaso bloqueando el enemigo?*[11]

Al cabo de muy poco comenzaron a oírse explosiones de mortero en Phu Bai, luego en Mang Ca y luego por toda la ciudad se elevó el ruido de disparos. Al principio eran tiros aislados, y luego, como si alguien hubiera dado a un interruptor, creció hasta convertirse en un estruendo.

Al mismo tiempo, los paquetes de dinamita plantados bajo los tanques, en Tam Thai, explotaron, esparciendo trozos por todas partes. La explosión sumada fue tan fuerte que alarmó a los marines en Phu Bai, a kilómetros de distancia. Un miembro de la Unidad Ciudad que no había retrocedido lo suficiente resultó muerto, y varios otros del batallón de apoyo resultaron heridos por fragmentos de hierro al rojo vivo. Los vehículos se convirtieron en altas columnas de llamas contra el cielo nocturno. El batallón de apoyo asaltó la base, entrando a través de los huecos que en el alambre de espino dejaron los miembros del comando y pasaron por delante de los vehículos en llamas. Entre ellos había cuarenta y seis hombres con lanzagranadas,[12] incluido Le Huu Tong, que había llegado en la larga y difícil marcha desde el norte. Suprimieron a tiros a todos los soldados del ERVN que había fuera de los búnkeres. El calor de las llamas y el penetrante olor a pólvora y combustible en llamas eran tan intensos que durante unos minutos los atacantes tuvieron que retroceder.

La vista desde Kim Phung era espectacular. Más tarde, Le Tu Minh, el comandante de mayor rango, escribiría: «La noche se iluminaba como si hubiese fuegos artificiales en el cielo. Era extraordinariamente bello».[13]

Les llevó una hora sacar a los soldados del ERVN de los búnkeres y matarlos. Luego la base quedó en silencio. Cuando los oídos de los hombres se ajustaron a él, comenzaron a oír explosiones y disparos a lo lejos, al norte y al sur, pero no había nada más a lo que disparar dentro de la base. Habían sufrido pocas bajas, y habían propinado a los defensores de Hué un aplastante golpe sorpresa. Frente a las puertas cercanas a la Autopista 1 había una hilera de tanques en llamas que de algún modo habían conseguido salir, o quizá los

habían aparcado allí antes de que comenzara el ataque. Los habían destruido con cohetes. Sus tripulaciones estaban muertas. Uno de los tripulantes había salido volando por la escotilla, sin piernas. Su torso ennegrecido y chamuscado descansaba sobre el frontal de vehículo. Poco tiempo después, cuando el general Truong pidió tanques para defender su base de Mang Ca, no había nadie en Tam Thai que respondiera.[14]

Once tanques y varios transportes de personal acorazados se encontraban fuera de Tam Thai, y sus tripulaciones, alarmadas por el repentino estallido de disparos alrededor del triángulo, comenzaron a moverlos hacia el norte, hacia el puente Truong Tien. A la altura del centro del triángulo se encontraron bajo fuego intenso. El carro de combate de su comandante recibió un impacto directo; él murió. La mayor parte de su columna se dirigió hacia la cercana base del CAMV. Algunos tanques fueron hacia el puente, donde sus tripulaciones aparcaron y se encerraron dentro. Otras tripulaciones huyeron dejando sus tanques en la calle, algunos con el motor aún en marcha.

Las fuerzas encargadas de tomar la mitad meridional de la ciudad se adentraron en el triángulo casi sin encontrar resistencia. En los cuarteles de la policía, el escuadrón de Bao voló un agujero en el muro exterior y entró por asalto en el edificio. Entraron tan rápido y en tanta cantidad que, tras unos cuantos tiros disparados al azar, los guardias huyeron. Los soldados tomaron el edificio mientras los comandos pasaban a su siguiente objetivo, a unas calles de distancia. De camino tropezaron con un pequeño escuadrón del ERVN que corría a defender la prisión, y hubo un breve tiroteo antes de que ambos bandos se alejasen. Algunos de los hombres de Bao resultaron heridos, entre ellos el guía local. Sin él estaban perdidos. Ninguno de ellos era de Hué, y todas las manzanas de la ciudad les parecían iguales, especialmente de noche. Con las prisas por extender el ataque habían dejado atrás a los heridos, y sin su guía no sabían cómo regresar. A Bao le dio pena abandonarlos, pero no podían avanzar ni retroceder. Se refugiaron en unas casas a una manzana al sur del río y esperaron.

El batallón del teniente Hoang Anh De, que había participado en el ataque a Tam Thai, se desplazó hacia el norte, atravesando el triángulo sin encontrar oposición. Los retuvieron varios tanques del ERVN mientras intentaban

cruzar el puente An Cuu, y tuvieron que buscar botes para cruzar el río, rodearlos y destruirlos. Los zapadores pusieron explosivos bajo el puente: los detonaron, pero la estructura no se vino abajo.

Hoang era un veterano oficial del EVN, de treinta y seis años, al que habían enviado al sur a liderar un batallón del VC. Vestía la sencilla chaqueta y pantalón negros con tiras de tela azul y roja en una manga, sin ningún signo de rango. Ya había perdido a dos de sus amigos más cercanos: el comisario político de su unidad, que había acompañado a los comandos en el ataque a los tanques y había muerto allí, y su explorador, que había muerto en el puente. Ambos lo habían acompañado durante años y, como él, eran una década más viejos que la mayoría de los hombres a los que mandaban. Perderlos fue un duro golpe para Hoang. Hizo que transportaran sus cuerpos a la pagoda Tu Dam, al sudoeste de Hué, que serviría como cuartel de campaña del Frente, para que los enterraran con honores.

Llegaron al corazón de la ciudad más tarde de lo esperado, y vieron que la mayor parte de sus objetivos a lo largo de la calle Le Loi ya habían sido tomados. Una excepción era la emisora de radio, en la que oficiales de comunicaciones estadounidenses, la mayoría de la fuerza aérea, resistieron unos quince minutos y luego huyeron, retirándose a búnkeres ocultos bajo una pensión adyacente. Hoang y sus hombres no hallaron una resistencia seria hasta que se dirigieron a la prisión y luego al este, a la base del CAMV. Hoang se dio cuenta de que carecía de suficiente potencia de fuego para invadir cualquiera de las dos posiciones por haber tomado tan rápido gran parte de la ciudad y haber dejado hombres en los vecindarios ocupados.

Al norte del río, en la Ciudadela, había combates a mayor escala. El ataque del mayor Thu se centraba sobre todo en las puertas septentrionales y occidentales. Mang Ca fue sometida a un intenso bombardeo de mortero y luego atacada por soldados que habían pasado por encima o por debajo del muro norte. El ataque era mayor de lo que el general Truong había imaginado, y mayor que cualquier otro que hubiera visto antes. Sus escasas fuerzas estaban superadas en potencia de fuego y en hombres. Allí el combate seguiría en pleno apogeo hasta bien entrado el día siguiente, y la base del ERVN rechazaría oleada tras oleada de decididos ataques enemigos.

En el lado oeste, seis miembros de un comando, vestidos con trajes de ERVN y armados con rifles, se acercaron a los guardias de la puerta Chanh Tay, en el extremo noroeste, y abrieron fuego. Usaron explosivos para volar las puertas, y Nguyen Van Quang, el reclutador de milicianos, lideró la primera oleada de invasión.

Gritando «¡Atacad!», Quang corrió por el oscuro pasillo y entró en la fortaleza, disparando su rifle en el trayecto. Nadie respondió. Los miembros del comando encendieron bengalas rojas para marcar sus posiciones. Dijeron que todos los guardias del ERVN o habían muerto o habían huido.

Hubo combates en todas las entradas, pero de lejos el más intenso tuvo lugar en la puerta Huu, más al oeste en el mismo muro que Chanh Tay. En Huu, una compañía de asalto de cuarenta hombres tuvo que improvisar un ataque. Originalmente habían pensado infiltrarse en la fortaleza a través de un desagüe justo frente a Mang Ca, pero había sido bloqueado por una impenetrable maraña de alambre de espino. Antes de que comenzaran los ataques se habían abierto camino rodeando la esquina noroeste, pasando frente a la puerta Chanh Tay. No había fuerza de asalto que atacase la puerta de Huu desde dentro, de modo que a la compañía no le quedaba otra opción que atacar de frente. La ametralladora de la torre cubría el estrecho puente que cruzaba el foso. Tenía muros a ambos lados que solo llegaban a la altura de la rodilla. Su única esperanza era el factor sorpresa, y este se había perdido cuando los ataques comenzaron a arreciar por toda la ciudad. El primer grupo que intentó atravesar el puente corriendo resultó barrido. Dos terceras partes de sus hombres, entre ellos su líder, murieron o quedaron malheridos. Los que quedaban vivos se retiraron y establecieron un prolongado e inútil tiroteo contra los guardias de la torre. Murieron más atacantes. Desesperados, varios valientes salvaron la distancia arrastrándose, abrazando los bajos muros. Llegaron hasta la cerrada puerta de hierro, directamente debajo de la torre de la ametralladora, que no podía disparar en vertical hacia abajo. Colocaron una carga contra las puertas y se retiraron a ambos lados antes de detonarla. La explosión voló la puerta por los aires y corrieron hacia adentro. Ahora la ametralladora del ERVN sufría un ataque desde delante y desde detrás. Al fin un cohete la silenció. Solo quedaban catorce miembros de la compañía de

asalto.[15]

Uno de esos catorce era Nguyen Duc Thuan, un experimentado comando del EVN. Una vez dentro, él y sus hombres se perdieron. No habían planeado entrar desde allí a la Ciudadela, y su guía local había muerto. Se dividieron en dos grupos, uno para la pista de aterrizaje y el otro, con Thuan como líder, para el palacio y la bandera. Inmediatamente se dieron de bruces con un anciano con paraguas de camino al altar familiar para ofrecer sus plegarias del Tet. Sorprendido y aterrorizado, les hizo reverencias una y otra vez y les suplicó que no lo mataran.

—No, somos soldados de liberación —lo tranquilizó Thuan—. Venimos a liberar al pueblo. No tiene nada que temer. Solo guíenos hasta el mástil de la bandera y el palacio real.

De modo que el anciano comenzó a guiarlos por las calles hacia el sur. En el camino sorprendieron y atraparon a un soldado del ERVN que, tras oír disparos, regresaba a toda prisa a su compañía de aprovisionamiento en Tay Loc. Dieron las gracias al anciano y lo dejaron irse. Ataron las manos del prisionero y lo obligaron a guiarlos. Thuan le ordenó que los llevase al palacio real, que el anciano les había asegurado que quedaba cerca.

Apenas recorrieron unas manzanas antes de que comenzaran los disparos. Thuan sintió un fuerte golpe en la rodilla y se lanzó hacia un lado de la calle, tirando del prisionero. Se dio cuenta de que no estaban en absoluto cerca del palacio: el prisionero los había llevado a una trampa.

—¿Dónde mierda estamos? —preguntó furioso.

—Es mi compañía —respondió el hombre.

—¿Qué compañía?

—La Compañía de Aprovisionamiento.

—¡Te pedimos que nos llevaras al palacio real! ¿Por qué nos has traído a tu compañía?

Se trataba de un error lógico. En vietnamita, «palacio real» se decía *dai noi*, pero al ser del norte, Thuan tenía un acento ligeramente diferente, y su prisionero había oído las palabras *dai doi*, que significaban «compañía».

Los disparos cesaron en cuanto se retiraron de la calle. Thuan inspeccionó su rodilla, que sangraba. Parecía que una bala había pasado limpiamente

atravesando la parte delantera por debajo de la rótula, sin dañar la articulación. Aún podía moverla e incluso cargar cierto peso en ella. La envolvió con fuerza con una tela y, junto con su pequeño grupo, prosiguió hacia el sur. Capturaron a otro hombre, un guardia de la ciudad, que comprendía mejor su acento septentrional y que los llevó exactamente a donde querían ir.

El grupo avanzado de Quang se encontraba en la pista de aterrizaje, donde se habían atrincherado los Hac Bao. La cercana Compañía de Aprovisionamiento era un objetivo más fácil. Quang conocía a un soldado del ERVN destinado allí, que de estudiante había trabajado con él, años atrás. Lo habían reclutado para el ERVN, pero Quang se había mantenido en contacto con él y le había escrito una carta en la que le decía que, aunque ahora vistiera el uniforme *nguy*, debía «mantener la revolución en su corazón». Ahora comenzó a llamarlo con el megáfono, diciéndole que convenciera a sus camaradas de que estaban rodeados y de que sería mejor rendirse, lo que acabaron haciendo.

Quang apartó a su amigo de entre los prisioneros y le dio su pistola.

—No —dijo el hombre—. Deme su AK. Jefe, si confía en mí, lucharé a su lado y lo protegeré.

Estuvo junto a Quang durante el resto de la batalla.[16]

Por toda la ciudad, los residentes se sentían aterrorizados por los combates. A algunos los despertaron; otros, que aún seguían levantados, estaban sorprendidos. Habían pasado la noche jugando a las cartas, bebiendo y hablando. Al principio, muchos pensaron que las explosiones y disparos eran fuegos artificiales. Pero allá donde los tiroteos eran cercanos no había lugar a confusión. Tran Thi Thu Van, escritora y poeta,[17] que había llegado a Hué desde Saigón para asistir al funeral de su padre y se había quedado para ofrecer plegarias por él durante el Tet, dormía en su hogar familiar, suficientemente cerca de Tam Thai como para no equivocarse. Cada explosión sacudía las contraventanas de madera, abriéndolas y cerrándolas. Con ella, en la pequeña casa, estaba gran parte de su familia. Con zumbidos en los oídos, se dejó caer de su cama de madera y se acurrucó aterrorizada con sus hermanos, tíos, tías, primos, sobrinos y sobrinas en el centro de la

habitación. Apagaron las velas y el incienso que ardían en el altar ancestral familiar. Los disparos parecían proceder de todas direcciones.

Le Ngoc Thinh, de quince años de edad, se ocultó con su familia en la tubería metálica de un desagüe. Un amigo había pasado corriendo junto a su casa, gritando que «ellos» se acercaban, y todo el mundo sabía qué significaba «ellos». La tubería tenía bastante más de treinta metros de largo y cerca de un metro y medio de alto. Había tanta gente apiñada en ella que era difícil respirar. Los adultos hablaban en susurros del VC y todo el mundo escuchaba con atención los ruidos de disparos.

A Le Cong Thanh, de doce años, le habían permitido quedarse levantado hasta tarde con el resto de su gran familia. Vivían junto a una iglesia católica en el exterior de la Ciudadela, cerca de la puerta Truong Dinh, el corredor del noreste que llevaba directamente a Mang Ca. Su padre, Le Van May, era capitán del ERVN, pero estaba en casa para pasar las fiestas con su mujer, sus nueve hijos y varios familiares cercanos. La familia había acumulado comida para una semana, y aquella mañana se habían reunido en torno al altar muy temprano para comenzar. La mesa estaba repleta de ofrendas, flores, comida, dulces y velas. Pero el sonido de disparos interrumpió las plegarias. Le vio líneas verdes en el cielo, causadas por trazadoras, y que los disparos y explosiones eran cercanos. Corrió al interior de la casa con su familia y su padre pasó el cerrojo. Dijo a los niños que se ocultaran bajo una gran cama de madera. Por el ruido parecía que se estaba librando una terrible batalla en la comisaría de policía cercana. Tras un cierto rato, Le se arrastró hasta la puerta y espió a través de la cerradura. Vio soldados atravesando su jardín delantero, hombres delgados con pijamas negras y cascos tipo salacot. Su padre susurró: «VC». En la escuela le habían dicho que los guerrilleros del VC eran como monos que vivían en el bosque. Se sorprendió al ver que no tenían cola.

Tran Huy Chung tenía once años. Su familia, despierta y celebrando el Tet, vivía en las afueras de la Ciudadela, cerca de Mang Ca. Antes de que comenzara el tiroteo, algunos soldados del Frente habían preguntado cómo llegar a la base del ERVN, y él se lo dijo. Vestían pantalones cortos y llevaban mochilas y lanzagranadas, y hablaban con acento del norte. Cuando comenzó la batalla, su familia se quedó en su casa, pero él corrió a ocultarse

en una zanja de unas obras cercanas. No podía comprender qué estaba sucediendo. A primera hora de la mañana trepó a lo alto de un guayabo de su jardín y vio brillantes destellos y combates cerca de la pista de aterrizaje de Tay Loc. Chung había oído que los soldados comunistas eran crueles y malos. Pero ese día, más tarde, cuando los disparos ya habían acabado, algunos soldados jugaron con él y otros niños a las canicas y a cara o cruz con monedas. Aquel mismo día, aquellas personas en su barrio que habían trabajado para el gobierno local fueron arrestadas.

Los disparos despertaron también a Harry Hue, el teniente al mando de los Hac Bao, en su hogar familiar. Hue era un tipo robusto, con una cara ancha y ojos pequeños y separados. Era un militar fiero y extremadamente competente, un hombre cuyas habilidades superaban de largo su rango. Para sus oídos acostumbrados al combate no cabía duda alguna: los sonidos indicaban que las fuerzas invasoras se abrían paso, acercándose, a través de las puertas superiores. Hue reunió a sus tres hijos, a sus padres y a su mujer y los metió en el búnker familiar. Luego se subió a la bicicleta de su padre, con los sonidos de la batalla acercándose, y comenzó a pedalear furiosamente hacia Tay Loc. Le sorprendió ver soldados del EVN (muchos) caminando por las calles. Él no iba uniformado, y de momento los soldados lo ignoraban. Pensó en detenerse y darse la vuelta. Estaría más seguro, al menos al principio, como civil, con su familia, pero no tardarían mucho en averiguar quién era. Además, su deber era estar con sus hombres en un momento tan peligroso. Había unos treinta en los barracones de la pista de aterrizaje. Bajó la velocidad para evitar llamar la atención y finalmente se colocó tras un grupo de soldados del EVN y los siguió a corta distancia. Cuando llegó a las afueras de Tay Loc, salió disparado. Algunos de los soldados enemigos que lo rodeaban le dispararon, pero fallaron. Sus hombres lo reconocieron incluso en la oscuridad.

Estaban rodeados y los morteros les habían hecho daño. Dispuestos en búnkeres frente a sus barracones, estaban armados con rifles y los lanzagranadas que Coolican había pensado en recoger en el viaje hacia el sur de la tarde anterior. El suyo era el único punto de resistencia seria en el lado oeste de la Ciudadela desde la caída de las puertas. Tras una hora de

confusión, los disparos habían disminuido de momento. Seguían cayendo obuses de mortero en el perímetro y aún había algún tiro aislado, pero daba la impresión de que los atacantes estaban esperando refuerzos. Teniendo en cuenta la cantidad de soldados que Hue había visto por las calles, era muy probable que hubiera un ataque a mayor escala. No se trataba de una emboscada aislada. Podían oír ruidos de intensos combates en el nordeste, en dirección a Mang Ca. El aire estaba saturado con el olor y el sabor de la cordita. Cuando varios soldados enemigos consiguieron entrar en el perímetro, capturaron a dos. Les ataron las manos y los metieron en una trinchera, detrás de los búnkeres.

—Sentaos en esta trinchera —les ordenó Hue—. Haced lo que os ordene. Si obedecéis, no os mataremos.

No mucho después, un cohete explotó en la trinchera y los mató a los dos.

Las noticias de alrededor no eran buenas. El pelotón enviado al sur de Hué para proteger la prisión pedía ayuda. En su última comunicación, el teniente pidió a Hue que cuidara de su mujer y sus siete hijos. Por la radio, el general Truong ordenó a los Hac Bao abandonar el aeródromo y abrirse camino hasta Mang Ca si era posible. El general había dado armas a cocineros, celadores y trabajadores del hospital de la división para defender su asediado perímetro. Truong calculaba que lo atacaban dos batallones. Habían escalado los altos muros de la base por varios puntos, y en cierto momento habían combatido a menos de veinte metros de la oficina del propio Truong antes de que los hicieran retroceder. Se combatía cuerpo a cuerpo, de un modo desesperado. El general pedía por radio que toda unidad en la zona acudiera en su ayuda.

No muchos podían. A las pocas horas del ataque inicial, diez de las once puertas de la Ciudadela estaban controladas por el enemigo. La única puerta por la que podían entrar tropas aliadas era Trai, en la esquina nordeste, pero ahora ya había fuerzas del Frente en los barrios exteriores contiguos.

El teniente Hue se dio cuenta de que sus treinta hombres no resistirían mucho tiempo en el aeródromo. Su única esperanza era llegar a Mang Ca y reforzar aquella esquina asediada hasta que se pudieran recibir refuerzos o se pudiera forzar una salida combatiendo. Reunió a sus hombres y los motivó lo

mejor que pudo. Casi todos, como él, eran de la ciudad. No intentó minimizar los problemas. Les recordó que no solo luchaban por Vietnam del Sur, sino por sus familias y hogares. Les dijo que eran los mejores de la Primera División del ERVN, y que si alguien podía salvar Hué, eran ellos, y solamente ellos.

—¡Hac Bao! —gritó.

Ellos también gritaron y lo siguieron. La mayoría conocían las calles de la Ciudadela y tenían amigos en casi cada manzana. Hue vio que las fuerzas invasoras todavía no se habían diseminado uniformemente. Más bien parecían haberse centrado en unos pocos objetivos concretos para, una vez allí, atrincherarse. De momento, esto dejaba vecindarios enteros abiertos. Los civiles que reconocían los uniformes de los Hac Bao les ayudaban a evitar las zonas peligrosas.

Conforme se acercaban a Mang Ca, sorprendieron al enemigo atacándolo desde atrás. Los Hac Bao se abrieron camino a través de la puerta trasera de su cuartel. Una vez dentro, inclinaron la balanza del combate. Sorprendidos por los repentinos refuerzos, y quizás sobrevalorando su tamaño, los atacantes se retiraron.

El Frente se veía perjudicado por demoras. El batallón del teniente Tang Van Mieu se había perdido en las afueras de la ciudad cuando su guía local huyó. El pequeño comandante de batallón llegaría a la Ciudadela con sus centenares de hombres de refuerzo con un día entero de retraso. De modo que una mezcla de suerte y de decidida resistencia había sido suficiente para conservar los cuarteles del general Truong, al menos hasta entonces.

En el extremo opuesto de la Ciudadela, la rodilla vendada de Nguyen Duc Thuan resistía. Aún estaba demasiado lleno de adrenalina como para sentir mucho dolor. Más hombres, que habían llegado a través de la puerta Chanh Tay, se unieron a ellos. A las afueras del palacio se dividieron. Los dos escuadrones que se habían encontrado con ellos atacaron el palacio, imponiéndose con facilidad a la pequeña guardia apostada fuera. Se sentaron por turnos en el ornamentado trono de la habitación ceremonial del emperador. Thuan y sus hombres se dirigieron al mástil de la bandera.

Siete soldados custodiaban el gigantesco mástil. Una ráfaga de

ametralladora mató a uno de los hombres de Thuan, pero él y los demás consiguieron llegar al segundo piso de la estructura. Los guardias disparaban hacia abajo desde el tercer piso. Subieron las escaleras con sigilo, nerviosos, esperando que los barrieran a tiros en cualquier momento, pero cuando llegaron a la cima, estaba vacía. Los guardias habían huido.

Encontraron la bandera amarilla de Vietnam del Sur hecha un guiñapo en la base del mástil. Al parecer, se izaba cada amanecer y se arriaba cada ocaso, pero el destacamento de la bandera no se había molestado en desengancharla o plegarla. Thuan y sus hombres emplearon sus cuchillos para quitarla y luego la hicieron jirones.

Después esperaron a que llegara su propia bandera, especialmente diseñada.

Pasó más de una hora hasta que llegó el sargento Cao Van Sen con los dos portadores de la bandera. Sen traía consigo un escritor y un cámara para presenciar y grabar el histórico momento. Eran las ocho de la mañana cuando izaron la bandera.

Al principio, pocos la vieron. La mañana era tan neblinosa que los hombres que había en Ngo Mon no alcanzaban a ver la otra orilla del río Huong. Pero pronto las franjas azul y roja y la estrella amarilla se verían no solo en Hué, sino en todo el mundo.

2

La base

Cuando los disparos comenzaron, Frank Doezema estaba de guardia en la torre noroeste de la base del CAMV.

Generalmente se trataba de un asunto aburrido incluso de día, cuando, debajo, las calles bullían de actividad. La torre tenía una plataforma circular de unos seis metros de altura rodeada por una barandilla de madera y rematada por un tejado de hojalata. Ofrecía una buena vista del centro de la ciudad. Bajo ella discurría la calle Duy Tan, el tramo de la Autopista 1 que pasaba por dentro de la ciudad. Al norte, durante una noche clara, se podía ver más allá de las paredes blancas de los dos pisos de la Universidad de Hué, el río, el puente Truong Tien y, más allá de la corriente, los muros de la Ciudadela, pero esta no era una noche clara. Abajo, justo frente a la puerta principal, en la esquina de la acera, había un búnker de sacos de arena que durante el día estaba atendido. Con tantos asesores que habían llegado para las festividades, el patio interior tenía más coches aparcados de lo habitual. Jim Coolican había llegado conduciendo unas horas antes. Había saludado efusivamente a su antiguo operador de radio y luego Doezema había retomado su lugar en la torre.

Para oídos entrenados como los de Doezema, no había confusión posible con fuegos artificiales. Conocía el sonido de un AK-47. Hacía un «crac» más mecánico y agudo que el rifle estadounidense, el M16, de disparo más

profundo y redondo. Y no se podía confundir tampoco el *¡poc!* de un obús de mortero, ni su explosión al caer.

Enseguida, Doezema pudo ver debajo a soldados del EVN moviéndose por las calles, cientos de ellos. La mayor parte de ellos parecían congregarse a la sombra de la Universidad de Hué. Cuando comenzaron a avanzar con rifles y tubos lanzagranadas, Doezema les disparó una atronadora ráfaga de su ametralladora.[1] Pocos minutos más tarde volvieron a avanzar, los volvió a ametrallar y nuevamente los obligó a retroceder. Se colocó una toalla blanca en torno a la nuca, comprobó su arma y esperó.

Los disparos despertaron de golpe a la somnolienta base. Algunos de los cerca de cuatrocientos hombres que se alojaban allí eran veteranos en combate como Doezema y Coolican, pero la mayoría no. No eran ni de lejos una fuerza de combate probada y afinada. A la base se la consideraba un puesto de retaguardia, una parada de tránsito para oficiales del ejército y de los marines agregados a unidades de la Primera División del ERVN. En su día a día la ocupaban oficinistas, cocineros, chóferes, oficiales de aprovisionamiento y quienes servían en el grupo de mando del coronel del ejército George Adkisson, que había asumido el mando solo días atrás. Estaba aprendiendo el oficio, que era coordinar la relación entre el general Truong y el CAMV. Semanas atrás, Adkisson había hecho pasar a la base por la instrucción de autodefensa que Doezema había mencionado en su carta. La tarde anterior, el coronel había oído acerca de la orden de Truong de llamar a sus hombres y ponerlos en alerta, pero si los cuarteles estadounidenses en Saigón habían emitido órdenes similares, no habían provocado precauciones extra en la base.

Los hombres corrieron hacia sus posiciones asignadas. Adkisson salió de sus cuarteles tras vestirse a toda prisa. Por encima de su cabeza, dos obuses de mortero explotaron contra un tejado, y momentos más tarde dos más alcanzaban el patio. Uno de ellos hizo estallar el depósito de gasolina de un jeep, que se convirtió en una bola de brillantes llamas anaranjadas. El coronel volvió a entrar. Su primer pensamiento fue que atacaban el estadio de fútbol al otro lado de la calle y que los habían alcanzado proyectiles perdidos.[2] Tras aquellos primeros obuses de mortero y las ráfagas disparadas por

Doezema, todo se quedó en silencio brevemente.

El techo se había desplomado, literalmente, sobre el mayor Frank Breth, quien se arrastró hacia su cabina de ducha con el rifle en las manos. Una segunda explosión hizo caer fragmentos de baldosas del techo que le causaron un corte en la frente. Medio enterrado y sangrando, Breth sintió pánico durante un momento hasta que se dio cuenta de que no estaba malherido.[3]

Tras desembarazarse de los escombros que tenía encima, salió al patio, donde encontró a Coolican. Ambos corrieron a inspeccionar el perímetro, asegurándose de que todas las posiciones defensivas estaban atendidas y con suficiente munición. Si tenía que haber otro ataque, aquellos eran los minutos críticos. Ordenaron a un joven teniente, Steve Lampo, que organizase a los marines asesores, que habitualmente no residían en la base, en una compañía improvisada y con una cadena de mando clara. Luego Coolican corrió a un búnker en el extremo sudeste que había recibido un impacto de mortero. Los cinco pilotos de helicóptero que estaban dentro habían resultado heridos. Ayudó a trasladarlos en camillas al dispensario, que de repente estaba muy concurrido. Había un médico, Stephen Bernie, ya en pleno trabajo. Coolican se unió a Breth para continuar haciendo rondas. Cada cierto tiempo Doezeza disparaba una corta ráfaga desde su torre. Ambas torres estaban atendidas, pero la amenaza parecía estar procediendo solo de la parte frontal. Los hombres se habían parapetado en los búnkeres de sacos de arena frente a la valla. Había un vasto campo abierto que se extendía hacia el sudeste, pero aparte de eso, las manzanas exteriores contiguas a la base ofrecían muchos escondrijos a una fuerza atacante. Si el enemigo procedía de varias direcciones a la vez, la base caería con facilidad. Oían muchos gritos y explosiones a lo lejos. Sonaba como si toda Hué estuviera sometida al ataque.

Doezeza abrió fuego nuevamente. Estaba trabajando duro cuando un cohete explotó contra el tejado de la torre. Su ametralladora quedó en silencio.

Coolican corrió hacia la torre y trepó a la estrecha plataforma para volver a atender la posición. La granada había arrojado agujas de hojalata que habían llovido sobre Doezeza. El capitán de marines halló a su amigo con

profundos cortes y sangrando mucho. Tenía una pierna casi seccionada. Cuando intentó mover a Doezema, cargándolo sobre su hombro para bajar con él la escalera, la pierna destrozada le impidió pasar por la abertura. De modo que Coolican lo colocó nuevamente en el suelo de la torre. Cogió la toalla que Doezema se había enrollado al cuello y la usó para improvisar un torniquete. Luego le inyectó dos dosis de morfina, y con su cuchillo de combate cortó el tejido que aún unía la pierna de Doezema al cuerpo. Luego lo cargó sobre sus hombros, pasó por la trampilla y lo llevó a suelo firme.

Puso una mano en el pecho de su amigo y se inclinó sobre él. No estaba seguro de que, debido a la morfina, Doezema pudiera siquiera oírle.

—Frank, vamos a sacarte de aquí —le dijo—. Y cuando vuelva a casa, iré a visitarte a Kalamazoo. Tengo que ir.

Corrió a por uno de los lanzagranadas que había recogido el día anterior en su viaje hacia Hué; se hizo con varias cintas de munición de ametralladora y volvió a trepar a la torre.

Breth se abrió camino hasta el tejado del edificio principal, en la cara norte. Abajo podía ver soldados enemigos por todas partes, a una manzana de distancia, y comenzó a efectuar disparos aislados con su rifle. Los guardias del búnker frente a la puerta principal también disparaban. Tenían abundancia de objetivos. Mientras Breth miraba, demasiado lejos para un grito de advertencia, un decidido soldado enemigo cruzó la calle, se deslizó tras el búnker y dejó caer dentro una granada. La explosión silenció las armas del búnker. Breth comenzó a disparar en automático y lanzó varias granadas.

James Mueller había abandonado su litera con tanta prisa que acabó en uno de los búnkeres de sacos de arena internos, en ropa interior, sandalias de ducha y con el chaleco antimetralla y el casco. En dirección norte tenían una valla de tela metálica, y disparaban contra cualquier cosa que se moviera más allá de ella. Un disparo desviado impactó en una bengala del alambre de espino, que convirtió la noche en día en aquella esquina de la base. A su alrededor, por todas partes, había disparos, explosiones, bengalas y gritos de los heridos. Mueller buscó un objetivo en la calle y rezó.[4]

En el búnker del extremo sudeste de la base, George W. Smith se acurrucaba en la oscuridad e intentaba averiguar por el sonido a qué armas se

enfrentaban. Había trazadoras verdes, un color asociado a las armas del VC. Un marine más experimentado le explicó cada sonido. Todo era nuevo y aterrador para Smith, un capitán del ejército cuya tarea era coordinar comunicados de prensa y el acceso de los periodistas a Adkisson y al general Truong. No hacía mucho que estaba en Hué. Quedarse en el búnker le parecía una mala idea. Si el enemigo entraba en la base —y estaba muy cerca—, una sola granada podría matarlos a todos. Mientras discutía esto con los otros, un cohete explotó muy cerca y un hombre gritó de dolor pidiendo un médico. Quedarse en el búnker también tenía su atractivo. La cuestión quedó zanjada cuando les ordenaron moverse a posiciones defensivas específicas por todo el patio.[5]

Smith estaba en el segundo piso de uno de los edificios de la base con un capitán de marines. Nunca había participado en combate y, para su sorpresa, se sentía más entusiasmado que con miedo. Se sentía totalmente alerta, y no paraba de vigilar la calle y los edificios de enfrente continuamente, como le habían dicho que hiciera en un ejercicio de instrucción de Fort Benning. Aún estaba oscuro y no vio movimiento alguno.

En realidad, tras el caos de los ataques iniciales, el enemigo parecía haber retrocedido. Los estadounidenses sabían que no duraría... y sin embargo, lo hizo. Esto sorprendió a Coolican, que se daba cuenta de lo vulnerables que eran. Pero aprovechó la pausa para dejar la torre en manos de otros y bajó para contactar con Phu Bai por radio. De momento, dijo al centro de mando de allí, la base era segura. Necesitaban ayuda, pero no había una crisis inmediata. Más urgente era la necesidad de sacar de allí a los heridos, como Doezema. Si no llegaba al hospital, no sobreviviría. ¿Podían enviar un helicóptero medevac? Le recomendaron ir comprobándolo periódicamente. Con ataques sorpresa por toda la región, los helicópteros escaseaban. Le prometieron uno en cuanto estuviese disponible. Se puso a trabajar para encontrar una zona de aterrizaje. La base misma quedaba descartada. No había espacio suficiente. Encontró un mapa de la ciudad. A solo dos manzanas al norte, en la orilla sur del río Huong, justo al este del puente Truong Tien, estaba el embarcadero. Entre él y la calle Le Loi estaba el parque Doc Lao, un perfecto espacio amplio y llano. El problema era que

habían visto muchísimos enemigos en los edificios y calles exteriores. ¿Podrían trasladar con seguridad a los heridos allí?

Coolican no sabía qué sucedía más allá de sus inmediaciones, pero se habían hecho muchos disparos. Algunos de los estadounidenses dispersos por la ciudad, como los de la emisora, habían llamado pidiendo ayuda desesperadamente. Si había tantos soldados del EVN y del VC ahí fuera, ¿dónde estaban? ¿Por qué no atacaban con más fuerza la base? Era el único emplazamiento estadounidense de cierta importancia en la ciudad.

La realidad era que el gigantesco batallón del teniente Hoang, que había ocupado el triángulo con tanta facilidad, no se atrevía. Dos batallones de apoyo no habían conseguido llegar. Uno de ellos había tropezado con una posición *montagnard*[*] fieramente defendida al sudoeste de la ciudad y se encontraba allí parado; no llegaría hasta el alba. El otro batallón se había extraviado. El éxito había sido tan rápido que Hoang se había visto obligado a dejar hombres para mantener todas las posiciones clave que habían tomado. Con escasos efectivos para lanzar un gran ataque contra la base, desplazó a sus hombres a los edificios y tejados circundantes para preparar posiciones de artillería. No veía ninguna necesidad de darse prisa. El objetivo de la invasión de la ciudad era provocar un alzamiento popular. Si eso ocurría —y lo sabrían pronto—, ¿qué esperanzas podían tener esos estadounidenses?[6]

El estancamiento se mantuvo hasta el amanecer, cuando la mayoría de los tiroteos en el resto de la ciudad habían acabado. Aún se oían disparos a lo lejos, al norte, pero en las inmediaciones de la base habían finalizado. El primer día del Tet amaneció gris, frío y húmedo, con las calles vacías. Los estadounidenses que habían pasado una larga noche atendiendo posiciones artilleras estaban cansados, confusos y helados.

Ninguno de ellos sabía qué había pasado. Habían tomado la ciudad. A diferencia de la mayoría de los demás ataques por todo el país, incluida una pequeña y fallida ofensiva sobre Saigón que llamaría la atención del mundo durante los siguientes días, Hué había caído. El general Truong y los heroicos Hac Bao habían conservado, aunque a duras penas, Mang Ca, pero el resto de la Ciudadela estaba en manos enemigas. En el triángulo, el Frente poseía los cuarteles provinciales, la emisora de radio, la tesorería, correos, el hospital, la

universidad y todas las demás grandes infraestructuras. Estaban a punto de acabar con los duros defensores del ERVN de la prisión, la cual, cuando cayera, liberaría a miles de reclusos, muchos de ellos miembros o simpatizantes del VC. A esos hombres se les podrían proporcionar armas y munición guardadas en los almacenes que el Frente había tomado.

Fred Drew, un delgado teniente del ejército con pelo pajizo y gafas, compartía búnker con otros tres hombres fuera de la base, en una estrecha calle lateral frente a su esquina nordeste. No habían recibido ataques directos contra su posición durante la noche, pero habían soportado disparos desde su izquierda, en dirección a la torre de guardia principal, y les habían tirado varias granadas. En el búnker de Drew, nadie había resultado herido. Habían devuelto los disparos, pero la mayor parte de las veces no podían ver a quienes les disparaban. Drew había improvisado un reflector con el foco delantero de un coche, unido a una batería, para hacer barridos por la calle, y una o dos veces habían divisado a alguien de pie en la alta hierba que había enfrente, disparando hacia la torre. Le dispararon. Ahora, conforme el cielo gris se iba iluminando, vieron cuerpos.

Un chico se levantó repentinamente, saliendo de la hierba alta frente al callejón. Estaba empapado, de pie con el agua hasta los tobillos. Parecía tener unos doce años. Escondía las manos tras la espalda.

Drew sabía algo de vietnamita. Gritó al niño que levantase las manos por encima de su cabeza. El niño lo hizo. Llevaba una granada en una mano. Drew le ordenó dejarla caer, y cuando el niño no lo hizo, el teniente disparó un tiro a su derecha. Entonces el niño tiró la granada a su izquierda, en el barro.

Explotó. La onda expansiva tiró al chico, pero luego se puso de pie, chorreando y aparentemente intacto. Era un extraño final para una noche aterradora.

3

Una potente pitón

Habían llegado a la carrera, algunos de ellos gritando lemas del partido, la mayoría, hombres pero también algunas mujeres, muchos jóvenes, a millares. Entraban como enjambres por los puentes de la ciudad, a través de las puertas de la fortaleza, inundando las avenidas más amplias y desplegándose por las calles laterales. Llegaron en sampanes por los ríos y canales. Las orillas de las afueras de la ciudad estaban cubiertas con las balsas de plástico y bambú que habían usado para transportar sus armas y munición. Llegaron en motos y en jeeps, los soldados del EVN con sus nuevos e immaculados uniformes verdes, los del VC en uniformes caqui o pijamas negras. Todos iban armados.

La mayoría creía que habían llegado para quedarse. Eran auténticos creyentes, e imaginaban las escenas de Hué repitiéndose por todas las demás ciudades de Vietnam del Sur: el gran acto final de la guerra.

Radio Liberación, la voz de Hanói, había transmitido por todo el país una llamada... y una advertencia:

Compatriotas, ha llegado el momento de lavar nuestro deshonor nacional y de liberarnos. Levantémonos todos y ataquemos los escondites de la camarilla de Thieu y Ky [el vicepresidente Nguyen Cao Ky] y derroquemos este gobierno traidor y vendido en tantas áreas. Debemos fundar de inmediato un gobierno revolucionario, formar fuerzas armadas revolucionarias y organizaciones patrióticas. Castiguemos y arrestemos a todos los crueles lacayos de la camarilla de Thieu y Ky y de las naciones extranjeras y ayudemos a las fuerzas armadas revolucionarias a cumplir con su deber.

Exhortamos a los oficiales, soldados y fuerzas policiales del régimen de Saigón a alinearse con el pueblo y entregar sus armas y municiones a las fuerzas armadas revolucionarias.

Exhortamos a quienes se han extraviado a que despierten cuanto antes. La revolución perdonará a quienes reconozcan sus faltas y estén dispuestos a realizar una proeza. Quienes se resistan de manera deliberada a la revolución serán debidamente castigados...

[...] Compatriotas, queremos liberarnos de la esclavitud y del régimen dictatorial y despiadado. No queremos desempleo y bancarrota. No queremos que frustren nuestras aspiraciones nacionales. Estamos decididos a conseguir nuestros objetivos al coste que sea...

[...] ¡Avancemos todos juntos! ¡El éxito coronará la revolución! ¡Viva un Vietnam del Sur independiente, democrático, pacífico y neutral![1]

Habían sufrido pérdidas en las puertas de la Ciudadela y en torno a Mang Ca, y también algunas en torno a la base del CAMV, pero aparte de ello, la ciudad había caído milagrosamente en sus manos. Le Tu Minh, su comandante general, calculó que habían tardado solo unas tres horas. Un batallón del VC que se abría paso por la calle Ly Thuong Kiet, que discurría en diagonal hacia el noroeste por el centro del triángulo, sorprendió a seis policías de la ciudad sentados en dos coches. Uno de los agentes, al ver acercarse hombres uniformados, saludó y los llamó, sin duda tomándolos por soldados del ERVN. Se puso a los policías bajo custodia. Dijeron que la mayoría de los agentes de su departamento se habían ido a sus casas por vacaciones.[2]

El centro de mando principal del Frente estaba en la aldea de La Chu, al noroeste, pero los cuarteles de campaña para Hué se situaron en la ornamentada pagoda Tu Dam, una famosa torre del siglo XVII de siete pisos y ladrillos anaranjados situada en el extremo sudeste de la ciudad. El valor histórico de la pagoda implicaba que era muy poco probable que la bombardearan. Tras tomar la ciudad, los líderes se reunieron allí aquella mañana para comenzar a planear su defensa. Pese a su amplio y rápido éxito, preveían problemas. En su entusiasmo, las fuerzas del Frente habían empleado cantidades prodigiosas de munición. Necesitarían más disciplina de disparo, y el reaprovisionamiento se convirtió en una gran prioridad. El comandante Le envió una petición urgente a Hanói de más balas. No habían

conseguido tomar la posición relativamente débil del general Truong mediante un ataque por sorpresa, y era poco probable conseguirlo ahora que se había reforzado. Otro tanto con respecto a la base del CAMV, que hacia finales del día había doblado sus defensas. Ambas eran oportunidades perdidas, pero si las cosas iban bien, no importaría. El comandante Le urgió a sus hombres a presionar en su ataque a la prisión y a hacerse con la iglesia de Phu Cam, un centro católico que, dijo, «causaría problemas». Predijo que el contraataque estadounidense, cuando llegase, sería difícil de resistir. Todo plan de retirada, advirtió, debía ocultarse al pueblo, pues de lo contrario se desanimaría para alzarse en armas.[3]

Tras acabar la reunión, el mayor Than Trong Mot, comandante del área sudeste, fue invitado por uno de sus batallones a un banquete de celebración en una escuela de primaria. Habían colocado mesas de la cafetería de un extremo al otro y las habían cubierto con manteles blancos. La larga mesa estaba llena de comida «donada» por residentes del lugar. Se llenó otra mesa más pequeña con botellas de vino, también parte de la «contribución».

Mot levantó el bastón en el que se apoyaba al caminar y destrozó con él las botellas de vino, reprendiendo a sus anfitriones y ordenándoles que regresasen a sus posiciones de combate.

—¡La lucha que se avecina será vuestra fiesta! —gritó.[4]

En la escalinata del mercado Ben Ngu, en el borde occidental del triángulo, Nguyen Dinh Bay (que se hacía llamar Bay Khiem), recién nombrado jefe de seguridad del sur de Hué, dio un discurso a los residentes del lugar, a los que se había congregado con ese propósito. Era un antiguo trabajador ferroviario de mediana edad de Hué, con mucha familia en Hanói, y se quedó sin habla mientras señalaba la bandera de la Alianza. Urgió a la gente a colaborar, proteger y apoyar a los soldados de la liberación, y a ayudar en los preparativos de cara al inminente contraataque de estadounidenses y *nguy*. Prometió buenas cosas para quienes lo hicieran, y amenazó a quienes no lo hicieran. Les suplicó que no «decepcionaran al pueblo». Se distribuyeron panfletos propagandísticos. La respuesta de la multitud le decepcionó. Escucharon en silencio, como si recibieran instrucciones. No hubo vítores ni aplausos. Luego regresaron a sus hogares.

[5]

Los survietnamitas emitían sus propios mensajes. Dado que el Frente no tenía aviones ni helicópteros, incluso cuando dominaban tierra firme no dominaban el aire que había encima. Desde un altavoz de un avión del ERVN llegó el mensaje de que un batallón enemigo había sido derrotado, y su líder, el teniente Tang Van Mieu, había sido capturado.

Tang estaba de pie con un grupo de sus oficiales cuando el avión los sobrevoló. Uno de ellos se acercó lentamente y lo tocó en el brazo, como para asegurarse de que aún estaba allí. Los otros se rieron a carcajadas del gesto.

En realidad, Tang acababa de llegar a la ciudad con su batallón tras haberse extraviado a primera hora de la mañana. Solo tenía veinticinco años, pero era un líder popular: era carismático, capaz y muy conocido. Tenía seis años de experiencia combatiendo en Laos.[6] Al ser un hombre pequeño, cuando se reunía con sus oficiales subordinados daba la impresión de ser un niño dando órdenes a hombres. Aunque él y sus tropas habían pasado por semanas de formación política, aprendiendo a tratar con los ciudadanos y a organizarlos en unidades de combate,[7] no había ayudado a trazar el diseño general de la ofensiva. Sus pensamientos se centraban exclusivamente en completar su misión. Mientras dirigía a sus hombres hacia la ciudad había recibido tres sobres que debía abrir en orden en días previamente designados. No fue hasta el último, que abrió en la víspera del Tet, que supo siquiera que su objetivo era la ciudad. Su batallón jugaría un papel crucial defendiendo lo que el Frente acababa de tomar.

Emisiones de radio desde Hanói proclamaban el establecimiento de un nuevo gobierno revolucionario en Hué.

«Mucha gente de Hué ha acudido a denunciar públicamente a la camarilla estadounidense-Thieu», decía el locutor. Otro locutor añadía: «Hemos iniciado la lucha, la estamos ganando, y la ganaremos por completo». Emisiones clandestinas de radio llamaban a la población a alzarse y unirse a «la largamente esperada ofensiva general».[8]

Se erigió una torre de radiodifusión en la oficina de correos de la Ciudadela, y empezaron a transmitir discursos de los comisarios políticos. Con un acento del norte, claramente distinguible a oídos de Hué, un locutor

proclamaba la «liberación» de la ciudad. Advirtió de que los estadounidenses eran «muy tercos», de modo que el pueblo debería alzarse para conservar su emancipación.[9]

Estas llamadas obtuvieron suficientes respuestas positivas como para emocionar al poeta y propagandista Nguyen Dac Xuan. Posteriormente caracterizaría al ejército, descendiendo silenciosamente de las montañas, como una «poderosa pitón». Había llegado tan poco después de la apertura de la puerta Chanh Tay que sentía cómo los casquillos de las balas estaban aún calientes bajo sus sandalias. Había esperado encontrar un fuego intenso, quizás incluso sacrificarse, pero nadie le disparó mientras entraban. Atravesaron humo y niebla, pasaron junto a camaradas muertos en el ataque inicial y luego junto a cuerpos de soldados del ERVN. Xuan resistió el impulso de arrodillarse y besar el suelo.

Por todas partes veía signos de victoria. Las calles estaban abarrotadas de combatientes armados con variedad de uniformes. Quienes carecían de uniformes nuevos, o acababan de unirse a la lucha, se enrollaban bandanas rojas a la cabeza, o las llevaban en torno al cuello. Como él, la mayor parte de ellos eran jóvenes: ¡la juventud de Vietnam se había hecho con su destino, su futuro! Algunos veteranos del VC que habían estado en el exilio vivieron emocionantes reuniones con sus familias y amigos. La bandera que ondeaba en Ngo Mon tenía un significado especial para Xuan. El mástil había sido un familiar punto de referencia para él durante su niñez. Había aprendido a calcular la hora del día por la posición del sol contra él. Ahora parecía que su victoria estaba escrita en el mismísimo cielo.[10]

Aquella mañana no se veía el sol: tan solo un tono de gris un poco más brillante. Xuan consideró que la nueva bandera era lo primero con que se había topado en el Tet, y que su augurio no podría haber sido más poderoso. No solo presagiaba un gran año, sino el futuro entero de su nación. Estaba seguro. Sus sueños se habían cumplido. Lo recordaría como el día más feliz de su joven vida. Y creía que todo el mundo compartía estos sentimientos. Que vibraban en el pecho de toda alma leal en su ciudad liberada. ¡Habían cortado las cuerdas del titiritero! ¡El pueblo había triunfado!

Saltó a un jeep requisado al ERVN con un camarada y condujeron hacia

su viejo vecindario, cerca de la puerta Thuong Tu. Ansioso por reencontrarse con sus padres, había previsto una bienvenida de héroe. Algunas personas que lo habían conocido se sorprendieron al verlo con las fuerzas del Frente. Como miembro del movimiento budista en años anteriores, con el mismo fervor había rechazado tanto el comunismo como al gobierno de Saigón. Se había consagrado tanto a su fe que, en el momento de máxima severidad del gobierno, se unió a un «escuadrón suicida». Pero con sus pantalones cortos, la camisa negra y la tira roja en el brazo, aun considerándose todavía budista, era ante todo discípulo del Tío Ho.[11] Conforme se acercaba a su antiguo barrio comenzó a reconocer a algunos de los jóvenes que veía por la calle. Vestían de rojo para demostrar su apoyo. Nunca los había visto muy activos por la revolución, pero ahora lo abrazaban como a un camarada. ¡Habían visto la luz! Uno dijo que había oído rumores de que lo habían matado, de modo que fue como si hubiera regresado de entre los muertos. Xuan se sentía como en un sueño.

Pero también comenzó a darse cuenta de que las ventanas y puertas de la mayoría de los hogares estaban fuertemente cerradas. Algunos habían colgado banderas para mostrar su apoyo a los vencedores —la bandera roja con estrella amarilla de Vietnam del Norte, o banderas budistas con seis franjas verticales de color azul, amarillo, rojo, blanco y naranja, para demostrar su larga oposición al régimen de Saigón—, pero había muy pocas demostraciones públicas. La gente parecía recelosa. Se había cortado la electricidad en toda la ciudad y el agua se debía recoger en las fuentes, de modo que había gente por las calles. Pero los que Xuan vio lo evitaban y se apresuraban a hacer sus tareas. Los disciplinados batallones del EVN habían comenzado a excavar trincheras y refugios, y estaban levantando barricadas con las que cortaban las calles. Mientras conducían, Xuan usaba un megáfono para animar a la gente a salir. Quienes hubieran estado trabajando para el gobierno títere serían bienvenidos y tratados equitativamente, prometió. Si habían cometido crímenes y se arrepentían sinceramente, serían perdonados. Se les daría la oportunidad de realizar hazañas heroicas para resarcir al pueblo por sus crímenes. Xuan y su camarada detuvieron el coche frente al palacio real, donde su camarada pronunció un discurso. Se reunió una

pequeña multitud. Dijo que formarían un nuevo gobierno y que se permitiría a la gente escoger a sus líderes. Advirtió del contraataque inminente y animó a los residentes a comenzar a excavar refugios personales bajo sus casas.[12]

Pero Xuan sentía en los huesos que no habría contraataque. La voluntad del pueblo, una vez adecuadamente organizado y formado, barrería todo lo que se le opusiera. En los próximos días guiarían tal muro de apoyos que ningún poder en la Tierra podría derribarlo. Con sus ejércitos, sus bombarderos y sus barcos de guerra, Washington y Saigón sencillamente retrocederían asombrados. Pedirían la paz.

4

Una tarde de combates callejeros

«Algo está pasando», dijo el marine que despertó a Gordon Batcheller muy temprano en Phu Bai.

Batcheller se vistió rápidamente en la oscuridad. Estaba molesto. Como capitán de marines, había asumido recientemente el mando de una compañía, Alpha 1/1,[1] y como muchos jóvenes oficiales antes que él, creía que se estaba empleando su unidad de un modo totalmente erróneo. Batcheller era un hombre llamativo, antigua estrella de fútbol americano en la Universidad de Princeton, alto, de hombros anchos, con la cabeza rapada y un bigote que se curvaba en torno a la comisura de la boca. Hijo de un almirante, era marine de carrera. Tenía veintiocho años y este, su primer destino de combate, era el peldaño más importante de esa escala. Se había presentado voluntario para acudir a Vietnam, dejando a su esposa y dos hijos en Boston, y luego había pasado meses como oficial de operaciones e instrucción del batallón antes de obtener su propia compañía. Pero desde que la había recibido, un mes atrás, lo habían paseado por todo el I Cuerpo.[2] Él y sus 160 hombres habían estado sobre todo en Quang Tri, donde solían rellenar huecos en líneas defensivas, custodiar puentes y establecer puestos de control en carreteras o pasos de montaña. Rara vez vieron al enemigo. Cada vez que aterrizaban, Batcheller enviaba pequeñas patrullas a explorar el terreno circundante en busca de problemas, pero no sabían dónde mirar y rara vez estaban suficiente

tiempo en un lugar como para averiguarlo. Sujeto a las habituales emboscadas fugaces y a las trampas explosivas, Batcheller sentía que el enemigo solo jugaba con él. En Quang Tri le habían dicho que se quedaría en el lugar, lo que implicaba que podría adquirir cierto conocimiento de la situación. Quizá incluso causar un poco de daño. Pero no había acabado de hacerse a la idea cuando le ordenaron trasladarse nuevamente, esta vez a Phu Bai.

No tenía nada contra Phu Bai, la gran base llana, frente a la Autopista 1, rodeada por arrozales por todas partes. A sus hombres les encantaba. En Con Tien habían estado durmiendo en agujeros en el barro, envueltos en ponchos. Aquí había barracones de madera[3] con literas, comida caliente y duchas. Algunos días tenían incluso leche fría y helados. En pocos días remontarían la carretera hasta Hué para custodiar el bullicioso embarcadero de la Marina. El destino resultaba más atractivo para los hombres que para su capitán porque prometía ser un sitio relativamente tranquilo en medio de una ciudad, lo que sonaba como una manera mucho mejor de completar el año de servicio que ir atravesando pantanos y jungla buscando problemas. Les prometieron unos días de descanso en la gran base aérea durante los primeros días del Tet, y después conducirían hacia el norte.

Pero los ataques a primera hora de la mañana bloquearon ese plan. Las explosiones de la base de Tam Thai llamaron la atención de todo el mundo, y comenzaron a llegar informes de combates por todo el país. En su zona, los primeros llegaron más o menos al mismo tiempo que empezaron a caer obuses de mortero en la base. Daban miedo, pero causaron pocos daños. Los típicos ataques insignificantes del VC. Pero siguieron llegando informes. Estaban pasando cosas malas en la propia ciudad.

Aquella mañana habían derribado un helicóptero sobre la Ciudadela. Había realizado un aterrizaje de emergencia sobre Tay Loc. La tripulación sobrevivió, pero varios resultaron heridos. Se habían refugiado con la asediada Compañía de Aprovisionamiento del ERVN, y cuando pidieron ayuda, Frederick Ferguson, que había eliminado de su helicóptero Huey todo lo que no estuviera atornillado, sobrevoló el río en vuelo rasante y, girando a la derecha, frente al mástil, notó la sorprendente bandera con la gran estrella

amarilla. Aterrizó en la pista bajo un fuego intenso, apenas capaz de meter sus rotores en el pequeño espacio abierto junto al refugio de la tripulación abatida. Tocando tierra solo unos segundos, recogió a la tripulación, y conforme se elevaba, casi perdió el control del aparato: un obús de mortero hizo que el helicóptero virase de golpe. Ferguson lo mantuvo en vuelo, pero se desvió de su ruta, y se dirigió al muro oeste, lo que decepcionó a su ametrallador, que quería derribar aquella bandera durante el regreso. El helicóptero había quedado lleno de metralla del obús de mortero y de disparos, y se sacudía tan violentamente que Ferguson no podía leer sus instrumentos. Su transmisión estaba tocada y ya no tenía presión de aceite cuando apenas superó la valla de alambre de espino de Phu Bai y colocó su agonizante máquina sobre la arena.[4]

Estaba claro que el Tet Mau Than había comenzado con mal pie. El general Foster LaHue (nunca un nombre tan adecuado) había asumido el mando de la base solo semanas antes. Lo habían nombrado comandante del Grupo Operativo X-Ray, una fuerza recién creada que unía el Primer y el Quinto Regimientos de Marines[5] para reforzar la presencia estadounidense en las provincias septentrionales. La cadena de mando iba de Westmoreland a su ayudante, el general Abrams, y juntos lideraban cinco mandos regionales, con el más septentrional, el I Cuerpo, al mando del general Robert E. Cushman. Además del Grupo Operativo X-Ray, la región de Cushman se había reforzado con el despliegue de la Primera División de Caballería (aquella a la que pertenecía Andy Westin) en Camp Evans, al mando del general de división John J. Tolson. Tanto él como LaHue estaban a las órdenes de Cushman.

LaHue había comenzado su carrera en 1942 como líder de pelotón en el Pacífico Sur, participando en los desembarcos de Nueva Georgia y las islas del Almirantazgo. Durante la guerra de Corea había liderado un batallón. Con cincuenta años era un jugador de peso en el ejército más poderoso del mundo, y estaba acostumbrado a ganar. No tenía razón alguna para creer que el EVN o el VC pudiesen plantear un desafío serio a sus marines... una vez estos se pusieran al día, claro.

El Grupo Operativo X-Ray era una empresa en curso. El equipo

permanente de LaHue aún debía llegar, y con toda la confusión de los nuevos destinos, algunos de los temporales no habían recibido su paga desde hacía más de un mes. Había montones de barracones vacíos: gran parte de su equipo de mando debía llegar aún a Phu Bai. Y si bien a los soldados de Batcheller la base les parecía un complejo vacacional, era decididamente austera como cuartel de un general. Algunos días, ante la falta de entrega de alimentos frescos, la cantina servía solo raciones C.[6] El Grupo Operativo X-Ray no era, ni de lejos, una máquina de combate bien engrasada. Tampoco la sección de inteligencia de LaHue era la ideal. Cuando aquella mañana comenzaron los problemas, el general solo tenía una idea aproximada de lo que sucedía, pero estaba decidido a recuperar la iniciativa, y confiaba en hacerlo con cualesquiera fuerzas que tuviese a mano.

Batcheller recibió la orden de «ensillar» su compañía en camiones a toda prisa y marchar hacia el sur. Adiós a los días de descanso. Solo podían llevar el equipo esencial. Una unidad del ERVN de camino a Da Nang necesitaba su ayuda. John Ligato no había tenido tiempo ni de secar sus calcetines. Era un soldado raso de Filadelfia Sur al que habían expulsado de la universidad por darle un poco demasiado fuerte a la fiesta. Ante la perspectiva del reclutamiento, se había unido a los marines tras una larga noche de chupitos con sus colegas, y se había despertado con papeles de alistamiento que no recordaba haber firmado. Llevaba diez días caminando con los pies húmedos, de modo que en cuanto llegó a unos barracones se sacó las botas, lavó y escurrió sus calcetines y los colgó a secar. Aún estaban húmedos. Le dijeron que estaría de vuelta para la tarde, así que los dejó allí. Solo cogió una bandolera de munición.

Salieron conduciendo en la oscuridad, un convoy de camionetas llenas de hombres cansados y descontentos, precedidas y seguidas por dos Dusters del ejército: vehículos blindados ligeros con ametralladoras dobles de 40 mm capaces de disparar cientos de balas explosivas por minuto.[7] El VC los llamaba «Dragones de Fuego» porque en acción parecían escupir llamas. También poseían dos M45 Quadmounts (los marines los llamaban *quad-fifties*, «cuatro-cincuentas»), un camión estándar de dos toneladas y media con cuatro ametralladoras de calibre 50 en una torreta de acero que podía

rotar 360 grados y disparar la impresionante cantidad de mil ochocientas balas por minuto. Los hombres iban montados en los «seis por seis», resistentes camiones de tres ejes pintados con camuflaje verde y marrón, con suelo metálico y listones de madera desmontables a ambos lados que ofrecían escasa protección y pensados sobre todo para evitar que la carga se cayera o rodase en exceso.

Condujeron dos horas en una oscuridad húmeda y fría para detenerse después en medio de la nada. No había señal alguna de la unidad del ERVN en apuros. Batcheller no estaba seguro siquiera de dónde estaba. Nadie le había dado un mapa.

Entonces, sus mandos en Phu Bai, en su infinita sabiduría, le ordenaron dar la vuelta y regresar por donde habían venido, hacia la base, para coger luego la Autopista 1 y atravesar Hué hasta un punto más al norte, donde se reunirían con una unidad del ejército. Así que dieron la vuelta y volvieron a recorrer el mismo camino mientras amanecía hasta volver a entrar por la puerta sur de Phu Bai. Hacia las 8.30, pasadas más de cuatro horas desde que los habían despertado para subir a los camiones y dirigirse al sur, atravesaron la base para salir por la puerta norte... confirmando así las sospechas que circulaban por los camiones de que ningún mando tenía ni idea de lo que hacía. Tampoco Batcheller estaba muy seguro de a dónde se suponía que iban, pero calculó que el mar de la China Meridional quedaba solo a unos kilómetros al este. Si lo mantenía a su derecha, irían en la dirección correcta. Pensó que cuando llegaran a donde se supusiera que iban, alguien tendría un mapa.

Mike Anderegg estaba más arriba, en la Autopista 1. Conducía un tanque Patton^[8] de los llamados Zippo,^[9] que en lugar del cañón delantero de 90 mm montaba un potente lanzallamas. Con él iba otro Zippo y dos Patton con cañón. Iban de camino al embarcadero de Hué, donde se suponía que los cargarían en barcos y zarparían hacia el norte. Anderegg, un cabo de dieciocho años procedente de Ann Arbor, Michigan, había estado postrado durante meses en Phu Bai, recuperándose de malaria y disentería. Mientras no guardaba cama había dominado el arte de construir muros con sacos de tierra y de arrojar a cubierto cuando llovían obuses de mortero. Había visto

poco de Vietnam y menos combate aún. Le alegraba poder ir a donde fuese.

Pero conforme los tanques se acercaban al extremo meridional del triángulo se encontraron con la columna de tanques incinerados del ERVN frente a Tam Thai. Los vehículos estaban junto a la carretera. Era una visión aleccionadora para los estadounidenses, en especial el torso incinerado que yacía en el extremo delantero de uno de los carros del ERVN. Se detuvieron para asimilarlo y pensar en qué hacer acto seguido. Un oficial de navío de los marines, el teniente coronel Ed LaMontagne, que se había subido con ellos para aprovechar el viaje, estaba al mando por defecto. No le gustaba el aspecto de aquellos tanques destruidos, y ya casi había decidido pecar de prudente y regresar a Phu Bai cuando el convoy de Batcheller llegó hasta ellos. Los oficiales consultaron con el centro de mando de LaHue y recibieron un nuevo destino conjunto. Debían encaminarse esta vez a la base del CAMV, que estaba bajo asedio. LaMontagne dijo que sabía dónde quedaba.

Enfilaron nuevamente hacia el norte, esta vez con más precaución. Batcheller iba de pie tras la torreta de uno de los tanques. A lo lejos vio lo que parecían ser soldados enemigos moviéndose en paralelo a la calle. Los tanques eran vulnerables a menos que la infantería los rodease para evitar que los atacantes se acercaran demasiado, de modo que ordenó a sus hombres bajar de los camiones, que, de todos modos, ofrecían muy poca cobertura. En medio de la llovizna gris, los hombres, con casco, chaleco antimetralla y sucias ropas verdes (los marines insistían en llamarlas *utilities*, «ropas de trabajo»), comenzaron a caminar por delante de los tanques, detrás de ellos y a los lados. El capitán cambió rápidamente de opinión cuando varios hombres cayeron heridos por los francotiradores. En los vehículos podían desplazarse más rápido. De modo que volvieron a subir a los camiones. Algunos subieron a los tanques, con sus rifles apuntando hacia arriba. El convoy aceleró.

A poca distancia estaba el puente An Cuu. Se veían en él enormes agujeros a causa de las cargas explosivas que no habían conseguido echarlo abajo. Lo atravesaron con precaución, y poco después, ya en la ciudad, se acercaron a un grupo de edificios de dos pisos pegados a ambos lados de la calle. A Batcheller le recordó a una ciudad de una vieja película del Oeste.

Pasaron a toda velocidad disparando todas sus armas, y los sorprendió recibir casi el mismo volumen de fuego.

Un cohete explotó contra el tanque de Batcheller y pudo sentir una ardiente lluvia de metralla. Para cuando llegaron al final del *pasillo* de la encerrona, su operador de radio, que había estado justo a su lado, había desaparecido. Seguramente había volado en pedazos. Tendido sobre la torreta estaba uno de sus compañeros de la Marina[10] que, además de otras heridas, había perdido ambas piernas desde las rodillas. Algo lo suficientemente caliente como para cauterizar le había rebanado las extremidades inferiores, puesto que no sangraba, aunque ya estaba muerto. Había marines tendidos por la carretera, tras ellos, y otros intentaban arrastrarlos a cubierto. Un hombre, sin brazos ni piernas pero aún vivo, no dejaba de gritar.

Uno de los marines que estaba en la calle, James Brockwell, sentía como si le hubieran dado un golpe con un enorme bate de béisbol. El impacto lo había arrojado hacia atrás, de espaldas. Cuando comprobó su estado, detectó heridas en los lados de sus dos piernas, su cuello y su brazo derecho.

—¿Puedes continuar? —le gritó Batcheller.

—Sí —respondió Brockwell. Se preguntó: *¿Qué otra opción tengo?* Minutos más tarde se mareó y cayó sin sentido.[11]

En cuanto consiguieron salir de la encerrona, los disparos disminuyeron de intensidad y nuevamente los hombres desmontaron y se dispersaron. Avanzaron hacia la rotonda, esta vez más lentamente. Al acercarse a ella, la Autopista 1 discurría en línea recta por un risco de unos dos metros y medio de alto bordeado a ambos lados por árboles ornamentales. La carretera estaba completamente expuesta, pero en los dos lados había cobertura, algo que era positivo siempre que supieras desde qué lado te iban a disparar. A este y oeste había arrozales planos y verdes. No vieron amenazas en ninguna dirección. De modo que comenzaron a caminar. Batcheller iba tras el tanque principal.

Había una gasolinera Esso a la izquierda de la rotonda, y un poco más allá, en un campo, una hilera de casas de ladrillo de dos pisos. Dispuestos a lo largo de la rotonda había seis tanques del ERVN y un transporte blindado, restos de la columna perdida del ERVN. Todos estaban vacíos. La mayoría

estaban muy dañados, pero uno aún funcionaba. Jack Rushing y Terry Strassburg se subieron.

—¿Sabes conducir un tanque? —preguntó Strassburg a Rushing.

—Joder, puedo conducir todo lo que tenga volante —respondió Rushing, pero el sargento les ordenó bajarse.

Todavía estaban en la rotonda cuando comenzaron a dispararles desde todas partes. Un hombre que caminaba tras Batcheller cayó aferrándose la pierna, y el capitán hizo exactamente lo que, de acuerdo con su entrenamiento, no debía hacer. En lugar de esperar a averiguar de dónde procedían los disparos y responder con fuego de supresión, corrió directamente hacia el caído. Lo agarró del cuello de su chaleco antimetralla y tiró de él hasta el árbol más cercano. Sonó una nueva ráfaga que mató al herido y golpeó al capitán.

El impacto lo derribó y cayó al pie del árbol, enredándose en una maraña de alambre de espino. Había recibido tres balazos en el brazo y la pierna derechos. La herida de la pierna era la peor. Una bala había atravesado el muslo, rompiendo el fémur y dejando una gran herida abierta. Batcheller se quedó mirando fijamente el interior de su extremidad. No veía pérdida de sangre, pero teniendo en cuenta el tamaño de la herida, temió desangrarse rápidamente. Su antebrazo derecho estaba abierto en canal desde la muñeca al codo, inerte. Enganchado en el alambre de espino, era incapaz de moverse. Gritó a sus hombres que se alejaran. No quería que cometieran su mismo error.

Un marine ya lo había hecho. Mike Fitzgerald, de Dubuque, Iowa, de veintidós años, con el pelo rubio cortado a cepillo y gafas con gruesas monturas de plástico, estaba arrodillado en la carretera, sus nalgas reposando sobre sus tobillos, muerto pero aún erguido, con un agujero en la frente.

Batcheller bramó a su sargento artillero, John Canley, que ahora él estaba al mando. Luego se dio cuenta de que ya no le quedaba nada más que hacer. Miró a través de las ramas del árbol al cielo gris de la mañana y rezó.

«Alpha seis [el mando de la compañía] ha caído», era la frase que repetían los hombres dispersos a lo largo de la carretera. «¡Alpha siete [Canley] manda!»

La mayor parte de los disparos procedían de las casas del campo, pero había destellos también en los arrozales de los dos lados. La misma fuerza que los había atacado en la encerrona al parecer se había dispersado y trasladado y ahora les atacaba desde ambos lados. Los Dusters y cuatrocincuentas disparaban sin cesar, pero había demasiados objetivos. Los hombres del Tercer Pelotón estaban todos tendidos cuerpo a tierra. Alfredo *Freddy* González, un nervioso sargento de veintiún años de Texas que actuaba como líder del pelotón, estaba de pie junto a un árbol, mirándolos. Les dijo por señales que estaban a punto de cargar.

Donald Floyd pensó: *Oh, mierda, voy a morir aquí.* Su rifle se había encasquillado. Golpeó la culata contra el suelo hasta que la bala salió. Bill Purcell, un ametrallador de diecinueve años de edad, estaba tan asustado que sentía que sus tripas estaban a punto de ceder.

Las casas donde se refugiaban sus enemigos estaban a su izquierda. González no iba a cargar directamente contra ellas; quería que sus hombres llegasen el terraplén al otro lado de la carretera y luego corrieran hacia el norte, hasta quedar fuera del alcance de las ametralladoras. Después podrían alcanzar el flanco norte de las casas si atravesaban el campo a la carrera. Lo más difícil sería llegar al lado bueno de la carretera y girar hacia el norte. A Dan Winkel le parecía suicida: tenía la sensación de que a esas alturas, incluso levantar la cabeza era suficiente para que lo mataran.

Gunny Canley[*] se unió a ellos para la carga. Los desafió:

—¿Queréis vivir para siempre?

Dan pensó de inmediato: *¡En realidad, sí!* Pero en cuanto González contó hasta tres, tanto él como los demás se levantaron y comenzaron a correr. Mientras cruzaba la carretera elevada, Winkel se sentía como una diana en una parada de tiro al blanco de feria. Cuando la atravesó y bajó al otro lado comenzó a correr sobre barro, que lo ralentizó. Las botas de Purcell se hundían más a cada paso. Cuando una de las piernas de Rushing se hundió hasta la rodilla, se cayó. Junto a él, también Marty Márquez y Strassburg cayeron. Los dos cabos quedaron frente a frente, con Márquez entre ellos, muerto: le habían dado en la sien.

—No podemos hacer nada por él —dijo Purcell.

Rushing disparó y mató a un soldado del EVN a su izquierda, y luego se arrastró hasta otro marine, Donald Moore, al que habían dado cinco veces, incluso atravesándole los pies.

—Alejaos de mí, joder —dijo Moore—. Si creen que estoy vivo me volverán a disparar.[12]

Entonces le dieron a Winkel. Estaba corriendo y de repente cayó. Sintió como si alguien le hubiera golpeado la pierna derecha con un bate. Cayó pesadamente en el terraplén e, incapaz de tenerse en pie, observó cómo lo dejaban atrás quienes aún corrían.

Pese a estas pérdidas, el fuego de los cuatro-cincuentas y de los Dusters permitió a la mayor parte del pelotón de González atravesar el campo y rodear el flanco de las casas. El sargento fue el primero en entrar en la estructura más cercana, y su escuadrón seguramente cogió por sorpresa a los ametralladores de dentro, porque él salió con un montón de rifles y una sonrisa en la cara.

En aquel punto, más de la mitad de la Compañía Alpha estaba muerta o herida. Desde la escotilla de su tanque, Anderegg observaba conmocionado cómo caían marines a izquierda y derecha. Los tanques estaban atascados. Si retrocedían o avanzaban, aplastarían a los hombres caídos en la carretera. Las dos ametralladoras del de Anderegg armaban un estruendo tremendo.

Entonces acudió la ayuda. Desde atrás, en un jeep, llegó el teniente coronel Marcus Gravel, comandante de su batallón, con su oficial de operaciones, el mayor Walter Murphy, y un capellán católico de la armada, Richard Lyons. Tras ellos venía otro convoy de camiones. Gravel lo había reunido y se había dirigido al norte tras oír informes cada vez más alarmantes de Hué.

En realidad, no mucho después de que la compañía de Batcheller regresara atravesando la base, el Grupo Operativo X-Ray comenzó a entrever que todo este episodio era algo más que unos cuantos ataques aislados. Con Batcheller ya de camino a la base, Gravel pensó que él y otra compañía de marines deberían seguirlos y reforzar al general Truong en la Ciudadela. Justo entonces, providencialmente, había llegado el capitán Chuck Meadows.

La Compañía Golf de Meadows no quedaba bajo el mando de Gravel

(pertenecía al Segundo Batallón, Quinto Regimiento de Marines, al mando del teniente coronel Ernie Cheatham), pero estaba disponible. Los 160 marines de la Golf regresaban de pasar la noche en la cima de una colina a las afueras de la base. Cuando los obuses de mortero comenzaron a caer, se dedicaron durante horas a localizar sus emplazamientos y llamar a su propia artillería. También hicieron patrullas de búsqueda pero, como de costumbre, no hallaron nada. Los hombres de Meadows habían dejado el equipo de combate y se dirigían a desayunar y descansar un poco cuando su capitán fue a informar. Iba a encontrarse con Gravel por primera vez.

El coronel era un hombre sorprendentemente apuesto, de cabello oscuro que comenzaba a platear en las sienes, y se comportaba con silencioso aplomo. Había muchos oficiales de marines que exhibían su fuerza. Alegrementemente malhablados, con demoledores apretones de manos, trataban con rudeza tanto a sus propios hombres como al resto del mundo. Gravel no era de esos. Era amable, religioso (muy católico) y sensible. Expresaba un profundo afecto por sus hombres. Solía decir que «si uno de mis hombres se corta, yo sangro». A diferencia de la mayoría de los mandos de batallón, se preocupaba por conocer los nombres de todos, algo realmente difícil con cerca de ochocientos y en permanente rotación. Gravel había estado en posiciones de mando durante casi toda su carrera. El Primer Batallón constituía su oportunidad de mandar tropas en combate.

Los dos oficiales se dieron la mano y Gravel dijo:

—Chuck, quiero que metas a tu compañía en esos camiones —hizo un gesto señalando los vehículos vacíos alineados afuera—. Nos vamos a Hué. Volveremos por la tarde.

Pese a que habían estado fuera toda la noche, Meadows estaba encantado de obedecer. El capitán, de veintisiete años, había buscado el mando de una compañía de infantería, y no se hace esto sin ganas de combate. Nativo de Beaverton, Oregón, se había graduado en la Universidad Estatal de Oregón y planeaba hacer carrera en los marines. Había quedado desencantado con su primer servicio en Vietnam, en 1965, en el que había visto poca acción. Ahora, con su propia compañía, estaba ansioso de que lo emplearan. Sus orejas sobresalían a ambos lados del pelo cortado al rape, y llevaba gafas

reglamentarias del Cuerpo de Marines de Estados Unidos con gruesas monturas de plástico negro. Llevaba en su cartera un retrato formal de su mujer, Missy, y su hija, Marianne, ambas vestidas de rosa. La parte política de la guerra no le interesaba en absoluto. Era un marine, había una guerra.

Sus hombres no se tomaron mal las noticias. Habían esperado que los enviaran al sur, donde había intensos combates. Pero los enviaban a la ciudad, lo cual parecía una opción mejor. ¡Tras semanas en la selva regresaban a la civilización! Hué era famosa por tener buena comida y chicas guapas. Había que suprimir una escaramuza del VC, pero tras ello habría mucho tiempo para dar una vuelta. También Gravel parecía tomarse la misión como una excursión. Fue a buscar a su amigo Murphy, un popular oficial procedente de Staten Island y graduado en el Warner College, instructor de demoliciones en Quantico antes de presentarse voluntario para Vietnam, y a Lyons, un sacerdote jesuita, preguntándoles:

—¿Os apetece ir a Hué para una tarde de combate callejero?

Meadows dijo a sus hombres que viajaran ligeros. En cuanto salieron por la puerta se dio cuenta de algo sospechoso: no había coches ni personas en la Autopista 1. Por norma general, durante el Tet, a aquella hora la carretera bullía de ciclistas y peatones. Esta vez no había ni gallinas. Luego llegaron a los tanques del ERVN. Más allá había sangre en la carretera y cuerpos en el pavimento donde el convoy de Batcheller había sufrido la encerrona. Había una mujer muerta, tirada en el arcén de la carretera, ya tesa por el rigor mortis, una mano extendida hacia arriba.

Se detuvieron de repente cuando dieron alcance a la Compañía Alpha bajo fuego enemigo, detenida en seco y expuesta en la carretera. El jeep de Gravel derrapó y todo el mundo se puso a cubierto. Mientras saltaba de su camión, Meadows vio el destello de disparos de una ametralladora junto a un muro bajo, al otro lado de un campo de cañas. Dispuso a sus hombres en la zanja del lado opuesto de la carretera y señaló la posición a su ametrallador. Luego corrió hacia adelante a ver qué pasaba.

Por todas partes se oían los «crac» y «pop» de los disparos. Los Dusters y cuatro-cincuentas seguían atronando. La mayor parte del fuego enemigo parecía proceder del sudoeste. Había muertos y heridos dispersos por todas

partes: algunos en la carretera y otros, a ambos lados. Mientras la compañía de Meadows se unía al combate, Lyons comenzó a trabajar. Se arrastró por el barro de la parte más baja de la zanja, en paralelo a la carretera, hacia los hombres caídos, deteniéndose para ofrecer consuelo y, en algunos casos, la extremaunción. La carretera, allá arriba, era aún peligrosa. Cuando Lyons vio a Batcheller, enroscado y enganchado en el alambre de espino junto al pie del árbol, malherido, olvidó su misión espiritual y cogió un rifle. Comenzó a arrastrarse hacia el capitán, disparando en modo automático contra el arrozal de enfrente. Batcheller lo saludó y le hizo una advertencia:

—¡Solo atraerá más fuego!

Gravel envió a su chófer a por el jeep y le dijo que lo llevara hasta el capitán herido. Esto permitió que finalmente cuatro marines llegaran hasta él. El oficial médico Michael Ker quedó horrorizado al ver a su amigo Fitzgerald de rodillas en medio de la carretera, con un agujero en su cabeza. Junto a John Ligato, el marine que había dejado los calcetines en la base, y dos hombres más, se arrodilló junto al capitán y estiraron un poncho. Batcheller alcanzó a Ker su cuchillo de combate.

—Usa esto —le dijo—. Yo no lo voy a necesitar.

Ker cortó la tela de las ropas del capitán para liberarlo del alambre de espino y luego lo colocaron sobre el poncho, que se curvó con su peso. Batcheller se sintió a punto de vomitar cuando vio que su pierna izquierda caía de una forma extraña. Era tan solo un saco roto de sangre y huesos.

Ligato vio cómo Batcheller se ponía blanco y cerró los ojos. Pensó que el capitán estaba muriendo. Lo levantaron y corrieron. Uno de los hombres se desplomó. Una bala había atravesado su pantorrilla.

—¡No me dejéis caer! —gritaba Batcheller.

Estará muriéndose, pero sigue dando órdenes, pensó Ligato.

—¿Estás bien? —preguntó al marine que acababa de recibir el disparo.

—Sí, puedo hacerlo —le respondió.

Colocaron a Batcheller tras el jeep de Gravel y Ker entablilló con una pala la pierna izquierda del capitán.

Meadows aprovechó el fuego de cobertura para correr hasta la gasolinera Esso de la rotonda. Halló un mapa de la ciudad colgado en una pared y lo

arrancó.

Se podía ver a los soldados enemigos cruzar la carretera tras ellos, y Gravel, preocupado por que pudieran encerrarlos, ordenó que se pusiera a todos los heridos en un camión y a todos los muertos en otro. Se cargó a toda prisa a aquellos hombres ensangrentados y hechos jirones, sin extremidades, conscientes o apenas conscientes. Gunny Canley, que tenía una herida de metralla en la cara, llegó cargando a Patrick Fraleigh, un soldado al que había ido a cubrir, escudándolo en parte con su propio cuerpo. Se puso a intentar curar las heridas de Fraleigh, pero pese a sus esfuerzos, el soldado dejó de respirar. «Adiós, marine», dijo Canley. Lo envolvió en un poncho y lo puso en el camión con los demás muertos. Un marine resultó herido en el tobillo mientras ayudaba a cargar heridos, de modo que él mismo saltó al vehículo.

Canley se quedó frente al camión mirando alrededor con calma.

—¡Gunny, agáchate! —le gritó Ker—. ¡Vas a hacer que te maten!

—Para cuando consiguiera agacharme ya me habrían dado —respondió—. Así que mejor me quedo aquí de pie y averiguo qué mierda está pasando.

Cuando los camiones dieron la vuelta, el conductor del tanque inmediatamente detrás de ellos, Anderegg, miró más allá de la placa de protección que le bloqueaba la visión y vio cómo la sangre caía por la parte trasera del camión, como si la vertieran de una botella. Se le revolvió el estómago. Luego el comandante del tanque que tenía enfrente, y que estaba de pie en la torre con medio cuerpo expuesto, recibió un disparo en el cuello. El tanque de Anderegg giró la torreta en dirección a un santuario católico que había a su izquierda, de donde pensaron que procedían los disparos, y su ametralladora lo convirtió en escombros.

Tras girar 180 grados, los camiones aceleraron. Cuando volvieron a pasar por el pasillo de la emboscada, todos aquellos que podían dispararon hacia afuera en modo automático. La batalla acababa de comenzar, pero para Batcheller y muchos de los hombres que había comandado en Phu Bai solo una hora antes ya había acabado. Cada bache y giro del camión era una agonía, y él esperaba que en cualquier momento les disparasen.

Gravel y Meadows observaron cómo desaparecían los dos camiones en la distancia, en dirección sur. Estaban en un combate mucho mayor de lo que

habían esperado. En el mapa de la gasolinera comprobaron que la base del CAMV estaba cerca. Justo delante tenían los primeros bloques de viviendas de Hué. Pero a lo lejos podían ver también numerosos soldados enemigos uniformados, hombres con cascos y armas. En todo el tiempo que llevaba en Vietnam, Meadows apenas había visto alguna vez un combatiente del EVN o del VC. Los que había visto le habían parecido andrajosos, mal vestidos y peor armados. Estos, en cambio, estaban bien equipados y sin duda poseían abundante munición, puesto que la estaban usando a buen ritmo.

Conforme el convoy comenzó nuevamente a avanzar, aumentó también la intensidad de la resistencia. Uno de los tanques recibió un impacto directo, y cuando Ker y otro marine, Jimmy Cook, treparon a él para sacar a la tripulación herida, un obús casi arrancó el brazo de Cook y lo arrojó a él a la carretera. Uno de sus compañeros de escuadrón le hizo un torniquete, le ató su extremidad inmóvil al pecho y lo tendió sobre un tanque.

Gravel los hacía seguir avanzando. Abandonó su jeep —lo convertía en un objetivo demasiado evidente— y después, preocupado por que el enemigo se hiciera con su radio, dio órdenes a uno de los tanques Patton de que lo destruyera. Un obús de 90 mm pesaba cerca de veinte kilos y tenía casi un metro de longitud. Uno solo bastó para hacer explotar el jeep.

Se acercaban a una gran intersección cuando de repente el fuego enemigo se multiplicó. Los hombres volvieron a esconderse tras los tanques y camiones y a salir de la carretera. Una ametralladora enemiga estaba en un búnker al lado derecho de la carretera, lo que le daba el dominio absoluto de la situación. Había dos pelotones atrapados en una zanja e incapaces de moverse.

Uno de los hombres que había allí, el soldado sin calcetines del sur de Filadelfia, John Ligato, pensó que estaba muerto. A su alrededor, una ráfaga impactó en el agua de la zanja y lo salpicó. Se aplastó aún más contra el barro, con los pies desnudos fríos y empapados en las botas. Un miedo primigenio se apoderó de él. Pensó que no había nada que pudiera entrenar a los hombres para esto: el ruido, la sangre, los gritos, los cuerpos deshechos, el rugido de las armas de ambos bandos. Se obligó a encogerse y permanecer quieto. Todas sus alarmas interiores le chillaban: «¡Huye!». Pero ¿a dónde?

El movimiento implicaba la muerte. Incluso si al principio tenía suerte, ¿a dónde ir tras levantarse? La única ruta de retirada concebible era hacia atrás y al este, pero eso implicaba quedar expuesto en un arrozal abierto, sin protección en kilómetros a la redonda.

Pero al mismo tiempo vio algo extraordinario. Algunos hombres aún combatían. Canley y González se arrastraban hacia la ametralladora. Parecía imposible que no los alcanzaran. Freddy González, en especial, lo asombraba. ¿Quién lo hubiera dicho de él? Se trataba de un enjuto, alegre y bruto texicano[*] que, pese a su baja estatura, había sido liniero[*] en el equipo de fútbol americano de su instituto. Ligato siempre había pensado que se pavoneaba, que se daba aires de machote, pero ahora veía que había algo más. Tanto él como Canley parecían inmunes al miedo. Durante la carga anterior, Ligato había visto a Canley recoger a Fraleigh (ambos bajo intenso fuego) y, con calma, pasárselo por encima de los hombros y arrastrarlo a zona segura. Ligato se preguntaba: *¿Cómo puede alguien hacer esas cosas?*[13] Cuando González y Canley llegaron a distancia suficiente de la ametralladora, pidieron fuego de supresión y luego *se pusieron de pie* y lanzaron granadas. Cargaron tras la explosión, disparando sus rifles en modo automático y silenciando la ametralladora. Ligato admiraría profundamente a ambos hombres durante el resto de su vida.

Aun así, el convoy estaba detenido. Había un vigía enemigo y una ametralladora en la aguja de una iglesia católica al oeste, y estaba haciendo llover plomo sobre ellos. Dispersas por la carretera, las compañías Alpha y Golf no se atrevían a volver a montar en los vehículos, pero también era peligroso quedarse donde estaban. Uno de los tanques apuntó lentamente su cañón y disparó un obús, que hizo desaparecer la parte superior de la aguja. Se había prohibido a los tanques disparar en la ciudad sin permiso expreso. Tras dar en el blanco, el comandante, Eddie Dailey, se puso con toda la calma del mundo a la radio y preguntó si podía disparar a la aguja. Le denegaron el permiso. Se encogió de hombros. Su tripulación estaba impresionada.

LaMontagne, que reconocía las cada vez más urbanas calles y había estado antes en la base del CAMV, recomendó a Gravel que le permitiese tomar dos de los tanques y dirigirse hacia allí a toda velocidad. Podían traer

ayuda.

Una ovación atronó en la base cuando LaMontagne y los tanques entraron a toda velocidad por la puerta principal. Era como si la caballería se perfilase contra la colina. Pero, como pronto explicaron al comandante de la base, Adkisson, eran los rescatadores quienes necesitaban ser rescatados.

Jim Coolican, Frank Breth y Fred Drew se pusieron al mando de camiones con voluntarios reclutados a toda prisa, y aceleraron por la Autopista 1 con LaMontagne, recibiendo disparos todo el tiempo. No tardaron mucho en llegar a donde Gravel, Meadows y los restos de las compañías Alpha y Golf estaban atrapados. Una gran tubería de metal atravesaba la carretera de un lado a otro de las alcantarillas, y muchos se habían refugiado en ella. El fuego de supresión adicional permitió a los marines moverse nuevamente. Los que podían cargaron a sus heridos y muertos en los vehículos y se subieron a ellos después. Dan Winkel estaba entre los recogidos de la zanja y tendidos en la parte trasera de un camión. Durante la corta ruta hacia la base vieron muchos cuerpos en el lado oeste de la carretera, allí hacia donde habían disparado el grueso de su fuego. Sugería una cantidad casi inagotable de soldados enemigos, teniendo en cuenta que los disparos procedentes de aquella dirección apenas se habían atenuado. El convoy pasó como pudo a través de la puerta principal de la base: eran los restos deshechos de los dos convoyes que habían salido de Phu Bai horas atrás.

Entre tanto, de regreso a los cuarteles del Grupo Operativo X-Ray, también estaban llegando los dos camiones que Gravel envió de vuelta. Al capitán Batcheller lo descargaron y lo llevaron, como a los demás, al hospital de la base, momento en que perdió la consciencia.[14] Colocaron al marine al que Gunny Canley había intentado rescatar, Patrick Fraleigh, junto a los demás muertos, frente a la morgue, hasta que por allí pasó un ordenanza y el cuerpo habló:

—Buenas tardes, marine —dijo Fraleigh.

—¡Tenemos uno vivo! —gritó el hombre, y se llevaron a Fraleigh a toda prisa a cirugía.[15]

Apenas pasaban de las tres de la tarde. Los ensangrentados marines de las

compañías Alpha y Golf habían visto más combate del que ninguno de ellos hubiera presenciado antes en Vietnam. Bob Lauver, el sargento del ejército al mando de los cuatro-cincuentas, había gastado diez mil balas. Tuvo que sustituir los cañones de varias de sus armas.

Y el día ni siquiera había acabado.

5

Una misión estúpida

El comandante del Grupo Operativo X-Ray, en su base de Phu Bai, no acababa de captarlo. Su marco de referencia, en cuanto a encuentros con el enemigo, no incluía nada como esto. Los avistamientos de elementos del EVN o del VC del tamaño de compañías, por no hablar de batallones o regimientos, eran tan raros que pertenecían casi al mito. Los ataques relámpago por parte de pequeños comandos de VC constituían la totalidad de los mensajes que recibían constantemente por todo el país; había surgido también la noticia de un atrevido —y, como era de prever, inútil— ataque del mismo tipo contra la embajada de Estados Unidos en el corazón mismo de Saigón. De modo que, conforme el día avanzaba, el general LaHue se sentía más y más frustrado al saber que las dos compañías de fusileros que había enviado a Hué no habían recuperado el control de la ciudad.

Los marines no dudan cuando combaten. Si el Cuerpo tiene una filosofía definida, es esa. En combate, si el enemigo es tan tonto como para dejarse ver, los marines van directos hacia él y lo matan, y a la mierda los riesgos. LaHue quería que sus tropas se movieran. Cuando el capitán Coolican, una vez las cosas se calmaron un poco en la base, llamó para pedir ataques aéreos y de artillería (algo en que lo habían entrenado para su unidad de Hac Bao) le contestaron, más bien mordazmente, que exageraba.

Al parecer, el general no veía razón alguna por la que los más de

cuatrocientos hombres de la base —ahora reforzados por más de trescientos marines de Estados Unidos plenamente armados, dos tanques Patton y un variado componente blindado del ERVN, dos Dusters y dos cuatrocincuentas, todo bajo el mando de un teniente coronel de marines— no pudiesen arrasar con cualquier cosa que se interpusiera entre ellos y la jodida Ciudadela y rescatar al pobre general Truong. ¡Lo que se necesitaba no era más potencia de fuego, sino una patada en el culo! De modo que eso es lo que les dio. Ordenó a Gravel hacer aquello que se le había mandado hacer.

Y aunque apenado, él estaba dispuesto. Los oficiales más jóvenes que lo rodeaban pensaban que la orden era una locura. El coronel Adkisson le dijo que era un disparate. El comandante de la base, un graduado de West Point y veterano combatiente de la segunda guerra mundial, creía que su posición estaba aún amenazada. Estaban rodeados y, al parecer, superados en número, aunque nadie sabía exactamente cuántos soldados enemigos había ahí fuera. No iba a debilitar sus defensas para lanzar un ataque contra la Ciudadela.

Dentro del búnker de sacos terreros que hacía las veces de puesto de mando en el patio, Gravel y Adkisson, los oficiales de mayor graduación de marines y ejército, habían tenido ya bastante. Adkisson, un oficial alto y de apariencia imponente con pelo que comenzaba a platear, dijo al coronel de marines que sus superiores en el Grupo Operativo X-Ray no alcanzaban a comprender la situación. Gravel sabía que era verdad. Nadie en el cuartel lo comprendía. Su combate subiendo por la Autopista 1 lo había convencido de que había muchísimos más enemigos en la ciudad de lo que imaginaban. Pero era su primera experiencia en combate —algo para lo que se había entrenado durante toda su carrera— y, sin duda preocupado por la tóxica etiqueta de timidez ante el fuego enemigo, aborrecía la idea de desobedecer una orden directa, incluso si la consideraba estúpida.[1]

Adkisson dijo a Gravel que estaba solo. *Sus* hombres no iban a ninguna parte.

En su defensa hay que decir que los mandos de Phu Bai habían recibido mensajes contradictorios. En un momento determinado, el propio Adkisson había afirmado que, sin sombra de duda, la Ciudadela estaba asegurada,[2] y el informe se abrió camino hasta una emisión de la Radio de las Fuerzas

Armadas aquella misma tarde, ligeramente embellecido: Hué, se informaba, estaba libre de actividad enemiga. Esto sorprendió y a la vez hizo reír a los estadounidenses atrapados en la base rodeada. La verdad era que nadie sabía exactamente qué ocurría en la ciudad, salvo que parecía haber soldados enemigos por todas partes.

Pero fuese lo que fuese que esperara fuera de la base, por el momento había retrocedido. Cuando se dijo a Coolican que los helicópteros medevac que había pedido se hallaban de camino, reclutó al mayor Murphy, a Gunny Canley y a otros marines de la Compañía Alpha y, con dos tanques haciendo de distracción, trasladaron a los heridos a dos manzanas hacia la orilla sur del río Huong. Allí encontraron más tanques del ERVN con sus tripulaciones, parte de la columna que no había conseguido llegar hasta el general Truong aquel mismo día. Las tripulaciones se habían encerrado dentro.

Una vez los marines aseguraron un perímetro decente, un helicóptero Sea Knight[3] de la Marina aterrizó, descargó munición y se llevó a los heridos más graves, incluido Doezema. Un segundo helicóptero aterrizó y repitió la operación.

Después de que el segundo helicóptero despegó, Murphy, Coolican, Canley, Breth y los oficiales se reunieron tras uno de los tanques para discutir cómo asegurar de un modo más permanente el lugar. En ese momento se oyó una potente explosión al otro lado del río. Se dieron la vuelta a tiempo para ver un gran misil negro volando hacia ellos. Pasó demasiado rápido como para que ninguno pudiera reaccionar, pero lo bastante lento (la velocidad sugería un arma antigua) como para que vieran cómo el cohete se acercaba y pasaba de largo a la altura de sus pechos, sin herir a nadie, antes de explotar contra el muro de un edificio al otro lado de la calle, desintegrando un impresionante trozo del mismo. Se inició un tiroteo general, con los estadounidenses disparando hacia el otro lado del río en la dirección aproximada de la que había venido el cohete, y el enemigo devolviéndoles el fuego. Ninguno de los dos bandos estaba suficientemente cerca como para causar muchos daños, y las tropas del Frente disparaban desde dentro de los edificios y detrás de las paredes. Era más una exhibición, una descarga de ira. Breth y uno de sus hombres se subieron a las torretas de los tanques del

ERVN y atendieron las ametralladoras. Ambas tenían las cajas de munición enteras. Breth apuntó a la orilla opuesta y pudo ver los efectos del arma más o menos cuando se quedaba sin munición. Llamó a la escotilla del tanque, asumiendo que había más munición dentro, pero la tripulación aún se negaba a abrir.

Atraídas por el fuego pesado, dos patrulleras de río de la Marina de Estados Unidos, lideradas por Jerry Irvine, un suboficial, aceleraron río abajo desde el este y arrasaron la orilla norte con sus ametralladoras. Esto proporcionó cobertura para que un tercer helicóptero aterrizara y se llevara a los últimos hombres malheridos.

Era última hora de la tarde. Los estadounidenses habían ampliado ligeramente su perímetro en el sur de Hué. Poseían la base y este pequeño espacio alrededor del extremo meridional del puente Truong Tien. Incluía el embarcadero y su recién establecida ZA. Ambas posiciones serían de importancia crítica en los días posteriores. Los estadounidenses poseían también un vital centro de retransmisión de radio en un insulso edificio a una calle de la base, dos manzanas al sur, que el Frente, pese a toda su cuidadosa planificación, había pasado por alto. Permitía comunicaciones ininterrumpidas y encriptadas entre el general Truong, en la Ciudadela, la base y Phu Bai. Los marines comenzaron a cavar trincheras y refugios alrededor del embarcadero y la ZA. Los tanques apuntaron sus torretas hacia el norte, pero no se veían enemigos al otro lado del río; solo había edificios y un parque, así como los altos, imponentes muros de la fortaleza.

Gravel tenía sus órdenes. Iba a rescatar al pelotón de los Hac Bao que defendía la prisión, a siete manzanas de distancia, al oeste, y enviar otra fuerza a través del puente Truong Tien a la Ciudadela para ayudar al general Truong.

Gravel pidió a Coolican que liderase la misión a la prisión.

—¿Por qué quieres hacerlo? —preguntó el capitán.

Gravel dijo que había que hacerlo.

—Puedo garantizarte que en estos momentos el EVN posee la cárcel —le dijo Coolican—. [4] Uno de los mandos de mi pelotón [la unidad de Hac Bao enviada allí antes] habló por radio conmigo. Me dijo que los atacaron dos

veces, que estaban sin munición y que el EVN estaba preparándose para atacar nuevamente. Me dijo que en cuanto dejásemos de hablar destruiría la radio. El EVN tiene la cárcel. Así que, ¿para qué ir?

—Porque se supone que debemos —respondió Gravel.

—Entonces dime qué pasará cuando llegue hasta allí y me quede aislado. ¿Quién vendrá a mi rescate?

Gravel no tenía respuesta a eso. A Coolican le parecía que se debatía interiormente, en parte deshecho por las experiencias de aquel mismo día. Había actuado con decisión ante el fuego enemigo, pero ahora titubeaba.

—Coronel —aconsejó Coolican—, esto no es una buena idea.

—Tenemos que hacerlo.

—No, no tenemos que hacerlo.

—Me han ordenado hacerlo.

—¡Bueno, pues diles que no puedes ir, por el amor de Dios! —gritó Coolican.

Gravel lo intentó. Mantuvo un acalorado diálogo telefónico con uno de los oficiales del centro de mando de LaHue. Cualquier compañía estadounidense que se alejara más de dos manzanas de la base estaba en peligro de que la aislaran y destruyeran. No tenían ni idea de qué tipo de fuerzas enemigas había más lejos, al otro lado del puente, o en la fortaleza. Sabían que el enemigo era lo suficientemente fuerte como para tener al general Truong atrapado y en serios problemas. Intentar dos ataques frontales hacia lo desconocido era una estupidez. Las protestas de Gravel fueron ascendiendo por la cadena de mando. Al final recibió una respuesta de una sola palabra: «Proceda».

La misión a la prisión simplemente se abandonó. Coolican no iba a hacerlo. La compañía del capitán Meadows, por otra parte, intentaría la otra misión. Implicaba cruzar el puente y tratar de entrar en la fortaleza por la esquina sudeste, la puerta Thuong Tu.

Gravel, Meadows y la compañía de Meadows acudieron en camiones al parque. A quienes habían presenciado el ataque masivo en la orilla norte, cruzar el puente les parecía suicida. Habían visto de todo allí, desde armas ligeras hasta aquel gran obús negro, probablemente disparado por un cañón

sin retroceso de 57 mm (un lanzagranadas de la época de la segunda guerra mundial, habitualmente montado sobre un trípode). Había al menos una ametralladora pesada en un foso en el extremo norte del puente. El Frente no iba a disputar el extremo sur del puente, pero estaba decidido a machacar todo aquello que intentara cruzarlo.

El plan, trazado con prisas, era que dos pelotones de los hombres de Meadows, unos cien marines, cruzaran el puente tras un tanque y destruyeran el foso de la ametralladora. El resto de la compañía seguiría en camiones mientras los pelotones en cabeza avanzaban y giraban hacia la izquierda, a lo largo de la calle Tran Hung Dao, que discurría en paralelo al río por la orilla norte. Esto los llevaría a la calle de la puerta Thuong Tu, que acababa en la puerta misma. Una vez dentro, la misma calle discurría directamente hasta Mang Ca. Sobre el mapa parecía a distancia de tiro, menos de un kilómetro y medio de calle pavimentada.

Pero el plan comenzó a ir mal incluso antes de comenzar. El enemigo había intentado volar el tramo central del puente aquella mañana, y aunque había fracasado, las explosiones lo habían dejado muy dañado. En aquel tramo había agujeros por los que se veía el agua. A Gravel le preocupaba que el puente no soportase un tanque Patton. Intentó reclutar los tanques más ligeros del ERVN, pero las tripulaciones se negaron a desplazarse. De modo que la Compañía Golf debería cruzar a pie.

Con los tanques y armas pesadas proporcionando fuego de cobertura, Meadows y sus hombres se lanzaron a trotar agachados. El capitán iba con su Segundo Pelotón. El puente se elevaba en el centro, de modo que durante el ascenso inicial solo podían ver el cielo y la parte superior de las murallas meridionales. Por encima de ellos, a su izquierda, Meadows notó por primera vez la estrella amarilla y las franjas azul y roja de la gigantesca bandera de la Alianza. El enemigo contuvo el fuego hasta que el grueso de ambos pelotones hubo llegado al punto central, y entonces comenzó a disparar. Las balas rebotaban con un «ping» contra la estructura de acero y golpeaban con un «crac» contra el pavimento. Las granadas resbalaban sobre el cemento y explotaban, volando en pedazos grupos enteros de hombres. Diez marines del pelotón delantero cayeron de inmediato, dos de ellos muertos; a un marine le

dieron en la cabeza, que pareció explotar. Los demás marines siguieron avanzando.

Fred Drew y John Ligato observaban cómo tenía lugar todo esto desde la orilla sur, horrorizados. ¿De quién había sido la idea? Disparar desde su posición, tan lejana, era casi inútil, pero en cualquier caso lo hicieron.

Un escuadrón liderado por Barney Barnes fue el primero en llegar hasta el otro lado. Colocaron una ametralladora pesada para intercambiar fuego con el búnker enemigo, pero su operador cayó muerto inmediatamente de un disparo. Otro de los hombres, Lester Tully, se acercó lo suficiente al búnker para arrojar una granada. Fue un lanzamiento extraordinario, y la explosión silenció el arma.

Tras ellos, el oficial médico John Higgins veía su primer neumotórax traumático. Se agachó para ayudar a un marine que tenía un agujero en el lado izquierdo de su pecho, que burbujeaba cada vez que respiraba. Higgins lo hizo rodar y palpó en busca de una herida de salida en la espalda. No había ninguna. Sacó una de sus raciones C y usó el envoltorio de celofán, que untó con pomada antibiótica, para presionar sobre el agujero del pecho. Luego envolvió el torso con un vendaje tan tirante como pudo.[5]

Tras dejar parte de su pelotón de cabeza defendiendo el extremo norte del puente, Meadows envió al teniente Mike McNeil con el resto hacia los edificios del otro lado de la calle. Se trataba de un barrio comercial. Había un cine que anunciaba el *spaghetti western Las pistolas cantaron a muerte (Tempo di massacro)*, un título que a Meadows le pareció tan macabro como apropiado. Durante un breve momento, los disparos cesaron.

Siguiendo el avance de Meadows, el mayor Murphy atravesó el puente con el padre Lyons y más hombres. Ambos, el oficial y el sacerdote, constituían una influencia tranquilizadora. Eran mayores que los mandos del pelotón y de la compañía, y proyectaban una valiosa sensación de calma y confianza ante el fuego enemigo. El grupo que lideraban se encontraba bajo intenso fuego procedente de edificios y búnkeres situados en tierra, entre el río y la Ciudadela. Los cinco soldados del Frente que había en el búnker destruido por Tully estaban destrozados por la explosión. Uno todavía respiraba, pero cuando un cabo que hablaba vietnamita intentó interrogarlo,

murió. Subieron a los heridos y muertos estadounidenses a un camión, y el padre Lyons los acompañó de regreso por el puente.

Meadows avanzaba hacia el oeste, hacia la calle de la puerta. Era ya última hora de la tarde y el sol les daba en los ojos. Al llegar a la calle y doblar la esquina comenzaron a recibir fuego intenso procedente de la parte superior del muro sur: cohetes, granadas, ametralladoras y armas ligeras. Los hombres más adelantados intentaron refugiarse en los edificios a ambos lados de la calle, pero hallaron puertas y ventanas cerradas y aseguradas con clavos. Tres hombres más de Meadows murieron en la esquina. Un cabo y líder de escuadrón al que le quedaban solo diez días para volver a casa, Glen Lucas, [6] yacía inmóvil en la calle. Cuando el oficial médico Donald Kirkham hizo ademán de ir a ayudarlo, Lucas se movió de repente, haciéndole gestos de que retrocediera. El médico lo ignoró y luego cayó atravesado por una bala en la garganta.[7]

En una esquina de la intersección había una farmacia, hacia la que Meadows dirigió un equipo ametrallador. Les ordenó trepar al tejado si podían. Cruzaron la calle, derribaron la puerta y consiguieron abrirse paso. Pero desde su posición tras un árbol, el capitán pudo ver que había sido en vano. Ante la gran puerta había un foso que solo se podía cruzar atravesando un estrecho puente. Encima de la puerta había una torre de piedra en la que podía divisar decenas de soldados enemigos. Podían aplastar cualquier cosa que se aproximara. Vio más enemigos atravesando la carretera al sudoeste. Sin fuego de apoyo aéreo o de artillería, no había modo alguno de que su pequeña fuerza pudiera asaltar la enorme fortaleza sin ser masacrada. En medio del intercambio de disparos contra objetivos bien protegidos, el capitán informó a Gravel: «Estamos superados en armamento y hombres».

El presionado coronel hizo un amago de insistencia, pero Meadows ya se había decidido. Estaba en medio de un desastre, e iba a ser peor. Sus hombres seguían cayendo. Del centenar que había atravesado el puente, más de la mitad estaban fuera de combate: siete muertos y cuarenta y cinco heridos. Gravel sabía que Meadows decía la verdad. Podía ver marines caídos a lo largo de toda la ruta de la compañía.

Meadows ordenó, bajo su propia responsabilidad, retirarse hacia el

puente. Primero tenía que ocuparse de todos sus hombres. Lanzó granadas de humo calle arriba, lo que permitió el rescate de dos hombres caídos, Lucas y Kirkham. Varios marines que habían quedado atrapados consiguieron retroceder hasta su esquina. Había demasiados heridos y muertos para transportarlos, de modo que uno de los marines de Meadows, un tipo con iniciativa, puenteó una camioneta aparcada en la calle y los apilaron en ella. Meadows y su sargento de artillería Lou Heidel hicieron un recuento rápido y se dieron cuenta de que faltaba un hombre. Unos cincuenta metros más adelante encontraron tendido en la calle a Gerald Kinny, un soldado de dieciocho años con ocho hermanos y hermanas en Toledo, Iowa. Meadows ignoró el intenso fuego enemigo y corrió hacia él. Cargado de adrenalina y con el rifle en una mano, agarró a Kinny con la otra por el cinturón y lo levantó con un brazo. Corriendo tanto como podía, medio lo arrastró y medio lo llevó hasta el camión.[8] Kinny murió en el viaje de regreso.

Desde el lado sur del puente, Gravel se dio cuenta de que la retirada amenazaba con ser tan sangrienta como el ataque. Había demasiados hombres derribados como para cargarlos. Llamó por radio al coronel Adkisson, en la base, y le pidió que enviara más camiones. No fue ninguno. El coronel del ejército había advertido a Gravel que atacar el puente era una locura, que sus hombres se quedaban donde estaban y no había nada más que decir. De modo que Gravel se acercó a los hombres que custodiaban la ZA. Preguntó a uno de los conductores de un cuatro-cincuenta, el sargento del ejército Lauver:

—¿Puede ayudar?

Lauver y su tripulación habían visto cómo diezmaban a los marines en el puente. Su vehículo carecía en gran parte de blindaje, e intentar cruzar se le antojaba tan inútil para ellos como lo había sido para la Compañía Golf. Pero había hombres heridos tendidos al descubierto en el extremo más alejado. Sería el momento más difícil de los dieciocho meses que pasó Lauver en Vietnam, y volvería a revivirlo una y otra vez en su cabeza durante el resto de su vida. Sentía que ni él ni sus hombres tendrían ninguna oportunidad de volver si comenzaban a cruzar el puente. Nadie le había dado la orden de hacerlo, de modo que la decisión era suya. Miró a sus hombres y se encogió de hombros:

—Vamos —dijo.

Con ellos acudió un improvisado convoy de rescate consistente en un camión de tres ejes con un conductor voluntario y Coolican en el asiento del pasajero, otro camión con Gunny Canley y el padre Lyons y varios automóviles puenteados.

Retirándose entre nubes de humo amarillo, Meadows y sus hombres estaban aún en problemas. Vieron a lo lejos la peculiar caravana de vehículos que venía por el puente. Canley y el padre Lyons se habían detenido en el extremo norte y respondían al fuego enemigo. Lauver se dio cuenta instantáneamente de que con las prisas había cometido un error. Se podían disparar los cañones cuádruples hacia adelante, pero era como lanzar una granada aturdidora a la cabeza del conductor. Deberían haber cruzado el camión. Hasta que no llegara al otro extremo solo podría disparar a los lados, lo que era inútil.

Pero en cuanto su vehículo llegó al otro extremo y giró, comenzó a escupir balas hacia el norte. Nolan Lala, conductor del camión que iba detrás, atendió una ametralladora pesada y se unió a ellos. Esto proporcionó suficiente cobertura para que Canley, Lyons y otros comenzaran a arrastrar y cargar a los heridos en los camiones. Meadows y sus hombres subieron. Durante la frenética operación de carga —Coolican se referiría a ella como «una merienda de negros»—, un cohete se desvió al tocar el parachoques del camión y explotó. Entre los heridos se encontraba Murphy. Un pequeño trozo de metralla había conseguido entrar en ángulo bajo su chaleco y había abierto un agujero en su pecho. El capellán estaba herido en el muslo y en una mano —un encendedor en su bolsillo trasero había desviado al menos parte del impacto—. Con el soldado Lala y el cuatro-cincuenta disparando sin cesar, el maltrecho convoy consiguió retirarse del puente y regresar a la base. El cuatro-cincuenta de Lala fue el último vehículo en llegar.[9]

Como se preveía, el ataque de la Compañía Golf había sido un fiasco. Diez marines habían muerto, cincuenta y seis habían sido heridos. Meadows había perdido más de un tercio de su compañía, muchos de ellos, pensó, de forma totalmente innecesaria. Mientras regresaban del puente, el convoy recogió al doctor Doan Van Ba, un cirujano del ERVN que se había estado

ocultando, y que los había parado en la calle vistiendo su uniforme y boina roja. Sería de valiosísima ayuda en el atareado dispensario de la base.

Este ocupaba tres ruidosas habitaciones cerca del extremo trasero. Steve Bernie era un chico de veintiocho años, con pinta de intelectual, con grandes gafas. Estaba recién graduado en la Facultad de Medicina de la Universidad Estatal de Ohio, y ahora supervisaba ese caos controlado llevando un casco que parecía irle tres tallas grande, cabizbajo, las manos enguantadas chorreando sangre. Él mismo había sido herido por metralla cuando, de pie a la entrada del dispensario, cayó cerca un obús de mortero. Bajo la venda de gasa que envolvía su brazo había una mancha de sangre que no paraba de crecer, pero él seguía trabajando. Hasta que comenzó la batalla, su trabajo se había limitado a tratar catarros y dolores de estómago. Ahora era como un médico de urgencias en un gran hospital urbano en medio de una catástrofe mayúscula. El doctor James Back había venido de Phu Bai, y los dos jóvenes médicos estaban efectuando operaciones quirúrgicas de urgencia, algunas de cirugía mayor, que nunca habían intentado antes. Había marines chillando de dolor con extremidades amputadas o casi amputadas. Cada pocos minutos alguno dejaba de respirar entre frenéticos intentos de reanimarlo.[10]

Desde una litera en la zona de espera, con una herida que parecía menos crítica, el mayor Murphy animaba a gritos a los jóvenes. Pidió papel y pluma y escribió una carta a su esposa. Murphy hizo señas a su amigo el padre Lyons, al que había que trasladar.

Los helicópteros medevac iban aterrizando cada cierto tiempo en el parque. Era difícil para los Sea Knight aterrizar con seguridad. Constituían grandes objetivos con su ancho fuselaje y las dos torretas de los rotores. Los pilotos solían mantenerse por encima del alcance de las armas ligeras mientras las dos cañoneras de la Marina aparecían por el río y disparaban fuego de supresión contra la orilla norte. Entonces un helicóptero descendía, arrojaba munición por las puertas mientras recibía la última remesa de heridos, todo ello, muchas veces, sin tocar tierra firme. El intercambio duraba unos treinta segundos, y tenía lugar acompañado de ráfagas de balas disparadas desde posiciones enemigas a ambos lados del río Huong. Cuando se hacía totalmente de noche, los hombres en tierra firme empleaban linternas

para guiar a los helicópteros, con cuidado de apuntarlas exclusivamente hacia arriba. Apuntar una linterna en cualquier otra dirección te convertía automáticamente en un objetivo. Coolican supervisaba gran parte de estas idas y venidas, yendo de un lado al otro entre la ZA y la base.[11]

Poco antes del anochecer había pasado para ver cómo estaba Murphy. Habían servido juntos en Estados Unidos, y Coolican admiraba la habilidad del oficial para lidiar tanto con quienes estaban por encima como por debajo de él en la cadena de mando. Podía ser terco si la situación lo requería, pero trataba incluso a los soldados rasos como iguales. Bill Ehrhart, un cabo, tenía un póster desplegable de *Playboy* sobre el que había trazado una cuadrícula que hacía las veces de «calendario a corto plazo»: marcaba cada cuadro en la cuenta atrás de su servicio, que acababa el 5 de marzo de 1968. Cuando un nuevo capitán de la compañía señaló el calendario, colgado en el búnker de Ehrhart, y le ordenó que lo quitara por «inapropiado», Murphy intervino de inmediato. Dijo: «Capitán, se trata de *mi* calendario a corto plazo. El soldado Ehrhart solo lo mantiene por mí». Era cierto: Ehrhart y él compartían la fecha de licencia. Ehrhart apreció el gesto. El mayor tenía razón: eran pequeños detalles como ese los que construían afecto y compañerismo. Murphy había estado en primera línea de combate durante casi todo el día, el pequeño agujero en su costado no parecía serio y el mayor no había actuado como si lo fuera. Coolican bromeó diciendo que quizás fuera lo suficientemente grave como para sacarlo de la guerra, algo que no hizo gracia a Murphy.

—Estoy bien —dijo a Coolican.

—Tengo otro helicóptero de camino —respondió el capitán—. Ahora he de salir. Te sacaré de aquí.

—Jim, estoy un poco incómodo. ¿Puedes girarme?

Coolican le ayudó a girar sobre un lado. Lo que no le dijo Murphy fue que, cuando solicitó al padre Lyons, le hizo darle la extremaunción. Sabía que su herida era grave. Cuando Coolican volvió, tiempo después, el mayor había muerto. Había sufrido una hemorragia interna que lo había desangrado hasta morir.[12]

Phu Bai aún presionaba a Gravel para que actuara. El general Truong y sus hombres habían conseguido un valioso tiempo al retirarse a búnkeres y

túneles de hormigón y pedir un ataque de artillería sobre su posición. Esto había sorprendido a los atacantes, que habían sufrido bajas y se habían retirado. Dispersos por toda la ciudad había aún pequeños grupos de estadounidenses aislados, operadores de radio, administradores, oficiales de la CIA, etcétera. Algunos, como los del centro de retransmisiones, estaban a solo unas manzanas de la base, y en peligro. Aquella noche Gravel intentó llegar hasta la cercana oficina del CORDS, pero incluso con tanques, sus marines solo podían hacer unos centenares de metros antes de que los obligaran a retroceder. El volumen del fuego enemigo hacía que las calles fueran impenetrables. Gravel se encontraba desolado por la muerte de su amigo Murphy, furioso con Adkisson y atónito ante la constante presión para que actuase contra un enemigo tan abrumadoramente superior. La Compañía Alpha se había visto reducida a cincuenta hombres. La Golf estaba devastada. Coolican no dejaba de trasladar heridos a la ZA con cada helicóptero que pudiera aterrizar. Los muertos esperaban. Los habían amontonado fuera del dispensario, en bolsas de plástico negro cerradas con cremallera —Márquez, Kinny, Lucas, Kirkham, Murphy y otros— a modo de macabro peaje del día. Llegó el rumor de que Frank Doezema había muerto durante la intervención.

Aquella noche, desde edificios de alrededor de la base, el enemigo insultó y amenazó en inglés a gritos.

—¡Morid, marines!

—¡Que os jodan, marines!

El sargento Ligato los animó a responderles.

—Tú sabes algo de vietnamita —le respondió González—. ¡Respóndeles tú!

Las dotes lingüísticas de Ligato no estaban a la altura, así que les respondió a gritos en inglés.

—¡Que os jodan, EVN!

Los hombres que le rodeaban se rieron.

—Bien —dijo González.[\[13\]](#)

En solo un día, la ciudad de Hué había caído. Nadie, en el bando de Saigón, sabía todavía hasta qué punto. Según la tradición, el primer encuentro en la mañana del Tet era un presagio del año que venía. Si era cierto, el

destino de Hué para Año Nuevo estaba sellado. Su primer visitante había sido la muerte.

La cadena de mando estadounidense aún no lo captaba, ni siquiera cuando el largo y sangriento día acababa. El capitán Meadows tenía la impresión de que el general LaHue sencillamente no podía o no quería creer la verdad.

Para el mando estadounidense, un golpe tan rápido y sorprendente era inimaginable. El EVN y el VC no eran capaces de algo así. La Ofensiva del Tet, un gigantesco esfuerzo coordinado que golpeó más de cien objetivos por todo Vietnam del Sur, incluidas la mayor parte de las capitales de provincias de la nación, resultó un golpe, pero en la mayoría de los lugares, las tempranas victorias enemigas habían sido rápidamente revertidas. La cúpula del CAMV no tardó en considerar inútil el esfuerzo conjunto. Los atacantes enemigos habían podido mantenerse en las aldeas y ciudades tan solo unas horas, aunque en un buen número de ciudades survietnamitas —Kontum, Ban Me Thout, Phan Thiet, Can Tho y Ben Tre—, los combates se alargaron durante varios días. En Saigón, donde la historia tuvo un mayor eco, el Frente había atacado objetivos de gran importancia: los cuarteles del Ejército y la Marina, el palacio de la Independencia, la embajada de Estados Unidos y la emisora de radio nacional —desde la que el bando atacante emitió con éxito un mensaje de Ho antes de que los mataran a todos—, pero en ningún caso los invasores obtuvieron victorias permanentes. Aunque se trataba de una notable hazaña de coordinación y planificación clandestinas, y una demostración de que el enemigo podía llegar a casi cualquier parte que se le antojara del país, Westy consideró la sorpresa del Tet como una prueba de debilidad de Hanói. En su comprensión de la guerra no cabían ni el tamaño ni la calidad de la fuerza que había tomado Hué. De modo que el CAMV, en Saigón, y el general LaHue, en Phu Bai, sencillamente se negaron a creer lo que había ocurrido. A los informes que contradecían su comprensión se los tachó de poco fiables, o lloriqueos de hombres enfrentados a combate real por primera vez, víctimas de ataques de pánico.

En un cable secreto, aquella noche, el siempre optimista Westy envió un resumen del intenso día al general Wheeler, presidente del Estado Mayor

Conjunto. Con respecto a Hué, escribió: «El enemigo tiene aproximadamente tres compañías [unos quinientos hombres] en la Ciudadela de Hué».[14]

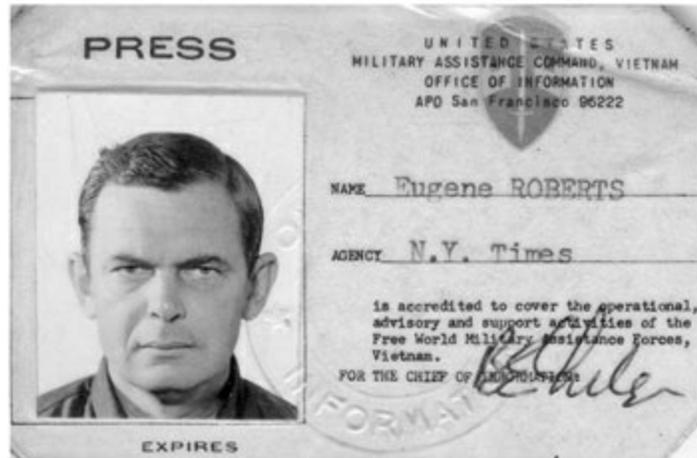
Se equivocaba: tenía veinte veces más.

PARTE TRES

FUTILIDAD Y NEGACIÓN

Miércoles 31 de enero – viernes 2 de febrero

Con la bandera de la Alianza ondeando sobre la Ciudadela, los victoriosos comisarios comienzan a construir su nuevo Estado, emitiendo propaganda política y cazando a aquellos vinculados al régimen de Saigón. La Ofensiva del Tet sacude al mundo entero. Los periodistas se apresuran a viajar hacia la ciudad al darse cuenta de que se está librando una importante batalla.



Pase de prensa del CAMV de Gene Roberts, el periodista del *New York Times* cuyos detallados informes fueron los primeros en revelar que Hué había caído.



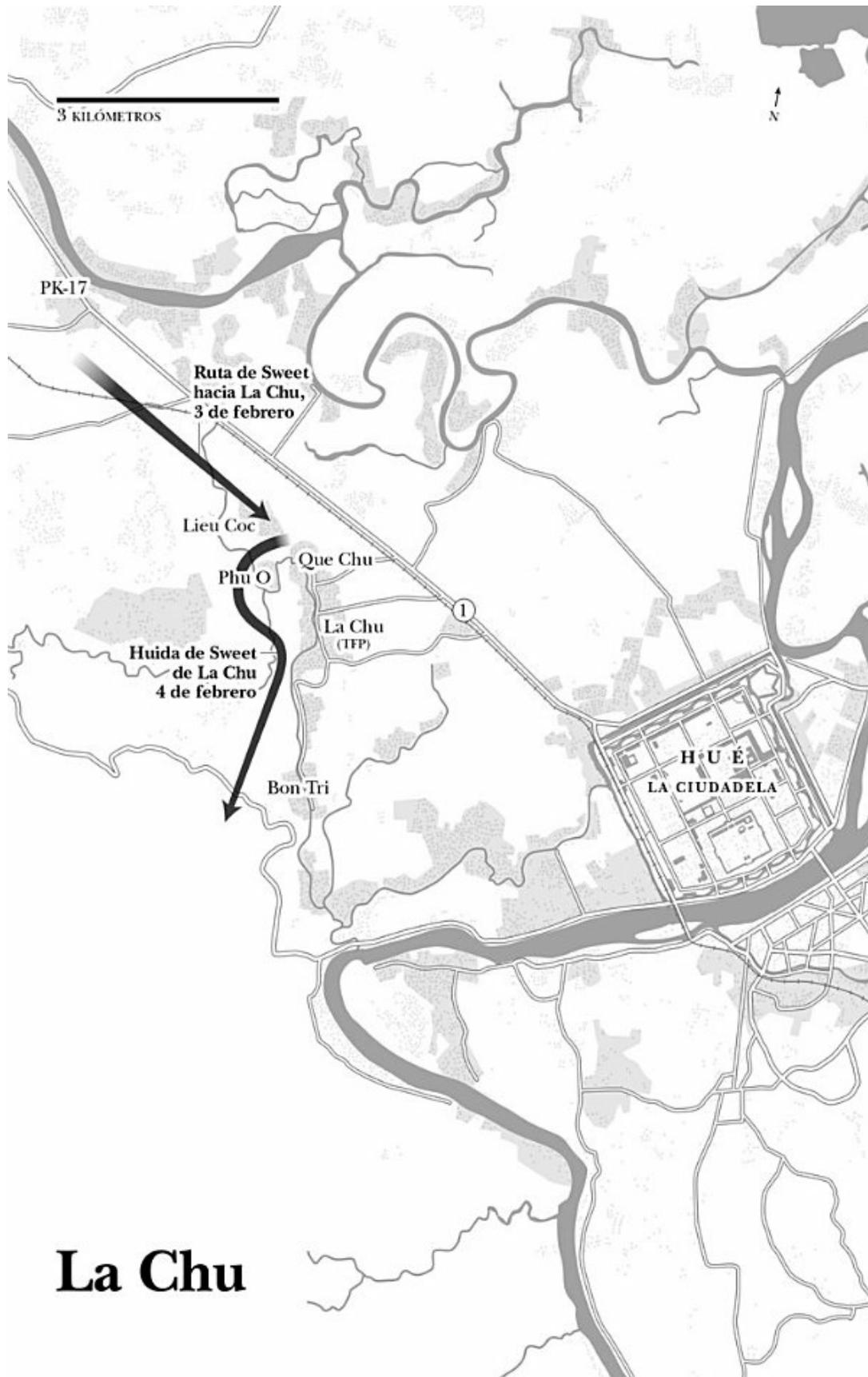
Jim y Tuy-Cam Bullington el día de su boda, en 1968. Ambos pasaron varios días ocultos tras la ocupación de la ciudad.



Capitán de marines Mike Downs, líder de la Compañía Fox 2/5, que descendió en helicóptero sobre Hué el segundo día de la batalla.



El pelotón del teniente de marines Rich Horner, inmovilizado en la calle Tran Cao Van en otro inútil intento de avanzar algunas manzanas, el 1 de febrero de 1968, fotografiado por Kyoichi Sawada.



La Chu

1

Arroz IR8

Gene Roberts había estado en Vietnam poco menos de un mes. Tras detenerse en Hong Kong para alquilar un apartamento para su mujer, Susan, y sus hijos, a finales de diciembre, había volado a Saigón, donde era el nuevo jefe de la oficina del *New York Times*.

Roberts era un sureño de habla arrastrada, procedente de Pikeville, Carolina del Norte. Era bajo, con espeso cabello oscuro y cejas pobladas, y tenía unos modales tan engañosamente tímidos y desgarbados que era fácil olvidar que estaba allí. Era algo casi deliberado, una pose que había perfeccionado a lo largo de toda una vida trabajando en diarios. Su padre, un pastor protestante, había publicado un pequeño semanario, y a veces llevaba a su hijo consigo mientras negociaba suscripciones a cambio de pollos. Tras servir un período en el ejército, Roberts entró a trabajar en el *Goldsboro News-Argus* en el condado de Wayne, para el que vagaba por las granjas del lugar en busca de reportajes para su popular columna «Divagando por el Wayne rural». Roberts tenía lo que sus compatriotas sureños denominaban «un aire de comodidad». Conseguía que la gente hablara y escribía sobre cualquier cosa que le interesara o divirtiera. Una vez escribió una columna sobre un boniato que se parecía al presidente francés Charles de Gaulle. Cuando el *Times* comenzó a buscar periodistas con experiencia y acento sureño para cubrir el movimiento de derechos civiles, reclutó a Roberts,

quien desde entonces pasó años en el frente de esa lucha, a menudo con gran riesgo personal. Los segregacionistas sureños consideraban enemigos a los periodistas de diarios nortños, incluso aunque tuvieran acento local. Mientras asistían a una reunión del Ku Klux Klan, Roberts y un grupo de periodistas escaparon por los pelos de ser atacados por los encapuchados. Aprendieron a no llamar la atención. Una vez Roberts llegó a una manifestación por los derechos civiles en un coche fúnebre.

Un año atrás, con treinta y cinco y como bregado veterano del *Times*, le habían pedido que cubriera la influyente vacante de Vietnam. Había pocos puestos más prestigiosos en el diario. David Halberstam había ganado un Pulitzer por su trabajo desde Saigón, y en parte porque sus reportajes habían contradicho tan a menudo la versión de Washington de la guerra, aquel grupo de cuatro hombres, que trabajaba desde una minúscula oficina en la calle Tu Do, se había convertido en un motivo de orgullo para el diario.

Este se había enfrentado repetidas veces al presidente Johnson al socavar sus mensajes sobre la guerra, pero era demasiado importante como para ignorarlo. Antes de partir, altos rangos de Washington habían dado a Roberts sesiones de orientación pensadas para impresionarlo y demostrarle cuánto más sabían los líderes de la nación acerca de lo que ocurría en Vietnam de lo que su diario jamás sabría. Eso y, por supuesto, contarle lo bien que estaba yendo la guerra. A los periodistas que se mostraban sumisos se les ofrecían exclusivas. Como muestra, a Roberts le soplaron una noticia exclusiva durante una sesión de «trasfondo profundo» en la Casa Blanca con Walt Rostow, el ayudante especial para Seguridad Nacional de LBJ.

Y era una buena exclusiva. En realidad, le dijo Rostow, la guerra había acabado. Estados Unidos había ganado. Claro que aún habría «escaramuzas», le dijo, pero una cosa llamada arroz IR8 había resuelto el problema; la gente aún no lo sabía. Rostow había sido uno de esos jóvenes universitarios increíblemente brillantes que Jack Kennedy había reclutado tras acceder a la Casa Blanca en 1960. Era un hombre de educación y modales exquisitos, vivo ejemplo de la expresión «bien vestido»: un hombre sin un cabello ni una idea fuera de lugar, la imagen de la disciplina, la confianza y el aspecto impecable. De frente amplia y cabello fino, corbata fuertemente anudada y

camisa blanca perfectamente planchada, de cuello realzado con trabilla, observaba a Roberts con satisfacción desde sus gafas con montura de plástico claro: era *un hombre en posición de saber*. De impecables credenciales académicas (Yale, beca Rhodes, antiguo profesor de historia estadounidense en Oxford), durante la segunda guerra mundial había servido en la Oficina de Servicios Estratégicos, la precursora de la CIA. En pocas palabras: era algo más que un cerebritito. Sin embargo, era dado a estratagemas.[1] Firme creyente en combatir el comunismo en los países pobres mediante el desarrollo económico,[2] Rostow explicó al periodista que el cultivo de arroz en Vietnam, de agricultura de subsistencia, estaba a punto de cambiar. Las fundaciones Ford y Rockefeller se habían asociado para patrocinar un proyecto de investigación y desarrollo en Filipinas que había logrado una variedad de arroz genéticamente mejorada, que, con los nutrientes adecuados, aumentaba enormemente su productividad. Iba a arrasar el mundo, pero primero cambiaría la economía de Vietnam del Sur. Los granjeros se iban a hacer ricos. Ahora podrían tener dos cosechas al año en lugar de una. Olvide la revolución comunista, dijo Rostow. Esta era la «Revolución Verde».

Y le aconsejó:

—No pierda de vista el arroz I-R-Ocho.[3]

Ningún otro de los que se reunieron con Roberts creía que la guerra se hubiera acabado. En la CIA obtuvo un punto de vista con muchos más matices. El periodista en Washington del *Times* Hedrick Smith lo acompañó a una reunión con el jefe de sección de la agencia para el sudeste asiático. Había habido poco tiempo atrás una intensa batalla de tres semanas de duración en las Tierras Altas Centrales, cerca de Dak To, y el ejército de Estados Unidos aseguraba haberla ganado; Westy la había denominado «el comienzo de una gran derrota para el enemigo».[4] Smith preguntó si la frase estaba justificada.

—Hay cinco razones para ver esto como una victoria —respondió el analista. Las enumeró. Durante los intervalos en que Smith escribía en su cuaderno, Roberts detectó el inicio de una sonrisa en la cara del analista.

—¿Hay razones para pensar que no fuera una victoria? —preguntó.

—Hay siete de esas —dijo el analista sin esbozar una sonrisa.

Cuando aterrizó en Saigón a principios de enero, la guerra estaba relativamente tranquila. Nuevo en la oficina y sin posibilidad de dirigir a los tres periodistas veteranos que le habían asignado, Roberts se propuso ir a buscar reportajes. Decidió ir a comprobar el soplo de Rostow. Le gustaba escribir sobre historias que nadie más siguiera, y además, si la guerra estaba, en efecto, ganada, quería la exclusiva. Como antiguo autor de «Divagando por el Wayne rural», era una historia perfecta para él. Se trasladó hasta un área rural «pacificada» en la que el gobierno de Thieu celebraba un festival del arroz IR8.

Allí encontró a los granjeros del lugar acucillados y mascando largos tallos de hierba, esperando que comenzara la fiesta. Roberts, que se sentía como en casa, se acucilló también con su intérprete y comenzó a mascar hierba con ellos. Los hombres comenzaron a charlar. Tras escuchar un rato sin entender nada, Roberts pidió a su intérprete que les preguntara:

—¿Cuál es su experiencia con este arroz IR8? ¿Qué piensan de él?

Varios de los granjeros parecieron agitarse cuando respondieron. Hablaron durante un buen rato.

—¿Qué dicen? —preguntó Roberts a su intérprete.

—Dicen que tienen reservas acerca del arroz IR8 —le respondió.

—No —dijo Roberts—. Dame la traducción real. No sonaban muy calmados.

El intérprete parecía estar en un aprieto.

—Han dicho: ¡que le den por culo al arroz IR8!

También habían dicho, en aquella perorata, que sus padres habían cultivado arroz, sus abuelos, los padres de sus abuelos... en realidad, todo granjero vietnamita desde el inicio de los tiempos había cultivado arroz del modo en que ellos cultivaban arroz, y no había un experto en el jodido mundo que les pudiera enseñar cómo cultivar el arroz, y además, no había nada erróneo en sus métodos.

—Además —dijo el intérprete—, dicen que el arroz IR8 no sabe bien.

—Entonces —preguntó Roberts—, ¿qué hacen en un festival del arroz IR8?

Los granjeros respondieron que aquella mañana unos soldados los habían

sacado de sus arrozales a punta de pistola. Los metieron en autobuses y los llevaron al festival. Para ellos, el arroz era en gran parte como la «libertad» que les ofrecía el régimen de Saigón: se les imponía y tenía mal sabor.

Roberts aún tenía trabajo por hacer, pero la historia comenzaba bien. Regresó a Saigón para la Víspera del Tet, y fue con Charles Mohr a un club frecuentado por oficiales del ejército survietnamita. Mohr, un antiguo periodista del *Times*, había llegado a Vietnam para ayudar a Roberts a orientarse. Le explicó que el club era un buen lugar para observar los excesos decadentes de la minoría privilegiada del régimen. Además, servían buenas copas.

Regresaban, pasada la medianoche, cuando pasaron por la oficina de telégrafos y un periodista salió de ella y les explicó que había habido un ataque contra Da Nang y que parecía serio. Roberts se dirigió de inmediato al aeropuerto de Tan Son Nhut para coger un avión.

Y esa era la razón de que se encontrara en el aire cuando un escuadrón del VC atacó la embajada de Estados Unidos en Saigón, en el barrio que acababa de abandonar. Una fuerza de asalto de unas dos docenas de guerrilleros abrió un agujero en el muro exterior del complejo de la embajada e intentó entrar en el edificio de seis pisos de altura, que quería demoler. El edificio era un ostentoso escaparate; se había inaugurado escasos meses antes como símbolo de la duradera promesa estadounidense hacia Vietnam del Sur. Los atacantes nunca llegaron a entrar. Una docena murió (al igual que cuatro chóferes de la embajada y tres civiles) y detuvieron a varios más. Un guardia de los marines murió y cuatro más resultaron heridos. Fue una sorpresa, no un desastre, pero con periodistas y cámaras estadounidenses por allí, sería el acontecimiento que resaltara entre las noticias del día siguiente en Estados Unidos acerca de la Ofensiva del Tet. Uno de los tantos ataques similares por todo Saigón, algunos con más éxito que otros, daba al ejército de periodistas de la capital abundante caos y destrucción para cubrir. Roberts parecía haberse alejado de la noticia más importante del día.

Los informes de los ataques del Tet llegaron a la Casa Blanca en lo que era aún martes por la tarde. Rostow interrumpió una reunión entre el presidente y sus asesores de política exterior de más alto nivel para anunciar:

«Nos acaban de informar de que estamos sufriendo fuego intenso de mortero en Saigón. El palacio presidencial, nuestros BOQ [cuarteles de oficiales solteros], la embajada y la propia ciudad han sido atacados».

—Esto podría ser muy malo —dijo Johnson.

—Sí. Espero que no se trate de la residencia del embajador Bunker —respondió el secretario de Estado, Dean Rusk.

—¿Qué podemos hacer para ayudarles? —preguntó el presidente.

—En una ciudad como Saigón es fácil infiltrarse —explicó el general Wheeler—. Llevan munición y obuses. Disparan y huyen. Es imposible detenerlos a todos. Es tan difícil de parar como proteger a todo el mundo de atracos en Washington DC... Están llevando a cabo un gran esfuerzo por montar una serie de acciones similares a fin de dar la campanada en Tet.

—Esto es un problema de relaciones públicas, no uno militar —sentenció McNamara.[\[5\]](#)

Cuando llegó a Da Nang, Roberts se dio cuenta de que la historia de un gran ataque contra la base se había exagerado. Habían atacado unas cuantas aldeas de las inmediaciones, pero no había material para un buen reportaje, especialmente teniendo en cuenta lo que había pasado en Saigón. Pero a Roberts le llegó el rumor de que algo mucho más grande estaba teniendo lugar en Hué, más al norte. Los marines estaban enviando refuerzos. Ya habían despachado dos compañías y a la mañana siguiente saldría una más. Si pudiera llegar hasta Phu Bai quizá consiguiera que lo llevaran.

2

Tantos como hormigas

Para la poetisa y escritora de Saigón Tran Thi Thu Van, de visita por el funeral de su padre, las primeras horas del Tet fueron largas y terroríficas. Se apiñaba con los demás miembros de su familia en su hogar ancestral, cerca de la base de carros de combate de Tam Thai, y escuchaba los disparos y explosiones. Luego alguien llamó a su puerta principal.

Una voz gritó en vietnamita:

—¡Abran la puerta! ¡Abran la puerta![1]

El marido de Tran, Tran Da Tu, trabajaba para el gobierno de Saigón en desarrollo rural, lo que significaba que las fuerzas comunistas podían considerarlo un traidor, pero estos no eran soldados. Cuando su primo abrió las puertas, su tío, con su gran familia y otras personas de la aldea entraron. Su vecindario había sido bombardeado. Solo buscaban refugio.

La ahora amplísima familia ocupaba la gran habitación central cuando una explosión la sacudió. Algo golpeó el tejado e hizo caer tejas y trozos del cielorraso. La familia se echó al suelo, que estaba húmedo y maloliente: el orinal que habían usado toda la noche había volcado. Tran se encontró echada sobre un charco de excrementos, y conteniendo apenas las arcadas. Había fragmentos de pared en su boca.

A su alrededor, los niños lloraban y los adultos discutían. ¿Debían quedarse o huir? Tran había esperado que la lucha cesase a la mañana, pero

ya era de día y la situación no había cambiado. Podían oír a lo lejos el sonido de las explosiones de obuses en la base estadounidense de Phu Bai. Uno de sus primos se dio cuenta, en estado de pánico, de que dos de sus hijos pequeños habían desaparecido. Salió de la casa y regresó poco después corriendo con ambos: casi lo habían arrestado. Dijo que tres combatientes del VC, dos de ellos heridos, lo habían detenido. Él les había suplicado que le dejaran ir a buscar a sus dos hijos. Le preguntaron en qué trabajaba. Les dijo que era carpintero y le dejaron irse.

Esa misma mañana, más tarde, los disparos comenzaron a aflojar y la familia de Tran pudo salir. En su jardín, el tiroteo había destrozado árboles y arrancado ramas. Había caído un seto de bambú entre su patio y las vías del tren. Había sangre seca en el césped. Tran corrió al depósito de agua del jardín para beber y lavarse la boca, y se encontraba allí con otros miembros de su familia cuando un convoy estadounidense se acercó por la Autopista 1. Contaba con tanques delante y camiones detrás, con muchos marines estadounidenses.[2]

—Que todo el mundo se quede donde está —dijo el hermano mayor de Tran—. Quedaos quietos. No corráis o pensarán que sois del Vietcong y os matarán al instante.

La familia se replegó nuevamente al interior de la casa conforme los estadounidenses tomaban posiciones en su jardín. No hubo disparos. Dos de los soldados se acercaron a la casa. Uno pidió ver «carnés de identidad» pero equivocándose con las palabras en vietnamita, de modo que a la familia le llevó unos momentos comprender. Tran halló el suyo e intentó entregarlo, pero a los soldados solo les interesaban los de los hombres. Todos estaban en orden, y el que los había pedido les dio las gracias en vietnamita. En cuanto salió por la puerta comenzó un violento tiroteo.

Hubo un combate breve pero furioso. Tran oyó gritos y gemidos entre los estadounidenses. Una vez más, la familia se echó al suelo. Las balas impactaban en el tejado y dos grandes árboles del jardín volaron en pedazos por fuertes explosiones. Una casa al otro lado de la vía comenzó a arder. La madre de Tran gritó a todo el mundo que guardara sus pertenencias, temiendo que las llamas se extendieran a su casa. Luego los disparos cesaron. Mientras

los estadounidenses regresaban a la carretera y se preparaban para conducir nuevamente, uno levantó varios dedos para indicar cuántos muertos dejaban fuera.

Poco después oyeron otro intenso tiroteo más adelante, en la carretera, y unos minutos después dos de los camiones estadounidenses regresaban por la Autopista 1, con sus armas disparando en todas direcciones.[3]

Una vez la tormenta de estadounidenses pasó, las fuerzas comunistas regresaron en grandes cantidades. Uno de los sobrinos de Tran, soldado del ERVN que había venido a pasar las festividades con su familia, regresó sin aliento de una breve exploración carretera arriba.

—Tía, han vuelto y son tantos como hormigas —dijo. Estaban colgando banderas en An Cuu, y a través de altavoces emitían llamamientos a la gente para que saliera de sus casas y se les uniera. Habían colgado una bandera gigante ante la Ciudadela y habían tomado todo Hué. Las calles de la ciudad estaban desiertas excepto por los soldados.

Tran sabía que su familia tendría que huir. La casa, construida por su padre como lugar en el que rezar y encender velas por los difuntos, era grande, pero no estaba equipada para alojar y alimentar a todos los que había allí reunidos. Probablemente vendrían más. De modo que aramblaron con la comida y los cuencos de los cuartos del servicio y debatieron a dónde ir. La base estadounidense estaba a una corta distancia hacia el sur. Eso significaba que era muy probable que hubiera combates intensos delante de ellos y hasta la aldea. Tenían que salir. Empacaron sus pertenencias y se pusieron en marcha hacia la casa del hermano mayor de Tran, en Tu Dam, a unos dos kilómetros y medio al noroeste.

El resto del día fue un guión que se repetiría durante las semanas de pesadilla posteriores, mientras la familia caminaba ahora en una dirección, ahora en otra, perseguida por los combates. Primero coincidieron con multitudes de refugiados que también se dirigían al noroeste. Su camino los llevó junto a un grupo de soldados del Frente para cruzar un puente sobre un canal, solo para volver corriendo horas más tarde cuando otro grupo comenzó a dispararles. Un furioso soldado del Frente les gritó que no se les permitía abandonar sus hogares. Intentando una ruta diferente, caminaron el resto del

día con sus ancianos y niños detrás, pasando junto a escenarios de muerte y ruina, hasta el centro de la ciudad, recorriendo finalmente la calle Le Loi hacia el puente Truong Tien, solo para tener que huir de más disparos. Finalmente se refugiaron antes del anochecer con miles de otros desplazados en la iglesia del Santísimo Redentor, la catedral situada solo a unas manzanas al sur del río Huong. Un amable sacerdote hacía lo mejor que podía por asignar a todo el mundo un espacio allí dentro.

La tarde del primer día, pidieron a Le Van Hoi y su familia que alojaran a cinco soldados del Frente. Hoi trabajaba en una compañía de la construcción, en un puesto de gestión, y ganaba un buen salario para su mujer y sus hijos. Vivían cerca del puente Bach Ho, en el oeste de Hué. Aunque no trabajaba directamente para el régimen, su posición y el tamaño de su casa lo hacían sospechoso a ojos de los ocupantes. Por suerte, el hermano menor de Hoi trabajaba para una de las unidades políticas del VC y pudo ayudarlo. En lugar de ser transportado para su «reeducación», forzado a unirse a una unidad de guerrilleros u obligado a cavar trincheras, transportar alimentos o munición para los ocupantes, ordenaron a Hoi ayudar a colgar banderas y estandartes revolucionarios. Lo hizo agradecido. Esa noche le permitieron regresar a casa con su familia, donde preparó y sirvió comida a sus cinco huéspedes.

Hoi se sintió afortunado. Cientos de personas de su barrio habían sido arrestadas, casi todas ellas relacionadas con el régimen de Saigón. Si no se entregaban por propia voluntad, se los cazaba. Quienes hubieran trabajado como policías o en altos cargos eran ejecutados. Él, como otros de su vecindario que no eran entusiastas partidarios de la ocupación, aprendieron pronto a fingir que lo eran.

Tras ocultarse toda la noche con su familia y vecinos en la sofocante cañería de drenaje, Le Ngoc Thinh recordó algo que había olvidado en casa. Al alba, su familia comenzó a dirigirse a una casa comunal junto al río e insistían en que fuese con ellos, pero Thinh, con sus quince años, desobedeció y se fue en

otra dirección. Corrió de regreso a su casa.

Era incluso más peligroso de lo que sus padres habían temido. Le dispararon y tuvo que ponerse a cubierto. Más disparos impactaron cerca de su escondite, y luego un hombre gritó:

—¿Quién eres?

Thinh reconoció su voz. Era el soldado del ERVN que vivía en su barrio. Cuando respondió y se identificó, el hombre se disculpó. Compartieron lo que sabían. Hablaron de lo que había pasado a gente que ambos conocían. Había muerto una chica que Thinh admiraba y con la que había fantaseado. Estaba sentada en su escritorio en casa, estudiando, cuando una granada atravesó el tejado y explotó justo donde ella estaba. Thinh nunca había hablado con ella, pero su muerte lo entristeció. Era demasiado peligroso continuar. Se dio la vuelta y regresó en dirección a su familia.

También Tran Toi tenía quince años. Su padre era el jefe de enfermeros en el hospital militar de Mang Ca, y vivían frente a la muralla norte de la fortaleza, al otro lado del río Dao. Junto a su familia y vecinos, Toi se arrastró hasta un búnker construido bajo su casa, huyendo de los obuses y disparos. Pero cuando el humo llenó la casa y comenzó a bajar hasta el búnker, huyeron a una iglesia católica cercana. Sus padres se quedaron atrás con su tío enfermo. Cuando Toi y sus hermanos llegaron a la iglesia, esta estaba ya atestada de gente. No había más espacio. De modo que se aventuraron entre el fuego callejero para regresar a su casa y se escondieron fuera, tras unos árboles, hasta la salida del sol.

En la mañana del jueves 1 de febrero aún se libraba una batalla en las zonas próximas a Mang Ca, de modo que Toi y sus hermanos caminaron hacia el oeste, hacia un orfanato que podía constituir un refugio seguro. Los disparos parecían proceder de todas partes, de modo que era imposible saber qué senda era segura. Permanecían tras las paredes y se precipitaban hacia los cráteres de las explosiones, corriendo de un lugar protegido a otro. Conforme avanzaban, eran cada vez más: la gente huía en masa, y la familia de Toi se unió a ellos. Le aterrorizaba lo que veía: había cuerpos desmembrados de

soldados del EVN atrapados en el alambre de espino que rodeaba los muros de la Ciudadela, donde minas claymore accionadas a distancia los habían matado. Había muchos más cuerpos junto a las puertas.

También el orfanato estaba lleno. Sin ningún lugar al que ir, Toi y sus hermanos se dieron la vuelta y comenzaron a caminar de regreso a casa.

Nguyen Van Ty vio la bandera de la Alianza al alba. Llevaba toda la noche despierto debido a los disparos, escuchando la BBC con la esperanza de enterarse de qué estaba pasando. La casa de Ty estaba a las afueras de la puerta Nha Do, en la esquina sudoeste de la Ciudadela, muy cerca del mástil Ngo Mon. Vivía en una casa de buena construcción, de dos pisos, que servía como casa de muestra de los materiales de construcción que vendía su compañía. Ty suministraba cemento y piedra para la construcción de carreteras y edificios, y gestionaba flotas de barcos y camiones que transportaban los materiales desde las canteras de Phu Bai (y otros sitios) a las obras. Era el tipo de trabajo que resultaba útil para todo el mundo, y se había convertido en un experto en navegar entre ambas facciones, sobre todo en evitar el trabajo en las zonas más conflictivas. La hermana mayor de Ty, Quen, era miembro activo del VC. Trabajaba para uno de los mandos regionales, por lo que Ty supo que se planeaba algo grande para el Tet.

El día en que se tomó la ciudad, un batallón del ERVN requisó su casa para usarla como su cuartel. La mayor parte de su vecindario huyó, pero Ty y su familia se quedaron. Como la mayoría de la gente de la ciudad, no estaba seguro de qué bando ofrecía más seguridad. De modo que jugó a dos bandas. El batallón del ERVN tenía unos ochenta soldados al principio, pero a medida que pasaba el día llegaban más y más hombres de sus permisos, hasta que la cantidad superó los doscientos. Resistieron en el barrio de Ty, justo frente a la muralla de la fortaleza. Él se quedó con ellos, pero envió un mensaje a su hermana, a la que prometió pasar información acerca de sus «huéspedes».

Ty se escondió en su casa cuando los soldados del ERVN intentaron atacar la plataforma de la torre Ngo Mon y fueron rechazados. Muchos de

ellos murieron en la intentona. Ty supervisó la preparación de la comida para los mandos, alimentándolos con sus propios víveres. En el segundo día, su hermana vino a verlo y los soldados del ERVN la arrestaron. Ella se quejó, asegurando que su hermano vivía en el cuartel, de modo que la llevaron a casa de Ty.

—Señor Ty, ¿qué relación tiene con esta mujer? —le preguntó el general Ton That Dinh, el comandante del batallón.

—Es mi hermana mayor —respondió Ty.

Dinh la dejó en libertad. Ty dijo a Quen todo lo que había visto, desde el tamaño de las fuerzas de Dinh hasta su fallido esfuerzo por tomar Ngo Mon. Cuando ella se fue, él le advirtió de que no volviera. Era demasiado peligroso para ella, le dijo. Dinh insistió en lo mismo.

—Estamos combatiendo y usted entra en esta área —le dijo—. Hemos de sospechar que es usted un soldado revolucionario, puesto que los civiles nunca harían algo así.

Pese a las advertencias, Quen regresó dos días más tarde. Nuevamente la arrestaron. Dinh estaba furioso.

—¡Le dije que no volviera! —le gritó—. Ya sospechaba que era una combatiente revolucionaria. ¿Cómo se atreve a regresar?

—Por favor, señor, han bombardeado y disparado a mi familia —respondió Quen—. Mucha gente ha muerto allí [ella vivía en el norte de la Ciudadela]. Uno de mis niños ha muerto y los otros dos han resultado heridos.

Ty preguntó a Dinh si su hermana podía llevarse algunos suministros médicos. Dinh volvió a advertirla.

—Ya no puede volver allí —dijo—. Si los soldados revolucionarios la ven, le dispararán. Si los estadounidenses ven a alguien cruzando el puente [ella debía cruzar el puente Bach Ho, a las afueras de la muralla norte, para llegar a su aldea], también le dispararán.

Ty preguntó si podía llevar a su hermana en barca. Le dieron permiso, así que cargó una barca con arroz y dijo a los guardias del ERVN que los dejaran pasar. Hermano y hermana visitaron el puesto de mando local del Frente y dieron información detallada acerca de las fuerzas de Dinh.

Poco después del regreso de Ty de aquel viaje, las fuerzas de Dinh desaparecieron. Se les había ordenado abrirse camino de algún modo hasta Mang Ca. Ty estaba alarmado. Había pedido al general Dinh que le avisase antes de irse. Por haberles dado cobijo y comida estaría marcado como un traidor para las fuerzas de liberación. De modo que él y su mujer se vistieron con ropa vieja y huyeron con sus hijos. Hallaron un amistoso piloto de transbordador y se quedaron con él en el agua. Su barca era una de las quince que anclaron en el río, frente a la isla de Hen, durante diez días, esperando a que acabasen los combates.

Después de que él se hubiera ido, su hermana regresó una tercera vez, seguramente con órdenes de obtener más arroz e información de su hermano. Atrapada en un combate entre tropas del Frente y cañoneras de la Marina de Estados Unidos, murió ametrallada a unos doscientos metros de su casa.

La perspectiva de tropas comunistas en la ciudad era especialmente alarmante para la familia de Tuy-Cam, la trabajadora del consulado de Da Nang comprometida con Jim Bullington. Tenían una casa y un jardín espectaculares, y sabían que atraerían la atención. Su fallecido padre había sido un oficial de inteligencia de alto rango de Saigón. A él no podían hacerle nada ahora, pero sus dos hermanos más jóvenes estaban formándose para ser oficiales del ERVN. Se ocultaban en el desván, y su presencia, por no mencionar el empleo de Tuy-Cam, los ponía en graves apuros.

El sonido de una mujer llorando en el patio había despertado a Tuy-Cam a primera hora de la mañana. Tanto ella como el resto de su familia, en su casa junto a las vías del tren al sudeste de Hué, se habían ido a dormir a la una de la mañana tras el banquete del Tet. Su prometido, Bullington, había cruzado el río Huong en dirección a la central eléctrica, donde se hospedaba con su amigo Albert Istvie. Los otros dos estadounidenses, Steve Miller y Steve Haukness, habían regresado a casa de Miller. La mujer en su patio había huido de una aldea cercana, donde, decía, soldados del Frente habían cogido a su marido.

—Solo es un granjero —decía—. No ha hecho nada malo.

Horas más tarde alguien llamó con fuerza a la puerta principal de la familia. Para entonces, con los ruidos de los combates extendiéndose por toda la ciudad, el resto de la familia de Tuy-Cam se había reunido en el primer piso para esperar.

A la puerta había cuatro soldados del Frente con sandalias de caucho, camisas negras y salacots. Entraron y observaron al grupo.

—¿Está todo el mundo aquí? —preguntó uno.

—Sí —respondió la madre de Tuy-Cam.

—¿No hay nadie oculto en ningún lugar?

—No.

Los soldados ordenaron que las mujeres y las niñas se quedasen en un lado de la habitación, y todos los hombres y niños en el otro. El líder del grupo les dijo que eran reaccionarios que habían ayudado a vender Vietnam a los estadounidenses. Habían estado viviendo bien, dijeron, pero ahora iban a sufrir. Pusieron una pistola en la sien a la hermana de Tuy-Cam y la obligaron a guiarlos en una búsqueda por toda la casa. Miraron arriba, hacia el desván, y le preguntaron si había alguien allá.

—Allá no hay nadie —respondió ella—. Si hay, podéis disparadme.

Le creyeron.

Luego llevaron a las mujeres al puente Nam Giao. Otro grupo de soldados llegó y se llevó a los hombres y niños. Había muchos otros en el puente, entre ellos varios estadounidenses, hombres y mujeres, que trabajaban para los Servicios Voluntarios Internacionales (IVS por sus siglas en inglés), una organización que daba empleo a recién graduados como profesores en las escuelas vietnamitas, entre otras cosas. Eran sobre todo pacifistas, algunos de ellos incluso objetores de conciencia implicados en obras similares a las del Cuerpo de Paz. Una era una mujer a la que Tuy-Cam había conocido, Anne Hensley, que parecía, pensó Tuy-Cam, notablemente tranquila teniendo en cuenta las circunstancias. Los soldados tenían problemas para interrogar a los estadounidenses, y preguntaron si alguien entre los cautivos hablaba inglés. Una mujer que conocía a Tuy-Cam y que sabía que su nivel de inglés era excelente, hizo contacto ocular con ella y negó lentamente con la cabeza, como diciéndole: *No permitas que lo sepan*. Luego se llevaron a los

estadounidenses.

Mantuvieron a la familia en el puente, con los demás, durante seis horas. Uno de los comisarios más jóvenes dio un discurso. Dijo que Ho Chi Minh vendría a Hué en cuanto acabase la liberación de Vietnam del Sur. Anunciaría la construcción de una gran planta textil para traer empleo a la ciudad. Nadie expresó un gran entusiasmo. Se entregaron panfletos con las «Diez Medidas» del nuevo régimen. En la lista se aseguraba que quienes ayudasen a los liberadores serían recompensados; quienes hubieran trabajado para el régimen títere y se entregaran serían perdonados, y quienes guiaran a las tropas de liberación a arsenales de Estados Unidos o el ERVN serían «muy alabados».

Concluyó su discurso:

—De acuerdo, podéis volver a casa.

Se les informó de que cada noche diez u once soldados irían a su casa a cenar. Se decidió que sería mejor para Tuy-Cam esconderse como sus hermanos, de modo que comenzó a vivir en el búnker de la familia, escondido bajo una cama y rodeado de pilas de sacos de arroz. Pasaría muchos días allí. Los dos chicos a los que se habían llevado, su hermano menor y su primo, les fueron devueltos al día siguiente.

Al otro lado del río, en la central eléctrica, Bullington se despertó en la pensión con el sonido de explosiones cada vez más cercanas de obuses de mortero. Se sentó en la cama y oyó disparos de armas ligeras a lo lejos. Nada era cercano, de modo que volvió a dormirse. Se despertó ya de día, se vistió y se dirigió a la puerta. Al otro lado del gran patio vio a su amigo Istvie hacerle frenéticamente señales de que regresara adentro.

De modo que regresó a su habitación y esperó. No tenía ni idea de lo que pasaba. Tenía una pistola china que le habían regalado. Nunca la había disparado; la tenía como recuerdo. Ahora volvió a verla como un arma. Averiguó cómo se usaba y la cargó. La colocó en la cama junto a él y esperó, esforzándose por oír qué pasaba fuera, con miedo incluso de espiar por la ventana. Tras varias horas, la curiosidad y el aburrimiento ganaron. Tenía que

saber qué estaba pasando. Salió de la habitación y cruzó el patio. Vio nuevamente a su amigo Istvie en el portal principal del edificio opuesto hacerle gestos frenéticos de que se diese la vuelta. Bullington lo ignoró.

—¿Qué haces aquí? —susurró Istvie cuando lo tuvo cerca—. Te dije que te quedaras dentro. Están aquí, los norvietnamitas están aquí, estamos rodeados. Mejor que vayas a tu habitación y te quedes allí.

El alto estadounidense atravesó nuevamente el patio y regresó a su habitación. Istvie era francovietnamita, y las fuerzas comunistas no lo consideraban hostil. No tenía razón alguna para ocultarse, pero Bullington estaba en grave peligro, algo que tan solo ahora percibía. Se quedó en la pensión hasta bien entrada la tarde, ahora preocupado, esperando que llamaran fuerte a su puerta. Se dio cuenta alarmado de que el vehículo que había tomado prestado en la oficina del CORDS el día anterior lucía la conocida insignia del apretón de manos de la Agencia para el Desarrollo Internacional de Estados Unidos. Era como una señal que advertía de que había un importante estadounidense cerca.

Horas más tarde, alguien llamó a su puerta. Bullington se quedó helado durante un momento, pero luego imaginó que el EVN, con toda seguridad, no llamaría educadamente a la puerta. Preguntó:

—¿Eres tú, Albert?

Era Albert, y traía un sándwich de jamón y una cerveza tibia.

—Eres un tipo con suerte —dijo a Bullington. La central eléctrica estaba totalmente ocupada. Había combatientes del Frente en los edificios que rodeaban el patio que había cruzado (¡dos veces!) y si alguna vez un hombre había tenido pinta de estadounidense, ése era Bullington.

—Parece que lo han tomado todo —le dijo Istvie—. Toda la ciudad de Hué. No te puedes quedar aquí. Si te encuentran, será malo para los dos.

—Pero ¿a dónde puedo ir? —preguntó Bullington.

Istvie aún no lo sabía. Dijo que regresaría en pocas horas y que llamaría exactamente cuatro veces. Las horas que siguieron fueron oscuras para el estadounidense, que por fin comprendía totalmente que su vida estaba en manos de aquel hombre francovietnamita al que no conocía demasiado. Si encontraban a Istvie cobijando a un estadounidense, uno con un trabajo

importante como el de Bullington, él y su familia serían considerados traidores. De modo que Istvie corría un riesgo enorme. ¿Hasta dónde podía confiar en su buena voluntad? Bullington se sintió fatal por poner a su amigo en un aprieto semejante.

Era ya de noche cuando Istvie regresó. Dijo que lo llevaría a un sacerdote católico que vivía a dos casas de distancia, el padre Marie Cressonier. Decidieron esperar hasta que las tropas que ocupaban la central eléctrica se sentaran a cenar. Istvie cruzaría el patio solo en primer lugar, y si se daba la vuelta y le hacía señas, Bullington le seguiría.

Istvie vio la pistola y le sugirió dejarla.

—No te servirá de nada —le dijo—. Hay más de un centenar de ellos. Y si te la encuentran encima, será malo para los dos.

A las seis en punto, Istvie regresó y llamó cuatro veces. Bullington esperó a que su amigo cruzara el patio. No se detuvo.

Istvie regresó media hora después. Había habido un soldado del Frente en una ventana de un edificio cercano y prefirió no arriesgarse. Un hombre del tamaño de Bullington sobresalía. Esta vez Istvie cruzó el patio, se dio la vuelta y le hizo señas. El estadounidense casi sintió pánico mientras cruzaba el espacio abierto. El corazón le palpitaba. Intentó mantener un paso normal, despreocupado, como si fuera el dueño del lugar. Quizás lo tomaran por un francés. Creía que su nivel de francés era bastante bueno; lo había aprendido en la escuela de idiomas del servicio extranjero. Nadie lo vio. Istvie lo guió a través de una puerta en la pared trasera de su casa. Bullington esperó en el retrete exterior de la casa unos minutos mientras su amigo exploraba las inmediaciones, y luego ambos se arrastraron por una ventana lateral y se dejaron caer en el patio de la casa vecina.

Cressonier los esperaba en su puerta trasera. Presentó a Bullington a otro joven sacerdote, el padre Pierre Poncet, que había huido del bombardeo de la cercana Khe Sanh. Cressonier, que también era alto, dio a Bullington una de sus sotanas negras. Tras conversar con él en francés durante unos minutos, decidieron que, si alguien del Frente les preguntaba, interpretaría a un sacerdote canadiense de visita. Su francés era bueno, pero el acento no. Supusieron que solo habría que fingir uno o dos días.

—Eres bienvenido tanto tiempo como necesites ocultarte —le dijo Cressonier—, pero estoy seguro de que vuestros marines retomarán esta zona mañana o pasado mañana y estarás seguro.

Muchos de los estadounidenses y europeos dispersos por Hué no tuvieron tanta suerte. Steve Miller y Steve Haukness fueron arrestados aquella mañana en casa de Miller. Encontrarían posteriormente el cadáver de Miller con las manos atadas a la espalda y un disparo en la nuca, en un campo detrás de un seminario católico que el Frente usaba como prisión. Los restos de Haukness aparecerían seis años después.

Todos los extranjeros corrían peligro. Tres médicos alemanes que enseñaban en la Facultad de Medicina fueron ejecutados, junto con la mujer de uno de ellos. Dos misioneros benedictinos franceses, pese a su nacionalidad, fueron también asesinados: uno a disparos; el otro, enterrado vivo. El veterano funcionario del servicio diplomático Philip Manhard fue detenido en una mansión de la ciudad tras llamar al CAMV en Saigón para decir que su casa estaba rodeada. Él y cuatro empleados estadounidenses de una compañía de construcción fueron exhibidos por toda la ciudad, interrogados y obligados a una brutal marcha hacia Hanói. Con ellos iba el empleado de la CIA Eugene Weaver, cuya captura fue grabada por el EVN y posteriormente mostrada en las noticias de la CBS. Fueron retenidos hasta 1973.

Otros resistieron. Más de veinte asesores militares estadounidenses, la mayoría técnicos de las fuerzas aéreas y del ejército, enviaron el mensaje de que estaban rodeados y atrapados. En un edificio de oficinas habían tomado posiciones en ventanas y puertas, preparados para defenderse tanto tiempo como tardase la ayuda en llegar. Aquella mañana, unas tres docenas más de estadounidenses —civiles, funcionarios del servicio diplomático, de la CIA y militares— se encontraron aislados en la ciudad ocupada. Chris Jenkins estaba en la Ciudadela. Había volado a Hué para visitar a unos amigos durante las fiestas. Natural de Filadelfia, de veinticuatro años, trabajaba en Dalat, una ciudad a medio camino entre Hué y Saigón, para el IVS. Sus amigos lo escondieron bajo una cama.

Entre los estadounidenses que Tuy-Cam vio en el puente estaba Marjorie

Nelson, una alta y esbelta médica con unas gafas muy de moda en aquella época, cuya montura con purpurina acababa en punta hacia ambos lados de la cara, y su amiga Sandra Johnson, que enseñaba en el instituto de Hué. Ambas mujeres hablaban algo de vietnamita. Las mujeres soldado del Frente no paraban de hacerles preguntas sobre sus vidas en Estados Unidos, y sobre si estaban casadas o tenían novio.

Una preguntó a Nelson:

—¿Cómo cocináis en Estados Unidos, con madera o con carbón?

La doctora se ofreció a trabajar. Había muchos heridos, pero le dijeron que ya había suficientes médicos y enfermeros vietnamitas. Pidieron a ambas mujeres que pusieran por escrito sus opiniones acerca de la guerra; ambas se opusieron a la implicación estadounidense, y fueron sinceras al hacerlo.^[4]

3

¿Así que quieres ir a Vietnam?

Mike Downs, líder de la Compañía Foxtrot,[1] había trabajado duro para dirigir a sus hombres en combate. Había llegado a los marines procedente de la Universidad Holy Cross, y con veintisiete años, como la mayoría de los oficiales de marines, no quería quedar al margen de un solo combate. Sin experiencia de combate no tendría esperanzas de ascenso.

Downs había cumplido todas sus expectativas: había liderado un pelotón de fusilería; había servido en un pelotón de armas pesadas como ayudante del oficial de operaciones; había dirigido una compañía de fusilería en las tranquilas regiones de Okinawa y del Campamento Pendleton; había asistido a la Escuela de Combate Anfibio en Virginia... Pero tras acabar lo habían asignado no a Vietnam, sino a otro puesto en Okinawa. Un amable superior lo había enrolado en un curso de reemplazo de reconocimiento en Pendleton, de modo que no podría presentarse en Okinawa como estaba previsto. Esto, le dijeron, cancelaría esa asignación, y cuando lo reasignaran, con toda seguridad sería para liderar una compañía en Vietnam. Pero una vez completó el curso —un útil entrenamiento en navegación terrestre y coordinación de apoyo artillero y aéreo—, un sargento le dijo que habían vuelto a saltárselo para los puestos de combate. Le habían asignado nuevamente un puesto en Okinawa.

—Tiene que estar tomándome el pelo —dijo Downs—. Acudí a este

curso de oficiales de reconocimiento para evitar un puesto en Okinawa. Ya he estado en Okinawa. Ya lo he hecho. Quiero ir a Vietnam.

El sargento reflexionó un momento.

—¿Así que quiere ir a Vietnam, señor?

—Sí.

El sargento dijo a Downs que primero debería ir a Okinawa, pero prometió arreglar las cosas de tal modo que en cuanto llegara le dieran un cambio de asignación a Vietnam. Y cumplió su palabra. Cuando Downs, con todo un cargamento aéreo de otros marines, llegó a Okinawa, asistió a una breve reunión administrativa, y luego el capitán fue convocado por un sargento administrativo, que por la expresión de su cara creía que estaba dando malas noticias.

—Sus órdenes han sido modificadas, señor. Se va usted a la Primera División de Marines en Vietnam.

Downs lo había hecho todo correctamente cuando accedió al mando de la Compañía Fox en el otoño de 1967. Se había reunido con todos sus oficiales y algunos suboficiales y les había dicho que sabían más de combatir en Vietnam que él, y que se iba a apoyar en ellos para que le aconsejaran. Los soldados rasos siempre desconfiaban de sus nuevos mandos. Tendían a llegar jóvenes, en forma y ansiosos —y Downs cumplía con las tres condiciones—, cualidades que podían significar trabajo duro y peligro real.

Hacia principios de 1968, Downs era ya un veterano. El 31 de enero sacaron su compañía de un campo de batalla activo al sur de Phu Bai, justo cuando iba a ayudar a arrasar un batallón del EVN atrapado. El superior de Downs, el teniente coronel Ernie Cheatham,^[2] había guiado con mano experta una de sus compañías, Hotel, en un enfrentamiento que obligó a un batallón del EVN a retirarse. Cotejando su mapa, Cheatham vio que se dirigían hacia el río Truoi, demasiado profundo y ancho como para que lo cruzaran a nado o lo vadearan. El río serpentea en general en dirección nordeste, desde las espectaculares cimas verdes y cascadas del bosque de Bach Ma hacia el mar de la China Meridional, más o menos a medio camino entre Hué y Da Nang. Justo por encima de la posición de Cheatham, el río daba un giro nuevamente hacia el oeste, lo que significaba que si movía a sus

hombres con suficiente velocidad para bloquearla, la fuerza enemiga al completo quedaría atrapada. Rodear un batallón completo era demasiado bueno para ser cierto.

Hizo subir la Compañía Fox de Downs para ayudar a Hotel a inmovilizar al enemigo contra el río, y desplegó su Compañía Echo para asegurar el flanco. El batallón del EVN estaba atrapado. Los jóvenes capitanes de compañía de Cheatham sentían que les estaban enseñando una lección magistral en maniobras de infantería. Ahora avanzarían y acabarían con el batallón del EVN. El coronel les había puesto en bandeja de plata a un enemigo que los había martirizado durante meses con trampas explosivas, obuses de mortero y pequeñas emboscadas. Los marines tenían una potencia de fuego muy superior, algo que rara vez tenían ocasión de aprovechar. Luchar contra el VC y el EVN había sido como intentar derribar un mosquito con una maza. Ahora tenían al enemigo a su merced. ¡Un batallón! Excepto que... no pudo ser.

Cheatham recibió órdenes de retirarse. Le informaron de que su cuarta compañía, la Golf de Chuck Meadows, había sido enviada a Hué, y los mandos del Grupo Operativo X-Ray en Phu Bai querían enviar allí inmediatamente otras dos compañías. Esto imposibilitaba definitivamente el aplastante golpe del coronel. Cheatham estaba lívido, y cogió la radio —su identificador era Rockmat Seis— para dejarlo claro.

—¿Se dan cuenta de lo que tenemos aquí? —gritó furioso—. *¡Los tenemos!*

—No se preocupe, Rockmat Seis —fue la respuesta—. Va a ir adonde hay más de los que podrá contar.[3]

Sus oficiales estaban sorprendidos y decepcionados, y Cheatham estaba hundido. Más tarde gruñiría:

—Ahí fuera, en algún lugar, hay un comandante de un batallón del EVN que hablará durante el resto de su vida acerca del hijo de puta más estúpido contra el que jamás combatió.

La Compañía Fox se dirigiría directamente a Phu Bai, y posteriormente, al día siguiente, hacia Hué para unirse a Golf. Hotel se trasladaría a un puente junto a la Autopista 1 donde la recogerían y trasladarían al norte al día

siguiente. Ordenaron a Cheatham dejar atrás a la Compañía Echo, que debería hacer lo que pudiera contra una fuerza enemiga superior.

Llegaron los camiones y trasladaron a los hombres de Downs hacia el norte, a Phu Bai. A primera hora de la mañana habían dejado atrás sus mochilas —comida, munición, calcetines secos, efectos personales— y durante las siguientes semanas las echarían mucho de menos. El soldado Ronald Frasier siempre recordaría haber visto su mochila alineada con las demás en perfecto orden, a lo largo de un borde del campo. Nunca más las verían.

La Compañía Fox pasó una noche en Phu Bai y a primera hora de la mañana siguiente —jueves 1 de febrero— partió hacia Hué. Dijeron a Downs que su compañía iría volando hasta la base del CAMV para una operación que debería durar aproximadamente un día. No habría ataques aéreos ni artillería. La ciudad estaba considerada un importante monumento histórico, y si alguien iba a comenzar a volar cosas, tendría que ser el ERVN. Sus hombres podrían emplear las armas que transportaban: rifles y ametralladoras. Debían asegurar la base, rescatar a algunos de los estadounidenses ocultos en la ciudad y regresar. Downs transmitió las órdenes a los líderes de sus pelotones.

—Coged vuestras cosas —dijo el sargento de pelotón Paul Tinson a sus hombres—. Vamos a la ciudad de Hué a rescatar a la Compañía Golf. La han cagado bien allí. Coged solo vuestros chalecos y algo de equipo porque estaremos de regreso para cenar.[4]

Reunieron munición y una lata de raciones C para el bolsillo lateral de sus pantalones y esa mañana formaron en el patio, donde los helicópteros Sea Knight los recogerían[5] para un vuelo de veinte minutos. Serían necesarios varios vuelos para transportarlos a todos. En cada vuelo los hombres iban alineados a ambos lados del aparato, sentados sobre sus cascos para proteger sus órganos sexuales de balas que pudieran atravesar el suelo. Conforme se acercaban a la ciudad, los helicópteros volaban más alto, esperando que comenzase el fuego de supresión, y luego descendían rápidamente hacia el noroeste, sobre el río Van Duong, para girar de golpe a la izquierda, donde este se encontraba con el Huong. En ese momento comenzaban a volar de

lado. En uno de los vuelos, un fuerte *¡clang! ¡clang! ¡clang!* metálico sonó cuando algunas balas alcanzaron el fuselaje. Un marine se tiró al suelo para cubrirse. Los disparos cesaron abruptamente y mientras el helicóptero se nivelaba, los demás se rieron de él.

—¿De qué mierda os reís? —preguntó—. Solo he sido más rápido que vosotros.[6]

El fuego de armas ligeras era esporádico, pero asustaba a todo el mundo. Uno de los helicópteros transportaba a un montón de periodistas, algunos de los cuales se bajaron cuando aterrizó. Los demás, para diversión de Downs, se quedaron donde estaban para regresar volando a Phu Bai.

Kyoichi Sawada y Mike Morrow fueron dos de los que bajaron. Sawada era famoso: había ganado un premio Pulitzer dos años atrás por sus fotos de Vietnam. Morrow era un completo aficionado. Había encontrado la batalla por casualidad. Era un chico alto y flaco, con una espesa mata de rebelde pelo castaño y gafas de montura negra de carey. Estaba en la Universidad de Dartmouth aprendiendo la historia de la diplomacia chino-estadounidense e intentando aprender chino cuando consiguió agenciarse un viaje de verano a Taiwán. Cuando acabó el verano, quiso quedarse. Notaba que su habilidad con el chino iba mejorando, y obtuvo permiso de su profesor para quedarse un poco más antes de regresar para terminar su carrera. Pero Morrow había excedido ese tiempo. Un año más tarde, aún en Taiwán, se enteró de que había perdido su estatus de estudiante. Sus padres le enviaron un billete de regreso, pero sabía que sin la prórroga por estudios probablemente sería reclutado.

Morrow no tenía una opinión definida sobre la guerra, pero, inmerso en sus estudios asiáticos, le fascinaba lo que estaba pasando en Vietnam. Había una gran diferencia entre tener curiosidad y entregarse a ello. No estaba en contra de la guerra, pero tampoco creía tanto en ella como para luchar. La verdad, pensó, era que no sabía suficiente de ella como para tener una opinión. De modo que impulsivamente había cambiado su billete a casa por uno para Saigón, y en el verano previo había volado hasta allí con un visado de turista y sesenta dólares en el bolsillo. Estaba aterrado. Tenía el nombre del tío de un amigo, que vivía en Cho Lon, pero no sabía dónde quedaba

aquello ni cómo llegar hasta allí. En el aeropuerto de Saigón se dio cuenta de que su inglés le servía más que su chino. Dijo que tenía intención de trabajar como periodista, de modo que lo pusieron en un autobús hacia el hotel Caravelle, donde se alojaba la mayor parte de los periodistas estadounidenses. Anocheceía ya cuando llegó y no sabía cuán seguro era estar por las calles de Saigón de noche, así que entró. Preguntó cuánto costaba una habitación por una noche. El precio era treinta y cinco dólares, más de la mitad de su dinero, pero estaba desesperado, de modo que tomó la habitación. No se atrevió a gastar más, así que no comió. Tampoco durmió. A primera hora de la mañana recordó el nombre de un corresponsal del *Baltimore Sun*, Bob Erlandson, para quien había trabajado como traductor en Taiwán. Buscó la dirección en Saigón de Erlandson y resultó ser, de entre todas, el hotel Caravelle. Lo llamó por el teléfono de la habitación.

—Baja —le dijo Erlandson—. Desayuna con nosotros.

Morrow fue inmediatamente hasta la habitación del periodista y llamó a la puerta.

—Adelante —gritó Erlandson. Había café en la mesa.

El periodista del *Sun* ayudó al chico a orientarse. Lo llevó a las oficinas de la UPI, donde le dieron una carta de presentación. Decía que era un corresponsal oficial de UPI. La agencia de cables de noticias le entregó carretes gratis a condición de que les trajera las fotos a ellos primero. Si cogían alguna, le pagarían diez dólares. Luego escribió al *Dartmouth Daily News*, un diario de Hanover, New Hampshire. Ofreció escribir cartas desde Vietnam a cambio de que le enviara, en membrete oficial del diario, una carta que lo identificara como su corresponsal. El diario le respondió. Con las dos cartas consiguió un pase de prensa para el CAMV, que le otorgó el mismo acceso a transporte militar del que disfrutaban todos los periodistas profesionales. Dado que hablaba chino, escribió varios reportajes acerca de Cho Lon, un enclave chino, donde se alojó con el tío de su amigo. Las publicó el *Washington Post*, y de esa manera él se convirtió legítimamente en corresponsal de varios diarios estadounidenses. Morrow había estado en el delta del Mekong a bordo de una patrullera de la Marina cuando el fuego enemigo la hundió, y tuvieron que rescatarlo del río. Así que para cuando

aterrizó en Hué ya había visto algunas cosas.

Pero no había visto nada como Hué. Llegó sin tener ni idea de si estaba sucediendo algo digno de noticia. El día anterior se había quedado varado en una base aérea en Quang Tri intentando conseguir transporte a la ciudad para pasar las fiestas con algunos amigos del IVS, entre ellos la doctora Marjorie Nelson y Sandra Johnson. Allí, sobre el asfalto, como salida de la nada, una bala de ametralladora cayó frente a él y rodó hasta sus pies. Al parecer había viajado una gran distancia antes de caer. Aún estaba caliente cuando se agachó para recogerla. *¿Sabes?*, pensó, *eso ha sido buena suerte*. Se la metió en el bolsillo. Consiguió sitio en un helicóptero a Phu Bai y cuando bajó vio a Sawada —al que conocía y admiraba— subiendo a un helicóptero de la compañía de Downs. Le preguntó a dónde se dirigían.

—Vamos a Hué —respondió Sawada.

Preguntó al sargento del pelotón si podía ir con ellos, y le hicieron gestos de que subiera. Se sorprendió cuando aterrizaron en medio de un tiroteo.

También Gene Roberts venía en uno de los Sea Knight junto a más hombres de Downs, y corrió hacia el combate con ellos, recorriendo rápidamente las dos manzanas hasta la base.

La mayoría de los marines estaban sorprendidos de encontrarse en una ciudad. Todo lo que habían visto de Vietnam eran bases aéreas, arrozales y jungla. Aquí veían altos edificios, anchas calles pavimentadas, coches y camiones aparcados junto a los bordillos, parques, bares, restaurantes, casas bonitas y acogedoras. No tenían tiempo para contemplarlo. Se movieron con disciplinada coreografía formando un gran círculo en torno al helicóptero para proporcionar fuego de cobertura, y cuando este se elevó, atravesaron corriendo el parque Doc Lao y la calle Le Loi, alineándose contra un edificio. A su alrededor las balas impactaban, rebotaban contra el pavimento con un agudo crac y explotaban en la pared, disparando pequeñas nubes de polvo de piedra que les inundaron los senos nasales y las bocas, y les irritaron los ojos.

Mientras esperaban, Dan Carter vio que un fotógrafo lo enfocaba. Justo cuando ordenaron a su grupo moverse hacia la base, se giró hacia la cámara (¡quizá sus padres le verían!) y tropezó. Su casco y su arma salieron volando. Se recobró e intentó atrapar al grupo. Había un tanque en la calle, en el

exterior de la puerta de la base, y cuando se agachó para recoger su arma, el tanque disparó, dejándolo casi sin sentido. Con los oídos zumbando, trastabilló hacia atrás.

El tripulante de la torreta del tanque miró hacia él y pidió disculpas.

—Ya puedes entrar, si quieres —le dijo.^[7]

4

Se había logrado la consternación

La ofensiva del Tet tuvo una gran repercusión en Estados Unidos, pero la mayor parte de los medios la retrataba como una serie de ataques sorpresivos y en general poco efectivos por todo el país. El *New York Times* de aquel jueves por la mañana, en una noticia escrita por Mohr, en Saigón, se centraba sobre todo en los ataques a la capital. Venía acompañada por la foto de un soldado estadounidense muerto en la parte trasera de un transporte blindado y otra de una pila de combatientes del VC muertos frente a una emisora de radio local. Mohr describía «focos de resistencia» por todo el país, y añadía de pasada: «El Vietcong ocupa aún partes de Hué».[1]

Chris Jenkins, el trabajador del IVS escondido en una casa de la Ciudadela, oyó acerca de los mismos «focos de resistencia» en un reportaje de la Radio de las Fuerzas Armadas. Sus anfitriones vietnamitas le dijeron que había soldados del Frente por todas partes.

La valoración oficial, tanto del gobierno survietnamita como del CAMV, era que el enemigo había sufrido durísimas bajas a cambio de cuestionables beneficios «psicológicos».[2] Todos los informes insistían en que el enemigo no había capturado ningún territorio. Mohr citaba a Westmoreland, después de que el general visitara la embajada acribillada a tiros en Saigón, diciendo que los esfuerzos del enemigo habían resultado un fracaso, y que habían buscado «causar la máxima consternación en Vietnam del Sur».

—Estaba claro que la consternación se había logrado —escribía Mohr.[3]

Pero también quedaba claro para Gene Roberts, que recogía información en la base del CAMV en Hué, que allí estaba sucediendo algo más grande de lo que nadie sabía o quería admitir. Le dijeron que la bandera del Frente ondeaba sobre la Ciudadela, aunque él no podía ver más allá de una o dos manzanas en cualquier dirección. Vio aviones survietnamitas sobrevolando la ciudad y arrojando bombas. En el tejado de la base, los marines disparaban ocasionalmente contra objetivos en las calles, y si bien el lugar en sí mismo no estaba siendo atacado, las patrullas que se habían aventurado a salir solo habían recorrido una corta distancia antes de verse obligadas a retroceder transportando nuevas víctimas. Dentro de la base, la atmósfera era sorprendentemente tranquila. Oyó cómo Frank Doezema, al menos en esta versión, había salvado él solo la base en la noche anterior. Nadie lo dijo, pero el periodista del *Times* pronto llegó a la conclusión de que la base estaba totalmente rodeada.

Había esperado pasar unos cuantos días recogiendo información, pero ahora sentía que tenía que explicar la historia de inmediato. Vietnam iba doce horas adelantado al horario de Nueva York, donde el diario del viernes comenzaba ahora a componerse. Si quería llegar a tiempo para la edición del sábado, Roberts tenía que enviar su crónica en la mañana siguiente como muy tarde. Si se quedaba en Hué, tendría que dictar la crónica a alguien de la oficina de Saigón por teléfono, pero en la base solo había dos líneas, y ambas estaban ocupadas con temas militares. De modo que para decir al mundo lo que estaba sucediendo tendría que regresar a Phu Bai.

Para el jueves, poco más de un día desde el inicio de la ofensiva, las líneas de combate se habían solidificado, a norte y sur. La compañía de los Hac Bao, con los soldados del general Truong, habían estabilizado las defensas de Mang Ca, y hacia mediodía las reforzaron tropas del ERVN en helicóptero. Los Sea Knight estadounidenses que las depositaron habían volado con un enorme riesgo. Una nube cubría la fortaleza a solo sesenta metros de altura, y por debajo de ella había una densa neblina. Los pilotos descendieron bajo un intenso fuego de armas ligeras y de mortero. Después de un solo viaje en el que entregaron apenas la mitad de los refuerzos de

Truong, se suspendieron los vuelos siguientes.[4] Líneas enemigas excavadas alrededor de las puertas impidieron al grueso de los soldados del ERVN, con sus filas diezmadas por el permiso vacacional,[5] entrar en la Ciudadela. Hacia mediodía del viernes, un batallón[6] consiguió abrirse paso. Con la ayuda de cañoneras, había remontado el río Huong, al este de la fortaleza, en tres juncos, y se había abierto paso combatiendo por la puerta nordeste, Trai.

Antes de que esas tropas llegasen, y con una mala comprensión de los problemas del general vietnamita, el general LaHue instaba a Truong a expulsar de la Ciudadela al resto de las fuerzas enemigas. El comandante vietnamita apenas podía defender su base. Sin embargo, LaHue ordenó que se dejasen las operaciones dentro de la fortaleza al ERVN, mientras los marines enviados desde Phu Bai concentrarían sus esfuerzos al sur del río, en el triángulo.

—Definitivamente controlamos el sur de la ciudad —mintió a los periodistas—. No creo que [los enemigos] posean capacidad alguna de reaprovisionamiento, y en cuanto consuman lo que han traído, estarán acabados.[7]

En realidad, el Frente había establecido líneas de suministro que llegaban hasta sus campamentos del noroeste. Controlaba todas las puertas del norte y oeste de la Ciudadela, casi todo el sur de Hué y los terrenos de alrededor de la ciudad a oeste y sudoeste. Tenían hospitales de campaña funcionando y entregas regulares de hombres, munición y comida. Su dominio sobre la ciudad se había reforzado. El batallón de seiscientos hombres liderado por el teniente Tang Van Mieu (el comandante de quien se afirmó falsamente que había sido capturado) pudo finalmente entrar en la ciudad a través de la puerta Chanh Tay, y se lanzó a un combate decisivo por el aeródromo. En el triángulo, el número de marines era diez veces inferior al de sus enemigos.

El capitán Meadows, cuya compañía se había visto diezmada en el puente Truong Tien, probablemente tenía la mejor prueba en cuanto a la desproporción de fuerzas. A él y a lo que quedaba de su Compañía Golf les ordenaron lanzar otro ataque en la mañana del jueves. Avanzarían siete manzanas al oeste y se unirían a la lucha por la prisión. Era una orden imposible. ¿Siete manzanas? ¡Nadie había conseguido llegar más allá de una

o dos!

Era casi un milagro que el Frente no hubiese podido tomar el centro de comunicaciones, donde el personal de las fuerzas aéreas se encontraba atrapado. El equipo permitía enlaces seguros entre Mang Ca, la base y Phu Bai. Lamentablemente, el flujo de información iba sobre todo de arriba abajo, en lugar de abajo arriba. Comunicaciones eficaces y seguras como esta convirtieron Vietnam en la primera guerra en que los comandantes podían intervenir a distancia en una batalla *mientras esta tenía lugar*, lo que no siempre es algo positivo. El general LaHue y sus subalternos en Phu Bai miraban mapas y decidían qué era importante y qué era posible sin ninguna idea de su nivel de dificultad. Todos los intentos de comunicar, desde la base, lo incierto de su posición quedaban arrinconados ante el constante flujo de órdenes urgentes.

Gravel protestó contra la orden de hacer salir nuevamente a la Compañía Golf, pero en vano. De modo que Meadows y sus hombres salieron. Los dos tanques que llevaban fueron ametrallados tan intensamente nada más salir por las puertas que las antenas y todo el equipo almacenado fuera de los vehículos acabaron destrozados. En el furioso intercambio de disparos, un pequeño grupo de aterrorizados civiles corrió por la calle en busca del lugar más seguro a la vista, que era la base. Eran los primeros de lo que en los días venideros se convertiría en una inundación.

La Compañía Golf insistió. Consiguió tomar varios de los edificios de enfrente de la base, y luego libró una encarnizada batalla de tres horas contra el lado norte de la calle para poder entrar en la Universidad de Hué. Meadows perdió aún más hombres intentando tomar el edificio, una estructura de una manzana de largo y dos pisos de altura que rodeaba un gran patio. Ocupar el edificio daba a los marines un mejor dominio sobre la intersección al pie del puente Truong Tien. Esto hizo que el tráfico en ambos sentidos hacia la ZA y el embarcadero fuera un poco menos peligroso. Una a una, los soldados fueron tomando las muchas clases y oficinas, buscando combatientes del Frente y trampas explosivas. El edificio fue seguro hacia el jueves por la noche. Se llenó rápidamente de civiles. El enemigo había retrocedido, pero los marines no sabían hasta dónde. De los 160 marines que Meadows había

llevado consigo el día anterior quedaban menos de 100. El pequeño dominio estadounidense sobre el sur de Hué había crecido una manzana.

Quienes estaban en la parte superior de la cadena de mando ya no podían ignorar qué sucedía en Hué, pero la incredulidad había dado paso a la negación. Pese a la experiencia de Meadows, se dieron órdenes para una misión a la Compañía Fox del capitán Downs en cuanto esta llegó a la base. A Downs le dijeron que en la ciudad solo había fuego esporádico por parte de tercios francotiradores en las manzanas que rodeaban la base. La tarea de la Compañía Fox sería rescatar a los estadounidenses que resistían en el centro de comunicaciones, a unas peligrosas manzanas de distancia. Un sargento de la fuerza aérea que había estado destinado allí se ofreció a guiarlos, de modo que Downs lo asignó a su Segundo Pelotón, liderado por el teniente Rich Horner.

Sus hombres consideraban a Horner demasiado cerebral para ser un auténtico marine. Procedía de Illinois y tras obtener un grado de ingeniería en la Universidad de Bradley, en Peoria, había conseguido un empleo en California para North American Aviation, trabajando para el programa espacial. Había sido, literalmente, un científico de cohetes. El empleo venía con una prórroga militar, pero Horner, en un arranque patriótico y necesitado de una vida más excitante, había entrado en los marines. Sabía que esto, con toda probabilidad, lo llevaría a Vietnam. A veces sus credenciales jugaban en su contra a la hora de liderar a los soldados, muchos de los cuales consideraban que los libros y la cultura eran un impedimento para el sentido común. Solo tenía veintiséis años, pero unas profundas arrugas en sus mejillas le otorgaban una apariencia grave y profesional, lo que se sumaba a la percepción de que era más un pensador que un hombre de acción. Esta impresión quedó fijada cuando, al inicio de su andadura con la Compañía Fox, leyó mal un mapa y desvió al pelotón muchos kilómetros de su curso. También le valió el apodo *Wrong Way Go Far*, «Desviado Demasiado Lejos». Todo apuntaba, injustamente, a la ineptitud.

Los tipos más afortunados tenían apodos que surgían naturalmente de sus nombres. Don Hausrath, por ejemplo, amigo de Horner y líder del Tercer Pelotón de la Fox, fue *Rat* («Rata») desde el primer día. Él, un pelirrojo bajo

y fornido de California, cuatro años más joven, lo adoptó al instante y escribió *Rat* en el centro de su casco durante su primer día en Vietnam. Rata era un buen nombre para un luchador callejero.

El apodo de Horner no estaba escrito en su casco. Gustaba a sus hombres, pero ellos no se cortaban a la hora de cuestionar sus órdenes. Conforme su pelotón se preparaba para la excursión a las calles de Hué, el sargento de las fuerzas aéreas preguntó al cabo Chris Brown, uno de los líderes del escuadrón de Horner:

—Sabes, llevo todo el día viendo gente intentar bajar por esa calle y a todos les han pateado el culo. ¿Qué te hace pensar que vamos a ser diferentes?

Brown encogió de hombros.

—Son órdenes.

Pero cuanto más lo pensaba, más creía Brown que era una muy buena pregunta. Se la hizo a Horner.

—Nadie ha conseguido hacerlo, teniente —dijo el cabo—. ¿Qué le hace suponer que podemos?

—Escucha, Brown, son nuestras órdenes —respondió Horner—. Es lo que nos han ordenado hacer y es lo que haremos.

Su pelotón iba en cabeza. Se movieron en formación clásica, dos escuadrones, uno a cada lado de la calle, y un tercero en reserva. El de Brown avanzó por el lado derecho de la calle, encabezado por Lou Gasbarrini, quien siempre insistía en ir delante. Le seguía Charlie Campbell, luego Brown y después el resto del escuadrón. Tras ellos iban el escuadrón de reserva y el puesto de mando: Horner, su operador de radio y el sargento de la fuerza aérea. El contingente de retaguardia incluía dos fotógrafos, entre ellos el fotógrafo de la UPI Sawada,^[8] el periodista de AP John Lengel y dos médicos del pelotón. Marcharon bajo la lluvia y la neblina y llegaron sin incidentes hasta la esquina de la calle Tran Cao Van, donde relevaron a la Compañía Golf. Luego giraron a la derecha y comenzaron a bajar por Tran Cao Van, una calle flanqueada a ambos lados por edificios de uno y dos pisos casi desde los bordillos. En el lado derecho había una amplia acera de ladrillos con grandes árboles plantados en hilera, y postes de teléfono con

cables colgando hasta la altura de los tejados. En el lado izquierdo había bordillo y césped y muros bajos de piedra antes de llegar a una larga hilera de casas antiguas y señoriales.

Los disparos comenzaron cuando llevaban unos nueve metros. El enemigo había esperado, estaba claro, a que todo el pelotón hubiera doblado la esquina y quedara separado de la ametralladora de la torre de la base y los búnkeres defensivos. Gasbarrini fue el primero en caer, y quedó tendido inmóvil en la calle. Campbell saltó por encima de un muro de piedra y se puso a cubierto tras él. Brown se ocultó tras uno de los árboles. Tras ellos, el sargento de las fuerzas aéreas, que iba junto a Horner, recibió un impacto y cayó. En respuesta a frenéticas peticiones de auxilio, Doc Goose, el oficial médico de la Marina James Gosselin, salió corriendo por la calle. Pasó junto a Brown hacia el hombre derribado, pero entonces también él recibió un disparo. Cayó pesadamente contra la base de un muro de piedra con la flacidez con que caen los muertos. Su casco rodó por la acera. Tras él venía William Henschel, un brillante soldado de Ohio, miembro del escuadrón de Brown, que se había presentado voluntario para transportar el maletín del médico cuando el pelotón se encontró corto de personal. Henschel se había convertido en el ayudante de Doc Goose, aprendiendo de él todo lo que podía en las semanas previas. Consiguió llegar uno o dos metros más allá de Gosselin antes de caer también con un disparo en la cabeza. Después cayó el operador de radio de Brown, Stan Murdock. Era evidente que estaba muerto.

Brown comenzó a buscar dónde ponerse a cubierto. Zigzagueó por la acera y una bala trazadora impactó en su casco, haciéndolo volar. Saltó sobre el mismo muro que Campbell, y por un momento pensó que también él había muerto. Pero no tenía ni siquiera un rasguño en la cabeza. Ambos se agazaparon tras el muro durante horas, con Brown asomando la cabeza para ver qué sucedía en la calle.

—Eh, no hagas eso —dijo Campbell.

—¿Qué?

—No saques la cabeza así. La van a ver.

Por encima del traqueteo de los disparos, Brown llamó a Gasbarrini.

—Sí —respondió aquel—. Estoy bien. Me han dado en el brazo. Me hago

el muerto.

Tras ellos había otra pared más alta, y Brown pensó que aquella era la manera en que hubieran debido avanzar, por fuera de la calle, no por el medio de la misma. Su amigo Cristóbal Figueroa-Pérez lo estaba haciendo bien, avanzando, saltando paredes, arrastrándose, deteniéndose a mirar y avanzando hasta que también él recibió un disparo en la cabeza.

Horner desistió inmediatamente de seguir avanzando, pero tampoco parecía haber modo alguno de retroceder. Tenía muertos y heridos en la calle y hombres cubriéndose tras cualquier cosa que pudieran encontrar. Se quedaron allí atrapados... durante *horas*. El capitán Downs estaba frente a él, pero tras un muro. No podía ver qué había delante del pelotón. No paraba de instar a Horner a que avanzase. El teniente le gritó que no había manera. Podía ver que el enemigo tenía posiciones de disparo bien ocultas por todo el vecindario, cerca y lejos, en edificios, en búnkeres, tras muros de piedra y, aún más efectivo, en tejados y ventanas superiores de los edificios más altos. Había intentado maniobrar con sus hombres en busca de un modo alternativo, entrando en casas y saltando paredes, intentando avanzar desde detrás, pero todo movimiento, como el de Figueroa-Pérez, solo acababa con más bajas. Horner presintió que ninguno de ellos iba a salir con vida de la calle.

Entonces dos tanques avanzaron por la calle tras ellos. Hubo cierto debate en torno a cómo emplearlos para seguir avanzando, pero Horner sabía que no iba a dar resultado. Por sí solos, los tanques eran demasiado vulnerables, y mover soldados a su alrededor solo conseguiría más muertos.

En medio de la acción, Downs respondió a una pregunta de Lengel, el periodista de AP. El capitán solo había estado unas horas en Hué, pero ya entendía contra qué se las estaba viendo.

—Va a ser así en cada casa, en cada manzana —dijo—. Un solo hombre puede inmovilizar a toda una unidad. Necesitamos apoyo aéreo y artillería. Sin ellos no iremos a ningún lado.[9]

Tras consultar con Gravel se decidió que los tanques se moverían calle arriba para proporcionar cobertura, recoger las bajas y retirarse. A Horner le costó unos minutos conseguir hablar por radio con el comandante del tanque, y después los vehículos avanzaron. Mientras lo hacían, el operador de radio

de Horner, David Collins, recibió un disparo en el cuello y cayó muerto.

Cuando los tanques llegaron a la altura en que estaban Brown y Campbell, uno de ellos se acercó a la acera y los dos marines se escondieron tras él. Recogieron a Henschel con su bolsa de oficial médico y lo colocaron sobre el tanque. Brown creía que el chico había muerto, pero pronto se dio cuenta de que no era así. El tanque se zarandeó de golpe hacia adelante y Henschel rebotó, cayendo a la calle. Cuando el vehículo invirtió la marcha de repente y pasó por encima de su pie, Henschel gritó. Se le aplicó un torniquete en la extremidad inferior. Roberto DelaRivaVera, que había caminado delante en el lado izquierdo, era el más alejado. Conforme los tanques avanzaban, empezaron a recibir impactos de granadas propulsadas por cohetes. A diferencia de los tanques más pequeños y ligeros del ERVN, los Patton podían soportar impactos, pero los cohetes explotaban al impactar y desviarse, y su metralla se esparcía sobre los marines. Horner recibió un impacto y cayó.

Las astillas de metal habían desgarrado su costado izquierdo, hiriendo gravemente su brazo y mano. No sentía dolor (*debe de ser la adrenalina*, pensó) pero se convenció de que era hora de irse de la calle Tran Cao Van. DelaRivaVera parecía muerto y Horner, aún racional y sin sentir dolor, decidió que no valía la pena arriesgar más hombres en aquel momento para recuperar el cuerpo. Downs estaba a punto de coincidir con él, pero entonces se detuvo. Dejar a un herido atrás violaba una regla básica del Cuerpo de Marines. Dio órdenes a los tanques de acercarse lo suficiente para que sus hombres salieran de detrás a poner el cuerpo a cubierto, pero fue innecesario, pues en cuanto el vehículo estuvo suficientemente cerca, DelaRivaVera se incorporó y se puso tras él. Downs se juró que nunca más dudaría sobre recuperar a un hombre herido.

Horner se mantuvo consciente hasta que el pelotón regresó a la base. Luego perdió el sentido. Sus heridas lo sacarían de Hué. Después de que los médicos lo parchearan, pasó la noche solo en una habitación, sobre una mesa. De vez en cuando alguien pasaba para comprobar su estado. Seguía sin sentir dolor.[10]

Algunos miembros de su pelotón estaban sentados en el suelo de otra

habitación de la base, fumando y comparando recuerdos de lo que había sucedido, intentando darle algún sentido. ¿Por qué demonios no los habían enviado con los tanques desde el principio? Los hombres repasaron qué había sucedido a cada uno de los miembros de su pelotón. Todos estuvieron de acuerdo en que Cristóbal Figueroa-Pérez tenía mal aspecto. Seguramente no lo conseguiría.[11]

Esta era una pérdida especialmente dolorosa para Brown. Él y Figueroa-Pérez eran íntimos. Semanas atrás, cuando recibieron correo por primera vez en muchos días, Figueroa tuvo carta de su mujer. Del peor tipo. Lo dejaba. Se la enseñó a Brown, su líder de escuadrón. La mayoría de los tipos eran demasiado jóvenes para estar casados, pero Brown era un poco mayor (solo tenía veintiún años, pero se *sentía* mayor) y también tenía una esposa esperando en casa. De modo que eso los había unido, pese a que el limitado inglés del puertorriqueño y el inexistente español de Brown dificultaran mantener una conversación.

No fueron necesarias muchas explicaciones para que Brown se diera cuenta de que la carta había supuesto un duro golpe para su amigo. Brown había conocido a su esposa, Madeline, en Brooklyn, Nueva York. Él era de Ohio y se había alistado en los marines en 1964, justo tras el instituto. Al principio lo habían destinado al Astillero Naval de Brooklyn como guardia de seguridad. Madeline tenía diecinueve, era de Brooklyn y trabajaba en las oficinas de una gran compañía de seguros de Manhattan, en la Cincuenta y Nueve y Madison. Creía que tenía la vida más glamurosa que se pudiera imaginar. Por la noche, ella y sus amigas eran voluntarias en un club para militares de su barrio, y allí conoció a Chris. Había bandas tocando los últimos éxitos de *rock 'n' roll* y las chicas solían bailar juntas a menos que alguno de los hombres fuera suficientemente atrevido para pedir un baile. Brown lo era. Y era un buen bailarín. Tenía ojos grandes y cejas espesas, y el pelo un poco más largo que la mayoría de los marines, peinado de lado sobre la frente. Se prometieron en diciembre de 1965 y un año más tarde estaban casados. A Brown solo le quedaba un año de alistamiento por cumplir cuando recibió orden de acudir a Vietnam. Era lo peor. Se escribían tres o cuatro veces a la semana.

Brown podía sentir el dolor de su amigo.

—¿Sabes? —dijo a Figueroa-Pérez—. Te llevaré con el capellán.

Pensó que a su amigo le iría bien un poco de consejo profesional. Una vez allí intentó sin éxito convencer al capellán de que diera a Figueroa un poco de R&R,[*] aunque fuera para que se recobrase. Seguramente ahora ya no importaba, excepto por el hecho de que la desleal señora Figueroa-Pérez recibiría su paga de viudedad (unos diez mil dólares), algo que le resultaba ofensivo.

Los marines estaban impresionados y sorprendidos por Sawada, el fotógrafo japonés. Les parecía increíble que hubiera periodistas y fotógrafos trabajando tranquilamente en medio de aquel caos.[12] Les corroboraba su impresión de que habían dado de bruces con algo grande.

Mike Morrow, el fotógrafo *freelance* que había caído en Hué por casualidad, salió de la base ese mismo día con otra patrulla de marines. Tampoco consiguieron llegar lejos, pero en medio del tiroteo, un joven blanco corrió a toda velocidad por la calle hacia ellos. Era Steve Earhardt, uno de los miembros del equipo de IVS al que Morrow había pensado unirse. Llevaba dos días oculto. Dijo a Morrow que Nelson, Johnson y los demás habían sido arrestados. El periodista se dio cuenta de que si hubiera llegado a Hué a tiempo para la fiesta hubiera corrido la misma suerte. Al día siguiente voló de regreso a Phu Bai en uno de los helicópteros medevac, pero con planes para regresar. Morrow no era un periodista experimentado, pero reconocía un buen reportaje cuando lo veía.

Los soldados no tenían la opción de volver. Aquella noche, en la base, Brown se quedó finalmente solo con sus pensamientos. Había pasado su primer día en Hué asustado como nunca antes. El miedo había comenzado cuando el helicóptero en que llegaron recibió impactos de bala, y se había quedado con él a plena potencia. Se dio cuenta de que se había adaptado a él. Esto le sorprendió. El miedo, al ser ubicuo y compartido, perdía importancia. Aún estaba allí, pero cuando te dabas cuenta de que no había nada que hacer al respecto, dejaba de importar. Se convertía en tu nueva realidad. Siguió

recapitulando los acontecimientos de aquella tarde en la calle. ¿Qué podían haber hecho de otra manera? Recordó pensar, cuando Henschel caía, *OK, se acabó*. Y cuando había sentido demasiado miedo para moverse, por alguna razón fue el momento en que se movió. Era como si su cerebro y su cuerpo viajasen en direcciones opuestas al mismo tiempo, la mente diciendo *quédate* y el cuerpo diciendo *corre*. El cuerpo se impuso. Y había sobrevivido. Era suerte, pero también instinto. Ahora lo que sentía, más que el miedo, era frustración. ¿Cómo se suponía que ibas a avanzar en condiciones como esas? ¿Por qué se les ordenaba hacer algo así? La gente iba muriendo y nadie parecía saber qué estaba pasando. Aquella noche no durmió. La mitad de los hombres se quedaron despiertos y los restantes cerraron los ojos, pero cuando Brown cerraba los suyos, su cerebro volaba.

Su superior al mando pensaba más o menos lo mismo con respecto a cómo se los estaba empleando. Al capitán Downs le habían ordenado ensillar a sus hombres para otra intentona contra la prisión, que estaba a unas todavía imposibles siete calles. Incluso si no hubiera conocido la experiencia de Meadows, él había estado en la calle con sus hombres aquella tarde y sabía leer un mapa. La prisión quedaba junto a los cuarteles provinciales —la aproximación a la prisión pasaba por aquel lugar— y Gravel sugirió que Downs llevase allí a sus hombres y los usara como trampolín para el ataque. Esto, por supuesto, ignoraba la casi imposibilidad de llegar hasta los cuarteles provinciales, que estaban cinco veces más lejos de lo que nadie había sido capaz de llegar al sur de Hué en los últimos dos días. Cuando Downs habló con algunos de los asesores militares que recibían informes de sus aliados del ERVN, preguntó si alguien había consultado el plan con los que estaban en los cuarteles provinciales. Le dijeron que ahora había ametralladoras del EVN en el tejado de ese edificio y que en el mástil ondeaba una bandera del Vietcong.

Dijo a Gravel que la orden era una locura. Como las demás, se había originado en Phu Bai, de modo que el coronel se sentía obligado a obedecerla. Downs llamó por radio a su sargento de artillería, Ed Van Valkenburgh, y le dijo que preparara a los hombres.

Pero cuanto más pensaba Downs en la jugada, más se convencía de que

era una temeridad. Buscó nuevamente a Gravel y le pidió permiso para escribir un mensaje formal explicando la situación en detalle y pidiendo que se rescindiera la orden. Gravel envió el mensaje y, en un plazo relativamente corto, el Grupo Operativo X-Ray se desdijo.

Cuando Downs llamó nuevamente a su sargento y le dijo que desmovilizara a los hombres, Van Valkenburgh respiró aliviado. Dijo al capitán:

—Tenía miedo de tener que bajar por la misma calle que esta tarde.

—Gunny —dijo Downs—, esta noche íbamos a ir a un lugar que habría hecho que lo de esta tarde pareciera una caminata por el parque.

Gravel recibió la orden de enviar de regreso a Phu Bai los vehículos que habían transportado a las compañías Alpha y Golf el día anterior. Los camiones estaban cargados con muertos y heridos, y atravesaron la Autopista 1 con una escolta de cuarenta marines y ambos cuatro-cincuentas. Meadows envió al mando a su líder de pelotón más experimentado, el teniente Bill Rogers. Si conseguían llegar, dijo a Rogers, debía hablar en persona con el mando del Grupo Operativo X-Ray y explicarles con los términos más duros posibles qué mierda estaba pasando en Hué.

5

Los *snuffies* y la mujer más dura del mundo

Gene Roberts salió de Hué con el último helicóptero el jueves 1 de febrero por la tarde, al anochecer. Había marines heridos en el suelo y bolsas de cadáveres apiladas contra las paredes. Se sentó sobre los muertos, sujetando con ambas manos ampollas con vías de administración de fármacos unidas a los heridos en camillas, a sus pies.

Se iba sabiendo más de Hué, pero de un modo inadecuado. El viernes por la mañana el *Washington Post* ofreció una historia compilada a partir de varios informes de noticias, según la cual había una tenaz fuerza de un millar de guerrilleros del Vietcong en la ciudad, enarbolando su bandera. No era un informe escrito desde el lugar, y el número de fuerzas enemigas era demasiado bajo, pero sí que decía, sin error, que la mayoría de la ciudad había sido tomada. También sugería que había pocas posibilidades de que el enemigo pudiera mantenerla mucho tiempo.[1]

El reportaje de Roberts sería el primero desde el escenario, y el primero en reflejar la magnitud de lo que había sucedido. Se publicó en la portada del *New York Times* el sábado.

EL ENEMIGO MANTIENE UN FÉRREO DOMINIO SOBRE HUÉ

Fuerza estimada en 5 batallones – Los marines de Estados Unidos mantienen dos manzanas de la ciudad

HUÉ, Vietnam del Sur, 2 de febrero – Batallones enemigos han repelido repetidos ataques de tanques de los marines y aviones survietnamitas y mantienen hoy un férreo control sobre la antigua ciudad de Hué.

Al caer la noche, los marines solo controlaban dos manzanas de la humeante ciudad. Y siete batallones del Ejército de Vietnam del Sur luchaban sin éxito para expulsar a los combatientes de Vietnam del Norte y del Vietcong de la Ciudadela, una fortaleza del siglo XIX construida para proteger el histórico palacio imperial de la nación.

La potencia de la resistencia enemiga tomó a los survietnamitas por sorpresa. Ayer mismo, los mandos vietnamitas en el área mantenían que la presencia militar enemiga en Hué era débil y carecía de suministros, y que caería ante el primer gran ataque aliado.

Hoy esa evaluación ha cambiado. «Se cree que las fuerzas enemigas en la Ciudadela ascienden a cinco batallones», afirma el mando regional vietnamita en un tardío comunicado que ha prestado a la batalla de Hué más atención que a ningún otro enfrentamiento actual en el país.[2]

Informar desde el lugar otorgaba peso a su narración. Apoyándose en fuentes oficiales, Roberts informaba de que la presencia enemiga era de «cinco batallones», unos dos mil hombres. Se equivocaba por un factor de cinco veces, pero estaba más cerca de la verdad que nada anterior. Reflejó el creciente sentimiento de desesperación: «Los padres cogen fuertemente a sus hijos de la mano y caminan de lado, con las espaldas pegadas a los edificios. Cuando llegan a un espacio abierto (un cruce o un hueco entre casas) corren rápido y se aplanan contra la primera pared que encuentran». Dejaba claro que la batalla distaba mucho de acabar: «Con el enemigo fuertemente atrincherado, los marines y survietnamitas se enfrentan a la perspectiva de una larga lucha casa por casa. En varias partes de Hué, la línea entre aliados y enemigos es muy tenue, una situación que podría hacer que la batalla fuera mucho más amarga. Un sargento de marines escenificó ayer la situación cuando, de pie junto a una columna de ladrillo —era el hombre que dirigía a los marines de Downs y a Roberts al bajar del helicóptero— y moviendo los brazos como un agente de tráfico, ordenaba a sus hombres correr tras un muro bajo de piedra. “Amigos a la izquierda”, decía a cada marine, “enemigos a la derecha”».

El factor sorpresa logrado en Hué fue total. No era simplemente cuestión de haber sido pillados con la guardia baja. Era tan inesperado que

desencadenó no solo alarma sino incredulidad... una incredulidad *mortal*. Ordenar a Meadows asaltar la puerta de Thuong Tu o a Downs tomar la prisión no fue más que el principio.

A lo largo de las semanas que les llevó asimilar la verdad, morirían o quedarían gravemente mutilados muchos jóvenes estadounidenses.

No se trató de que nadie lo viese. El primer día del Tet, Walt Rostow había enviado a LBJ una nota adjunta a un sorprendentemente preciso informe de la CIA. La nota decía: «Señor Presidente, este es un informe negativo sobre Hué. Lo comprobaremos con Westy cuando se ponga al teléfono».

El informe adjunto decía (las cursivas son mías):

1. Las posiciones amistosas en la ciudad parecen haberse deteriorado gravemente durante el 31 de enero.
2. Según un funcionario estadounidense que sobrevoló el área a última hora de la tarde del 31 de enero y recibió información retransmitida por oficiales estadounidenses en Hué, *la ciudad parece estar en gran parte bajo el control de los comunistas*.
3. Durante el vuelo informó que un gran mercado en la orilla norte del río Song Huong estaba en llamas, con otros incendios menores en la orilla sur del río. Estaba dándose un combate a lo largo de la calle paralela al río en la orilla sur. Fuego antiaéreo también se elevaba desde las inmediaciones de la pista de aterrizaje del área interior de la Ciudadela.
4. El funcionario pudo contactar con varios elementos por radio y le comunicaron que los cuarteles provinciales de reconocimiento de la ciudad habían sido arrasados, y que había muchos VC presentes por toda la zona. El funcionario no consiguió establecer contacto con los cuarteles del CAMV ni con los del CORDS. Observó un batallón del ERVN acercándose a Hué desde el noroeste, disparando artillería para abrirse paso.
5. Un mensaje de la oficina del asesor C-2 en la base del CAMV en Hué, recibido en los cuarteles del I Cuerpo de Da Nang, afirmaban que *la base del CAMV y los cuarteles de la 1.ª División en la Ciudadela de Hué eran los únicos lugares «conocidos» que aún resistían al VC*. Se informaba de que una compañía de marines había intentado cruzar el puente de la autopista desde el sur al sector norte de la ciudad, pero

había sido obligada a retroceder con grandes bajas.[3]

6. En este momento no hay más información disponible que confirme el informe anterior.[4]

Este resumen, totalmente preciso, que Westy con seguridad había leído, fue aparentemente desechado como falso. El general seguía manteniendo en público y en privado que la presencia enemiga en Hué era pequeña y completamente manejable. En un cable a Washington de aquel mismo miércoles informaba erróneamente de que había solo tres compañías de soldados enemigos (entre quinientos y seiscientos hombres) en la ciudad.[5] Aquel mismo día, más tarde, informaba: «Las porciones nordeste y sudoeste de la Ciudadela de Hué siguen parcialmente ocupadas y se informa de duros contactos». En realidad, el «nordeste», Mang Ca, era la única parte de la Ciudadela no ocupada por el enemigo. Westy parecía tener, en el mejor de los casos, una idea vaga de lo que estaba ocurriendo, pese a este informe de la agencia sobre el terreno. Por norma general, esos informes se enviaban directamente a Washington y a Westmoreland, y se sabía que el general no estaba conforme con que no se lo enviaran solo a él. Odiaba los informes que contradecían la historia que él daba, y es poco probable que los hubiera compartido.[6]

Durante aquellos dos primeros días del Tet, el general seguía afirmando que el verdadero ataque se daría sobre Khe Sanh.

«Estoy en contacto continuo con los acontecimientos alrededor de Khe Sanh —telegrafió—. El enemigo posee en la zona ingentes fuerzas que aún no ha empleado.» Y «Esperamos el inicio de una acción ofensiva a gran escala en la zona Khe Sanh-ZDM en un futuro cercano». Para el general de LBJ, la esperada batalla por la aislada base de marines se había convertido en una idea tan fija que la auténtica lucha que se estaba dando en Hué, en Saigón, y en docenas de otras ciudades por todo Vietnam del Sur, era una distracción. Diez días después de que comenzara la batalla, en un cable al Estado Mayor Conjunto, desechaba la posibilidad de que su obsesión por Khe Sanh fuese errónea: «Aunque es posible que la acumulación de tropas enemigas en la zona Khe Sanh-ZDM sea una diversión, creo que se trata de

una posibilidad remota. [El enemigo] ha invertido demasiados esfuerzos en la acumulación de fuerzas como para apoyar la teoría de la diversión».[7] Entre tanto, a Westmoreland parecía casi no importarle la batalla más importante y a gran escala de la Ofensiva del Tet, si no de toda la guerra, que se estaba librando en Hué. Sus tropas estaban tremendamente superadas en número, y combatiendo y muriendo.

La realidad se volvía cada vez más difícil de ignorar en Phu Bai con cada nueva oleada de muertos y heridos. Llegaban en los irregulares vuelos de helicópteros, siempre que la mala visibilidad permitía a los pilotos entrar y salir del parque Doc Lao, o los traían en sangrantes pilas en los camiones de regreso. Los médicos tuvieron que establecer puntos de triaje en el patio y detrás de la puerta principal.

El jueves por la tarde, el general LaHue asignó la autoridad en el combate por Hué a un mando de regimiento, el coronel Stanley Hughes, y le prometió más hombres y armamento. Hughes tardaría dos días más en llegar a la base del CAMV. Para entonces, el lugar estaría atestado con casi mil quinientos hombres. Con Hughes llegaría el teniente coronel Ernie Cheatham, cuyas compañías Golf y Fox ya estaban allí. Pronto tendría una tercera, la Compañía Hotel. Su misión sería barrer al enemigo partiendo desde el sur de Hué.

Pero para eso faltaban todavía dos días.

Roberts intentó regresar en cuanto su reportaje salió, el jueves por la noche, pero para entonces había ya competencia. Antes de su reportaje solo había sido Hanói jactándose de su gran victoria contra el régimen títere, pero afirmaciones extravagantes de ese tipo eran algo habitual de esa fuente. Cuando el *New York Times* confirmó la verdad acerca de Hué en su primera plana, la noticia salió definitivamente a la luz: *marines atrapados [...] la ciudad en llamas [...] cinco batallones de soldados enemigos*. Estaba teniendo lugar una gigantesca batalla en la antigua fortaleza. De repente, todos los periodistas que había en el país querían llegar a Hué.

Tras tres años de escalada bélica estadounidense, Vietnam se había convertido en una melé, con organizaciones de noticias procedentes de todas partes del mundo compitiendo entre ellas. Veteranos corresponsales luchaban

por dar noticias inéditas y captar la acción junto con aficionados, la mayoría jóvenes, algunos con mucho talento, y muchos de ellos ambiciosos y temerarios, cuando no irresponsables. La mañana del viernes 2 de febrero había tal cantidad de ellos en el Centro de Prensa del I Cuerpo que los marines se estaban poniendo nerviosos. Cada vez que un helicóptero aterrizaba con más bajas, una multitud de periodistas quería subirse a él para el vuelo de regreso. Hacían cola en el patio junto con los médicos que se ocupaban del triaje. El coronel de marines al mando del centro de prensa se hartó. Hizo sonar un silbato y reprendió a los periodistas: «¡Compórtense, joder!».[8]

En aquella melé estaba Sam Bingham, un fotógrafo *freelance* que acababa de graduarse en Yale. Había pagado su billete a Vietnam para ver por sí mismo qué estaba pasando. Cuando un helicóptero aterrizó, comenzó a sacar fotos de los heridos mientras los desembarcaban, hasta que el coronel le arrebató la cámara y lo maldijo por «hacer fotos mientras los hombres mueren». Bingham ayudó a trasladar camillas hasta que el helicóptero se vació. Los periodistas más veteranos no eran tan obedientes. Sentían que tenían el derecho y la responsabilidad de registrar lo que estaba ocurriendo. Algunos respondieron a la ira del coronel con insultos de cosecha propia y le hicieron la peineta.

Roberts pasó aquella noche en el hospital de campaña y por la mañana regresó al patio. El coronel estaba ya tan harto que anunció que desde ese momento ningún periodista iría a ningún lugar dentro del I Cuerpo, que se extendía de la ZDM hasta bien al sur de Da Nang. Roberts comenzó a protestar. Había reglas al respecto. La discusión se estaba calentando cuando un sargento mayor de aspecto maduro le dio unos golpecitos en el hombro. Roberts se dio la vuelta esperando problemas, pero el sargento le aconsejó:

—No proteste. Solo escójame como escolta.

Así que Roberts lo hizo. Cuando tuvieron oportunidad de hablar, el sargento se presentó como John R. King, «gerente nocturno y editor del *Bergen Record*». Era un veterano de la segunda guerra mundial y de Corea que se había presentado voluntario a un programa que enviaba suboficiales retirados de marines a Vietnam por un año. King consiguió a Roberts plaza

en un convoy de camiones que partiría hacia Hué en poco tiempo. Trasladaría al teniente Rogers, su pelotón de la Compañía Golf y voluntarios de Phu Bai. Para cuando el convoy de cuatro camiones partió, estaba atestado de periodistas. Bingham, a quien habían devuelto su cámara, iba a bordo, junto a una alegre y jactanciosa fotoperiodista francesa llamada Catherine Leroy que sorprendería a todo el mundo.

Leroy se sentaba al lado de él. Se trataba de una joven muy delgada (pesaba solo 38 kilos) de apenas metro sesenta de estatura, con cabello rubio, aunque frecuentemente sucio, que recogía en una densa coleta. Había llegado a Saigón dos años atrás sin experiencia y con solo una Leica. Hablaba rápido y se movía rápido. Agradecida por encontrarse junto a un estadounidense que hablaba francés, entablaron una amistosa conversación. Si Bingham estaba nervioso por dirigirse hacia una batalla, a Leroy parecía encantarle. Le contó historias de guerra y de veces que había estado a punto de morir y se levantó los pantalones para mostrarle las cicatrices de metralla en sus piernas. Bingham pensó que era la mujer más macho que jamás había conocido. Los marines solo veían una mujer rubia vestida de militar y con botas de combate, con cámaras colgando del cuello y un delicioso acento francés. Iba acompañada por François Mazure, un periodista barbudo y de ojos azules que trabajaba para la Agence France-Presse.

En el mismo convoy viajaban dos *snuffies*, o corresponsales de combate de los marines, Steve Berntson y Dale Dye. Ambos eran sargentos de marines con trabajos inusuales. Eran «periodistas militares», o, más bien, periodistas de relaciones públicas sobre el terreno, encargados de escribir reportajes acerca de sus compañeros. Estaban destinados a la Oficina de Servicios de Información (ISO) y cubrían la guerra exactamente igual que los periodistas civiles, pero con el mandato de destacar lo positivo. Tenían licencia para ir a cualquier lugar y hacer cualquier cosa de la que pudieran sacar un buen reportaje, de modo que habían viajado mucho más que la mayoría de los marines, y tenían mucha más independencia. Como los periodistas, a los que llegaron a conocer bien, viajaban por todo el país buscando las zonas calientes, pero a diferencia de sus colegas civiles, no se limitaban a llegar y luego irse. Se incorporaban en unidades, tomaban un rifle, se quedaban con

los hombres y a menudo luchaban junto a ellos. Esto les granjeaba a la vez su respeto y más facilidades de acceso. En cualquier caso, los marines en el terreno solían alegrarse de estar con periodistas. Era bonito pensar que su foto o su nombre aparecerían en las noticias de su país. Quizás sus familias llegaran a verlas. Pero tendían a ver a los corresponsales civiles como diletantes, turistas de guerra, que se dejaban caer para saborear el mortal escalofrío del combate, no ayudaban y se largaban con el primer helicóptero. [9] Y algunos de los soldados comenzaban a desconfiar de los motivos de los periodistas, especialmente de los extranjeros. Los marines notaban la creciente tendencia a retratar a los estadounidenses como los perdedores y los malos del conflicto. Los *snuffies* no se asustaban, y tampoco escribían mierda sobre ti.

Dye llevaba un dibujo del icono de la revista *Mad*, Alfred E. Neuman, en la espalda de su chaleco antimetralla, sobre el que había escrito el alocado lema del personaje: *What, me worry?* («¿Qué, preocuparme yo?»). Berntson tenía dos cosas escritas en su chaleco antimetralla: su nombre y su apodo, *Storyteller*, «Cuentacuentos». Algunos corresponsales de combate dibujaban al paleta personaje de cómic Snuffy Smith en el suyo (el nombre *snuffy* a menudo se aplicaba a los jóvenes alistados). Dado que viajaban y escribían continuamente, acaban siendo conocidos e incluso queridos por toda la cadena de mando. Veían la guerra más de cerca que ningún corresponsal civil. Algunos de ellos, como Berntson, habían sido heridos y condecorados. Sus reportajes se publicaban en el diario de los marines *Sea Tiger*, y a menudo en *Stars and Stripes*, el diario independiente dedicado a cubrir las fuerzas armadas de Estados Unidos.

Berntson también buscaba historias tristes o divertidas. Escribió un reportaje acerca de un artillero especialmente querido, Nathaniel Weathers, que había muerto cuando un obús de mortero le dio de lleno mientras comprobaba líneas de comunicación en Quang Tri. Otro reportaje más ligero tenía por protagonista a un marine que en Phong Dien se vio atrapado por una descarga de obuses de mortero mientras cagaba en un «cubo de miel», un gran tonel de metal medio lleno de combustible diésel con una tabla agujereada por tapa. Había salido volando del barril y al aterrizar había

quedado cubierto por su contenido. Los oficiales médicos habían insistido en que le dieran un manguerazo de agua antes de asistirlo. Había también historias terribles, que no escribía, como la noche en que un líder de escuadrón que conocía pisó una trampa explosiva que le abrió en canal el estómago. Las tripas del hombre salieron desparramadas, y poco antes de morir intentaba recuperarlas, gritando a Berntson: «¡Ayúdame a meterlas! ¡Ayúdame a meterlas!».

Las noticias de los *snuffies* se solían pasar a corresponsales civiles que a veces las arreglaban y las transmitían, por lo que a veces aparecían en pequeños diarios por todo Estados Unidos. Si se mencionaba la ciudad natal de un marine —y Berntson ponía especial cuidado en hacerlo—, había buenas probabilidades de que la noticia acabase en su diario local. Estos reportajes no solían incluir atribución, pero los marines recordaban quiénes los habían escrito. En ocasiones un soldado raso, en la jungla, saludaba a Berntson con alguna frase como: «Eh, Cuentacuentos, mentiroso saco de mierda. ¿Sabes todas aquellas chorradas que escribiste acerca de mí? ¿Sabes qué? ¡Mi madre recortó la noticia y me la envió! Ahora en el pueblo creen que soy un héroe y probablemente me inviten a cervezas cuando regrese!». Eso era mejor que una atribución. Los mandos, cuando se dirigían a una patrulla especialmente difícil, decían: «Llamad a Cuentacuentos. Salimos de excursión».

Berntson había comenzado a escribir reportajes y noticias en segundo curso del instituto en Park River, Dakota del Norte, y el *Walsh County Press* le pagaba cinco centavos por pulgada de columna. Cuando no se dirigió directamente a la universidad al terminar en el instituto, se vio enfrentado a la junta de reclutamiento. Se alistó en los marines para aprovechar su opción de dos años. Tenía instrucción de ametrallador, pero tras completar el curso y descubrir que no le gustaba —era un trabajo sucio y las ametralladoras eran pesadas y ruidosas—, levantó la mano y preguntó cómo podía evitarlo. Lo derivaron a un oficial de realistamiento. Resultó ser que si querías ser algo más que un soldado raso tenías que firmar por dos años más. ¿Qué tipo de trabajo quería hacer? Berntson dijo que sabía tomar fotos y escribir reportajes. Le dijeron que no había ninguna especialidad así en el Cuerpo de

Marines de Estados Unidos. Sabía que no era verdad porque cada base tenía su propio diario y él los había leído. Insistió. Con un nuevo contrato por cuatro años se halló colaborando con el diario de la Base Aérea de Marines El Toro, en Irvine, California. Lo que realmente quería era ir a Vietnam. Leía los reportajes procedentes de allí y eran mucho más interesantes que los suyos, que demasiado a menudo no eran sino frases grandilocuentes en torno a posados de generales ufanos y satisfechos. Tenía el sueño de escribir narraciones emocionantes de batallas y rápidos movimientos de tropas, pero cuando por fin consiguió ir a la guerra se dio cuenta de que el trabajo consistía en realidad en encontrar al soldadito con un gran rifle que hacía algo inusual... y en asegurarse de escribir correctamente su nombre y el de su ciudad natal.

Berntson llevaba consigo un bloc de notas estándar del ejército, verde. En la contracubierta había escrito su nombre y, orgulloso: *corresponsal, vietnam, 67-68*. Bajo eso escribió el número de su unidad ISO y junto a él: *¡iso, los primeros en acudir! ¡los últimos en enterarse!* En la página opuesta había registrado los números de serie de las dos cámaras que le habían dado, una Asahi y una Canon, así como el número de serie de su pistola. Para febrero de 1968 llevaba ya en Vietnam ocho meses y había aprendido a distinguir entre el ruido de una explosión que decía *¡Agáchate ahora mismo!* y una que decía *No te preocupes, sigue caminando*. Sentía mucho miedo, pero se había convertido en un miedo selectivo.

La Ofensiva del Tet había comenzado justo después de que él llegase a Phu Bai, y, muy en la línea del lema de su cuaderno, incluso dos días después seguía sin tener ni idea de lo que estaba pasando. Había acudido a la tienda de suministros, de la que su amigo Roger Doss era sargento, y Doss le había encontrado una litera en la parte de atrás, entre las cajas. Archivó algunos reportajes, se tomó una larga ducha caliente, comió algo y bebió tanta ginebra como pudo soportar. Estaba vagabundeando por el campamento, con resaca, cuando se dio cuenta de que se había acumulado tensión. Vio a algunos marines trepar a un convoy de camiones que acababa de llegar de Da Nang y le dijeron que se dirigían a Hué. Había un enorme problema de francotiradores y necesitaban apoyo. No pensó gran cosa del tema y pasó otra

noche en la tienda de suministros.

A la mañana siguiente alguien asomó la cabeza por la tienda y dijo que necesitaba voluntarios para luchar en Hué. Berntson se preguntó: *¿Qué mierda pasa?* Ya había estado en la ciudad antes, con Dye. Tenían un amigo que había trabajado en la oficina de comunicaciones de la fuerza aérea, y habían disfrutado de una buena cena en un restaurante junto al río Huong. Un poco de civilización no le sentaría mal. Quizá su colega aún estuviese por ahí. Cogió su equipo y se subió al camión, donde se encontró con Dye.

Se detuvieron en una aldea para recoger a dos docenas de *rangers* del ERVN. Los periodistas franceses, Leroy y Mazure, bajaron y saludaron a los civiles con un animado *«¡Bonjour!»*. Estaban ansiosos por dejar claro que no eran estadounidenses. Hubo disparos mientras se acercaban a la ciudad, pero llegaron intactos y sin heridos a la base. Durante algunos recodos del camino les habían disparado, pero los marines habían respondido de un modo agresivo.

Roberts se había limitado a mantener la cabeza gacha. Habían acelerado al pasar sobre el puente An Cuu, que por algún milagro el Frente aún no había derribado. Tras pasarlo apenas había podido distinguir nada espiando entre las tablas de madera del camión, y no podía saber si el fuego era amigo o enemigo. Sintió que el vehículo se detenía y que los marines bajaban para ocupar posiciones de disparo. Pensó que se trataba de un alto más en el camino —nunca había ido en automóvil de Phu Bai a Hué antes, por lo que no estaba seguro de cuánto tiempo se tardaba—, pero al bajar se dio cuenta de que habían llegado a la base. Comenzó a preguntar por la Compañía Fox, el grupo con el que había volado el día anterior. Le dijeron que la mayoría habían sido heridos y evacuados, lo que era una exageración.

A Berntson le espantó lo que vio al llegar. Reconocía el peligro cuando lo veía. En las calles exteriores había hinchados cadáveres enemigos. Dentro había pilas de estadounidenses muertos cubiertos con lonas: se habían acabado las bolsas de cadáveres. El lugar entero parecía desvencijado y maltrecho. Ahora estaba atestado de marines, y en pocas horas llegarían incluso más: la Compañía Hotel, liderada por el capitán Ron Christmas. Golf tenía todavía un centenar de hombres, y Fox, más de doscientos. Con Hotel

habría tres compañías del 2/5 de marines, además de los restos de la Compañía Alpha 1/1 de Batcheller, ahora bajo el mando de Gunny Canley. También estaban el contingente del ejército del coronel Adkisson y todos los asesores de marines que habían venido a pasar las vacaciones.

Se estaban haciendo tensos y urgentes esfuerzos por organizar a todos estos hombres. Más allá de los muros aún había tiroteos. Desde los tejados, donde los marines habían construido posiciones de tiro con sacos terreros, se oían disparos contra objetivos cercanos. En aquellas posiciones, los hombres se habían habituado al nuevo estado de combate constante. Tenían una nevera con refrescos y escuchaban la radio, que estaba a punto de retransmitir una grabación de un mes de antigüedad de la Senior Bowl, el partido anual de las estrellas de fútbol americano universitario. Charlaban, se reían de algo que sonaba en la radio y luego apuntaban y disparaban.

Más allá de las condiciones de superpoblación y de esta nueva y extraña normalidad, Roberts se dio cuenta de que la posición apenas había mejorado con respecto a los últimos dos días. Los marines estaban aún rodeados y poseían muy poco de los vecindarios circundantes. Los camiones que los habían traído se dieron la vuelta y regresaron a Phu Bai a recoger a la Compañía Hotel. Los marines y *rangers* del ERVN que acababan de llegar se dispersaron pronto. Con tanta gente concentrada en la base, cada vez más densamente poblada, un obús de mortero bien apuntado podía causar pérdidas catastróficas. De modo que se asignaron posiciones por el perímetro a todos los hombres.

Bingham acababa de bajar del camión cuando se encontró con un grupo de marines saliendo por la puerta principal. Transportaban escaleras y garfios. Fuese lo que fuese que se disponían a hacer parecía interesante, así que los siguió. Se refugió con ellos en una trinchera en la orilla sur del río Huong, donde esperaron a los tanques que les proporcionarían fuego de cobertura.

Mientras esperaba allí, Bingham se sorprendió al hallar un libro en francés[10] escrito por el austríaco Stefan Zweig, un autor que le interesaba. De modo que se encontraba agachado leyendo cuando los tanques comenzaron a disparar por encima de sus cabezas. En medio del estruendo hubo otra gran explosión —más tarde sabría que se trataba de un obús de

mortero— y vio sangre, su propia sangre, manchando la página de papel. Se sintió desmayar. Un fragmento de metralla había entrado por la parte inferior de su órbita ocular, atravesado su mejilla y cuello (cortando su arteria carótida) y se había alojado en su garganta. Sintió que unas manos lo aferraban, le quitaban la cámara y la ropa y lo montaban en la parte trasera de un camión. Estaba sangrando mucho y no podía hablar. No sentía dolor. Le aplicaron un tenso vendaje alrededor de la cabeza para detener la hemorragia. Estaba consciente, pero ahora no podía ver. Pidió papel y lápiz y escribió su nombre, tipo sanguíneo y la palabra *freelance*.

Lo sacaron del camión y lo colocaron sobre una camilla.

—Este tipo está en mal estado —dijo alguien—. No puede hablar pero os puede oír. Si tiene problemas os puede hacer una seña con la mano.

Roberts, que se acababa de encender un cigarrillo (ni siquiera se había sacado la mochila) vio cómo se llevaban a Bingham. Se quedó sorprendido. Acababa de conocer al fotógrafo en el viaje. Solo habían estado allí unos minutos. Siguió a la camilla, diciendo a Bingham que estaba ahí, y el joven escribió el nombre y dirección de su novia y se lo dio. No quería que sus padres supieran que lo habían herido, pero quería que la chica lo supiese. Roberts cogió la nota y le prometió que entregaría el mensaje.

Leroy y Mazure habían desaparecido. Los periodistas franceses se habían bajado durante una de las paradas del convoy. Se habían quitado los trajes militares y se habían puesto ropas civiles, habían alquilado una bicicleta tándem y pedalearon hacia la ciudad a solas. No querían que los percibieran como militares, y anunciaban a todo el que los veía que eran «¡*Phap bao chi bale!*», ¡prensa libre de París!

Nadie les prestaba atención. Las pocas personas que vieron por las calles caminaban con prisas y sin mirarlos. Estaban en una zona controlada por los comunistas, a solo unas manzanas al norte del canal Phu Cam, y nadie quería ser visto con dos blancos de ninguna nacionalidad. Hubo disparos cerca. Los dos pedalearon hacia un mercado y vieron aviones survietnamitas bombardeando la Ciudadela.

Un anciano los orientó hacia la iglesia del Santísimo Redentor, una enorme estructura de piedra blanca con un alto atrio porticado y un

imponente campanario cónico. Dentro encontraron miles de civiles, la mayoría mujeres, ancianos y niños, familias que llevaban días allí, acampadas en los bancos y naves. La gente tenía hambre. Algunos estaban heridos. Los bebés lloraban. Los niños chillaban cuando una explosión sonaba cerca. En el suelo de la iglesia, tras el altar de mármol, había civiles heridos.

Entre estos refugiados estaban Tran Thi Thu Van, la escritora de Saigón, y su familia, que habían llegado al lugar el miércoles tras un largo día de caminata. Tran miró con curiosidad a los dos periodistas franceses. Leroy le parecía confundida, y su compañero, Mazure, barbudo y desaliñado. Mazure miró a Tran como si él hubiera estado viviendo en el bosque. Ambos se encontraron rápidamente rodeados de niños y curiosos, pero cuando Leroy alzó la cámara y comenzó a tomar fotos, todos retrocedieron rápidamente.

—Prensa. Prensa —dijo Mazure.

Cuando Leroy alzó la cámara hacia Tran y su familia, su hermano Thai se puso de pie y le dio la espalda.

—Menudo mono —dijo a los demás en vietnamita—. Tomar fotos en esta situación.

Leroy no comprendía su reacción. Sonrió para intentar contrarrestar algunos de los semblantes adustos que le dirigían. Minutos más tarde sonaron disparos fuera de la iglesia y la gente comenzó a dejarse llevar por el pánico.

—¡El Vietcong ya está aquí! —gritó alguien.

Había susurros ansiosos en los atestados bancos. Si los soldados de liberación entraban, pensarían que los dos periodistas franceses eran estadounidenses y matarían a todos los refugiados.

—¡Sacadlos de aquí! —dijo alguien.

—Romped esa cámara —dijo otro.

—No les deje quedarse aquí con nosotros —imploró una persona al sacerdote.[\[11\]](#)

Mazure seguía repitiendo «*¡Phap bao chi bale!*», pero solo encontraba miradas hoscas. El sacerdote explicó a Leroy y Mazure en francés que la gente tenía miedo de que la vieran con cualquier occidental, incluso los franceses, por cómo podrían ver eso las tropas de liberación.

—Nos hemos negado a dejar pasar soldados de ambos bandos —dijo el

sacerdote—. Cada vez que han intentado entrar, los hemos echado, les hemos dicho que es un santuario para civiles.[12]

Les dejó pasar la noche en su habitación.[13]

6

Llega el Carruaje

El capitán Christmas y su Compañía Hotel[1] no comenzaron a salir de Phu Bai hasta las dos de la tarde del viernes 2 de febrero. Viajaban con refuerzos para la Compañía Alpha de Batcheller y con el sustituto del capitán herido, el teniente Ray Smith.

Christmas había hablado con bastantes heridos de las compañías Fox y Golf, de modo que sabía que seguramente dispararían al convoy mientras circulara por la Autopista 1. Pidió munición extra para todos sus hombres y les recomendó montar con las armas apuntando hacia fuera. Dijo que no quería a nadie de su compañía, excepto los conductores, en las cabinas de los camiones, que constituían un blanco perfecto. Viajaban en doce camiones, precedidos y seguidos por los cuatro-cincuentas. La amenaza que suponía Hué estaba recibiendo por fin la atención que merecía. También dieron a Christmas dos Dusters más y dos estrafalarios tanques ligeros, cada uno con seis cañones de 106 mm. Más tarde estos tanques demostrarían ser una de las armas más útiles de la batalla.

Los llamaban Ontos por la palabra griega que significa «cosa», en parte debido a su fealdad. Un Ontos era un pequeño vehículo acorazado equipado con toda una batería de cañones sin retroceso, con tres cañones a cada lado. Transportaba a tres hombres (conductor, artillero y cargador) y originalmente se había pensado como un arma antitanque para el ejército. Este lo había

rechazado, en parte porque el fogonazo trasero del disparo lo hacía casi tan peligroso para quienes estaban detrás como para quienes estaban delante. Eso, y un problema en la recarga: la tripulación debía salir de su nido acorazado y recargar desde el exterior. El ejército había concluido que resultaba más peligroso para su bando que para el enemigo. Pero los marines lo habían adoptado. El Ontos era más rápido y maniobrable que un tanque Patton, y tenía más potencia de fuego. Era capaz de disparar seis proyectiles explosivos en una rápida secuencia, lo que significaba que podía derruir edificios y abrir grandes agujeros incluso a través de los más gruesos muros de piedra, y de esos había muchos en Hué.

Ron Christmas era un oficial alto y de mandíbula cuadrada de veintisiete años de edad procedente de Yeadon, Pensilvania, a las afueras de Filadelfia, y había visto bastante muerte y sufrimiento en su vida incluso antes de ir a la guerra. Tenía diez años cuando su madre lo había mandado al piso de arriba a despertar a su hermano adolescente, al que halló muerto con burbujas de saliva en las comisuras de sus labios. Había muerto a causa de una enfermedad pulmonar. Durante el instituto, Christmas se había presentado voluntario en el cuerpo de bomberos, y había frecuentado escenarios de accidentes de coches e incendios domésticos. Una vez se había arrastrado bajo un tren que había arrollado a dos adolescentes. Era el miembro más joven del camión de bomberos... y estaba recogiendo pedazos de cuerpos. Estaba muy orgulloso de sus raíces de clase trabajadora y tenía todo el aspecto: un accidente de automóvil le había dejado una profunda cicatriz en el lado izquierdo de la cara, desde la comisura de la boca hasta la oreja. Pero había sido el primero de su familia en tener estudios superiores, que cursó con una beca en la Universidad de Pensilvania, de la Ivy League. Se había alistado en el programa ROTC porque ofrecía un estipendio de cincuenta dólares a la semana, que le hacía sentirse rico, y una vez enrolado optó por los marines. Había comenzado sin ninguna intención de hacer carrera militar. Pero descubrió que se le daba bien, y unos años más tarde se halló mirando la puesta de sol sobre unas aguas de color esmeralda desde la cubierta de un barco en el mar del Caribe, diciéndose: *¿A quién intentas engañar? Esto te encanta.* Para cuando lo habían enviado a Hué era ya un veterano

comandante de infantería, totalmente dedicado a su carrera en los marines.

Ray Smith era uno de los dos tenientes de la Compañía Alpha de camino a Hué. Era un *Okie*[*] que se había alistado voluntario en los marines porque buscaba la manera más rápida de llegar a Vietnam. Durante la instrucción habían notado algo diferente en él, y en lugar de mandarlo directamente a la guerra, lo habían enviado a una escuela de oficiales. Había estado en la Compañía Alpha durante un año como líder de pelotón y, con el capitán Batcheller fuera de combate, acababan de darle el mando de la compañía. El otro teniente era Donald Perkins, de Winnetka, Illinois, que no era un oficial con el mismo exceso de celo que Smith, pese a lo cual eran amigos. Perkins era todo un personaje. Le encantaba bromear con los hombres, y tenía una sorprendente vena filosófica. Una vez había preguntado a Smith, sin venir a cuento, qué pensaba que le sucedería después de morir. No se trataba de una pregunta religiosa. Fue un diálogo más bien metafísico, y aunque no concluyeron el tema, Smith nunca olvidaría la conversación. Perkins era el observador adelantado de artillería de la compañía, por lo que era responsable de coordinar los ataques de artillería y apoyo aéreo. Era muy serio con respecto a su trabajo pero, a pesar de sus ocasionales ataques metafísicos, poco más.

De camino hacia el norte, el convoy se encontró con la habitual lluvia de fuego enemigo. Uno de los camiones pisó un cráter, lo que arrojó a algunos de sus hombres a la carretera. Perkins salió despedido del camión y resultó muerto cuando el extremo trasero del vehículo, que había saltado por culpa del impacto, aterrizó sobre su pecho, aplastándolo.

A su llegada a la base, Smith asumió el mando de los tres pelotones de la Compañía Alpha que ostentaba Gunny Canley. Él lideraría el Segundo Pelotón, y puso a otro teniente, Rick Donnelly, a cargo del Primer Pelotón.

Dijo a Canley:

—Gunny, quiero que comandes el Tercer Pelotón.

—González manda el Tercer Pelotón —le respondió Canley.

Las hazañas de Freddie González en los días previos, cuando había liderado una carga a campo través, y cuando él y Canley habían avanzado arrastrándose para destruir la posición de una ametralladora enemiga, habían

causado una profunda impresión. Pese a su juventud, el enjuto sargento de Texas, con su valentía y su poco común aplomo, se había ganado un enorme respeto. Smith no lo sabía, así que presionó a Canley.

—Lo sé. Lo sé, pero es joven y me sentiría mejor si tú mandases el pelotón.

Esta vez Canley le respondió un poco más fuerte.

—González manda el Tercer Pelotón.

—Gunny, lo comprendo, pero quiero que *tú* mandes el tercer pelotón.

El sargento negro era hombre de pocas palabras, y era famoso por adherirse estrictamente al procedimiento, pero en esta ocasión no lo iban a convencer. Dio un pequeño discurso que sorprendió a Smith. Fue lo más largo que hubiera oído decir a Canley en una sola ocasión.

—Teniente, González manda el Tercer Pelotón —dijo—. Si sobrevivo a este combate procuraré que reciba la grande por lo que ya ha hecho. Si usted quiere relevarme y ponerme a las órdenes del Tercer Pelotón, lo haré, pero, teniente, González manda el Tercer Pelotón.

Smith se dio cuenta de que Canley sabía mucho más que él acerca de lo que estaba ocurriendo, y de que él, el nuevo mando de la compañía, con toda seguridad necesitaría al sargento Gunny Canley mucho más que el sargento González. Canley no lo había dicho, pero estaba implícito. De un modo acusado.

González se quedó al mando del Tercer Pelotón, y Canley se puso como artillero a las órdenes del teniente.

El capitán Christmas tuvo una pequeña reunión con Meadows y Downs. Los tres jóvenes comandantes de compañía eran amigos. Habían luchado juntos y confiaban mutuamente en su valentía, juicio y capacidades. Les complacía estar juntos en el combate más importante de sus vidas. A ninguno de ellos le impresionaba Gravel, que en aquel momento era su superior. A sus ojos, les había fallado. Había enviado a Meadows y Downs en misiones condenadas de antemano. No era del todo su culpa porque lo estaban presionando desde arriba, y se había quejado amarga y constantemente. Pero parte de ser un líder era presionar hacia arriba y no hacia abajo. No pedías a tus hombres que lo arriesgaran todo por una misión en la que no creías.

Gravel llevaba unos cuantos días haciendo eso. Los hombres sabían cuándo los estaban empleando mal. Esto era la vida real, no un ejercicio de clase. Eran decisiones vitales. Eran las más importantes que se le podían exigir a un mando militar. Si sabías más a causa de donde estabas y lo que veías, aguantabas tu postura. No te limitabas a protestar; si era necesario, *te negabas*. Exponías tu juicio. Podía destruir tu carrera —cojones, era casi seguro que destruiría tu carrera—, pero lo aceptabas porque pasara lo que le pasara a tu carrera, a tu reputación, estas eran cuestiones menores en comparación. Había vidas en juego. Un auténtico líder sabía que su principal responsabilidad no era hacia sí mismo, sino hacia sus hombres y la misión. Lo que importaba en combate, lo que realmente importaba, era no solo comprender por qué pedías a tus hombres que arriesgasen sus vidas, sino hacer que lo entendieran. Los hombres pondrían en riesgo sus vidas, pero necesitaban saber que importaba. Y necesitaban saber que tenían una oportunidad. Si el mando creía en ello, podía convencer a sus hombres. El problema aquí era que ni los jóvenes mandos de la compañía ni Gravel creían en ello.

Dado que tanto la Compañía Fox como la Golf habían quedado muy maltrechas, se decidió que la Compañía Hotel se trasladaría y ocuparía la Universidad de Hué, que se necesitaba para alojar el creciente número de marines. Christmas trasladó allí a sus hombres aquella misma noche.

En la base del CAMV, Gene Roberts escribía su historia aporreando las teclas de una máquina de escribir portátil con la cinta usada. Las palabras se imprimían cada vez más pálidas en el papel. Las cosas se habían calmado lo suficiente como para que pudiera enviar este reportaje telefónicamente el sábado por la mañana temprano. Su segunda crónica desde Hué por fin dejaba claro para todo el mundo, aunque de manera discreta, lo que estaba pasando exactamente. Se imprimió en la portada del *New York Times* del domingo.

**MARINES DE Estados Unidos
TOMAN UNA TERCERA MANZANA DE HUÉ**

Refuerzos entran en la Ciudadela

HUÉ. Vietnam del Sur, 3 de febrero – Los marines de Estados Unidos controlan firmemente tres manzanas de Hué hoy, en comparación con las dos de ayer. De manera constante han ido incrementando la longitud de sus exploraciones en busca del enemigo.

Aquel viernes por la noche, mientras estaba acampado en la Universidad de Hué, Christmas oyó el rumor de que su comandante de batallón acudiría al día siguiente. Era la mejor noticia posible. Él y los otros dos comandantes de la compañía del 2/5 creían que al liderazgo de Gravel le faltaba lo que habían aprendido a esperar a las órdenes de Ernie Cheatham: *peso*.

Y Cheatham lo tenía en todos los aspectos. Era un tipo alto y poderoso de Long Beach, California. Pasaba del metro noventa y tenía un grueso cuello; su cuerpo era amplio y musculoso, con hombros anchos y caídos, como de oso, y potentes brazos y piernas. Era un prodigio de tamaño, con las muñecas y antebrazos más gruesos que nadie de su compañía hubiera visto. Su cabeza parecía llenar por completo el casco, que a la mayoría de los marines les quedaba gigantesco. Tenía una voz profunda y atronadora que se podía oír incluso en medio del fragor de un tiroteo. Algunos oficiales de marines tienen la necesidad de demostrar continuamente lo duros que son, una cualidad que se admira por encima de todas las demás en un mando en combate. Cheatham no tenía nada que demostrar. Había jugado a fútbol americano para la Universidad de Loyola, en Los Ángeles, antes de entrar en los marines en 1952. Y cuando se acabaron sus dos años de servicio —tras destinos en Japón y Corea— había jugado en la línea defensiva tanto de los Pittsburgh Steelers como de los Baltimore Colts. Cuando descubrió que los cheques de la NFL dejaban de llegar cuando terminaba la temporada, se alistó en los marines. Había tenido la intención de dejar atrás el fútbol americano, pero pronto se vio como objeto de intercambio entre comandantes que querían mejorar los equipos de fútbol de sus bases. Protestó por ello ante su oficial al mando, que lo transfirió a Alaska para que pudiera estar lo más alejado posible del deporte. Pese a su imponente físico, Cheatham estaba más interesado en usar su mente. Pero su pasado deportivo lo convertía en una especie de estrella en

el Cuerpo de Marines, incluso después de abandonar el fútbol.[2] Siempre fue y siempre sería *Big Ernie*, Ernie el Grande. Aprovechaba su tamaño y volumen, interpretando el papel del jugador de fútbol grandote y tonto, y lo hacía astutamente. Los jóvenes mandos de compañía veían más allá de la fachada; tras la fuerza muscular había una mente sutil. Las capacidades tácticas de Cheatham los dejaban sin aliento; les encantaba su humor alegre, travieso y que a menudo se burlaba de sí mismo. Cheatham tenía toda una colección de anécdotas de sus días de futbolista y, conforme pasaban los años, de su vida como militar: había sido líder de pelotón en la guerra de Corea. Dirigía con claridad y agradecía la sinceridad de sus hombres. Cuando recibió una carta de queja increíblemente detallada y correcta de un joven oficial, el teniente John Salvati, lo convocó y allí mismo lo ascendió. Lo asignó a su cuerpo de mando. Le gustaban los hombres capaces de mostrarse en desacuerdo de un modo inteligente. Cheatham respetaba y, a cambio, era respetado. Y pese a su imponente tamaño, dirigía con toques sutiles. Se aseguraba de que sus hombres comprendieran la misión y luego les dejaba llevarla a cabo. Solo intervenía si era estrictamente necesario. Por otro lado, con respecto a la parte superior de la cadena de mando, imponía su peso con total despreocupación.

La realidad es que había estado haciendo eso todo el viernes. Cheatham había asumido el mando del 2/5 el mes anterior, y se puso furioso como el mismísimo infierno cuando, en la práctica, le quitaron el batallón de sus manos. Aún estaba furioso por haberlo retirado del combate a orillas del río Truoi, no solo porque su batallón hubiera perdido la gloria y la satisfacción de aplastar un batallón del EVN tras haberlo arrinconado, sino porque le habían ordenado dejar atrás una de sus compañías, Echo, superada en número y en una posición precaria.[3] Para él eso no tenía sentido. Sus otras tres compañías habían sido enviadas a Hué poco a poco, sin una idea clara de a qué se iban a enfrentar. Justo antes de partir hacia la ciudad, Christmas había visto a Cheatham llegar a Phu Bai a punto de explotar. Estaba decidido a retomar las riendas de su batallón. Exigió que lo enviaran a Hué de inmediato. Tres de sus compañías estaban allí y, argumentó, él debía estar con ellas. No tardó mucho en imponerse.

A Christmas le encantó recibir la noticia. Cheatham aportaría claridad. Unificaría las partes dispersas de este contraataque y que el Señor ayudase a quien intentase interferir.

Christmas se puso al aparato con Downs y Meadows para compartir con ellos la noticia. Sonaba a liberación, a acontecimiento bíblico.

Les dijo: «Llega el Carruaje».

No se necesitaba más explicación. Todos sabían lo que significaba.

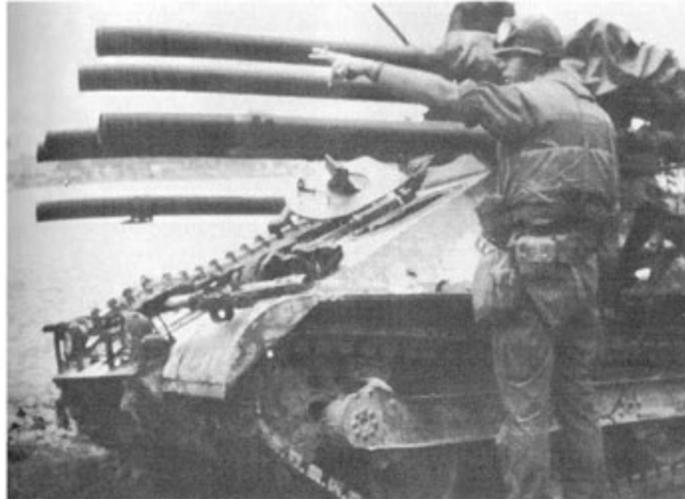
PARTE CUATRO

CONTRAATAQUE EN EL TRIÁNGULO Y DESASTRE EN LA CHU

Sábado 3 de febrero – lunes 5 de febrero

A los tres días de batalla, las fuerzas estadounidenses y survietnamitas han hecho pocos progresos, pese a los continuos mensajes de Saigón y Washington de que Hué está bajo control. Con la llegada del teniente coronel Ernie Cheatham, hay por primera vez un plan de ataque coherente para retomar el triángulo. Al mismo tiempo, kilómetros al norte, el Ejército de Estados Unidos se une a la batalla,

enviando unos seiscientos soldados en una marcha hacia el sur a lo largo de la Autopista 1 hacia la Ciudadela para cortar las líneas de suministro del Frente Nacional de Liberación.



Ernie Cheatham *el Grande*, antiguo lateral de la NFL y teniente coronel al mando del 2/5, dirigiendo el fuego desde un Ontos durante la batalla.



Catherine Leroy, la fotógrafa francesa que se escapó de las fuerzas estadounidenses de camino a Hué y pasó un día fotografiando soldados del Frente.

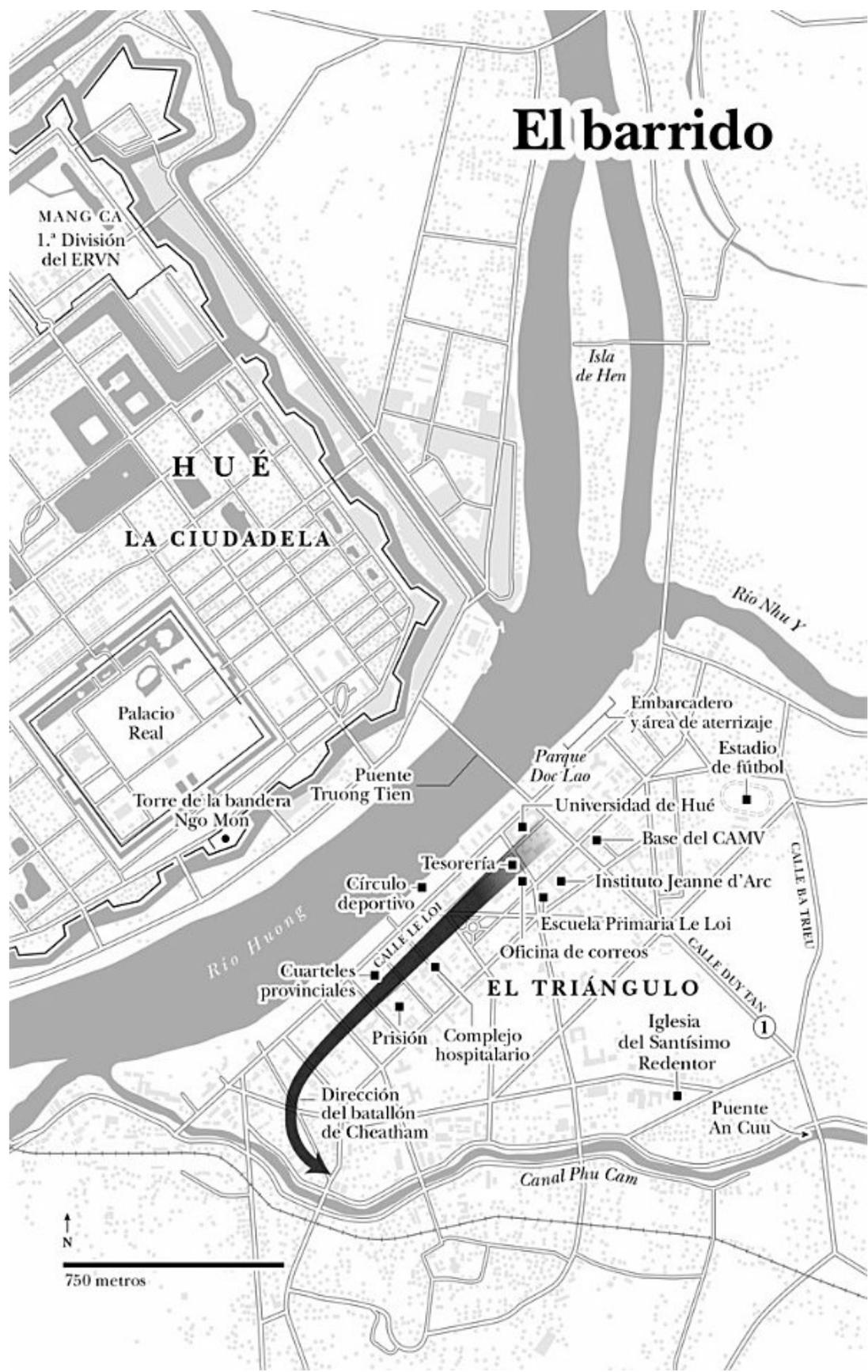


Capitán Bob Helvey, del Ejército, en una foto tomada en TFP horas antes de que él y su compañía lideraran una angustiosa marcha nocturna entre las líneas enemigas hasta un lugar seguro.



Teniente Ray Smith, fotografiado tras recibir la Estrella de Plata por heroísmo durante la batalla de Hué.

El barrio



1

Sus más y sus menos

Hué había recibido cuatro compañías de los marines de Estados Unidos. Les estaban dando una buena paliza. Tenían claro que la ciudad había caído en manos enemigas y que retomarla iba a ser un infierno.

Sin embargo, más arriba de la cadena de mando persistía la negación, incluso pese a las alarmantes cifras de bajas, cerca de un centenar en tres días. [1] Cuando un miembro del equipo de mando del Grupo Operativo X-Ray, en Phu Bai, sugirió a Jim Coolican por teléfono que podía haber «algunos pelotones» enemigos en la ciudad, el capitán de marines se le rió en la cara:

—¡Joder, tengo todo un pelotón del EVN muerto en la alambrada!

El general Robert Cushman, comandante del I Cuerpo en Da Nang, prohibió los bombardeos estadounidenses sobre la ciudad, preocupado por sus tesoros históricos. No expresó una preocupación semejante por las decenas de miles de residentes atrapados en ella. Dijo que el uso de tal potencia de fuego debería recaer en los mandos del ERVN.[2] Esto podría haber sido menos un reflejo de delicadeza que otra prueba de que el alto mando aún no había aceptado el hecho de que Hué estaba en manos del enemigo; la prohibición se anularía en cuanto este hecho fuese asumido. La falta de progresos del general Truong en la Ciudadela se atribuyó a deficiencias del ERVN, que para el mando estadounidense eran de esperar, pero la incapacidad de los marines para avanzar se juzgó con mayor

severidad. Se vio como un fracaso del liderazgo. En el mejor de los casos, las fuerzas eran un puzzle, un conglomerado improvisado con prisas y mal coordinado por el teniente coronel Gravel, el mando de los marines en la base. Sus constantes protestas contra las órdenes de atacar parecían el clásico ejemplo de canguelo. No parecía importarles el hecho de que se hubiera demostrado una y otra vez que tenía razón. Su derrota y su muerte habrían dado mayor fuerza a sus argumentos y podrían haber restaurado su reputación.

En Saigón y Washington, la estrategia era insistir en que la Ofensiva del Tet había sido un completo fracaso. No había sido una sorpresa. Westy la había previsto, y había sido un desastre total para Hanói. El presidente del Estado Mayor Conjunto, el general Wheeler, la había calificado de «táctica desesperada». Decía que no había conseguido tomar ninguna gran ciudad. Se apoyaba en la herramienta multiusos de Westy: los recuentos de bajas.

—Sus pérdidas han sido extremadamente cuantiosas —había dicho Wheeler a los periodistas—. [Los comunistas] han perdido en los últimos tres días unos 6.200 hombres. También nosotros hemos sufrido pérdidas, pero las suyas han sido diez veces superiores a las nuestras.[3]

Mostraban la desafiante bandera comunista izada ante la Ciudadela como poco más que un truco publicitario.

McNamara, testificando ante el Comité de las Fuerzas Armadas del Senado, argumentó que la maniobra Damas de Westy había predicho y contrarrestado plenamente los objetivos de Hanói, que a su parecer eran dobles:

—[El enemigo] puede estar intentando infligir a las fuerzas survietnamitas, estadounidenses y aliadas una grave derrota militar. Creo que estamos bien preparados contra eso. O, en caso de que tal objetivo se le resista, puede estar buscando una notable victoria psicológica o propagandística.

El domingo por la mañana, en el programa de la NBC *Meet the Press*, McNamara dijo:

—Está claro que el objetivo militar del ataque no se ha logrado. Se trataba de desviar fuerzas estadounidenses y survietnamitas de la probable acción

ofensiva del Vietcong y del ejército norvietnamita contra Khe Sanh. El objetivo secundario era penetrar y resistir en una o más capitales de distrito o provinciales. En ese sentido, el objetivo militar no se ha logrado. Tampoco han conseguido plenamente su objetivo psicológico, si bien creo que psicológicamente ha habido sus más y sus menos.[4]

En Hué, los marines no estaban sopesando «sus más y sus menos» psicológicos. Las bolsas de cadáveres se apilaban.

La preocupación de Westy por la vulnerabilidad de Khe Sanh había jugado perfectamente a favor de los planes de Hanói. La acumulación de fuerzas del EVN había sido una finta.[5] El objetivo había sido Hué todo el tiempo, así como las otras ciudades. Westmoreland se había creído la maniobra de diversión tan a fondo que incluso tras la caída de Hué ni él ni sus superiores en Washington podían verlo, y mucho menos admitirlo. Los mandos militares estadounidenses habían menospreciado y se habían burlado durante años de las capacidades militares de Hanói.

Estados Unidos no acabó de comprender del todo el notable éxito del enemigo en Hué porque la mayor parte de las noticias de la Ofensiva del Tet se centraban en Saigón, en primer lugar porque era donde se encontraban la mayoría de los periodistas. Allí los ataques habían causado alarma y habían interrumpido la vida cotidiana, pero habían sido en general inútiles. Westy los había calificado de «suicidas». Usaba los mismos términos para describir los demás ataques sorpresa por todo el país. La ofensiva había sido un desastre... *para ellos*. No importaba que más de un centenar de objetivos hubieran sido atacados simultáneamente por fuerzas enemigas en un número estimado de no menos de ochenta mil. Tanto daba la confianza mostrada por Westy en que Hanói no podía reunir tropas en número suficiente para montar ataques en el corazón de Vietnam. En realidad, la única gran base que no atacaron en la víspera del Tet fue Khe Sanh.

Y aun así, Westy seguía insistiendo en que la ofensiva no había sido más que un truco traicionero y asesino que violaba una tregua por festividades (aquella cuya revocación le había recomendado encarecidamente el presidente Thieu) efectuado por un enemigo insidioso. No se habían tomado ciudades. El esperado «alzamiento general» no se había producido. Su

todopoderosa métrica de batalla contaba toda la historia, por cuanto concernía al general. El recuento de bajas ascendía día a día con los cables recibidos (era de 5.800 el jueves y de más de 12.000 el sábado).[6] Y esto no era solo la línea pública de Westy, un esfuerzo calculado por evitar la entrega a Hanói de una victoria propagandística: era su análisis en privado, en sus telegramas regulares a Wheeler.

Años más tarde, escribiendo sobre el Tet, Westmoreland daría marcha atrás en su análisis. De algún modo, a regañadientes, admitiría que el Tet fue un «éxito limitado» amplificado por una prensa centrada en transmitir pesimismo. «Daba la impresión de que a la prensa le encantaba que el VC hubiera hecho por fin algo notable y que Estados Unidos y Vietnam del Sur estuvieran en una posición difícil», escribió.[7]

Mientras la batalla tenía lugar no hubo indicio alguno de tal reflexión. Días después de los ataques, el presidente Johnson los había calificado de «un fracaso».[8]

Las crónicas de la prensa —como las de Roberts en el *New York Times*, a las que se sumaron pronto otros diarios— demostraban que esto era falso, pero ahora quienes estaban en el poder veían con desconfianza todo cuanto se publicaba en los diarios. Los corresponsales de guerra se habían vuelto tan uniformemente contrarios a la guerra que parecían tener el propósito de trazar la peor imagen posible de ella. Esa opinión tenía cierta justificación. En Saigón, por ejemplo, los primeros informes y noticias habían exagerado el alcance de los ataques: por ejemplo, la mayoría había informado erróneamente que atacantes del Vietcong habían llegado a entrar en la embajada. Y luego estaba la fijación nacional con una estremecedora foto del jefe de policía survietnamita Nguyen Ngoc Loan disparando a un prisionero del Vietcong esposado un tiro en la cabeza a bocajarro. La foto estaba tomada en el momento exacto de la muerte, con la cara de la víctima contraída por el susto y el dolor. No importaba que el tipo hubiera estado ocupado aquella mañana disparando a montones de personas a sangre fría:[9] la imagen contaba una historia más sencilla y brutal, una que los partidarios de acabar con la guerra blandieron con entusiasmo.

Las crónicas de la prensa alimentaban la retórica de los líderes contrarios

al conflicto. Aquella misma semana el senador Eugene McCarthy, que disputaba a LBJ la nominación a las presidenciales por el Partido Demócrata, citaba crónicas sobre del Tet para acusar a la Administración de autoengaño.

«Estamos en una situación mucho peor que hace dos años —dijo McCarthy a los periodistas en Washington—. El Vietcong está obteniendo protección por parte de la población, y el así llamado programa de pacificación tiene que ser en gran parte un timo.» Ridiculizó la afirmación de Johnson de que los ataques habían sido un fracaso: «Si tomar una sección de la embajada estadounidense [no había ocurrido] y buena parte de Hué [...] constituye un completo fracaso, supongo que por la misma lógica, si el Vietcong capturase el país al completo, la Administración estaría hablando de su total derrumbe». El senador aseguraba que una victoria estadounidense en la guerra era «militarmente imposible de conseguir».[10]

En un editorial del sábado, el londinense *Times* aseguraba: «La escala y atrevimiento del ataque del Vietcong sobre poblaciones survietnamitas parece haber cogido a estadounidenses y survietnamitas completamente por sorpresa, pese a las poco convincentes declaraciones del general Westmoreland de que la acumulación de fuerzas del Vietcong llevaba meses siendo observada».[11]

Aun así, el esfuerzo bélico estadounidense contaba con muchos partidarios entre los periodistas. Uno de los más prominentes era Joe Alsop, veterano columnista del *Washington Post* que a veces empleaba sus credenciales periodísticas para recoger información para la CIA. Pese a no estar siempre de acuerdo con LBJ, Alsop no veía razón alguna por la que los ataques del Tet debieran minar la moral estadounidense. Eran un acto de desesperación que comparaba a los ataques *kamikaze* de los japoneses cerca del final de la segunda guerra mundial. El Tet no había sido una sorpresa. Alsop escribió, incorrectamente: «Todo el mundo sabía que esos recursos ocultos existían».[12]

Más allá de los errores y declaraciones falsas de los dos lados del debate, las crónicas y fotos de Hué acabaron drásticamente con la aseveración de que no estaba pasando nada allí. La llegada en masa de periodistas a la ciudad garantizó que la batalla se observase y transmitiese de un modo

independiente. El corresponsal en el Pentágono de la NBC, Robert Goralski, dijo a los espectadores el jueves por la noche: «Puede que los comunistas no estén ganando la guerra, tal y como asegura el Pentágono, pero tampoco parecen estar perdiéndola».[13]

Incluso Walter Cronkite comenzaba a sonar inseguro. El paternalista decano de los presentadores de televisión, cuyo programa *CBS Evening News* había fijado el listón, era una presencia cálida y familiar en las salas de estar estadounidenses. Había informado fielmente de los progresos en Vietnam, confiando en las fuentes oficiales, y había minimizado los informes contrarios, acusándolos de reflejar una moda antibelicista entre los ambiciosos jóvenes periodistas de Saigón. Corresponsales como David Halberstam, por ejemplo, veían su reputación crecer con cada nuevo artículo o libro crítico con la guerra. Había algo de moda en el mensaje antibelicista que molestaba a Cronkite. Pero él mismo había sido corresponsal durante la segunda guerra mundial, y le resultaba difícil menospreciar el trabajo de los jóvenes periodistas de guerra. Incluso las crónicas de su propia cadena televisiva ponían en duda frecuentemente las joviales declaraciones de Westy. De modo que cuando las crónicas del Tet comenzaron a sacudir los teletipos del centro de emisiones de la CBS en Nueva York, el jueves 1 de febrero, el presentador los arrancó de las máquinas e hizo señales con ellas a sus productores.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó—. ¿No íbamos ganando la guerra?

Aquella noche dijo a los espectadores que proseguían los «despiadados» combates en Hué y otras partes de Vietnam del Sur. El viernes, Cronkite dijo a su audiencia de millones de personas:

—Hoy los aliados aseguran haber partido el espinazo de la ofensiva comunista, de cinco días ya de duración, en Vietnam del Sur, pero los informes que salen del desdichado país cuentan una historia muy diferente.
[14]

En público, el presidente Johnson insistía en su línea oficial.

—Hemos sabido durante meses que los comunistas planeaban una ofensiva masiva para invierno-primavera —dijo el presidente en una

conferencia de prensa el viernes—. Tenemos información detallada acerca de las órdenes de Ho Chi Minh para dicha ofensiva.[15] Parte de ella se denomina alzamiento general [...] El hecho más importante es que los propósitos detallados del alzamiento general han fracasado. Los líderes comunistas contaban con el apoyo popular en esas ciudades para su campaña. Han hallado poco o ningún apoyo [...] La ferocidad y violencia, el engaño y la falta de preocupación por los elementos más básicos que precisan los seres humanos... puede que hayan sorprendido a mucha gente. Pero la capacidad para hacer lo que han hecho ya se había previsto, nos habíamos preparado y nos hemos enfrentado a ella.

En una sesión privada y extraoficial con un grupo selecto de periodistas, esa misma tarde, Johnson redoblaba sus muestras de confianza. Con su encanto típicamente pueblerino, el presidente admitía que el Tet podía haber sorprendido, por así decirlo, a un sargento dormido con la cerveza en la mano y la bragueta bajada, o incluso con una mujer en su regazo, pero que estaba satisfecho porque la inteligencia y la preparación de Westy habían sido soberbias.[16] Sin embargo, estaba comenzando a preguntarse por qué no había habido aún ningún ataque contra Khe Sanh.

Max Frankel, jefe de la oficina de Washington del *New York Times*, preguntó al presidente si había infravalorado al general Giap.

—Siempre *sobrevaloró* a Giap —respondió Johnson—. Ya habéis visto lo que hizo a los franceses. Es extremadamente capaz. No sé qué pasará. He pedido al Estado Mayor Conjunto que me escriban para corroborar que están preparados para la ofensiva en Khe Sanh.

—¿Qué cree que está pensando Ho? — preguntó Frankel.

—No lo sé —dijo Johnson—. Pensaba que debíamos esperar que comenzara la gran ofensiva [en Khe Sanh] para el 3 de febrero. Pero no sé qué piensa Ho. Creo que pensó que el pueblo se alzaría junto a ellos. No lo ha hecho. Ha habido mucha actividad esporádica. Nadie anticipó esta ferocidad.

Luego el presidente leyó en voz alta a los presentes un famoso párrafo de *La crisis americana*, de Thomas Paine: «Estos son tiempos que ponen a prueba el alma de los hombres. El soldado de verano y el patriota de tiempos tranquilos se abstendrán, en esta crisis, de prestar servicios a su país...».

Johnson era un hombre dado a la teatralidad, y estaba decidido a poner el país a su favor en el tema de la guerra, pero las reflexivas palabras de Paine, que en un cable había citado algo histriónicamente el embajador Ellsworth Bunker[17] la semana anterior, no podían ser menos adecuadas. Paine llamaba al país a unirse a una guerra por su propia supervivencia como nación. No se podía esperar que sus sonoras palabras comunicaran lo mismo a estos veteranos periodistas. La guerra de Vietnam había sido una aventura cuestionable desde el principio. Se había convencido a la gente de que se trataba de un desafío militar relativamente menor.

Johnson tenía razón en que el pueblo survietnamita no había realizado el alzamiento general que Ho esperaba, pero incluso la fe del presidente comenzaba a tambalearse. En respuesta a una pregunta efectuada durante la rueda de prensa oficial, Johnson había admitido que «cada noche me voy a la cama con la sensación de haber fracasado por no haber puesto fin al conflicto en Vietnam. Tengo decepciones y momentos de desesperación». Su yerno, el capitán de marines Charles Robb, partía pronto hacia Vietnam, y Johnson intentaba convencer a su hija Lynda de que regresaría sano y salvo. Pero la preocupación a veces lo desvelaba en mitad de la noche. Johnson se quejaba a su viejo amigo, el general retirado Matthew Ridgway, antiguo jefe del Estado Mayor del Ejército: «Casi todas las opciones que se nos ofrecen son peores que lo que estamos haciendo». Ridgway fue a casa y dijo a su esposa: «El presidente es un hombre apesadumbrado, un hombre cansado, un hombre muy sincero».[18]

Hué era el lugar de Vietnam del Sur que más directamente contradecía las declaraciones de Westy. Tan solo algunas partes de la ciudad no estaban en manos del enemigo. Sin embargo, a tres días de haber comenzado la batalla, el general LaHue creía que las cosas empezaban a cambiar. El general Truong había reforzado su división en Mang Ca y pronto comenzaría a atacar posiciones fuertes del enemigo en la Ciudadela. Ernie Cheatham el Grande estaría dentro de poco en el sur de Hué, donde daría a las arrastradas fuerzas de infantería de Gravel la necesaria patada en el culo. Pero había algo más que tener en cuenta. Fuese cual fuese el tamaño de la tropa enemiga en la ciudad, sus líneas de suministro estaban al oeste y al norte. Esa sería también

la dirección de su retirada, una vez se le aplicara presión. Antes de que las fuerzas lideradas por Estados Unidos pudieran dar la batalla por finalizada, deberían cortar esas avenidas: cerrar la trampa. Para ello se había desplegado una brigada entera de infantería móvil aérea, unos tres mil hombres.

La misión recayó en el general John Tolson, comandante de la Primera División de Caballería del ejército. Antes de que comenzara la Ofensiva del Tet, Tolson había comenzado a trasladarse a Camp Evans, y uno de sus batallones se había dirigido el viernes a un pequeño puesto de avanzada del ERVN frente a la Autopista 1, denominado PK-17. El sábado marcharía doce kilómetros hacia las murallas de la ciudad, destruyendo cuantas fuerzas enemigas encontrase.

Este sería un combate a campo abierto y no en atestadas calles de ciudad, el tipo de lucha en que el ejército sobresalía. Se esperaba que la maniobra durase solo unas cuantas horas.

2

TFP

El terreno que quedaba al norte de Hué era arenoso y llano. La Autopista 1 discurría en paralelo a la costa del mar de la China Meridional, que estaba a solo quince kilómetros al este. Al oeste, a lo lejos, quedaban las verdes colinas y las distantes montañas de las Tierras Altas Centrales, donde los comunistas tenían sus bases ocultas. A ambos lados de la carretera elevada había arrozales y cañaverales, con la llanura solo ocasionalmente interrumpida por arcenes, diques y pequeños cementerios, y, a intervalos, por aldeas rodeadas de árboles. Los cementerios estaban acabados de decorar para el Tet.

Charles Krohn, oficial de uno de los batallones de Tolson, describiría Camp Evans, a veintidós kilómetros al noroeste de Hué, como «un vertedero: sin árboles, embarrado y sencillamente feo».[1] Era también grande y ruidoso: un centro neurálgico, con helicópteros aterrizando y despegando a todas horas, radios ladrando y crepitando, generadores zumbando y camiones y jeeps trasladando hombres y suministros. La mayor parte del tiempo, uno debía gritar para que lo oyeran.

Este era el nuevo hogar de las partes principales de la división de Tolson, unos cuatro mil hombres. En términos generales, los marines lo habían abandonado y la caballería aérea lo había ocupado. La división consistía en tres brigadas, cada una compuesta por tres batallones, cada uno de los cuales

consistía en cuatro compañías de unos ciento veinte hombres.[2] Dos de los batallones de Tolson entrarían en la batalla de Hué: el Segundo de la Decimosegunda de Caballería (2/12), comandado por el teniente coronel Dick Sweet, y el Quinto de la Séptima de Caballería (5/7) comandado por el teniente coronel James Vaught.[3] El Tercer Batallón se quedaría atrás para defender Camp Evans. Los tres habían llegado esa semana y se encontraban muy ocupados pintando por todas partes su emblema de la cabeza de caballo negra sobre fondo amarillo brillante. A causa de la tregua habían esperado unos días de tranquilidad para asentarse y organizarse. En cambio, habían tenido un recibimiento brutal.

«Anoche nos atacaron con morteros», escribía el enamorado Andy Westin a su esposa, Mimi, que lo esperaba en Ypsilanti. El pelotón de morteros de Westin formaba parte del batallón de Vaught.

Unos 40 obuses. Comenzaron en cuanto la niebla de primera hora de la mañana se asentó, y nuestros pilotos de helicóptero no podían divisar los disparos de sus armas. Unas 40 personas resultaron heridas. Los obuses impactaron en el otro extremo de la ZA. Eso queda a mucha distancia de mí. Anoche tuve un buen refugio, pero hoy mi operador de radioteléfono y yo lo hicimos más profundo, pusimos sacos terreros y lo reforzamos. Mañana le pondremos un techo bien grueso. Lo llamo «Paraíso de las Gallinas».

El teniente, que aún decoraba sus cartas con monigotes que lo representaban con grandes cuernos, estaba muy excitado porque Mimi le había enviado una revista *Playboy*. A él, como a otros hombres de la Compañía Charlie, los habían puesto a cuidar un «punto de agua», un lugar en el que se tomaba agua de un arroyo cercano, se la hacía pasar por filtros para eliminar bacterias e insectos y se canalizaba hasta improvisadas cabinas de ducha. Pudieron disfrutar, por turnos, de su primera ducha en meses. Westin suponía que había peores lugares en los que establecerse por un tiempo.

Los rumores de la gran batalla en Hué habían arruinado sus planes. El general Tolson había escrito nuevas órdenes para su Tercera Brigada en una hojita de papel de su cuaderno personal:

1. Sellar la ciudad por el oeste y el norte con el flanco derecho basado en el río Song Huong.[4]
2. Destruir toda fuerza enemiga que intente reforzar o huir de la Ciudadela de Hué.

Westin escribió a Mimi:

Puede que esta noche oigas algo acerca de una batalla en Hué. Pues bien, si la cosa crece, también nos enviarán allí. Nuestra compañía ya está preparada y lista para acudir. Tenemos chalecos blindados y máscaras de gas y un montón de munición. Yo llevo 400 balas + 2 obuses de mortero. Vamos bien cargados. Pero preferiría no ir. Soy un amante, no un luchador.

Aquella tarde habían viajado hasta PK-17, cuyo nombre procedía de su hito kilométrico en la Autopista 1. Tolson había desechado un ataque aéreo más cercano a la fortaleza después de que uno de sus helicópteros Cobra fuese derribado en una misión de reconocimiento frente a la muralla norte, el viernes, y su tripulación apenas consiguiera salir de allí con vida.[5] Además, sus grupos de repostaje y mantenimiento aún no habían llegado a Camp Evans, de modo que no podía mantener en vuelo los helicópteros mucho tiempo. Sus hombres tendrían que acercarse a la ciudad a pie. El batallón de Sweet abriría camino.

El coronel Dick Sweet era un hombre del ejército, veterano de la guerra de Corea; un hombre de notable encanto al que, sin embargo, algunos veían como un canijo arrogante, el clásico tipo con «complejo de Napoleón», bajo y en forma, experimentado, tácticamente lógico y lleno de confianza. Semanas atrás, cuando había asumido el mando, preguntó a sus capitanes de compañía qué querían hacer en el futuro. El capitán Bob Helvey, como de costumbre, fue directo al grano:

—Me gustaría tener su trabajo, señor —dijo.

Algunos mandos se podrían haber sentido molestos, o como mínimo asombrados, por algo así, pero Sweet se limitó a sonreír.

—Muy bien —respondió a Helvey—. Ya tengo lo que necesito saber.

Helvey no estaba muy seguro de qué había querido decir su nuevo superior, pero tampoco le preocupaba. Después de todo, en guerra era como

mínimo prudente dar por sentado que tus subordinados podían tener que hacer tu trabajo en cualquier momento, de modo que la atrevida muestra de ambición de Helvey era a la vez sincera y apropiada. A Sweet no le preocupaba un oficial ambicioso a sus órdenes. Al poco tiempo, Helvey se dio cuenta de por qué. El «canijo arrogante» del coronel sabía lo que hacía.

Debido a su tiempo en el terreno, Sweet tenía la cara roja. Hablaba rápido y mucho, y era tremendamente fiel: se lo podía oír por las noches recitando cartas de amor a su mujer e hijos, que enviaba en cintas de casete. Pero a veces podía ser terco, incluso quisquilloso. Una vez envió al capitán Krohn, su oficial de inteligencia, a darse una vuelta caminando por la base para asegurarse de que sus hombres obedecían la orden de no remangarse la camisa: cubrirse los brazos disminuía las picaduras de mosquito y, por tanto, la malaria. Cuando Krohn sugirió que hacer cumplir la orden de mangas largas cuando la temperatura y la humedad se salían de los registros podía ser considerado como «una gilipollez», Sweet le respondió que si se negaban a cumplir una orden tan sencilla en la base, ¿cómo podría fiarse de ellos en combate? Si le decepcionabas, te enterabas cara a cara y con palabras hirientes. Pero Sweet podía también ser gracioso, como cuando se ponía a imitar a la perfección a Tolson, que no le caía bien, con su aguda voz, casi chillona, y sus cómicos gestos con los brazos. Con sorprendente irreverencia (y reflejando el racismo institucionalizado en el ejército), Sweet llamaba a Tolson «el blanco más idiota del ejército». También hablaba abiertamente sobre cosas que otros oficiales no mencionaban. Era franco, por ejemplo, acerca de la masturbación, que veía como una necesaria manera de desfogarse. La llamaba *thumping the dummy*, «aporrear el maniquí».

Los oficiales a las órdenes de Sweet compartían su desdén por Tolson, lo que acrecentaba su afecto por él. Les pedía consejos y compartía libremente sus ideas con ellos. Pensaba que la guerra de Vietnam, por ejemplo, había sobrepasado las tácticas propuestas por Westy y el resto del CAMV. La tan cacareada táctica de movilidad aérea de su división, consistente en insertar pequeñas unidades de infantería en lugares peligrosos con helicópteros, estaba ya obsoleta. Era adecuada para combatir contra pequeñas y rápidas unidades del Vietcong, puesto que les ganaba en su propio juego. El Ejército

de Estados Unidos podía transportar hombres y emplear una potencia de fuego devastadora más rápidamente que ninguna otra fuerza en el mundo. El chute de adrenalina causado por descender rápidamente a una ZA, con las armas abriendo fuego —Helvey lo llamaría «vivir al filo de la navaja a tres metros del suelo»—, era lo que hacía excitante la vida en una unidad de caballería. Pero, más allá de lo eficaz y chula que fuese la táctica, Sweet se había dado cuenta, mucho antes del Tet, de que el enemigo estaba pasando hacia una guerra terrestre más convencional, desplazando grandes ejércitos sobre el terreno. La revolución, decía a sus oficiales, era pasar a una nueva fase, una ofensiva más generalizada. Cada vez más, unidades regulares del EVN se abrían camino hacia el sur, y eran expertas en batallas terrestres a gran escala.

El coronel Sweet estaba decidido a ser igual de bueno. Su predecesor había resultado muerto unas semanas atrás cuando su helicóptero, desde el que había estado dando órdenes, fue derribado. Sweet prefería dirigir con los pies en tierra firme, junto a sus hombres, al viejo estilo, al igual que había liderado su pelotón en Corea. De esa manera veía lo mismo que veían sus adversarios, desde la misma perspectiva. Y las batallas no trataban solo de maniobras y posiciones; también trataban de hombres. Un líder debía saber cómo se sentían sus hombres, en qué pensaban. No podías mirar a la cara a un hombre desde ciento cincuenta metros de altura.

Para esta misión no esperaba mucha resistencia y sí una larga marcha, pero era precavido. Habían llegado informes de grandes cantidades de soldados del EVN en la zona. Los habían desechado por poco plausibles, pero él pensaba en ellos. Si los informes eran ciertos, Sweet confiaba en que su batallón era más que capaz de derrotar cualquier cosa con la que se tropezara. Y la necesidad de llegar a Hué era urgente. La mayor preocupación que Sweet había debatido con su equipo de mando era cómo evitar el fuego amigo una vez llegasen a la ciudad.

Apenas había espacio en los helicópteros, de modo que ordenó dejar atrás, en Camp Evans, las mochilas y paquetes: ponchos, suéteres, calcetines secos, mantas, colchones inflables, herramientas de trinchera, comida... Fue una decisión que lamentó casi de inmediato, puesto que en cuanto llegaron a

PK-17 se dio cuenta de que mantener concentrada su gran fuerza en la pequeña base la haría demasiado vulnerable a ataques de mortero, de modo que acamparon a una cierta distancia de la base. Sus hombres pasaron una noche húmeda y muy fría expuestos a los elementos: la temperatura bajó hasta los cinco o seis grados. Un soldado cortó un agujero en un saco de arroz y se lo puso. Otros embutían diarios y paja de arroz bajo sus chalecos antimetralla, una solución que tenía su precio pues picaba como el mismo demonio. Los hombres se metían de a dos en refugios y se abrazaban para calentarse. Una batería de morteros de la base del ERVN lanzó un proyectil de fósforo blanco sobre su posición durante la noche, y uno de sus hombres, Manuel Silva, recibió un pedazo de la ardiente sustancia en la nariz. Chillaba mientras intentaba quitársela, y sufrió una quemadura tan grave que lo tuvieron que evacuar en helicóptero antes del alba.[6] Partieron el sábado por la mañana transportando solo sus armas y munición, desplegándose por los campos bajo la fría neblina. Sweet los mantenía fuera de la carretera, al suponer que, siendo el camino más rápido hacia Hué, el enemigo la habría minado o habría preparado una emboscada. Durante la noche se había producido un ataque aéreo contra una fuerza enemiga situada entre ellos y Hué, y se informaba de treinta y siete muertos. De modo que el enemigo estaba cerca.

El cielo gris estaba tan encapotado que solo veían la mitad de los arrozales que los rodeaban. Sweet había decidido mover a sus hombres a lo largo del lado oeste de la autopista. Marchaban sin su habitual apoyo aéreo o artillero: lo ideal sería que una marcha como esta fuera precedida por helicópteros de ataque y un muro explosivo móvil. El tiempo había demorado la entrega de las baterías artilleras de la división a Camp Evans, y muchos de los helicópteros estaban sin combustible.

El batallón se dispersó en formación de diamante, con una compañía en cada esquina, casi cuatrocientos hombres que cubrían un amplio espacio de embarrados arrozales, sus botas haciendo ruido de succión cada vez que tiraban de ellas para sacarlas del fango. Con sus chalecos y envueltos en munición parecían mayores, pero la mayoría de ellos no eran sino adolescentes delgaduchos. La instrucción básica, los entrenamientos de

infantería y los rigores de acampar y patrullar habían hecho adelgazar tanto a la mayoría que sus madres, si los vieran, sufrirían un ataque. Llevaban baqueteados cascos verdes y chalecos antimetralla de un verde pálido. Además de sus cinturones de munición, de muchos de los cuales colgaba un calcetín relleno con raciones C, la mayoría acarrea bandoleras con munición extra para los fusiles y granadas. Caminaban a buen ritmo con los rifles hacia adelante y listos para disparar. A un tipo pequeño como Theodore Wallace, que había crecido en Harlem, le resultaba difícil mantener el paso. Su sargento se atrasó hasta quedar a su altura.

—¿Sabes, Wallace? Los francotiradores enemigos disparan a los rezagados.

Wallace aceleró, ahora asustado, sobrepasando soldados a izquierda y derecha, hasta que alguien le preguntó:

—Tío, ¿a dónde crees que vas?

—He de alcanzar la compañía — respondió Wallace.

—Joder, soy el hombre en punta —le replicó el soldado—. La compañía está ahí atrás.

Carl DiLeo, un chico alto y delgado de dieciocho años de Trenton, Nueva Jersey, estaba en un pelotón de morteros. Transportaba una base de mortero de doce kilos a su espalda que lo hacía caminar encorvado. Lo habían expulsado de la escuela, a punto de graduarse, menos de un año atrás. Procedía de un barrio difícil, en el que los italianos llevaban tiempo enzarzados en una lucha con los negros que vivían a pocas manzanas de distancia, y ambos bandos estaban decididos a demostrar lo duros que eran. DiLeo tenía una espesa mata de pelo negro cortada a cepillo y gafas de sol que llevaba incluso en los días nublados o, especialmente, cuando veía una cámara.

Al líder de escuadrón David Dentinger, que se esforzaba por seguir delante, no le preocupaba ver combate en esta marcha. Ellos eran demasiados como para que el enemigo decidiera desafiarlos. Los amarillos eran de atacar y huir, nunca te los encontrabas en masa. Le gustaba ver a Sweet caminando entre ellos. Dentinger era cínico sobre los oficiales. Se imaginaba que si Sweet y sus mandos caminaban con ellos era porque la marcha resultaría a

todas luces segura.[7]

Sweet había trazado una ruta que pasaba por pequeñas áreas de selva y aldeas, y evitaba en la medida de lo posible terreno abierto. Atravesaron una aldea —tan solo unas cuantas cabañas de paja— en la que había por todas partes banderas norvietnamitas. Los aldeanos habían estado allí hasta momentos antes —los fuegos para cocinar aún humeaban— y conforme los soldados avanzaban hacia los campos vieron a algunos huyendo. Dos de las mujeres les gritaron una advertencia: «*¡Beaucoup VC! ¡Beaucoup VC!*». A lo lejos se podían distinguir las aldeas de Que Chu y La Chu, de las que les habían advertido que podían albergar algún enemigo. Sweet alteró la ruta para rodearlas. Había hecho que su operador de radio pidiera bombas de humo a la batería de artillería de su brigada en Camp Evans. El humo marcaría el objetivo si tenían que pedir ráfagas explosivas. Le respondieron que las armas no habían llegado todavía.

Lo que ni Tolson ni Sweet sabían era que La Chu era el centro de mando de toda la operación del Frente Nacional de Liberación en Hué. Estaba protegida por un regimiento entero del EVN, cerca de cinco mil hombres.[8] Sweet habría precisado un desvío mucho mayor para evitar un ejército de ese tamaño. El batallón caminaba directo hacia los problemas.

La neblina dio paso a una lluvia torrencial. A lo lejos podían divisar un brillo apagado y una columna de humo negro elevándose desde Hué. Los hombres marchaban a ritmo fijo, como en un estado de medio despiertos medio dormidos muy conocido en la infantería. Los pies se movían solos, pero la mente vagaba o incluso se adormecía. Krohn reprendió a uno de sus hombres, un soldado de espeso pelo rojizo, por silbar la melodía (*What a Day for a) Daydream*). No estaba de humor.

Despertaron rápidamente cuando oyeron disparos de francotiradores procedentes de una línea de árboles delante de ellos. El hombre en punta de uno de los pelotones recibió un tiro en la cabeza y murió instantáneamente. El francotirador mató a dos hombres más antes de que se lo viera salir de un refugio excavado y huir. Se movía demasiado rápido como para que nadie pudiera acertarle.[9] Conforme avanzaban, el volumen de fuego enemigo se incrementó. A Wallace le recordaban abejas zumbando a su alrededor.

Comenzó a dar manotazos como para apartarlas cuando se dio cuenta de que todos sus compañeros estaban tumbados cuerpo a tierra. Los imitó. Pronto la compañía en cabeza informó de movimientos del enemigo en los bosques, y entonces el fuego se intensificó. Era sorprendentemente preciso. El enemigo había esperado hasta que el batallón estuviera totalmente a tiro y había dado inicio a un fuego cruzado, bajo y mortal. Sweet y su grupo de mando corrieron a cubrirse detrás de un grupo cercano de árboles. No había mucho más tras lo que esconderse. La mayoría de los hombres se aplastaron contra el suelo, en el campo. Las balas pasaban por encima de sus cabezas con un escalofriante *¡zip!* Quienes se encontraban más expuestos tenían que mantenerse tan bajos que sus caras estaban en el barro. Juan Gonzales era uno de los pocos hombres con una radio a la espalda, y esto lo convertía en un blanco apetecible. Las balas impactaban en el agua a escasos centímetros de su cara. Un sargento que había cerca le gritó: «¡Deshazte de ella!». Gonzales forcejeó hasta liberarse y se arrastraron hacia un pequeño cementerio, donde se refugiaron tras las lápidas.

Gonzales, un tejano, era un soldado de élite, miembro del Equipo Pathfinder 229. Habitualmente, los miembros de su unidad actuaban en solitario. Atrevidos y con un talento natural para la orientación, se movían con sigilo tras las líneas enemigas explorando en busca de zonas de aterrizaje, y después, con las enormes radios que llevaban a todas partes, dirigían a los helicópteros hacia el lugar adecuado. Los Pathfinders no pertenecían a ninguna unidad en particular (se incorporaban en aquellas que salían en una misión), de modo que Gonzales y sus colegas pasaban la mayor parte del tiempo sobre el terreno. Dado que llevaban intercomunicadores para poder comunicarse a la carrera, no llevaban casco. En lugar de ellos usaban sencillas gorras negras, que eran un emblema de su estatus. Estaban muy orgullosos de sus gorras negras. Estaba mal visto, incluso bajo fuego enemigo intenso, que un Pathfinder se quitara la gorra y se pusiera un casco. También odiaban separarse de sus radios, su herramienta principal. Gonzales se había deshecho de la suya muy a desgana, y no se iría sin ella.

DiLeo se aplanó contra el suelo y observó preocupado al grupo de mando, cerca de él. No era el único con los ojos dirigidos hacia los oficiales en busca

de alguna orden, alguna salida a ese embrollo. A juzgar por su lenguaje corporal, el coronel y su equipo parecían disgustados y confusos. Estaba claro que había habido alguna cagada por parte de inteligencia. Pasaron horas. DiLeo vio a Sweet hablar animadamente por radio, pero no hubo apoyo aéreo ni de artillería.

Entonces empezaron a caer obuses de mortero. El constante fuego rasante del enemigo continuó. Conforme pasaba el tiempo, se hacía más claro, para los hombres que esperaban, que si no querían pasar el día como dianas de práctica de tiro, en algún momento tendrían que moverse.

No estaban acostumbrados a esto. Las unidades estadounidenses de infantería vivían y morían por el apoyo aéreo y de artillería. Era su gran baza. En PK-17 había dos grandes cañones del ERVN, pero se los consideraba imprecisos, y nadie hablaba suficientemente bien vietnamita como para dar instrucciones a los artilleros. Las nubes bajas descartaban casi totalmente ataques desde el aire. Sweet incluso intentó llamar a Phu Bai para pedir ayuda a la batería de los marines, pero se la negaron. Los pilotos de los aviones estaban dispuestos, pero no podían bajar lo suficiente para apuntar antes de tener que ascender y alejarse. Los pilotos de helicópteros no podían ver nada hasta estar casi tocando tierra. O descendían y confiaban en su suerte o se arriesgaban a volar al alcance del fuego antiaéreo hasta averiguar dónde se suponía que estaba el objetivo. Aun así, Sweet consiguió persuadir a dos Hueys de que bajaran. Los hombres los oyeron acercarse y sintieron la primera oleada de esperanza. Luego los helicópteros se posaron directamente encima de ellos. Con su mochila en el barro, Gonzales era incapaz de ofrecer su experta guía. Era frustrante. Los aparatos volaban tan bajo que podía sentir el calor de las toberas de sus cohetes cuando los empezaron a disparar. Uno de los helicópteros apuntó accidentalmente hacia la línea equivocada de árboles, matando a un hombre e hiriendo a cuatro en la posición de Sweet antes de que lo apuntaran hacia la línea de árboles más distante. Pero incluso con los cohetes cayendo y los ametralladores de los Hueys arrasando, desde las puertas abiertas, las posiciones del enemigo en los bosques, estaba claro que no sería suficiente. Los hombres estaban aún atrapados.

Sweet habló por radio con el coronel Hugh Campbell, el mando de

brigada, explicándole de malos modos que todo intento de continuar avanzando sin suficiente apoyo de artillería o aéreo sería una mala opción. Campbell, por su parte, estaba muy presionado por Tolson para llevar su brigada al combate que se libraba en Hué. El general había querido insertar un segundo batallón mediante helicóptero al sudoeste de la Ciudadela, pero Campbell había evitado esa orden por la misma razón por la que Sweet estaba ahora atrapado: falta de apoyo de artillería y aéreo. Su opinión solo había prevalecido porque se suponía que el batallón de Sweet llegaría en poco tiempo. El coronel insistía en que cumplieran esa promesa.

—¡Ataque ahora! —dijo Campbell a Sweet. Luego, usando su identificador, cortó abruptamente—: ¡Warmaster, corto![10]

No habría más discusiones. Los hombres a su alrededor le oyeron decir «Roger, corto» y supieron lo que pasaría. El capitán Helvey pensó: *si es posible, lo haremos. Si no es posible, la carga se recordará durante mucho tiempo y se celebrará en los anales del regimiento.* El momento de moverse era ahora, mientras los Hueys aún estaban sobre sus cabezas. Sweet ordenó a sus hombres prepararse para cargar hacia el bosque. El capitán Krohn contuvo la necesidad urgente de descargar su vejiga. Metió balas en la recámara de su fusil y de su pistola. Cuando llegase la orden, se pondría de pie y comenzaría a correr con todos los demás.

—¡Moveos! —gritó Sweet.

—¡Vamos! —gritaron los demás.

Cuatrocientos hombres se irguieron y comenzaron a correr hacia adelante. Había demasiados como para que el enemigo los derribase a todos de una vez, pero muchos murieron en cuanto se pusieron de pie. No había más opción que seguir corriendo. Algunos paraban para tirar de otros, arrastrarlos o cargar con ellos. Eran soldados veteranos, que no se habían dejado llevar por el pánico. Gonzales disparaba su fusil de asalto en ráfagas de tres tiros mientras corría. DiLeo, con aquella pesada placa de mortero a la espalda, sentía como si corriera a cámara lenta. Supuso que le darían. Había pasado sobre el terreno casi cada día de sus meses en Vietnam. Era bastante bueno con las matemáticas y, con toda la muerte y mutilaciones que había visto, había supuesto tiempo atrás que sus probabilidades de salir vivo de Vietnam,

o sin una herida grave, eran casi nulas. El miedo paralizante había dado lugar a una lúgubre aceptación. Momentos como este le hacían sentirla nuevamente. Era esto. Corrió. Intentó hacer un zigzag y chocó con el tipo más cercano a él. Cayeron pesadamente; DiLeo sentía como si lo hubieran placado en un campo de fútbol americano. Se puso de pie y siguió corriendo. Su esperanza inmediata era que lo mataran rápido y sin dolor.

Cuando llegó, junto con otros cinco, hasta la línea de árboles, vio tres grandes refugios excavados. Parecían vacíos, pero en el primero descubrieron tres soldados del EVN que intentaron rendirse. Los acribillaron. Dos más saltaron del siguiente refugio y corrieron. También los derribaron. El tercer refugio estaba abandonado. DiLeo se metió en él exhausto. Le sorprendía seguir con vida. El combate, de momento, había terminado.

El emplazamiento de ametralladoras que los había acorralado parecía ahora insignificante. Había ocho soldados enemigos muertos y otros cuatro prisioneros. Se había acabado. Habían muerto nueve soldados de Sweet y cuarenta y ocho estaban heridos. Gonzales saltó a un refugio vacío y halló un brazo y parte de un cerebro. Los tiró y se arrebujó bien en él.

Habían avanzado solo doscientos metros y volvían a estar inmovilizados. El soldado Wallace estaba con un tipo que había recibido un disparo en la entrepierna. Le habían dado morfina para el dolor físico, pero había más con lo que lidiar.

—Debería salir de aquí y dejar que me mataran —decía.

—No, no —respondió Wallace—. Tu vida es valiosa.

—Ted, ¿qué voy a hacer? —preguntó—. No puedo volver a casa así.

—Sí que puedes. Aún estás vivo, y la vida no es solo sexo, ¿de acuerdo? Eso es solo el 10 por ciento. La gente lo sobrevalora y le da mucha importancia, pero solo tendrás que aprender a tener sexo de otra manera. ¡Puedes hacerte famoso como el hombre oral de tu barrio!

El hombre rió, pese a su desgracia.

Wallace le dijo:

—Vas a ser muy popular.

Casi de inmediato comenzaron a sufrir fuego de francotiradores desde la siguiente línea de bosques, cerca de La Chu. Nuevamente volvieron a

quedarse atrapados, y apenas un poco más cerca de la aldea. En el informe radiado a Campbell exageraron el número de bajas infligidas al enemigo porque no querían admitir lo poco que habían conseguido a tan alto coste. Como Charlie Baker, el oficial de operaciones de James Vaught, diría posteriormente, «apenas habían hecho un rasguño» al enemigo.[11]

De un modo muy similar al de los marines en Hué, los habían arrojado contra un objeto inamovible. Se trataba de un aprendizaje por prueba y error trágicamente sangriento. El sábado acabó con tres fuerzas aliadas rodeadas y embolsadas: las tropas del ERVN en Mang Ca, los marines en el sur de Hué y ahora un batallón del ejército en una zona boscosa al noroeste de la ciudad.

Seguían cayendo obuses de mortero en la nueva posición de Sweet. Dentinger vio caer a uno de sus compañeros con una herida en el hombro. El médico del pelotón, un joven soldado chino-estadounidense de Pasadena, California, Hoi Tin «Tony» Lau, corrió a ayudarlo y cayó muerto de inmediato de un disparo. Cayó sobre el hombre herido, que se liberó del cuerpo de Lau y se arrastró hasta quedar fuera del camino. Dentinger y dos de sus hombres localizaron la posición del francotirador en un refugio excavado delante. Mientras se arrastraban hacia él, el francotirador dejó misteriosamente de dispararles. Se acercaron lo suficiente para arrojar granadas al refugio, matándolo. Cuando recuperaron su rifle, vieron una bala encasquillada en la recámara.

Gonzales, que estaba sin un rasguño, se dio cuenta de que no estaba furioso por haber tenido que efectuar la carga, como otros hombres. Aceptaba poner su vida en peligro. Era su trabajo. Se había metido en él a propósito. El año anterior, atrapado en una base en la retaguardia y con ganas de ver algo de acción antes de que acabara su servicio de un año, había conseguido entrar en la unidad Pathfinder gracias a un farol. Había amenazado a su mando de unidad. Le dijo:

—¿Sabe usted quién es Henry B. González? —Henry González era un famoso congresista tejano y, como sugería la ligera diferencia de escritura entre sus apellidos, no tenía parentesco alguno con Juan—. Pues es mi tío, y si no me transfiere a una unidad Pathfinder tendré que escribirle. ¡He venido a Vietnam a combatir!

Nunca supo si su comandante le había creído, pero lo cierto es que funcionó. Gonzales, en su refugio ensangrentado, con su gorra negra, estaba exactamente donde había querido estar.

Pero no era un buen lugar. Poseían una estrecha franja de árboles al borde de un arrozal, con una fuerza enemiga notablemente bien atrincherada delante. Para peor, pronto se dieron cuenta, tras establecer un perímetro, de que el enemigo se había movido hasta detrás de ellos, cerrándoles la dirección desde la que habían venido.

—¿Cómo vamos a salir de este puto lugar? —preguntó uno de los hombres.

This Fucking Place, Este Puto Lugar. Su franja de bosque, obtenida a tan alto precio, a las afueras de La Chu, que desde ese momento pasaría a denominarse TFP.[12]0

3

Ernie el Grande

La noche antes de salir hacia Hué, Ernie Cheatham tuvo una rara oportunidad para un comandante en combate. Tuvo tiempo de pensar. Se había abierto camino por la fuerza hasta el cuartel de Phu Bai, el viernes 2 de febrero por la tarde, y había recuperado su batallón. El general LaHue le ordenó que se trasladara a la ciudad el sábado, lo que significaba que tenía toda una tarde y una noche para averiguar qué estaba sucediendo, y ahora tenía intención de hacerlo.

Lo que averiguó lo sacó de sus casillas. LaHue había estado metiendo marines —algunos de ellos eran *sus* marines— en la picadora de carne de Hué durante tres días: primero la Compañía Alpha 1/1 de Gordon Batcheller, y luego tres de las de Cheatham: Fox (Mike Downs), Golf (Chuck Meadows) y Hotel (Ron Christmas). Las había estado arrojando una y otra vez contra un enemigo de cuya fuerza y disposición no se sabía aún nada. Y las estaban troceando. Había docenas de muertos entre los hombres de Cheatham, y en el hospital de campaña había hombres agonizando, y cada pocas horas llegaban más y más. El Grupo Operativo X-Ray había insistido en que no había en Hué nada más amenazador que un puñado de francotiradores. Ahora se decía que podía haber varias compañías enemigas allí, unos cuatrocientos hombres.

—¡Quiero que ataque la ciudad y elimine al EVN, y si busca más [inteligencia] no va a tenerla! —le había dicho llanamente el coronel Stan

Hughes, comandante del Primer Regimiento de Marines, que iría con Cheatham a la ciudad al día siguiente para relevar del mando general al decepcionante Gravel—. Solo vaya allí y avance, y le apoyaré como pueda. Hágalo como quiera, y si desde arriba le buscan problemas, yo me encargaré de eso.[1]

En aquellas circunstancias, Cheatham juzgó correcto dar por sentado que el enemigo estaba presente en grandes cantidades, bien pertrechado y atrincherado. No sabía exactamente cuántos habría ni qué tipo de armas tendrían, ni siquiera cuáles eran sus intenciones. Solo sabía algo seguro: dónde tendría lugar la batalla. De modo que comenzó a prepararse para eso. [2]

Ni él ni sus marines habían combatido jamás en una ciudad, ni los habían entrenado para ello. La última vez que el Cuerpo había librado una gran batalla urbana había sido en Seúl, en 1950, una lucha de desgaste que había durado casi un mes y matado a más de cuatrocientos cincuenta marines.[3] Cheatham sabía que había varias taquillas llenas de manuales de campo que solían viajar con el Quinto de Marines, de modo que las buscó. Halló dos libritos bastante pertinentes al caso: *Combate en zonas edificadas* y *Ataque a posiciones fortificadas*. Se dio un curso intensivo. La idea básica parecía ser mantenerse alejados de las calles. Muros y edificios eran a la vez tu enemigo y tu aliado. Era el tipo de entorno en el que podías encontrarte en peligro mortal en un lugar y medio metro más allá estabas seguro. El modo de proceder era asegurar una posición de inicio y al desplazarte, lo hacías a través de paredes, no alrededor ni por encima de ellas. Tenías que abrirte paso volando agujeros en todo lo que se interpusiera en tu camino. Cuando te encontrabas al enemigo en un edificio o búnker, lo ametrallabas, lo gaseabas o lo quemabas. Luego enviabas a tus fusileros a limpiar. Sabía que en Hué había tanques, y que Christmas se había llevado consigo dos Ontos, pero eso no sería suficiente para el trabajo. De modo que salió en busca del armamento adecuado. Envío a su oficial ejecutivo John Salvati, ahora *mayor* Salvati, a recoger todos los lanzagranadas del arsenal de Phu Bai, no los lanzagranadas ligeros desechables que llevaba la infantería de Marina, sino los de la guerra de Corea, más largos y pesados, tubos de metal que disparaban un cohete

grande, de cuatro kilos de peso con carga hueca, capaz de atravesar algunas paredes o un tanque si acertaba en el lugar exacto de su parte posterior. También requisó todos los cañones 106 («rifles sin retroceso») de la armería del batallón. Cheatham quería todos lo que pudiera conseguir, y Salvati consiguió seis. Eran la misma cantidad, seis, que los que montaba un Ontos: rifles tan grandes y pesados como cañones. Para levantar uno se precisaban varios hombres. El 106 disparaba una bala explosiva que pesaba cerca de nueve kilos, y propinaba un feroz retroceso.[*] Cheatham reunió pequeños vehículos de fondo plano apodados *mulas* para transportarlos. Tenían las dimensiones aproximadas de un carrito de golf, eran rápidos y maniobrables y suficientemente grandes para los 106. Tanto los lanzagranadas como los 106 eran armas antiguas, probadas en combate, pero demasiado pesadas para su uso cotidiano en Vietnam. Los hombres que patrullaban los arrozales o la selva rara vez encontraban posiciones acorazadas o muy fortificadas, y al patrullar sobre todo de pie preferían los más ligeros LAW (*light antitank weapon*, «arma ligera antitanque», lanzagranadas desechables) o granadas de mano. De modo que había mucho armamento pesado almacenado. Cheatham dio órdenes a Salvati de reunir granadas de gas, máscaras antigás, lanzallamas y tanto explosivo C4 como pudiera encontrar.[4] Llevaría un tiempo, de modo que Salvati se quedaría atrás, en Phu Bai, un día más.

Este nuevo convoy de ayuda no estuvo preparado para partir hasta bien pasado mediodía. Era grande. El oficial de más alto rango a bordo era Hughes, la mayor parte de cuyo regimiento no había llegado aún a Phu Bai cuando comenzó la ofensiva. Cuando, días atrás, su oficial ejecutivo lo había encontrado sentado en una pequeña tienda de campaña con litera, le había preguntado dónde estaba el puesto de mando.

—Es este —había respondido Hughes.[5]

Solo tenía parte de un batallón. La otra parte, la Compañía Alpha 1/1, había quedado muy maltrecha tras el primer día de la batalla. Hughes llevaría una segunda Compañía, la Bravo, al día siguiente. Cuando llegara a Hué asumiría oficialmente el mando de la base, pero serían Cheatham y sus tres compañías los que liderarían al principio la mayor parte de los combates.

Y «el Carruaje» venía cargado. Con él regresaba el pelotón de la

Compañía Golf liderado por Bill Rogers, el emisario que el capitán Meadows había enviado a Phu Bai la noche anterior, así como el arsenal de armas pesadas que Cheatham había reunido. Las seis mulas, cada una cargada con uno de los enormes 106, iban sobre camiones de carga de cama baja con dos Dusters más. Los camiones transportaban montones de munición, los lanzagranadas, máscaras de gas y otros suministros. En el extremo de cola del convoy había camiones con más voluntarios, marines que tenían empleos relativamente seguros en retaguardia y querían entrar en acción.

En el camión de cabeza, con Hughes, iban Alvin Webb, un periodista de UPI, y John Laurence, reportero de la CBS, con su cámara, Keith Kay, que se acuclillaba en el suelo metálico con su gran cámara para filmar a Hughes. A los marines que había por ahí les encantaba tener la oportunidad de salir en un telediario, especialmente porque se enteraron de que Laurence filmaba para Walter Cronkite. También se preguntaban por qué la cadena estaba tan interesada en esto de Hué.

—¿Sabéis algo que nosotros no sepamos? —preguntó uno.

—Sí, ¿qué está pasando en Hué? —preguntó otro.

—Sabéis tanto como yo —respondió Kay.

A los marines les asombraba que aquellos periodistas se metieran en una batalla con ellos, desarmados y a propósito.[6]

Por una vez, el viaje hacia el norte careció de incidentes. En un momento surgió un gran volumen de disparos en la parte trasera del convoy, pero Cheatham se dio cuenta de que procedía de los indisciplinados soldados de los últimos camiones. Ordenó a su conductor que acelerase, y conforme los camiones rezagados luchaban por mantener el ritmo, los disparos cesaron. El convoy llegó a la base del CAMV sobre la una de la tarde.

Gravel se exaltó tanto al describir la situación que Cheatham le dijo, llanamente, que se controlara. El atribulado coronel siguió como líder de un batallón considerablemente reducido[7] que en los días venideros se reforzaría. Hughes le ordenó coordinarse con Cheatham, proteger la ZA y el embarcadero e intentar seguir avanzando hacia el sur de la base, a lo largo de la Autopista 1, para proteger futuros convoyes y expandir la zona de la ciudad bajo control estadounidense.

El teniente Ray Smith envió un pelotón de su Compañía Alpha al oeste, en otra misión para rescatar al equipo de comunicaciones de la fuerza aérea, aún oculto y rodeado. Se dio de bruces con el mismo muro de resistencia que todos los demás, y acabó regresando. Murieron dos marines y cuatro más resultaron heridos. Tras cuatro días de combates, aún les sorprendía la dureza de la resistencia enemiga. El teniente Rick Donnelly, cuyo pelotón encabezó la intentona, informó de que un batallón al completo se centraba en la defensa en exclusiva del estadio.

Cheatham estableció el puesto de mando en la universidad. Desde ahí irían avanzando hacia el oeste, pero necesitaban un flujo constante de munición y suministros desde la base, y alguna manera de evacuar a los heridos. Gravel pidió a Bill Ehrhart, uno de sus exploradores, que encontrase algunos vehículos. El soldado y un colega tomaron un jeep de un oficial de la Fuerza Aérea a punta de pistola, cargando la corredera de la escopeta para causar mayor impresión. A ese añadieron dos jeeps del ERVN, una furgoneta Volkswagen, un Peugeot y un ciclomotor Vespa, que era inútil para transportar nada pero divertido de conducir. Esta extraña flotilla, junto con las mulas, se convertiría en parte del contraataque durante los días siguientes.

En la universidad, Cheatham se reunió con sus tres capitanes de compañía. La vista, desde el extremo occidental del segundo piso, dominaba la crítica franja de edificios gubernamentales ocupados por el enemigo, a lo largo de la calle Le Loi hasta el canal Phu Cam.

A través de la llovizna gris, Cheatham podía contemplarlo casi en su totalidad: una sección de once manzanas de longitud y ocho de profundidad. El río Huong quedaba a su derecha. El primer objetivo quedaba directamente enfrente, al otro lado de la calle: el edificio de piedra marrón de la tesorería. Tenía dos altos pisos y estaba rodeado por un muro bajo de mampostería y una verja de hierro. Con sus grandes puertas frontales de acero, parecía tan resistente como la cámara acorazada de un banco. Sus altas ventanas —las del piso superior enmarcadas por unos suaves arcos— constituían perfectos emplazamientos de tiro, al igual que las pequeñas aberturas de la amplia cornisa de ornamentada piedra bajo el tejado. Quedaba a tiro de piedra y sería el primer gran reto. El Frente lo había fortificado muy bien, y Cheatham no

podría avanzar más hacia el sur sin tomarlo. Hacerlo pondría a prueba las tácticas que había planeado.

Al otro lado de la calle, al sur de la tesorería, estaba el edificio de correos, otra gran estructura de piedra. Cada bloque de los situados entre estos dos edificios era casi tan imponente como aquellos, sobre todo la prisión y los cuarteles provinciales. En todos ellos ondeaba la bandera comunista, y todos iban a ser difíciles. Estaban todos en el lado sur de la calle Le Loi, y en el lado norte se encontraba tan solo el paseo y el río Huong, lo que significaba que el flanco derecho de Cheatham sería relativamente seguro: estaban a una distancia prudente de las armas enemigas emplazadas al otro lado del río, en la orilla norte. Barrería en dirección oeste con columnas de tres compañías, con Christmas en el flanco derecho, Downs en el centro y la Compañía Alpha de Smith en el flanco izquierdo, tomando los edificios más pequeños de las manzanas más inmediatamente al sur. La Compañía Golf de Meadows, que había quedado tan maltrecha al intentar atravesar el puente, se quedaría atrás como reserva.

Las clases de ambos pisos de la universidad estaban como si un huracán hubiera pasado por allí. Las ventanas estaban rotas, los pupitres, tirados en el suelo y amontonados, libros de texto y apuntes por todas partes. Los marines habían pintarrajeado las paredes con grafiti.

«¡Puto comunismo!»

«¡Muere, amarillo!»

«La clase ha terminado.»[\[8\]](#)

Cheatham escogió una como centro de mando, y sus capitanes se sentaron ante él como estudiantes. Comenzaron a trazar los detalles: cómo emplearían los tanques, las mulas, los 106, los morteros y los lanzagranadas. Ninguno de ellos había hecho antes nada parecido.

4

Amo a los putos marines

Tras pasar la noche en la catedral, rodeados por hoscos refugiados, a los periodistas franceses Catherine Leroy y François Mazure les pidieron que se fueran. El sacerdote que los había acogido les pidió disculpas, pero su presencia asustaba a quienes se habían refugiado en su iglesia.

Un chico, uno de los monaguillos del párroco, se ofreció a llevarlos a la base estadounidense, a solo unas manzanas de distancia. Llegar hasta allí sería arriesgado. Leroy se metió las credenciales del CAMV en el sujetador y preguntó a su compañero: «Mira mi pecho. ¿Se ve raro?». Descartó sus botas, claramente militares, y el sacerdote le dio sus sandalias de ducha. Recortaron una bandera blanca con una de las sábanas del sacerdote y escribieron dos grandes letreros que decían *Phap bao chi bale* («Prensa libre de París»), que fijaron a sus camisetas.^[1]

Los pararon casi de inmediato. Repitieron que eran periodistas franceses, pero no pareció impresionar a los soldados del Frente. Les cogieron las cámaras y les ataron las manos. Los soldados no pudieron leer la carta que el sacerdote había escrito para ellos, pero nadie les hizo daño. Los llevaron a la casa de otro francés, un gestor de la destruida central eléctrica, a quien un amistoso oficial del Frente había dado instrucciones de que se quedase en su casa. Cuando el oficial regresó hizo que desataran a Leroy y Mazure, y les devolvió sus cámaras. Les dijo que el ejército de liberación dominaba toda la

ciudad y que había salido victorioso por todo Vietnam del Sur.

Les invitó a sacar fotos a sus hombres. Con el ruido de disparos a lo lejos, Leroy y Mazure fotografiaron a los felices vencedores, que escenificaban poses de combate, simulando lanzar granadas, disparar sus fusiles desde barricadas o tomar por asalto un tanque capturado del ERVN. Solo un soldado puso objeciones a que le sacaran fotos. Pidió que Leroy le diera la película de su cámara, y ella, con sangre fría, le dio un carrete en blanco. Cuando regresaron a la casa del cautivo francés, Mazure dijo al oficial (la mujer de su anfitrión hizo de traductora):

—Ahora debemos regresar a París con nuestro reportaje, de modo que hemos de irnos.

El chico los llevó de regreso a la catedral, donde contaron su historia al sacerdote. Dado que el Frente los había recibido tan cálidamente, ahora también los refugiados les daban la bienvenida. Les ofrecieron comida antes de partir hacia la base del CAMV. Esta vez los encontró un escuadrón de azorados marines que los escoltó hasta un lugar seguro.

Leroy acababa de llegar cuando el convoy de Hughes entró por la puerta, con sus amigos John Laurence y Keith Kay. Ella abrazó a Laurence y le dio dos besos en las mejillas.

—¡Dios, estoy tan contenta de vegos, chicos! —les dijo en su inglés con fuerte acento francés—. ¿Sabéis? Amo a los putos maguines. ¡Me salvagon la vida!

Les contó su historia.

—¿Sabes, John? Nunca he pasado tanto miedo en mi vida —dijo—. De verdad. En serio. Personalmente, no creo que nunca me vaya a alegrar tanto de ver a esos putos marines.

Sus dramáticas fotos aparecerían en el reportaje de portada de la revista *Life* menos de dos semanas más tarde, un raro vistazo al enemigo alegre que por entonces podría estar luchando desesperadamente por conservar Hué.

Ahora había en la base varios miles de marines hacinados en un área aproximada de una manzana. No había agua corriente y por alguna razón, en lugar de recibir agua embotellada les entregaban enormes palés de un tibio refresco de naranja que todo el mundo acabó por odiar. Los edificios que

rodeaban el perímetro estaban llenos de disparos. Había agujeros en los tejados, a lo largo de las posiciones de disparo protegidas con sacos terreros. El patio central hervía de actividad, con convoyes que llegaban, descargaban rápidamente y salían a toda prisa de regreso a Phu Bai o a la zona de aterrizaje al lado del río. Los cuerpos que yacían en las calles, afuera, estaban hinchados y eran tan horribles que ya no parecían humanos.

Aún caían ocasionalmente obuses de mortero, de modo que todo el mundo permanecía a cubierto tanto tiempo como fuera posible. Mike Anderegg, el conductor de tanques Patton de dieciocho años que había estado en el primer convoy el miércoles, pasaba dentro de su tanque casi todo el tiempo. La mayoría de los tanquistas lo hacía. Trabajaban, comían y dormían en sus capullos protectores. Cuando llegaba la llamada de la naturaleza orinaban y defecaban en sus cascos y luego abrían una escotilla situada en el suelo, del lado del conductor, y los vaciaban por ella. El interior del tanque era estrecho y sucio y olía mal, pero parecía el lugar más seguro en el que estar. Les parecía que lo tenían mucho mejor que los soldados de a pie. Al menos nadie les ordenaba correr por las calles mientras les disparaban. Desde sus asientos interiores, tres de los cuatro tripulantes tenían periscopios: conductor, artillero y comandante. El cargador no tenía ni idea de lo que pasaba fuera. Se sentaba en su pequeño asiento y se movía para recargar el cañón tras cada disparo. El olor de la cordita y el humo del disparo tenían que evacuarse, de modo que encendía un ventilador, y casi al instante el comandante le ladraba que lo apagase porque hacía tanto ruido que no podía oír la radio. En la mayoría de las salidas, el aire acababa tan enrarecido que se hacía difícil respirar. Se mantenían en movimiento tanto como era posible, porque cada vez que se detenían recibían impactos de cohetes; y los proyectiles de B-41, si daban en el lugar adecuado, podían penetrar el blindaje y explotar dentro. Si eso ocurría, estaban jodidos. Los Patton eran los objetivos más grandes en la calle. Las balas estaban constantemente impactando en el exterior. Había momentos en que la tensión, el ruido y el olor hacían que un hombre quisiera gritar.

Anderegg se sentía fatal. Por encima de todo, se sentía un fracasado. Era él quien conducía el tanque que había pasado por encima del pie del soldado

Henschel, y se sentía mal por ello. Había ocurrido cuando su tanque acudió al rescate del pelotón del teniente Horner en la calle Cao Van. Estaban alzando y colocando a los heridos en el exterior del tanque cuando recibió varios impactos de cohete. Las explosiones simultáneas hicieron tambalear el vehículo de 45 toneladas lo suficiente como para arrojar al pobre Henschel a la calle. Fueron tan ruidosas que dejaron a Anderegg y sus colegas de la tripulación aturridos. Cuando otro impacto los sacudió, segundos más tarde, su comandante comenzó a gritar «¡Retrocede! ¡Retrocede!», lo que él hizo de inmediato, poniendo la marcha atrás y aplastando, sin querer, el pie del pobre Henschel.

Al día siguiente fue el mismo Anderegg quien resultó herido. Su tanque estaba protegiendo la ZA, esperando a un helicóptero que debía llegar en cualquier momento. Estaba aburrido, de modo que se puso el chaleco antimetralla y violó su norma número uno: salió del tanque para hablar con uno de los soldados. Oyó cómo un obús de mortero explotaba y sintió un agudo dolor en la garganta. Un trozo de metralla se la había abierto. Los marines a su alrededor lo recogieron y lo arrojaron en una mula con otro hombre. Anderegg estaba en estado de *shock*. Ya en el ajetreado dispensario lo pusieron sobre una mesa. El doctor Ba, el alto cirujano del ERVN, ni siquiera se paró a quitarle el chaleco y el arma. Lo examinó rápidamente, lo calmó, le puso una inyección de morfina y le extrajo un trozo de metal del cuello. Anderegg oyó el ruido metálico que hacía en la cubeta quirúrgica. Lo vendaron, le pusieron una etiqueta y lo llevaron al pasillo. La morfina lo sumió en una neblina y le provocó un mareo. Le dijeron que lo evacuarían con el siguiente helicóptero, y tras un tiempo lo transportaron de regreso a la ZA con los demás heridos y lo cargaron en un helicóptero. Este despegó, se sacudió, comenzó a llenarse de humo y aterrizó nuevamente. Lo sacaron, junto a los demás.

—Hay otro de camino —le dijo un marine—. Te meterán en ese. Solo hay que esperar.

Asustado, la idea de subir a otro pájaro no le resultaba demasiado atractiva, así que se dijo *a la mierda con esto*, se puso en el bolsillo la etiqueta que le había dado el médico y se volvió caminando hasta la base,

donde se subió a su tanque.

Tras aquello, solo había salido en otra ocasión cuando los soldados rasos que habían avanzado junto a él salieron corriendo de un edificio con la cara desencajada. Uno lloraba. Otro se inclinó contra un árbol y vomitó. La curiosidad pudo más que él. Había una familia dentro, una pareja de ancianos, dos mujeres y dos niñas pequeñas, y parecían haber sido asesinados a machetazos. La sangre estaba seca y no había modo de saber cuánto tiempo llevaban allí. La habitación hedía.

Al principio se usaron los cuatro tanques sobre todo por su elemento de *shock* y como cobertura móvil. Las tripulaciones tenían estrictas órdenes en contra de usar sus grandes cañones y, en el caso de los Zippos, sus lanzallamas, sin la aprobación de los niveles más altos de la cadena de mando. Pero al día siguiente de resultar herido, conduciendo con el cuello y la cabeza aún vendados, como si se tratase de una momia, Anderegg había quebrantado esta regla. El pelotón al que escoltaba había comenzado a recibir fuego desde un edificio. El furioso teniente, a solo un par de metros de distancia, en la calle, gritaba una y otra vez:

—¡Dispara el cañón! ¡Dispara el cañón!

—¡Este es un puto Zippo! —le respondió el comandante, Charlie West. Los dos tipos de tanque parecían iguales, pero en aquel momento el teniente parecía indiferente a la distinción.

—¡Dispara tu puto cañón! —gritó.

Anderegg, que era el artillero, odiaba verse atrapado entre órdenes contradictorias. *A la mierda*, pensó. Por su cuenta y riesgo metió presión en el tanque de napalm y disparó, lanzando un chorro de color naranja brillante, empapando el objetivo de arriba abajo. El edificio ardió como si fuera de cartón. Todo aquel que estaba dentro quedó carbonizado. Los soldados se mostraron unánimemente encantados con esto, pero cuando Anderegg regresó a la base, sus mandos se volvieron locos. Lo reprendieron a gritos, con insultos y concienzudamente. No intentó defenderse, y se dio cuenta de que tampoco le importaba mucho. Se preguntaba: *¿Qué más me pueden hacer? ¡Me han disparado en el cuello* (aún dolía terriblemente) *y estoy atrapado en este agujero de mierda, rodeado de personas que quieren*

matarme! ¿Cómo podría empeorar mi vida? A menos que uno contase como tal la reprimenda, nunca recibió ningún castigo por ello.

Todo el mundo acabó acostumbrándose al olor de la muerte. Había civiles y soldados enemigos muertos por las calles y aceras allá por donde fueran. La base olía a los marines muertos. También olía a los marines vivos, a humo, sangre y cordita. A lo largo de todos los días de esta pesadilla, hasta aquel momento, nadie se había preocupado por contar a Anderegg lo que estaba pasando ni por qué, de modo que no tenía ni idea. Se limitaba a acurrucarse en su frío y apestoso tanque y esperar a que le dijeran qué hacer. Cuando lo convocaban, se aventuraba afuera con el resto de su tripulación. Allá donde fueran les disparaban. Y toda idea preconcebida de estar seguro dentro del tanque se desvaneció cuando a su colega, el comandante de tanque Buddy Hall, lo mataron. Hall se asomaba por la escotilla a menudo, y un cohete la había atravesado limpiamente desde arriba: el tirador seguramente se había apostado en un terrado. Hall, un cabo de veintiún años de Lynchburg, Virginia, había estado estudiando vietnamita con la esperanza de convertirse en intérprete. Anderegg lo admiraba.

El resto de la tripulación también. Hall tenía un modo de permanecer firme y alegre, incluso en las peores situaciones, que constituía una influencia tranquilizadora. Una vez, cuando Carl Fleischmann, el conductor, mirando a través del periscopio, vio cómo un marine recibía un disparo en la cabeza, quedó momentáneamente paralizado: el hombre cayó hacia atrás con lo que parecía ser una gran sonrisa en la cara y luego comenzó a manar sangre de debajo de su casco. Fleischmann siguió mirando hasta que Hall le dijo suavemente: «Carl, está muerto». Lo devolvió a la realidad. El cohete que le dio a Hall lo desgarró. Un trozo de metralla le había arrancado la cara. Había dejado el tanque humeando, y, temiendo que fuese a explotar, Fleischmann había salido. Ayudó a extraer de él a Hall y a otro miembro herido de la tripulación. Pusieron a ambos heridos en una mula. Hall sangraba profusamente y Fleischmann viajó a su lado para confortarlo. Hall se agarraba a él con todas sus fuerzas, una mano en el hombro izquierdo y la otra aferrando su brazo derecho. No pudo mirar la cara destrozada de Hall. En la base, el médico y el oficial médico le dieron un vistazo y menearon la

cabeza con tristeza. No podían salvarlo.

—Solo quédese dándole la mano hasta que fallezca —dijo el médico.

Hall no dejó de aferrarlo con fuerza. Fleischmann no quería dejarlo. Duró toda la noche hasta bien entrada la mañana. Cuando Hall murió, Fleischmann regresó al tanque y limpió la sangre. Luego volvió a instalarse dentro.

Pese a las incomodidades, el creciente número de personas en la base otorgaba una cierta sensación de seguridad. A nadie le preocupaba ya que los atacaran. Y hacia el fin de semana se había recuperado un cierto simulacro de orden. La vida se asentó y se volvió rutinaria. Entre los marines había un número cada vez mayor de refugiados, y también de perros, que vagabundeaban por las calles en manadas hambrientas. Apareció una oca. Los marines la miraban amenazadores. Incluso con la llegada de cocineros de Phu Bai, sin energía no había manera de cocinar grandes cantidades de comida caliente, y la carne de los congeladores estaba descongelándose. Uno de los sargentos de cocina, Frank Crum, consiguió hacer funcionar un horno con un generador y cocinó todos los filetes de una vez. Aquella noche, los hombres daban vueltas por la base masticando carne que aguantaban en la mano, y lanzaban los huesos a los perros. Crum bromeaba diciendo que había cocinado los filetes solo para salvar la vida de la oca.[2]

Nada de todo esto era demasiado terrible. Los marines estaban acostumbrados a las privaciones, a vivir en el campo, y había un suministro constante de raciones C. Su contenido se podía calentar en una lata agujereada con un pequeño pedazo de explosivo C4 encendido. La lata se convertía en un hornillo suficientemente potente como para hervir agua sobre ella. Por las noches, los hombres se intercambiaban los contenidos de los paquetes de comida: el *pound cake*[*] y la fruta eran los elementos más valorados; nadie quería las habas ni el jamón cocido.

Una parte de la base había sido antaño una pequeña guarnición francesa, y en uno de sus edificios había un gran cuarto de baño con retretes metálicos y duchas comunes. No había agua corriente para las duchas, ni modo de descargar los lavabos, que estaban hasta los topes y apestaban. Era demasiado peligroso dejar la base para excavar letrinas (los marines las llamaban *heads*, «proas»),[*] de modo que los soldados se las arreglaban como podían. Los

hombres se encaramaban a las cabinas hasta colocarse sobre uno de los retretes y añadían desde arriba su contribución a la pila. Con el tiempo, hubo retretes con montañas de mierda de hasta dos metros de altura.

En muchas de las habitaciones superiores había literas de metal, pero pocos hombres dormían en ellas. Los obuses de mortero hacían que fuera más seguro quedarse a ras de suelo. Dormían por turnos en la cantina, extendiendo cartones en el suelo (o colchones inflables, si tenían suerte) para protegerse del frío suelo. Fumaban cigarrillos (tabaco, y a veces marihuana) e intercambiaban impresiones, intentando dar sentido a lo que estaba sucediendo. Ninguno de ellos tenía acceso a las comunicaciones por radio con los jefes de Phu Bai, y sus comandantes les decían poca cosa. Cada uno tenía sus propias experiencias cotidianas: a dónde había ido, qué había visto, qué había oído. Cada narración constituía una pieza del rompecabezas, y por la noche intentaban solucionarlo. *¿Qué mierda nos pasó ahí fuera? ¿A dónde nos envían mañana? ¿Cómo era de malo donde tú fuiste? ¿Por qué no hay apoyo de artillería? ¿Dónde queda tal y tal lugar?* La imagen permanecía incompleta, y generaba tanto dudas como miedo. Chris Brown, cuyo pelotón había sido casi eliminado el primer día, estaba convencido de que sus mandos no sabían lo que hacían, y en consecuencia estaban desperdiciando las vidas de sus soldados. Tras todo lo que habían perdido el miércoles, el día en que habían matado a su amigo Cristóbal Figueroa-Pérez, no habían logrado avanzar ni medio metro. *¿Para qué?*

El tanquista Brad Goodin, que se pasaba drogado gran parte del tiempo, se tendía por la noche con la mayor parte de su cuerpo bajo el tanque, pero con la cabeza fuera para poder mirar hacia arriba. Una noche, desde una radio sintonizada con la Cadena de las Fuerzas Armadas en Vietnam comenzó a sonar *Love is blue*, un gran éxito de la época, del director de orquesta francés Paul Mauriat. La canción era lenta y sensiblera y constituía, especialmente cuando Goodin iba fumado, un acompañamiento surreal al espectáculo de luces del cielo nocturno. Las bengalas estallaban en las nubes, arrojadas por aviones desde gran altitud, y caían lentamente a tierra con sus paracaídas como estrellas borrachas, dejando tras de sí retorcidos penachos de humo blanco y brillante. Su luz fantasmal, ligeramente azulada, iluminaba la parte

inferior del espeso manto de nubes. Balas trazadoras verdes y rojas cruzaban el cielo como estrellas fugaces, y de vez en cuando se percibía la luz de una explosión. A Goodin, esos interludios le parecían llenos de paz y reconfortantes.

El periodista Gene Roberts y su escolta, el sargento King, dormían por turnos con los cientos de marines que ocupaban la cantina. El aire en Hué era tan húmedo que uno nunca se sentía del todo seco, y las noches eran frías. Pocos dormían bien. Los hombres se sacudían, daban vueltas y roncaban, y había gente hablando toda la noche. Roberts se quedaba despierto escuchando esas conversaciones mantenidas en la oscuridad, a veces tomando notas. Lo conmovían esos hombres. ¡Eran tan jóvenes! También eran notablemente disciplinados y listos. La mayoría aceptaba con calma las incomodidades y el peligro. Un marine hablaba de la novia que tenía en casa, en Battle Creek, Michigan. Hablaba sin parar, describiendo su último día allí y cómo él y su chica habían ido a dar un largo paseo por la tarde.

—Fue la mejor puta hora que he pasado jamás —decía con nostalgia.^[3]

En la segunda noche de su regreso, King encontró camas para ambos. El corresponsal estaba escribiendo reportajes diarios ahora desde Hué, y descubrió con disgusto que la cinta de su máquina de escribir portátil se había gastado. King dijo que cerca había edificios de oficinas, y que si las cintas de esas máquinas no se ajustaban a su modelo, nada podía impedir que se llevaran una máquina entera. De modo que se aventuraron por las calles con un soldado voluntario para hacerse con una, caminando por una zona que se consideraba relativamente segura. Ya regresaban, Roberts con una máquina de escribir en sus brazos, cuando el marine que había venido con ellos recibió un disparo. La bala impactó en su chaleco antimetralla y lo tumbó, pero no lo hirió de gravedad. Hicieron el resto del camino de regreso corriendo. Roberts puso la máquina de escribir sobre la mesa y le insertó un papel en blanco, solo para darse cuenta de que las teclas estaban en vietnamita. Era inútil. Durante el resto de su estancia en Hué escribió sus reportajes a mano y los dictó por teléfono a su oficina en Saigón.

Al Webb, el periodista de UPI, acabó su primer reportaje sobre Hué el domingo 4 de febrero por la noche, a mano, con una manta sobre la cabeza e

iluminándose con una linterna-bolígrafo.

«Yo era demasiado joven para luchar en la segunda guerra mundial, pero hombres de más edad me han contado cómo fue luchar en las calles de Italia, Francia y Alemania —escribió—. En esta ciudad es como aquello, quizás peor.»[4]

Poco a poco, algunos de los estadounidenses que se escondían fueron llegando desde los barrios circundantes. Donald Bradley, un supervisor de obras hidráulicas que se había ocultado en el desván de su apartamento, había visto soldados del EVN disparar morteros justo frente a su casa durante tres días. Cuando un obús voló un agujero en el tejado de su edificio, se descolgó y corrió desesperado hacia la base. Consiguió pasar desapercibido hasta llegar a ella, cuando un escuadrón de soldados del ERVN, desde un búnker, le disparó con una ametralladora... y falló.

Ya a salvo adentro, dando sorbos a una taza de café frío, Bradley dijo a Roberts:

—Dios, qué suerte he tenido. Todo el mundo tuvo la oportunidad de matarme, pero nadie lo hizo. Debo estar hecho a prueba de balas.[5]

El lunes por la mañana, un pelotón de la Compañía Fox rescató finalmente a los veintidós asesores militares y dos civiles atrapados en el centro de comunicaciones de la Fuerza Aérea de Estados Unidos. Los marines tuvieron que vencer una formidable resistencia enemiga para recuperar a los agradecidos hombres, que se habían ocultado en la casa rodeada durante días, manteniendo al enemigo a raya mediante disparos desde las ventanas, esperando que en cualquier momento los atacaran.

Un escuadrón de marines dirigido por el sargento Jim McCoy se había aproximado cautelosamente a la casa. Pensaban que podía ser donde se escondían los estadounidenses, pero no estaban seguros. McCoy y Dan *Arkie* Allbritton estaban de pie a cada lado de la puerta.

—Intenta abrirla —dijo McCoy a Allbritton—. Si no está cerrada, ábrela del todo y yo arrojaré algo.

Pero Allbritton llamó a la puerta y con su acento sureño canturreó:

—¿Hay alguien en la casa?

—¿Sois estadounidenses? —preguntó una voz desde dentro.

La mayoría de los atrapados dentro eran personal de la Fuerza Aérea, pero también había soldados del ejército y civiles. Habían construido un búnker contra la puerta principal. La cortesía natural de Allbritton los había salvado.

Roberts los siguió hasta la base. Estaban tremendamente afectados por la ordalía, y a algunos los habían puesto, por su seguridad, en un búnker excavado bajo tierra. El periodista pasó por encima de los sacos de arena que había enfrente y bajó al oscuro espacio.

—Soy Gene Roberts, del *New York Times*, y vengo a que me cuenten su historia —dijo.

—¡Eh! —exclamó un hombre—. ¿No escribía usted la columna «Divagando por el Wayne rural» en el *Goldsboro News-Argus*?

Su nombre era Roy Jones, y de niño había repartido el diario con su bicicleta. Era asesor técnico de un proyecto de desarrollo.

—Nos estábamos quedando sin comida —dijo—. Comíamos una ración C al día y encontramos agua contaminada, así que la hervíamos y la bebíamos.^[6]

Habían recogido agua de los charcos que había fuera y la habían hervido para poder beber algo.

—Tío, esos marines han sido toda una vista para estos ojos cansados —dijo Joe Hamilton, un soldado del ejército—. Pensé que estábamos muertos.

Cerca, otro grupo más pequeño de estadounidenses que se ocultaba no tuvo tanta suerte. Aquel mismo día, un teniente de marines, James DiBernardo, que había dirigido la radio y la televisión de la Cadena de las Fuerzas Armadas en Hué, intentó llegar a la base con seis de los miembros de su equipo. Se habían escondido durante cinco días a dos manzanas del estudio, en un pequeño recinto rodeado por un alto muro. El estudio había sido arrasado en la primera noche. El lunes 5 de febrero por la mañana habían oído voces de estadounidenses fuera, pero justo entonces los atacaron. La fuerza enemiga que venía hacia ellos conducía un tanque del ERVN. En la lucha que siguió, los atacantes incendiaron el tejado del edificio principal del recinto. Una explosión hirió a DiBernardo en el brazo derecho. Al darse cuenta de que no podían resistir escapó hacia la base, pero una veintena de

soldados enemigos lo acorralaron. Dispararon y mataron a dos de los hombres de DiBernardo, y a él lo volvieron a herir de un disparo. Los obligaron, a él y a los cuatro restantes, a caminar. Los llevaron a un templo budista cercano, donde las también cautivas trabajadoras estadounidenses del IVS, la Dra. Marjorie Nelson y Sandra Johnson, cuidaron de sus heridas. Pasarían en prisión cinco años.[7]

5

La escapada

El domingo por la mañana, en TFP, corrió el rumor de un refugio a otro de que estaban rodeados. El batallón de Caballería Aérea del coronel Dick Sweet estaba disperso por los refugios que salpicaban el inútil acre de Vietnam que habían comprado a un precio tan alto. Había árboles y matorrales que llegaban a la cintura por todo el lugar, de modo que los comandantes no podían controlar toda la posición de un vistazo. Los sargentos de pelotón corrían de refugio en refugio para comprobar cómo estaban sus hombres y distribuir munición. Al norte y al oeste había una línea curva de árboles. Varios caminos menores y uno más amplio discurrían por el centro de la posición. Había más enemigos al este, justo tras la línea arbolada. El arrozal que habían atravesado a la carga se extendía al norte y oeste, donde ahora había una línea de soldados enemigos.

Dentro del perímetro estadounidense había una pequeña cabaña de piedra que hacía las veces de centro de mando para Sweet. Había posicionado a sus hombres de tal manera que cubriesen campos de tiro interconectados. Cualquier carga en masa hacia su posición, aunque probablemente tuviera éxito, sería al menos dolorosa. El capitán Krohn calculaba que un ataque en masa del EVN sacrificaría a un millar de hombres, un precio que esperaba que el enemigo no estuviese dispuesto a pagar.[1] Había habido sondeos, pequeñas cargas en puntos del perímetro que producían feroces intercambios

de fuego de fusil y ametralladora, y en algunos lugares los hombres de Sweet habían retrocedido. Abandonaban sus refugios, se retiraban una cierta distancia y cavaban otros nuevos. El suelo era arenoso y fácil de excavar. El enemigo se instalaba en los que habían quedado vacíos. De modo que los límites estaban encogiéndose.

La niebla era tan densa que incluso a mediodía ambos bandos no podían verse con claridad a más de veinte metros. Pese a esto, llegaron helicópteros para evacuar a los heridos y muertos. El mayor William Scudder, oficial ejecutivo del batallón, había recogido cuanta munición y granadas pudo encontrar en Camp Evans, y también doscientos cincuenta pares de calcetines secos, no suficientes para todo el mundo, pero un alivio para los afortunados a los que les tocó uno. Scudder desafió las reglas en contra de enviar munición en una misión medevac y la entregó en persona el sábado por la tarde. Los tres helicópteros quedaron cosidos a balazos, pero consiguieron regresar a Camp Evans. Krohn había visto cómo cargaban el cuerpo de Tony Lau, el joven médico. Aquella mañana, antes de comenzar la marcha, había estado hablando con Lau, hijo de un tendero, y le habían encantado su cultura y su espíritu alegre. Habían debatido sobre la mejor manera de cocinar ternera con jengibre, y Lau sabía de qué hablaba.

Incluso los pequeños ataques producían gigantescos intercambios de disparos, más de lo que incluso los soldados más veteranos habían experimentado antes. Un ataque-sondeo solía comenzar con el *¡pop!* de un M16, y luego más, y más, seguidos por los *¡crac!* más agudos de los AK, y luego el ruido alto y desgarrador de las ametralladoras, hasta que todo alcanzaba un volumen solo comparable a demostraciones de potencia de fuego militar que habían visto en Fort Benning. Incluso con el reaprovisionamiento, hacia la noche el batallón estaba quedándose sin munición. El círculo seguía cerrándose. Entre los francotiradores, los ataques y los morteros, ellos parecían condenados a desaparecer. El aire húmedo los asfixiaba por el olor de la cordita.

—Luché contra los chinos en Corea —dijo Sweet—, ¡pero nunca he luchado en una situación tan mierdosa como esta![2]

Krohn intentaba no pensar en ello. Se centraba en las tareas inmediatas y

mantenía su fusil limpio y preparado. Se ocupó actualizando sus estimaciones de inteligencia y calculó cuándo sería seguro salir gateando a orinar. Los hombres más altos no se atrevían. Meaban en las latas de raciones C y las arrojaban fuera de sus refugios. El alcohol estaba prohibido, pero Krohn llevaba algo de brandy («jarabe para la tos») en pequeñas botellas de medicamentos que había metido en su bandolera de munición. Por la noche lo vertió en el café en polvo y lo compartió con los demás. Ayudaba a relajarse un poco. Estaba convencido de que cuando los hombres pensaban demasiado perdían los nervios en combate. La parte que las películas de guerra nunca reflejaban era toda esa espera y el esfuerzo que en ella se hacía por no pensar.

Los problemas del batallón de Sweet no habían acabado de quedar patentes en Camp Evans, a semejanza de la incredulidad que habían generado las penas de los marines en Hué. Al igual que el general de marines LaHue, el general del ejército Tolson parecía negarse a creer los informes de primera mano de Sweet. Sencillamente era imposible que el EVN pudiera plantear un desafío serio a un batallón completo de infantería estadounidense desplegado en el campo de batalla. El domingo por la tarde, el segundo de los tres batallones de la brigada de Tolson, el de Vaught, se había desplazado hasta PK-17, y Sweet recibió un optimista comunicado de su homólogo en el otro batallón.

—¡Empújelos hacia nosotros y los haremos pedazos! —había dicho Vaught.

Sweet estaba alucinando. ¿Cómo podía Vaught, o cualquiera en retaguardia, tener la impresión de que él estaba en posición de *empujar* al enemigo hacia ningún lugar? ¡Sus hombres estaban apenas resistiendo con vida!

Camp Evans tenía sus propios problemas. Las habituales rutas terrestres de suministro desde Da Nang habían caído por el control enemigo sobre Hué, de modo que había que aerotransportar las provisiones. Esto implicaba escasez de gasolina, alimentos y otros artículos básicos. El EVN martilleaba regularmente la base con ataques de cohete. Tolson mostraba síntomas de cansancio. Se acabó de quebrar cuando un cohete enemigo impactó en un depósito de municiones, provocando una serie de gigantescas explosiones e

incendios en el campamento. El general apareció en el centro de mando balbuceando incoherencias, y uno de los oficiales de su equipo lo tuvo que llevar a sus dependencias. Salió de ellas más tarde, aparentemente sin más problemas.[3]

La batería de artillería de Camp Evans no estaba aún montada. El sábado se transportaron hacia PK-17 dos obuses de 105 mm, pero, temerosos del volumen del fuego enemigo alrededor de la avanzadilla, los Chinook descargaron los grandes cañones en un campo a trescientos metros de la base. Era el lugar en el que estaban cuando el batallón de Sweet cargaba contra la línea de árboles y tomaba TFP. Un oficial de artillería ignoró al día siguiente las órdenes de mantenerse alejado de la Autopista 1 y llevó cuatro piezas más a PK-17. El capitán Dane Maddox, comandante de la batería de PK-17, tomó prestados camiones del ERVN para recuperar los dos cañones que había en el campo. A última hora del sábado, la avanzadilla poseía seis armas y disparó rápidamente su carga, de unos cuatrocientos obuses.

Esto apenas influyó, pero fue tremendamente satisfactorio para los cercados hombres del batallón de Sweet. Los campos a su alrededor explotaron de un modo espectacular. El enemigo no sabía que esto era todo lo que tenían en aquel punto, de modo que se esperaba que el bombardeo desincentivaría el ataque a gran escala que todos temían. Varios de los obuses explotaron dentro de TFP, pero nadie resultó herido. Y después de eso, las cosas se calmaron durante unas horas. Los hombres estaban en sus refugios, húmedos y temblando. Pocos durmieron. Algunos obuses de mortero explotaron dentro del perímetro poco antes de las tres de la mañana, y más tarde, no mucho después del alba, llegó una enorme salva. Krohn calculó que habían caído unos doscientos obuses dentro del perímetro, y esta vez hubo víctimas.

El soldado Carl DiLeo fue de los que recibieron. Él y el sargento Bob Hopkins se encontraban en el refugio en el que habían matado a los tres soldados del EVN que se rendían el día anterior. Habían arrastrado los cuerpos de los muertos a cierta distancia. Luego se metieron en el refugio, acurrucándose uno junto al otro para calentarse. El domingo al amanecer se dieron cuenta de que sus problemas se habían agravado.

Los disparos rara vez cesaban. Todas las ramas más bajas de los árboles habían sido arrancadas. DiLeo y Hopkins estaban en una especie de patio exterior. Cerca había una mesa de mármol con sillas. El de ellos era solo uno de una larga hilera de refugios espaciados unos doce metros unos de otros. Sus órdenes eran quedarse quietos, vigilar de cerca la línea de árboles que tenían delante y disparar contra todo lo que se moviese.

El enemigo hizo un par de intentos y lo rechazaron ambas veces. Pasaron las horas. El adolescente de Trenton esperaba que la gran carga sucediese en cualquier momento, y se esforzaba por mantener los ojos abiertos y centrados en la línea de árboles, pero era peligroso incluso asomar la cabeza. A juzgar por la cantidad de enemigos que veía, su posición no tenía ninguna oportunidad. Y eso ni siquiera era lo peor. Lo peor eran los obuses de mortero, que comenzaron a llover directamente sobre ellos. Los disparaban periódicamente desde una distancia de solo unos cientos de metros. DiLeo podía oír el ruido (*poc*) y luego el siseo (*zush*) mientras subían. Si miraba hacia arriba podía ver perfectamente aquella cosa conforme desaceleraba hacia su cénit. Se quedaba allí colgada, como un punto negro contra el cielo gris, durante lo que parecía un largo latido del corazón, como un balón pateado que la NFL Films captaba a cámara lenta, antes de caer en picado hacia ellos. La explosión era como un golpe en todo el cuerpo, incluso si no caía cerca. Y todas caían cerca. Abrías la boca y a veces gritabas de miedo mientras te apretabas los tímpanos para que no te los reventara. Era el infierno, una lotería mortal en la que lo único que podías hacer era esperar tu turno. Si te quedabas dentro del agujero estabas bien, a menos que el mortero tuviera tu posición y te aterrizara exactamente encima.

Eso es lo que sucedió al buen amigo de DiLeo, Walt Loos, y al otro hombre en ese refugio, Russell Kephart. Estaban a un refugio de distancia. Los *volatilizaron*. Los borraron del planeta. DiLeo siguió el obús durante todo el descenso y vio cómo explotaba en su refugio, vaporizándolos. Un momento atrás estaban ahí, viviendo, respirando, pensando y quizá maldiciendo o incluso rezando, como él, y al momento siguiente dos robustos jóvenes, ambos sargentos del Ejército de Estados Unidos, el orgullo de sus pueblos —Perryville, Misuri, y Lewistown, Pennsylvania, respectivamente

—, se habían convertido en una nube de fina neblina rosa: diminutos pedazos de sangre, hueso, cartílago, carne y cerebro que se alzaron y expandieron hasta posarse sobre todos y todo lo que había alrededor. Cayó —*cayeron*— sobre DiLeo, que se apartó el sangriento líquido de los ojos y vio que sus brazos, todo el resto de él, estaba también cubierto. Y luego vino otro *poc* y otro *zush*.

Sabía que su única esperanza era tener suerte y mantener la cabeza agachada. Incluso si no podía saber, mirando, dónde caería el siguiente obús, no podía evitar estirar el cuello para mirar. Lo cual fue la razón, seguramente, de que a DiLeo le acertase una bala en la cabeza. La bala impactó en su casco y lo tumbó hacia atrás sin sentido. Y así, inconsciente, se plegó, por lo que Hopkins se dejó llevar por el pánico y salió del refugio. Corrió hacia la mesa de mármol antes de que también a él le metieran un balazo en la cabeza. Esta bala no dio en el casco, sino en la frente, y lo mató al instante.

DiLeo estuvo sin sentido lo que luego calculó que serían dos horas. Uno de los sargentos del pelotón, que iba de refugio en refugio para comprobar cómo estaban los hombres, lo encontró inerte pero respirando. Llamaron a un médico, que lo hizo revivir. Su casco tenía un agujero en la frente, pero la bala apenas había rascado la parte superior del cráneo. La cabeza estaba hinchada y le dolía, pero había poca sangre... o simpatía.

—¡Tienes que mantener la integridad del perímetro! —le gritó el sargento con aspereza.

Más tarde, el domingo, hubo un gran ataque. Rechazarlo les costó casi toda la munición que les quedaba. Murieron once hombres más, y cincuenta y uno resultaron heridos. El batallón se había reducido a la mitad de sus cuatrocientos hombres originales. No había suficientes médicos para tratar a todos los heridos. Durante el resto del día, cada pocas horas un helicóptero se adentraba en el intenso fuego enemigo para llegar hasta ellos, a veces flotando sobre el terreno lo justo para que cargaran en él a los heridos. Los médicos tenían que establecer un triaje y escoger a quiénes enviar de regreso: nunca sabían si el siguiente Huey sería el último. Al anochecer, once de los menos afortunados yacían lado a lado: algunos, muertos; otros, demasiado graves como para pasar el corte.

Un hombre con un neumotórax traumático hacía unos horribles ronquidos y burbujeos conforme sus pulmones se llenaban lentamente de sangre. Finalmente dejó de respirar. Algunos de los hombres comenzaron a venirse abajo por el estrés. Krohn detuvo a un soldado que salió corriendo presa del pánico, diciendo que lo habían dejado ciego. Una bala le había rozado el entrecejo. Krohn le limpió la sangre de los ojos, que estaban perfectamente; lo tranquilizó y lo acompañó hasta su posición. Sweet vio a un soldado sin ninguna herida escapar arrojándose en el helicóptero sobre la pila de heridos justo cuando el aparato despegaba.[4] El ya sobrecargado helicóptero se balanceó, pero consiguió estabilizarse y salir volando.

El domingo, mientras caía la noche, Juan Gonzales, el gorra negra, tenía solo un cargador para su fusil y dos para su pistola. Estaba tan oscuro que apenas podía ver su mano si la ponía frente a la cara.

La oscuridad los salvaría. En cuanto la última carga de heridos despegó al anochecer, Sweet comenzó a planear una escapada. Sus comandantes los habían puesto, a él y a sus hombres, en una posición imposible. En Vietnam, los batallones de infantería ligera como el suyo dependían del apoyo artillero y aéreo. Sin él, estaban en apuros en caso de encontrarse con una fuerza enemiga superior. Esto era raro en Vietnam, pero había ocurrido aquí. La coordinación temporal de la Ofensiva del Tet había sido ideal para el enemigo. El ataque había ocurrido justo cuando Westy sacaba a los marines de Camp Evans y metía al ejército, de modo que había cogido a la base en medio de la transición y había quedado temporalmente debilitada como centro de combate. Eso y el clima se habían unido para dejar atrapado al batallón de Sweet.

Era imposible completar la misión —abrirse paso a través de La Chu hasta las murallas exteriores de la Ciudadela—, pero el coronel era reacio a regresar. ¿Qué impresión daría? ¿Qué mensaje mandarían a los marines que luchaban en la ciudad? ¿Que el Segundo Batallón de la Decimosegunda de Caballería *se había rajado*?[5] Algo así constituiría una mancha indeleble en los anales del regimiento.

Sweet reunió a sus oficiales y expuso las alternativas tal y como las veía: quedarse y combatir, retirarse hasta PK-17 o escapar y reagruparse bien lejos

de La Chu para reiniciar su marcha hacia Hué. Dada la gloriosa tradición de la Caballería de Estados Unidos, quedarse y luchar hasta el último hombre tenía ciertas resonancias míticas, pero hubo poco entusiasmo por esa opción. A todos aquellos hombres les resultaba evidente que tenían una mejor comprensión de la situación que Tolson, Campbell o cualquier otro en los altos rangos. Aparte de los helicópteros medevac y aquella descarga de artillería, la división no estaba ayudando. Aun así, la idea de abrirse camino luchando hasta PK-17 tampoco era atractiva. Sin importar cuán justificada estuviese, una retirada era una retirada. Si iban a escapar, la opción con más alicientes era la tercera que exponía Sweet.

Marcharían toda la noche en dirección a las colinas del sudoeste. De esa manera continuarían la marcha hacia la Ciudadela, aunque mucho más reducidos. Si no encontraban más fuerzas enemigas en masa en las colinas, tenían una oportunidad para completar su misión. Esta decisión tenía una triste consecuencia: era imposible acarrear a sus once muertos. Tendrían que enterrarlos allí mismo, en una tumba poco profunda.

Esa misma tarde, Sweet envió un mensaje codificado al coronel Campbell: «Si continuamos nuestra misión presente y avanzamos hacia Hué vía [...] La Chu, nos eliminarán. Si defendemos nuestra posición actual nos harán pedazos. Si nos exfiltramos para obtener una posición más defendible podemos flanquear la posición fortificada enemiga y causarle serios daños. Recomiendo que lo hagamos».[6]

Campbell lo meditó, lo consultó con Tolson y luego dio su aprobación, pero se lavó las manos con respecto a las consecuencias. Como si dijera, *de acuerdo, pero no le diga a nadie que fue idea mía*, dijo que no sería responsable si la jugada fracasaba, y que si conseguían escapar, estarían básicamente solos. A Sweet y a sus hombres, la respuesta de Campbell les resultó irritante.[7]

Tras este intercambio de impresiones, el capellán del batallón, Dan Clam, tomó una foto en blanco y negro del capitán Helvey. La Compañía Alpha del capitán lideraría la escapada. La foto muestra a un hombre delgado, de cara redonda y barba de al menos una semana. La mugre de su cara y manos da a su piel más o menos el mismo tono de sus ropas militares. Mira a la cámara

entrecerrando los ojos. Lleva el fusil en la mano derecha. Su chaleco antimetralla está abierto y lleva una venda de primeros auxilios en torno al cuello para secarse el sudor y limpiarse la mugre de los ojos. Hay un mapa enrollado en su cartuchera de munición; de su cinturón cuelgan granadas, cargadores y una pistolera; lleva raciones C en un calcetín enrollado a su hombro. Lleva una brújula en la muñeca. Tiene un aspecto tranquilo y decidido... incluso feliz.

Corrió el rumor, de refugio en refugio, de que se iban. DiLeo sintió... ¿qué? «Alivio» no era una palabra suficientemente fuerte. Sintió una punzada de esperanza, de una esperanza *estimulante*. Había visto tantas cosas en los últimos dos días... Había ayudado a transportar los cuerpos destrozados de los heridos a los helicópteros para su evacuación. Había visto al hombre cuya calidez lo reconfortó en su agujero durante una noche helada, yacer rígido y muerto, con un balazo en medio de la frente. Había visto cómo dos hombres, uno de ellos buen amigo suyo, desaparecían de la existencia en un instante, y sus restos mortales lo habían cubierto. Había recibido un disparo, aunque no era grave. Todo esto le había hecho sentir (no imaginar, ni pensar, sino *sentir*) cuán temporal era la vida, y cómo, de una respiración a la siguiente, podía acabar. Podía dejar de ser. Este cambio en su manera de pensar era sutil pero profundo. Le hizo pasar del miedo a la aceptación. En determinado momento dejó de temer a la muerte o a las terribles mutilaciones; tan solo lo *esperaba*. Y si no procedía de un balonazo destructor desde el cielo, sería de un trozo de metal al rojo vivo como el que había abierto un agujero en la parte superior de su casco. Y ahora esto: ¡Quizá escaparan! ¡Quizá viviera! Fue el primer destello de esperanza en dos días. Se regocijó. Sabía que todo intento de moverse sería peligroso, probablemente fatal, pero le parecía bien. Había acabado aceptando eso. Se trataba de una posibilidad. Cualquier cosa era mejor que esperar en ese agujero intentando imaginar en qué pensar en sus últimos momentos sobre el planeta, esperando ser carbonizado o masacrado. Prefería morir tratando de vivir.

Los preparativos para el movimiento comenzaron antes del anochecer. Trabajando en lo más profundo de sus agujeros, para no ser vistos, los hombres emplearon ramas y retales de ropa para dar forma a figuras de

personas, de tal modo que las tropas enemigas que miraran creyeran que aún estaban allí cuando ya se hubieran ido. Era un engaño bastante endeble, pero les podía hacer ganar unos minutos preciosos. Se reunió todo el armamento de muertos y heridos y se preparó para demolición. Todo lo que llevaran tenía que atarse para evitar que hiciera ruido. Nadie dispararía su arma durante la marcha si no era por orden del comandante de la compañía, ni siquiera si les disparaban. Una de las órdenes era «no fumar», lo que despertó algunas risas. Se habían quedado sin cigarrillos el día anterior. Se excavó una tumba poco profunda para los once camaradas muertos aprovechando un cráter de obús de mortero. Dejaron una nota encima del túmulo, escrita en mal vietnamita, explicando que se trataba solo de muertos, y que no llevaban armas ni munición.

Esa misma tarde, el capitán Lewis Jeffries, oficial de artillería del batallón, fue finalmente capaz de informar de que su batería en PK-17 estaba completa y cargada. Habían añadido dos grandes obuses a los seis que habían disparado toda su munición el día anterior. Los obuses más grandes eran M110, cuyos cañones de ocho pulgadas (203 mm) estaban entre lo más grande del arsenal del ejército. Disparaban obuses de alto poder explosivo que caían con un chillido que helaba la sangre y podían abrir un cráter de un metro de profundidad en terreno duro. Jeffries acordó que la batería comenzaría a disparar unos diez minutos antes de que el batallón comenzase a moverse. El fuego sería al principio intermitente, del tipo que una unidad desplegada pediría normalmente por las noches para establecer su perímetro defensivo. Un bombardeo gigantesco y repentino podría levantar sospechas. Mezclarían el fósforo blanco con los obuses explosivos. Dado que el aire era tan denso y húmedo, esto crearía una espesa nube blanca y permanente.

Mantener unidos a doscientos hombres en una maniobra nocturna ya era un desafío en sí mismo, pero hacerlo sin linternas, en total silencio mientras se atravesaban líneas enemigas en terreno desconocido —terreno que podía estar sembrado de trampas explosivas y bengalas trampa, terreno que estaba lleno de agujeros de los bombardeos de la artillería— convertía el intento en algo tan peligroso que bordeaba la temeridad estúpida. Pero nadie discutía la necesidad de hacerlo. Los oficiales del batallón se apelotonaron en torno a

Sweet para trazar el camino que tomarían. Esto era algo que a Sweet se le daba bien. Había enseñado tácticas nocturnas en la escuela de infantería de Fort Benning. Se distribuyó la munición y comida restante de modo equitativo entre los doscientos hombres, de modo que todo el mundo transportase la misma carga.

Justo después de las siete, cuando ya estaba totalmente oscuro, los exhaustos hombres salieron de sus refugios y formaron dos prietas columnas hacia el centro del perímetro: una larga línea de cien hombres de longitud, de dos en dos. La Compañía Alpha de Helvey iría en cabeza, dirigida por su hombre de punta, Hector Comacho. Tal y como mandaba el manual de infantería, el hombre inmediatamente detrás de él, el sargento Henry Paschal, se ocuparía de cuánto terreno habían recorrido contando sus pasos y atando un nudo por cada trescientos, lo que marcaría cien metros de avance. A DiLeo le parecía una conga, con cada soldado apoyando el brazo en el de delante, moviéndose en silencio al unísono. Transportaban a los heridos en sus espaldas por turnos. La caminata comenzaba yendo hacia el norte, atravesando el arrozal por el que habían cargado dos días antes. Sweet había percibido un pequeño hueco en las líneas enemigas, de unos setenta y cinco metros de ancho. Una vez lo hubiesen superado, los haría girar al sudoeste. Todo el mundo comprendía que esta primera parte de la caminata era la más arriesgada. La tierra estaba tan embarrada que a veces las piernas se hundían hasta la rodilla. Si uno tropezaba, los demás tropezaban. Las órdenes eran: si te caías y la columna se alejaba de ti, te quedabas en el suelo y callado hasta el amanecer. Claro que, para entonces, estarías solo y rodeado por el enemigo. Theodore Wallace se juró a sí mismo que no caería bajo ninguna circunstancia. Si el enemigo había puesto minas o trampas de bengala, o si llamaban la atención de cualquier manera, estaban muertos. Estarían formando en línea en medio del campo de batalla, como víctimas ante el pelotón de fusilamiento.

Durante los primeros, oscuros minutos de la marcha, el suave chapoteo de doscientos pares de botas saliendo del barro y el ocasional rasguño o ruido de metal contra metal parecieron un escándalo. En un momento dado, los hombres pudieron distinguir claramente el ruido de una bala al ser

introducida en la recámara de una ametralladora. ¡Solo un solitario pero distinguible *clic!* Todos los hombres de la columna giraron la cabeza hacia él al unísono, esperando que comenzase la carnicería.

DiLeo sabía exactamente lo que había oído, y la reacción de los demás confirmó que no lo había imaginado. Algún soldado enemigo, ahí fuera, en la oscuridad, los había divisado. Se puso en el lugar del tipo. ¿Qué haría? Ante él había una columna de cientos de hombres. Si disparaba, alertaría a su propia fuerza y la columna estadounidense acabaría masacrada allí mismo, pero él estaría cometiendo un suicidio. Todas las armas de la columna le apuntarían de inmediato. DiLeo se imaginó que si fuera él, no dispararía, sino que se arrastraría en busca de ayuda... que al parecer fue lo que hizo el ametrallador. Tras un momento agónicamente largo en silencio, la columna comenzó a avanzar nuevamente. Nadie disparó.

Se movían a trompicones. Cuando un hombre tropezaba o se detenía un momento, todos los que iban detrás tenían que detenerse, pero en cuanto dejaba de aferrar a quien tenía delante, la palabra iba pasando hasta la cabeza de la columna para que se detuviera. La parte delantera esperaba a que la parte desprendida llegase. Ninguno de los hombres había dormido durante días, de modo que cada vez que se detenían, algunos se quedaban dormidos de pie y solo los despertaba del sueño el nuevo avance. Un hombre, por accidente, apretó el gatillo de su lanzagranadas. El proyectil estaba pensado para evitar este tipo de accidentes: no explotó; tan solo golpeó el barro con suficiente fuerza para hacer un fuerte ruido (*¡plac!*) que se oyó por todo el campo. No pasó nada. Siguieron caminando.

En cuanto llegaron al pequeño cementerio, al otro lado del campo, respiraron aliviados. Habían pasado la primera línea enemiga. Sweet los hizo girar hacia el sudeste. Esto los llevó hasta un río, de entre quince y veinte metros de ancho. Comacho comenzó a buscar un lugar por el que vadearlo, y de repente cayó hasta que el agua lo cubrió. Regresó nadando. Mediante prueba y error, halló un lugar suficientemente poco profundo, aunque apenas. Cualquiera de menos de metro ochenta tenía que alzar la cabeza y saltar para mantener nariz y boca por encima del agua. DiLeo era alto, y por primera vez en varios días se sintió afortunado por ello.

Cuando ya estuvieron a salvo al otro lado del río, su posición abandonada, TFP, estalló. Jerry McLain vio encenderse las bengalas trampa que habían colocado, iluminando a los soldados enemigos que penetraban en el perímetro. Entonces hubo una tremenda explosión. Los explosivos que habían colocado sobre el equipo abandonado detonaron, y justo después hubo un bombardeo extenso e intenso.[8] El capitán Jeffries había contactado con el USS *Lynde McCormick*, un destructor con cañones de cinco pulgadas (127 mm) que estaba a solo unos pocos kilómetros al este, en el mar de la China Meridional. Le informaron que el barco estaba listo para disparar hasta quinientos obuses, y señalaron que eso marcaría el récord de máxima cantidad disparada por un destructor en un solo día.[9] El bombardeo comenzó poco a poco al principio, y luego, tras una demora, aceleró hasta convertirse en un rugido continuo. El capitán Jeffries esperaba que para entonces el enemigo hubiera ocupado ya la posición y se hubiera colocado exactamente en su punto de mira. La batería de PK-17 disparó cientos de obuses. Para las columnas de hombres a la fuga de Sweet, la niebla, a lo lejos detrás de ellos, se encendió como si se tratase de uno de los círculos del infierno.

Siguieron caminando el resto de la noche, y en un punto pasaron a menos de cuatro kilómetros de las murallas septentrionales de la Ciudadela, lo suficiente como para que la luz de las bengalas que caían los iluminase y crease sombras. Sweet envió una petición urgente de que pararan, y tras unos minutos, así fue.

Al alba del lunes habían llegado a los pies de las colinas. Rodeados por enormes rocas bajo un cielo gris y llovizna, los hombres podían por fin relajarse. Lo habían logrado. No había enemigos a la vista y las rocas proporcionaban cobertura. Krohn sintió una alegría que posteriormente compararía a una experiencia religiosa. No era una gloriosa hazaña militar, pero había sido una maniobra brillantemente ejecutada. Los hombres de Sweet siempre le agradecerían su hábil liderazgo. Le debían sus vidas.

6

Agarrados al cinturón del enemigo

El mayor John Salvati llegó a la base del CAMV a las diez de la mañana del domingo 4 de febrero, en un convoy con más marines voluntarios y con un médico de la Marina para ayudar a los tres cansados facultativos del dispensario del recinto.

De camino a la base, aquella mañana, pasaban junto a un depósito de munición abandonado del ERVN cuando algo al otro lado del alambre de espino le llamó la atención. Se bajó para inspeccionar más de cerca. El Frente había atacado aquel depósito en la primera noche del ataque, pero no había tenido tiempo ni vehículos para llevárselo todo. Lo que él acababa de ver eran objetos que parecían grandes mochilas de plástico, contenedores rectangulares en un arnés. Los había visto en Cuba dos años atrás. Eran lanzadores de gas E-8. Salvati lo recordaba a la perfección porque la primera vez que había visto uno no había sabido lo que era, de modo que lo había buscado en un manual. Al abrir la pestaña exterior, el lanzador parecía un bloque de plástico rígido con dieciséis agujeros limpiamente practicados en él. En cada uno de los agujeros había cilindros de gas lacrimógeno. Cuando se ponía aquella cosa sobre su pedestal, podía lanzar un cilindro por cada agujero cada cinco segundos, creando así una notable nube de gas a casi trescientos metros de distancia. Si conseguía averiguar cómo usarla, podría ser muy útil para atacar un gran edificio.

Cuando llegó a Hué, las fuerzas estadounidenses solo controlaban cerca de sesenta y cinco hectáreas duramente ganadas, y centradas sobre todo en la base y en las dos manzanas al norte, hasta la Universidad de Hué y el parque Doc Lao, con la ZA y el embarcadero. Las patrullas que se habían aventurado hacia el sur, el este y el oeste de la base, sobre todo en búsqueda y rescate de estadounidenses atrapados, apenas habían conseguido avanzar algunas manzanas antes de que las obligasen a retroceder. En aquel confinado espacio parecía que se hubiese librado una lucha titánica. Había enormes trozos de edificio y ladrillos en las calles mojadas. Los residuos de las explosiones y de edificios derrumbados eran omnipresentes, sobre todo en forma de papeles y muebles. Había vehículos abandonados, muchos de ellos convertidos en carrocerías chamuscadas. Había bicicletas y ramas caídas. Por todas partes había cadáveres de civiles y de soldados enemigos, rígidos e hinchados y de un color gris ceniza. El hedor era espantoso. Era peligroso moverse a cielo abierto debido a los francotiradores enemigos apostados en los edificios más altos.

Con miles de marines ocupando el terreno, junto con un creciente número de civiles y de soldados del ERVN que se habían abierto paso, había un tráfico constante entre el río y la base, por el que llegaban comida, munición y suministros médicos y se evacuaba el regular flujo de muertos y heridos. Los camiones y las extraordinariamente útiles mulas de Cheatham pasaban sobre charcos de barro mientras iban y venían a toda velocidad de la base a la ZA y al embarcadero, y al puesto de mando en el edificio de la universidad, donde ya comenzaban los preparativos para la ofensiva hacia el oeste. El ruido de tiroteos cercanos era constante y de vez en cuando se oía un estruendo procedente de la Ciudadela, donde el general Truong lanzaba su contraataque desde Mang Ca. Sus hombres habían comenzado a avanzar hacia el lado oeste del recinto, a lo largo del interior de la muralla norte. Desde fuera de la fortaleza, el batallón del ERVN del mayor Ton That Dinh realizaba un inútil esfuerzo por penetrar en las cercanías de Ngo Mon. Pero dentro del triángulo, aquella lucha parecía a un mundo de distancia.

Al sur del río, el batallón del Vietcong del teniente Hoang Anh De[1] estaba atrincherado por todo el barrio que Cheatham planeaba retomar. Si

bien ambos mandos poseían aproximadamente la misma cantidad de hombres (unos dos mil por cada bando), Cheatham tenía más potencia de fuego, y el mermado batallón del coronel Gravel inclinaba la balanza a favor de los estadounidenses.[2] Pero Hoang tenía enormes ventajas. Sus hombres defendían y estaban a cubierto. La ciudad, con todos sus edificios, casas y muros, proporcionaba muchísimos lugares donde ocultarse. Los hombres de Cheatham tenían que atacar, lo que implicaba moverse y exponerse. Hoang tenía también soldados descansados y, de momento, suficiente munición. Solo había perdido a un puñado de hombres al entrar, y sus filas se habían engrosado notablemente una vez que la tenaz defensa de la prisión de Thua Thien cedió el viernes por la noche. La mayoría de los prisioneros liberados eran combatientes y simpatizantes locales del Vietcong, que sabían dónde hallar depósitos de armas y munición del ERVN, de modo que no hubo problemas para equiparlos. Hoang tenía equipos de ametralladoras y lanzagranadas en búnkeres en posiciones elevadas y al ras, y su infantería estaba por todas partes.

Hoang llamaba *bam vao that-lung dich* («agarrarse al cinturón del enemigo») a su estrategia para resistir el contraataque inminente. Era la manera en que esperaba superar la abrumadora potencia de fuego de los estadounidenses. Los marines solían martillar las líneas enemigas con bombas y obuses antes de avanzar. Por «agarrarse a su cinturón», Hoang quería decir mantener a sus hombres tan cerca de las líneas de los marines que a estos les resultaría demasiado arriesgado bombardear: no creía en los informes de que los estadounidenses no usarían armamento pesado en la ciudad. Su batallón estaba dispuesto en dos líneas defensivas flexibles e irregulares, una directamente enfrente de los marines, al otro lado de la calle, y la otra dos manzanas más atrás. Durante un ataque, la línea delantera podía doblarse por un lado y resistir por el otro. Resistiría un ataque tanto como fuera posible, y luego retrocedería hasta la segunda línea. Si los marines atacantes fracasaban en su intento de ocupar y mantener la manzana tomada, como había ocurrido en general hasta ahora, los hombres de Hoang regresarían de noche, siempre manteniéndose al otro lado de la calle. Si todo funcionaba como había planeado, obligaría a los marines a avanzar solo con

armas ligeras, igualando el combate. En ese tipo de lucha, Hoang creía que sus hombres tenían la ventaja. La mayoría eran veteranos con mucha más experiencia de combate que los marines, y siempre que sus líneas de suministro se mantuviesen ininterrumpidas podían resistir días, quizás semanas, desangrando a los marines a cambio de cada metro cuadrado.

Los mandos militares son realistas por necesidad, y a Hoang le había quedado claro que la parte del «alzamiento general» del plan del Tet no estaba sucediendo. Aunque algunos se habían unido a la causa, y otros parecían dispuestos a seguir órdenes de excavar, cargar objetos o cocinar (reservando para sí mismos su opinión), no había habido ninguna oleada de apoyo popular. Los ciudadanos de Hué habían huido o se habían parapetado. Lo que vio fue gente aterrada por la violenta alteración de sus vidas. Los refugiados huían al campo, si conseguían llegar, o se hacinaban en lugares en los que pensaban que podían estar seguros: en iglesias, tras sus líneas defensivas o tras las estadounidenses, en la base, y ahora en la universidad. No se unían a ningún bando; intentaban seguir con vida. Se quedaban cerca de la línea del frente por la misma razón que él se mantenía cerca de los marines: para escapar de los bombardeos. De modo que Hoang no se hacía la ilusión de mantener Hué indefinidamente. Pero iba a hacer que los estadounidenses pagaran un alto precio para retomarla.[3]

Para Cheatham, retomar Hué era una obligación profesional y el desafío más importante en sus quince años de carrera. Hasta ahora había visto el resultado de los esfuerzos mal coordinados. La noche antes de su llegada, el capitán Downs efectuó una intentona hacia la tesorería que ni siquiera consiguió llegar hasta la calle de enfrente. Downs había sido herido leve. El capitán se encontraba justo detrás del pelotón del teniente Hausrath, que iba en punta, una posición ideal para ver de primera mano lo que sucedía y reaccionar. El caos destructivo que siguió a su primer intento le clavó un fragmento de metralla en la cadera derecha. El viernes por la noche visitó la clínica de la base para que le limpiaran y vendaran la herida, y le dieron una inyección contra el tétanos. Más tarde y siguiendo las normas, Downs se apuntó a sí mismo en su diario de bolsillo entre los WIA [*wounded in action*, «herido en combate»]. Aquel día en su compañía hubo veinte como él.

También Gene Roberts había presenciado el intento desde dentro de la universidad. El sargento King, su escolta, le explicó que las tácticas que estaban empleando eran como las que se habían usado en la guerra de Corea, en la que él había luchado de joven. Un escuadrón proporcionaba fuego de cobertura mientras el otro atravesaba corriendo la calle hacia el edificio objetivo. Solo que ahora, en lugar de cargar contra los rifles de cerrojo usados en aquella guerra, cargaban contra fusiles de asalto automáticos. El AK-47 podía usarse tanto para tiro de precisión como en modo ametralladora. Un solo soldado armado con él podía hacerse fuerte en un piso superior, y con suficiente munición podía impedir el avance de toda una compañía durante horas.[4]

El teniente Hoang estaba en la tesorería con algo más de un centenar de hombres. Había tantas armas disparándose (desde ametralladoras pesadas a fusiles y lanzagranadas) que era letal acercarse a ellos desde cualquier dirección. Con el tiempo los marines descubrieron que había una ametralladora pesada en el flanco izquierdo de la Escuela Primaria de Le Loi que podía cubrir toda la calle del frente del edificio, y otras en el complejo hospitalario del flanco derecho. La gran puerta de acero de la tesorería era inmune a sus granadas y cohetes. Todos los edificios de la avenida principal eran así: estructuras de la época colonial, extraordinariamente resistentes, con paredes de mampostería de al menos setenta centímetros de grosor. Los franceses las habían construido así para mantener fuera el calor. Durante los meses de verano, Vietnam era abrasador, y las gruesas paredes de piedra mantenían fresco el interior de los edificios. No había fusiles, cohetes ligeros ni granadas capaces de penetrarlas.

Había tiradores tras el muro bajo y la verja de hierro que rodeaban el patio del edificio. Había posiciones de tiradores en el terrado y en las aberturas de la cornisa. Había emplazamientos de armas en cada una de las ventanas, espaciosamente alineadas, de los pisos primero y segundo. Además de todo esto, como los marines descubrirían, había francotiradores ocultos en agujeros cuidadosamente camuflados a lo largo del muro interior, de modo que quienes consiguiesen llegar al patio serían víctimas de disparos desde su espalda.

A los tanques que salían a la calle los martilleaban a disparos de un modo tan violento que las tripulaciones salían de ellos mareadas. Cheatham decía que estaban «borrachos de golpes».[5] Tras el primer intento abortado de cruzar la calle el sábado 3 de febrero, dos marines habían quedado expuestos durante horas. Wayne Washburn había recibido una herida mortal y agonizaba. William Barnes, que había salido a intentar arrastrarlo, había recibido un disparo en la cabeza y había muerto al instante. Barnes, un soldado de dieciocho años procedente de Battle Creek, Michigan, había llegado ese mismo día. Solo había durado unos minutos en combate. Nadie lo conocía. Tras matar a Barnes, el enemigo podría haber rematado a Washburn a voluntad. En lugar de ello, lo dejaron como cebo, esperando a que alguien más saliese a por él. Recordando la sorpresa al descubrir a Roberto DelaRivaVera aún con vida durante la anterior «recuperación de cuerpos», Downs no iba a dejar a los dos hombres en la calle. Pidió que dejaran de arrojar bengalas en el centro de la ciudad aquella noche y recuperó a ambos hombres. Washburn aún estaba vivo, pero murió al día siguiente.

Combatir en la ciudad era algo a lo que estaban poco acostumbrados, algo letal. Quizás lo peor de todo era no poder ver muy lejos. Podías ver hasta el otro lado de la calle, o hasta la siguiente casa, pero ahí acababa. Los vietnamitas construían paredes alrededor de todo. Ponían vidrios rotos en la parte superior, de modo que era difícil trepar sin cortarse. Y nunca sabías qué te esperaba al doblar la esquina. Era difícil saber de dónde procedían los disparos porque el sonido, como las balas, rebotaba en las paredes. En campo abierto podías adivinarlo por el ruido del disparo, o ver un fogonazo distante. Aquí nunca se sabía, y si no se sabía dónde estaba el enemigo, uno nunca se sentía a salvo.

Era inquietante. La única vez que David Tyree se sintió a salvo fue tras asegurar una casa y quedarse dentro, con la espalda contra la pared, mientras los demás luchaban en el frente del edificio. Era un soldado de diecinueve años de Virginia Occidental que se había cansado de las clases de la universidad y había abandonado la carrera para unirse al Cuerpo. Había hallado que el tedio de la vida como marine era incluso peor que los estudios, y nada lo había preparado para el peligro. Aquí, en Hué, sus días se reducían

a intentar seguir con vida y no cagarla. Dormir era un recuerdo lejano. Tenías suerte si conseguías un par de horas aquí y allí. Tenía frío de día y de noche. Las paredes de piedra absorbían el frío, pero la única manera de estar a salvo era intentar pegarse a una de ellas. El sábado, en cierto sentido, Tyree tuvo suerte. Un trozo de metralla rebotó en un muro y le dio de lado en la cara, rompiéndole la nariz. Otro trozo le atravesó la muñeca. El marine que había a su lado quedó mucho peor, con heridas en ambas piernas, y cuando Tyree (que también sangraba mucho) lo trasladó a una mula para su evacuación, le ordenaron subirse. Lo condujeron de regreso a Phu Bai con los cuerpos de Washburn y Barnes y los demás heridos. Pasaría los siguientes días entrando en calor. Luego volvería.

«Charlie», como los marines llamaban al enemigo, estaba siempre a cubierto, algo frustrante. Los marines tenían visiones fugaces de hombres moviéndose tras los marcos de las ventanas o muros, pero eso era todo. Parecían estar por todas partes. Los lanzagranadas pesados que Cheatham había traído marcaron la diferencia. Sus cohetes más grandes podían hacer en las paredes agujeros suficientemente grandes como para que los hombres pasaran por ellos. A veces eran necesarios dos o tres disparos. Gracias a ello, el domingo 4 de febrero, cuando atacaron bajo la dirección de Cheatham, en algunos lugares podrían avanzar sin necesidad de salir a las calles. Pero no había modo de evitar cruzarlas.

La falta de progresos de ese sábado, bajo el mando de Cheatham, había hecho que el coronel Gravel se sintiera un poco justificado. Tanto Ernie el Grande como el coronel Hughes habían llegado llenos de coraje y fanfarronería, y lo habían tratado como un fracasado. Ahora ya habían comprobado cómo iba la cosa.[6]

Los marines del 2/5 se establecieron en edificios de las inmediaciones para pasar la noche. Algunos hombres usaban las clases de la universidad, y empleaban los quemadores Bunsen de la clase de química para calentar sus raciones C. Dormían algunas horas, limpiaban sus armas y se preparaban para el día siguiente. En el aula de música, algunos soldados tomaron tambores, tubas y todo un surtido de instrumentos de viento y se divertieron tocando hasta bien entrada la noche una música horrible y discordante.

La Compañía Hotel de Christmas había conseguido ocupar dos edificios del complejo hospitalario, el sábado por la tarde, pero como Downs no había logrado cruzar la calle, se habían quedado demasiado expuestos como para pasar allí la noche. De modo que al anoecer Cheatham les ordenó regresar a la universidad. Los marines de la Compañía Hotel cedieron a desgana el terreno y los edificios que tan valientemente habían conseguido. Todo ello demostraba, para Cheatham, la necesidad de mejores tácticas y coordinación.

Se reunió con sus capitanes, bien entrada la noche, para repasar sus planes. Los jóvenes oficiales estaban frustrados. Lo que habían estado haciendo no había funcionado. Estaban ansiosos por probar lo que Ernie el Grande tenía en mente. Había traído consigo, en efecto, una batería móvil de artillería. Los 106, los lanzagranadas y cuatro morteros machacarían al comienzo la tesorería. Se seguirían empleando tanques para cubrir el avance de los hombres. Las mulas transportarían los 106 allá donde se los necesitase. Esta potencia de fuego se emplearía sobre todo contra los emplazamientos de ametralladoras del enemigo o para abrir agujeros en las paredes. Los morteros aporrearían el tejado hasta que se derrumbase. Era el mismo principio del bombardeo aéreo o de artillería, solo que llevaría más tiempo. En los planes, los defensores del edificio estarían muertos, heridos o demasiado confundidos como para resistir demasiado el combate cuando los marines avanzasen.

Mientras los marines discutían, el mayor Salvati preparó los cuatro lanzadores E-8 que había encontrado en la calle, al sur de la universidad, inclinándolos sobre sus bases hasta que quedaron casi en vertical: la tesorería estaba a solo cincuenta metros de distancia. No estaba seguro de saber utilizarlos, de modo que buscó a Downs.

—No quiero meterme en tu terreno —dijo al capitán, pero luego le explicó que quería probarlos antes del ataque inicial.

Downs estaba dispuesto a probar cualquier cosa.

—Asegúrate de que tus hombres tienen puestas las máscaras antigás —advirtió Salvati.

La tesorería parecía inexpugnable, pero, en realidad, sus defensas habían mermado de un día para otro. Los marines no se habían percatado, pero

Hoang, al observar el tamaño de la fuerza que se acumulaba al otro lado de la calle, había decidido mover atrás a la mayoría de sus hombres. Aquella mañana tenía solo un pelotón, unos treinta hombres, defendiendo tanto la tesorería como el edificio de correos.[7] Aun así, iban a plantar batalla. Los francotiradores seguían en el tejado, el desván y en las habitaciones de los pisos primero y segundo. Las armas automáticas estaban en los niveles inferiores. Los soldados seguían en sus agujeros, en torno al bajo muro interior del patio, todos con un fusil y un lanzagranadas. La gran ametralladora seguía en su sitio, en la escuela de primaria, y los hombres de Hoang habían recuperado los edificios que Christmas se había visto obligado a abandonar en el flanco derecho.

7

La escuela Jeanne d'Arc

La maniobra de Cheatham del domingo fue la primera de las tres grandes batallas que se precisarían para retomar Hué: la lucha por la Ciudadela seguía estancada, como lo estaba también el intento del ejército de marchar hacia la ciudad desde el noroeste.

En el ataque en tridente, coordinado por el coronel Hughes, Smith iría en primer lugar. Era el que estaba más atrasado, en la base. La idea era que avanzara temprano y se moviera hasta su posición de flanco a la izquierda, asegurando edificios de las manzanas que quedaban al sur de la tesorería. El batallón de Cheatham haría el empuje principal. Downs se encargaría del centro, con Christmas cubriéndole el flanco derecho.

Los objetivos de Smith no parecían tan formidables como la tesorería. La estructura más grande era el Instituto Jeanne d'Arc, que consistía en dos edificios de aulas en forma de L, de dos pisos de altura cada uno, que enmarcaban un patio abierto con un gran árbol en el centro. Antes de llegar a estos edificios había una bonita capilla católica, y tras ella estaba la escuela primaria donde la ametralladora del enemigo había sembrado tanta destrucción el sábado. Se esperaba que estuviese en posición a media mañana, cuando comenzaría el ataque sobre la tesorería.

Smith comenzó la maniobra con las primeras luces de la mañana. Su Tercer Pelotón, liderado por Alfredo González, el enjuto sargento cuyo coraje

le había otorgado el mando, atacó primero la capilla. Era un bello edificio, con una grácil cúpula y campanario. Por dentro, sus altos muros estaban reforzados por columnas acanaladas y altas arcadas. Se colocó un explosivo contra la puerta de la capilla y cuando explotó varios marines cargaron... y se vieron rápidamente expulsados de la puerta. La mayoría de los soldados enemigos estaban huyendo por una puerta trasera ya que estaban llegando más marines, pero algunos se quedaron apostados en las vigas de la capilla, arrojando granadas, que era lo que había expulsado al primer escuadrón.

Gary Eichler estaba entre los que esperaban para entrar, pero su fusil no funcionaba. Minutos antes lo había alzado para apuntar a un soldado enemigo situado en una ventana del segundo piso, al otro lado de la calle, y el gatillo solo había hecho un *clic*. Era culpa suya. Semanas atrás había cambiado la palanca de armado estándar del mecanismo de disparo de su M16 por una más bonita y cromada. Resultaba, como Eichler acababa de descubrir, que las palancas de armado cromadas, tan brillantes y chulas, se hicieron famosas. Partes del cromado se desconchaban y dañaban el mecanismo interno del fusil. El suyo había fallado en el peor momento posible. De modo que se había hecho con tantas LAW, las armas antitanque ligeras, como pudo transportar.

Al otro lado de la calle, Gravel, un devoto católico, luchaba con lo que debía hacer. Si había tiradores en las vigas, habría que derribar la capilla. De mala gana dio instrucciones a un 106 y a su pelotón de morteros de que apuntaran, y un tanque Patton alzó su enorme cañón. Cuando dispararon, la cima del campanario se vino abajo y los restos cayeron sobre la cúpula, atravesándola, y por toda la calle.[1]

Eichler entró en la iglesia derrumbada disparando cohetes a todo lo que pareciera una posición de tiro, añadiendo más destrozos al interior. Los bancos estaban cubiertos con los restos del campanario y de la cúpula. Había agujeros en el muro trasero, junto a un gran crucifijo. Destrozar las estatuas y las Estaciones del Viacrucis era algo sacrílego para Eichler, a quien habían educado en la fe católica. Decidió escoger con más cuidado sus objetivos, se abrió camino hasta un espacio circular tras el altar principal y apuntó a través de la puerta trasera a los soldados enemigos que huían.

Los marines pronto controlaron lo que quedaba de la capilla. Los dos edificios en forma de L fueron más duros. Formaban un rectángulo abierto a norte y sur. Los hombres de Smith consiguieron ocupar el edificio este sin mucho combate, pero al parecer ese era el plan del enemigo, pues aún no habían acabado de entrar en él cuando del edificio oeste surgió un intensísimo fuego. Las dos estructuras se miraban mutuamente a través del patio. La única manera de pasar de un edificio al otro era salir a descubierto. Los hombres de Hoang habían colocado ametralladoras en búnkeres cubriendo los extremos abiertos de ambos edificios y el patio, de tal modo que era muy difícil apuntarles desde el edificio este.

Los hombres de Smith estuvieron atrapados allí durante horas. Cada vez que alguien intentaba establecer una posición de disparo en el exterior, le disparaban. Una y otra vez Gunny Canley ponía su vida en peligro para arrastrar hacia adentro a los heridos. Entre tanto, Cheatham estaba al otro lado de la radio, impaciente por comenzar el ataque principal, preguntándose dónde demonios estaba el teniente.

El bombardeo de la tesorería ya había comenzado, con morteros explotando en el tejado. El primer intento de Salvati de disparar uno de sus lanzadores E-8 había fracasado. El cable del gatillo se había roto. De modo que buscó al mago de la ingeniería del batallón, el teniente Richard Squires, conocido como «Chispas». Este llegó con un viejo teléfono de combate a manivela, que unió al mecanismo de disparo con cables. Cuando le dio a la manivela, aquella cosa se convirtió en un espectáculo de fuegos artificiales digno del Cuatro de Julio, disparando los sesenta cilindros en solo unos minutos. Creó una enorme nube de gas lacrimógeno que se posó sobre la tesorería y todo lo demás en la zona.

Parte del gas acabó flotando hacia el sur. Smith solo tenía treinta y siete máscaras de gas para ciento cuarenta hombres. Era un fastidio, pero el gas le pareció buena idea para atravesar el patio hacia el fuertemente defendido edificio oeste. Preguntó de dónde venía, y Salvati se puso a la radio para decirle dónde había más lanzadores en la base. Smith envió a un hombre a hacerse con uno. Dio las máscaras de gas que había reunido a su Primer Pelotón. Iba a gasear el edificio oeste hasta decir basta y luego enviaría a

través del patio a los hombres con máscaras de gas.

El lanzador llegó con un pequeño manual en forma de cómic. Siguiendo las instrucciones, Smith lo inclinó sobre su base. Quería ponerlo en el patio, pero salir era demasiado peligroso, de modo que empujó el arma con un palo de bambú hasta asomarla por la puerta. El patio estaba pavimentado con baldosas, y el lanzador avanzó con facilidad. Lo colocó cuidadosamente en posición, con los tubos apuntando al edificio oeste. Smith tiró del cable y el lanzador comenzó a disparar. Smith había esperado que lanzase todos los cilindros de una vez, pero en cambio se iban disparando en una rápida sucesión, de un lado a otro. Los dos primeros cilindros se dirigieron hacia el lugar indicado, pero el retroceso hizo que el lanzador comenzase a girar sobre las lisas baldosas. Uno de los dos cilindros siguientes impactó contra su pecho, tirándolo hacia atrás. El lanzador siguió dando vueltas y disparando cilindros de gas en todas direcciones. Varios salieron volando hacia la base. Otros explotaron sobre el edificio este. Cuando dejó de dar vueltas y disparar, el teniente se había herido a sí mismo y había gaseado no solo a sus propios hombres, sino también al centro de mando que había al otro lado de la calle: Hughes, Gravel y los demás superiores de la base. Quienes carecían de máscaras tomaron la tela que cubría sus cascos, la empaparon y se cubrieron con ella la cara. Algunos corrieron de regreso a la base para ponerse a cubierto.

Por suerte para el teniente, la nube de gas lacrimógeno se atribuyó a la gran nube que Salvati había situado sobre la tesorería. A Smith, lastimado en el pecho y en su amor propio, le llevó más tiempo reagrupar su compañía. Obtuvo uno de los 106, que sus hombres trasladaron escaleras arriba y colocaron sobre una ventana del segundo piso. Comenzaron a dispararlo contra una de las esquinas de edificio oeste, donde el Primer Pelotón planeaba iniciar su ataque. La tercera vez que el gran cañón disparó, el suelo cedió. Ya era por la tarde. La Compañía Alpha estaba atascada y Cheatham estaba hecho una furia.

El tiroteo continuaba a través del patio y la Compañía Alpha sufrió aún más bajas. Bill Huff perdió un pulgar. John Ligato le envolvió la mano y, preocupado por que pudiera entrar en *shock*, intentó hacerle reír:

—¿Sabes, Huff? Cuando regreses al mundo no vas a poder hacer autoestop —le dijo.

Esto no le hizo reír.

—Sí, Huff cuando regreses nadie podrá acusarte de que te chupas el dedo, ¿eh?

Freddie González, cuyo heroísmo en la ruta desde Phu Bai había asombrado a todo el mundo, intentó nuevamente hacerse cargo de las cosas por su cuenta. Reunió unas cuantas LAW y, sosteniendo seis bajo un brazo y seis más sobre su hombro derecho, las llevó a una habitación del segundo piso. Desde una gran ventana que dominaba más allá del gran árbol del centro del patio se inclinó y disparó un cohete contra un emplazamiento enemigo de ametralladora. Luego se puso a cubierto en cuanto comenzó a llover el fuego enemigo sobre la ventana. Un cohete entró por ella, explotando contra la pared del fondo. González esperó y luego apuntó y volvió a disparar otro. Lo hizo tres veces y causó suficientes molestias como para que sus hombres cruzaran con éxito la abertura sur y entraran en un extremo del edificio oeste. Pero el fuego de represalia por el tercer disparo llegó más rápido que de costumbre, y un cohete lo golpeó directamente en el abdomen y explotó. Sus heridas fueron masivas.

El oficial médico Jim O’Konski fue el primero en llegar a él. Supo de inmediato que González no sobreviviría. Tenía los intestinos colgando, fuera del cuerpo, que había sido casi seccionado por la mitad. Apoyó el torso de González contra una pared e intentó pensar qué podía hacer por él. Tenía los ojos cerrados y gemía. El oficial médico le puso una inyección de morfina, se inclinó sobre él y comenzó a recitarle el Padrenuestro al oído. Llegó hasta «dánoslo hoy...» cuando otro cohete explotó cerca. O’Konski no podía hacer nada más por él, de modo que lo dejó. Uno de los amigos de González acudió a sujetar su mano. Otro oficial médico le puso más tarde una segunda inyección de morfina. Murió sin despertar.

Su pérdida fue un duro golpe para los hombres de la Compañía Alpha 1/1. Había sido un líder inspirador y les había parecido invencible.

El trabajo siguió durante la tarde. Tras conseguir poner una punta de lanza en el edificio oeste, los marines combatían ahora a los soldados del

Frente que había en el otro extremo. El tiroteo iba de habitación en habitación, con rabia. El ensangrentado suelo estaba sembrado de cuerpos.

Jimmy Sullivan se detuvo sobre un soldado enemigo muerto y comenzó a hurgar en sus bolsillos y equipo. El teniente Smith iba detrás de él.

—Jimmy, ¿qué estás haciendo? —preguntó.

—Los marines se cobran sus piezas —respondió.

—Jimmy, no tenemos tiempo para esta mierda —respondió Smith—. Solo mátalos.

Todos sabían, cuando entraron en ella llenos de entusiasmo, que la guerra era terrible, pero esto era peor que nada que O’Konski hubiera imaginado jamás. No había un solo hombre entre ellos que no se encontrara preguntándose, a veces en voz alta, *¿cómo mierda me he metido en esto?* En algún momento, todos habían aceptado servir, a menudo porque no había ninguna otra opción aceptable. Casi todos ellos estaban orgullosos de ser marines, con la fidelidad y dureza que eso implicaba, pero ninguno de ellos hubiera podido imaginar Hué. Para O’Konski, toda la racionalización necesaria para combatir en Vietnam se basaba en la fe. Fe en que sus líderes electos y jefes militares sabían lo que hacían, y que los cálculos que habían puesto su vida en un peligro tan grande importaban, que no solo tenían sentido, sino que *exigían* su sufrimiento y sacrificio.

Esperaba que todo eso fuera verdad, pero personalmente ya no lo creía. Pensaba que a Estados Unidos no se le había perdido nada en esta guerra, que *a él* no se le había perdido nada en esta guerra. Era un hombre amante de la paz. Se tomaba en serio su fe católica, e incluso rezaba el rosario cada noche. Había planeado convertirse en dentista, pero una enfermedad lo había obligado a abandonar sus clases universitarias durante más de un año, lo que lo había hecho elegible para el reclutamiento. Su objetivo había sido en todo momento evitar Vietnam. Primero había intentado entrar en la Fuerza Aérea, pero cuando esta se demoró en aceptarlo acudió a un reclutador de la armada. Si estabas en un barco no ibas a estar acarreado un fusil por la jungla, ¿no? Pero cuando la administración de la Armada vio todas esas clases de ciencias en sus registros estudiantiles lo dirigieron a formación médica, y solo unos meses más tarde aquí estaba, de oficial médico, vistiendo traje de camuflaje

en Vietnam, en lo más denso del combate, remendando marines heridos. Incluso le pedían que llevara un fusil, aunque nunca lo había disparado.

Él y otros oficiales médicos intentaban conservar sus verdaderas identidades. O’Konski guardaba su gorro blanco de marinero en la mochila, y a veces se lo ponía para recordar a los marines que no era uno de ellos, o quizás para recordárselo a sí mismo. Pero una vez inmerso en el terror del combate, todas esas distinciones desaparecían. Había demasiadas tareas urgentes que realizar. Se arrastraba de habitación en habitación, para evitar el fuego que entraba por las ventanas, pasando la mayor parte del tiempo a gatas. Se estaba dando, literalmente, un baño de sangre, primero empapado por González y luego por otro de los hombres a los que atendía, que había perdido ambas piernas por debajo de las rodillas. Ató los muñones con torniquetes y dio morfina a la víctima, que no paraba de chillar.

Aquel mismo día, más tarde, estaba con un grupo de marines en un pequeño patio, rodeado por paredes por tres lados, cuando un obús de mortero o una granada explotó. Entró de inmediato en modo triaje, evaluando rápidamente a qué hombres podía ayudar y a cuáles no. Estaba extrayendo un trozo de metralla del cuello de un marine cuando uno de los otros le dijo:

—Eh, Doc, le sale sangre de la bota.

O’Konski miró hacia abajo y vio un corte en su bota y, en efecto, su propia sangre estaba sumándose a la de las baldosas. Por alguna razón no lo sintió hasta que lo vio.

8

¡Mira tu patético culo!

El ataque principal de Cheatham no comenzó hasta media tarde. Smith aún no había puesto a su compañía en posición, y se había tardado mucho más tiempo del esperado en machacar satisfactoriamente la tesorería.

El periodista de la CBS John Laurence observó cómo un grupo de marines subía a pulso uno de los cañones de 106 mm, de casi media tonelada de peso, por unas escaleras hacia un aula del segundo piso, y lo apuntaba desde una ventana hacia las enormes puertas de acero de la tesorería. Lo colocaron sobre una mesa y con dificultad lo inclinaron hacia abajo. Cuando lo tuvieron equilibrado y apuntado, dispararon una bala trazadora desde el cañón de telemetría montado sobre el cañón principal, y luego se prepararon para disparar. Se dio orden a todo el mundo de retroceder. Laurence salió de la habitación y miró desde el umbral de la puerta. El grupo se tapó las orejas. Cuando se produjo el disparo, Laurence oyó un sonido similar a un trueno que «sacudió el suelo y el cielorraso, desconchando el revoque de las paredes y causando una lluvia de escombros sobre el propio cañón y los hombres a su alrededor».[1]

La dimensión de la explosión espantó y a la vez alegró a los marines. Laurence no podía ver qué había hecho el proyectil al otro lado de la calle, pero el mero retroceso había destrozado el aula. Había volado la puerta y abierto un agujero en el suelo. El cañón se tambaleaba sobre él. Los soldados

se quedaron de pie, aturcidos y cubiertos de polvo de escayola. Se apuntaron unos a otros con el dedo y comenzaron a aullar como los adolescentes que la mayoría de ellos eran.

—¡Joder, tío, mira tu patético culo! —dijo uno.^[2]

Abajo, Laurence consiguió apartar a Cheatham del combate durante un momento para una entrevista ante la cámara. El gigantesco coronel estaba hablando con Downs, Christmas y Meadows acerca de los agujeros de araña enemigos alrededor del edificio.

—Tenéis que sacar esas ratas de sus agujeros, ¿me oís? —les decía Cheatham.

Luego se acercó a Laurence para responder a sus preguntas. Cheatham parecía estar en su elemento. Estaba sin afeitar y cubierto de polvo, y llevaba unas gafas de protección sujetas al casco. Parecía tranquilo y profesional. Laurence y el cámara Keith Kay lo pusieron en una mula que montaba un 106. Tras ellos había una tienda con un toldo que se proyectaba sobre la acera. Laurence sujetaba el micrófono junto a la barbilla de Cheatham.

—¿Qué tipo de combate va a ser?

—Casa por casa, habitación por habitación —respondió Cheatham.

—¿Palmo a palmo?

—Así es, exactamente.

—¿Alguna vez esperó tener que librar este tipo de combate en Vietnam?

—No, nunca. Esta es mi primera vez en combate callejero. Creo que es la primera vez que los marines han librado un combate callejero desde Seúl, en 1950.

Cheatham paró un momento para dar órdenes a un escuadrón de marines.

—¿Qué va a suceder a los civiles que puedan verse atrapados aquí? —preguntó Laurence.

—Bueno, esperamos no encontrar civiles aquí ahora mismo. Si están... a estas alturas creo que se trata de civiles que consideraríamos de los malos. Hay ciertas áreas que hemos bloqueado porque sabemos que hay civiles amistosos en ellas, y no vamos a someterlos a combate.

—¿Y los demás?

—Los demás... Si hay alguien allí ahora mismo, es Charlie en lo que a

nosotros concierne.

Cuando habían acabado y estaban retirándose, el 106 disparó. El retroceso levantó una enorme polvareda, agrietó la fachada y derribó el toldo. [3] El obús de nueve kilos abrió un agujero justo bajo la línea del tejado de la tesorería, al otro lado de la calle.

Cuando la compañía de Christmas había cruzado la calle el sábado, habían lanzado granadas de humo para ocultarse, pero aun así los habían castigado terriblemente. La gran arma situada en la escuela primaria, con toda seguridad una ametralladora soviética de 12,7 mm (el tamaño aproximado del calibre 50 estadounidense), había sembrado un fuego rasante devastador. Los ametralladores enemigos no habían necesitado ver a los hombres de Christmas para disparar eficazmente calle abajo a través de la nube. Desde entonces no había cambiado nada. La ametralladora había estado disparando a cuanto objetivo se le ponía por delante durante toda la mañana. No parecía haber manera de silenciarla. Los morteros eran demasiado imprecisos; quedaba demasiado lejos para los lanzagranadas, y antes de poder disparar un 106 había que trasladarlo de donde estaba, a cubierto, a fin de apuntarlo. Y apuntarlo, como había visto Laurence en el aula, llevaba mucho tiempo. Los artilleros no habrían tenido ninguna oportunidad.

Cheatham estudió el problema en persona. Gateó hasta un poste de teléfono y esperó a que la ametralladora disparase. Estaba usando trazadoras verdes, de modo que podía ver la trayectoria de las balas. Se dio cuenta de que cuando disparaba a objetivos a su izquierda, hacia la tesorería y a la calle directamente enfrente, las balas iban bajas, pero cada vez que debía disparar a la derecha, sobre el lado de la calle donde estaba la universidad, apuntaba hacia arriba. Esto sugería que algo obstruía el campo de disparo del enemigo a ese lado, algo que le obligaba a apuntar alto. Si tenía razón, Cheatham pensó, había un lugar cerca de donde él estaba, en la calle, en el que un hombre podía ponerse de pie y aun así quedar demasiado bajo para la ametralladora.

Regresó al patio de la universidad y diseñó el plan con el líder del pelotón de armas. Después, Cheatham decidió arriesgar su vida en base a ese cálculo. Era el tipo de cosas que le habían granjeado tanto respeto. Salió a la calle y

disparó varias balas trazadoras a la ametralladora. Esta le respondió con balas que parecían del tamaño de pelotas de baloncesto, pero que pasaron inocuamente por encima de su cabeza. Con esta seguridad, los artilleros de un 106 sacaron la mula al mismo sitio y dispararon varias veces con el cañón de telemetría para estar seguros de acertar de pleno.[4]

Mientras tanto, el capitán Christmas estaba reuniendo a sus hombres para otro intento de cruzar la calle corriendo. Tras la experiencia del día anterior, estaban muertos de miedo.

—Sé lo que hay que hacer, jefe —le dijo uno de los artilleros del 106—. Ya sabe lo grande que es uno de estos obuses. Ellos [los ametralladores enemigos] bajarán la cabeza. Y, señor, ya ha visto el retroceso de esta cosa. Puede pasar la compañía entera corriendo por la calle, si lo desea.

Christmas no tenía ninguna idea mejor. Sus hombres esperaron a la cuenta atrás de los artilleros y, con un coro final de «¡Dispara el uno cero seis!» el cañón disparó un obús hacia el objetivo. La bala pasó zumbando tan cerca del pelotón de Downs, que esperaba en la calle tras un muro, que pareció rozarles la nariz. Hubo multitud de disparos cuando los hombres de Christmas comenzaron a correr, pero la polvareda que había levantado el disparo los ocultó. Y lo que era más importante, la ametralladora enemiga permanecía en silencio.

Retomaron rápidamente el complejo hospitalario; también había sido sometido a bombardeo de morteros y gas lacrimógeno. Los hombres restantes de Hoang se retiraron cuando vieron entrar a los marines, y a los líderes de pelotón de Christmas les costó mucho impedir que sus hombres les dieran caza. Un escuadrón, liderado por el cabo Robert Hedger, avanzó hasta pasados los edificios y abrió un agujero en uno de los muros con una carga de C4. Hedger iba cargando proyectiles de lanzagranadas, pero ninguno de los que le acompañaban transportaba los lanzadores. Cuando lo alcanzaron en el pecho y el cuello, Hedger cayó pesadamente. Su colega Lyndol Wilson gateó hasta él, llamó al oficial médico y vio que era improbable que Hedger, aunque aún respiraba, sobreviviese. Rabioso, Wilson vació el cargador de su fusil en modo automático hacia las posiciones enemigas del otro lado de la calle, pese a que no conseguía ver ningún objetivo. Cuando acabó sus

cargadores de fusil, sacó su pistola y la vació. Su furioso arranque permitió a sus hombres arrastrar a Hedger hacia la retaguardia. Uno de ellos recibió un disparo en la pierna. Hedger murió al poco tiempo.[5]

Con la compañía de Christmas ahora en posición para proporcionar fuego de cobertura desde su derecha, Downs ordenó el ataque a la tesorería. El 106 había sacado la puerta de acero de su marco, pero aún estaba de pie. Un lanzagranadas acabó el trabajo, y el pelotón líder, con máscaras antigás y liderado por el teniente Hausrath, comenzó a cruzar la calle.

Ronald Frasier estaba en ese grupo. Se había alineado con los demás hombres de su pelotón tras una pared, esperando. Cuando les dijeron que serían los primeros en cruzar, nadie dijo una palabra. Frasier, un cabo de diecinueve años de edad, estaba petrificado. Un fragmento de cohete lo había herido el día anterior. Había desgarrado la parte superior de su pierna derecha y había salido por el glúteo derecho. Lo habían remendado. La herida se había juzgado justo en el límite; fea, pero insuficiente para un billete de regreso a Phu Bai. Ahora le dolía. Su pierna y su nalga estaban hinchados y rígidos. Olía el gas lacrimógeno, el humo y la cordita, y el ruido de los disparos y explosiones era ensordecedor. La orden de cargar le pareció un suicidio, pero, en cuanto la oyó, supo que iría. No había manera de no ir. Sus amigos iban, de modo que él también iría. Tras ver lo que había pasado a Washburn y Barnes el día anterior, el modo en que ambos habían yacido en la calle durante horas, sabía qué podía esperar. Pero pese al miedo y al dolor corrió cuando le ordenaron correr. Notó fuego enemigo delante de él, y detrás, mientras corría, ajeno a lo que pasaba a su alrededor, pero especialmente preocupado por la enorme ametralladora que había a lo lejos, a la izquierda, y que había estado disparando enormes balas calle abajo los dos últimos días. Llevaba puesta la máscara antigás, que impedía ver bien hacia los lados, de modo que se limitó a seguir avanzando. Sentía que estaba corriendo más rápido que nunca antes, pero aun así estaba siendo la carrera más larga de su vida. Para su sorpresa llegó al otro lado de la calle, junto con otros de su pelotón, y después siguieron avanzando. No había táctica. Era solo moverse y disparar.

En medio de todo esto, el teniente Hausrath se subió a lo alto de una

pared para dar órdenes a sus hombres, exponiéndose innecesariamente. Jim McCoy, su sargento de pelotón, lo anotó mentalmente. El peligro convertía a la mayoría de los hombres en seres precavidos, pero en algunos tenía el efecto contrario. Hausrath, con su apodo de «Rata» garabateado en el casco, se había entusiasmado demasiado con lo de la lucha callejera para el criterio de McCoy. Era problema de Hausrath, por supuesto, pero el sargento sentía que su responsabilidad era impedir que sus hombres —y él mismo— se dejaran llevar por el entusiasmo del teniente.

Dan Allbritton, el cabo de Arkansas de acento sureño, fue el primero en llegar a la puerta de la tesorería, que quedaba a unos cuatro metros de la verja principal. Un tanque Patton estaba derribando la puerta con fuego de ametralladora. Allbritton apenas podía oír sus propios pensamientos. Lanzó una granada de gas lacrimógeno dentro y penetró, disparando el fusil en modo automático. Allí dentro no había nadie. El primer piso era como el vestíbulo de un gran banco, con un mostrador y puestos de cajeros. Estaba lleno de polvo, humo y gas. Había billetes de *dongs*, la moneda oficial de Vietnam del Sur, por todas partes. Era difícil mirar alrededor con la máscara puesta, pero pronto se dio cuenta de que la escalera que le habían dicho que habría frente a él cuando llegara —nunca era *si* llegaba— no estaba allí.

Chuck Ekker, su líder de escuadrón, llegó tras él con los demás. Los hombres se desplegaron buscando un modo de llegar arriba. Les habían disparado desde el terrado cada vez que habían intentado atacar, de modo que tenían todas las razones del mundo para sospechar que había soldados enemigos arriba, pero ¿cómo llegar hasta allí? Tras una pesada puerta al fondo de la sala, Allbritton oyó voces hablando en vietnamita. Disparó a través de ella y otro marine se puso a su lado para rociarla con su ametralladora M-60, más pesada. Aun así no cedía, ni siquiera cuando cargaron contra ella. Colocaron granadas al pie, quitaron las anillas y corrieron hacia atrás. Las explosiones despegaron la puerta de sus jambas, pero aún seguía en pie. La parte superior se inclinó hacia adentro, pero la parte inferior seguía en su sitio. Arrojaron algunas granadas más en la habitación por el hueco superior de la puerta. Cuando finalmente consiguieron empujar la puerta y abrirla, la habitación estaba vacía. Alguien

había apilado grandes escombros de piedra contra la puerta. En mitad de esa habitación había una escalera de caracol. En el extremo más alejado, una puerta abierta. Arriba solo hallaron un soldado enemigo herido.

Ekker había esperado un momento en el pasillo inferior para reunir a su escuadrón. A través de un agujero en el cielorraso vio alguien que parecía hacerle gestos de que retrocediera. Al principio pensó que se trataba de Allbritton, pero el hombre dejó caer una granada, de las chinas, que parecían una lata de conserva sobre un palo. Rodó por el suelo hasta sus pies. Frenético, intentó escapar pero chocó contra una pared. El pasillo era estrecho y los hombres chocaban unos con otros mientras intentaban huir. La granada explotó, desintegrando el asa del fusil de Ekker, y la metralla le hizo cortes en la parte inferior de la pierna. Jerry Dankworth, que estaba justo tras él, recibió el impacto pleno de la granada en las dos piernas.[6]

Al otro lado de la calle, Hausrath llamaba por radio a Downs para decirle que el escuadrón de Ekker había caído y que necesitaban que los sacaran de allí.

—¡No! —gritó Downs por radio—. ¡Una mierda los vas a sacar! ¡Seguid avanzando!

Ernie Weiss y Mike Sowards estaban entre los que se habían aventurado más en la confusión y el polvo del edificio. Weiss halló una mochila de radio enemiga abandonada; dentro había una bandera del EVN, que cogió como recuerdo. A un lado del edificio, en un pequeño patio, él y Sowards encontraron un soldado enemigo herido arrastrándose. Weiss nunca había visto un enemigo tan de cerca. Pidió ayuda.

—Tenemos un amarillo herido aquí —dijo.

Otro marine alzó su fusil y mató de un disparo al hombre.

El final resultó ser un anticlímax. Cuando el ataque acabó, el edificio estaba tan lleno de agujeros que parecía una esponja usada. Sus defensores estaban muertos o habían huido para cuando Downs y su Tercer Pelotón ocuparon totalmente el lugar. Ninguno de sus hombres había resultado muerto, pero tenían dieciocho heridos. Hoang informaría de siete bajas.[7] En sus prisas por largarse, el Frente había abandonado armas y munición en varios emplazamientos de disparo. En uno de los edificios exteriores que

había tras la tesorería, los marines encontraron una treintena de civiles ocultos. Uno hablaba buen inglés y los convenció de que se habían visto atrapados allí desde el día anterior. Los dejaron marchar.

Luego el Segundo Pelotón de Downs avanzó hacia el gran edificio de correos que había al lado. Esta vez todo fue más fácil. Estaba claro que el bombardeo de Cheatham y la nube de gas de Salvati habían marcado la diferencia. El enemigo se había largado.

Al menos, la mayoría. En el lado sudoeste del edificio de correos hallaron una cámara acorazada con puertas de acero en ambos extremos. Algunos marines juraron que les habían disparado desde allí y que acababan de ver soldados enemigos fuera, pero para cuando alcanzaron el búnker, las puertas estaban cerradas y atrancadas. Tenía unos seis metros de longitud y estaba cubierta con tierra y hierba que crecía sobre ella en un gran montículo, con arcadas de cemento en ambos extremos. Intentaron abrir una de las puertas con un lanzagranadas, pero no cedió. Uno de los hombres, que sabía algunas frases en vietnamita, exigió a los que estaban dentro que se rindiesen. No hubo respuesta.

Chris Brown, el marine bailarín de Brooklyn, hizo una sugerencia. Había visto cuatro pequeños respiraderos que salían del césped.

—¿Por qué no introducimos gas? —dijo.

De modo que mientras retrocedían y cubrían ambas puertas, David Kief trepó el montículo y dejó caer un cilindro de gas lacrimógeno por uno de los respiraderos. Al cabo de unos momentos, la puerta delantera de acero se abrió un poco. Los marines no esperaron a ver si los hombres que había dentro se rendían. Abrieron fuego. Uno de los hombres disparó un cohete al interior del búnker, que explotó. Luego hubo una segunda explosión dentro. Tras unos momentos, los de dentro que aún se podían mover comenzaron a salir por la puerta del extremo opuesto. Los mataron a tiros, uno tras otro.

Dentro y fuera del búnker encontraron los restos de dos docenas de hombres. Dentro los marines hallaron un cargamento de fusiles, una ametralladora, lanzagranadas y cargas de demolición. Dispusieron los cuerpos en el patio central: más soldados enemigos de los que ninguno de ellos hubiera visto de una sola vez, vivos o muertos. A Brown le parecieron

extrañamente jóvenes, pequeños y delgados, hasta que se dio cuenta de que él y sus compañeros marines eran también jóvenes y delgados, solo que, la mayoría, más altos. Todos los muertos llevaban uniformes verdes nuevos. Algunos de los marines los exploraron en busca de recuerdos: pistolas, fusiles, cantimploras, cuchillos, binoculares, cámaras... Llevarían el botín a la base, donde sus amigos lo etiquetarían y lo cargarían en un pequeño camión con destino a Phu Bai.

Uno de ellos, Reymundo Delarosa, abrió las bocas de los muertos y les examinó los dientes. Sacó unos alicates de un bolsillo y les extrajo los dientes de oro, una práctica que incluso los tipos más encallecidos de su escuadrón encontraron grotesca.

9

La triste ribera del Aqueronte

Los combates disminuyeron al caer la noche. En las ruinas de la capilla, los hombres de Smith encontraron a dos sacerdotes —uno belga y el otro francés — ilesos. Se quedaron lívidos al ver su iglesia destruida. A Gravel le sorprendía que estuvieran vivos, especialmente dado que ambos llevaban sotanas negras, un color que sus hombres asociaban con el VC.[1] El coronel se disculpó y se tranquilizaron lo suficiente como para prestarse a unas fotos con él ante los restos de la capilla.

Una vez los hombres de Smith tomaron el control de la capilla y la escuela, avanzaron y ocuparon la escuela primaria, donde Cheatham ya había silenciado la ametralladora. La Compañía Alpha se estableció allí para pasar la noche. Se suponía que su avance de aquel día tenía que haber sido el más fácil, pero había resultado el más difícil. Smith había comenzado su ataque con ciento cuarenta y siete hombres. Había perdido a más de la mitad. Tras un día más de combates le quedarían solo siete: ciento veintitrés heridos, diecisiete muertos.

El domingo había resultado ser un día decisivo, aunque al principio no se vio así. El avance había sido pequeño y a un gran coste, pero el esfuerzo había dado la vuelta a la inercia de la batalla en el triángulo.

Roberts, en la crónica que dictó por teléfono para el *New York Times* del lunes, señaló los escuálidos avances de los marines: «Al anochecer los

marines controlaban ocho manzanas de la ciudad, cinco más que anoche — informaba—. Habían sufrido más de 20 bajas, lo que hace un total, en estos cinco días, de unos 150. Las bajas enemigas se han calificado de notables».

[2] Los comandantes con los que Roberts había hablado aún subestimaban enormemente el tamaño y la fuerza del enemigo. Dijo: «Nuevos informes de inteligencia aseguran que el enemigo posee 10 posiciones estratégicas y francotiradores por toda Hué». Un oficial confiaba en que la batalla acabaría rápidamente en cuanto el clima mejorase y se pudieran llevar a cabo ataques aéreos. «Varios oficiales» calculaban que la cantidad de soldados enemigos en la ciudad era de dos mil. Pese a unas estimaciones tan a la baja, el CAMV comenzaba a comprender la extensión del desafío. Roberts informaba: «Algunos oficiales dicen que la férrea resistencia del enemigo podría hacer que esta batalla dure días, quizás incluso semanas».

El terreno ganado aquel día —Cheatham había cruzado la calle y Smith había tomado dos manzanas— no parecía gran cosa en un mapa, pero era la primera vez que los marines habían prevalecido. Habían hecho retroceder al Frente. Cheatham había coordinado armas y tácticas que funcionaban. Cada manzana entre la tesorería y el canal sería duramente disputada, pero ahora parecía posible. Las únicas preguntas eran cuánto se tardaría y cuánto costaría.

Varios kilómetros al norte, el coronel James Vaught había llegado a PK-17 con su batallón, el 5/7, que comenzaría a avanzar hacia La Chu con lo que le había faltado a Sweet: artillería. Habían puesto en posición, en el mar de la China Meridional, un crucero y un destructor,[3] y ya habían comenzado a emplear sus grandes cañones sobre posiciones al norte de la ciudad. Pronto otros se unirían a esa batalla por cortar las líneas de suministro enemigas en el campo, que constituiría el segundo gran frente en el esfuerzo por retomar Hué.

Dentro de la Ciudadela, el tercer gran frente, el general Truong también había hecho progresos. Sus hombres habían recuperado la puerta Chanh Tay en el extremo noroeste. Ahora controlaba el lado norte, el menos poblado, de su recinto amurallado de cinco kilómetros cuadrados, y sus hombres habían avanzado seis manzanas al sur desde Mang Ca. Sobre el papel, Trong tenía

ahora una impresionante alineación de unidades,[4] pero todas estaban muy mermadas. Uno de sus batallones había quedado reducido a solo cuarenta hombres.[5] El enemigo aún los sobrepasaba, y escaseaban la comida y la munición. Ante ellos, bien atrincherados, había cuatro batallones enemigos reforzados, disciplinados y experimentados.

Aquella tarde, el capitán Jim Coolican, que había ayudado a estabilizar la defensa de la base en la primera mañana, dejó la base, junto con otros asesores, en un peligroso vuelo a través del río hacia Mang Ca a fin de reunirse con sus unidades vietnamitas. Y aquella misma tarde, al sur de la ciudad, zapadores del Frente finalmente volaron el puente An Cuu. Esto interrumpió la Autopista 1, lo que implicaba que el constante tren de convoyes de ida y vuelta desde Phu Bai quedaba detenido. Durante las semanas siguientes, en lo peor de los combates, la principal vía de avituallamiento y evacuación de los marines serían el embarcadero y la ZA del parque Doc Lao. El teniente de la Marina Terry Charbonneau iba en el último convoy que cruzó el puente. Incluso había detenido su vehículo para trepar por la estructura inferior del puente e inspeccionar en busca de explosivos antes de cruzarlo. No había visto nada.

Charbonneau había estado varado en Camp Evans durante varios días desde que había llegado de Hué en vísperas del Tet. Había conseguido montar en helicóptero hasta Phu Bai y luego había convencido al capitán de marines a cargo del convoy de que lo llevase.

—¿Sabe que allí hay combates? —le preguntó el capitán.

Esa era precisamente la razón por la que Charbonneau quería ir. Ansiaba la experiencia. Lo que vio a continuación debería haberle hecho reflexionar. Había sido Lala, días atrás, quien se había adentrado valientemente en el puente Truong Tien cuando la compañía del capitán Meadows había dado la vuelta tras su inútil intento de entrar en la Ciudadela. Lala, un soldado, había conducido un camión hasta el lado norte del puente y operó personalmente una ametralladora para cubrir la retirada de Meadows. Había hombres que le debían la vida. Lo habían evacuado dos días atrás con una herida relativamente menor, y ahora se negaba a abordar el convoy de regreso. Lala era un chico duro, un matón de Colorado, un tipo difícil de controlar. Días

atrás había sido un héroe en Hué, pero ya había tenido suficiente.[6]

Charbonneau quería ir.

—Perfecto, será mi oficial de cola.

El oficial naval se dirigió al último vehículo. En uno de los camiones había reemplazos de los marines, acabados de llegar. Aún vestían los uniformes de acuartelamiento, perfectamente planchados, y ninguno de ellos tenía casco.

—¿Por qué ninguno de vosotros lleva casco? —preguntó Charbonneau.

Resultó que no quedaban. El oficial de avituallamiento les había dicho que con el constante flujo de heridos y muertos hallarían muchos cascos en la base.

Charbonneau se subió a una «grúa», o camión de carga, que cerraba la retaguardia del convoy. Al principio el viaje fue tranquilo. Una vez el convoy hubo cruzado el puente An Cuu, una explosión (una granada o una mina) destruyó el jeep del capitán, hiriéndolo y casi amputando el pie del conductor: horas más tarde, un médico de la base se lo acabaría de amputar con un solo corte de sus tijeras quirúrgicas.[7] Ahora Charbonneau estaba al mando del convoy. Llegaron a Hué a última hora de la tarde con la intención de descargar a los reclutas, la munición y los suministros y regresar de inmediato a Phu Bai. Cuando se supo la noticia de que el puente había sido destruido, Charbonneau se preparó para una estancia más larga.

Incluso tras el éxito del domingo, era peligroso estar por las calles cerca de la tesorería y el edificio de correos. Ernie Weiss estaba agazapado contra un muro exterior del edificio de la universidad, intercambiando disparos con posiciones del enemigo. Cuando se dio la vuelta para buscar más munición, un cohete estalló en la pared, justo a su lado. Al principio pensó que no le había dado, pero entonces comenzó a sentir como si su brazo y su pierna izquierdos estuviesen ardiendo. Sangraba por ambos. Se arrastró dentro del edificio para advertir a su sargento, Willard Scott, y al resto del pelotón.

—Scotty, tienen un equipo lanzagranadas allá afuera —di-jo—. Nos tienen enfocados.

—De acuerdo, viejo —respondió Scott—. Nosotros nos encargamos.

Cuando el sargento ya se daba la vuelta, Weiss añadió:

—¿Crees que si no me atiende un oficial médico me desangraré hasta morir?

Scott regresó y lo inspeccionó, y luego llamó a un oficial médico. Ayudaron a Weiss a subir a un jeep que llevaba a otros heridos a la base.

Los médicos, una vez allí, cortaron su traje de combate e inspeccionaron los daños. Había casi cincuenta heridas punzantes por todo su lado izquierdo, de metralla pero también trozos de piedra del edificio. La mayor parte de ellas habían quedado cauterizadas, de modo que no había una gran hemorragia.

—No podemos extraer todo esto aquí —le dijo el médico—. Tendremos que enviarte de regreso a Phu Bai.

Lo limpiaron lo mejor que pudieron y lo envolvieron en vendas del cuello a los dedos de los pies. Le dieron algo contra el dolor, pero a lo largo de las siguientes horas su cuerpo comenzó a hincharse y sintió un dolor pulsante. Ya no podía doblar su codo izquierdo y solo podía arrastrar su pierna izquierda.

Aquella noche, una momia de diecinueve años esperó en la LZ, junto al río Huong, con los demás heridos, muertos y agonizantes. Los hombres lloraban y se quejaban de dolor. Algunos gemían. Era como la triste ribera del Aqueronte,^[8] con las almas a punto de partir dispuestas a lo largo de la orilla del río, esperando su transporte. Los heridos en camilla ocuparon el primer Huey. Cuando el segundo (y último, aquella noche) aterrizó, se llenó rápidamente con más camillas. Weiss, que había estado esperando pacientemente con los heridos que podían caminar, se encogió de hombros y se dio la vuelta, dispuesto a cojear de regreso a la base, pero entonces uno de los artilleros de puerta del helicóptero le gritó:

—¡Eh, tú! Hay lugar para ti.

—¿Dónde? —preguntó Weiss. El interior estaba atestado.

—Justo aquí, a mi lado —dijo el artillero, de pie en la puerta.

—¡Me voy a caer!

—No te preocupes, yo te agarro.

Weiss supuso que era eso o esperar al siguiente helicóptero, y *tampoco puede estar tan mal, ¿no?* De modo que se subió. Estaba mal. El artillero lo

aferraba con fuerza por el chaleco antimetralla, pero sus piernas colgaban por el borde cuando el helicóptero ascendió. Luego el piloto realizó maniobras evasivas, y Weiss se halló mirando directamente el oscuro río, colgado de su chaleco antimetralla, su cuerpo botando con los rápidos giros del aparato, sin aliento. El vendaje en torno a su pierna comenzó a soltarse y a ondear al viento como la cola de una cometa. Su brazo y su pierna le dolían. Finalmente el helicóptero se niveló. Mientras pasaban sobre aldeas pudo oír el *¡pop! ¡pop!* de personas que les disparaban.

Unas horas más tarde, en Phu Bai, tras una larga espera, mientras los médicos trabajaban metódicamente desde los casos con más posibilidades de supervivencia a los peores, y con sus heridas supurando y doliendo de un modo casi insoportable, Weiss se encontró, ya sin vendas, en la mesa del cirujano.

—Esto es un aborto —dijo el médico.

Lo cual no sonaba muy bien. Habían inyectado un anestésico local al soldado, pero sintió un dolor agudo cuando el primer escalpelo comenzó a trabajar. La hoja hacía ruido chirriante contra el metal que tenía en el cuerpo y Weiss casi salió corriendo de la mesa. Gritó, lloró y aguantó, intentando huir. No podía evitarlo. Había llegado al límite de su tolerancia. Entonces le dieron una inyección de Demerol[*] y el dolor remitió, y por primera vez en días se relajó. Se sintió flotar, feliz.

PARTE CINCO

ARRASAR EL TRIÁNGULO

Martes 6 de febrero – lunes 12 de febrero

Conforme la batalla entra en su segunda semana, el Frente Nacional de Liberación aún ocupa la mayor parte de Hué. Cada vez más civiles se echan a las calles en busca de un refugio seguro, de los que hay pocos. En el triángulo, el batallón de marines del coronel Cheatham prosigue su avance, combatiendo edificio por edificio, manzana a manzana. Entre tanto, en el campo, al noroeste de la ciudad, el ejército se ha estancado en un intento de marchar hasta las murallas de la Ciudadela. Un segundo batallón de caballería comienza a retomar la ruta emprendida por el coronel Sweet, que la abandonó tras perder la mitad de sus

efectivos. El ejército se encamina hacia una culminante colisión con miles de soldados enemigos en la aldea de La Chu.



Civiles en Hué, fotografiados por Kyoichi Sawada.



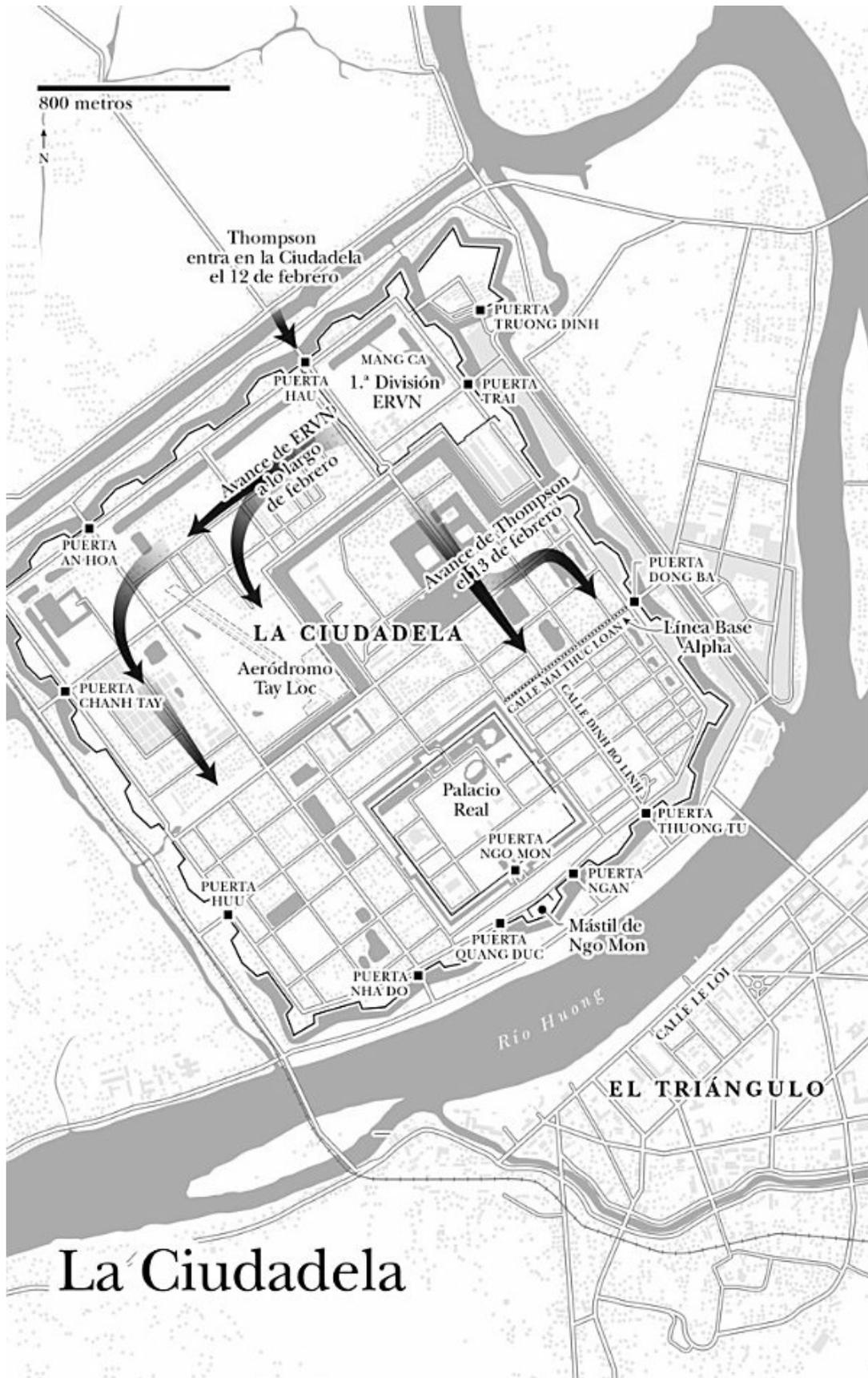
Capitán de marines Ron Christmas, líder de la Compañía Hotel 2/5, posando con un fusil de juguete que le han regalado sus hombres como broma.



Los marines del capitán Christmas izando, desafiante, la bandera estadounidense en el edificio de los cuarteles provinciales.



Teniente Andy Westin, cuyas cartas diarias a su esposa Mimi ofrecen un diario de la misión de su unidad de caballería.



La Ciudadela

1

Banderas de rendición, banderas de espanto

Nhan dan, el pueblo, no tenía a dónde ir. Lejos de ser liberado por el ejército comunista invasor, se había visto atrapado por la Ofensiva del Tet en una pesadilla sangrienta. Para algunos había comenzado el primer día, pero conforme la batalla entraba en su segunda semana, abarcaba a todo el mundo.

Al principio hubo suficientes conversos dispuestos como para dar nuevos ánimos a los auténticos creyentes. Los jóvenes comisarios proclamaban que se había ganado la guerra. Los ciudadanos se estaban alzando, no solo en Hué, dijeron, sino en todo Vietnam del Sur. ¡La independencia y la reunificación estaban a su alcance! Para Xuan, el poeta propagandista, aquellos días fueron como un sueño. De los edificios de las atestadas calles surgían banderitas rojas. Incluso algunos de sus antiguos amigos, que nunca habían mostrado entusiasmo por la revolución, eran ahora activos reclutas. En sus cuarteles políticos en el edificio de correos, en la Ciudadela, había tres colas de personas esperando para firmar confesiones de sus antiguos pecados y alistarse en la justa causa. Algunos le dijeron que había sido su retórica la que los había inspirado, que había llegado a sus corazones.

Nguyen Van Quang, el organizador local que había conseguido meter armas en la ciudad y que luego había guiado a los combatientes por la puerta Chanh Tay, se trasladó a vivir con una familia del lugar. Prepararon banquetes de celebración con comida que habían recogido para las fiestas y

que compartían libremente.

Parecía correcto que la revolución, en las calles de la ciudad, estuviera liderada por la propia juventud de Hué. Al fin y al cabo, en China los fanáticos jóvenes de la Guardia Roja estaban cambiando su sociedad con ayuda del *Libro Rojo* de Mao Zedong. Por todo el mundo, en 1968, como si de una fiebre de alcance global se tratase, los jóvenes desafiaban a la autoridad y exigían cambios. Mientras en Estados Unidos y Europa la «revolución» era una excusa para vender música pop, organizar protestas y celebrar festivales, en Asia era un asunto serio. Los jóvenes no solo desafiaban a sus mayores, sino que los hacían a un lado, los expulsaban, los encarcelaban y en muchos casos los ejecutaban, mientras alababan a los jóvenes como la virtuosa vanguardia, y hacían de su propia juventud una insignia de pureza. Eran, por definición, progresistas. Y en Hué estaban armados.

En historias, canciones y conferencias, los comisarios celebraban al pueblo como fuente de todo poder y virtud, pero, sin embargo, necesitaban guía e instrucción. Algunas cosas tenían que cambiar. Las decadentes influencias occidentales estaban por todas partes, no solo en la política. Los peinados y minifaldas de las chicas más a la moda, por ejemplo... eran indecorosas y poco vietnamitas, como la riqueza y las ideas corruptoras. Con un ejército tras ellos, los comisarios estaban remodelando Hué, a toda prisa, a su propia imagen.

La primera prioridad era la defensa de la ciudad, y para ello pusieron a trabajar a todo aquel que era capaz. Luego estaba el tema de corregir las disensiones. Para ello había conferencias públicas acerca de las siete tareas de los miembros del partido y acerca de los lemas del Tío Ho, que había que aprenderse de memoria y gritar al unísono. El Frente había dictado estrictas prohibiciones de saquear, pero los comisarios y milicias locales tenían otro punto de vista. Veían una fuerte lógica revolucionaria en confiscar todo aquello que se precisase (comida, cobijo, suministros) o aquellas cosas que les llamasen la atención. Se hicieron con coches, ciclomotores y bicicletas. A los niños y niñas de la ciudad les divertía ver a los jóvenes rebeldes intentando conducirlos. Había una cautelosa aceptación de este pillaje.

Había alimentos que recoger, cocinar y entregar a los combatientes. Cuando llegó el contraataque, se necesitaron equipos para evacuar a los heridos y enterrar a los muertos. Se comenzó a excavar por todas partes: trincheras, refugios y búnkeres subterráneos. Pronto bajo los barrios había toda una red de túneles y búnkeres. No había suficientes armas para todo el mundo, de modo que se dijo a las familias que cortasen tallos de bambú de la longitud de armas largas y los pintaran de negro. Cuando llegó el contraataque se les dio órdenes de apuntar con las varas a los aviones y helicópteros enemigos, a las tropas que avanzaban. Así los estadounidenses creerían que todos los ciudadanos de Hué iban armados y creerían que era un pueblo indomable y unido.

A la mayoría esta táctica, en particular, le pareció suicida. Tras las iniciales muestras de apoyo, una verdad más tenaz se abrió camino. La gente no se resistía a sus liberadores, pero tampoco «se alzaba». Tras los primeros días de ocupación, se hizo evidente que el objetivo del partido de un «alzamiento general» había nacido muerto.

Los comisarios buscaron cómo explicar esto. Dado que el ataque había dependido del factor sorpresa, no habían podido preparar a la ciudadanía. Su esperanza se había centrado en explosiones de apoyo espontáneas, pero la ocupación solo había producido sorpresa y desorientación. Si bien algunas aldeas rurales se habían sumado a la causa de un modo impresionante, Hué se había mantenido tibia. Parte de esto se debía a la naturaleza débil de su ciudadanía. Hué albergaba demasiada gente culta y cosmopolita, profesores universitarios, académicos, artistas, científicos, burócratas y mercaderes, muchos de los cuales estaban infectados por ideas extranjeras o se habían enriquecido explotando a las masas. Fuese cual fuese la interpretación de los jóvenes revolucionarios, a las clases educadas de Hué no les impresionaba la repetición de eslóganes y poesía de Ho. Incluso aquellos que simpatizaban con la idea de un Vietnam unido e independiente se veían ahora sermoneados por febriles comisarios más jóvenes que sus propios hijos. Algunos se unieron con entusiasmo a la causa, pero la mayoría lo hizo de un modo nominal o se quedó en casa, o sencillamente huyó. A muchos les aterrorizaban sus salvadores.

El miedo se extendió desde el primer día. A los «enemigos del pueblo» conocidos se los echó inmediatamente de sus casas. La justicia estaba muy alto en la lista de prioridades del Frente. Había órdenes de causar «una ola de asesinatos de enemigos, espías y policía secreta en la zona».[1] Nguyen Quang Ha, el zapador que había tomado parte en el ataque inicial a la base de tanques de Tam Thai, pasó los días posteriores asaltando los hogares predeterminados y cazando a los enemigos. El Frente poseía listas extraordinariamente detalladas, listas que iban mucho más allá de los lugares y personas obvias: edificios del gobierno, emisora de radio, residencias de estadounidenses, bases y avanzadillas militares y policiales, altos funcionarios y máximos oficiales del ERVN. Entre otros, figuraban los siguientes:

- Iglesia de Phu Cam.
- «Facultad de Derecho» de la Universidad de Hué.
- Xa, un policía de Quang Tri [que] vive en la calle Thong Nhat, cerca del cruce en forma de Y, a una o dos casas de la calle Le Van Duyet.
- Soi, teniente primero de la 1.ª División títere, vive en la calle Thong Nhat, cerca de una casa de piedra y una sastrería.
- Cao Tho Xa, un cruel tirano, nativo de la aldea de Phu O. Huong Chu, en el distrito Huong Tra. Abandonó su aldea natal y vino a vivir a la calle Thong Nhat, cerca de la puerta occidental Chanh Tay [...] Por las noches hay personal administrativo de las aldeas vecinas durmiendo en su casa.
- Van, conductor de autobús de la ruta Thuan An, vive en la calle Thong Nhat (del lado de la Ciudadela, frente a la casa de Xa). Personal administrativo títere de las aldeas vecinas acude a su casa por las noches para jugar y dormir.
- La relojería de la calle Thong Nhat, opuesta oblicuamente a la [...] oficina de reclutamiento. Personal administrativo de las aldeas vecinas duerme allí.
- Ho Thi Kim Loan, miembro del Grupo de Desarrollo Rural Provincial. Su casa está en la calle Trinh Minh The, cerca de la estación de autobuses de Nguyen Hoang.
- Restaurante The Lac Tranh, en la calle Dinh Bo Linh, frente a la puerta

Thuong Tu. Agentes secretos del enemigo y policías frecuentan el lugar para comer.

- Tienda de radios de Viet Tuyen, en el número 3 de la calle Tran Hung Dao. Su dueño es Ton That Vu, hijo de Ton That Ke, miembro del partido Dai Viet (Partido Nacionalista del Gran Vietnam).[2]

La lista seguía y seguía, veintidós páginas mecanografiadas a un solo espacio. Y en cuanto la gente captó el espíritu, las purgas tomaron impulso. Al principio la idea había sido detener solo a los peores *nguy*. Para idealistas como Xuan y Quang esto no era venganza: era justicia. Jóvenes con megáfonos recorrían las calles exigiendo a los sirvientes del régimen títere que se entregaran. A quienes no lo hicieran los encontrarían. Habría reeducación para los redimibles y venganza para quienes tuvieran *no mau*, una deuda de sangre. Muy pronto, entusiastas informadores señalaban las casas de «traidores», a los que en algunos casos ellos mismos sacaban a rastras. Los comisarios avivaban la hoguera.

Y como ocurre con las turbas violentas en todas partes, pronto las purgas cobraron vida propia. Hoang Thanh Tung, un comisario que había estado trabajando con el VC durante cuatro años, entró en la ciudad con los batallones principales guiados por la joven aldeana Che Thi Mung y demás miembros del Escuadrón Río Huong, pero incluso así, pese a una llegada tan temprana, halló que la venganza estaba ya fuera de control. Tung se especializaba en convencer a los soldados del ERVN de cambiar de bando. Sus métodos eran la educación y la persuasión. Conseguir que soldados cambiaran de bando era extremadamente valioso para la causa. Había esperado tener muchos cautivos que reclutar en Hué, pero lo que halló fueron unidades del VC y milicias locales muy ocupadas en ejecutarlos. En un importante emplazamiento al sur de Hué encontró grandes cantidades de prisioneros esperando juicio: soldados, civiles y algunos extranjeros (incluidos estadounidenses). Los comisarios locales trabajaban con listas escritas en inglés y francés, y no las entendían. Algunos de los prisioneros trabajaban para la Central Eléctrica de Hué, un proyecto de SIPEA (Société Indochinoise Pour les Eaux et l'Électricité en Annam). Dado que las iniciales

de sus papeles incluían la letra I y la A, y que su primera sílaba se pronunciaba “Si”, los captores declaraban de inmediato que alguien pertenecía a la CIA, le vendaban los ojos y lo enviaban al paredón.

Tung fue a ver al jefe de esta farsa en desarrollo, Tran Quoc Phong.

—Hermano Phong —le dijo—, esto está mal. Los guerrilleros están fusilando a la gente equivocada, y eso no está bien.

—¿Qué tontería me está diciendo? —respondió Phong.

—Los guerrilleros no entienden las palabras en inglés y francés de la lista —respondió Tung—. Yo soy estudiante, deme la lista a mí.

Consiguió el permiso para clasificar a los cautivos preguntándoles dónde y cuándo habían nacido, y dónde y cómo habían trabajado, asegurándose de que se castigase solo a los correctos.

Tras ocho días, lo enviaron al otro lado del río, a Gia Hoi, un vecindario situado fuera de la Ciudadela, frente al muro este. Encontró largas fosas comunes con cuerpos apilados en ellas, envueltos en mantas de bambú. Muchos cuerpos. Convocó a los líderes de escuadrón.

—De acuerdo con las órdenes del partido en la ciudad, ahora estáis a mis órdenes —les dijo—. Tenéis que cuidar de la gente de aquí, ¡no ir a fusilarla!

Se reunió con los soldados del ERVN detenidos.

—Ahora que estoy aquí —les dijo—, saldréis de esta con vida. Nadie va a mataros.

Dividió a los cautivos en dos grupos: aquellos que habían sido reclutados o eran estudiantes de academias militares, y aquellos que se habían presentado voluntarios al servicio militar. A los primeros les daría una reprimenda y los soltaría. Los segundos, designados para reeducación, serían trasladados a campamentos fuera de la ciudad. A nadie le gustaba cómo sonaba eso, pese a los intentos de Tung por tranquilizarlos. En la ciudad había un clima sangriento, especialmente después de que los estadounidenses iniciaran su contraataque y la gente comenzara a morir en masa. Tung se ofreció a escoltarlos en persona. «Si no —les dijo—, ellos [la gente del lugar] os comerán vivos.»

Caminaba por delante de los prisioneros con un megáfono, y cuando se acercaban a una aldea anunciaba:

—¡Querida gente de esta zona liberada, os sugiero que aplaudáis el espíritu de estos hermanos soldados que han abandonado su ejército para unirse a nosotros en la selva![3]

En ocasiones, la gente aprovechaba la oportunidad para dirimir cuentas personales. El ataque a los budistas, años atrás, había provocado muertos y heridos por centenares. Muchos habían visto asesinar a miembros de su familia, o cómo la policía los encarcelaba y torturaba. Recordaban a los hombres y a las familias de los hombres que habían hecho esas cosas. Y más allá de los agravios personales, había profundas divisiones sobre religión y política. Había simples rivalidades entre aldeas y barrios que con anterioridad ya se habían vuelto violentas. Había divisiones dentro de las familias con respecto a la actual guerra, en las que un hijo se había alineado con Saigón y el otro con Hanói. La «liberación» de Hué suspendió la aplicación de la ley y el orden y anuló la decencia básica, dando a la venganza un sello oficial de aprobación. Esto explotó una profunda vena de brutalidad.

En algunos vecindarios se celebraron reuniones comunales para juzgar, porque ¿qué podría expresar mejor el nuevo Vietnam que los tribunales en los que el pueblo se juzgaba a sí mismo? El caso más notable de estos fue aquel al que habían enviado a Tung, Gia Hoi, donde la multitud se reunió en el instituto local para juzgar, y donde se llevaron a cabo sumariamente los castigos, a menudo ejecuciones, acompañados por gritos de alegría y mofa. [4]

En la zona conocida como Thoi Lai, justo fuera de las murallas del noreste de la fortaleza, un famoso criminal se unió a la causa. Mai Van Ngu era un jefe mafioso local, responsable de robos, extorsión y asesinato de miembros de bandas rivales. En el pasado lo habían detenido y encarcelado, y guardaba agravios contra la policía local y los oficiales del ERVN que lo habían perseguido durante años. Con la liberación, Ngu se convirtió en un hombre nuevo, literalmente. Se cambió el nombre a Hoa, convirtiéndose así en Mai Van Hoa, y fue un recluta tan ferviente que lideró equipos especiales encargados de erradicar colaboracionistas. En algunos casos ni se molestaba en entregar a sus objetivos; supervisaba su ejecución en sus propios hogares. [5]

Nguyen Cong Minh y su familia vivían en Vy Da. La mañana del Tet, los soldados del VC iban de puerta en puerta por su barrio en busca de traidores. Llamaron con tres golpes a su puerta principal. El padre de Minh dijo a su hermano y su tío que huyeran por la puerta de atrás. Cuando abrió la puerta, los soldados pidieron ver los documentos de la familia. Preguntaron al padre de Minh en qué trabajaba, y él les respondió que era viejo y estaba a punto de jubilarse, pero que era el ayudante del concejal de Trieu Phong, en Quang Tri, una provincia al norte de Hué. Los soldados escribieron los nombres de todos los que vivían en la casa y se fueron.

Esa mañana, más tarde, vinieron a por él y se lo llevaron. Regresó una hora más tarde. Dijo que lo habían interrogado en la escuela primaria de Vy Da, junto a otras sesenta o setenta personas. Los soldados volvieron a la mañana siguiente. Ocurrió lo mismo. Más preguntas en la escuela y luego lo dejaron regresar a casa. Al tercer día le dijeron que cogiera comida, ropa y material para dormir. Informaron a la familia que estaría ausente durante diez días. Lo habían asignado a un campo de reeducación.

Se fue y nunca regresó.[6] La presunta muerte de Minh y de otros ilustra la naturaleza de las purgas. Los asesinatos eran oficiales, deliberados y coordinados.

Nguyen Huu Ai era un estudiante de instituto que vivía en Vy Da. Su hermano mayor estaba en el ERVN, pero estaba lejos. Cuando el VC llamó a su puerta, se llevó a su tío y a su tía. Les permitieron regresar a casa; el segundo día se los llevaron y volvieron a permitirles regresar. El tercer día se los llevaron y ya no volvieron.

El terror aumentaba día tras día. Se temía especialmente a los locales que regresaban, como Xuan y Quang, que conocían el entorno. Conocían nombres, caras, empleos e historias familiares. Conocían a la gente común que, por una u otra razón, les resultaba sospechosa. Sabían quién había hecho qué en sus antiguos barrios, y sabían quién había prosperado gracias a sus relaciones con el régimen de Saigón y con los estadounidenses, como la familia de Tuy-Cam. Su reaparición en sus viejos barrios inspiraba terror en muchos hogares. La gente sentía que sus vidas pasaban a depender de los caprichos de estos fanáticos jóvenes armados.

El primer día, Quang, con un pañuelo rojo atado a la cabeza, daba vueltas por las calles de la Ciudadela en un jeep con la bandera de Hanói, supervisando los arrestos de los oficiales gubernamentales *nguy* ordenados. Era un trabajo embriagador para un hombre de solo veinte años. Tres años atrás había sido un estudiante de instituto, preparándose para sus exámenes preuniversitarios. Ahora, aún delgaducho y de baja estatura, estaba al mando. Había establecido su tribunal en un edificio del complejo del palacio real.

Un teniente del ERVN asignado a la unidad de suministros que había junto al aeropuerto, Lam Ung, se presentó y trajo consigo a su mujer y su hijo, Lam Hai Luong, que también servía en el ERVN. Quang se sentaba tras una mesa en la sala de audiencias, y por norma general los acusados se sentaban delante de él, pero la señora Lam se quedó de pie ante la mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho, un signo de respeto habitualmente reservado a los ancianos.

—Tengo algo que decir —anunció.

Quang le pidió que descruzara los brazos. Él era más joven que el hijo de ella.

—Soy esposa —dijo—. Y madre. Estos dos —hizo un gesto que abarcaba a su marido y su hijo— son culpables. Es algo sabido. Han hecho daño a la nación. Como madre y como esposa, le suplico que los perdone.

Quang los dejó ir. Tanto el padre como el hijo se deshicieron en agradecimientos. Henchido por su propia magnanimidad, dijo al hijo:

—Tu madre te ha dado a luz por segunda vez.

Tanta generosidad era excepcional. Tanto que, posteriormente, Quang fue reprendido por ella.

—Dado que eran conscientes de sus errores y que se presentaron por su propia cuenta, no era necesario —argumentó en su defensa—. ¿Qué madre no se siente herida si su marido y su hijo están en esa posición? No es cuestión de bandos, es cuestión de ser humano.

Perdonó a un teniente de policía que tenía nueve niños. El hombre no se había presentado: lo habían arrestado. Con las normas en la mano, significaba que había que despacharlo. Pero Quang sopesó el destino de su mujer y sus hijos y dijo al hombre:

—Tienes que vivir para criar a tus hijos. Te perdono porque tus nueve hijos son aún muy pequeños. Tus crímenes están demasiado claros como para perdonártelos, pero por tus hijos te dejo volver a casa.

Sabedor de que sus camaradas denunciarían tanta piedad, Quang decidió denunciarse él mismo. Buscó a Tran Anh Lien, el comisario político que lo supervisaba, y le explicó lo que había hecho en esos casos. Lien le dio un abrazo.

—Tienes veinte años y estás dispuesto a sacrificarte para luchar —le dijo—. Pero eres además un auténtico comunista. Un verdadero comunista tiene que ser humano, como tú.

Tales ejemplos de piedad puede que aliviaran la conciencia de quienes estaban al mando, pero en la calle los juicios solían ser más severos. Teniendo en cuenta el castigo por oponerse, no es de extrañar que la gente, por norma general, estuviera dispuesta a demostrar ardor por la nueva causa. Las lealtades cambiaban de un momento a otro. Hubo soldados del ERVN que renunciaron a la República de Vietnam del Sur y se unieron a los liberadores. Xuan llamaba a estos nuevos reclutas sus *Nghia binh*, «División de soldados virtuosos». Estaba compuesta por polis de ciudad a los que se había ofrecido amnistía y poder volver a patrullar si delataban a sus colegas ocultos. Los tribunales de las purgas no paraban de trabajar.

En su memoria de la Ofensiva del Tet, *Mourning Headband for Hue* («Velo de luto por Hué»), Tran Thi Thu Van describe a un joven comisario político llamado *Dac*^[7] (al que luego identifica como Nguyen Dac Xuan, aunque él lo niega)^[8] que interrogó a un supuesto colaboracionista, un hombre llamado Mau Ty, haciéndole meterse en una trinchera. Allí lo amonestó en público y lo condenó a muerte. Dac le prometió que lo mataría de un modo lento y doloroso. Mientras el hombre suplicaba, algunos vecinos imploraron a Dac que mostrara piedad, asegurando que un «odio personal» le nublabla el juicio.

—No, mi odio personal es el mismo odio que sienten mis amigos —respondió Dac. En cuanto instrumento de la voluntad popular, si lo que él sentía era odio, era el genuino odio del pueblo.

Dac jugaba con el hombre. Le apuntó con la pistola a la cabeza, y cuando

la víctima cerró los ojos, esperando que lo matase, disparó a un lado. Mau Ty gritó. Al final se lo llevaron.[9]

Ya sea que Dac fuese él o no, Xuan veía como su visión de un futuro grandioso se volvía cada vez más oscura. Hacia la segunda semana, más y más camaradas suyos estaban cayendo. Xuan convenció a una joven pareja de amigos suyos de unirse a la lucha, y el marido murió a causa de un obús de artillería. Tuvo que ir a ver a la mujer, que acababa de dar a luz a su primer hijo, a decirle que su marido había muerto. Conforme los días se hacían cada vez más sangrientos, Xuan comenzó a albergar ira y resentimiento. Creía que era necesario algún tipo de justicia, pero vio como se perdía en un torbellino de locura asesina.[10] Todo el mundo era sospechoso.

Xuan intervino cuando sus hombres arrestaron a un civil al que habían hallado escuchando señales de radio. Estaba bien vestido y hablaba correctamente y había estado escribiendo anotaciones en lo que parecía ser un código numérico. Tenía que ser, sin duda, un descarado espía de alto nivel. El detenido insistía en que le llevaran ante el máximo mandatario de la zona, cuyo nombre conocía. Xuan aceptó. Resultó ser un experto en comunicaciones que trabajaba para el mando del Frente.[11]

Ante todos estos peligros, muchos se encerraban e intentaban esperar a que todo pasase. Suponían que la ocupación no duraría mucho. Huynh Van Don vivía en Vy Da. Trabajaba en una gasolinera justo delante de la comisaría de policía de la calle Hung Vuong. Tenía treinta y seis años y llevaba trece dirigiendo el negocio, trabajando todos los días de cinco de la mañana a diez de la noche. Durante la víspera del Tet se había quedado dormido y despertó con una ciudad cambiada.

Vio a dos amigos que habían estado en unidades del ERVN vestir ahora las camisas negras, cascos y pañuelos rojos de los liberadores. Muchos de su barrio que habían luchado para el régimen de Saigón, o que tenían trabajos en él, huyeron de inmediato, y a muchos los capturaron. Dado que su padre había luchado en el Viet Minh (se había ido en 1945 para no volver jamás), Don creía que no tenía que preocuparse de que lo tildaran de traidor. Pero pese a las credenciales revolucionarias de su familia, convocaron a Don para

que se defendiera ante el tribunal. Le permitieron regresar a casa, pero con instrucciones de regresar cinco días más tarde para testificar en su defensa. Cuando lo hizo lo obligaron a prestar servicios excavando una larga trinchera desde el río Huong hasta el límite de la ciudad. A él, como a los otros «voluntarios», una compañía de teatro propagandístico les ofreció un espectáculo. Don, que sabía que se acercaba una contraofensiva, estuvo preocupado durante muchos días y noches tras aquello temiendo ser confundido con uno de los luchadores del Frente cuando los norteamericanos llegaran. Circulaban falsos rumores de que había unidades surcoreanas colaborando con los estadounidenses: se creía que los coreanos habían participado en masacres contra civiles vietnamitas.[12]

El primer día de la batalla, Don había comenzado a excavar un búnker para su familia. Entre turno y turno cavando para los liberadores continuó cavando en su casa. Su refugio tenía que ser lo suficientemente profundo y espacioso para albergar a siete personas: él, su esposa, sus cuatro hijos y su madre. El agujero que excavó fue de un metro de ancho por cuatro de largo. Cortaron un árbol de cinamomo y un manzano del jardín familiar e hicieron con su madera planchas para taparlo. Cubrió las planchas con tierra y hojas. Cuando los combates comenzaron a acercarse, él y su familia empezaron a vivir bajo tierra.

La familia de Le Cong Thang, el niño que se sorprendió de que los guerrilleros del VC no tuvieran cola, se preparó para una larga estancia dentro de casa. Su hogar estaba cerca del mercado Dong Ba, frente a la puerta del muro este de la Ciudadela. El padre de Le, Le Van May, un soldado del ERVN, dijo a su clan familiar (eran más de veinte) que tendrían que ocultarse, quizás durante días. Hicieron inventario de la comida. Dado que habían acumulado para las fiestas, tenían suficiente para una semana. Pero el agua sería un problema. El padre de Le les explicó que las tropas de Saigón y los estadounidenses regresarían, y que cuando vinieran habría un combate terrible.

—Vamos a construir un refugio —les dijo.

Otros huyeron. Salir de la Ciudadela no era fácil. Los vecinos trazaban rutas que rodeaban las recién excavadas posiciones defensivas y puntos de

control, y encontraban modos de atravesar, por arriba o por debajo, paredes. Había pocas certezas en todo esto. Huir se consideraba una admisión, si no de culpa, de espíritu traicionero, e incluso si conseguías pasar los puntos de control y las puertas protegidas y llegar, a través de los disparos y obuses, hasta alguna de las escasas áreas controladas por los estadounidenses o el ERVN, existía la posibilidad de que te confundieran con un guerrillero del VC antes de que tuvieras tiempo para explicarte. Los asustadizos estadounidenses, en especial, incluso los pocos que sabían alguna palabra en vietnamita, eran famosos por disparar a los «amarillos» antes de hacer preguntas. Había civiles muertos por todas partes en las calles, ¿quién se fijaría en uno o dos cuerpos vietnamitas más?

Había demasiadas maneras de morir. El sargento Chuck Ekker, cuyo escuadrón había liderado el ataque a la tesorería, se encontraba en una habitación del segundo piso de un edificio cercano, varias noches más tarde, con otro soldado de infantería cuando vieron una figura, ataviada con ropa tradicional vietnamita y sombrero *non la*, salir de un edificio con una sartén llena de arroz en la mano. Dedujeron que aquella persona (no distinguían si se trataba de un hombre o una mujer) podía estar llevando comida a los soldados enemigos, y el soldado que estaba con Ekker lo mató de un disparo. No volvieron a pensar en ello.

Nguyen Dang Khoa y su clan familiar habían estado escondidos durante días en su hogar, cerca de la base del CAMV. Cuando los combates se intensificaron, soldados del Frente con megáfonos exigieron que quienes se estuviesen ocultando salieran. Estaban llevando civiles, como si fuesen reses, al edificio de una escuela cercana, y sacrificando a los traidores. Uno de los hijos de Khoa trabajaba de encargado para el gobierno local, de modo que toda la familia se encontraba en riesgo. Khoa era el mayor, un abuelo, un hombre pequeño con cojera y barba blanca. Se presentó voluntario para salir.

—Soy viejo —dijo.

Ató una camisa blanca a un palo y salió de la casa, sosteniendo en alto su bandera. Su familia observaba, nerviosa. Khoa solo había avanzado un corto trecho cuando un marine estadounidense oculto tras una puerta le ordenó detenerse.

El anciano estaba medio sordo. Se dio la vuelta hacia el marine, lo vio apuntándolo con un fusil, dudó, y cometió el error fatal: corrió. Recibió un disparo por la espalda. La herida de salida fue a través de su abdomen, y se le salieron los intestinos frente a los ojos. Khoa consiguió arrastrarse de regreso a la puerta. Su familia acudió a socorrerlo.

—Es probable que muera —dijo.

Fueron sus últimas palabras. Los marines parecían apesadumbrados por su error. Ayudaron a trasladar a Khoa a la escuela Jeanne d'Arc y lo colocaron sobre una mesa. Murió allí.[13]

Pese a estos peligros, centenares, y luego miles, huyeron, sobre todo cuando los combates se intensificaron. Antes de que comenzara la batalla, Hué contaba con 140.000 habitantes, y se calculó que el 80 por ciento de las estructuras de la ciudad resultó dañado o destruido en los combates. Los desplazados corrían de un lugar a otro como hormigas sobre una sartén. En el sur de Hué, miles de refugiados se juntaban allá donde se diera la más mínima señal de seguridad: iglesias, pagodas, los grandes edificios de la ciudad. No la hallaban en ningún lugar.

Tran, la autora de *Mourning Headband for Hue*, que había ido a la ciudad a enterrar a su padre y se había visto atrapada por la batalla, pasó días con su familia en la iglesia del Santísimo Redentor. Había estado allí, entre la multitud, cuando los dos periodistas franceses habían llegado, días atrás. Mientras los combates se hacían más intensos en el triángulo, acercándose cada día más, las condiciones de vida en la iglesia se hacían insoportables. No había lavabos. La gente no tenía más opción que defecar fuera. Cada cierto tiempo, los soldados del Frente entraban armados, buscando gente de sus listas, y las balas y las bombas parecían proceder de todas partes. El miedo, la pena y las privaciones volvieron locos a algunos. Tran vio cómo un bebé muerto, que ya había comenzado a descomponerse, fue separado de su madre, que insistía en que estaba vivo. Un anciano que había huido de su casa acomodada lloraba y suplicaba a unos soldados comunistas imaginarios:

—¡Por favor, señores, no, por favor, señores, hermanos liberadores! ¡Por favor, señores, liberadores, por favor, señores, no quemen la casa, no quemen la casa![14]

Como Tran describiría en la escena de su libro, los combates iban y venían en torno a ellos:

Ahora no solo son armas ligeras, sino también armas pesadas las que explotan en sucesivas salvas. Y parece que los cañones se unen a ellas. Hay un tremendo ruido metálico y se desprenden cristales rotos. Desde la fachada y desde detrás, parece que los disparos proceden de todas partes. Reconozco el sonido de los B40, el de los AK, el de todo tipo de armas. Oigo el ruido de cristal cayendo y rompiéndose en muchas otras direcciones. Hay gritos, muchos. Personas que se llaman unas a otras: «¡Eh! ¡Eh!». Otro ruido de cristales y cae vidrio, y luego una fuerte explosión, y una masa de un vivo color rojizo cae volando en medio de la iglesia. Ladrillos y tejas, humo, oscuridad. Corre, corre y no mueras.[15]

Huyeron al palacio An Dinh, una ornamentada edificación de piedra de tres pisos de altura, antaño residencia del emperador Bao Dai, pero también acabó siendo atacada. Cuando parte del tejado se desprendió y cayó, huyeron del lugar presas del pánico, dejando allí la mayor parte de las posesiones que habían traído de casa. Tran describiría más tarde la escena que vio en las calles:

El grupo que se acerca a nosotros consta de un centenar de personas; los líderes son algunos monjes católicos y un par de monjes budistas. Tienen en las manos banderas blancas hechas con retales desgarrados: banderas de rendición incondicional, banderas de miedo. Caminan, luego corren como niños con prisa. Tras las banderas blancas, los líderes y sus seguidores se apoyan unos a otros. Las personas que transportan cargas a sus espaldas van al trote. Thai se detiene al borde de la calle y alza la mano a modo de saludo:

—Venerable padre, ¿qué ocurre allí?

El sacerdote sacude la cabeza; tiene espuma en las comisuras de los labios. Un monje lleva en brazos un niño herido; la sangre deja pequeñas manchas en la calle. Alza la mano y saluda, haciéndonos señas de que vayamos con ellos. No te detengas, es peligroso. Pero el monje no dice una sola palabra. Poco a poco el grupo pasa así ante nosotros: mujeres llevando niños en brazos, hombres transportando cargas sobre los hombros, niños trotando. Por si fuera poco, también llevan a los heridos. Un hombre herido en la pierna corre, cojeando y arrastrándola. Cada cierto tiempo se cae y se obliga a sí mismo a levantarse. Hay alguien con el brazo apenas unido al resto del cuerpo por un poco de piel. Otra persona tiene una gran hinchazón en la cabeza; otra más va con la frente fracturada, con gotitas de sangre en ella. Siguen los retales de tela blanca de los que están hechas las banderas, que ondean, liderando la marcha en busca de seguridad. La gente del grupo corre, gimiendo, llorando y rezando; un tipo recita una oración cristiana, y otro ruega al Cielo y llama a Buda.[16]

Tran y su familia acabaron refugiándose en un búnker situado bajo el santuario de adoración de los ancestros de un amigo. Cuando comenzaron a caer cerca obuses de artillería procedentes de Phu Bai, el grupo entero se abrazó, «para que cuando venga la muerte muramos juntos, en un solo montón».[17]

Tuy-Cam, la prometida del funcionario del servicio diplomático Jim Bullington (aún oculto con los sacerdotes franceses) pasaba la mayor parte del tiempo escondida en el refugio familiar, puesto que habían obligado a la familia a cocinar para los soldados de liberación, a veces hasta seis turnos diarios para grupos de diez a veinticinco soldados. Su hermano mayor, oficial del ERVN, y su hermano menor, cadete de aviación del ERVN, aún se escondían en el desván. Los soldados eran educados, y se dijo a la familia que se la compensaría por la comida «tras la revolución». Varias veces entraron comisarios para darles sesiones de adoctrinamiento de horas de duración. Intentaban reclutar a los adolescentes de la familia para que se unieran a otros que trabajaban en sus nuevos cuarteles haciendo pancartas con los eslóganes y bandera del partido, pero los jóvenes declinaron. Aunque los soldados del Frente registraron la casa varias veces más, nunca se aventuraron en el desván ni descubrieron el escondite de Tuy-Cam.

Cuando comenzó el bombardeo estadounidense (su casa no estaba muy lejos de donde Bullington se escondía), la familia se fue con el objetivo de llegar a su aldea natal, a unos seis kilómetros al oeste.

—Estamos en el bando survietnamita —dijo su hermano mayor—. ¡No queremos que nos maten los survietnamitas!

Él se puso a su abuela de ochenta años a la espalda y marcharon. Escogieron su ruta entre las calles, intentando evitar los combates y a las tropas de liberación. Decidieron pararse a descansar en una pagoda, solo para dar de bruces con una patrulla del VC. Dado que eran del lugar, varios guerrilleros reconocieron a la familia de Tuy-Cam. Uno de ellos señaló de inmediato a su hermano mayor como teniente del ERVN. Interrogaron a su hermano menor.

—Aún no es un soldado —dijo uno de ellos—, pero tengo entendido que

ha entrado en la Fuerza Aérea.

Se los llevaron a ambos. Tuy-Cam estaba aterrorizada por ellos, pero no se atrevió a llorar ni a suplicar para no llamar la atención sobre el resto de la familia. Uno de los miembros de la escuadrilla la miró. Sus ojos se encontraron y ella apartó la vista de los de él. Había trabajado como albañil en una ampliación de su casa. Ella lo conocía bien, a él y a su familia. Sabía que él sabía que ella trabajaba para los estadounidenses. Pero él no dijo nada. Decidió no delatarla, y la familia siguió caminando hacia la pagoda.

Cuando llegaron los recibió un monje al que conocían bien.

—¿Dónde están los dos hermanos? —preguntó.

Su madre le explicó que se los habían llevado.

—Los guerrilleros del VC estaban mirando mucho a Tuy-Cam —dijo—. ¡Tengo tanto miedo por su vida! Por eso estamos aquí.

El monje dijo que Tuy-Cam debería separarse de su familia. Podían quedarse en la pagoda, pero ella tendría que refugiarse en algún otro lugar. La escondió en un búnker cercano, tras una gran estatua de Buda. Luego fue a ver qué podía hacer para traer de vuelta a los dos hermanos.

Regresó horas después con las manos vacías, meneando tristemente la cabeza.

Los monjes invitaron a la familia a comer, pero nadie tenía hambre. Se acurrucaron y lloraron, y finalmente decidieron caminar de regreso a su casa. Recogieron a Tuy-Cam, y en el camino de regreso los volvieron a parar; en este caso se trataba de una patrulla del ERVN. Les dijeron que no regresasen a su casa: era demasiado peligroso. En lugar de ello, los dirigieron a la Universidad de Hué, que los estadounidenses empleaban como centro de refugiados.

En el centro les asignaron un pequeño espacio para los once. No tenían nada que comer ni había lugar suficiente para estirarse y dormir. De modo que se sentaron espalda contra espalda, a esperar. Pasaron varias semanas allí, comiendo cualquier cosa que pudieran conseguir, como todos los demás.

Fue allí donde supieron, por un joven que había escapado de los soldados del Frente, que los dos hermanos de Tuy-Cam habían sido ejecutados.[18]

2

Algo va mal allí

El presidente Johnson había instado a Westy a mantener sesiones diarias con la prensa en tanto continuasen los combates del Tet, a fin de contrarrestar el «derrotismo». El primer día, el general había dicho a los periodistas que el auténtico objetivo del enemigo, la gran batalla aún por librar, era Khe Sanh, y pese a todas las pruebas de lo contrario, continuaba insistiendo en ello. Con respecto a los ataques a ciudades, no eran sino un acto de desesperación, incluso suicida: una distracción.

En aquellas reuniones diarias, Hué rara vez se mencionaba. Al comienzo, Westy solo reconoció que una «fuerza de cierto tamaño» había entrado en la ciudad:

[El enemigo] mantiene una parte de la ciudad. Las fuerzas del ERVN están en contacto con el enemigo intentando limpiar la ciudad de unidades enemigas [...] En resumen, caballeros, esta segunda fase de la campaña [del enemigo] ha sido atrevida. Se ha caracterizado por la traición y el engaño. Ha demostrado una desalmada indiferencia por la vida humana. Ha llevado considerable destrucción a un buen número de aldeas y ciudades. El enemigo lo ha pagado caro [...] ¿Cuánto será capaz de aguantar este ritmo? Yo le otorgo la capacidad de mantener esta fase de la campaña durante algunos días más. Sin embargo, hay pruebas que sugieren que está por quedarse sin aliento.^[1]

A lo largo de las siguientes semanas, se pidió repetidas veces a Westy que fuese sensato con respecto a los combates, especialmente en Hué, donde las

cosas, definitivamente, no estaban avanzando con rapidez. Pero, lo mirase como lo mirase, el general no conseguía ver victorias enemigas. No era capaz de conceder nada a Hanói. No había habido sorpresa. No habían logrado nada. No se había perdido ninguna ciudad. Su adversario había intentado algo desesperado y había fracasado. Sus pérdidas eran catastróficas. Él había previsto sus movimientos y no solo los había contrarrestado: los había aplastado. ¡Caramba!, su mera clarividencia, al parecer, había impedido el gran ataque a Khe Sanh, al menos de momento. No se trataba de teatro. Por todo lo que sabemos, el general realmente creía estas cosas, incluso mientras el número de bajas crecía en Hué; incluso mientras la opinión mundial con respecto a él se iba a pique; incluso cuando, una tras otra, sus promesas acerca de la batalla fracasaban. Jamás un general se había deshecho tan eficazmente de los hechos.

Tras dos días de batalla, el Estado Mayor Conjunto le pidió que explicara el significado de la Ofensiva del Tet y valorase la situación del momento. Westy insistió nuevamente en que los ataques por todo el país eran una distracción para el gran ataque a Khe Sanh. Había comenzado a enviar actualizaciones diarias sobre la base de marines al presidente. El ataque a Hué y otras ciudades «puede ser una distracción para confundir a las fuerzas aliadas y atraer nuestra atención, y posiblemente tropas, lejos de la zona de mayor riesgo [Khe Sanh y la ZDM]». Las ofensivas sobre ciudades «no se han hecho con suficientes fuerzas como para permitir su continuación a lo largo de un período extenso. Como prueba, la mayor parte de los ataques se han ido apagando». Westy explicaba que con toda seguridad la inminente ofensiva sobre Khe Sanh sucedería.

En efecto: el ataque que esperaba había cobrado tales dimensiones en su mente que había acariciado la idea de emplear armas químicas e incluso armas nucleares tácticas. Un grupo de planificación secreto se había reunido en Okinawa el día después del inicio de la Ofensiva del Tet a fin de considerar tal contingencia. El nombre en clave del plan era «Mandíbula Fracturada». El asesor militar de LBJ, el general de la fuerza aérea Robert N. Ginsburgh, explicaba el propósito a Wheeler en un memorando: «Si, pese a los mejores cálculos del general Westmoreland, la situación en Khe Sanh se

volviera desesperada, se planteará el uso de TACNUCS [bombas nucleares tácticas]».

El general Wheeler escribió a mano al pie del memo: «Tomar la precaución de que estos planes se mantengan en estricto secreto».

Dos días más tarde, Westy intervino. Estaba plenamente dispuesto a emplear armas nucleares si la situación empeoraba. Escribió a Wheeler:

«En la presente situación no se requeriría el uso de armas nucleares tácticas [...] Sin embargo, si la situación en la ZDM cambia radicalmente, deberíamos estar preparados para introducir armas de mayor efectividad contra fuerzas en masa. *Bajo tales circunstancias preveo que tanto las armas nucleares tácticas como los agentes químicos serían candidatos activos para su empleo*».[2]

Los rumores de todo esto se filtraron cuando el senador Eugene McCarthy, en campaña como alternativa demócrata contra la guerra frente a Lyndon B. Johnson, dijo a un periodista en el Aeropuerto Internacional Logan de Boston que se había considerado el uso de armas nucleares: los rumores sobre Mandíbula Fracturada habían llegado al Comité de Relaciones Exteriores del Senado. La revelación causó un escándalo a escala internacional y provocó inmediatas y rotundas mentiras para intentar encubrirlo. El secretario de prensa del presidente, George Christian, describió la declaración de McCarthy como «falsa, irresponsable e injusta para con las fuerzas armadas».[3] El Pentágono salió en desbandada. El día 10, un cable a Westy del almirante Sharp era contundente: «Abandone todos los planes para Mandíbula Fracturada. Coloque todo el material, incluidos mensajes y correspondencia al respecto, bajo seguridad absoluta. Dé instrucciones a todo el personal con acceso a esta planificación de que no puede haber más filtraciones con respecto a los contenidos del plan, ni saberse si el susodicho plan estaba en preparación o suspendido. La seguridad con respecto a esta acción y a previas acciones ha de ser total».

LBJ aprobó el uso sobre Khe Sanh de COFRAM (munición de fragmentación controlada), un arma devastadora que podía matar cantidades masivas de soldados enemigos con una explosión aérea que dispersaba una enorme cantidad de bombas más pequeñas sobre una gran área.[4]

Con respecto a Hué y las otras ciudades survietnamitas que estaban siendo atacadas, Westy se mostraba displicente, incluso sarcástico. Los ataques a las ciudades habían causado terribles pérdidas al enemigo, decía, y habían demostrado «una agresividad extremada, a veces estúpida».

Este punto de vista estaba respaldado por un informe de la CIA entregado al presidente el lunes 12. A diferencia del preciso análisis de Hué de días atrás, este encajaba más en el molde de Westy. Sorprendentemente, había hallado un «fallo masivo de inteligencia», pero no por parte de los estadounidenses, sino de los comunistas:

Se puede conceder a los comunistas haber mantenido un secreto casi absoluto para un plan tan extenso, pero son culpables de un enorme fallo de inteligencia. Los documentos capturados en los últimos cuatro meses y los interrogatorios de los prisioneros implicados en los ataques recientes muestran con bastante claridad que el VC tenía intención de atacar las ciudades y mantenerlas, esperaba un alzamiento general e hizo planes para instalar un gobierno revolucionario, como evidencia la presencia de una estructura administrativa provisional del VC en las grandes ciudades. Puede resultar increíble que las expectativas del VC estuviesen tan alejadas de la realidad, pero hay tres factores que probablemente expliquen esto. En primer lugar, los comunistas son y han sido siempre víctimas de su doctrina y, en el caso que nos ocupa, sus artículos de fe eran: «Cuanto más tiempo luchemos, más fuertes nos haremos»; «cuanto más ferozmente combata el enemigo, más cerca estará de su derrota» y «el pueblo nos apoya y, cuando se dé a la clase urbana la oportunidad de alzarse, nuestra victoria estará asegurada». En segundo lugar, los líderes han estado extremada y sistemáticamente mal informados por parte de sus subalternos [...] En tercer lugar, la necesidad de una victoria importante tras dos años de estancamiento puede haber provocado la falta de prudencia.[5]

Westy tenía otra posible explicación: «Los ataques se han pensado como una demostración de fuerza, como parte de un intento de recuperar el control del pueblo, un control que a lo largo de los últimos meses se ha visto lentamente, pero sin pausa, erosionado —escribió—. [...] Puede que el enemigo haya creído que el valor psicológico y propagandístico de demostrar su capacidad de atacar tantas ciudades, aldeas e instalaciones de un modo más o menos simultáneo valdría su coste». Adjudicó escasas probabilidades a esta explicación.

Con respecto a la situación del momento, aseguraba: «El enemigo tiene

más de 12.000 muertos en combate, y esto vale solo para el período entre 06.00h/29 de enero y 00.01h/3 de febrero». Decía que las bajas de Estados Unidos y el ERVN eran menos de una décima parte de esa cifra. «Aunque el enemigo aún combate dentro y alrededor de varias ciudades e instalaciones, *no controla ni una sola*, y confío en que no controlará ninguna cuando sus esfuerzos se agoten [...] Cualquiera que haya sido su propósito, el ataque por sorpresa de los comunistas a una docena de ciudades e instalaciones militares de Vietnam está acabando en desastre para los atacantes. Aún hay algunos combates y los comunistas pueden tener reservas de hombres frescos. Pero su intento, pese a una demostración de fuerza en Hué y otros pocos lugares, parece destinado al fracaso.»[6]

El martes 6 de febrero, el recuento de enemigos muertos de Westy había ascendido a 21.000... y seguía aumentando.

Pese al esfuerzo coordinado por convertir el Tet en un desastre para los comunistas, la prensa no se lo tragaba. La promesa que Westy había hecho en el National Press Club, solo unos meses atrás, de que el fin «comenzaba a percibirse», parecía ahora ridícula. El *Washington Star* citaba el completo efecto sorpresa conseguido por Hanói, los perjuicios a cualquier tipo de seguridad prometida por el gobierno de Thieu, el drástico aumento de las bajas estadounidenses y el golpe a la imagen rosa de la guerra que ofrecía Westy en su editorial del viernes, y añadía: «¿Qué tipo de victoria es esta? Según cualquier estándar militar se trata de una derrota aplastante». El *Philadelphia Inquirer*, hasta aquel momento un diario a favor de la guerra, escribía que «la reconfortante suposición de que el gobierno survietnamita ha estado ganándose la confianza del pueblo ha volado literalmente en pedazos a causa de los atrevidos ataques del Vietcong».

George Romney, gobernador de Michigan y candidato a la presidencia por los republicanos, dijo a los directores de periódicos:

—Si lo que hemos visto en el pasado es un fracaso del Vietcong, espero que nunca veamos una victoria suya.[7]

El jueves 8 de febrero, durante el almuerzo de presentación de un libro en Chicago, el senador Robert F. Kennedy dio un discurso, del que se informó ampliamente, que seguramente disparó la tensión arterial, ya maltrecha, de

LBJ al llamar a Vietnam «el pantano que se ahonda». Johnson, por supuesto, había tomado la antorcha de la guerra de Vietnam tras el asesinato de John F. Kennedy, y no dejaba pasar ni una oportunidad de salpicar sus discursos acerca de la guerra con referencias al casi deificado JFK. Y ahora se presentaba el hermano menor del presidente, su aparente heredero, alzando el estandarte antibelicista. Hasta aquel momento, Kennedy se había resistido a las llamadas a desafiar a Johnson en las inminentes primarias del Partido Demócrata, dejando el terreno listo para McCarthy. Solo una semana antes, el *New York Times*, en su editorial, había escrito que Kennedy se negaba a apoyar a McCarthy porque el senador parecía «un triste perdedor».[8] Pero el Tet había beneficiado a McCarthy. Había espoleado las donaciones y los voluntarios a su campaña: estudiantes contrarios a la guerra viajaban en masa a New Hampshire para encargarse de las centralitas de las donaciones y llamar puerta a puerta. Comenzaba a tomar el aspecto de una candidatura viable, incluso de un movimiento. El discurso de Kennedy sugería a muchos que quizá estuviera dejando la puerta abierta para presentarse él mismo.

«Es la hora de la verdad. Va siendo hora de afrontar la realidad de que no hay una victoria militar a la vista y de que probablemente nunca llegará [...] Los acontecimientos de las últimas dos semanas nos han enseñado algo — dijo Kennedy—. En nombre de aquellos jóvenes estadounidenses que están hoy combatiendo, ha llegado el momento de mirar de otro modo la guerra de Vietnam [...] y el primer paso es enfrentarse a los hechos.» Dijo que el Tet no constituía «ningún tipo de victoria», y ridiculizó los exagerados recuentos de bajas de Westy. «Parecería que no importa cuántos soldados del Vietcong y norvietnamitas aseguremos haber matado: por algún milagroso logro de la voluntad, la fuerza del enemigo permanece intacta. [Nos dicen que] de 60.000 hombres que han atacado las ciudades se ha matado a 20.000. Si solo dos hombres han sido heridos de gravedad por cada muerto (una estimación muy conservadora), entonces toda la fuerza enemiga ha sido vencida. Por tanto, ¿quién está combatiendo?»[9]

Esa misma semana, en Washington, Martin Luther King Jr. se reunió con 2.500 líderes religiosos para planear durante dos días una marcha, en abril, que uniría los movimientos por los derechos civiles y contra la guerra. King

participó en una vigilia silenciosa contra la guerra en el Cementerio Nacional de Arlington, y más tarde, ese mismo año, habló de liderar protestas tanto en la convención demócrata como en la republicana.[10] En ese momento, su asesino, James Earl Ray, ya estaba acosándolo, y le disparó en Memphis tan solo mes y medio más tarde.

El escepticismo ante la guerra no era solo cosa de manifestantes que protestaban frente a barreras de seguridad allá donde fuera Johnson. En uno de sus habituales desayunos con congresistas demócratas, transcrito por un ayudante de Johnson, el martes 6 de febrero, el senador Robert Byrd, secretario del comité ejecutivo demócrata del Senado, y no precisamente un agitador progresista, preguntó por la aparente infravaloración que se había hecho del VC.

—Yo nunca he subestimado al Vietcong —se defendió Johnson—. No son unos pusilánimes. No creo que tengamos mala información ni que hayamos subestimado la moral del Vietcong.

—Algo va mal ahí —dijo Byrd.

—La información no era mala —insistió Johnson.

—Eso no significa que el Vietcong no haya tenido éxito en su campaña. Su objetivo era demostrar que podían atacar por todo el país, y lo han hecho.

—Ese no era en absoluto su objetivo.

—Ha estado usted diciendo que la situación del Vietcong era de una moral cada vez más baja —respondió Byrd, quien, educadamente, evitó acusar a Johnson personalmente—. Cuando digo usted, quiero decir la Administración.

—Personalmente nunca he dicho nada parecido —dijo el presidente, visiblemente irritado—. No he sido informado de que nadie haya dicho eso. ¿Qué cree usted que diría el pueblo estadounidense si hubiéramos enviado soldados y perdido veintiún mil de ellos, como ha pasado al enemigo? [...] Mi opinión es que las críticas no valen mucho. Miro todos esos discursos, [...] toda esa gente que va por el país diciendo que nuestra política no es acertada. ¿Con qué nos atacan? Ahora mismo la moda es la mala gestión en Vietnam. Creo que ha habido muy poco de eso. Me gustaría que Mike [el senador Mike Mansfield, de Montana, un abierto opositor a la guerra] diera un discurso

acerca de Ho Chi Minh. No hay nada tan sucio como violar una tregua por festividades. Pero nadie dice nada acerca de Ho. Me llaman asesino. Pero Ho tiene una imagen fenomenal.

Byrd, que era algo así como un protegido de LBJ, dijo que no quería que el presidente pensase que se le oponía personalmente, pero que creía que era legítimo hacer preguntas.

—No estoy de acuerdo con lo que dice —dijo Johnson.

—Yo no estoy de acuerdo con que la información fuera buena —respondió Byrd, sin ceder en sus argumentos.

—... personalmente, creo que han sufrido una grave derrota —insistió Johnson—. Sabíamos que no habría alzamiento general, y ellos no han obtenido ninguna victoria.[11]

LBJ mantuvo la compostura, pero la actitud de Byrd le molestó lo suficiente como para expresar su alarma, poco más tarde, a sus mejores asesores en política exterior. Le preocupaba que esas críticas reflejasen un punto de vista cada vez más extendido.

—Si la guerra va bien, el pueblo estadounidense estará con nosotros —le aconsejó Walt Rostow—. Si la guerra va mal, estarán contra nosotros. La única manera que tenemos de responder a esto es logrando que nuestra situación militar allí funcione bien. Creo que son los hombres de uniforme los que tienen ahora la tarea de determinar cuánto apoyo o falta de apoyo obtendremos.[12]

3

El barrido

A Ernie Cheatham *el Grande* le llevó cuatro días abrirse paso, combatiendo, hasta el canal Phu Cam. Fueron días largos y sangrientos, con duros enfrentamientos en cada uno de los importantes edificios municipales a lo largo de la calle Le Loi, pero una vez empezó, su avance resultó imparable. Era el primer logro estadounidense de peso desde que se había tomado la ciudad.

La exitosa toma de la tesorería marcó el patrón a seguir. Cheatham bombardeaba primero el edificio o complejo con morteros (los llamaba su «mazo»).[1] Luego llegaba el turno de la nube de gas, los tanques, los Ontos, los 106, los lanzagranadas y, finalmente, los marines.

Los hombres del teniente Hoang Anh De defendían cada lugar con ferocidad hasta que comenzaba el bombardeo, y en ese momento retrocedían hasta la siguiente línea defensiva. Los escombros creados por los bombardeos proporcionaban muchos nuevos lugares en los que esconderse.

Los grandes premios del barrido fueron cayendo uno tras otro: el hospital, la prisión y los cuarteles provinciales, con combates menores en las casas, escuelas, tiendas, garajes y patios que había a lo largo del avance. Cada paso hacia adelante resultaba caro. Las tres compañías de Cheatham trabajaban codo con codo, con Fox desplazándose hacia el sur para ocupar el flanco izquierdo y Golf avanzando hacia el centro. Cuando la compañía del teniente

Smith avanzó, alivió a la Compañía Fox de Downs, que había sufrido numerosas bajas, y se la trasladó al norte para combatir a lo largo del lado derecho de la calle Le Loi. Una densa cobertura de nubes impedía aún los ataques aéreos, y la cercanía del enemigo hacía que el empleo de artillería fuese demasiado arriesgado, pero las armas que había traído Cheatham, con las tácticas que había perfeccionado, estaban cumpliendo con la tarea.

El antiguo liniero de fútbol americano reconocía a un buen bloqueador cuando lo veía, y era así como empleaba los tanques. Era demasiado peligroso poner hombres a su alrededor, de modo que los enviaba solos por delante. El Ontos era más vulnerable al fuego enemigo, pero era más pequeño, más rápido y tenía mayor potencia de fuego. Cheatham lo mantenía tras los tanques cuando comenzaba el avance diario. El potente fuego dirigido a los tanques revelaba las posiciones de disparo enemigas. Entonces Cheatham, tranquilo, de pie en la calle, se situaba junto al Ontos (con su casco puesto casi llegaba a la altura de la escotilla superior) y apuntaba objetivos a sus seis grandes cañones. El vehículo aceleraba hasta situarse ante los tanques, usaba balas trazadoras con su cañón de telemetría para apuntar, y disparaba uno o más de sus cañones. El vehículo adquiría tal retroceso que parecía que fuera a volcar, pero finalmente se estabilizaba y regresaba marcha atrás a una posición segura. Era un arma muy útil. Sus seis grandes cañones derribaban totalmente incluso los muros más gruesos, o abrían agujeros en ellos. Con el tiempo, se llegó a ver al enemigo huir en cuanto se disparaba el rifle de telemetría del Ontos. Pocos se quedaban esperando a la explosión que le seguía.[\[2\]](#)

Tras la caída de la tesorería, los combates seguían siendo lentos y duros, pero los marines no volvieron a encontrar la misma intensidad de resistencia. Pese a la abundancia de armas y munición requisadas de los almacenes del ERVN y en puestos abandonados, las fuerzas del teniente Hoang comenzaban a sufrir escaseces. Hoang no quería montar contraataques, ni intentó flanquear a Cheatham o interrumpir el continuo tráfico entre el frente y la base del CAMV, el constante flujo de salida de armas y suministros o de entrada de heridos y muertos. La escasez de munición empujaba a Hoang a una posición estrictamente defensiva. Estaba perdiendo hombres a un ritmo

como mínimo igual al de los marines, pero su estrategia de aguantar y retirarse mantenía sus fuerzas unidas. Sabía que no podría detener a los marines. De vez en cuando enviaba misiones de sondeo para acosarlos de noche, lo que le mantenía al tanto de dónde estaban exactamente antes del avance diario. Lo peor de los ataques eran los bombardeos de mortero y el gas lacrimógeno. Algunos de sus hombres habían quedado expuestos a tanto gas que se habían quedado ciegos y vomitando sangre.

Tenía órdenes de seguir combatiendo. Sus superiores querían lanzar un mensaje. Los estadounidenses tenían más potencia de fuego, y podían reunir grandes cantidades de hombres rápidamente, pero sus superiores querían demostrar que eran capaces de enfrentarse al desafío. El desdén frecuentemente expresado por los soldados estadounidenses hacia un enemigo que se negaba a quedarse y combatir también existía en el otro bando. Las tácticas de ataque y huida también afectaban a su moral. Aquí, en Hué, demostrarían de una vez por todas, a sí mismos y al mundo, que estaban dispuestos y eran capaces de batirse el cobre con los estadounidenses.[3] Cada día, mientras la línea del frente combatía, sus camaradas en la retaguardia estudiaban la mejor manera de defender la siguiente línea, estableciendo emplazamientos de disparo que aprovecharan el trazado de la manzana, colocando trampas, cavando nuevos refugios y trincheras, situándose en terrados y ventanas altas. Cada vez más se apoyaban en francotiradores para ralentizar el avance de los marines.

Cuando el centro de mando de Cheatham se trasladó, el mayor Salvati se preocupó de encontrar una buena botella de whisky escocés, la bebida favorita del Cheatham. La mayoría de las mansiones abandonadas del sur de Hué contaban con notables reservas de licores. Los únicos obstáculos eran los perros. Muchas familias habían dejado atrás a sus mascotas, que le ladraban con ferocidad. Él les disparaba.

La noche era el momento de reagruparse, recibir suministros, planear el día siguiente y, con suerte, conseguir dormir unos minutos. El predecible ritmo de batalla había creado lo que el capitán Christmas denominaba una «guerra de caballeros», pero no había nada caballeroso en ella.

Al principio, algunos de los soldados habían recibido de buen grado la

idea de luchar en la ciudad. Estaban hartos de los bichos, el calor, el lodo y las sanguijuelas que los atormentaban en la selva y los arrozales. Combatir en la ciudad parecía un cambio a mejor... hasta que habían estado en Hué unos cuantos días. En el campo, cuando localizabas una posición enemiga, la flanqueabas; enviabas un escuadrón a la derecha y otro a la izquierda. El central abría fuego sobre el objetivo mientras los escuadrones de flanco atacaban desde ambos lados. Si intentabas lo mismo en Hué, en un patio abierto o en la calle, los hombres que avanzaban por los lados caían tiroteados.

Cuando habían entrenado los ataques a edificios, en Camp Lejeune o Camp Pendleton, habían ensayado con un edificio sencillo de un solo piso de madera contrachapada. Les habían enseñado a atacar de arriba abajo, a descender desde el terrado. Aquí eso era imposible. Los edificios eran demasiado altos como para poder acceder con facilidad al terrado, y no podías acercarte a ellos sin quedar expuesto a lluvias de fuego enemigo. Había que asegurar los edificios de abajo arriba. Todo punto de entrada obvio era un suicidio. Puertas y ventanas estaban cubiertas por emplazamientos cercanos con armas y lanzagranadas. Los marines lo habían descubierto por las malas. Tenías que evitar puertas y ventanas. Usabas un lanzagranadas para abrir un agujero en la pared y entrabas por él. Asegurabas la planta baja, habitación por habitación, y te abrías camino hacia arriba. Era terrible para el interior de la casa. Cuando abrías una puerta de una patada inmediatamente pegabas el cañón del rifle al marco para evitar que la cerrasen desde dentro de otra patada. Se arrojaba una granada y, tras la explosión, se entraba por turnos disparando en automático: habitualmente dos soldados, tres si era una habitación grande. El primer hombre ametrallaba del centro a la izquierda; el segundo, del centro a la derecha, y el tercero disparaba a través del cielorraso por si había soldados enemigos en el piso superior. A veces encontraban arriba a un soldado enemigo lleno de agujeros, entre quince y veinte. Pero era poco habitual. El enemigo casi siempre huía, incluso de los pisos superiores. A veces encontraban rastros de sangre que llevaban a una ventana. Una vez el lugar estaba asegurado, tenías unos minutos para recobrar el aliento, lo que te daba tiempo para explorar.

Nunca sabían qué iban a encontrar. Las trampas explosivas eran una preocupación. Charlie era ingenioso. El enemigo solía colocar una granada de mano estadounidense (parecían tener un suministro ilimitado de ellas) en una lata, tiraban de la anilla y liberaban la cuchara de tal manera que el interior de la lata la mantuviese en su sitio. Luego la colocaban en equilibrio sobre una puerta. Cuando alguien abría la puerta, la lata caía, la granada salía de la lata y explotaba. Cuando los marines encontraban un cuerpo, buscaban carnés de identidad y, si el soldado tenía una mochila o paquete, lo enviaban al puesto de mando. El miedo a trampas generó estrictas órdenes en contra de mover cuerpos o buscar más equipamiento. Los soldados, que tendían a ser buscadores de recuerdos, aprendieron, muchas veces por las malas, a obedecer estas órdenes.

El peligro no detenía a los buscadores más ávidos. Hastings Rigolette era tan aficionado a recoger trofeos que tuvieron que sujetarlo para que no corriera a rebuscar en los soldados enemigos muertos en medio de un tiroteo. En una casa halló dos bellos colmillos de elefante y un escritorio que consideró precioso. Rigolette procedía de una familia que apreciaba las cosas bellas: su padre era orfebre y constructor de maquetas. Tenía en Phu Bai un petate entero lleno de cosas que planeaba llevar a casa. Codiciaba los colmillos y el escritorio, pero eran demasiado grandes para llevárselos. De modo que buscó en los armarios. Encontró una bonita camisa azul de trabajo de su talla. Se la puso allí mismo. Las noches en Hué eran frías, y solo tenía una camiseta húmeda y manchada bajo su chaleco antimetralla. Llevaba puesta su camisa azul de trabajo unos días más tarde, cuando treinta y tres trozos de metralla le dieron de pleno, y aún la tenía casi medio siglo más tarde, pese a que había engordado y ya no resultaba cómoda. Aun así, a veces se la ponía para ver si los agujeros en la tela seguían coincidiendo con sus cicatrices.

Algunas de las cosas que hallaban en las casas permanecían con los marines de otros modos. Eden Jimenez estaba despejando habitaciones, lanzando granadas, esperando la explosión y entrando luego, disparando como loco. Entró de esta manera en una habitación vacía excepto por un alto y viejo armario lleno de agujeros. Lo abrió cautelosamente y dentro halló a

una joven, a la que había herido de muerte, que sujetaba un bebé y un fusil. Una de las balas de Jimenez le había perforado el cuello. Estaba sangrando y ahogándose y murió al cabo de poco, aún sosteniendo al bebé, que milagrosamente estaba sin un rasguño. El entregó al niño y lo fueron pasando a la retaguardia. Ya de anciano, viviendo en Odessa, Texas, se seguía preguntando casi cada día por aquella mujer y el bebé. ¿Por qué tenía un fusil? ¿Creía que iba a protegerla? ¿Pensaba que nadie miraría en el armario? ¿Quién era ella? ¿Cómo se hubiera sentido él si también hubiese matado al bebé? ¿Qué le pasó al niño? ¿Debería haber mirado antes de disparar al armario? Estas preguntas volvían una y otra vez a su mente y le hacían sentirse enfermo.

Bill Ehrhart estaba despejando una habitación cuando notó unas piernas asomando bajo una mesa. Se inclinó y encontró una pareja de jóvenes, o quizás hermano y hermana, que evidentemente habían tirado de la mesa hasta sacarla de debajo de la ventana y se habían refugiado bajo ella. Llevaban un tiempo muertos. Sus caras estaban tan hinchadas que ya no parecían siquiera humanas.

Los marines estaban siempre aprendiendo. Las tripulaciones de los 106 aprendieron que podían derribar una casa con un solo disparo si apuntaban justo encima de la puerta principal, donde destrozarían los puntales principales de la estructura. Los hombres que proporcionaban fuego de cobertura aprendieron que era más inteligente apuntar a los marcos de las ventanas que a las ventanas mismas. Una bala que atravesara una ventana (ninguna, a esas alturas, tenía cristales) impactaría contra la pared opuesta, pero las que impactaran en los bordes enviarían astillas de piedra y metal volando en todas direcciones. A veces el impacto alteraba la trayectoria de la bala y la hacía impactar en alguien a cubierto a un lado o debajo del marco inferior. Pese a lo duro que le resultaba, el capitán Downs aprendió a posponer la recogida de los hombres caídos en las calles hasta haber tomado la casa o patio de enfrente. Cuando atacaban un edificio, aprendieron a cubrir todos los puntos de huida posibles antes de comenzar el asalto. Los marines competían por demostrar su puntería. El primer día del barrido, Josef Burghardt, de la Compañía Alpha, había derribado, con toda la calma, a

cuatro soldados enemigos de cuatro disparos cuando huían del edificio oeste del complejo escolar Jeanne d'Arc.[4]

No muy a menudo, pero sí de tanto en tanto, conseguían coger por sorpresa al enemigo. Los hombres del teniente Michael McNeil tomaron ocho prisioneros en un edificio. La mayoría dejaron caer sus armas y levantaron las manos cuando se vieron acorralados. Uno no se dio tan fácilmente por vencido. Era un francotirador uniformado del EVN con dos fusiles (una carabina SKS soviética y una M1 estadounidense) y ocho granadas. Con McNeil apuntándole a la cara con un subfusil Thompson, el francotirador se tiró sobre un marine e intentó sacar una granada de su cinturón. Lo inmovilizaron en el suelo y le ataron las manos a la espalda. El prisionero no dejó de debatirse mientras varios marines lo llevaban escalera abajo.[5] En uno de los suyos habrían admirado ese espíritu combativo, pero en un enemigo lo tildaron de fanatismo.

—Ha sido realmente difícil —dijo el coronel Hughes a Roberts el lunes 5 de febrero—, pero empezamos a progresar.

La crónica del corresponsal del *Times* de aquel día informaba de que los marines habían hecho su mayor progreso hasta la fecha. La sección de la ciudad que ahora controlaban, en forma de cuña, cubría menos de 2,5 kilómetros cuadrados. Informaba de treinta muertos y más de doscientos heridos, veinticuatro más aquel mismo día.[6]

Ahora los marines estaban dispersos por la calle Le Loi. Un grupo vivaqueaba en un museo. Cuando Roberts los visitó estaban jugando a combatir con antiguas picas ornamentadas que formaban parte de la colección, derribando vasijas y otros objetos de sus vitrinas. Los que habían retomado la emisora de radio ponían música. Había discos de 45 rpm con dos canciones, a menudo de artistas diferentes, en cada lado. Sobre el paisaje urbano fantasmagóricamente iluminado flotaban los estribillos de *You've Lost That Lovin' Feelin'*, de los Righteous Brothers, y la esperanzada *All You Need Is Love*, de The Beatles.

Ahora las evacuaciones y suministros dependían exclusivamente del embarcadero y de la ZA. Un intento de sustituir el puente derribado de An Cuu con un puente de barcas en el extremo sur del triángulo había sido

rechazado, de modo que la carretera a Phu Bai seguía cortada. Tres oficiales de los Marines —el mayor O. K. Steele y los tenientes Allen Courtney y Peter Pace— atravesaron a nado el canal de Phu Cam el miércoles por la noche con setenta y cinco reemplazos muy necesarios. Steele había llegado para sustituir a Salvati; Courtney se uniría a la Compañía Alpha de Ray Smith, y Pace, a la Compañía Golf.

Ambos bandos se las veían con multitudes de civiles desplazados. Las manzanas entre la tesorería y el canal estaban densamente pobladas. Cuando Cheatham había dicho al periodista John Laurence que consideraría como «Charlie» a quien se le pusiera por delante no había tenido esto en cuenta. Muchos civiles se interponían en su camino, y su habitual bombardeo con morteros había convertido el hecho de esconderse en una especie de ruleta rusa. Un impacto directo en una casa o refugio con civiles dentro era catastrófico. De modo que, conforme la línea de combate avanzaba hacia ellos, los civiles calculaban los riesgos. Cuando juzgaban que el peligro de quedarse a cubierto era mayor que el de correr, corrían. Los civiles aprovechaban cualquier abertura para huir corriendo por una calle en disputa, incluso sin estar seguros de qué camino los pondría a salvo. A Hoang a veces le resultaban útiles: su presencia ralentizaba y confundía a los marines.

Con los marines avanzando de modo ordenado, los combates habían cobrado por fin un patrón reconocible. Los refugiados se dieron cuenta de que el lugar más seguro de la ciudad era cualquiera detrás de los marines, pero llegar hasta allí era extremadamente peligroso. Si bien la política estadounidense era proteger y ayudar a los civiles, para muchos soldados, en el fragor de la batalla, cualquier vietnamita era un peligro en potencia. Los refugiados llegaban corriendo hacia las líneas estadounidenses presas del pánico, unos apoyándose en otros, transportando bebés. Entre los marines circulaban historias de civiles dejando caer granadas cuando pasaban por su lado, lo que los hacía sospechar de cualquier vietnamita y mucho menos propensos a abstenerse de disparar cuando se veían sorprendidos. Habían visto muchos combatientes enemigos vestidos de civiles; de hecho, muchos de los combatientes habían sido liberados de la prisión solo unos días antes. Distinguir entre un civil inocente y un combatiente en unos pocos y tensos

segundos no era fácil, y a menudo elegir mal resultaba mortal. Los fotógrafos que documentaban los combates tenían imágenes en las que se veían civiles (o aparentemente civiles) muertos a tiros en casi cada fotografía.

El lunes por la noche, mientras la Compañía Hotel se hallaba asegurando su perímetro, Christmas recibió una llamada de radio del teniente Ken Kromer, líder de su pelotón de punta.

—Señor, tenemos cinco o seis civiles al otro lado de la calle que quieren pasar a través de nuestras líneas —dijo Kromer. Solicitaba permiso para que un escuadrón cruzara la calle para escoltarlos.

Christmas sabía que sus hombres eran visibles para las tropas enemigas situadas al otro lado de la calle, pero había un pelotón de la Compañía Golf en su flanco derecho, y podía proporcionar fuego de cobertura si era necesario. ¿Cuánto se podía tardar en cruzar a cinco o seis personas? Justo entonces, el líder de pelotón volvió a llamar para decir que en realidad eran más bien veinticinco civiles.

—De acuerdo, tráelos —le dijo Christmas.

Unos minutos más tarde, Kromer llamó para decirle que en cuanto el escuadrón comenzó a cruzar la calle habían empezado a dispararle (nadie había resultado herido) y que «varios centenares» de civiles habían atravesado sus líneas corriendo. Esto despertó de inmediato el temor de que hubiera combatientes enemigos entre ellos. En esta ocasión, los refugiados incluían a cinco estadounidenses que se habían estado escondiendo. Cuando los llevaron ante el capitán, estuvieron encantados de dar la cantidad y localización de las fuerzas enemigas a las que se tendrían que enfrentar al día siguiente.

En la universidad, los cuerpos se envolvían con mantas o sábanas y se enterraban en tumbas poco profundas. Los vivos, como la prometida de Jim Bullington, Tuy-Cam, y su familia, quedaban confinados a espacios atestados del patio, junto a la batería de morteros de Cheatham. El agua y la comida escaseaban, y no había lavabos ni letrinas. Las condiciones eran terribles. La gente intentaba sobrevivir como mejor podía. Había cuerdas tendidas de árbol a árbol para colgar la colada de aquellas familias afortunadas que habían hallado agua para lavar la ropa. Para la mayoría, abandonar el lugar no era

una opción. Sus hogares habían quedado destruidos y era demasiado peligroso aventurarse fuera. Sin embargo, algunos civiles se atrevían a salir a las calles para efectuar visitas nocturnas furtivas a las ruinas de sus casas en busca de comida, ropa y suministros. Algunos morían en el intento. Se empleaba madera de edificios destruidos para mantener los fuegos en los que cocinar. Los patos salvajes eran capturas apreciadas; servidos con arroz proporcionaban suficiente comida para toda una familia durante dos días. El hambre se extendía. Los marines tenían sus suministros de raciones C, pero no había suficientes para alimentar a todos los civiles, que estaban cada vez más desesperados.

Una tarde, un marine se acercó a Bill Ehrhart y sus compañeros con una propuesta:

—¿Alguien quiere follarse esta noche?

Una mujer atrapada con los demás refugiados, en la universidad, había ofrecido tener sexo con quien le pagara con una comida de las raciones C. No escasearon los que aceptaron. Un equipo de morteros junto al río había accedido a dejarles usar su emplazamiento de disparo. Solo uno de los hombres del escuadrón de Ehrhart se negó.

Él, en cambio, accedió. Tenía dieciocho años. Dos años atrás había sido estudiante destacado de su instituto de Perkasié, Pensilvania, y había escrito un editorial acerca de la guerra en el periódico de la escuela. En sus conclusiones escribía: «En tanto el Vietcong o cualquier otra influencia subversiva exista, no podría haber nunca un país libre en Vietnam del Sur. Esta, pues, es la causa por la que tantos estadounidenses han perdido la vida. A aquellos de vosotros que creéis que estos chicos están muriendo sin razón alguna, os digo: “¿Por qué causa más noble puede morir un hombre que por la defensa de la libertad?”». Ehrhart creía profundamente en esta noble causa cuando se alistó. Su idealismo y el claro enunciado de sus principios habían hecho que el *Perkasié News-Herald* y el *Quakertown Free Press* imprimieran artículos sobre él. Le habían sacado fotos junto a su reclutador y su novia a las puertas de su escuela.^[7] Ahora hacía fila (de lo que se avergonzaría largamente) esperando su turno para aprovecharse de una mujer vietnamita desesperada y hambrienta que probablemente intentaba alimentar a su

familia. No parecía una prostituta: los marines estaban acostumbrados a ellas. Estaba vestida con decencia y parecía tristemente resignada. Se había quitado unos oscuros pantalones de seda y se había tendido en un cartón, gimiendo de manera casi inaudible mientras, uno tras otro, los hombres ponían su paquete de ración C en el suelo y la penetraban.[8]

Algunos soldados apenas consideraban humanos a los vietnamitas, y mucho menos merecedores de ninguna simpatía. El cabo Jim Soukup, por ejemplo, parte de un equipo que operaba un 106, no expresaba sino desprecio por el país, al que se refería como «esa apestosa letrina empapada de sangre». Llevaba escrito un lema en la espalda de su chaleco antimetralla, *Try Your Luck, Charlie* («Inténtalo si te atreves, Charlie»), y, como todos los demás, estaba en la cuenta atrás de sus últimas semanas en servicio. Llamaba *dinks*[*] a todos los vietnamitas, y veía a cada uno de ellos como una potencial amenaza.[9] Como otros, estaba seguro de que entre los refugiados había combatientes del Frente que habían arrojado las armas y se habían unido a la multitud. Era imposible examinarlos a todos. La de Soukup no era una actitud dispuesta a rescatar civiles atrapados y aterrados. Un operador de radio del puesto de mando de Cheatham comentó al corresponsal de marines Steve Berntson que tuvo que impedir que un pelotón disparase a dos figuras que se acercaban a ellos por la calle, una noche, durante una lluvia torrencial. Les dijo que no disparasen hasta que él pudiese ver de qué se trataba. Lo que encontró fue a una anciana que ayudaba a una mujer en los momentos finales del embarazo, a punto de dar a luz, a cruzar la calle para ponerla a salvo. Las llevaron al oficial médico, que solo había visto partos en una película de entrenamiento, pero que ayudó al nacimiento del bebé de la mujer, una niña. El operador de radio preguntó a Berntson:

—¿Y si les hubiera dicho que disparasen?

Conforme el barrido avanzaba, Christmas subía a los desvanes de las casas para dirigir la batería de morteros. Los primeros días, los morteros del patio debían disparar los proyectiles casi en vertical, porque el enemigo estaba al otro lado de la calle. Conforme la distancia entre la Universidad de Hué y la línea del frente crecía, el ángulo de los cañones disminuía, pero aún era difícil apuntar con precisión. Para evitar dar a sus propios hombres,

Christmas buscaba buenos puntos elevados desde los que darles instrucciones. Cuando no hallaba uno, tenía que apuntar de oído. Una vez que reconocía el patrón del enemigo (resistir en la línea de combate para luego retroceder rápidamente dos manzanas) intentaba apuntar los morteros para darles durante su retirada.

Parte del trabajo de avance diario era posicionar los importantísimos 106. Un equipo de cuatro hombres dirigido por Soukup tomó dos vehículos de la calle, una camioneta Chevrolet de color naranja y un sedán de color negro. Cuando hallaban un emplazamiento adecuado para el arma, la llevarían hasta allí en el coche, seguido por la camioneta, que transportaba a dos hombres del equipo. Entonces sacaban el arma del coche y la llevaban hasta el lugar de disparo, colocándola sobre su pesado trípode. Si no tenían un emplazamiento de disparo predeterminado, la colocaban sobre el trípode en la caja de la camioneta y la empleaban como plataforma de disparo móvil, con un hombre conduciendo el sedán. Cuando no usaban los vehículos para este propósito, los empleaban para recoger a los heridos y transportarlos a la retaguardia.

Era un trabajo peligroso: una vez que el 106 disparaba, desvelaba su situación al enemigo. Un día, los cuatro hombres asignados al arma resultaron heridos. Dos cohetes impactaron en su emplazamiento de disparo. Uno de ellos murió al instante: el disparo le voló la mayor parte de la cabeza. Los otros tres resultaron heridos y fueron evacuados.[10]

Los marines, uno a uno, nunca tenían una imagen clara de lo que estaba sucediendo: tan solo sabían que se movían de edificio en edificio, de un lugar a otro. A menudo eran incapaces de saber si estaban avanzando o retirándose. Tomaban un edificio, lo aseguraban, traían un equipo para que lo defendiera y se trasladaban al siguiente edificio, y todo volvía a empezar. Les seguían disparando, ellos seguían respondiendo al fuego y los hombres a su alrededor seguían cayendo. Eddie Neas, un cabo de diecinueve años de edad de Brooklyn de la compañía del teniente Smith, sencillamente se pegó a su sargento de pelotón, el veterano Burghardt, y lo seguía a todas partes. A Neas lo apodaban *Alfie* porque los demás pensaban que se parecía al personaje de la revista *Mad*, Alfred E. Neuman. Él no lo creía, pero el apodo cuajó. Lo escribió en su casco. Dos de sus amigos habían muerto, uno de un disparo en

la cabeza, y de un tercero que él creía muerto se supo, más tarde, que había sobrevivido. El mayor miedo de Neas era tener que entablar un combate cuerpo a cuerpo. Era pequeño y no le gustaba la idea de luchar con alguien hasta la muerte, apuñalándolo con la bayoneta, de modo que, decidido a realizar todos sus combates con su fusil, llevaba una carga de veintiocho cargadores de munición. Se consideraba un tirador de élite. Practicaba en los momentos de espera entre combates. El día en que su pelotón ayudó a tomar la escuela había cazado dos pollos. A uno le dio en el primer intento; para el otro necesitó dos disparos. Había visto cosas horribles. Había visto a un soldado del EVN muerto, con unos testículos horriblemente hinchados, y cuyos ojos colgaban de sus órbitas. Había visto ratas y perros devorar los cadáveres en las calles. Comenzó a disparar a cuanto perro veía. Cuando tenía la oportunidad de cerrar los ojos, dormía con una mano aferrando el fusil. Había hallado montones de cosas buenas en las casas que habían ocupado (licor, radios, libros, televisores...), pero no tenía sentido intentar llevárselas, cargando con todo lo que cargaba. Iba siempre con el fusil y toda su munición a todas partes, agachándose al pasar junto a una ventana, corriendo en zigzag en los espacios abiertos, siempre buscando cosas a las que disparar.

A algunos marines parecía encantarles el peligro. Paul Tinson, un popular sargento negro que se había hecho cargo del pelotón del teniente *Desviado Demasiado Lejos* Horner cuando a este lo hirieron en el primer día de combate de la Compañía Fox, apodaba a su pelotón «Los terroríficos de Tinson». Se afeitaban los lados la cabeza como los mohawk. Había una especie de concurso, entre algunos, para ver quién se arriesgaba más.

Los tres jóvenes capitanes de Cheatham —Downs, Christmas y Meadows— permanecían cerca de los combates, pero lo suficientemente lejos como para mantener, desde atrás, el control. Era un espacio de combate confuso. Con tanta gente armada, asustada y pasada de vueltas en una zona relativamente pequeña, a veces dentro de un mismo edificio, existía siempre la preocupación de que dos escuadrones de marines se encontrasen y comenzasen a disparar. Alguien tenía que quedarse atrás y conservar el orden, manteniéndose en contacto con las compañías adyacentes para coordinar los movimientos. La visibilidad era pobre y las comunicaciones,

precarias. Tenían mapas de uso militar de Hué, pero la escala estándar en Vietnam era 1:50.000 (un centímetro del mapa equivalía a 50.000 centímetros) lo que no tenía ni de lejos el detalle necesario para un combate urbano cerrado. Cheatham había comenzado la batalla con un mapa para turistas tomado de una gasolinera. Tras unos días, los comandantes consiguieron mapas a escala 1:12.500. Estos mostraban un índice numerado, muy útil, de los principales edificios, pero cuando la cosa apremiaba, en la confusión de un tiroteo, era difícil explicar exactamente dónde estaban.

—Eh, estoy en el edificio rosa —decía Christmas.

—Perfecto, yo estoy en un edificio verde —respondía Downs.

Meadows aparecía en el mismo canal diciendo:

—¡Vale! Yo estoy en el edificio marrón.

Cheatham les rugía por la radio:

—¿Dónde cojones están los edificios verde, rosa y marrón? Os aviso: ¡en mi mapa todos los edificios son negros!

Había una competición entre los tres por estar a la altura, y bromeaban acerca de quién era el favorito de Cheatham.^[11] El lunes 5, cuando tomaron el hospital —un complejo que ocupaba toda una gran manzana—, a la compañía de Christmas le asignaron la sala de enfermedades contagiosas, lo cual, todos estuvieron de acuerdo, señalaba quién era *el menos* favorito del coronel.^[12]

El pelotón de Tinson convocó a Downs a un edificio cercano, en el que halló a dos hombres vietnamitas contra la pared, con brazos y piernas extendidos.

—Señor, este tipo dice que es el alcalde de Hué —dijo Tinson.

El hombre resultó ser el teniente coronel Pham Van Khoa, que era, en realidad, tanto el alcalde de Hué como el jefe de la provincia de Thua Thien. Había estado oculto junto a sus guardaespaldas en el desván del edificio durante días.

El hospital, la prisión y los cuarteles provinciales fueron los últimos grandes edificios de la calle en caer en el barrido. Al día siguiente, la compañía de Downs perdió doce hombres al atacar otros edificios adicionales del hospital, al sur de los muros de la prisión. Entre ellos estaba Tinson. Otros

seis resultaron heridos.

Berntson, *el Cuentacuentos*, recorrió el hospital una vez estuvo completamente asegurado. Sus salas y habitaciones apestaban a muerte. Había decidido dejar de escribir crónicas de momento. Dado que no estaba asignado a ninguna de las unidades de combate, podría haber regresado a Phu Bai si hubiera querido. Pero se sentía obligado a combatir. Los primeros días ayudó a transportar a los heridos y entregar munición, pero luego regresó a la base y cogió un fusil y cargadores. Del mismo modo que lo conmovía la valentía del enemigo, admiraba el coraje de sus compañeros marines. Tras varios días de batalla era raro encontrar a alguien que no hubiera sido herido. Muchos se parcheaban sus propias heridas y proseguían. Solo se evacuaba a los casos más graves.

Desde dentro del hospital, el capitán Meadows, de la Compañía Golf, miraba asombrado los muros de la prisión, a una manzana de distancia. El primer día de la batalla, después de que hubieran hecho trizas a sus hombres en una temeraria tentativa de ataque contra la Ciudadela a través del puente, se le había ordenado llevar a los que le quedaban a asaltar la prisión. Cheatham había necesitado tres compañías reforzadas, incluida la de Meadows, y tres días de intensos combates para conseguirlo. La orden original había sido una locura.

El último objetivo del avance por la calle Le Loi era el edificio de los cuarteles provinciales. La bandera de la Alianza aún ondeaba en él. El recinto estaba rodeado por un muro de piedra y una verja, con un gran patio interior. El edificio principal, de piedra, tenía dos altos pisos y forma de «L», cuyo vértice apuntaba al norte, al río. Tras él había una escuela católica, otra estructura grande y sólida. Ambos edificios estaban muy fortificados, con emplazamientos de ametralladoras en cada ventana de ambos niveles y otro en el porche del edificio principal, que podía barrer todo el patio interior. El primer grupo de hombres de Christmas que intentó cruzar desde el muro exterior al edificio principal se vio en medio de una nube de disparos procedentes de todas direcciones, incluso desde atrás: había agujeros camuflados en el interior del muro del patio.

Los estadounidenses retrocedieron. Christmas estaba planeando el

siguiente movimiento de la Compañía Hotel cuando un camión cargado de soldados de reemplazo, que no conocía la ruta, pasó de largo, por error, su posición y acabó frente al edificio principal. Los soldados enemigos descargaron sobre él fuego de ametralladora, y el conductor, al darse cuenta de su fallo, dio marcha atrás y regresó a un punto seguro. Pero con las prisas dejó a dos marines heridos en la calle. Uno consiguió arrastrarse sobre su espalda hasta un seto, pese a una grave herida en el pecho, y lo arrastraron hasta ponerlo a salvo, pero el otro yacía al descubierto.

Ordenaron a Walter Kaczmarek, un soldado apodado «Jefe», ir a recogerlo. Aterrorizado pero obediente, comenzó a arrastrarse sobre su estómago, pero se detuvo cuando una bala arrojó un trozo de ladrillo a su cara, hiriéndolo bajo el ojo izquierdo. Retrocedió a gatas, sangrando, pero le quitaron el pequeño trozo de ladrillo y la herida era apenas un rasguño. Se quedó muy decepcionado. Eso significaba que tendría que volver a salir. Y eso fue lo que hizo, arrastrándose hasta situarse tras una puerta metálica, solo para que una bala abriera en ella un agujero. La bala pasó rozándole la mano, que tenía en el suelo. Hacía mucho daño, pero miró y no vio sangre. Le habían dado pero no estaba herido. Bordeó el seto hasta llegar lo más cerca que pudo del marine, dejó en el suelo el fusil, se quitó los cinturones de munición y corrió hasta él, lanzándose a su lado. Por un momento los disparos cesaron.

El herido decía que le habían dado en el pecho. Cada vez que se movía, los disparos volvían a comenzar. Kaczmarek intentó tranquilizarlo y tiró de su brazo para intentar acercarlo al seto: esto provocó un grito de intenso dolor del herido. Kaczmarek lo dejó ir y volvió a ponerse a cubierto. Le sorprendía que no le hubiesen dado, y decidió que bajo ningún concepto iba a volver a exponerse. Había tirado lo suficiente del marine herido como para salir un momento del seto y aferrarlo por el cuello del chaleco antimetralla. Contó hasta tres, saltó y tiró del hombre hasta ponerlo a cubierto. Cuando abrió la chaqueta del hombre, esperando un agujero de bala, no halló nada. Estaba tan furioso que quería golpear al tipo, hasta que un oficial médico se hizo cargo y diagnosticó rápidamente una rotura de vértebra, lo que explicaba el dolor cuando Kaczmarek había tirado de su brazo. El chaleco antimetralla había

desviado la bala, pero el impacto había causado dolorosos daños.[13]

Christmas lo intentó con un Ontos (sus hombres habían acabado llamándolo «Frankenmóvil»). Llegó por la calle Le Loi, rodando hacia la puerta principal. La idea era abrir un agujero en la fachada del edificio, lejos de la puerta principal, muy defendida. Pero mientras se preparaba para disparar, un cohete acertó de pleno en el frente del vehículo. Este comenzó a humear. Aún funcionaba, pero ya no se lo podía dirigir, de modo que acabó impactando contra el muro exterior del complejo, donde se quedó detenido. Las orugas seguían girando. La escotilla trasera se abrió y el artillero y el conductor salieron, con las caras negras por el humo y el hollín, ambos sangrando por la nariz y las orejas. Un oficial médico y varios marines se aventuraron entre el fuego enemigo para sacarlos de ahí y llevarlos a cubierto. El Ontos siguió rugiendo, empujando contra la pared, con el motor en marcha, un molesto símbolo de futilidad. Finalmente uno de los marines corrió hacia él, se metió dentro y lo apagó.

Así que aquello había fallado. Christmas tomó la radio y explicó su problema a Cheatham, quien envió un 106 montado sobre una mula y un lanzador de gas E8, que envolvió el edificio en una nube de gas lacrimógeno. En lugar de atacar de frente, los marines echaron el ojo a un pequeño edificio que había a un lado, desde el que podían acercarse al edificio principal atravesando una extensión de patio más corta. El 106 abrió un agujero en la pared del edificio principal. El viento procedente del río dispersó rápidamente el gas y la gran arma permitió que el grupo punta llegase desde la estructura exterior al agujero en la pared.

Kaczmarek, que había quedado unos momentos inconsciente por el retroceso del 106 y aún iba mareado, iba el primero. Con la máscara de gas puesta e incapaz de ver con claridad, entró con la cabeza por delante, tropezando con los escombros. El resto del pelotón se amontonó a su derecha. Al mirar vio soldados enemigos retirándose por un pasillo a su izquierda y disparando para cubrirse.

A esto siguió un intenso tiroteo, con los marines combatiendo en la planta baja, avanzando hacia la entrada principal. El edificio atronaba debido a las explosiones y disparos. Luego llegó el momento de despejar el edificio,

pateando puertas, lanzando granadas y disparando. Desde afuera, los hombres abrían fuego contra los agujeros de araña (huecos interiores de los muros). Berntson ayudaba a arrastrar a marines heridos fuera del porche principal.

Una voz gritó: «¡Planta baja asegurada!».

El combate se trasladó al piso superior. El teniente Hoang había estado usando el edificio como cuartel principal. Él y su equipo de mando huyeron.

Conforme los soldados entraban en el edificio, hallaban que el enemigo nuevamente se había desvanecido. Cheatham envió a todos los marines disponibles desde su puesto de mando para ayudar con el metódico registro en el gran edificio. Para la puesta de sol era ya suyo.

Cuando la búsqueda acabó, los hombres comenzaron a recorrer los agujeros de araña. Uno por uno los abrían a patadas y disparaban dentro. Luego sacaban a los combatientes inertes y los ponían en una línea cada vez mayor en el centro del patio. Uno de ellos consiguió levantar sus manos antes de que le disparasen. Estaba herido, pero no de gravedad. Berntson proporcionó un calcetín, que emplearon para vendarle los ojos, y escuchó mientras lo interrogaban (un grupo de cámaras de la CBS tenía un intérprete). El hombre protestaba: no era ni del EVN ni de VC. Había estado prisionero, dijo, y cuando lo liberaron le dieron un fusil y le ordenaron luchar. Dijo que habían puesto un soldado en el agujero adyacente al suyo, de modo que si hubiera intentado escapar le hubiera disparado. Era una buena historia. Podría haber sido cierta.

En aquel punto, Cheatham hizo detener el avance. Era la noche del martes 6 de febrero. A cinco manzanas de los cuarteles provinciales estaba el canal y algunos edificios de apartamentos aún en poder del enemigo. Pero, de momento, el batallón descansó. Muchos de los soldados habían combatido constantemente durante seis días. Las órdenes del coronel habían sido triples: (1) destruir cuantos enemigos pudieran; (2) mantener las bajas propias al mínimo; (3) evitar tanto como fuera humanamente posible la destrucción de la ciudad. El batallón había cumplido lo mejor que pudo los dos primeros puntos, pero había fracasado con el tercero. Tras ellos se extendía una franja de escombros de casi ocho manzanas de ancho.

—Algunos survietnamitas se quejan del daño a los edificios —comentó el

teniente coronel del ejército Howard Moon a Roberts, en la base—, pero no puedo tenerles mucha simpatía; no, tras ver lo que les ha pasado a los marines. Ha habido veces en que los muertos y heridos llegaban aquí cada dos o tres minutos. Los marines no saben retirarse. Si puedes salvar a un marine destruyendo una casa para llegar hasta Charlie, pues destruye la casa. [14]

Aquella había sido la regla seguida. Todas las casas y edificios tras ellos tenían las ventanas destrozadas y las puertas arrancadas. Los tejados habían cedido. Los contenidos de casas y oficinas estaban por todas partes. Había enormes pilas de mampostería y piedra dispersas por las calles. Había grandes agujeros en los muros que rodeaban los edificios y en los edificios mismos. Había cuerpos y trozos de cuerpos, civiles muertos y soldados del Frente en diversos estados de descomposición. Los perros hambrientos vagaban por las calles. Tanto los marines como el Frente retiraban a sus muertos y heridos cuando tenían la ocasión: en esto los marines tenían la ventaja, puesto que ahora controlaban el terreno que habían tomado. Pero los civiles muertos tendían a quedarse en las calles y pudrirse. Había uno que había muerto mientras conducía un ciclomotor. Había quedado muerto sentado, y sentado se había quedado el cadáver, descomponiéndose lentamente sin que nadie se hiciese cargo de él.

Aquella noche, las primeras dos «lanchas Mike»[15] procedentes de Da Nang atracaron en el embarcadero del parque Doc Lao, y entregaron un suministro de munición y vituallas para tres días. Aún había muchos combates que librar en el sur de Hué, pero lo peor ya había pasado. Las fuerzas del ERVN estaban aún estancadas dentro de la Ciudadela, defendiendo el muro norte y sus cuatro puertas, pero no eran capaces de progresar en los abarrotados vecindarios urbanos ni en los terrenos del palacio real, al sur. La gran bandera que ondeaba al otro lado del río desde la posición de Cheatham recordaba a los marines que su trabajo no había hecho más que empezar.

Las fuerzas del teniente Hoang no habían sido destruidas. Había sufrido bajas, pero la estrategia que adoptó había salvado a la mayoría de sus hombres. Con los cuarteles provinciales perdidos, se retiró a posiciones a lo

largo del río. Ahora Cheatham giraría hacia el sudeste y se enfrentaría a ellos a lo largo del canal. Hoang no tenía intención alguna de retirarse. Tenía la ayuda de los residentes de la ciudad, que les llevaban alimentos. Las enfermeras de las iglesias católicas acogían a sus heridos. Por lo que a él concernía, sus hombres aún tenían reservas para muchos combates.

La crónica de Roberts para el *New York Times* de la mañana del miércoles 7 de febrero resumía lo que se había conseguido durante la primera semana:

Los marines avanzan en Hué

Recuperadas 14 manzanas más

Hué, Vietnam del Sur, 6 de febrero. – Marines de Estados Unidos han recuperado hoy el edificio de la capital provincial y añadido 14 manzanas más a su cada vez mayor control sobre esta histórica ciudad [...]

Sus avances fueron los mejores durante siete días consecutivos de combates [...] Antes del anochecer habían descolgado la bandera del Vietcong. La enseña del enemigo sigue ondeando sobre el Palacio Imperial y sobre un puesto de observación policial capturado en las afueras de la ciudad.

Según informes de inteligencia recibidos por los asesores militares aquí presentes, el Vietcong asegura haber obtenido una gran victoria psicológica en Hué. Habían planeado resistir en la ciudad al menos una semana, dicen, una misión que hoy se cumple.

Las bajas han sido altas para el enemigo. Se pueden ver cuerpos de soldados del Vietcong y norvietnamitas en casi todos los edificios que los marines han tomado. Portavoces de los Marines y del Ejército de Vietnam del Sur aseguran que más de la mitad de los 2.000 o 2.500 soldados enemigos han muerto.

Habían dicho a Roberts, incorrectamente, que el número de bajas estadounidenses, entre Ejército y Marines, era de cincuenta muertos y doscientos cincuenta heridos.[16] Informó de que había ahora miles de refugiados en la Universidad de Hué, «hasta 150 por aula».

«Es difícil caminar por el edificio universitario sin pisar a un niño — escribió—. Fuera, en el patio del campus, cientos de refugiados se amontonan bajo árboles y en torno a un pozo, a veces esperando una hora o más para bajar un cubo al agua. Esta mañana, en una esquina del edificio, una familia estaba de pie bajo la lluvia, llevando a cabo un funeral.»

Las imágenes de la destrucción y muerte en Hué hicieron que Estados Unidos regresara a la realidad. El columnista James Reston lo resumía: «He aquí el dilema de nuestra estrategia militar para la victoria: ¿cómo ganar mediante la fuerza militar sin destruir lo que intentamos salvar? La batalla es tan fiera y la situación tan solemne que el impulso de solidarizarse es muy fuerte, pero la mente se queda anonadada ante la paradoja de destruir aquello que habíamos jurado defender».[17]

Todas estas eran preguntas por encima del rango de Berntson, *el Cuentacuentos*, quien a primera hora de la tarde del jueves buscaba a Christmas para entrevistarle acerca de los acontecimientos del día. El alto capitán, con la cicatriz que le cruzaba la mejilla, tenía los ojos inyectados en sangre y parecía exhausto. Contó a Berntson la historia de cómo bajaron la bandera e izaron las Barras y Estrellas ante los cuarteles provinciales. Y era una buena historia. El corresponsal de marines halló un agujero tras el edificio de los cuarteles provinciales, construido con tres paredes reforzadas con cemento, y se metió en él con otros dos soldados. Uno de ellos sacó una lata de comida, que compartieron. Luego Berntson sacó su baquetado cuaderno de corresponsal y comenzó a garabatear las notas del día, detalles que quería recordar para una crónica que escribiría después, citas de los hombres implicados, descripciones del escenario, nombres, números, detalles:

«Batalla por el edificio provincial. H 2/5 [Compañía Hotel] punta de ataque... apoyo G 2/5 [Compañía Golf]... ataque a posición fortificada del EVN en Hué... edificio tomado, bandera del EVN arriada, la de Estados Unidos izada».

La historia de la bandera es importante, pensó Berntson. Antes de que el ataque concluyese, Christmas había enviado a Frank Thomas, su sargento de artillería, en busca de una bandera estadounidense. Sabía que iba contra las reglas. Era una guerra por la República de Vietnam, y la bandera que debería izarse en el mástil de los cuarteles provinciales era la enseña amarilla y roja de Saigón. Pero eran los hombres de Christmas los que habían sangrado y muerto por todo el sur de Hué, no los del ERVN. Habían visto durante todo ese tiempo aquella bandera enemiga. La habían bajado, y ahora querían

enseñar a todo el mundo quién lo había hecho. La Barras y Estrellas se había ganado su lugar.

Berntson siguió transcribiendo las palabras de Christmas:

«“Momento de mayor orgullo de toda mi vida: que me dieran la op. de hacerlo” [...] “Mi principal preocupación era izar la bandera, para que todo el mundo la viera ondear” [...] Cap. Ron Christmas, 27, 2001 S. W. Avda. 36, Fort Lauderdale, FLA, Of. al mando de 2/5 Hotel [...] “la lucha callejera es más sucia cuanto más cercana. El principal problema es el control: mantener los pelotones en línea... La comunicación también es un problema... los pelotones lo han hecho extraordinariamente bien... bandera. Lo más inspirador que he visto en mi vida... porque ha sido algo difícil. Ese sentimiento de patriotismo [...] Lo único que se oía eran los vítores [...] realmente hace aflorar el Espíritu Americano”».

Horas más tarde, dos oficiales, un mayor del Ejército y otro de Marines, visitaron a Christmas. Los enviaba el coronel Hughes desde la base. Decían que la bandera estadounidense debería arriarse. La apropiada era la survietnamita.

Los hombres, alrededor de Christmas, estaban aún cargando a los muertos y heridos.

—No creo que a mis hombres les haga mucha gracia —respondió.

—Eso no importa en absoluto —dijo uno—. Está usted violando el protocolo.

—Bueno, ¿sabe qué? —replicó Christmas—. Si quieren ustedes arriar la bandera, arríenla. Pero no me hago responsable por todos mis chicos.

Kaczmarek, que estaba sentado suficientemente cerca como para oír el diálogo, escogió ese momento para cambiar de posición su fusil. Los mayores se fueron. La bandera se quedó en su sitio. Christmas hizo que un sargento de artillería la arriase al ocaso. Por la mañana, una brillante bandera amarilla survietnamita la había sustituido.

Pero ver a la *Old Glory* ondear aquella tarde fue algo que ninguno de los marines que lo presenciaron lamentaría, ni olvidaría, jamás.

4

Resistir

Pese al inexorable progreso de los marines, el general Dang Kinh, uno de los principales arquitectos y líderes de los esfuerzos bélicos del Frente en Hué, creía que al cabo de una semana las cosas aún iban bien. En la Ciudadela, tropas del ERVN reforzadas, respaldadas por ataques aéreos y de artillería, habían retomado la puerta Chanh Tay y avanzaban hacia los barrios más poblados de la fortaleza, pero el Frente todavía controlaba la mayor parte, incluida la puerta Dong Ba, en el muro oriental, las tres puertas meridionales (Thuong Tu, Nha Do y Ngo Mon) y la puerta sudoeste, Huu. La gran bandera de la Alianza aún ondeaba con orgullo.

El teniente Hoang había estado llevando a cabo una retirada ordenada ante el avance estadounidense en el triángulo. Estaba bajo de munición, pero eso podía remediarse. Sus líneas de comunicaciones y apoyo estaban intactas. Al no estar ya obligado a defender edificios específicos cada día, ahora era libre de maniobrar y, en realidad, escoger dónde y cuándo enfrentarse a los marines, que Kinh creía aterrorizados y confusos por el combate urbano. Sus hombres aún podían hacerles daño. La unidad de zapadores y el batallón de apoyo que habían destruido la base de tanques del ERVN en Tam Thai en el ataque inicial habían atravesado a nado el río Huong el martes 6 de febrero por la noche para unirse a la lucha por la Ciudadela. Habían luchado junto a Hoang en el sur de Hué y ahora establecerían defensas dentro de la fortaleza.

Kinh había perdido la importante franja de edificios a lo largo de la calle Le Loi, pero había hecho que los estadounidenses la pagaran muy cara, y aún ocupaba una tercera parte del triángulo y la mayor parte de la Ciudadela. Al final el triángulo acabaría cayendo, pero los estadounidenses tendrían que luchar por cada manzana. Con posiciones defensivas bien establecidas por toda la mitad meridional de la fortaleza, no se podía saber cuánto tiempo podrían resistir allí sus fuerzas, y, por lo que a Kinh concernía, cada día que lo hacían era una nueva victoria.

Pero el martes por la mañana recibió una llamada de auxilio de sus fuerzas allí situadas. Envío a varios de sus oficiales a inspeccionar las defensas y se reunió con ellos ese mismo día, más tarde. Informaron de que el ERVN estaba llevando a cabo un «feroz contraataque» y que los comandantes de la Ciudadela pedían permiso para retirarse.^[1]

Entonces Kinh llamó al líder político delegado de las fuerzas allí presentes, quien describió el conflicto como «una dura lucha de avance y retroceso por la posesión del terreno, como había sido en los últimos días». El general se enteró de que el Comité de Asuntos de Actualidad del partido (los comisarios que supervisaban las operaciones militares) estaba planeando recomendar a Hanói que en el norte y sur de Hué el Frente abandonase la lucha. Estaba claro que no podrían resistir indefinidamente el contraataque, argumentaba el comité, y que se perderían muchos hombres en el intento.

En aquel momento, Kinh reevaluó su posición. Los comisarios eran sus superiores; podían pasar por encima de su juicio militar. *Pero* —pensó— *la guerra se libra para apoyar objetivos políticos*. No había habido, ni habría, un levantamiento popular. En términos militares, la Ofensiva del Tet, en toda la nación, solo había logrado una hazaña mayúscula: tomar Hué. No estaba preparado para cederla.

Resistir tenía sus ventajas. Estados Unidos estaba recibiendo una grave paliza en el exterior. En la BBC, la Ofensiva del Tet y la ocupación de Hué se mencionaban como motivo de enorme vergüenza para Estados Unidos, y los críticos con la guerra denunciaban los destructivos efectos del contraataque. El general creía que cuanto más resistieran sus fuerzas, más fuerte se volvería esta censura. Se oponía a la decisión de retirarse, pero sabía que carecía de

influencia para pasar por encima de los líderes del partido. De modo que se dirigió a quienes estaban por encima de ellos.

Llamó al general Tran Van Quang, su superior militar, y le hizo una furiosa petición.

—Señor, pido su permiso para regresar a nuestra ala meridional [las fuerzas del triángulo].

—¿Por qué quiere regresar al ala sur? —preguntó Quang.

—Señor, el Comité de Asuntos de Actualidad del partido ha decidido ordenar a nuestras fuerzas la retirada de la ciudad y ya ha enviado esa recomendación al Comité Militar Central del Partido —explicó Kinh—. Quiero ir al ala sur para ayudar a Than Trong Mot [el general Mot comandaba las fuerzas del Frente en el sur de Hué] a trazar un plan para una retirada ordenada de nuestras fuerzas de la ciudad.

El tono de su voz dejaba muy claro que Kinh no estaba muy contento con esto.

—¿Qué cree que debemos hacer? —preguntó Quang.

—Acabo de evaluar la situación tanto en el ala norte como en el ala sur —dijo Kinh—. Creo que con las fuerzas de que disponemos podríamos resistir un poco más en la ciudad, y que eso sería muy beneficioso para nuestra lucha política.

Convenció a Quang y recibió permiso para escribir un cable, con la firma del general, a los máximos dirigentes militares de Hanói.

Media hora más tarde, Kinh recibía un mensaje radiado desde Hanói, «aprobando cálidamente» la decisión de Quang (de Kinh) de resistir en Hué «unos cuantos días más». Lo firmaban los tres máximos líderes militares: los generales Vo Nguyen Giap, Van Tien Dung y Song Hao.^[2]

Kinh había esquivado a sus supervisores políticos.

5

Vaught

Tras su atrevida escapada nocturna de la trampa de TFP, el batallón de caballería del coronel Sweet, ahora reducido a la mitad de sus efectivos, había hallado un puesto de avanzada del ERVN en la cima de una colina y se había hecho fuerte allí. Desde aquella atalaya, los hombres podían vigilar la principal carretera a Hué desde dos direcciones. Sweet había abandonado las órdenes de marchar hacia las murallas de la ciudad. Sus hombres estaban exhaustos y habían sufrido un duro castigo. Necesitaban tiempo para recuperarse. El pequeño grupo de soldados survietnamitas del campamento estaba encantado con su llegada. Habían estado allí aislados y superados ampliamente en número desde que había comenzado el Tet, y solo habían conseguido sobrevivir porque, al parecer, el Frente había considerado su puesto de avanzada demasiado insignificante como para atacarlo.

Estuvieron allí cuatro días. Carl DiLeo, el delgado soldado asignado al pelotón de morteros de Trenton, estaba encantado de estar con vida. Su pelotón, que normalmente consistía en cincuenta hombres, había quedado reducido a catorce. Creían que habían sido puestos a prueba de un modo tan duro que se merecían que los sacaran del campo y les dieran un descanso. DiLeo creía que el propio LBJ, con su sombrero de *cowboy*, debería haber subido a pie la colina para estrecharles la mano. Había estado en Vietnam ocho meses, y había sido un enfrentamiento mortal tras otro. Y ahora, esto.

Se preguntaba: *¿qué más nos pueden pedir?* La moral de su grupo estaba en el punto más bajo posible. Muchos de los chicos con los que había mantenido amistad ya no estaban: o habían muerto o habían sido heridos y evacuados. Se sentía aislado y había perdido toda confianza en sus líderes. *¿Quién mierda causó esto?* Creía que, tanto a él como a los demás, alguien les debía una disculpa.

No era el único. Los hombres estaban de mal humor. Theodore Wallace era ahora el operador de radio de su grupo, debido a las pérdidas. Antes de que le asignaran la tarea había visto al teniente que comandaba su pelotón patear, furioso, al operador de radio. Por ello siempre caminaba a diez pasos de distancia, pese a que le decían que se mantuviera cerca. Al final acabaron preguntándole por ello.

—Wallace, ¿qué mierda haces siempre a mi derecha o a mi izquierda? —se quejó el teniente—. Cada vez que tengo una llamada te veo diciendo al coronel que espere mientras vienes hacia mí.

Wallace le dedicó su mirada de Harlem más dura.

—Porque, señor, si me levanta esa pierna, voy a dispararle. Y no quiero tener que dispararle.

Wallace se había desencantado con toda la aventura vietnamita, aunque tenía intención de quedarse y cumplir con su deber. En una patrulla encontró una pila de lo que pensó que era leña quemándose. Cuando se acercó se dio cuenta de que eran los restos ennegrecidos de una anciana. Probablemente la había alcanzado una granada que habían tirado a su aldea. Wallace se preguntó qué habría estado haciendo cuando la habían matado de esa manera.

Un día vio a un oficial alzar su fusil, como si nada, e intentar disparar a un niño vietnamita a lo lejos.

—¿Qué hace, señor? —preguntó.

—Probablemente esté entregando suministros al EVN —respondió el oficial—. ¿Qué hace aquí, si no?

—¡Es su país! —dijo Wallace—. ¿Que qué transporta? ¿Ha mirado al menos con sus binoculares para ver si lleva algo?

Wallace había decidido ya que desde ese momento no iba a disparar a nadie que no estuviera disparándole a él.

Días más tarde, cuando se entregó a los hombres comida y ropas secas y abrigadas, el general Tolson, el comandante de división que los había enviado en marcha hacia La Chu, voló en persona. Si había esperado que lo recibieran como a un salvador, se equivocaba. Le dieron claramente la espalda. Los hombres estaban aún excavando refugios y siguieron haciéndolo. Algunos se ponían de pie para saludar cuando pasaba, pero no muchos. DiLeo sentía que en lugar de ofrecerles cositas y discursitos, el general debería haber admitido su error. *Lo siento, os hice marchar demasiado rápido, chicos.* Si hubiera hecho eso, los hombres habrían reaccionado de otra manera. DiLeo lo habría hecho. Solo quería que alguien admitiera que la había cagado. Pero el general no hizo nada ni remotamente parecido. Solo ofrecía gilipolleces enlatadas del ejército.

—No dejan de cavar para escucharme —se quejó Tolson a Sweet. Mientras hablaban, en una pequeña choza, algunos hombres comenzaron a arrancar el techo para usarlo como cubierta en sus refugios.[1]

El general se detuvo a charlar con el Pathfinder Juan Gonzales y uno de sus amigos para preguntarles si estaban bien, si necesitaban algo. Fueron educados, pero no lo saludaron. Cuando el general se alejaba, uno de sus oficiales se enfrentó a ellos.

—¿Es que no sabéis saludar a un general? —les espetó—. ¡Es un general! Gonzales respondió:

—Señor, no saludamos a los oficiales en el campo de batalla. ¿Quiere que lo saludemos a usted?

El oficial se alejó furioso.[*]

Una de las noches en que estuvieron acampados en la colina, Wallace recibió una cinta de su familia. Hallaron un reproductor y todos los chicos se juntaron para escucharla. Era un mensaje casero, tierno y corriente, con información sobre varios miembros de la familia, montones de *te queremos* y *cuídate mucho* y *no podemos esperar a que regreses*, y no hubo miembro de la unidad que no llorase. Durante aquellos minutos en la gélida oscuridad de la colina, en Vietnam, él comprendió que aquellas voces de casa eran las voces de las familias de todos.

Entonces llegaron órdenes de volver a marchar hacia La Chu para tomar

parte en una maniobra de pinza. El batallón del coronel James Vaught había estado marchando hacia el sur desde PK-17 y planeaba atacar la aldea, que por fin había sido reconocida como lugar fuerte del enemigo. Sweet, cuya decisión de romper el embolsamiento se consideraba ligeramente cobarde en algunos sectores, recibió la orden de volver sobre sus pasos, regresar y unirse al combate, atacando la aldea desde la dirección opuesta.

De modo que DiLeo, en lugar de recibir ningún agradecimiento, ninguna disculpa, ningún descanso, se vio cargando con su fusil y su pesada placa base de mortero *de regreso a la mierda*. De regreso al lugar en el que cientos (¡qué cojones: miles!) de asesinos amarillos[2] los habían destrozado días atrás; ¡el lugar del que habían podido escapar con una suerte extraordinaria! Jesús —pensó—, *si lo pasamos fatal con cuatrocientos o quinientos hombres, ¿qué vamos a hacer con la mitad de eso?* Tenía esa imagen de comandantes como Tolson sentados en una oficina, en algún lugar de la retaguardia, mirando mapas y hablando por teléfono sin tener ni idea de lo que era realmente estar en el puto barro viendo cómo destrozaban a tus amigos o los convertían en una fina lluvia viscosa de color rosado. ¡*A la mierda!*, —pensó—. ¡*Nadie va a hacer esto!* ¡*Ni el mismo Audie Murphy[*] lo haría!* ¡*Esto es una locura!* Se sentía como si estuviera pagando una terrible pena por un delito que no había cometido. Su propósito en la vida se había reducido a maniobrar para conseguir una lata extra de raciones C y un par de calcetines secos. *¿Qué podía hacer?* Decidió ir con más cuidado aún. Tenía claro que no se iba a presentar voluntario a nada. En cuanto al propósito general de la guerra, no merecía más sacrificios por parte del soldado Carl DiLeo. Eso se había acabado. A nadie parecía importarle una mierda él, y él iba a devolverles esa idea con creces.

Cuando el capellán del batallón preguntó al capitán Helvey si podía ofrecerles una plegaria antes de que marcharan, y comenzó a rogar a Dios que bendijera «a aquellos que van a morir», Helvey casi le tira algo a la cabeza. Dijo a Sweet que mantuviera al capellán alejado de sus hombres.[3]

Más al norte, tras salir de PK-17 el lunes 5 de febrero, Vaught dispuso su batallón en formación, con las compañías Delta (comandada por Frank Lambert) y Charlie en punta. Esto les daba suficiente flexibilidad para repeler

un ataque desde cualquier dirección sin romper la formación. No importaba desde dónde se acercase el enemigo, el batallón tendría los flancos cubiertos y una retaguardia reforzada. Vaught y sus oficiales al mando caminaban por delante de la Compañía Alpha, sin distintivos de rango y con fusiles como los de todo el mundo. Atravesaron arrozales y aldeas por la misma ruta que Sweet había tomado días atrás, unos mil metros al oeste de la Autopista 1.

Andy Westin marchaba con la compañía de Davison. La noche anterior, desde PK-17, había escrito a su esposa, Mimi:

¡La cosa está que arde! Con toda seguridad marcharemos esta tarde. Supongo que habrá una cantidad aterradora de amarillos por la zona [...] Por aquí cerca, en algún lugar, hay un amarillo con un mortero que nos dispara un obús o dos cada hora, más o menos. ¡Un grano en el culo! De repente la guerra ha cambiado de ritmo. Era lenta y fácil. Ahora es rápida y furiosa. Siempre está sucediendo algo. Creo que los combates se van a volver muy duros antes de que esto mejore. Estoy alegre de estar en el pelotón de armas. Estoy un poco rezagado, aunque no lo suficiente como para estar feliz. Preferiría estar en casa.

Mientras comenzaban a marchar, el teniente tenía la piel de gallina: ¡las cuatro compañías marchando por el campo! Quinientos soldados estadounidenses moviéndose juntos. Vaught había visto grandes batallas de infantería antes, en la segunda guerra mundial y en Corea, pero en Vietnam era raro participar en una maniobra de escala industrial como esta. Westin nunca había visto más de una compañía a la vez. Le fascinaba Vaught, un tipo grueso y hosco, con rasgos faciales pronunciados y ojos pequeños enmarcados por un grueso arco superciliar y espesas cejas que se arqueaban cuando su cara estaba relajada, de modo que cuando te miraba, incluso con indiferencia, parecía algo importante, una mirada abrumadora. Profundas arrugas, como talladas en mármol, marcaban sus mejillas, y hablaba con un lento acento arrastrado: era de Conway, Carolina del Sur. Westin y los demás oficiales estaban embelesados con él. La primera vez que se reunió con Prince, le dijo: «¡Esta es mi tercera guerra, así que me siento como un fugitivo de la ley de promedios. En otras palabras, estoy cagado de miedo y supongo que tú también, así que quitémonos eso de en medio y hagamos nuestro trabajo». Exudaba confianza. Tenía un baúl entero de anécdotas y

sabía contarlas. Aseguraba ser descendiente directo de Francis Marion, *el Zorro del Pantano*, el general de los guerrilleros del «estado de la palmera» durante la guerra de Independencia. Era magnético. *Si ha de ser la guerra —* pensó el joven teniente—, *por favor, dejadme ir con este tipo*. Y así era ahora, marchando hacia el sur en esta enorme formación, con obuses de artillería creando un extraño zumbido, como de insectos gigantes, por encima de sus cabezas mientras los sobrevolaban y sacudiendo la tierra cuando explotaban, varios cientos de metros por delante. Era como caminar tras un muro móvil de truenos. Después de lo que había sucedido con el batallón de Sweet, nadie quería arriesgarse. Westin pensó que era lo más chulo que había visto jamás.

No tardaron mucho en encontrar al enemigo. Conforme los sobrevolaba, un Huey recibió un impacto. Era el pájaro de mando y control, y por norma general habría transportado al comandante del batallón, pero dado que Vaught, como Sweet, prefería liderar desde el terreno, el helicóptero había estado proporcionándoles reconocimiento. El capitán Howard Prince, comandante de la Compañía Bravo, había hablado antes con la tripulación, advirtiéndoles de que se fueran puesto que había baterías antiaéreas en las proximidades. Minutos más tarde, el helicóptero caía.

Vaught ordenó a Prince que se movieran hasta el lugar de la caída para rescatar a la tripulación. Prince lo encontró, y el helicóptero estaba intacto, con el morro hundido en el arrozal, pero la tripulación ya se había ido. Los había recogido un helicóptero de rescate. Prince se dio cuenta de que la zona en la que se había estrellado había sido un campamento del EVN. Había huellas de sandalias y emplazamientos de disparo excavados, así como cables de comunicaciones.

Luego Vaught envió a su compañía, la Bravo, hacia el sur, atravesando arrozales secos, hacia la línea de bosques del extremo norte de Que Chu, en busca del enemigo. Iban a caer justo en una emboscada. Era primera hora de la tarde. El escuadrón en punta llegó a los árboles (más tarde se darían cuenta de que los habían dejado llegar hasta allí) y allá los atacaron. Los diez hombres resultaron muertos o heridos. Conforme el resto de la compañía se acercaba, comenzó a recibir fuego intenso. No había cobertura.

El capitán había estado antes en tiroteos, y, como todo el mundo en su compañía, estaba asustado, pero había aprendido a guardarse para sí sus emociones y, lo que a veces era aún más difícil, a aceptar que cuando empiezan a volar las balas y granadas, hay muy poco que se pueda controlar. Prince era un tipo de cabello oscuro y cara ancha, reflexivo, que se había graduado entre los mejores de su clase en West Point y había obtenido un título de posgrado en la Universidad Americana. Esto, y el que lo hubieran herido en el pie al principio de su servicio, le había valido el identificador de radio de «Profesor Cojo Seis». Dirigiéndose a sus líderes de pelotón por radio, les dijo que mantuvieran la calma incluso cuando todos los instintos de sus cuerpos les pidieran dejarse llevar por el pánico, como le pasaba a él. *Tan solo evaluad la situación y decidme de dónde proviene el fuego enemigo, cuán intenso es, cuánta gente os está disparando y qué tipo de arma creéis que es.* Este tipo de cosas era más fácil de decir que de hacer. Pero su trabajo era recomponer la información y decidir qué *podía* hacer, que habitualmente era menos de lo que desearía.

En este caso podía pedir descargas de artillería sobre las posiciones del enemigo, lo que era arriesgado porque sus propios hombres estaban en los bosques y el resto de la compañía se encontraba a menos de cien metros de ellos. Pidió tanto obuses de alto explosivo como de humo, y comenzó a avanzar a través del denso humo. Sus hombres necesitaron varias horas para retroceder atravesando los arrozales y reincorporarse al resto de la compañía. El fuego era tan intenso que hubo que dejar atrás los cuerpos de los muertos: Prince enviaría una patrulla tras el ocaso y el EVN les permitió recuperar los cuerpos, que fueron evacuados al día siguiente tras los heridos.

Al mismo tiempo, la Compañía Delta se veía atacada por armas ligeras a su derecha, procedentes de una aldea llamada Lieu Coc. También ellos tuvieron que retroceder. Ni siquiera con el muro móvil de artillería el batallón de Vaught logró llegar muy lejos. La formación en apariencia invencible que Westin había admirado por la mañana se encontraba ahora dispersa y defendiéndose por todas partes, enfrentada a fuerzas iguales a la suya, y posiblemente superiores.

Esa noche, Vaught, el veterano, dio a sus oficiales de mando una lección

sobre cómo cavar un refugio, que posteriormente su oficial de operaciones, Charles Baker, describiría con admiración en sus memorias, *Gray Horse Troop*. Vaught excavó una trinchera de setenta centímetros de profundidad y un metro de ancho, y unos treinta centímetros más larga que su cuerpo. Con la tierra retirada formó un parapeto a lo largo de los bordes, y atravesó ramas de una cabaña cercana encima. Luego puso una gruesa capa de tierra sobre las ramas. Se metió dentro con los pies por delante, con la antena de su radio asomando por el extremo delantero. Se jactó de que «podría resistir un impacto directo de un obús de mortero de ochenta y dos milímetros».[4]

Westin, en su propio refugio con la Compañía Charlie, escribió otra carta a Mimi aquella noche:

Bueno, ya estamos en el ajo y no parece que Charlie se quiera marchar. Todo nuestro batallón está trabajando de forma conjunta como una sola unidad. Vamos avanzando gradualmente hacia Hué, pero desde luego no es la caminata más fácil que haya hecho. Los amarillos se las ingenian para dispararnos con morteros cada 15 minutos, más o menos. Por suerte no ha muerto nadie [en esta unidad] pero hemos tenido algunos heridos. Llevo un chaleco antimetralla y vivo con él puesto. El tiempo es de perros. De día y de noche hay una neblina fría. No es suficientemente intensa para mojar te de verdad, pero sí lo bastante para que tengamos frío y nos sintamos miserables. ¡Uf!

[...] Me he metido bajo tierra. No es broma. He excavado un agujero y desde ahí, un túnel. Mi colchón inflable y demás objetos de dormir están a metro y medio bajo tierra. Se está bien. Ni el frío ni el viento llegan hasta allí, y cuando Charlie nos dispara con los morteros ni siquiera tengo que darme la vuelta. La parte de túnel tiene un metro de altura y unos tres de longitud, con un par de curvas, de modo que, si cayera un obús en el agujero de entrada, la metralla no me alcance. Es un sitio bastante seguro. No había planeado tenerlo, pero empecé a tener frío y cavé para entrar en calor. Ayer cavé casi todo el día y acabé con esto.

El general Tolson había trasladado el comando táctico avanzado a PK-17, y, como para recordarle el escaso control que había logrado sobre el campo de batalla, la base recibía impactos de fuego de mortero con asiduidad. El viernes por la noche, tres obuses cayeron directamente sobre el búnker de mando. El mayor Don Bowman estaba dentro con el comandante de brigada, el coronel Hugh Campbell. Fue ensordecedor. Era como estar en un tambor de metal que alguien estuviera aporreando lo más fuerte posible con un bate de béisbol. Cada impacto apagaba las luces y llenaba el atestado espacio de

polvo y humo. Entonces su línea de comunicaciones se interrumpió: la explosión había cortado el cable de la antena. Solo estaban vivos porque los proyectiles del enemigo explotaban por impacto. Si el grupo del mortero decidía intentar un disparo con el temporizador en posición de «retardado», que le diese tiempo a penetrar antes de explotar, estaban servidos. Con toda probabilidad el enemigo tendría un observador que les sugeriría hacerlo. Bowman bajó la cabeza un momento para pedir en silencio a Dios que cuidase de su mujer y sus hijos. Luego volvió al trabajo con la luz de una linterna.

—¿Está malherido? —le preguntó Campbell alarmado.

—Señor, no estoy herido.

—¡Oh! Le vi bajar la cabeza y pensé que le habían dado —respondió el coronel.

Bowman explicó lo de su plegaria y ambos rieron.

Una semana más tarde, el grupo del mortero hizo lo que Bowman había temido. En su intento por dormir unas horas en el búnker antes de ser relevado a medianoche, había extendido su chaleco antimetralla bajo dos ponchos y apoyado su cabeza en una cantimplora. Se despertó de repente con un zumbido terrible en los oídos, enredado en su equipo y su improvisada cama, como si tanto él como los demás contenidos del búnker hubieran pasado por una licuadora. Un obús de mortero con temporizador activado había explotado a solo sesenta centímetros de la pared del búnker. Había explotado tras la cabeza de Bowman, arrojándolo a través de la habitación y contra el muro opuesto. Se encontraba mareado y algo magullado, pero estaba, por lo demás, ileso.

El batallón de Vaught continuó su marcha hacia el sur, ahora con un par de helicópteros sobrevolándolo como unidad de reconocimiento: su presencia hacía sentirse más seguros a los soldados. Cuando los elementos más adelantados se encontraban con el enemigo, llamaban a la batería de obuses de PK-17, que ya atendía peticiones de apoyo. Una o dos veces un obús cayó en medio de su formación, sin herir a nadie pero de algún modo disminuyendo su entusiasmo por maniobrar con artillería. Tenían tres aldeas más por delante: Lieu Coc, donde los habían demorado; luego, Que Chu, y

por último La Chu, que se extendía a la sombra del búnker estadounidense de cemento, de tres pisos de altura, que constituía el muy fortificado cuartel del Frente para su ataque a Hué.

La batería artillera de PK-17 estaba pasando apuros para atender todas las peticiones de fuego. Por norma general se la reaprovisionaba desde Camp Evans mediante helicópteros. La necesidad de munición era urgente. Los Chinook, grandes helicópteros de dos rotores, solían entregar la munición en palés suspendidos de una eslinga. A fin de poder ver debían mantenerse por debajo de las nubes, que eran tan bajas que la eslinga no dejaba de golpear árboles y colinas, e incluso, a veces, el suelo llano. De modo que ahora había que transportar la munición en cantidades mucho menores mediante camiones. Y una vez el batallón de Sweet estuvo en movimiento, la batería también comenzó a recibir sus peticiones de fuego de apoyo.[5]

Vaught solucionó este problema llamando a la armada, que disparaba cañones de cinco pulgadas desde la cubierta de USS *Lofberg*, atracado en Punto Yankee, el área de planificación naval en el mar de la China Meridional. Esto expulsó al enemigo de Lieu Coc. En la aldea encontraron los cuerpos de soldados enemigos, muchos emplazamientos de disparo excavados, comida y munición para una gran fuerza de combate. Los hombres que habían estado combatiendo desde allí, al parecer, se habían retirado hacia su siguiente línea de defensa. Los aldeanos que habían sobrevivido al bombardeo aseguraron a los hombres de Vaught que había habido «*beaucoup de VC*» allí hasta horas atrás.

La marcha continuó bajo el acoso diario y las acciones dilatorias del EVN, conforme Vaught veía cada vez más claro que una fuerza enemiga muy grande, mucho mayor de lo que nadie había imaginado, les esperaba en La Chu, donde tenía un terreno mucho más favorable para presentar batalla. Tras cuatro días de combates, su batallón no había conseguido llegar más lejos que el de Sweet. Siguió sondeando las posiciones del EVN al día siguiente, sin éxito. Y al otro día. Y al siguiente. Cada mañana los comandantes de la compañía se reunían con Vaught en el campo, recibían sus órdenes, regresaban a sus posiciones, pedían ataques de artillería y apoyo aéreo, desplegaban sus hombres, maniobraban y se enfrentaban al enemigo e

intentaban avanzar. Aquel lugar en los arrozales sería el campamento base de Vaught durante las siguientes dos semanas.

No era tan precario como lo había sido para Sweet. Además de la artillería, tanto la suya como la de la Marina, Vaught tenía la ventaja de una mejor comprensión. Sus hombres habían asegurado trabajosamente sus flancos durante el descenso. Por tanto, Vaught estaba en una posición mucho más estable que la que había tenido Sweet. La disminución de fuego enemigo ahora permitía vuelos regulares de helicópteros, de modo que sus hombres estaban bien alimentados y con suministros.

Incluso recibían correo.

Westin recibió una carta de Mimi que realmente le cabreó. Treinta tipos de su unidad habían resultado heridos. Él estaba en constante peligro. Vivía en un jodido agujero en el suelo... ¡Y a Mimi le preocupaba que estuviese tonteando con otras mujeres!

Uno de sus exnovios, veterano de Vietnam, le había comentado algo acerca de lo fácil que les resultaba a los tíos follar allí. Para agravar las cosas, estaban aquellas fotos que le había enviado de su breve R&R, cuando él y sus amigos habían posado con varias modelos muy ligeras de ropa. ¡Ni siquiera había bailado con ellas! Había sacado algunas fotos, y algunas (especialmente a Joyce Grayson, Miss Las Vegas Showgirl) desde ángulos ciertamente provocativos, pero ¡eso era todo! Se arrebujo en su búnker subterráneo y disparó su respuesta con un grueso lápiz:

Solo porque un tío con el que solías ir se salió con la suya parece que piensas que yo soy igual. La vista lateral de Joyce es porque había que verla para creérsela. Las saqué, sobre todo, para dos solteros cachondos. Si no hubiera disfrutado sacándolas, diría que no soy normal [...] ¡Madura!

Dos días más tarde estaba afligido. Los hombres que combaten juntos forman lazos íntimos, pero a menudo es incluso más importante la admiración que sienten por líderes especialmente hábiles, el tipo de personas que, generalmente con solo unos años más, parecen saberlo todo y ser inmunes al miedo y el peligro. Estabas contento de tener a esos hombres contigo, no solo porque sabían qué hacer, sino porque su presencia era

reconfortante: si estabas con ellos, creías que podías sobrevivir. En la Compañía Charlie, ese hombre era el teniente Winfield Beck, el corpulento abogado de Pensacola, de cara redonda y carácter imperturbable, que se encontraba en su segundo servicio. Era el líder de pelotón que había llevado a la periodista Denby Fawcett a aquella patrulla por una aldea tres meses atrás. Beck era de la misma edad que Westin, pero su experiencia y aplomo le hacían parecer mayor. Tenía una manera de pensar tan lógica y clara que siempre parecía saber *exactamente* cómo solucionar un problema. Los dos se habían intercambiado sus tareas unas semanas atrás: Westin dejaba su puesto como oficial ejecutivo de la compañía (XO) y se hacía cargo de un pelotón de armas. Cuando lo mataron, Beck estaba estirado junto a Davison, donde habría estado Westin si no hubieran intercambiado sus puestos. Habían estado atacando una línea de árboles. Beck había alzado la cabeza y le habían disparado un tiro en la garganta. Se ahogó y se desangró hasta morir mientras el capitán lo aguantaba e intentaba averiguar qué hacer. No se podía hacer nada. La muerte de Beck tuvo un enorme impacto en Westin.

En su agujero, escribió a Mimi:

Mi amor, por primera vez desde que llegué aquí, esta noche he llorado. No he sido el único. De CO hacia abajo, todos nuestros hombres estaban llorando. Nuestro XO, Beck, murió en un combate ayer. Era probablemente el oficial más querido y respetado de la compañía. Nuestro batallón cayó en una trampa de los amarillos. Aún no sé cuántos muertos y heridos sufrimos, pero hubo una cantidad espantosa. ¡Fue una masacre!

El mando pensaba que los amarillos habían retrocedido, de modo que fuimos hacia esa línea de árboles tan tranquilos. Los amarillos tenían cientos de granadas y minas antipersona. Esperaron hasta que nuestra gente estuvo justo encima de ellas y las detonaron.

Finalmente, sobre las 11.00 pm, conseguimos salir de allí y retirarnos. Mi pelotón se quedó sin munición (nosotros habíamos estado apoyando desde la retaguardia), de modo que hicimos camillas con los ponchos y ayudamos a trasladar a los heridos. Ninguno de los míos murió, pero recibí dos heridas leves. Los pelotones de fusileros se quedaron muy sorprendidos al vernos a mí y a mi pelotón cargar en campo abierto con camillas a nuestras espaldas. En cuanto sacamos a nuestra gente fuimos a las demás compañías y los ayudamos. Nunca he visto algo así y espero no volverlo a ver jamás. Ahora vuelvo a ser el XO.

Posicionados tan cerca de una fuerza enemiga tan vasta, Vaught y sus

hombres sabían que eran tremendamente vulnerables si los cogían por sorpresa. Los nervios estaban tensos, especialmente tras la puesta de sol. Una noche, cuando una bengala-trampa se activó de repente en el perímetro, los hombres fueron presas del pánico. Vaught recibió una petición urgente para encender bengalas de iluminación... pero eso habría sido como poner un foco sobre su posición.

Se negó. También envió duras órdenes para que absolutamente nadie disparase un fusil ni una ametralladora: los destellos de la bocacha delatarían su posición. Permitió que se disparasen algunos cohetes ligeros hacia el punto en el que se había encendido la bengala, puesto que las bocachas de los LAW no emitían destellos.

Por la mañana encontraron un cerdo muy muerto.[\[6\]](#)

6

Que se joda, va con el otro bando

Tres días después de que los marines tomaran los cuarteles provinciales, el último y más simbólico de los grandes edificios situados a lo largo de la calle Le Loi, Gene Roberts abandonó Hué y lo sustituyó su colega Charles Mohr. Las de Roberts habían sido las primeras y mejores crónicas desde el frente de la ciudad, y había permanecido junto a los soldados durante los primeros y cruciales ocho días. Dos días antes de su partida, el miércoles 7 de febrero, aún dictando sus crónicas por teléfono, informó de notables progresos, así como de las maneras en que los marines se estaban adaptando al campo de batalla urbano.

Escuadrón de Marines entra en batalla en motos

El enemigo, expulsado de un área
de 70 manzanas en la batalla por Hué

Hué, Vietnam del Sur, 7 de febrero. — El capitán Bacel Winstead, de Hot Springs, Ark., echó un vistazo a la calle, llena de escombros, de la ciudad en guerra y sacudió la cabeza, incrédulo.

—El ejército estadounidense es el ejército más increíble del mundo —dijo el capitán, asesor de Estados Unidos para las tropas survietnamitas—. Mira eso.

Por la calle se acercaba a toda velocidad un escuadrón de marines, montando motos Honda rojas, azules y amarillas que habían «liberado» de hogares de clase media que habían retomado.

Los marines iban con una mano en el manillar y la otra sujetando un fusil de asalto M16. Llevaban a los hombros mochilas de campo con mantas enrolladas y herramientas de excavar [...] Con estas motocicletas y baqueteados coches civiles, los marines quieren retomar grandes áreas de territorio en poder del enemigo. Esta noche controlaban unas 70 manzanas al sur del río Huong, en comparación con las cerca de 30 de ayer. Esto deja poco más de una tercera parte del lado sudoeste de esta ciudad de 145.000 habitantes en manos del enemigo.

En la orilla norte del río, donde ocho batallones survietnamitas están combatiendo, la batalla por Hué se desarrolla más lentamente.

La crónica incluía una foto de Associated Press de un marine inclinado por el peso de una gigantesca mochila, montado en una pequeña motocicleta. Roberts informaba de que los marines habían sufrido ya doscientas cincuenta bajas. Oficialmente aseguraban haber matado a un millar de soldados enemigos, pero esta cifra era la típica exageración a partir de suposiciones. Los marines aún en combate, decía Roberts, «están barbudos, sucios y cansados. Hoy un marine “liberó” un maletín lleno de peines de bolsillo de colores y los pasó entre los miembros de su pelotón. “¡Joder! —dijo uno de ellos—. Es la primera vez que me peino en semanas”».[1]

La ciudad estaba aún húmeda debido a las nubes grises y la llovizna. Humedad de día y frío de noche. Las nubes bajas y la mala visibilidad aún hacían infrecuentes los ataques aéreos, aunque bombarderos survietnamitas consiguieron deslizarse por debajo y arrojar dos docenas de bombas de 227 kilos sobre posiciones enemigas dentro de la Ciudadela... posiciones en las que había miles de civiles. Pese a que ahora tenía más libertad de movimientos, el teniente Hoang proseguía con su estrategia de agarrarse al enemigo «por el cinturón», lo que impedía que la artillería de Phu Bai apuntase a sus fuerzas.

El batallón del coronel Gravel se vio reforzado por marines que llegaron en barca (los marines con trajes nuevos y mochilas llenas que Roberts había visto que formaban parte de este contingente). El sábado avanzarían combatiendo hacia el estadio de fútbol, el edificio más grande de la esquina noroeste del triángulo. Esto proporcionaría una segunda ZA mejor protegida, así como un nuevo y mayor lugar en el que situar a la siempre creciente multitud de refugiados necesitados.

Roberts salió de la ciudad el viernes. La carretera estaba descartada. El último convoy en intentar entrar desde Phu Bai había recibido una paliza. Veinte marines habían muerto, treinta y nueve más habían resultado heridos y todos los vehículos habían sido destruidos o habían tenido que retroceder. El mal tiempo había reducido el tráfico de helicópteros al mínimo, y los pocos que llegaban se llenaban de inmediato con marines heridos. De modo que el periodista hizo cola con un grupo de evacuados ante una lancha Mike cuando atracó en el embarcadero.

Estas naves de metal de color gris hacían recorridos regulares evitando las armas situadas a ambas orillas del río. Se acercaban lentamente a la rampa de cemento del embarcadero y bajaban la ancha rampa frontal para descargar. Tras la lancha se veía la gran estructura de acero del puente Truong Tien, hundido en el río en su tramo central: la espina dorsal rota de la ciudad. El Frente había conseguido por fin demolerlo el miércoles 7. En su extremo más alejado se podía ver a soldados del Frente, con sus uniformes verdes, ocupando búnkeres y moviéndose por las calles. Disparaban morteros hacia las lanchas, intentando darles. Esto y los ocasionales disparos de francotiradores desde los edificios al sur hacían peligroso esperar junto a la rampa. Los marines que llegaban desembarcaban corriendo, agachados. Se los dirigía hacia puntos de recepción designados al otro lado de la calle Le Loi. Había comenzado la descarga de suministros: ciento cincuenta toneladas de munición en palés, así como cajas apiladas de raciones C, suministros médicos y otros objetos necesarios. Los marines trabajaban a toda velocidad con carretillas elevadoras, ignorando los disparos ocasionales que zumbaban sobre sus cabezas o impactaban en el agua. Los obuses de mortero a veces caían cerca. Cuando uno arrojó barro y metralla, una mujer filipina, esposa de un asesor estadounidense, cogió a su hijo de cinco años y se puso a cubierto tras un palé de raciones C. Había unas cincuenta personas esperando a embarcar, entre ellas marines heridos en camillas y los que aún aguantaban de pie, sucios y cansados, con sus uniformes de combate ensangrentados y con vendajes: la mayoría tenía heridas en brazos, manos, piernas y pies. Las suyas no eran heridas que pusieran en riesgo sus vidas, pero muchas presentaban rigidez, hinchazón y dolor. La tripulación de marinos les avisó, a

ellos y a los civiles, que estarían más a salvo si esperaban en la base, pero las lanchas Mike tendían a no esperar, y quienes hacían cola temían perder su oportunidad si cambiaban de lugar. Nadie se fue.

Roberts miraba todo con su habitual aire de distanciamiento. La mujer que sujetaba al niño le dijo en voz baja:

—Hemos pasado por tantas cosas estos últimos nueve días que no me parecería justo que le pasara algo a mi hijo ahora.

—Solo podemos esperar que esos cabrones sean unos tiradores de mierda —dijo uno de los heridos. Se sentaba contra una caja, fumando un cigarrillo—. No hay donde esconderse.

Tenía razón. Un impacto directo en cualquiera de los palés de munición seguramente los habría matado a todos. Pero los morteros seguían errando. Dos cayeron en el río, «alzando pequeños géiseres de agua», escribió Roberts. Uno impactó contra una caja de embalaje a cierta distancia de donde esperaban los pasajeros. Cuando llegó el momento de embarcar, las mujeres, niños y heridos en camillas entraron los primeros. Los heridos que podían andar y los demás pasajeros constituían una interesante mezcla. Entre ellos había dos sacerdotes que habían sido prisioneros del Frente y luego liberados, varios médicos survietnamitas (a los que habían cacheado a fondo antes de permitirles embarcar) y un equipo de seis hombres de la Comisión Internacional de Control (CIC). Se trataba de un grupo de voluntarios de Polonia, Canadá y la India, patrocinado por la ONU, situados allí para comprobar la adhesión a la Convención de Ginebra, que regía el tratamiento a prisioneros y civiles. Los equipos de la CIC tenían especial cuidado de incluir miembros de simpatías opuestas en la guerra: los canadienses tendían a alinearse con sus primos de Estados Unidos y Vietnam del Sur; los polacos, del bloque soviético, con Hanói; los indios... era difícil de saber. Los marines habían descubierto a la delegación el día anterior. Llevaba una semana oculta en sus cuarteles. Uno de sus miembros, el coronel indio G. D. Joshi, aseguraba que el Frente había lanzado cohetes contra su edificio, y que había «disparado con morteros y fusiles», pero que habían desistido cuando se les había informado de quiénes eran. Con ellos iba David Greenway, periodista de *Time*.

Nadie se relajó hasta que la lancha zarpó y comenzó a moverse río abajo, pero su alivio duró poco. En cuanto pasaron el puente destruido, comenzó un tiroteo desde ambas orillas. Se podía ver a los soldados enemigos saltar disparándoles cohetes. El río pasaba cerca de la muralla sur de la Ciudadela y giraba hacia el norte conforme se acercaba a la isla de Hen, una larga franja de tierra en medio del Huong, que dividía su curso en dos torrentes muy estrechos. La orilla quedaba tres veces más cerca, fueras por el lado que fueras. El Frente controlaba ambas orillas.

—Quien tenga armas, que las prepare —anunció, lúgubre, un miembro de la tripulación—. Sería un milagro que no tengamos que usarlas.

Conforme entraban en el desvío, el tiroteo se intensificó. Una pequeña lancha de patrulla que iba tras ellos recibió un impacto de cohete y se hundió. Por encima de sus cabezas pasaban balas trazadoras rojas, y los marines heridos intentaban responder al fuego. Algunos emplearon los dientes para liberarse de los vendajes de sus manos. Uno que no conseguía apretar el gatillo de su fusil se lo dio a otro que sí podía. El suboficial al timón pidió que todo hombre a bordo tomase un arma, se acercase a la borda y devolviese el fuego. Greenway hizo lo que le ordenaban disparando ciegamente hacia la orilla del río, primero desde un lado y luego desde el otro. Roberts se negó: se suponía que los periodistas eran no combatientes.[2]

Parecía que la lancha apenas se moviera río abajo. Uno de los hombres de la CIC preguntó:

—¿Se está moviendo esta lancha?

Tardaron horas en llegar al mar de la China Meridional. La mayor parte de los disparos cesaron a la media hora de pasar por delante de la isla y dejar atrás la Ciudadela. Uno de los canadienses, mayor del ejército, sacó una botella de Ambassador Scotch de su chaqueta. Se la dio a los marines, que se la fueron pasando ávidamente, y la acabaron en cuatro minutos: Roberts lo cronometró. Luego el canadiense les dio otra. Les explicó que había pasado por el Cercle Sportif cuando bajaba por la calle Le Loi, aquella mañana, y había confiscado cuanta botella pudo transportar. Llevaba los bolsillos de su chaqueta y de sus pantalones de combate llenos de ellas. Tras un rato, Roberts, los marines y algunos de los demás miembros de la CIC se sentaron

en círculo, pasándose una botella.

En cuanto llegaron al mar de la China Meridional, el barco comenzó a zarandearse y cabecear. Había olas de tres metros. Uno de los polacos se acercó al círculo y preguntó al mayor canadiense, en un inglés entrecortado, si tenía pastillas de Dramamina contra el mareo.

—Las vi en el escritorio de su habitación —dijo.

—Dios, con las prisas olvidé traer la Dramamina —respondió el mayor.

El polaco fue dando tumbos hasta el otro lado, asomó la cabeza a la barandilla y vomitó.

Luego el mayor sacó un frasco de pastillas de uno de sus muchos bolsillos y le dio vueltas en la mano.

—Que se joda —dijo, señalando al polaco mareado—. Va con el otro bando.

Los que tenían un estómago más resistente continuaron con el whisky escocés hasta bien entrada la noche. Siete horas después de comenzar el viaje de noventa y dos kilómetros acabaron en un muelle de Da Nang. La mujer filipina cruzó la pasarela y luego se dio la vuelta para coger a su hijo de brazos de un miembro de la tripulación. Lo abrazó, feliz.

—¡Hemos llegado! —decía—. ¡Hemos llegado!

Roberts no se dio cuenta de lo borracho que iba hasta que se puso de pie. Se abrió camino hasta la barandilla, descendió del barco y no consiguió pisar la pasarela. Sus nuevos amigos lo pescaron del agua.^[3]

El infierno es una mierda

Las tres compañías de Cheatham habían estado combatiendo con el parque y el río a su derecha, y con los edificios y casas a su izquierda. De modo que en los días previos, la mayor parte de los disparos dirigidos hacia ellos había provenído de su flanco izquierdo. Ahora, conforme daban un giro a la izquierda y comenzaban a avanzar por la orilla este del canal Phu Cam, la mayor parte de los disparos les llegaba desde la derecha.

El enemigo ocupaba casas a ambos lados del canal, que no era tan ancho como el río Huong, de modo que los disparos eran efectivos desde ambas orillas. Los marines lucharían manzana por manzana hasta el extremo sur del triángulo y volverían a girar a la izquierda, pasando por los barrios menos habitados que había al sur de su dirección inicial. Al final acabarían encontrándose con el batallón de Gravel, que cada día avanzaba más hacia el sur y el este desde la base. Había llegado hasta el puente An Cuu y estaba protegiendo a los ingenieros que tendían un pontón sobre él para reabrir la Autopista 1. De modo que estaban expulsando al Frente del triángulo. Cada vez más se movía por los pequeños afluentes y canales de los extremos del triángulo. Los francotiradores disparaban desde el otro lado del agua y los hombres de Hoang lanzaban ocasionales ataques nocturnos a través de los numerosos puentes más pequeños. Los combates ya no eran tan intensos como antes, pero eran constantes y mortales. Seguirían así durante dos

semanas más.

La franja más importante del sur de Hué, la orilla sur del río Huong, estaba asegurada. Todos los edificios grandes e importantes a lo largo de la calle Le Loi estaban ocupados por marines y, cada vez más, soldados del ERVN. El sábado por la mañana, Steve Berntson caminó por la amplia avenida, serpenteando entre los escombros, cuerpos y vehículos calcinados, hasta llegar a la base. Había escrito una de sus crónicas y buscaba quien lo llevase a Da Nang. Los soldados del ERVN que vio durante el paseo le sorprendieron por su indisciplina, mala formación y avaricia: estaban saqueando a plena luz del día. Los mejores soldados survietnamitas estaban combatiendo al otro lado del río, en la Ciudadela. Estos, en cambio, corroboraban la mala opinión que tenían los marines de sus aliados survietnamitas.

Cuando Berntson llegó a la base, Walter Cronkite estaba allí. Los informativos nocturnos de Cronkite llegaban a decenas de millones de espectadores, así que para los estadounidenses su cara y su voz eran reconocibles de inmediato. Esa mañana vestía un uniforme de combate nuevo, chaleco antimetralla y botas, y estaba entrevistando al coronel Hughes en el bar de oficiales de la base, bajo brillantes focos. Berntson, que iba sucio y sin afeitar, escuchó un rato y luego robó algunos de los sándwiches de mortadela con olivas que habían preparado por la visita del presentador. Sus manos estaban tan sucias que el pan estaba marrón antes de acabar el último bocado. Estaba delicioso. Luego cogió sopa de pollo con fideos y café.

Los rumores de que el presentador de la CBS iba a llegar se habían extendido la noche anterior. Habían preguntado al teniente Smith si la zona era lo suficientemente segura para traer a Cronkite para una visita: su Compañía Alpha se encontraba ahora en la esquina nordeste del triángulo, donde el río Nhu Y se unía al Huong, justo antes de llegar a un estrecho puente hacia Dap Da, donde el Frente aún era fuerte. El coronel Gravel fue a inspeccionar el lugar en persona aquella mañana. Él y Smith estaban atravesando una estrecha calzada cuando hubo una explosión de humo blanco al otro lado, y luego un cohete, al principio solo un punto negro a lo lejos, vino directo hacia ellos. Parecía como si tan solo flotase pero se fuese

haciendo cada vez más grande. En medio de su zancada, Smith pensó: *¡Esa cosa me va a dar!* Pasó de largo, pero rozó la parte inferior de su pierna con una de sus aletas. Ese pequeño toque fue suficiente para desviarlo hacia arriba. Ejecutó una lenta parábola a través de la calle antes de explotar sobre una anciana, matándola de inmediato.

La herida de Smith era leve, de modo que Gravel y él siguieron; buscaban el pelotón comandado por el teniente Allen Courtney, que noches atrás había atravesado a nado el canal Phu Cam con refuerzos. Courtney era el tipo de hombre para el que se había inventado la guerra. Incluso los marines lo consideraban un salvaje. Alto, de cabello claro, siempre con una sonrisa que apuntaba a la carcajada, le gustaba volar cosas. Una vez había llenado una pesada bobina de alambre de espino (venía en rollos del tamaño de barriles de cerveza) con C4, le había añadido una mina Claymore y la había llevado rodando hasta la cima de una pequeña colina en el perímetro defensivo de la base. Cada vez que había incluso el más mínimo movimiento más allá de la línea (por ejemplo, una ardilla), el teniente pedía permiso para detonarlo.

«No», respondía su comandante, que no quería animar este tipo de comportamientos.

Al final Courtney lo detonó sin permiso —«era una emergencia», juró con aquella mueca—. La cosa hizo tanto ruido y era tan potente que voló la cima de la colina.

Si Courtney no hubiera sido un oficial de combate tan eficaz le habrían quitado el mando a causa de este tipo de cosas. La cuestión es que sus hombres lo adoraban.[1] Aquella mañana, cuando Smith y Gravel llegaron a su posición, los recibió un sargento de pelotón que les dijo, entusiasmado, que habían rechazado un ataque desde el puente la noche anterior. Uno de los hombres que habían matado era muy grande, tanto que sospechaban que quizás fuera chino, un asesor.

—¿Tenéis el cuerpo? —preguntó Gravel.

—Está ahí, en el puente —respondió el sargento, señalando. En efecto, ahí estaba. Courtney había sentado el cuerpo en una silla de cara al otro lado. Ahí estaba aún, con las piernas cruzadas, un cigarrillo en la boca y un ejemplar de *Playboy* en su regazo.

El devoto y santurrón Gravel estaba furioso. Profanar cadáveres era obsceno y una violación de la política oficial del Cuerpo de Marines y de la Convención de Ginebra. Pidió a Smith que le pasase de inmediato papeles para un consejo de guerra para Courtney.[2] El coronel decidió también que llevar a Cronkite allí para echar un vistazo era mala idea.

El presentador estaba en Vietnam para dar un toque personal a un documental de la cadena que evaluaría el progreso de Estados Unidos en la guerra. Las noticias de la noche de la CBS habían estado emitiendo últimamente una notable cantidad de videoreportajes del frente, obra de John Laurence, Don Webster, Bert Quint, Dan Rather, Robert Schakne, Morley Safer y muchos otros periodistas que trabajaban duro. Era la mejor cobertura televisiva del frente. Cronkite quería unirlo todo y añadir su sello personal. Tras quejarse la semana anterior, en Nueva York, de la disparidad entre las crónicas de noticias y la versión oficial, había decidido ir para ver la guerra por sí mismo. Había sido corresponsal de guerra durante la segunda guerra mundial, uno de los primeros en acompañar a una peligrosa misión de bombardeo sobre Alemania, en un B-17. Era parte de una generación que instintivamente respetaba a los militares. Pero ahora se sentía engañado. Creía que había sido desinformado por las fuentes oficiales, y había ido hasta el presidente de las noticias de CBS, Dick Salant, para presionar a favor de un documental que aclarase las cosas. Se centraría en la Ofensiva del Tet, pero daría a Cronkite la oportunidad de evaluar el esfuerzo bélico general, lo que implicaría alejarse de su enfoque habitual al presentar las noticias. Al presidente de la compañía no le preocupaba tanto que su presentador se pronunciase como enviarlo a donde pudieran herirlo.

—Me parece una tontería arriesgar tu vida en una situación como esta, arriesgar la vida de nuestro presentador —dijo Salant—. Pero si vas a ir, creo que deberías hacer un documental acerca del viaje, de por qué has ido, y quizás entonces debas decir algo acerca de cómo va y cómo debería ir la guerra en ese punto. —Salant dijo que la cadena había recibido críticas por antibelicista y por probelicista a partes iguales. Creía que había hecho su papel de un modo justo y ecuánime—: De modo que, si tenemos esa reputación, podría resultar positivo, si la gente confía tanto en nosotros, si

confía tanto en ti, que digas lo que piensas. Diles lo que ves desde el terreno. Cuál es tu opinión.

El presentador no había criticado la guerra. No tenía problemas morales al respecto, y tendía a creer los informes que emitía. Pensaba que la empresa era demasiado ambiciosa: intentar ganar una guerra no solo militar sino políticamente, intentar obtener la paz y la batalla al mismo tiempo... pero creía que el esfuerzo valía la pena, y aun siendo escéptico, lo apoyaba. También él leía los diarios y estaba al tanto de cómo las crónicas de los periodistas de prensa escrita, desde Vietnam, contradecían la línea oficial frecuentemente. También se daba cuenta de que oponerse a la guerra se había puesto de moda, en especial entre los jóvenes y los intelectuales. Pero las fotos y las crónicas que sus propios periodistas le enviaban resultaban perturbadoras. Por ejemplo, se había sorprendido, como todo el mundo, por la crónica de Safer desde Cam Ne que mostraba marines incendiando tranquilamente cabañas de vietnamitas. Pero ni la CBS ni ninguna otra cadena televisiva había unido estos informes en una contranarrativa coherente. Lo habían molestado, pero no lo habían hecho cambiar de opinión.

Sin embargo, el Tet amenazaba con hacer exactamente eso. ¿Era posible que lo que le habían contado, lo que él había estado transmitiendo cada noche durante años, fuera una mentira? De ser así, era una traición, tanto profesional como personal. Habían usado su reputación. Eso lo enfadaba. Si había sucedido, debía corregirlo, incluso si eso implicaba abandonar su estricta neutralidad periodística, uno de sus valores fundamentales.

Y nada más llegar a Vietnam, las peores sospechas de Cronkite se confirmaron. Si Estados Unidos lo tenía todo bajo control, como afirmaba Westy, ¿por qué todos los aeropuertos del país estaban cerrados? Su vuelo tuvo problemas para hallar dónde aterrizar. ¿Por qué le habían prohibido, a él y a sus productores Ernie Leiser y Jeff Gralnick, siquiera visitar Khe Sanh? Les habían dicho que era demasiado peligroso. Y luego, cuando había entrevistado a Westy, con su uniforme nuevo y recién planchado y un AK-47 cromado en su oficina como atrezo, el general había parecido incluso más arrogante de lo habitual. Repitió la versión oficial de que el Tet había sido un gran éxito para sus fuerzas. Declaró que la batalla de Hué había acabado.

Dijo que las fuerzas estadounidenses y del ERVN habían infligido allí una severa derrota a diez mil combatientes del EVN y del VC, contradiciendo alegremente su declaración anterior de que solo había unos pocos cientos de soldados enemigos en la ciudad. Luego Cronkite voló a Hué, donde diez minutos sobre el terreno bastaron para hacerle comprender que nada de todo aquello era verdad. La batalla aún se libraba.[3]

Los hombres atrapados en la batalla parecían contentos —incluso encantados— de verle. Justo el día anterior, en una reunión informal con su equipo, donde hablaban de la gente famosa a la que les gustaría conocer algún día, uno de los oficiales de Gravel, el capitán Jim Gallagher, había dicho «Walter Cronkite». Estaba inclinado sobre un mapa cuando Gravel entró con el presentador.

—Perdona, Jim, aquí hay alguien que quiero que conozcas —dijo Gravel.

El capitán se quedó tan sorprendido que apenas pudo tartamudear un saludo.

La mayor parte del auténtico periodismo de guerra que daría sustancia al documental, que se emitiría a finales de mes, estaba firmado por Laurence, Webster, Keith Kay y otros. Su trabajo en medio del combate, que mostraba marines sucios y sudorosos arriesgando sus vidas, y capturaba escenas de muerte y destrucción por toda la ciudad, proporcionó un telón de fondo realista a los comentarios y análisis del presentador.[4] A Cronkite lo mantuvieron alejado del combate y de feas escenas como el cadáver enemigo profanado. Condujo sus entrevistas en zonas relativamente seguras, pero los que hablaron con él ante la cámara, en especial Hughes y Gravel, no pretendieron edulcorar las cosas. El enemigo en Hué no estaba derrotado. La Ciudadela proyectaba su sombra sobre el río como la misma muerte. Y dos días después, Cronkite voló en un helicóptero con bolsas de cadáveres y marines heridos. Había visto suficiente para convencerse de que no le habían dicho la verdad.

Por aquel entonces, todo periodista en el mundo interesado por la guerra estaba intentando llegar a Hué. Uno de ellos, un hombre bajo, delgado, de veintisiete años pero con una incipiente calvicie, cara ancha y enormes gafas que le hacían parecer un insecto, era Michael Herr, corresponsal de la revista

Esquire. Herr seguramente haría más que ningún otro escritor por enmarcar la historia para sus lectores estadounidenses: no solo la historia de Hué, sino de toda la guerra. A diferencia de la mayoría de los periodistas que mendigaban transporte por Vietnam, abriéndose camino como podían hacia las zonas de guerra, Herr no enviaba regularmente crónicas y fotos. Tomaba notas, conocía a gente, observaba, escuchaba y se iba empapando. Su trabajo era conscientemente literario: había colaborado con una revista literaria en la Universidad de Siracusa editada por Joyce Carol Oates. Nunca había trabajado como corresponsal para ningún diario, ni compartía la manía de la profesión por encontrar los datos verificables que aferraran a la realidad sus historias. Herr era un soñador. Había llegado a Vietnam un año atrás, recién divorciado, con un billete de avión pagado por la revista y quinientos dólares. Harold Hayes, el editor que lo había enviado, diría más tarde que se olvidó completamente de Herr en cuanto este partió, pero la verdad es que mantenían correspondencia. Hayes estaba ansioso por encontrar a alguien que escribiera acerca de la guerra en el estilo del periodismo de altos vuelos por entonces popular en la élite periodística. Apodados «los Nuevos Periodistas», escritores como Tom Wolfe, Gay Talese, Norman Mailer, Joan Didion, Gloria Steinem y otros publicaban incendiarios artículos de no ficción en revistas como *Rolling Stone*, *Harper's*, el *Atlantic Monthly* y *New York* —y ocasionalmente en *Esquire*— que ignoraban todas las convenciones del periodismo escrito. Sus crónicas y ensayos estaban imbuidos de sus propios puntos de vista (a menudo se ponían como protagonistas) y contaban con personajes, escenarios, acción y diálogos perfectamente trazados, a menudo menos preocupados por los hechos que por los *sentimientos*. Todas las revistas buscaban al siguiente gran Nuevo Periodista, y todo joven escritor con ganas de narrar historias reales quería serlo.

Herr llegó hasta Hué en un convoy desde Phu Bai: el puente de pontones había reabierto, por fin, la autopista. Posteriormente escribiría que la atmósfera en el camión en el que se sentó junto a los marines era «como la del vestuario antes de un partido que nadie quiere jugar».[5] En el mismo camión viajaba Dale Dye, el corresponsal de los Marines, que regresaba para su segunda visita a la batalla. Herr describiría a Dye en su crónica «El

infierno es una mierda»: «Se sentó con una alta flor amarilla sobresaliendo de su cubrecasco, un objetivo que resaltaba. Giraba sus ojos en todas direcciones y decía: “Oh, sí, oh, sí, Charlie se lo ha montado bien aquí, esto va a ser *malo*” mientras sonreía feliz. Era la misma sonrisa que le vi una semana más tarde, cuando una bala de francotirador hizo un agujero en una pared cinco centímetros por encima de su cabeza: una rara causa de diversión en cualquiera que no sea soldado».[6]

A Dye, Herr le parecía un hippie.

En una carta a Hayes de aquel mismo día, Herr escribió:

Los últimos diez días han sido increíbles. Incluso los corresponsales más experimentados se han visto sorprendidos por la ofensiva, y, lo que es más, por la demente reacción estadounidense a ella [...] He atravesado tantas ciudades y aldeas destrozadas que se mezclan en mi cabeza. Aquí, en Hué [...] la destrucción ha sido increíble, con ataques aéreos demoliendo manzanas enteras de la única ciudad realmente bella de Vietnam, destruyendo la universidad,[7] las murallas de la Ciudadela y, probablemente mañana, la Ciudadela misma. Ayer por la mañana, en Cho Lon, iba sentado en el asiento izquierdo de un jeep blindado cuando un obús de mortero explotó a diez metros de nosotros. Mi mochila salió disparada por encima de mi hombro y un trozo de metralla de diez centímetros, incandescente, se clavó en ella; otro fragmento le dio al conductor y lo dejó ciego del ojo izquierdo. [El Vietcong] lucha como mínimo igual de bien en las ciudades que en el campo, y creo que, con el tiempo, podrían tomar Saigón. Ahora mismo, con unos 1.500 hombres,[8] han paralizado la ciudad, y ningún estadounidense con poder lo admitirá ni otorgará al Vietcong el respeto que se ha ganado con esta ofensiva. Allá donde no hemos sido engreídos, hemos sido histéricos, y vamos a pagar por ello.[9]

Cuando los periodistas bajaron del convoy, el coronel Adkisson se quejó:

—¿Quiénes son todos estos putos civiles?

—Medios de comunicación —respondió el capitán George Smith, oficial de información.

—Bueno, pues diles que no se entrometan —respondió el coronel—. Y apunta sus nombres. Quiero saber quiénes son y si deberían estar aquí.

Smith se paseó con su libreta e hizo que todos firmaran.[10] Adkisson decretó que de ese momento en adelante todos los periodistas que llegasen a la base deberían estar preparados para defenderla. Se les entregarían armas. John Laurence escribió en su libro *The Cat From Hue* cómo el capitán

entregó un fusil a Dana Stone, uno de los más importantes fotógrafos de la guerra, y se lo llevó a un emplazamiento de disparo en un extremo de la base:

«[Smith] señaló la ventana de la pared de un edificio que había a unos cincuenta metros [...] y le dijo que apuntase a una quemadura de disparo del tamaño de una sartén que había en el muro. “Veamos si sabes darle a algo”, le dijo. Con un movimiento fluido, Stone corrió el seguro con el pulgar, se puso la carabina al hombro, apuntó y disparó todo el cargador contra la pared, una bala tras otra, en rápida sucesión... Todos los disparos acertaron en medio de la quemadura».

Los disparos provocaron una furiosa descarga de represalia que puso fin a ese tipo de demostraciones.[\[11\]](#)

8

Su Rareza Real

La misma mañana en que Cronkite hacía sus entrevistas, un gran helicóptero Sea Knight aterrizaba en la ZA junto al río, cargado con dos «cuatro-doses». Eran morteros mucho más grandes que los que estaba empleando el batallón del coronel Cheatham. El cuatro-dos se apodaba así porque su diámetro era de 4,2 pulgadas (107 mm). Tenía un cañón estriado que lo hacía mucho más preciso que los morteros más pequeños de cañón liso. Pesaba doscientos noventa y cinco kilos, y podía lanzar un obús de dieciséis kilos a seis kilómetros de distancia.

Cada cuatro-dos venía con una tripulación de seis personas, de modo que había una docena de hombres con los morteros aquella mañana. Entre ellos estaba Ed Landry, un marine de veintidós años de Lynn, Massachusetts, que escribía un diario.

10 de febrero, Hue [...] El helicóptero rozaba los arrozales conforme zigzagueaba rugiendo hacia la ciudad. ¡Qué viaje! Mejor que ninguna montaña rusa que se pueda imaginar. Nos disparaban de lo lindo. Los artilleros de puerta respondían con sus ametralladoras. De repente el CH-46 ascendió, hizo medio giro y aterrizó en una pequeña ZA cerca de un enorme puente ferroviario cuyo centro estaba hundido en el río Perfume. Saltamos del helicóptero cuando la ametralladora cercana comenzó a disparar a un objetivo al otro lado del río. Conforme descargábamos nos recibió fuego de armas ligeras.

Llevaron a Landry y los demás miembros de su equipo,[1] junto con sus dos grandes armas, en camión a lo largo de la calle Le Loi hasta la universidad. Landry se sorprendió al ver los miles de refugiados que vivían allí, mayoritariamente hacinados en el patio central. Luego los llevaron hasta la que sería su posición permanente cerca de la orilla del río, un gran pozo que se había excavado junto al embarcadero. Ante ellos estaba la impresionante ruina del puente Truong Tien, y más allá, las altas murallas de la Ciudadela. De su interior surgían columnas de humo negro. A su derecha estaba la isla de Hen. Su identificador de radio era «Whiskey X-Ray». Les cedieron un espacio para dormir en una casa de piedra de dos habitaciones que quedaba justo enfrente de su emplazamiento de tiro, al otro lado de la calle. Tenía un gran agujero en su tejado, de tejas rojas, debido a un obús de artillería.

Hay impactos de artillería por todas partes, sobre todo al otro lado del río [...] La ciudad está demolida hasta decir basta. Todos los edificios han sido incendiados o volados en pedazos. Hay marcas de balas y agujeros de obuses en todos ellos [...] Tengo un mal presentimiento con esta ciudad. No creo que vaya a salir vivo de aquí. No puedo quitarme de encima esta sensación. Es un mal lugar. La muerte planea sobre todos nosotros. Puedo sentirla. Puede que suene a locura, pero es como lo siento. Quiero salir de aquí lo antes posible. ¡Matemos a esos cabrones y larguémonos! Hay ataques aéreos al otro lado del río mientras escribo estas líneas. Una isla que hay a la derecha cuando miras al otro lado del río Perfume está siendo bombardeada con morteros. La isla está cerca y el ruido de las explosiones es muy fuerte. Si sales, las balas de los francotiradores zumban por encima de tu cabeza. Hay cadáveres de soldados del EVN en las calles y flotando en el río. El lugar huele a muerte.

Aquella primera noche recibieron una entrega de proyectiles de gas lacrimógeno, unos obuses grises con marcas de color rojo. Con el constante brillo de las bengalas sobre sus cabezas no tenían que encender las luces nocturnas alrededor de su posición para ver sus jalones de puntería. Landry tenía guardia hasta poco antes de medianoche. Se tiró boca arriba y observó las bengalas descender lentamente, en espiral. El encantamiento acabó cuando soldados enemigos, que se habían acercado tanto como habían podido sobre el puente, comenzaron a dispararle... ¡a él!

Sus ametralladoras abrieron fuego y las trazadoras amarillas comenzaron a volar. Los marines de la ZA abrieron fuego con sus ametralladoras y fusiles, y las trazadoras rojas de sus armas rebotaban sobre el puente de acero. El EVN comenzó a disparar obuses de mortero por todas partes. Al caer hacen un silbido fuerte. Me tiré cuerpo a tierra y observé el espectáculo. No podía tirar, puesto que el embarcadero se interponía en mi línea de disparo. Mientras todo esto sucedía, desde detrás de la isla llegaron dos pequeñas lanchas de la Marina remontando el curso del río y disparando sus ametralladoras contra el puente. A su vez, desde la Ciudadela comenzaron a dispararles. ¡Había balas trazadoras por todas partes, alrededor de las lanchas y a mi alrededor! Me arrastré hasta el parapeto del emplazamiento, que habíamos fabricado con cajas de munición rellenas con tierra, para salir de la línea de fuego y contemplar el espectáculo. De repente, y quiero decir realmente de repente, los disparos cesaron. No más combates, no más ruidos. Acabó así de rápido. Las lanchas de la Marina volvieron a bajar por el río.

Whiskey X-Ray tuvo su primera misión de disparo aquella noche.

El 5.º de Marines pidió apoyo. Disparamos cinco o seis obuses en la Ciudadela para ellos. Las armas hacen un ruido tremendo cuando funcionan. El ruido se magnifica a causa de la cercanía de las casas. Así pasó la primera noche en Hué.

La ventaja en armamento iba pasando gradualmente al bando estadounidense. Ahora tenían dos ZA y el embarcadero, y el puente de pontones había reanudado el tráfico desde Phu Bai, de modo que el flujo de hombres, armas y munición tomó ritmo. Si bien no hubo un cambio radical público en el CAMV, el enorme volumen de tropas estadounidenses y armamento que ahora fluía hacia la ciudad era una aceptación implícita de que su evaluación acerca de Hué había sido errónea. La presencia enemiga era enorme. Se había abandonado la noción de que se podría retomar fácilmente la ciudad.

La Compañía Fox de Downs ocupaba un complejo de apartamentos en la orilla este del canal. Mientras se establecían allí, el teniente Hausrath, el oficial que llevaba *Rat* escrito en la parte delantera del casco, llegó con refuerzos. Reunió a los nuevos y a los veteranos para hablar con ellos, pero hubo una interrupción: había francotiradores al otro lado del río y estaban disparando con precisión sobre su posición. El teniente se puso a hacer de observador, hablando al equipo de los morteros de 81 mm por radio,

intentando dirigirlos hacia allá donde veía destellos de disparos. Iba hasta la ventana, miraba por los binoculares y regresaba para transmitir las coordenadas. Conforme los obuses de mortero comenzaron a caer se entusiasmó. Estaba en la ventana, con los binoculares en los ojos, cuando una bala le acertó de pleno en el pecho. Lo lanzó hacia atrás y murió rápido. La bala había atravesado el corazón.

—Joder, estaba comenzando a sentirme unido a él —dijo Tom *Bernie* Burnham, un cabo.

McCoy había intentado detenerlo, pero el teniente lo había ignorado.

—¡Pues al menos abróchate el chaleco antimetralla! —había gritado McCoy.

El capitán se tomó mal la noticia. Acudió a ver el cuerpo de Hausrath y luego reunió a los miembros de su Tercer Pelotón. Solo quedaban doce de los cincuenta originales.

—Lo habéis hecho estupendamente —les dijo.

Conforme el barrido avanzaba, la Compañía Hotel encontró a Jim Bullington, el funcionario del servicio diplomático que se había ocultado con dos sacerdotes franceses. Varias veces, miembros del Frente habían llegado a la puerta de la rectoría (Bullington estaba preparado para simular que era un sacerdote canadiense de visita), pero nunca habían entrado. Cuando los hombres de Christmas avanzaban hacia el sur, con ayuda de la batería de artillería de Phu Bai, el edificio de dos pisos de la rectoría recibió un impacto directo que voló su piso superior. Bullington y los sacerdotes se habían refugiado bajo las escaleras y quedaron indemnes. Oyeron voces estadounidenses fuera y Bullington los llamó con alegría. A fin de no revelar a los vecinos que los sacerdotes habían refugiado a un estadounidense, lo envolvieron en una sábana y lo sacaron como si se tratase de un marine herido. Se dio a los sacerdotes la oportunidad de irse, pero prefirieron quedarse.

Peter Braestrup, periodista del *Washington Post*, entrevistó a Bullington poco después de su rescate. Lo describió como un hombre «fornido», vestido «con camisa blanca y pantalones negros», decepcionado por el retroceso que la Ofensiva del Tet había causado en los esfuerzos estadounidenses por

pacificar la provincia.

—Estaba habiendo progresos en Quang Tri hasta que esto ocurrió —dijo Bullington. Prefirió no dar detalles de sus once días oculto. No quería que quienes le habían ayudado se convirtieran en blanco de represalias.[2] Lo llevaron en helicóptero hasta Da Nang, donde fue interrogado acerca de sus experiencias, en parte por el propio embajador Bunker. Bullington dijo al embajador que los marines habían destrozado y saqueado la oficina del francés que le había salvado la vida, Albert Istvie, en la central eléctrica, así como el despacho de su jefe, y se habían llevado whisky y dinero. Bunker envió un cable al general Cushman exigiendo que se investigara el incidente. [3] Luego, el funcionario del servicio diplomático inició un decidido esfuerzo por localizar a su prometida, Tuy-Cam.

El mismo día que Braestrup habló con Bullington encontró al coronel Cheatham muy jactancioso.

—Debo de tener una banda de gánsteres de Chicago o Detroit —dijo—. Son realmente buenos en combate callejero.

El periodista encontró también al capitán Christmas relajándose, fumando un cigarro y observando desde una ventana del piso superior cómo un grupo de sus hombres entraba en una casa detonando explosivo C4. Combatir en la ciudad tenía pocas ventajas, pero una de ellas era conseguir encontrar un tejado o balcón alto desde el que los oficiales pudieran observar a sus hombres.

—Este tipo de combate es ideal para líderes de escuadrón —dijo Christmas. Braestrup pensó que el capitán parecía aburrido, y caminó con él cuando bajó a la calle para charlar bajo la llovizna gris con su teniente por radio.

—¿Necesitáis más C4 para abrir brechas? —preguntó Christmas—. ¿Podéis seguir sin él? De acuerdo, entonces continuad. Intentaré conseguirlo lo antes posible.

Un grupo de civiles vietnamitas apareció por la calle y Christmas dio órdenes de que se los llevase a la retaguardia. Uno de los hombres, custodiado por un «marine mugriento», según Braestrup, vestía un uniforme del ERVN y otro negro debajo.

—¿Es un VC o qué? —preguntó el marine al capitán—. Nunca se sabe.

—Tratadlo como PDG[*] hasta que lo podamos entregar al batallón —dijo Christmas—. Que ellos se encarguen.

Christmas subió por la calle para hablar personalmente con su teniente. A algunos de los soldados no les gustaba verlo a descubierto.

—Si el *capi* muere, nos quedamos sin nadie que nos dirija —se quejó uno de ellos al periodista.[4]

Con los refuerzos diarios llegó Lonny Connelly, un oficial médico. Vino tras un vuelo espeluznante, en el que el helicóptero pasó rasante sobre las aguas del Huong antes de ascender y aterrizar en la ZA del parque. En la base le presentaron a otro oficial médico.

—¿Qué unidad es esta? —preguntó Connelly.

—Es el Segundo Pelotón de la Compañía Fox —respondió el hombre. Le explicó que estaba allí como préstamo de la Compañía Golf.

—¿Por qué? —preguntó Connelly.

—Porque Fox ya ha perdido tres oficiales médicos.

Ahora que Connelly estaba allí, el veterano oficial médico le dijo que regresaría a Golf.

—Acaban de perder otro oficial médico —le explicó.

Connelly dejó de hacer preguntas. A la mañana siguiente, al avanzar con el Segundo Pelotón, los marines le dijeron con sinceridad, no exenta de cierto toque de crueldad, que los oficiales médicos duraban una media de tres días.

En ese momento, Connelly comenzó a repasar la serie de malas decisiones que lo habían llevado hasta Hué. Se había alistado en la Armada específicamente para evitar Vietnam. Era un chico normal de diecinueve años que trabajaba en un colmado de Baltimore, ahorrando para comprarse un coche, cuando la junta de reclutamiento le envió la notificación. Connelly supuso que, si lo reclutaban, con toda seguridad acabaría en Vietnam, y dado que era una guerra terrestre, se encontraría a salvo si trabajaba en un barco. De modo que se enroló en la Armada, aunque tuvo que hacerlo por el doble de tiempo.[5] En el campamento de instrucción le dieron un formulario que debía rellenar, en el que le pedían que enumerase sus preferencias en cuanto a tareas militares. Le gustaba dibujar y pintar, de modo que puso el trabajo que

le pareció más cercano al arte: «Ayudante de fotógrafo». Tenía experiencia con estanterías y almacenes, de modo que seleccionó «almacenamiento». En tercer lugar escogió *yeoman*, que significaba trabajo de oficina: Connelly tenía un título de secundaria y se veía a sí mismo yendo a la universidad y estudiando administración de empresas. Había cinco casillas que marcar, de modo que para cuando llegó a la última, dado que era irrelevante, seleccionó «oficial médico» porque su madre era enfermera y de vez en cuando él la había ayudado en el centro quirúrgico en el que ella trabajaba. Allí había aprendido que no le importaba ver sangre, de modo que, pensó, si se daba la situación, un empleo como médico a bordo podía estar bien.

La tinta aún no se había secado en el papel y su destino ya estaba sellado. Connelly no lo sabía, pero acababa de comprar un billete directo no solo hacia Vietnam, sino a uno de los trabajos que allí eran más peligrosos. En aquel momento, los marines tenían mucha más necesidad de oficiales médicos que la Armada de fotógrafos, mozos de almacén o administrativos... o de ninguna otra cosa. Realizó su formación en Camp Lejeune, entrenó durante seis meses en el Hospital Naval de Filadelfia y al cabo de poco tiempo aterrizaba en el parque Doc Lao.

Otro de los novatos fue al escuadrón de Chris Brown, el marine que había impresionado a su mujer en Brooklyn con su manera de bailar. El escuadrón había quedado reducido a solo dos hombres, de modo que les enviaron a aquel soldado raso totalmente principiante de Brunson, Carolina del Sur, llamado Wayne Crape. Todo en el chico (solo tenía dieciocho años) era nuevo: su uniforme, su casco, su chaleco antimetralla, incluso su fusil. Llevaba nueve días en Vietnam; seis meses atrás aún estaba en el instituto. Brown no sabía ni por dónde empezar.

—Mira, tú solo mantente cerca de mí —le dijo.

Dos horas más tarde estaban avanzando en medio de una columna, atravesando patios y casas, cuando sonó un disparo y Crape cayó tras unos matorrales bajos. Le habían atravesado la sien derecha de un disparo. La sangre caía a borbotones sobre la acera.

—¡Oficial médico! —llamó Brown conforme el tiroteo se intensificaba.

Connelly respondió. Se había puesto a cubierto tras un muro cuando

comenzó el tiroteo, tan asustado que había tenido que abrazarse las rodillas con los brazos para detener su temblor. Pero, cuando lo llamaron, fue. Se acuclilló junto a Crapse, que estaba inconsciente pero aún vivo y respirando. Connelly sabía que incluso con una herida tan fea en la cabeza como esta había una oportunidad. Se sintió totalmente expuesto. Se dio cuenta de que la víctima había estado de pie cuando le dispararon, y dado que ahora ambos estaban a nivel del suelo se tranquilizó un poco. Él y Brown arrastraron a Crapse a un patio y Connelly se puso a trabajar. Era la primera vez que trataba una herida en combate, y sentía que todas las miradas estaban fijadas en él. Si salvaba al soldado, demostraría que era un buen oficial médico; si lo perdía, que era uno malo. Aplicó una gasa gruesa de campaña al agujero de la sien de Crapse y envolvió fuertemente la cabeza con vendas para detener la hemorragia. Luego forcejeó unos momentos para abrir un paquete de vía intravenosa. Pasó una botella de suero a Brown. «Tú eres el soporte de la intravenosa, así que aguanta esta botella», le dijo. Luego volvió a trabajar, intentando encontrar una vena, y finalmente lo consiguió. Crapse estaba aún vivo cuando se lo llevaron en una camilla, y Connelly se sintió bien. Había hecho todo lo que había podido. Creía que había demostrado que incluso con una herida tan mala como aquella, si conseguía llegar a tiempo, el tipo tenía una oportunidad. En el caso de Crapse, duró hasta llegar a la mesa de operaciones de Da Nang, donde murió.

Este sería el primero de muchos heridos para Connelly. Después de algunos días, su uniforme estaba tan marrón y rígido a causa de la sangre que parecía almidonado. La sangre se abrió paso hasta el mecanismo de su reloj y lo paró.

Para los soldados rasos, que carecían de una perspectiva de la batalla, cada día resultaba igual al anterior. Comenzaban a avanzar por la mañana, pasando por nuevas calles y entrando en nuevas casas. Cada día caían más de ellos. Por la noche se reunían en una casa asegurada para descansar. Aún había abundancia de alcohol. Unos cuantos tragos de coñac, vodka o whisky ayudaban a quitarse de encima el constante y opresivo frío y templaban unos nervios hechos trizas. Brown encontró una cámara y él y sus colegas posaron para fotos, con un aspecto desharrapado y sucio. Sonreían. También encontró

una grabadora de casete. Tenía una más grande en su mochila, en Phu Bai. Él y su esposa, Maddy, se grababan cintas y se las enviaban cada pocos días, pero desde que se había tenido que separar de su equipo no había podido hacer ninguna. De modo que empleó esta para hacer una grabación para ella. Cada vez que, mientras hablaba, había una explosión o sonido de ametralladoras se apresuraba a tranquilizarla: «No te preocupes por eso, está lejos de mí».

También Connelly hacía grabaciones para mamá y papá, para el cual hacía lo opuesto. Su padre quería todos los detalles escabrosos. Connelly aguantaba el micrófono para capturar los sonidos y, demostrando su recién adquirida experiencia en combate, iba comentando qué explosiones procedían de qué armas. Su compañero Gordon Broadfoot, otro oficial médico, grabó una cinta para su madre. Lo mismo que Brown hizo para su esposa, Gordon lo hacía para su madre, la tranquilizaba constantemente y le aseguraba que estaba a salvo. Cuando volvió a casa supo que su madre hablaba habitualmente por teléfono con la madre de Connelly, y que a ambas les costaba conciliar informes tan dispares. Posteriormente, el padre de Connelly le envió una cinta con *The Battle Hymn of the Republic* («Himno de Batalla de la República»), el himno de los Marines, y *Anchors Aweigh* («¡Anclas arriba!»), de la Armada. Algunas mañanas pedía al operador de la Armada que conectara su micrófono al radiocasete y emitiera las canciones.

Los hombres dormían apoyados contra las paredes porque había poco espacio y era más cómodo que estirarse sobre el duro y frío suelo. Arrancaban las cortinas de las ventanas de las casas más adineradas y las usaban como mantas, hasta que el capitán Downs los amonestó por ello, algo que no le granjeó precisamente su cariño. Los pelotones que descansaban en las diferentes casas tenían una agenda de comunicaciones establecida a lo largo de la noche, no por palabras, sino por clics de la emisora. Un pelotón tenía un identificativo de tres clics; otro, uno de cuatro. Era solo una señal para comunicar que todo iba bien. Nadie hablaba mucho. No había las timbas a las que los marines solían jugar en sus ratos libres. Estaban demasiado cansados para concentrarse, y el póker era un asunto serio.

Estaban física y emocionalmente entumecidos, cansados por la continua

necesidad de vigilar (sus vidas dependían de ello): por el miedo; por cargar armas pesadas y munición o arrastrar y transportar a los heridos; por el constante avanzar, agacharse, arrastrarse; por el inacabable frío y llovizna de febrero en el centro de Vietnam... Funcionaban a base de adrenalina, algo que no podía desconectarse. De modo que incluso cuando tenían horas de silencio y se sentían razonablemente cómodos con las espaldas contra la pared, la mayoría no conseguía conciliar del todo el sueño. Dormitaban con la cabeza entre las rodillas, el fusil en una mano y una granada en la otra. Era más como estar temporalmente *no despierto* que como dormir. Los operadores de radio (los mandos de cada compañía tenían dos, uno para comunicarse con sus líderes de pelotón y otro para hablar con el comandante del batallón) dormían sentados, espalda contra espalda. Ponían sus radios en modo «chapoteo», que significaba que había un continuo ruido blanco de estática que sería interrumpido por un momento de silencio si alguien en cualquier extremo de la línea presionaba el botón para decir algo. Su sueño era tan ligero que cualquier ruptura de ese chapoteo, un instante de silencio, era suficiente para despertarlos. Con el más mínimo ruido irregular, alguien pegaba un brinco y se daba cuenta de que se había dormido durante algunos minutos.

Bill Ehrhart, cuyo calendario «a corto plazo» de *Playboy* estaba ya en su última hilera de cuadros, había estado conduciendo el irregular surtido de vehículos que había reunido, yendo y viniendo de la base durante varios días. Tras haber sobrevivido un año entero en Vietnam, e incluso en esos terribles días corriendo bajo el fuego enemigo por las calles de Hué, había comenzado a hacerse la ilusión, a permitirse pensar en la posibilidad de sobrevivir. El centro de mando del batallón se había trasladado a dos manzanas al oeste de la base y se había establecido en una gran residencia de tres pisos abandonada. Allí habían encontrado cerveza tibia en la cocina; unas botellas marrones con etiquetas amarillas con una ilustración de un tigre, a las que no tardaron en apodar «meadas de tigre». Ehrhart estaba relajándose en un sillón en una habitación del segundo piso con su colega Kazunori *Kenny* Takenaga, un ciudadano japonés que servía en los Marines. Los habían asignado a seguridad, ayudando a vigilar desde una ventana enrejada una

hilera de casas ocupadas por el enemigo al otro lado de la calle. Gravel había ordenado que un Zippo las incendiase. Mientras esperaban a que llegase el tanque, Ehrhart había acercado el sillón a la ventana asomando el fusil a través de ella. Disparaba de tanto en tanto, cada vez que notaba que alguien se movía. Takenaga estaba sentado en la cama limpiando su fusil.

En algún momento Ehrhart se volvió descuidado. Se relajó tanto que dejó de mirar por la ventana y se puso a hervir agua en una lata para hacerse una taza de café instantáneo. De repente se encontró boca abajo en el suelo. Se sentía como si algo le hubiese arrancado la parte de atrás de la cabeza. *Esto es realmente malo*. Se tocó con la mano... ¡y su cabeza estaba intacta! Había esperado tocar sangre y cerebro. Se alzó sobre sus rodillas y solo entonces se dio cuenta de que estaba sangrando por muchos otros lugares. Un cohete había atravesado la verja de la ventana abierta y pasado entre la parte de atrás de su cabeza y la pared que había tras él. No le había dado por centímetros. La explosión lo había arrojado hacia adelante, le había reventado ambos tímpanos (quedaría sordo como una tapia durante semanas) y sacudió la parte de atrás de su cabeza con tanta fuerza que había mellado su casco: el metal tenía tal cráter en su parte trasera que ya no le cabía en la cabeza. La explosión destruyó la silla en la que había estado sentado y salpicó su chaleco antimetralla con metal, cemento y madera. Tenía cortes en el brazo y la pierna derechos y en la parte baja de la espalda, bajo el chaleco. Takenaga, que no llevaba puestos ni el casco ni el chaleco, presentaba heridas mucho más serias. Su brazo derecho había quedado casi amputado y tenía un grave corte en la cabeza.

No podían confiarse, y olvidarlo podía ser mortal. Los hombres se volvían huraños. Rehusaban formar amistades auténticas, o siquiera tomarse el pelo unos a otros. El presagio de cada intercambio de opiniones hacía difícil conversar. Cuando eres consciente de que cada palabra puede ser tu última palabra, o de que el tipo que está a tu lado puede morir al siguiente instante, es difícil bromear. Y, cada vez con más frecuencia, no se conocían realmente entre sí. Las constantes pérdidas por muerte y heridas, además de la política de hacer rotar a los marines en cuanto acababan sus trece meses, hacía que los escuadrones estuvieran siempre cambiando. No había nada

parecido a la cohesión en la unidad. Cada marine tenía los amigos que había hecho antes de que comenzara la batalla, y tenerlos cerca era reconfortante pero también preocupante. La mayoría había visto morir o quedar malheridos a amigos suyos, y había visto cómo se los llevaban a un destino incierto. Todos habían escapado de ese destino por los pelos. Vivían en lo que el corresponsal de guerra Dale Dye describiría más tarde como «la terrible extrañeza de la supervivencia cuando todas las probabilidades dicen que deberías estar muerto».[6] Algunas noches, alguien decía algo como *No voy a salir de aquí con vida* y, si después lo mataban, la frase se recordaba con admiración, como si hubiera predicho su propia muerte, pero las probabilidades eran tan altas que no había mayor misterio en ello. En Hué no era necesario ser un pesimista para creer que algo malo te iba a pasar. Era muy probable.

Estaban hartos de ver morir hombres. Al día siguiente de que mataran a Hausrath, Allbritton divisó a un oficial de alto rango caminando por el medio de la calle con un sargento de primera clase de batallón. Parecían creer que la zona era mucho más segura de lo que realmente era.

—¡Sacad vuestros culos de ahí! —gritó el cabo de veintidós años de Arkansas, intentando engolar la voz para sonar con más autoridad—. ¡No quiero que maten a mis hombres por sacar a rastras vuestros cuerpos de la calle!

Los hombres salieron corriendo a cubrirse y Allbritton huyó: no quería que vieran quién les había reprendido. Pero había tenido razón.

Allbritton obtuvo un nuevo uniforme el domingo, y pudo quitarse los harapos malolientes que colgaban de él. Improvisaron una ducha con un depósito de agua y consiguieron quitarse la capa acumulada de sudor y mugre y sangre y escayola. Su nuevo uniforme le iba tres tallas grande, pero estaba limpio. Se fueron pasando una maquinilla Gillette hasta que le llegó a él. Se afeitó dos semanas de barba. Uno de los últimos hombres en llegar al pelotón lo señaló y preguntó:

—¿Quién es el novato?

—Es el cabo Arkie —respondió uno de los veteranos, y explicó que Allbritton llevaba combatiendo con ellos desde hacía semanas.

—¡Cielos, se ve tan joven y angelical![7]

No importaba quién muriera, no había tiempo para llorarlo. Esto era algo que los perseguía. También había algo vergonzoso en una muerte violenta y despedazadora. No era algo racional. Cómo murieras rara vez era culpa tuya, pero parte del terror era el humillante espectáculo público: cuerpos rotos, entrañas horriblemente derramadas. No importaba cuán digno, admirado o querido hubiera sido un hombre en vida: aquí estaba, muerto de un modo repentino y público, a veces abandonado en alguna postura ridícula o sin un miembro. Un momento antes eras un líder de los que inspiran, como el sargento Alfredo González, y al siguiente no eras más que restos desmembrados y ensangrentados. Y aunque cada muerte resonaba con fuerza al otro lado del planeta, arrojando a familias e incluso comunidades enteras al llanto, y a menudo con consecuencias devastadoras durante generaciones, en Hué no había tiempo para detenerse y mirar, ni mucho menos para lamentarse. Los oficiales médicos ensamblaban el cuerpo, lo cubrían y lo retiraban. Un marine menos que tendría frío, que sufriría la humedad, que estaría asustado. Los muertos de los vietnamitas no disponían de un servicio de recogida tan eficaz. Ni siquiera había tiempo para enterrarlos decentemente. Se daba instrucciones a los hombres de cubrir con tierra solamente las cabezas de los cadáveres para tener a raya a las moscas y alimañas.[8]

Muchos hombres se sentían engañados. El resentimiento se iba abriendo camino en silencio. Sus líderes (los oficiales, no los sargentos de artillería ni los líderes de escuadrón que combatían codo con codo con ellos) eran implacables. Ordenaban a los soldados que avanzaran hacia el peligro, y cuando salían de él intactos, creyendo que habían escapado a duras penas a un destino terrible, les ordenaban hacerlo otra vez, y otra, y otra. Uno no podía forzar así su suerte durante mucho tiempo. Conforme sus filas iban adelgazando, comenzaban a creer que se les estaba pidiendo más de lo que jamás se debería pedir a nadie. ¿Por qué no los rotaban? ¿Por qué eran siempre ellos? ¿Acaso sus oficiales eran buscadores de gloria, ansiosos de medallas y promociones? Veían que los oficiales nunca estaban en primera línea. ¿Estaban muriendo y sangrando para impulsar las carreras de esos

hombres?

El oficial médico Connelly se vio convertido en un foco de interés para los que intentaban huir. Apenas había nadie que no hubiera recibido una o dos heridas. Circulaba la anécdota de un alto rango que durante una visita de inspección a los heridos en la base se detuvo para preguntar a un soldado cuántas veces le habían dado. El hombre respondió: «¿Quiere decir hoy?». La herida perfecta era una que no fuera mortal ni te dejara inválido ni desfigurado, pero que fuese lo suficientemente mala como para sacarte de allí. Algunas tenían mal aspecto y dolían mucho, e incluso sangraban un montón hasta que las limpiaban y vendaban. Entonces recaía en Connelly destruir la ilusionada mirada del marine con un «ya puedes irte» que significaba «esta vez no hay billete a casa». Todo el mundo acudía a él hasta con el más pequeño rasguño para documentarlo, porque tres heridas significaban tres Corazones Púrpura, lo que significaba que te sacaban de la línea de fuego. No era infrecuente que algunos hombres sacaran las manos fuera durante una descarga de mortero, con la esperanza de que la metralla les diera. El oficial médico era quien llevaba la cuenta.

Algunos eran descarados.

—Eh, doctor, mire qué hinchada está mi rodilla —dijo uno que fue a verle—. Tengo agua en mis rodillas. No puedo acuclillarme, no puedo arrastrarme, no puedo correr más por las calles.

Connelly empatizaba con él. Él también quería largarse. Pero hizo que el hombre estirase la pierna y palpó su rótula con dos dedos. Si hubiera habido fluidos en la articulación, habría sentido una resistencia. No era así.

—No —dijo—. No hay líquido. Ya puedes irte.

El líder del pelotón de Connelly insistió en que examinase personalmente a todos los hombres apuntados para evacuación.

Los hombres aprendían de primera mano a calcular la gravedad y los tipos de heridas. La metralla ardía. Era metal caliente. Si te daba la metralla, sentías como si alguien te tocara con fuego. Con una bala, lo primero que sentías, después del *shock* del impacto pero antes del dolor, era humedad. La metralla cauterizaba la herida al instante, pero las balas te hacían sangrar. Uno intentaba no pensar demasiado en ello. Hacerlo era tentar al destino. ¿Y

el miedo? El miedo era el aire que respirabas.

La mayoría aguantaba. El sol salía y ellos formaban y esperaban a que les ordenaran atravesar corriendo otra calle, trepar a otro muro, tirar abajo otra puerta, sabiendo todo el tiempo que podía ser su turno de pagar el precio. Art Marcotte, un soldado de Boston, se sentía a punto de vomitar de miedo cada vez que le ordenaban asomarse a una calle o atravesar un patio bajo fuego enemigo. Pero lo hacía.

La higiene era un recuerdo. Dado que la mayoría habían pasado del campamento directamente a Hué, no se habían bañado en semanas. Por las noches compartían un cepillo de dientes. Todos los hombres desprendían un olor corporal acre. Uno de los trabajos de Connelly como oficial médico era encontrar un lugar seguro para excavar una letrina, una trinchera. Buscaba una silla y le quitaba el asiento para que sirviera de inodoro. Un día, durante su segunda semana, la Compañía Fox pasó por una planta de tratamiento de residuos cerca del canal. Tenía grandes tanques de cemento divididos en segmentos radiales, donde se acumulaban los excrementos humanos antes de que se drenase el agua para el siguiente paso en su purificación. La explosión de un cohete arrojó a tres marines en uno de ellos, y dado que iban cargados con el equipo, corrían el riesgo de ahogarse. Connelly y otro oficial médico tuvieron que meterse en el tanque para sacarlos. No creían que fuese posible que los hombres olieran peor, pero tras aquello, comprobaron que sí.

En medio de todo ello estaban los tanquistas. Se hacían llamar Bandidos. Eran la Compañía H&S,^[*] Tercer Batallón de Tanques, y estaban en Hué por accidente. La unidad consistía en los cuatro tanques Patton, dos de ellos con cañón y dos de ellos, Zippos, que se encontraban de camino al embarcadero de Hué cuando comenzó la ofensiva. Los marines los habían incorporado al combate y eran demasiado valiosos para dejarlos ir. Sufrían constantes daños e impactos y constantemente perdían tripulantes. Hasta ahora solo uno había muerto (Bobby Hall) pero durante el curso de la batalla, tres cuartas partes de ellos resultarán heridos. Charlie West, comandante de un tanque Zippo, estaba tan convencido de que lo matarían que escribió una carta a su mujer diciéndole que siguiera adelante y encontrase otro hombre. Las tripulaciones cambiaban, pero los baqueteados tanques volvían una y otra vez a la carga.

Los Bandidos se mantenían aislados de los demás la mayor parte del tiempo. Dormían en la base por las noches cuando podían, reparando, recargando combustible y armas; y bebiendo... la mayor parte del tiempo, moderadamente. Había mucho alcohol, requisado en tiendas y casas, pero era demasiado peligroso conducir por la ciudad borracho. La marihuana era otra cosa. Pocos de los tanquistas fumaban, pero los que lo hacían se dieron cuenta de que el tanque era el lugar perfecto para fumar si lo cerraban bien. A veces se podía ver vapor salir de los respiraderos. El interior de los tanques olía terriblemente mal (todo tipo de olor humano mezclado con diésel, cordita, tubo de escape y maría), pero no lo suficientemente mal como para que ellos prefiriesen estar fuera.

Después de las raras ocasiones en que se autorizaba a los Zippos a disparar su lanzallamas (o tras hacerlo sin autorización), sus tripulaciones hacían napalm en grandes barriles de acero, echando copos de espuma de poliestireno en gasolina, y luego recargaban sus tanques a presión. Estaban siempre de guardia. En cuanto salían de la base eran los objetivos más populares de la calle.

Ray Smith, el comandante de la Compañía Alpha, creía que la actitud de los tanquistas era cobarde. Los primeros días no consiguió que el sargento Dailey siquiera abriese la escotilla de torreta de su tanque. Smith tenía que subirse, llamar y gritarle, pero la escotilla permanecía cerrada. Con anterioridad, Dailey había volado el campanario de una iglesia sin permiso, de modo que no era tímido cuando se lo motivaba adecuadamente. Pero a Smith le parecía que ahora, cada vez que quería que el tanque volase algo, el sargento enviaba un Ontos para hacer el trabajo. Estaba pensando en denunciar a Dailey por cobardía. Pero entonces observó un cambio. El teniente lo atribuyó al whisky y, en efecto, Dailey había conseguido hacerse con un vasto suministro de Cutty Sark. Smith nunca lo vio borracho, pero después de aparecer el whisky, y durante el resto de su estancia en Hué, Dailey nunca estuvo totalmente sobrio. Y con ese combustible se volvía temerario.

Enzarzados en un tiroteo en el estadio de fútbol, los hombres de Smith habían quedado inmovilizados a causa del fuego enemigo procedente de una

gasolinera. Pidió apoyo a los tanques, y dos de ellos acudieron, el de Dailey y el Zippo comandado por West. Este giró su tanque de lado y lo colocó entre la gasolinera y los marines para protegerlos. En cuanto lo hizo, el tanque comenzó a recibir impactos de armas ligeras, ametralladoras y cohetes. El Frente había estado preparándose durante semanas para este combate. Habían excavado trincheras que atravesaban el pavimento, tan profundas que cuando se ponían de pie solo la parte superior de sus cabezas quedaba por encima del nivel del suelo. A los tanquistas no les gustaba conducir por encima de trincheras porque el enemigo podía lanzar una granada o una carga explosiva en sus orugas. Las balas rebotaban y resonaban en el tanque de West como una sección de percusión especialmente motivada. Cuando un soldado enemigo herido, en la calle, apuntó su lanzagranadas hacia la parte trasera del tanque, más vulnerable, West intentó arrollarlo marcha atrás. En el fragor del combate abrió la escotilla superior y sacó la cabeza para dirigir mejor al conductor, y recibió un balazo. Procedía de un tirador en un tejado o ventana elevada, porque el disparo iba con ángulo: entraba por su costado y salía por su espalda. West se arrastró hasta la parte trasera del tanque, aún con el casco con conexión de radio, intentando dirigirlo con órdenes de voz, cuando el enemigo herido atravesó su blindaje con el cohete. Los marines mataron al tipo. El Zippo comenzó a incendiarse. Recibió un impacto más antes de que el resto de la tripulación saliese de él. Arrastraron a West con ellos mientras el tanque y luego la gasolinera explotaban. Una enorme columna de llamas se elevó, con balas de ametralladora explotando como un castillo de fuegos artificiales. Ardió durante varios días.[9]

Tras aquello los Bandidos quedaron reducidos a tres tanques. Carl Fleischmann y el resto de la tripulación del Zippo restante resultaron heridos al día siguiente por un obús de mortero cuando se arriesgaron a entrar en la ciudad para cargar munición. Fleischmann recibió cortes en la cara y la pierna derecha. Después de recibir tratamiento médico volvió a su tanque para pasar la noche. A los otros tres miembros de su tripulación los evacuaron, y a la mañana siguiente, él y los tanques restantes condujeron de regreso a la base para buscar reemplazos.

Allí había una nueva remesa de recién llegados, entre ellos John Wear, un

delgadísimo veterano con tres años de experiencia y gafas al que habían asignado como artillero en un tanque conducido por un diminuto cabo segundo de origen judío procedente de Texas al que todo el mundo apodaba *Scooby*. Le habían adjudicado el apodo tras recibir una carta de su novia tipo «Querido John» en la que le decía que había comenzado a salir con alguien a quien llamaba «Scooby». Evidentemente, tras aquello, el pobre cabo segundo tuvo nuevo apodo.[10] Wear, un cabo primero, estaba ligeramente por encima de Scooby en el escalafón y había registrado más horas en tanques, pero Scooby había estado, como se decía, «comiendo la oreja del elefante», es decir, que sabía cómo iban las cosas en Hué. Así que Wear se tragó su orgullo y asumió un rol de subordinado.

Tras el salvaje vuelo en helicóptero de aquella mañana, se contentaba con estar en tierra firme y vivo. Las maniobras evasivas lo habían dejado temblando. Saltó del aparato, junto al embarcadero, bajo una descarga de obuses de mortero y un montón de disparos. Cuando corrió atravesando la calle Le Loi hacia la base, se metió sin querer en el camino de un marine que iba disparando tranquilamente una ametralladora: solo la suerte lo salvó. Para Wear, Hué era un manicomio: los trabajadores corriendo con las carretillas elevadoras bajo el fuego enemigo en el embarcadero, cargando y descargando, marines disparando continuamente hacia el otro lado del río y civiles por las calles pidiendo comida. *Tío, esto es real. ¡No lo estoy viendo en las noticias!*

No se trataba con cuidado a novatos. Uno de ellos, Al Esquivel, era mexicano-estadounidense, pero había crecido en Texas y no sabía hablar español, mientras que Wear, indudablemente caucásico, había crecido en Colorado entre hispanohablantes y podía *hablar español* razonablemente bien, de modo que al pobre Esquivel no dejaban de tomarle el pelo, inmisericordes, los demás marines hispanos: «*Ey, ese cuatro ojos habla español mejor que tú; ¡eres un desgraciado!*». También los Bandidos disfrutaban cruelmente asustando a los nuevos. Les mostraban el tanque Zippo destruido unos días atrás.

El cascarón del tanque de West daba miedo. Estaba totalmente ennegrecido y mostraba dos grandes agujeros de cohete. También les

enseñaban la máscara que llevaba puesta Bobby Hall cuando la explosión le arrancó la cara. En su cara interior había mechones de pelo, cuero cabelludo reseco y sangre.

—No os sorprendáis —les advertía el teniente Jim Georgaklis, su líder de pelotón—. Cuando vayáis por las calles os dispararán con lanzacohetes RPG y todo tipo de armas desde ambos lados. Id con cuidado.

En su primera noche, alguien (se culpó a un soldado del ERVN) arrojó una lata de gasolina a algunos prisioneros del Frente en su celda, en un extremo de la base, y luego les prendió fuego. Fue una escena atroz, y con enormes palés de munición cerca, un desastre incluso peor en potencia. Hubo pánico generalizado y los tanquistas (cada caja debían levantarla entre dos) tuvieron que trasladar toda su munición al otro extremo de la base.

El tanque de Wear y Scooby tenía un lema pintado en el cañón de su lanzallamas: *Anh yeu em*, «Te quiero». Pasaron días avanzando delante de los marines y regresando con los heridos y muertos envueltos encima. Recibían una llamada y Georgaklis gritaba: «¡Tanquistas, montad!». Él los precedía en un jeep, y se metía directamente en los tiroteos. Su tío había sido un marine muy condecorado, y los hombres estaban convencidos de que Georgaklis estaba decidido a superarlo. Ya había recibido dos Corazones Púrpuras. A veces se montaba en la parte trasera de un tanque y se dirigía de esa manera a la refriega.

Las reglas de combate que regían el empleo de los cañones de los tanques seguían vigentes, y los tanquistas, resentidos. El artillero tenía que pedir permiso al comandante del tanque, quien a su vez debía llamar por la radio a su comandante en la base para conseguir permiso. La primera vez que explicaron esto a Esquivel, él dijo: «Estáis de coña, ¿no?».

Realmente pensaba que formaba parte de las novatadas. Pero más tarde, en una misión en la ciudad, estaba mirando por el periscopio cuando un árbol directamente delante de ellos explotó. Podía ver de dónde venía el disparo, una ventana en un edificio justo delante. Había una gran arma enemiga en aquella ventana, posiblemente un cañón sin retroceso o un lanzagranadas. Comenzó a gritar a su comandante, el sargento Dailey, pidiéndole permiso para disparar.

—Espera, he de llamar primero —respondió Dailey.

Estás totalmente loco, pensó Esquivel. El permiso llegó al cabo de poco tiempo.

—Adelante, puedes disparar —dijo Dailey.

Antes de que acabase la frase, Esquivel había metido un proyectil explosivo en la ventana, convirtiéndola en un enorme agujero. La mitad de la fachada del edificio había desaparecido.

En combate, sucedía que a menudo la gente olvidaba la regla... deliberadamente. Durante la primera salida de Wear, él estaba vigilando la calle, girando su periscopio lentamente de lado a lado. Scooby estaba arriba, en la torreta, de modo que tenía un campo de visión más amplio y despejado.

—Wear, llévalo a la izquierda —dijo de repente Scooby—. Hay amarillos.

Wear comenzó a rotar la torreta.

—¡Dispárales! ¡Dispárales! —gritó Scooby. Sus controles de la torreta tenían preferencia sobre los de Wear, de modo que la giró para enfrenarse a los soldados enemigos. A través del periscopio, Wear solo veía formas negras y los fogonazos de sus bocachas, pero oía claramente el *¡bing! ¡bing! ¡bing!* de las balas golpeando el exterior del tanque. De modo que arrojó un chorro de napalm. Aquello les costó caro. Los comandantes tenían miedo de incendiar la ciudad, y a partir de entonces su tanque de napalm tenía que ir vacío. Se convirtieron en una mera plataforma de ametralladoras y cobertura móvil para marines en la calle. Hicieron un montón de «turnos de limpieza», lo que significaba que llegaban inmediatamente después de un combate y los soldados cargaban en el tanque los heridos y muertos. Wear salía a ayudar a cargarlos y regresaba montado detrás con ellos para evitar que cayeran o rebotaran. Acababa esos turnos empapado de sangre. Aprendió que las heridas abiertas solían ser fétidas.

A Wear le costó unos cuantos días de excesos acostumbrarse a la bebida por la noche. Él y su compañero de tripulación Brad Goodin enfermaron, con vómitos y diarrea. Aprendieron a tomárselo con calma.

En una armería del ERVN, la tripulación de Fleischmann encontró un cargamento de subfusiles Thompson y revólveres calibre 38. Recogieron

tantos como pudieron llevar, pensando que podrían hacer negocio con ellos, pero al final se los tuvieron que entregar a todo marine que quisiera uno. Fleischmann, que había estado en Hué desde el principio, escogió un estupendo fusil con lanzagranadas incorporado, que fue su arma favorita hasta que un sargento de artillería lo vio con ella.

Lo único que le dijo fue: «Es hora de dejar eso».

Un día robaron un banco. El Zippo de Carl Fleischmann estaba aparcado frente a una sucursal del Banco de Hué y, al verla abandonada, decidió ir a mirar qué había dentro. Estaba claro que no eran los primeros que habían tenido esa idea. Los soldados habían intentado abrir la puerta de la caja fuerte con granadas y C4, pero había sido en vano. La tripulación del Zippo pidió a uno de los tanques con cañón que disparara, y con un solo disparo de un proyectil de alto explosivo volaron no solo la puerta, sino todo el lateral del edificio. Los billetes caían revoloteando, montones de dólares y dongos. Llenaron seis petates. Aparecieron soldados y comenzaron a coger todo lo que podían llevar. Más tarde, en el hospital de campaña de Phu Bai, los médicos se asombraban al encontrar soldados heridos con los bolsillos y los petates atiborrados de billetes.

Un oficial del ejército les metió el miedo en el cuerpo antes de que pudieran largarse con el dinero. Advirtió a los tripulantes, la mayoría adolescentes, que podían acusarlos de saqueo y encarcelarlos. Confiscó sus petates... todos menos uno, que consiguieron ocultar: estaba lleno sobre todo de dongos. Tomaron una foto del oficial delante del banco demolido antes de que se fuera con los suyos.

Más tarde se reían del asunto. *¡Eh, atracamos un banco y no sacamos ni un céntimo!*

Se preguntarían durante mucho tiempo quién era aquel oficial del ejército.

Como hombres que habían caído del cielo

El combate para recuperar el estadio de fútbol no fue uno de los más grandes de la batalla. La mayor parte del batallón que lo defendía había huido al ver el contingente de los marines. Una entre los que se quedaron fue Che Thi Mung.

Habían sido diez días duros para la joven aldeana que había ayudado a espiar en la ciudad como parte del Escuadrón Río Huong. Durante la primera semana la habían mantenido, a ella y a las otras chicas, lejos de los combates. Transportaban los heridos a los hospitales de campaña y entregaban alimentos y suministros. Pero, cuando el contraataque se intensificó y las pérdidas comenzaron a acumularse, se unieron a la lucha.

El escuadrón estaba dividido en tres partes. Una parte fue a Dap Da, al otro lado del río Nhu Y, al este del triángulo. Otro combatió en el mercado Cong, que quedaba en la orilla oeste del Nhu. En ese grupo estaba Hoang Thi No, una de las chicas de la aldea de Che. El tercer grupo, el de Che, fue enviado al estadio. Al principio le dieron una vieja carabina M1. Pham Thi Lien, líder de su escuadrón, tenía un lanzagranadas. Al final Che consiguió un AK-47.

Las trincheras en las que luchó tenían forma de «L», lo que proporcionaba a los combatientes un lugar al que retirarse si los estadounidenses disparaban sobre ellos. Vestida con el traje negro del VC, vivió en las trincheras, a veces durante días enteros, ayudando a rechazar

ataques de sondeo estadounidenses con tanques e infantería. Tenía un trapo mojado para cubrirse la cara cuando usaban gas lacrimógeno, pero era eficaz solo parcialmente. Cuando no había agua para humedecer los trapos, los combatientes estaban tan desesperados que orinaban en ellos. Ella tenía arcadas y los ojos y senos nasales le ardían terriblemente. En el aire flotaba un hediondo olor a carne y edificios quemados.

Che no hablaba inglés, pero le habían advertido que cuando oyera a los estadounidenses gritar «Vi Si» [por las iniciales de VC en inglés] tenía que echar a correr, puesto que los habían detectado. Había disparado a marines, pero nunca apuntó con cuidado. Había demasiados de ellos acercándose. Cuando empleaba el fusil, disparaba ráfagas en la dirección general del enemigo. Tras una escaramuza se hizo con un fusil estadounidense nuevo y más ligero, un AR-15, que prefería. Equipos de jóvenes le traían la munición necesaria para él, robada de depósitos del ERVN.

Cada vez que Lien disparaba su B-40 tenían que correr inmediatamente a otra trinchera, porque delataba su posición y atraía una lluvia de fuego enemigo. La granada que lanzaba tardaba siete segundos en explotar. Algunos tipos de granadas tardaban solo tres segundos. Durante días solo disparó y corrió, disparo y corrió. Se movían tan rápido que rara vez tenía la oportunidad de ver si le había dado a algo.

En el cercano mercado Cong, su amiga Hoang Thi No estaba viviendo un combate callejero similar. Los marines le resultaban blancos fáciles, porque eran grandes y no se movían con confianza por las calles, de la manera en que ella y los miembros de su equipo lo hacían. Conocía muy bien las calles en las que combatía, de modo que sabía en qué dirección correr cuando el tiroteo se acercaba. Para ella, los estadounidenses, con todo su pesado equipo, eran como hombres que habían caído del cielo a un planeta desconocido. Los derribaba de uno en uno, y si los veía en grupo, ella y sus camaradas les lanzaban granadas. La masacre que veía a su alrededor no la asustaba tanto como la ponía furiosa. Hoang había decidido luchar hasta la muerte. Esperaba que la hirieran o la matasen, porque le había ocurrido a muchos otros. No pensaba en ello. Únicamente luchaba. Tenía diecisiete años y estaba entusiasmada y llena de orgullo, y no se cansaba fácilmente. Por la noche,

ella y las demás del escuadrón hacían turnos para dormir una o dos horas. Cuatro de las de su grupo murieron antes de que finalmente les ordenaran retirarse al bosque y reagruparse.[1]

El equipo de Hoang duró más que el de Che, que se encontraba en el camino de la compañía del teniente Smith. Resistió hasta que comenzaron los bombardeos de artillería y aéreos, que fueron diferentes a nada que las chicas hubieran experimentado jamás.

El viernes 9 de febrero por la mañana, un vietnamita vestido de civil corrió hacia las líneas estadounidenses. Tuvo mucha suerte de que no le dispararan. Pidió ver a Smith y explicó que era mayor del ERVN, oficial de operaciones del general Truong, y que había quedado atrapado en un búnker bajo su casa desde la primera noche de la ofensiva. El Frente había ocupado su casa y la había estado usando como cuartel del batallón. Urgió a Smith a pedir un ataque de artillería sobre su propia casa.

—No podemos hacer eso —le respondió Smith, y le explicó la resistencia a emplear armas pesadas en la ciudad.

El mayor del ERVN estaba que ardía de rabia.

—¿Puede hacer que vuelva a ponerme en contacto con mi comandante? —pidió.

Lo escoltaron hasta la base, donde habló directamente con Truong. Al cabo de una hora había conseguido el permiso necesario. Lo que siguió a continuación fue el primer gran bombardeo aéreo y de artillería sobre el sur de Hué. A partir de ese momento, conseguir permiso fue cada vez más fácil. Los cazabombarderos atacaron la casa del mayor del ERVN y el barrio, y poco después un tremendo torrente de obuses de artillería cayó en el mismo sitio. Desde Phu Bai dispararon más de setecientos proyectiles (de ocho pulgadas y de 155 mm), todo lo que tenían.[2]

Uno solo de esos proyectiles de 155 mm podía hacer un cráter de 1,2 metros de profundidad y cuatro metros de ancho. Las trincheras se vinieron abajo. Che corrió con los demás a refugiarse tras una pared, pero entonces también las paredes y casas se vinieron abajo. No había donde esconderse. Al principio Che podía saber, por el sonido del proyectil que se acercaba, si caería cerca, se quedaría corto o pasaría por encima de su cabeza, pero luego

cayó uno tan cerca de ella que la dejó sorda. Durante mucho tiempo solo podría oír un silbido en su cabeza. Lo único que podía hacer era esconderse e intentar hacerse pequeña y tener esperanza. Los obuses que caían cerca sacudían al suelo y eran como puñetazos en su tripa. La dejaban mareada. La gente del barrio se ocultó en los búnkeres subterráneos que había bajo sus casas (durante la peor parte de los combates vivían todo el tiempo en ellos), pero un impacto directo hundiría el refugio y mataría a quienes estaban dentro, a veces enterrándolos vivos. Mucha gente murió así. Che estaba tan confusa y desorientada por el bombardeo que la tuvieron que evacuar durante varios días para que se recuperara. Luego regresó.

Resistieron en el estadio cuatro días. La gente del barrio que les había llevado bolas de arroz y agua ya no iba. O estaban muertos o habían huido. Para el lunes 12 de febrero Che, Lien y los demás estaban aislados y muertos de hambre. No tenían modo de saber qué pasaba en ningún otro lugar. No habían recibido orden de retirarse, de modo que se quedaron.

Los obuses seguían cayendo, y tras ellos llegaban los marines. Dos de las chicas del grupo de Che, amigas con las que había crecido, murieron al alba, cuando un obús impactó en su trinchera. Una perdió parte de la cabeza. La otra acabó con el cuerpo en pedazos: su torso impactó con otro combatiente y lo hirió. Era ya de noche cuando hirieron a Che. Estaba en la trinchera cuando un cohete explotó cerca de ella. Al principio solo sintió un poco de dolor, pero sobre todo una repentina y extraña semiinconsciencia. Cuando fue a tocarse el hombro se dio cuenta de que estaba sangrando. Había resultado herida en la cabeza, el brazo y la parte superior de la espalda.

Le vendaron las heridas y la trasladaron a una clínica, y después, tras una semana, a un campamento en el bosque. Tenía dolor y estaba triste: triste por la pérdida de sus amigas (seis de las chicas del escuadrón original habían muerto) y triste por la muerte y la destrucción en la ciudad. Se sentía derrotada. Che había entrado en combate con las más elevadas esperanzas, pero ahora los soldados más veteranos le decían que había salido mejor de lo que ellos hubieran imaginado. No era algo que la alegrara.

¡Tantos habían muerto! Por lo que Che sabía, las esperanzadas fuerzas del Frente que ella había guiado a la ciudad la noche del ataque habían quedado

deshechas. Las bajas entre civiles eran mucho mayores de lo que ella hubiera creído posible.

Era casi doloroso recordar el entusiasmo que había sentido cuando corría descalza por los campos, a oscuras, en la víspera del Tet.

10

La guerra es el infierno

Una noche, cuando la campaña para asegurar el triángulo comenzaba a perder intensidad, los tres tanques restantes aparcaron en el campo de fútbol. Había una ancha pista que rodeaba el campo, de modo que los dos tanques con cañón corrieron una carrera contra el Zippo restante. Era como mirar las 500 millas de Indianápolis a cámara lenta. Los tanques con cañón ganaron.

Con el triángulo cada vez más seguro y la lucha por la Ciudadela en el horizonte, los Bandidos temían que los enviaran al norte para proseguir combatiendo. Habían atravesado una escalofriante ordalía, y temían otra igual. El domingo 13 de febrero les ordenaron presentarse en el embarcadero, pero antes de salir se enteraron, para su tremendo alivio, que otro pelotón de tanques los reemplazaría. Se iban de la ciudad.

Meter los tanques en la lancha Mike era difícil; había que estibarlos. Como de costumbre, seguían cayendo obuses de mortero. Un oficial de a bordo les ordenó bajar y ayudar a guiar los tanques desde el exterior, de modo que Scooby y Goodin bajaron. De inmediato fueron derribados por la explosión de un obús de mortero. Trasladaron a ambos en helicóptero a Phu Bai. Scooby resultó malherido.

En el cercano emplazamiento de morteros cuatro-dos, junto al río, el artillero y escritor de diarios Ed Landry podía oír disparos y explosiones procedentes de la gigantesca fortaleza al otro lado del río y a veces veía

fogonazos en los emplazamientos superiores de las enormes murallas negras. Landry había perdido parte del miedo de sus primeras noches y se había vuelto más perspicaz con respecto a que le disparasen. El lunes escribió:

La ciudad de Hué es ruido constante. Casi constantemente hay fusiles o artillería disparando o impactando. Ha habido bombardeos aéreos, a lo lejos, al otro lado del río, desde que llegamos aquí. Los francotiradores al otro lado del Perfume siguen en activo. Hemos aprendido un viejo truco del que había leído, y que los marines usaron en el Pacífico durante la segunda guerra mundial. Si una bala de francotirador cae cerca de ti, ¡no te agaches! De esa manera seguirá apuntando por encima de ti y fallará. Cuando dispare muy alto por encima de tu cabeza, ¡entonces agáchate! Así seguirá apuntando por encima y seguirá fallando. Estos disparos aleatorios contra nosotros desde el otro lado del río son un modo de hostigamiento. Hay por lo menos 500 metros entre la otra orilla y nuestra posición.

Estamos reforzando el emplazamiento de las armas con sacos terreros, y construyendo trincheras defensivas cerca de los morteros. Hoy limpiamos la casa en la que estamos alojados. El lugar había sido saqueado...

Tras dos semanas de combates, Art Marcotte, uno de los soldados de la Compañía Fox, sorprendido de estar vivo y sin una herida, halló una máquina de escribir en un edificio que su pelotón ocupaba, y la aporreó para escribir una carta a su hermana Katy, en Michigan, con papel que había sacado de la Universidad de Hué.

[...] La guerra es el infierno. Como probablemente verás, no sé escribir muy bien a máquina. He estado sentado aquí durante dos días, intentando aprender. ¿Cómo está todo el mundo? Espero que estéis todos bien. Yo voy arreglándomelas. ¿Habéis estado leyendo algo en los diarios acerca de Hué? Se supone que es noticia en Estados Unidos. Es donde estoy. Se supone que es parte de las peores batallas que se han librado en la guerra. Si no lo es, para mí es más que suficiente. No puedo explicaros cuán malo ha sido. Hemos perdido a un montón de gente [...] Esta lucha casa por casa es una puta mierda. Nunca he tenido tanto miedo en mi vida.

La mayor parte del triángulo estaba en ruinas. Había muertos por todas partes. Cuerpos hinchados flotaban por el río Huong bajo el demolido puente Truong Tien. Los marines comenzaron a descubrir fosas comunes. Dale Dye, corresponsal de guerra, descubrió una al verse atraído por el insoportable hedor. Era un inmenso pozo que contenía cientos de cuerpos, unos encima de

otros. Los habían enterrado con una fina capa de tierra, y ahora el olor era nauseabundo.

Cientos de civiles vietnamitas, que se tapaban las caras con pañuelos, examinaban los restos en busca de seres queridos, de vez en cuando gritando de terror y pena. Algunos de los muertos estaban con las manos atadas a la espalda y una bala en la cabeza. Era evidente que se trataba de las víctimas de purgas, que habían proseguido hasta que los marines habían expulsado a los «liberadores» del barrio. Pero también algunos eran, probablemente, víctimas de los intensos bombardeos de artillería como el que había experimentado Che Thi Mung. Otros seguramente se habían visto atrapados en fuego cruzado, o les habían disparado por miedo, por ira o por aburrimiento, por odio a los nativos («amarillos») o quizá por mera maldad.

Lidiar con todos esos cuerpos había sido un reto demasiado grande para el Frente, que en los días previos había comenzado a arrojarlos con *bulldozers* en fosas comunes. La culpa por esta masacre era mucha y ninguno de los dos bandos tenía ni el tiempo ni los medios para repartirla.

Y aún había cosas peores por llegar.

PARTE SEIS

RETOMAR LA CIUDADELA

Domingo 11 de febrero - domingo 25 de febrero

Tras cerca de dos semanas de intensos combates, la mayor parte del sur del triángulo de Hué ha sido retomada. El ejército se prepara para atacar el centro de mando del Frente en La Chu, al noroeste de la ciudad. Las «fuerzas de liberación» aún controlan la mayor parte de la Ciudadela, donde el ERVN ha sido incapaz de avanzar. A su esfuerzo está a punto de unirse una compañía de marines de Estados Unidos al mando del mayor Bob Thompson.



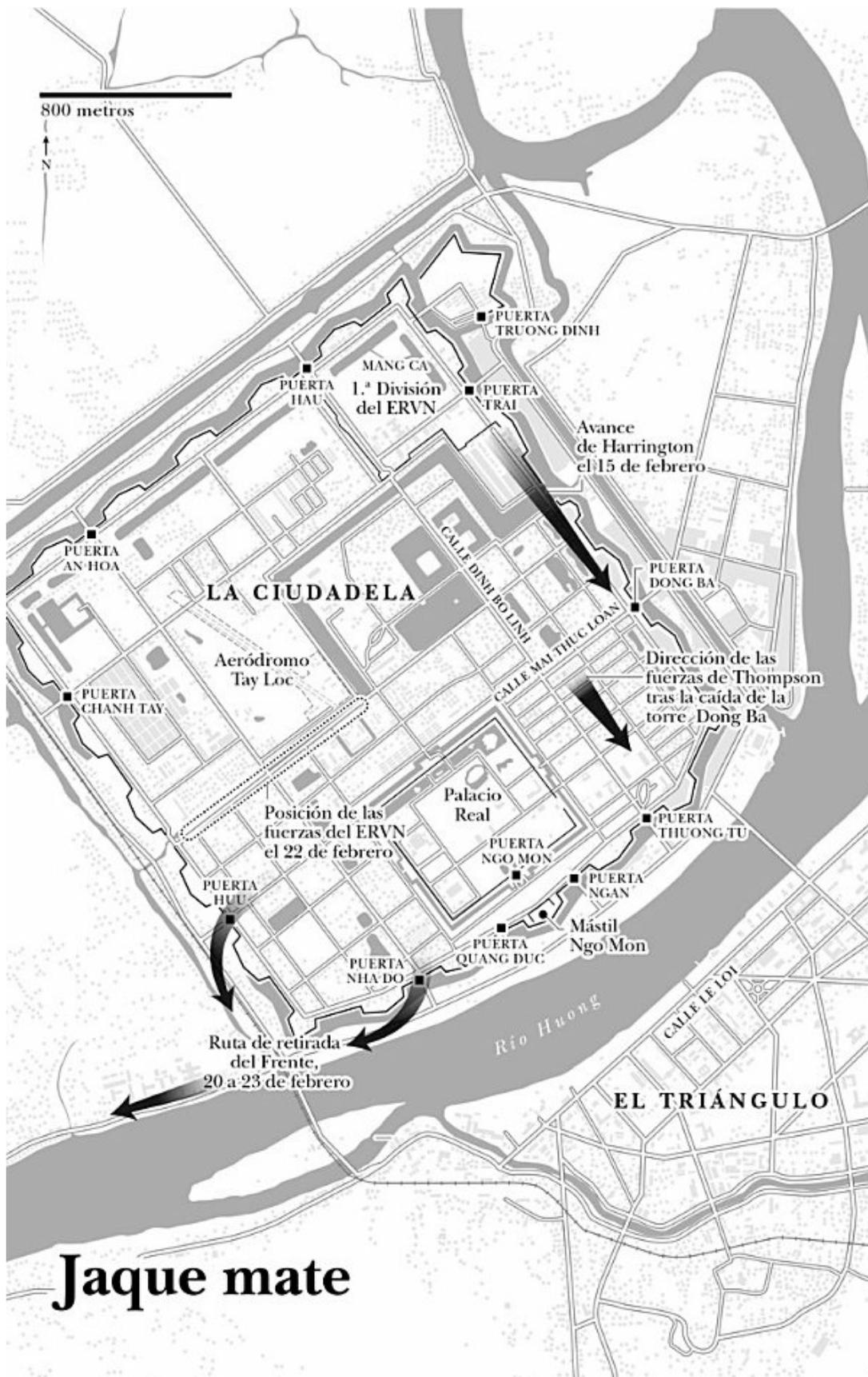
Mayor Bob Thompson, de los marines, a quien se asignó la misión de recuperar la Ciudadela con su batallón, el 1/5.



Steve *Cuentacuentos* Berntson, corresponsal de guerra de los marines, escribió historias que se publicaron en *Stars and Stripes* y otras revistas militares.



Marines atacando la torre Dong Ba, 15 de febrero de 1968.



1

Jodidos en racimo[*]

El mayor Bob Thompson tuvo su primer vistazo de la Ciudadela el domingo 11 de febrero, desde la orilla sur del río Huong. Daba miedo. Ahora, tomarla era tarea suya.

Se había combatido en la Ciudadela desde el primer día. Hacía ya doce días que el Frente controlaba la mayor parte. Había establecido un gobierno revolucionario, arrestado enemigos del pueblo, reclutado combatientes, excavado trincheras y levantado barricadas. Estaban totalmente preparados para resistir y era un recinto diseñado como defensa. Rodeado por un amplio foso, solo se podía entrar en él a través de los estrechos puentes que llevaban a sus once puertas. Encima de la mayoría había torres de piedra desde las que con armas se podía cubrir completamente cualquier avance. La entrada de Thompson tendría que ser a través de alguna de las cuatro puertas controladas por el general Ngo Quang Truong, en el norte. Durante la segunda guerra mundial, cuando los japoneses ocuparon la ciudad, el ejército invasor había completado el amplio espacio de la parte superior de los muros con una serie apalanada de trincheras, posiciones defensivas y túneles. Desde aquella altura, el enemigo podía observar todo movimiento de tropas y vehículos, tanto dentro como fuera, y dejar caer una lluvia de fuego letal. Sacarlo de allí sería un trabajo durísimo. Abajo, en la densa cuadrícula que formaban sus calles, vivía más de la mitad de la población de la ciudad, en hilera tras hilera

de casas de uno y dos pisos de altura. La mayoría estaban rodeadas de muros de piedra o verjas, y tanto dentro como fuera había árboles y vegetación, de modo que en la mayoría de los sitios, lo más lejos que se podía ver en cualquier dirección eran diez metros. En el centro de la parte sur estaba, por supuesto, el histórico palacio real y sus terrenos, una zona protegida, rodeada por sus propios y altos muros de piedra, desde detrás de los cuales el enemigo podía disparar lanzagranadas y morteros con impunidad, al menos de momento: a Thompson le prohibirían bombardearlo o lanzar obuses. Mientras ponderaba el diseño de su objetivo y el tiempo que había tenido el enemigo para prepararse, se dio cuenta de que sus hombres se enfrentarían a cientos de posiciones defensivas bien fortificadas y camufladas. También había varios edificios de cuatro y cinco pisos que contarían con emplazamientos de disparo en los pisos superiores y tejados. De momento no había posibilidades de forzar la salida del enemigo por hambre o sed, puesto que sus líneas de suministro estaban aún intactas. El ejército se encontraba atascado en el campo. Aun ondeando en la monumental plataforma estaba la humillante bandera roja y azul de la Alianza, con su desafiante estrella amarilla. Hanói aún controlaba la vieja ciudad.

La imaginería era poderosa. La bandera anunciaba la pretensión de Hanói no solo sobre la Ciudadela, sino sobre la ciudad de Hué y, en cierto sentido, sobre todo Vietnam. El Frente hacía gala de ser el único partido nacionalista, de modo que la bandera tricolor, que tanto habían trabajado por diferenciar de la suya propia o de la del VC, prometía un Vietnam para todos los vietnamitas: *nuestra* fortaleza, *nuestra* ciudad real, *nuestro* país. Y el hecho de que se requiriese un ejército extranjero para desalojarla tan solo reforzaba su argumento. La batalla era muy real, pero también era teatro, tanto como las obras representadas por las compañías ambulantes de propaganda política del Frente. Hué era una metáfora de toda la lucha.

Una parte clave de esta narrativa residía en la incuestionable incapacidad del ERVN. Los hombres del general Truong habían combatido valientemente para mantener su control sobre Mang Ca y habían tomado, a un gran coste, casi un tercio de la Ciudadela. Truong controlaba varias manzanas inmediatamente al sur de Mang Ca y había conseguido avanzar a lo largo del

muro norte hasta el muro oeste, tomando ambas puertas en la esquina noroeste. Sus fuerzas habían luchado en el oeste para retomar el aeródromo de Tay Loc pero luego lo habían perdido tras un contraataque enemigo. La parte más densamente poblada de la fortaleza, la mitad meridional, estaba aún bajo total control del Frente, y Truong, tras haber perdido gran parte de sus tropas, carecía de fuerzas para expulsarlos. Incluso la fiera unidad Hac Bao, ahora reunida con su asesor de los marines, Jim Coolican, había quedado reducida a una fracción de sus hombres. No importaba cuán sinceros fueran los esfuerzos del ERVN por defender un Vietnam del Sur separado y libre, ni importaba cuán pocos de los residentes de Hué se hubieran unido a la causa comunista: el ERVN no era rival militar para el Frente. Recuperar la fortaleza requería ayuda estadounidense, y Truong la había pedido repetidas veces.

El esfuerzo por recuperarla había recaído en Thompson, un oficial de marines de carrera de Misisipi de treinta y siete años, alto, delgado, en extraordinaria forma física.^[1] Se había graduado en Educación Física en la Union University, cerca de su pueblo natal, Corinth, antes de alistarse. A diferencia de Cheatham, el gigante que había dirigido el avance en el sur de Hué, no había nada extravagante en Thompson. Era un tipo serio que había demostrado que era bueno moviendo grandes cantidades de hombres, vehículos y suministros de un modo eficaz, una habilidad necesaria, pero no tenía fama de ser especialmente talentoso en combate, ni poseía el carácter bravucón y la presencia que solían caracterizar a esos hombres. Thompson tenía un posgrado en Administración Pública por la Universidad Estatal de Pensilvania, y durante los seis primeros meses en Vietnam había sido un oficial de embarque (un supervisor de cargamentos con nombre rimbombante) en la Tercera Fuerza Anfibia de Marines de Da Nang. Pero le habían confiado el mando del Primer Batallón del Quinto de Marines al día siguiente de que comenzara la Ofensiva del Tet. Aquel mismo día, Thompson había volado a los cuarteles del batallón en Phu Loc y había aterrizado en medio de una descarga de morteros. Había pasado los primeros quince minutos de mando con su equipaje en el suelo de un refugio embarrado con varios marines encima de él.

Había volado a Phu Bai con tres de sus compañías ese domingo 11 de

febrero; allí el general al mando lo puso al día. LaHue le dijo que el general Truong era un inútil. Había «puesto las carretas en círculo» en el lado norte de la fortaleza y «solo controlaba su culo». No se tuvo la menor consideración hacia los problemas de Truong. El general survietnamita era víctima del mismo factor sorpresa que había dejado la base del CAMV aislada y a sus marines en tan clara desventaja, y contra un enemigo muy superior él había resistido e incluso ampliado su posición. A LaHue eso no le impresionaba. El punto de entrada de Thompson sería la puerta Hau, en el lado este del muro norte, que daba a Mang Ca. Para llegar hasta allí debería embarcar a sus hombres en lanchas Mike (lanchas de desembarco mecanizadas, o LCM) en el embarcadero de la orilla sur del río Huong y navegar aguas arriba: la misma ruta que había tomado Gene Roberts días atrás. Cualquier cosa que atravesara esta ruta acuática recibiría fuego enemigo desde ambas orillas. El día anterior se había perdido una lancha con la primera de las compañías de Thompson, Bravo, en camino a la Ciudadela. Pese al hundimiento, la compañía había llegado intacta, con cinco tanques Patton y dos Ontos.

LaHue, con su infalible habilidad para menospreciar al enemigo, dijo a Thompson que «pasar la fregona» no debería ocuparle más de unos cuantos días. Ni él ni sus hombres debían, bajo ninguna circunstancia, aceptar órdenes del general Truong, pese a que Truong era el oficial de mayor rango y el que más experiencia tenía luchando dentro de la Ciudadela... y eso, dejando de lado que era *su* país el que Estados Unidos estaba defendiendo. La superioridad innata del Cuerpo de Marines de Estados Unidos era un hecho. Thompson asumiría el mando. Preocupado ante la posibilidad de que Truong (a quien LaHue no conocía bien) se pudiera ofender por recibir órdenes de un mero mayor, el general consideró la posibilidad de nombrar coronel honorario a Thompson allí mismo. El mayor objetó, argumentando con modestia que dado que no ostentaría ningún signo de rango (era cebo para francotiradores) podía presentarse a sí mismo como «coronel Thompson».

Esa tarde Thompson y sus restantes tres compañías fueron trasladados de Phu Bai a Hué, donde se encontraron, en la base del CAMV, con el coronel Hughes. La antaño estación de paso para asesores militares era ahora una

ajetreada y atestada base militar, con tráfico entrando y saliendo a todas horas y alojamientos relativamente seguros. Hughes reiteró a Thompson que él, y no Truong, era su superior: compartía con LaHue la opinión acerca del general survietnamita.[2] Thompson se llevaría consigo sus Compañías Alpha y Charlie a la Ciudadela, para reunirse con Bravo. Su cuarta compañía, Delta, se quedaría atrás, en el sur de Hué. Una vez dentro, los hombres de Thompson empujarían desde Mang Ca y se abrirían camino hasta la muralla sur, para luego girar al oeste y retomar el palacio real y sus recintos. Los hombres de Truong, eximidos de defender el perímetro sur y reforzados por dos batallones más del ERVN, dedicarían sus esfuerzos al lado oeste de la muralla, empujando a las fuerzas enemigas de regreso por las puertas por las que habían entrado, donde, con suerte, se encontrarían con la Primera División de Caballería Aérea del Ejército de Estados Unidos. Ese era el plan.

Aquella noche enviaron a Thompson y sus hombres al estadio de fútbol, que se había convertido en depósito de suministros y centro de tránsito. La mayoría del campo de juego estaba cubierta por palés de raciones C y munición. Cada hombre tomó munición para una semana, cargando bien sus mochilas y envolviéndose en bandoleras, y dieron a todos máscaras antigás. Luego los trasladaron a casas en los barrios vecinos para que pasaran la noche.

En las casas aún habitadas, los residentes sencillamente hacían espacio o se iban. Se habían acostumbrado a albergar soldados no invitados. A los marines les impresionó la modernidad de los hogares, muchos de los cuales estaban bien equipados con electrodomésticos, neveras, radios y televisores. Solo los lavabos decepcionaban. En la mayor parte de las casas consistían en un agujero en el suelo sobre el que uno se acucillaba. A diferencia de los vietnamitas, para los que acucillarse era algo tan natural como caminar, los marines hallaron la postura difícil. Pero para unos pocos afortunados, las casas proporcionaron la primera oportunidad en meses de dormir sobre un colchón incluso si tenían que compartirlo con dos o tres más.[3]

Cuando Thompson se preparaba para retirarse, el capellán del batallón fue a verle. Le dijo que prefería ir en retaguardia y prestar sus servicios a los soldados en Phu Bai.

—No, vienes con nosotros —respondió Thompson.

El predicador se vino abajo.

—No puedo hacerlo —le dijo.

Thompson lo despidió allí mismo. El predicador no era el único superado por el miedo. Los altos mandos del ejército estadounidense podían seguir en estado de negación acerca de Hué —solo tres días atrás el general Wheeler había dicho a LBJ que el mayor peligro enemigo «está aún situado al norte de la ZDM y alrededor de Khe Sanh» y que Hué quedaría completamente liberada en «pocos días»—,[4] pero la tropa se había dado cuenta de que la inminente lucha dentro de la Ciudadela iba a ser la tormenta de mierda que acabaría con todas las tormentas de mierda.

Más tarde, aquella misma noche, un sacerdote jesuita, el padre Aloysius McGonigal, fue a visitar a Thompson. McGonigal, un esbelto hombre de mediana edad de Filadelfia con entradas pronunciadas y gafas, vestía uniforme de oficial del ejército, y lo completaba con una pistola a la cintura. Llevaba una cruz en el cuello del uniforme, lo único que lo identificaba como miembro del clero.

—Tengo entendido que no tiene capellán —le dijo—. Tengo permiso para ir con ustedes. ¿Puedo hacerlo? —Thompson se sintió encantado de aceptarlo, y ambos hombres se hicieron amigos.

El lunes 12 de febrero por la mañana, el batallón hacía cola con aire lúgubre en el embarcadero. La primera de las lanchas Mike, cargada hasta la borda de suministros y munición (incluidos obuses para mortero de alto explosivo y granadas) y llena hasta los topes con cincuenta marines, recibió un fuego tan intenso que tuvo que regresar poco después de zarpar.

A última hora de la tarde, el volumen de fuego disminuyó lo suficiente como para poder emprender la marcha, si bien las armas enemigas les dispararon durante todo el viaje. El líder de Charlie Uno, el Primer Pelotón de la Compañía Charlie, era el teniente segundo Nick Warr, que más tarde describiría con vívidos (y a menudo amargos) detalles sus experiencias en Hué en unas memorias tituladas *Phase Line Green* («Línea de fase verde»). Tenía veintidós años, y era un oficial de infantería recién salido de la academia que había estudiado en la Universidad de Oregón antes de unirse a

los Marines con la esperanza de convertirse en piloto. Llevaba unos tres meses liderando Charlie Uno. Metido en la lancha Mike, Warr estaba tan nervioso que sentía cómo sus testículos se retraían incluso antes de que la barca se pusiera en marcha. Cuando comenzaron a navegar, primero uno, luego dos, después tres obuses de mortero cayeron en el río y explotaron a su alrededor. Las lanchas zigzagueaban allá donde el río se hacía más estrecho, en la horquilla al norte, cerca de la isla de Hen.[5] Los marines a bordo solo podían tener esperanza o rezar. Un impacto los haría desaparecer incluso antes de que pudieran oír la explosión. Pero los morteros dejaron de caer y los disparos comenzaron a remitir una vez dejaron atrás la isla. Llegaron sin un rasguño antes del anochecer al norte de la Ciudadela, deslizándose a un desvencijado embarcadero para *ferries*, no mucho más que unos cuantos postes altos sobresaliendo del agua y cubiertos con redes de pescar secándose.

Nadie les opuso resistencia mientras descargaban: más barcas, después de ellos, desembarcarían al resto de los hombres de Thompson. Cuando Warr reunió a sus líderes de escuadrón para repasar la ruta que tomarían hasta la puerta, preguntó si alguien tenía una pregunta, y hubo una.

—¿Se espera que regresemos en las putas lanchas cuando hayamos acabado con esto? —preguntó Ed Estes, un cabo segundo—. Y una mierda. No me meten en una de esas putas lanchas nunca más, aunque tenga que ir nadando por el puto río y andando todo el camino de vuelta a Phu Bai solo.
[6]

La marcha hasta la puerta Hau fue corta, y Thompson y sus oficiales de mando lideraron la ruta. Esto era poco habitual. Los comandantes solían quedarse detrás. Warr pensó que era estúpido, con las largas antenas de sus radios oscilando sobre sus cabezas como «jalones de puntería».[7] Aldeanos amistosos les habían advertido de que el Frente les había preparado una emboscada en la ruta directa, de modo que la rodearon. Pasaron junto a un camión del ERVN quemado, con cuerpos carbonizados y hediondos dentro y a su alrededor. En un momento hicieron un giro erróneo y Warr corrió hasta Thompson para alcanzarlo y corregirlo, pero llegaron a la puerta sin incidentes. Los recibieron varios oficiales del ERVN y el comandante de la

Compañía Bravo, el capitán Fernandez Jennings. Los vietnamitas pusieron objeciones a traer tantos hombres de golpe, temiendo que atraerían el fuego enemigo.

—Si no nos dejáis entrar —advirtió Thompson—, echaremos abajo la puerta.

Accedieron.

Mang Ca era un lujo en comparación con la atestada base del CAMV. Había muchos espacios verdes, un patio para desfiles, hileras de palmeras y grandes edificios de estilo colonial francés. Un canal pasaba por el centro con agua tan fría que, de día, se veía vapor saliendo de ella. Había agujeros de bala en los troncos de los árboles y desconchados en casi todas las superficies de piedra, testimonios de los recientes e intensos combates.

Thompson encontró a Truong con el coronel Adkisson, su asesor, en un búnker de mando. Los dos parecían enormemente aliviados por la aparición del batallón. Truong no mostró preocupación alguna por el rango de Thompson (ni siquiera preguntó) y estuvo encantado de cederle las riendas de la batalla. El comandante de Marines delineó el plan para avanzar directamente hacia el sur. Comenzarían a la mañana siguiente.

Esa noche, el mayor consultó con Coolican. Tras sus heroicos esfuerzos en la defensa de la base de la primera noche, el capitán había vuelto a su unidad de élite Hac Bao en cuanto consiguió un helicóptero a la fortaleza.

Coolican se había quedado pese a las inquietantes noticias de casa. Poco después de llegar le dijeron que debía llamar a casa de inmediato. Un mensaje así solo podía significar malas noticias. Enlazando la radio del cuartel de Truong con el CAMV con Hawái y de allí con Camp Pendleton, Coolican consiguió hablar con su mujer, Jean: solo podía hablar uno a la vez. Jean le dijo que su hijo de diecisiete meses acababa de someterse a neurocirugía. Jean oía disparos y explosiones de fondo cuando su marido hablaba. No tenía idea de en qué lugar de Hué se encontraba exactamente, pero parecía un sitio difícil, y sabía, por las noticias de la noche, que los combates en la ciudad eran fieros. Ya había recibido la notificación oficial, días atrás, de que su marido había resultado herido allí: una herida menor, pero los Marines tenían su protocolo. Dada la crisis de su hijo, sabía que probablemente entraba en

los requisitos de un permiso especial, pero tomó la decisión, en aquel momento, de pedirle que se quedara. Teniendo en cuenta la intensidad de la batalla, le preocupaba que intentar salir fuese más peligroso que quedarse. La cirugía ya había pasado, y su hijo, aunque aún se encontraba en situación crítica, estaba recuperándose. En cualquier caso, su marido regresaría a casa en seis semanas.

—Ya me ocupo de esta situación aquí —le dijo ella—, y no quiero lidiar con otra situación allá.

Esto era bueno, porque Coolican no quería irse. Era un momento crítico de la batalla. Había invertido tanto de sí mismo en ella... y esperaba que los Hac Bao se encontrasen en lo más difícil del combate cuando acabase. El ERVN había sido incapaz de avanzar mucho, pero Coolican sabía que tenían mucha más experiencia y habilidad en combate urbano que el recién llegado batallón de marines.

Corroboró su opinión en la reunión con Thompson. El nuevo comandante de batallón parecía empezar de cero, e ignoraba incluso las lecciones que había aprendido Cheatham al sur del río. No era culpa suya. Había confusión por todas partes. Las órdenes que el Grupo Operativo X-Ray había dado al mayor eran evitar la destrucción de los edificios culturalmente valiosos en la fortaleza, de modo que estaba privado de pedir apoyo artillero y aéreo (incluso si algún día las infernales nubes monzónicas aclaraban) y sus tanques tenían prohibido emplear sus cañones: solo podían proporcionar cobertura en las calles y fuego de apoyo con sus ametralladoras.

Esta negativa a emplear potencia de fuego mayor era especialmente sorprendente teniendo en cuenta que Cheatham la había esquivado desde el primer día empleando su propia versión de batería móvil (tanques, Ontos, morteros, lanzagranadas y 106) y que ahora hacía peticiones regulares al Primer Grupo de Artillería de Campo de Marines (FAG) de Phu Bai. El FAG incluso había trasladado dos de sus obuses de 155 mm a Gia Le, una corta distancia al oeste, para tener mejor tiro sobre objetivos en la ciudad. Días antes de que Thompson llegara, uno de los oficiales del grupo, el teniente Alexander Wells, había viajado en helicóptero a la Ciudadela bajo denso fuego enemigo, aterrizando en el aeródromo Tay Loc (de precaria posesión),

donde lo había recibido un grupo de asesores australianos en un cobertizo prefabricado que jugaban tranquilamente a cartas y bebían whisky escocés. Habían enviado a Wells para dirigir el fuego de artillería y naval. El general Truong le había dicho que la única zona prohibida para bombardeo era el recinto del palacio real.[8] La Fuerza Aérea de la RVN había estado bombardeando posiciones del Frente dentro de la fortaleza durante semanas, cada vez que sus Skyraiders podían ponerse por debajo de las nubes. Sin embargo, las instrucciones de Thompson eran avanzar solo con armas ligeras.

Como la mayoría de los oficiales estadounidenses, el mayor tenía una idea negativa de las capacidades de combate del ERVN. Coolican instó a Thompson a que pensase en coordinarse bien con ellos, pero el mayor tan solo los quería fuera de su camino. Truong había tenido su oportunidad; ahora los marines iban a mostrarle cómo se hacían las cosas. Esta actitud (y el distanciamiento que propiciaba) contribuiría a un trágico malentendido. Thompson creía (siempre insistió en que se lo había dicho Truong) que un batallón de soldados aerotransportados survietnamitas resistían en una posición defensiva varias manzanas al sur de Mang Ca, a lo largo de la calle Mai Thuc Loan. Su intención era hacer marchar a sus hombres hacia el sur, hasta esa línea (marcada en su mapa como «Línea de base Alpha») por la mañana. Allí relevarían a la fuerza del ERVN antes de montar su propio ataque. La calle discurría recta hacia el oeste desde la puerta Dong Ba, con su ornamentada torre.

En realidad, el batallón del ERVN que había en aquella calle, y que estaba asesorado por el capitán de marines Ty Cobb,[9] se había ido el día anterior. Les habían ordenado que se fueran. El batallón había formado en el recinto a plena luz del día, había montado en helicópteros y volado a Phu Bai. Era tan solo un movimiento de los muchos que se habían dado en unos días ajetreados, pero Truong tenía que haberlo sabido. Fuese cual fuese la razón, Thompson creía que aún estaba allí, y Coolican no sabía lo suficiente en ese momento acerca de todos los movimientos de tropas para corregir el error.

—Esto es lo que haremos —dijo Thompson al capitán—: Saldremos a las 08.00 h.

Señaló en el mapa las calles por las que sus dos compañías avanzarían, y

dónde quería que se quedasen las tropas del ERVN: a su derecha.

—No —dijo Coolican, enrocándose. Era inferior en rango pero tenía claramente más experiencia—. Eso no va a funcionar. En primer lugar, no se marcha por las calles a ninguna hora porque es la manera de que te maten, porque todas las casas están ocupadas. En segundo lugar, combatimos de noche, porque cuando uno se mueve quiere moverse en la oscuridad. Uno no quiere moverse de día.

—Bueno, si tiene miedo —dijo Thompson—, yo iré por la carretera.

Significaba que él cubriría su propio flanco.

Coolican se sintió insultado, pero sabía demasiado como para discutir. Había malgastado aliento a menudo la semana anterior intentando poner un poco de sentido común en el Grupo Operativo X-Ray. Él y los Hac Bao no esperarían a la mañana. Avanzarían sigilosamente y se colocarían en posición mientras aún era de noche. Estarían esperando cuando los hombres de Thompson bajaran por la calle a la mañana.

Los soldados que debían llevar a cabo el plan de Thompson no sabían nada de movimientos de tropas o siquiera de estrategia general, pero también estaban descontentos con ella. ¿Por qué los hacían avanzar sin fuego de preparación? ¿Por qué nunca les habían dado ningún tipo de formación para un combate urbano como este? Sus colegas al sur del río habían adquirido una valiosa experiencia en combate urbano, pero este batallón no tenía ninguna. Todo era nuevo para ellos.

«Joder, es más probable que nos matemos unos a otros que no a los amarillos», dijo el cabo Estes cuando Warr explicó el plan aquella tarde. Había muchas preguntas, pero el teniente no tenía buenas respuestas. Él compartía la desconfianza. El poco entrenamiento que había recibido en combate casa por casa (y era mínimo) decía que la coordinación entre unidades era esencial para evitar que los marines se matasen entre ellos. Pasó gran parte de esa noche intentando recordar qué más había aprendido y comunicárselo a sus hombres. Cuando lanzabas una granada a una ventana, tras liberar la cuchara, la aguantabas en la mano algunos segundos para evitar que el enemigo la recogiera y te la arrojara a ti. Los vidrios de las ventanas tenían que romperse, a golpes o a tiros, por toda una serie de

razones, entre las cuales no era la menos importante el que a veces las granadas rebotaban en ellos y regresaban a ti. Dentro de un edificio era crucial que los escuadrones se mantuviesen en contacto en voz alta para saber en todo momento dónde estaba cada uno exactamente.

El martes 13 de febrero por la mañana finalmente dejó de llover. El batallón salió según lo previsto, sin esperar resistencia hasta llegar a la Línea de base Alpha. Pero durante la noche el Frente había avanzado y retomado posiciones abandonadas por el batallón del ERVN retirado el día anterior. De modo que en lugar de avanzar por las calles para relevar una línea de tropas aliadas, Thompson dirigía a sus hombres directamente hacia las armas del enemigo. Iban en dos columnas: la Compañía Alpha a la izquierda, en vanguardia, con dos tanques, por la calle Dinh Bo Linh, que discurría en paralelo al peligroso muro interior. Las Compañías Bravo y Charlie iban detrás. Comenzó como una marcha agradable, con bellas casas, y en ocasiones mansiones, a ambos lados, rodeadas por jardines y patios y altos muros de piedra.

El enemigo esperó a que la Compañía Alpha hubiera bajado lo suficiente antes de abrir fuego. En cuestión de minutos, la compañía entera estaba fuera de combate. Treinta hombres, entre ellos todos sus oficiales, habían recibido disparos.

Comenzaron a llover granadas sobre el escuadrón de Vic Walker. Formaba parte del Primer Pelotón, a la izquierda de la formación, el más cercano a la muralla este, y había girado a la izquierda a casi tres manzanas de la línea base; se dirigía a la torre Dong Ba. Entonces comenzaron los disparos y las explosiones. Su hombre punta cayó. Walker recibió una herida de metralla en su mano. Él y sus hombres corrieron a ponerse a cubierto, disparando hacia la torre de tres pisos, pero no conseguían ver a nadie a quien apuntar, y las granadas no paraban de caer. Finalmente se refugiaron en edificios cercanos a la base de la muralla, arrastrando con ellos a sus heridos. Se quedaron atrapados allí. El fuego de ametralladora hacía eco en todas las paredes, de modo que era imposible saber exactamente desde dónde procedían los disparos.

Thompson ordenó una retirada, y la acribillada compañía corrió de

regreso a Mang Ca, cargando o arrastrando a sus heridos. El oficial ejecutivo de la compañía, Frank Wilbourne, regresó cojeando solo, rígido, como si se le hubieran trabado las articulaciones de brazos y piernas, cubierto en sangre de pies a cabeza. Estaba lleno de metralla. Aún había dos marines muertos en la calle. Wilbourne dijo a Warr, cuyo pelotón estaba varias manzanas atrás con la Compañía Charlie, que los habían «jodido en racimo». Le contó que al comandante del tanque que iba con ellos le habían volado la cabeza. Advirtió a Warr:

—Vuelve a la puta realidad y saca a tus hombres de la calle.[10]

Por encima y por debajo de la Línea de base Alpha y de las calles que daban a ella, les estaban dando una paliza a los marines. Dennis Martin, que conducía un Patton por el lado derecho, vio cómo un conductor lo adelantaba en una de las mulas de tracción en las cuatro ruedas. Martin pensó: *Oh, mierda, está perdido*. El conductor murió de un disparo y el vehículo se salió de la calle. Acabó parando justo delante del tanque, donde Martin pensó que el enemigo lo estaba empleando para prácticas de tiro. El cuerpo del conductor saltaba cada vez que recibía un disparo. Nadie se arriesgaba a abandonar su cobertura para rescatarlo. De modo que Martin lo rodeó con el tanque, interponiéndose entre el conductor muerto de la mula y las armas enemigas. Las balas rebotaban en su tanque: esperó hasta que sacaron el cuerpo del vehículo y se lo llevaron.

Con lo apresurado de la retirada, otro de los tanques dio marcha atrás y mató a un marine herido. El comandante del conductor Joe Graham resultó herido por un cohete que impactó en un lateral del tanque. Cayó de la escotilla superior y ordenó a Graham que retrocediera. Los marines en la calle gritaron a Graham que se detuviera, y él lo hizo, pero demasiado tarde. Sacaron los restos reventados del soldado de la oruga del tanque.

Thompson ordenó avanzar a la Compañía Charlie. Esto llevó varias horas. Ya pasaba del mediodía cuando el pelotón de Warr, Charlie Uno, avanzó a desgana, supervisando el desastre. Warr entró por la puerta principal de una casa abandonada a un lado de la calle Mai Thuc Loan, contento de oír cómo sus hombres se llamaban entre sí a gritos mientras avanzaban, como habían hablado la noche anterior. Cuando salió de la casa los vio desplegados

en la calle, algunos de ellos agachados tras árboles demasiado pequeños como para proporcionar cobertura. ¿Por qué no les disparaban? Se dio cuenta de inmediato de que el enemigo estaba esperando deliberadamente para ver cuántos estadounidenses más aparecerían. Sus hombres eran patitos de feria.

—¡Salid de la puta calle! —gritó.

Llovieron disparos de delante y de sus flancos izquierdo y derecho. El enemigo disparaba desde ventanas en primeros y segundos pisos y desde tejados. En el caos que siguió, varios de los hombres de Warr cayeron en la calle: dos de ellos, muertos; el tercero, Charlie Morgan, herido, vivo y completamente expuesto. Morgan pedía ayuda. Cuando su líder de equipo intentó retirarlo, le dispararon en la pierna. Luego Ed Estes, el líder de escuadrón de Morgan, el cabo que tan explícitamente se había opuesto a regresar en lancha, caminó indeciso de un lado a otro hasta que de repente se lanzó hacia Morgan y de inmediato cayó derribado de un tiro en la garganta. Tanto Estes como Morgan murieron.

Pese a la masacre, el comandante de la Compañía Charlie, el teniente Scott Nelson, seguía ordenando al Primer Pelotón que avanzase. Warr se resistía, e intentaba explicarle que no tenían ninguna posibilidad contra un fuego enemigo tan masivo, pero Nelson insistía. Entonces Warr le explicó que sus hombres estaban totalmente expuestos en su flanco izquierdo, por el cual el enemigo podía dispararles desde la torre, pero Nelson no se lo creía. Decía que el mayor Thompson le aseguraba que la Compañía Bravo había avanzado lo suficiente para cubrir el flanco izquierdo, algo que Warr podía ver claramente que no era verdad. Había un tanque a su izquierda que podría haber avanzado para cubrir un ataque, pero su comandante se negaba a moverlo. Pese a que le señalaron todo esto, Nelson reiteró que harían retroceder al enemigo a través de la Línea de base Alpha antes de que el día se pusiese. Era una orden.

Warr, sintiéndose bloqueado y vulnerable, se retiró. Encontró una mecedora en la casa en la que se había refugiado y comenzó a mecerse. Solo reaccionó cuando su sargento artillero lo sacudió por el hombro e insistió en que debía hablar por radio nuevamente con sus superiores. Finalmente, resignado ante la implacable estupidez de la orden, se preparó para lanzar

varios ataques inútiles. En el primero de ellos, con un equipo intentando cruzar la calle mientras los demás los cubrían, los hombres no llegaron ni a mitad de camino. Este dejó varios marines más derribados en la calle, uno de ellos muerto. Nelson ordenó otro ataque, y nuevamente tuvieron que retroceder, dejando aún más heridos y muertos.

Tras este intento, el sargento de otro de los pelotones de la Compañía Charlie, Robert Odum, llegó corriendo para decir a Warr que uno de sus hombres había sido derribado en la calle frente al tanque. El teniente ya lo sabía. Podía ver la forma inerte del hombre. Warr tenía fuertes sospechas de que estaba muerto. Le habían dado en la cabeza. El teniente dijo que era estúpido enviar más hombres afuera a que les disparasen mientras intentaban retirar un cadáver, pero Odum insistía, y lo hacía de un modo que parecía poner en duda la dedicación de Warr a sus hombres. Los tenientes más jóvenes no querían ganarse el desdén de suboficiales veteranos, de modo que, a desgana y contra su propio juicio, accedió. Odum se ajustó el barboquejo del casco y se preparó para realizar en persona el rescate. Se arrastró hasta delante del tanque y luego saltó a la calle para agarrar al hombre derribado. Una bala enemiga arrancó la parte inferior de la cara de Odum. La bala entró por debajo de su ojo izquierdo y salió por debajo de su barbilla, haciendo añicos su boca y mandíbula.

Cayó sobre el tanque sin el marine, que estaba muerto. Su herida era horrible. Ya no tenía boca ni mandíbula. Con calma, se pasó agua de la cantimplora por los destrozados restos de su cara, como si, en palabras de Warr, «creyese que sencillamente así podía despertar de aquella pesadilla», y, terco hasta el final, se negó a que lo trasladaran en camilla. Vendado, Odum caminó junto a los heridos transportados en camilla a la retaguardia.^[11] Tras aquello, Warr ordenó a sus hombres que solo retirasen cuerpos de noche.

Nelson ordenó un tercer ataque, y esta vez dos marines consiguieron cruzar la calle. Dos más quedaron atrás, muertos, y varios más resultaron heridos. Los dos que cruzaron se quedaron detenidos en seco, incapaces de moverse sin atraer fuego enemigo. Esperaron al anochecer y regresaron.

Finalmente Nelson fue a inspeccionar por sí mismo la situación. Tenía la constitución de un *linebacker* de fútbol americano, alto y fornido, y resultaba

impresionante cuando estaba enfadado. Y ahora estaba enfadado. Charlie Uno había fallado repetidas veces. Warr lo llevó a la posición y le enseñó dónde estaba el tanque, aún inmóvil, y la localización de la Compañía Delta. Su flanco izquierdo, pese a la insistencia del mayor Thompson, estaba totalmente expuesto. Nelson no dijo nada, pero pareció sorprendido de que Warr tuviera razón y su comandante se equivocase.

La debacle del primer día en la Ciudadela perseguiría a Thompson el resto de su vida. Pasó el resto del día intentando traer de vuelta intactos a sus hombres a Mang Ca. Murieron más y muchos más resultaron heridos en el esfuerzo.

La Compañía Alpha había quedado tan maltrecha que ya no era una unidad de combate eficaz. A día siguiente serían Charlie y Bravo quienes llevaran el peso de combate. Ambas habían recibido duro también. Charlie Uno, con ocho muertos y veinte heridos, tenía menos de la mitad de su dotación inicial de cincuenta y un hombres. A Warr lo degradaron *de facto*. Distribuyeron sus hombres por otras unidades y se hizo cargo del pelotón de armas de la compañía, sirviendo sobre todo como observador y operador de radio avanzado.

Charlie Uno ya no existía.

2

No dudamos del resultado

Tres días antes de la desastrosa primera incursión de Thompson en la Ciudadela, Bernard Weinraub, corresponsal del *New York Times* en Saigón, evaluaba la importancia de la Ofensiva del Tet, aún abierta. Solo hizo una referencia lateral a Hué, pero aseguró que, contrariamente a las explicaciones oficiales, los ataques por sorpresa habían sacudido Vietnam del Sur profundamente. Apoyándose sobre todo en fuentes estadounidenses anónimas, Weinraub halló que el pánico estaba muy extendido.

«Aquí hay una oportunidad que aprovechar o que perder —dijo un oficial estadounidense hoy—. Si el gobierno [survietnamita] se mueve con decisión, acabará en una posición de fuerza. Si no, está en problemas.

»[...] el pueblo está asustado y quiere algún tipo de liderazgo... quizás la palabra sea protección —dijo otro oficial—. Y este es el momento adecuado para que el gobierno actúe y muestre qué puede hacer.»

Aunque lo disfrazara de oportunidad en lugar de desastre, el oficial anónimo estaba concediendo mucho más que lo que condecía el CAMV. Más allá del impacto en Vietnam del Sur, Weinraub informaba de que la embajada estadounidense estaba perdiendo la confianza en el régimen del presidente Nguyen Van Thieu. La crónica citaba sus preocupaciones con respecto a la corrupción, el clientelismo y la falta de control de Saigón sobre sus generales, que gobernaban sus propios ejércitos y regiones como señores de la guerra.

En el pasado, la relativamente pequeña presencia del VC en la mayor parte del sur, y especialmente en grandes ciudades como Saigón y Hué, facilitaba que los ciudadanos sencillamente consintieran el gobierno de Thieu como el mal menor. El Tet había cambiado eso.

Weinraub citaba a un periodista anónimo de Saigón que decía: «Ahora que han llevado la guerra brutal e inesperadamente a las puertas de sus casas, la mayoría de la población urbana se ha visto obligada a replantearse su tradicional indiferencia y a hacer una elección entre el gobierno y el Vietcong».[1]

Si bien esa elección podía ser meramente nominal en Saigón, en Hué se había convertido en una cuestión de supervivencia. O te atrincherabas y jugabas a la ruleta rusa con los obuses estadounidenses, o te atrevías a atravesar el fuego cruzado y los sanguinarios comisarios políticos de las calles en una frenética búsqueda de seguridad. La gran tragedia que se estaba desarrollando en Hué parecía no importar a quienes estaban al mando. Ni Saigón ni el CAMV (ni la prensa, si vamos al caso) expresaban la más mínima preocupación por las muchedumbres atrapadas en el combate. La única preocupación por daños colaterales tenía que ver con los tesoros históricos de Hué, y tras la debacle de Thompson, los últimos vestigios de eso se habían desvanecido. Ninguna de las crónicas escritas acerca de los fieros combates en la ciudad mencionaban las cada vez mayores cantidades de víctimas civiles, y sin embargo no había marine luchando en la Ciudadela que no hubiera encontrado búnkeres atestados de civiles, vivos y muertos. Había pocas vías de escape en la fortaleza, de modo que allí la crisis era especialmente grave. Los pocos afortunados que salían vivos de los bombardeos y combates lo hacían con las manos en alto, haciendo sumisas reverencias, y se los llevaba junto al creciente número de refugiados acampados alrededor de Mang Ca. Las pocas veces que se mencionaba a los civiles en crónicas escritas desde el frente de batalla era para describir los desafíos logísticos que planteaba lidiar con ellos.

El presidente Johnson no lamentaba demasiado matar vietnamitas. Conforme la batalla por Hué iniciaba su tercera semana, Johnson reiteraba su apoyo a la idea de bombardear el norte... la misma política que sus asesores

habían juzgado ineficaz.

—Que los que quieren detener el bombardeo respondan a esta pregunta —decía—. ¿Qué estarían haciendo los norvietnamitas si hubiésemos detenido los bombardeos y los hubiésemos dejado en paz? La respuesta, creo, está clara. La fuerza enemiga en el sur sería mayor. Estaría mejor equipada. La guerra sería más dura. Las pérdidas serían mayores. Las dificultades serían peores. Y de una cosa pueden estar seguros: costaría muchas más *vidas estadounidenses*.^[2]

A Johnson cada vez lo frustraban más los dos Vietnams, el del norte y el del sur. El miércoles dijo a Clark Clifford, al que pronto nombraría secretario de Defensa, que el aún ocupante de ese puesto, McNamara, «cree profundamente que Teddy y Bobby [Kennedy] tienen razón, que los survietnamitas son unos malditos inútiles y que deberían hacer más, y que debemos enfrentarnos a ellos». Añadió, empleando una metáfora política para la crisis en Vietnam del Sur: «¡Me parece que un día antes de las elecciones es un muy mal momento para divorciarte de tu esposa!». Con respecto a Hanói, Johnson había intentado repetidamente, y en vano, arrastrarla a conversaciones de paz, deteniendo y reanudando las campañas de bombardeos. El secretario general de las Naciones Unidas, U Thant, al que Johnson llamaba «agente casi» de Hanói, le había estado presionando al respecto. La Ofensiva del Tet, a la que LBJ se refería como «este asesinato», había hecho que tales ofertas resultaran imposibles.

«¡Hemos ido tan lejos como un ser humano puede ir, y ahora vienen y resulta que no se han movido un centímetro! —se quejaba a Clifford—. Sabemos eso. Por lo tanto, y dado que su respuesta ha sido este asesinato, no podemos premiar este tipo de cosas. Y por eso vamos a limpiar todo esto antes de hacer nada más [...] las ciudades de Vietnam y la batalla de Khe Sanh. El viejo U Thant estará allí mañana por la mañana para pedirnos que detengamos el bombardeo.»

Clifford se mostró de acuerdo y delineó los puntos para una reunión «de fondo» con la prensa para clarificar la interpretación de la Administración sobre Hanói. «En el pasado hemos detenido seis veces los bombardeos —dijo—. Ni una sola de estas pausas ha sido productiva en modo alguno. Esta

última vez hicimos un esfuerzo total [...] que debería haber requerido un mínimo por su parte [...] más de lo que hemos hecho nunca, pusimos unas exigencias *mínimas*: todo lo que tenían que hacer era iniciar conversaciones con prontitud y no incrementar el tráfico [de soldados al sur]. Es un mínimo absoluto [...] todo el mundo se muestra de acuerdo en eso. No lo aceptan. Lo que hacen es propinar este feroz ataque, tanto contra militares como contra civiles, asesinar a miles de personas, y esa es su respuesta [...] Este debate acerca de los bombardeos es tan solo parte de su estrategia de propaganda.»[3]

Johnson sentía también cada vez más presión por parte del Congreso. El senador William Fulbright llevaba a cabo audiencias acerca de la resolución del golfo de Tonkín de 1964, por la que el Congreso había autorizado a LBJ a una escalada bélica después de que los norvietnamitas atacaran dos navíos de guerra estadounidenses. Las audiencias examinaban si esa provocación había sido falseada o exagerada por los halcones de la Administración como excusa para aumentar la escala de la guerra. El senador Eugene McCarthy seguía con su desafío contra la guerra en vísperas de la campaña por New Hampshire.

Y la batalla de Hué seguía causando desgaste. Cada informe de nuevas bajas entre los marines añadía combustible a las críticas contra la guerra. El expresidente Dwight Eisenhower había aconsejado a Johnson evitar una guerra prolongada, en la que las bajas se fueran acumulando a lo largo de los años. Era mejor, argumentaba el antiguo comandante de la segunda guerra mundial, acabar la guerra con un movimiento que pudiera causar veinticinco mil bajas en un día y «superarlo, que librar una guerra en la que uno pierde 2.500 hombres cada mes durante años».[4] Lo que ahora se estaba dando era el peor escenario posible: el ritmo de las muertes se había acelerado al tiempo que el fin de la guerra se veía cada vez más lejano.

Esto era, evidentemente, deliberado. El primer ministro norvietnamita Pham Van Dong había explicado: «Nuestro objetivo es, a través de un programa de ataques a gran escala, causar muchas bajas estadounidenses y así erosionar lo suficiente a Estados Unidos para que las influencias contrarias a la guerra obtengan una fuerza política decisiva».[5] Según este criterio, la Ofensiva del Tet era una enorme victoria para Hanói.

Time informaba aquella semana: «Como antigua capital de Vietnam, Hué era una captura de primer orden para fines propagandísticos». Culpaba a Westmoreland no solo por sus exagerados recuentos de bajas, sino por su sanguinario apego a ellos:

Hace menos de dos meses, informaba públicamente de que el Vietcong había sufrido tal sangría que las tropas estadounidenses podrían comenzar a regresar a casa en 1969. La última semana especulaba con que las duras bajas de los comunistas durante los ataques a las ciudades «podrían acortar sensiblemente la guerra». Si las pérdidas son, en efecto, tan duras como asegura, puede que tenga razón. Pero a la Casa Blanca, este optimismo en medio de una masacre tal le resulta un poco embarazoso. En privado, la semana pasada, Johnson ordenó al general que se contuviese.

No hay señal alguna, sin embargo, de que los informes de Westmoreland a la Casa Blanca hayan sido menos exuberantes que sus pronunciamientos públicos. Se supone que su unidad de inteligencia lo engañó. Casi todos los expertos militares se muestran de acuerdo con que Westmoreland ha subestimado el poder de los comunistas, o sobrevalorado la efectividad del ejército regular de Vietnam [del Sur] y sus unidades paramilitares. Su propio mando admite que la fuerza de la ofensiva enemiga del Tet resultó una total sorpresa.[6]

El sábado 17, Johnson voló a California para despedir a los hombres de la Quinta División de Marines que debían reforzar a los soldados que combatían en Hué, Khe Sanh y otros lugares.

«Este es un momento decisivo en Vietnam —dijo a los soldados que escuchaban en posición de firme sus palabras—. Los ojos de la nación y del mundo, los ojos de la mismísima historia» estaban puestos en ellos. «No dudamos del resultado —dijo—. Los deberes de la paz son una carga. Son deberes que muchas generaciones de estadounidenses han escogido como suyos. En el cumplimiento de esos deberes, nadie se ha cubierto de tantos honores, nadie ha honrado tanto a su nación, tan noble, tan valientemente, como los marines de Estados Unidos.»[7]

3

Agentes aleatorios del desastre

Viviendo con miles de refugiados en la Universidad de Hué, Tuy-Cam y su familia se enteraron de que su prometido, Jim Bullington, había sido rescatado.

—¡El Sr. Jim está vivo! —dijo uno de los sirvientes—. Un hombre me ha dicho que vio cómo soldados estadounidenses entraban en la central eléctrica y se llevaban a un estadounidense con ellos. El Sr. Jim estaba allí, ¿no?

—Sí, estaba allí —respondió Tuy-Cam—. ¡Tiene que haber sido él!

Las buenas noticias acerca de Bullington eran tan solo uno de los fragmentos de información que Tuy-Cam, sus hermanas y sirviente recogían. Cada mañana salían de la Universidad en busca de comida y de información. La mayor parte de las noticias eran malas. Uno de los que habían muerto era el primo de su fallecido padre, un senador, de quien se decía que lo habían enterrado vivo. Muchos más (la cantidad exacta sería difícil de determinar) habían sido detenidos y ejecutados.

En sus vagabundeos, Tuy-Cam se encontró con uno de sus colegas del consulado estadounidense en Da Nang, que, perturbado por lo que le había pasado a ella, le consiguió plaza en un helicóptero para el día siguiente. Mientras esperaba con una muchedumbre en la zona de aterrizaje (ZA) tuvo un escalofrío de alegría al ver a Bullington descender de un helicóptero, vestido con un grueso abrigo. Al principio no vio a Tuy-Cam y pasó de largo

junto a la muchedumbre. Durante las semanas previas ella había perdido peso y se veía demacrada. Desde luego no iba vestida ni maquillada de la manera en que Bullington estaba habituado a verla.

—¡Jim! ¡Jim! ¡Soy yo! —gritó, pero él siguió andando. Su amigo también lo llamó y él se giró. Al principio se quedó mirando sin reconocerlos.

—¡Soy yo, TC! —gritó ella.

Bullington la levantó en brazos.

—¡Gracias a Dios que estás viva! —dijo—. ¿No sabes que te he estado buscando? ¡Estoy aquí por ti!

La vida regresaba lentamente a la normalidad al sur del río, pero en la orilla norte, dentro de la Ciudadela, la batalla se libraba al máximo. Mike Morrow era uno de los muchos reporteros que se encontraban en el fragor de la batalla. El antiguo estudiante de Dartmouth, que, irónicamente, esquivaba el servicio militar visitando zonas en combate en Vietnam, había conseguido otro vuelo a la ciudad y estaba ahora dentro de la fortaleza, durmiendo por las noches en el suelo en Mang Ca. Resaltaba como el universitario que había sido hasta hace poco, un estadounidense alto, de pelo abundante, con gruesas gafas de montura negra, vagabundeando desarmado por el campo de batalla. Ni enviaba crónicas ni tomaba fotos. Ni siquiera estaba seguro de lo que estaba haciendo. Años más tarde se maravillaría ante su estupidez, pero lo que seguro estaba haciendo era ver la guerra de cerca. Un día fue presa de la furia y la vergüenza cuando dejaron que un soldado del Frente se desangrara hasta morir en la calle. La unidad de Marines a la que estaba asignado Morrow ignoró las súplicas de ayuda del moribundo. Los soldados no sentían el menor remordimiento y parecían confusos por su ira. Morrow había visto a esos mismos marines jugarse la vida por ayudarse unos a otros o incluso por acarrear civiles heridos a un lugar seguro.

Morrow era un periodista sin vocación. Decía a todo el mundo que estaba en Vietnam para intentar averiguar de qué iba realmente la guerra. Pasaba mucho tiempo con los periodistas del *Washington Post* Peter Braestrup y Lee Lescaze: se llevaba bien con Lescaze, pero menos con Braestrup, al que

consideraba probelicista. Había pasado de ser un universitario preguntón a un adulto cínico y frustrado. Había comenzado a fumar, en parte sorprendido por la absurda campaña contra el tabaco de Saigón en medio de una guerra tan desastrosa. Llegaba a los tres paquetes al día. También había comenzado a beber casi medio litro de whisky al día. En cualquier caso, había asumido que no saldría vivo de Vietnam. Volver a casa implicaba ser reclutado para combatir en una guerra que consideraba inmoral y estúpida. Creía que Estados Unidos sencillamente se equivocaba al ver la lucha de Vietnam como parte de una amenaza comunista mundial. Su gente merecía ser considerada, sencillamente, vietnamita. Había conocido gente a ambos bandos de la guerra civil, gente a la que respetaba, y creía que la división de la nación podía solucionarse mediante negociación. Cuanto más tiempo pasaba allí, más trágica, destructiva y surrealista le parecía la guerra.

En noviembre había asistido a una recepción en el palacio de la Independencia en Saigón para el vicepresidente Hubert Humphrey. Morrow se había quedado de pie al final de la sala, para observar. De repente Humphrey salió de detrás de una cortina y se acercó a estrecharle la mano. En aquel momento hubo una explosión fuera. Habían apuntado un mortero hacia la embajada, sin duda en honor a la visita del vicepresidente. Había impactado en el patio. Morrow giró la cabeza para mirar y, cuando volvió a mirar al frente, Humphrey se había ido. Desvanecido. Morrow aún tenía la mano extendida.

Semanas antes del comienzo de la batalla había estado en una excursión con una unidad de *rangers* del ERVN por las afueras de la Ciudadela con el capitán del ejército George Smith, el enlace de relaciones públicas que se encontraría en la base del CAMV la noche del ataque. Habían rodeado completamente la fortaleza, un viaje de dos días. El comandante de los *rangers* tenía un paquete de cervezas, que uno de sus hombres transportaba, y caminaba con una botella abierta en la mano. En un momento dado se detuvo e interrogó a un civil vietnamita, al que golpeó con su pistola. Morrow tomó una foto. Smith lo tomó suavemente por el hombro y lo alejó.

—Venga conmigo y manténgase cerca —le dijo.

Una vez se alejaron lo suficiente (Morrow no fue testigo del destino de

aquel hombre), Smith le dijo:

—No debería haber hecho esa foto. Estos tipos lo van a matar.

Morrow se pegó a Smith el resto del día. Acamparon junto a los *rangers* en una mansión abandonada, en la que encontraron licor. Los *rangers* se emborracharon. Morrow también bebió lo suyo. Estuvo hablando con Smith durante la noche. Morrow era unos años más joven que el capitán. Le explicó por qué estaba en contra de la guerra. Smith escribiría más tarde: «No era que estuviese en contra de los militares ni de su país; tan solo no creía que Estados Unidos tuviese nada que hacer en Vietnam. Creía que su país estaba desperdiciando a sus jóvenes en una aventura no solo mal planificada sino, además, imposible de ganar. El coste en vidas, que había visto en persona numerosas veces, le resultaba especialmente perturbador, como a todo el mundo. Los militares habían puesto anteojeras a los políticos, mantenía, y los políticos estaban timando al pueblo».

Smith apreciaba su argumentación, pero, como muchos estadounidenses que habían ido a combatir, no estaba preparado para ceder Vietnam del Sur a un estado unipartidista comunista. Creía que quienes se oponían a la guerra no se preocupaban por los vietnamitas, y él había llegado a conocer y respetar a algunos de ellos.

—El problema con usted, Morrow, es que no tiene experiencia vistiendo uniforme. ¿Cree que si el ejército de Estados Unidos empacara sus cosas y regresara a casa las masacres terminarían? Hay mucha gente que cree que, si nos vamos, las cosas empeorarán. Una vez que Vietnam del Sur haya caído en manos de los comunistas, ¿quién será el siguiente?

—Ese no es nuestro jodido problema —respondió Morrow.[1]

Los atacaron a primera hora de la mañana. Morrow se despertó con explosiones y disparos que atravesaban las ventanas de la mansión. Cayeron obuses de mortero. Morrow los llamaba «agentes aleatorios del desastre», lo que hacía reír al capitán.[2] Se escondieron tras unas rocas en un jardín. Los *rangers* habían recobrado rápidamente la sobriedad y oponían una vigorosa lucha. Smith entregó a Morrow una pistola.

—Puede que necesite esto antes de que acabe el día —le dijo.

Sería la única vez que sostendría un arma en Vietnam. Los atacantes eran

pocos y pronto los expulsaron. Morrow devolvió la pistola a Smith. Ese mismo día, más tarde, volvieron a atacarlos. Morrow se tiró en un lecho de narcisos. Saboreó lo absurdo del momento, mirando un cielo azul a través de los capullos amarillos mientras las balas zumbaban sobre su cabeza. Cuando el tiroteo se trasladó y finalmente acabó, asomó la cabeza y se encontró solo. Se dio cuenta de que a ninguno de los hombres con los que estaba le importaba qué le había pasado; sentía que no pertenecía a ningún bando en esa lucha. Esto lo deprimió. Siguió un sendero que salía del jardín y pronto halló a Smith, que, sorpresa, estaba preocupado por él.

Para cuando llegó el Tet había dejado siquiera de intentar vender sus fotografías. Lo dejó tras tomar una foto de un jeep al que habían emboscado. Estaba lleno de periodistas muertos, que resultaron ser sus amigos: se vendió por treinta dólares. Lo puso enfermo. Antes de ir al norte, a la Ciudadela, donde se reunió con Smith, había pasado unas noches en la Universidad de Hué, donde habían alojado a miles de refugiados. Allí oyó por primera vez a Trinh Cong Son, un joven cantautor, poeta, pintor y compositor vietnamita. Trinh era un hombre pequeño y delgado, cuya ancha frente y grandes gafas eran famosas en el país. Lo habían apodado «el Bob Dylan vietnamita». Era de Hué, y sus canciones de protesta pacifistas habían irritado a ambos regímenes, Norte y Sur. Morrow se hizo amigo suyo, y por la noche le escuchaba junto con cientos de personas que se apiñaban en la biblioteca de la universidad para presenciar sus actuaciones. El rumor de su presencia había atraído a otros cantantes, de modo que todas las noches, contra un fondo de tiroteos y explosiones, había un *hootenanny*[*] vietnamita. Morrow recordaría que las actuaciones de Trinh, en aquellas circunstancias, eran profundamente conmovedoras y bellas.[3]

Ya dentro de la fortaleza, Morrow vagabundeaba con su cámara, aún tomando fotos, pero solo para sí mismo. Tomó una de un camión cargado con marines muertos, y fue apartado con furia. En el lado oeste de la fortaleza le sorprendió ver montones formados por cientos de soldados muertos del Frente. Habían muerto en las inmediaciones del aeródromo de Tay Loc. Nunca había visto tantos muertos juntos. Le dijeron que los habían matado en una descarga de artillería. De regreso a Mang Ca, mientras pasaba por las

dispersas manzanas verdes situadas en el extremo norte de la fortaleza, se encontró con un soldado uniformado del EVN, desarmado, que iba en dirección opuesta. Al parecer se había separado de su unidad. Morrow lo vio por el rabillo del ojo cuando saltaba tras un edificio, y sus ojos se encontraron. El soldado salió a la calle para mirarlo. Ambos siguieron, recelosos, sus caminos.

Michael Herr, el corresponsal de *Esquire*, estaba también en medio del combate, tomando notas poco abundantes en detalles pero ricas en ideas y sentimientos.

Entre el humo, la niebla y el polvo que flota sobre la Ciudadela, era difícil calificar a aquella hora entre el día y la oscuridad como un verdadero ocaso, pero era el momento en que la mayoría de nosotros abríamos las raciones C. Estábamos a solo unos metros de lo peor de los combates, no más de una manzana de ciudad vietnamita de distancia, y aun así seguían apareciendo civiles, sonriendo, encogiéndose de hombros, tratando de volver a sus casas. Los marines intentaban amenazarlos a punta de fusil, gritando: «¡Di, di, di, patéticos cabrones, largaos, alejaos de aquí!», y los refugiados sonreían, hacían una media reverencia y se alejaban por una de las destrozadas calles. Un niño pequeño, de unos diez años, fue hacia un grupo de marines de la Compañía Charlie. Reía y movía la cabeza de lado a lado de un modo divertido. Lo fiero de su mirada debería haber advertido a todo el mundo de qué se trataba, pero a la mayoría de los soldados nunca se les había ocurrido que también los niños vietnamitas podían volverse locos, y para cuando lo comprendieron, el chico ya se había lanzado a por sus ojos y a rasgar sus uniformes, asustando a todo el mundo, poniéndolos de los nervios, hasta que un soldado negro lo agarró desde atrás y le sujetó el brazo. «Vamos, pobre chiquillo, antes de que uno de estos soldados cabrones te dispare», dijo, y se llevó al niño a donde estaban los oficiales médicos.[4]

Herr reflejó la insólita tenacidad de los soldados rasos. Registraba los desafiantes —a veces divertidos, otras veces inescrutables— lemas que pintarrajeaban en sus chalecos antimetralla: lo contrario a temerario, el mono de mickey, vengador v, moe la seguridad dura poco, nacido para perder, nacido para liarla, nacido para matar, nacido para morir, el infierno apesta, el tiempo juega a mi favor, solos tú y yo dios... verdad?[5]

Tras abandonar Hué, el decano de la vieja escuela periodística, Walter Cronkite, se detuvo en su gira personal de comprobación de hechos en Phu Bai para visitar al segundo de Westy, el general Creighton Abrams, un viejo

amigo. Se habían conocido en la segunda guerra mundial, cuando Abrams era un joven comandante de carros de combate. En la batalla de las Ardenas había dicho del enemigo la célebre frase «Nos tienen rodeados otra vez, los pobres bastardos».[6] Ambos hombres se habían vuelto más canosos, gruesos y serenos, y habían sido amigos durante demasiado tiempo como para engañarse mutuamente. Abrams era mucho más sincero que su jefe acerca del alcance de los logros del enemigo, especialmente en Hué. Habló de la completa sorpresa táctica del Frente y de la magnitud del impacto.[7]

A Cronkite, el viaje le había confirmado sus peores sospechas. Cuando regresó a Saigón, justo antes de volar de regreso a Estados Unidos, invitó a todos los trabajadores de la CBS a comer en el restaurante que había en el terrado del hotel Caravelle. Se sentaron a una gran mesa cubierta por un mantel de lino blanco. Con él estaban sus productores, Jeff Gralnick y Ernie Leiser, y los periodistas John Laurence, Bob Schackne, George Syvertsen y Pete Kalischer, que había cubierto los primeros años de la guerra y acababa de regresar a por más. Kalischer y Leiser se enzarzaron en una acalorada discusión acerca de la guerra (Kalischer, contra ella; Leiser, a favor) y Laurence se puso del lado de Kalischer, solo para sentir cómo Gralnick le daba una patada bajo la mesa: el productor le dijo posteriormente que la violencia de la discusión tenía más que ver con mala sangre entre ambos hombres que con diferencias políticas. Cronkite interpretó en todo momento el papel de periodista desapasionado, haciendo preguntas y escuchando. Kalischer, en especial, parecía decidido a convencerlo de que toda la empresa estadounidense era un error.

Tras la cena se abrió una botella de coñac. Cronkite preguntó a Laurence acerca de detalles del programa de pacificación estadounidense. El periodista lo había cubierto ampliamente y contó una historia tras otra de corrupción y fracasos burocráticos, de niños hambrientos y almacenes llenos de arroz donado por Estados Unidos que no se estaba distribuyendo.

—¿Cómo puede pasar esto? —seguía preguntando Cronkite.

Aquella noche, él y Laurence se quedaron hasta tarde en el balcón del terrado del hotel. Observaron los combates desde allí con binoculares, buscando por turnos destellos de bocachas y fuego de artillería, y Cronkite,

viejo veterano de guerra, intentó calcular a qué distancia se hallaban. Laurence despreciaba a los periodistas que cubrían la guerra desde Saigón y estaba orgulloso del trabajo que hacía, arriesgando su vida para ver la guerra de cerca. Cronkite le expresó su agradecimiento por la tarea que estaba haciendo. Contó a Laurence algunas de sus propias experiencias cubriendo guerras y recordó qué difícil había sido reflejar la importancia y la urgencia de los acontecimientos a editores que lo miraban desde miles de kilómetros de distancia.[8]

Cuando Cronkite llegó a Nueva York, el presentador y sus productores comenzaron a montar su documental con vistas a emitirlo a finales de mes. Ante una audiencia de millones de telespectadores, presentaría su primer intento de lo que denominó «periodismo de apología».

A la Casa Blanca no iba a gustarle.

4

Primer Concurso Anual de Tiro al Pavo de la ciudad de Hué

A Thompson le quedaba tan poca munición, había sufrido tantas bajas y sus hombres estaban tan cansados que el miércoles 14 de febrero les dio descanso. Sus fuerzas habían quedado reducidas a menos de la mitad. Algunos de sus hombres no habían comido en dos días. El enemigo seguía atrincherado a lo largo de la calle Mai Thuc Loan, a la que los soldados habían apodado «callejón del Cohete». El enemigo aún conservaba la torre Dong Ba, que dominaba la calle. Estaba claro que, antes de poder avanzar, los marines tendrían que tomarla. Si bien había ahora helicópteros regulares de Phu Bai al sur de Hué, el fuego hostil dificultaba aterrizar en la Ciudadela. Dado que los heridos tenían la máxima prioridad, los pocos que aterrizaban se dedicaban a ellos. A los muertos se los dejaba atrás, apilados en sacos de cadáveres como leña, fuera del hospital de campaña.

El batallón empleó el día, relativamente tranquilo, para reagruparse. El teniente Warr, que había perdido su pelotón en el desastroso primer ataque, estuvo enormemente aliviado por dejar su posición en el callejón del Cohete. Sus ganas de batalla se habían esfumado. El pelotón de armas del que se hizo cargo consistía en dos tripulaciones de morteros, capazmente dirigidas por un experimentado sargento artillero, algo que a Warr le iba perfecto. Se sentía torpe, como si hubiera «caído en un tonel de novocaína», escribiría más tarde.

[1] Sospechaba que su comandante, el teniente Nelson, se daba cuenta de su estado mental, porque no paraba de mirarlo con extrañeza. A Warr no le importaba. Nelson podía observarlo cuanto quisiera. Como comandante del pelotón de armas, Warr tenía una radio, pero nadie lo llamaba. Posteriormente escribió: «Tanto daba, porque si alguien me hubiera pedido consejo en aquel momento, estoy seguro de que me hubieran acusado formalmente de cobardía ante el enemigo. Les hubiera aconsejado retirarse, dejar la ciudad en manos del enemigo, que evidentemente la quería tanto, y decir a los putos políticos que nos habían metido en este lío y luego nos habían atado las manos a la espalda que se fueran a tomar por culo».[2]

El fracaso de la primera incursión de Thompson se publicó en una crónica de Thomas Johnson, en el *New York Times* del miércoles. «En su primera batalla terrestre en el norte de Hué, un batallón de marines estadounidenses ha avanzado hoy 500 metros antes de encontrarse con una dura resistencia por parte de las fuerzas enemigas [...] —informaba Johnson—. No se han dado cifras de bajas entre los marines, pero se calcula que al menos 15 hombres han muerto y 40 han resultado heridos.»[3]

Una consecuencia del fiasco fue que Thompson tuvo una idea muy clara de contra qué se enfrentaba. Sus hombres no irían a ninguna parte hasta que él tomara la torre.

Aquel día, Steve Berntson, el corresponsal de guerra de los Marines, llegó desde el sur de Hué con un montón de refuerzos recién desembarcados. Un marine negro de Filadelfia, que se hacía llamar *Philly Dog*,^[4] lo había divisado en la base del CAMV.

—Eh, Cuentacuentos, ¿remontarás el río con nosotros? —preguntó. Le explicó a dónde iban. Le dijo—: Vamos a darles para el pelo a algunos amarillos ahí arriba.

Berntson sabía que la historia en Hué estaba trasladándose al norte. En el lado sur, algunos marines participaban en carreras con coches que habían puentado, y había oído de las carreras de tanques en el estadio de fútbol.

—Hay un montón de soldados del ERVN allí y no han conseguido una mierda —dijo Philly Dog—, y los están machacando continuamente, así que vamos a ir allí a hacernos cargo del edificio por ellos.

Philly Dog llevaba una *Blooper*, una escopeta lanzagranadas M79. Endulzó su invitación a Berntson ofreciéndole otra a él, y durante el camino se sentaron en lados opuestos de la lancha y dispararon proyectiles a las orillas del río.

Cuando llegaron a la Ciudadela, la pausa en los combates le dio una oportunidad para vagabundear en busca de más historias. No había estado escribiendo, pero había llenado su baqueteado cuaderno verde con nombres, entrevistas y observaciones, con la idea de unir unos cuantos en un reportaje cuando acabara la batalla. Abriéndose paso por un devastado barrio controlado por los marines, lo atrajo el ruido de disparos de fusil. No era el ruido típico de los combates en el frente (demencial y frenético), sino una descarga ocasional de lo que parecían ser cuatro fusiles. Encontró a dos francotiradores, estirados sobre el techo de un autobús azul en medio de la calle, y dos más apoyados en su parachoques delantero.

—Eh, tío —le dijo uno de ellos, David Morales, alegremente—. ¡Bienvenido al Primer Concurso Anual de Tiro al Pavo de la ciudad de Hué!

En la calle, lejos, había tres cuerpos. Los soldados enemigos intentaban de vez en cuando atravesar corriendo la calle, lo que proporcionaba objetivos a los francotiradores, que al parecer, acertaban con frecuencia. Berntson apuntó dos nombres en su cuaderno, Morales y Eric Henshall, y observó cómo una pequeña figura de repente corría para cruzar la calle. Los cuatro tiradores dispararon, pero el corredor lo consiguió. Minutos más tarde, otros tres lo intentaron. Uno lo consiguió, otro cayó derribado y el tercero dudó, se dio la vuelta y comenzó a correr. Lo derribaron. Luego dos soldados más corrieron a recuperar a los heridos, y uno de ellos recibió un disparo.

—¿Cuánto lleváis haciendo esto? —preguntó Berntson.

Le dijeron que llevaban varias horas. Escribió «¿3?» en su cuaderno.

—Siguen corriendo, van y vienen —dijo uno de los marines—. No nos disparan. ¿Quieres probar?

Berntson levantó su fusil y se apoyó en el parachoques. Intentó recordar la disciplina de tiro de cuando hizo la instrucción: *espira lentamente...* mantuvo la postura, apuntando más allá de los cuerpos en la calle, hasta que sus ojos comenzaron a lagrimear. Luego otra figura comenzó a correr...

aprieta el gatillo. Se había olvidado de poner el fusil en modo tiro a tiro, de modo que el arma saltó y vació su cargador. El tipo consiguió atravesar la calle. Los francotiradores le tomaron el pelo por lo mal tirador que era.

—¿Quieres probar otra vez? —le preguntó uno.

Berntson se negó.

—Fallaría otra vez.

Los dejó preguntándose por qué el enemigo, por norma general tan listo, se seguía exponiendo de esa manera.

Se detuvo para hablar con el sargento Tom Birch, de Minneapolis, que tres días atrás había cumplido veinticuatro años, su segundo cumpleaños en Vietnam. Lo había celebrado lavándose la cara, afeitándose y cepillándose los dientes. Había comido una ración C de jamón con huevos y ternera y había compartido un pastel de fruta de su mujer e hijas. Dijo a Berntson que su plan era pasar el vigésimo quinto cumpleaños en casa, tranquilo, con una comida casera.

Durante la pausa en los combates, el general Truong voló a Phu Bai para encontrarse con el vicepresidente de Vietnam del Sur, Nguyen Cao Ky, que había llegado desde Saigón para conversar con el general Abrams. Con él estaba el general Cushman (el comandante del I Cuerpo que había ordenado a sus hombres, inicialmente, evitar destruir edificios importantes de la ciudad) y los demás líderes del Grupo Operativo X-Ray. El general LaHue explicó a Ky la batalla. Más de dos semanas después de que la ciudad fuera tomada, Hué por fin recibía la plena atención de Saigón y del CAMV. Abrams dijo a los periodistas que, tras la reunión, Ky había calificado los esfuerzos de Hanói en Hué de «destinados al fracaso»: una demostración de que estaba dispuesto a sacrificar «miles de hombres para conseguir una ligera ventaja política». También anunció que Ky había aceptado la total responsabilidad por la destrucción de iglesias, templos, pagodas y otros edificios culturalmente importantes de la ciudad. No hubo mención de los civiles atrapados en la batalla. Se levantaron formalmente todas las restricciones de fuerza, aunque los marines y el ERVN habían hecho ya un gran trabajo destruyendo la mayor parte de la ciudad.

Cuando Truong regresó, encontró su comando reforzado con otros

setecientos hombres, un batallón entero de soldados survietnamitas liderado por el coronel Pham Van Dinh. Los Hac Bao escogieron de entre esos refuerzos. El teniente Tran Ngoc *Harry* Hue y Jim Coolican regresaron al combate con una fuerza de 150 hombres.[5] Los hombres de Pham se unieron a los que estaban combatiendo en el lado oeste de la fortaleza, donde no había habido progresos durante días.

El Frente tenía aún unos tres batallones en la Ciudadela, algo menos de dos mil hombres, pero un número y una potencia cada vez mayores por parte de los aliados comenzaba a notarse. A los comunistas les costaba cada vez más enviar tropas a la fortaleza. La noche del viernes 16 de febrero, un observador adelantado del ERVN detectó una fuerza de soldados del Frente del tamaño de un batallón avanzando hacia la puerta Huu. Alexander Wells, el observador adelantado de la batería de los marines, pidió un bombardeo de artillería que la diezmó y mató a un comandante de regimiento. Aquella misma noche se interceptaron mensajes de radio del centro de mando enemigo en La Chu denegando la petición de retirada del comandante sustituto. Le ordenaron proceder con los hombres que tuviese: debía atrincherarse en la fortaleza y combatir.[6]

Quedaban por delante diez días más de duros combates, y por el momento, el batallón de Thompson estaba atascado. Su ritmo de avance era inaceptable para el general LaHue, y no ayudaba que el mayor pidiera más hombres, munición y suministros. En una acalorada discusión por radio, Thompson ofreció su dimisión. Estaba exhausto mental y físicamente. En aquel momento, perder el mando hubiera sido un alivio. No aceptaron su oferta.

5

La torre

El levantamiento de restricciones de uso de fuerza tuvo poco impacto inmediato en el avance de Thompson. Hasta que el clima cambiase, los bombardeos aéreos eran posibles solo de vez en cuando. La artillería naval, aunque era tremendamente escandalosa e impresionante, llegaba en una trayectoria demasiado baja para ser eficaz. Los proyectiles rugían por encima de las nubes, pasando sobre la muralla oriental y sobrevolando la fortaleza para explotar en el muro oeste. Las baterías de artillería de Phu Bai y Gia Le, al sur y al sudeste de la ciudad, tenían dificultades para apuntar. Tenían que colocar los obuses *delante* de la línea de Thompson. Eran buenos disparando por encima de las cabezas de sus hombres hacia posiciones enemigas situadas más allá, pero era mucho más difícil apuntar a sus propios soldados y hacer que los obuses cayeran un poquito antes. Era demasiado arriesgado.

Los marines hacían lo que podían con lo que tenían. Disparaban morteros, usaban los cañones de 90 mm de los tanques Patton y arrasaban con los Ontos cuando se atrevían a acercarlos a las líneas enemigas. Los tanques estaban tan metidos en lo peor de los combates que los tripulantes a veces caían inconscientes por la fuerza de las explosiones contra su blindaje. Regresaban inconscientes, mareados o aturdidos, y algunos, con golpes tan graves que debían ser evacuados. Casi todos sufrían dolor de cabeza. Todo esto servía de poco: el enemigo no se movía. Los tanques dirigieron sus

cañones hacia la torre Dong Ba, pero lo único que consiguieron fue destrozarse su bonita mampostería.

Thompson buscó y obtuvo permiso para convocar a su cuarta compañía, Delta, comandada por Myron Harrington, un capitán. Se había quedado en el triángulo para ayudar en los continuados esfuerzos de limpieza de la zona, algo acorde con el cálculo del Grupo Operativo X-Ray de que Thompson debía ser capaz de hacer en días lo que el general Truong había sido incapaz de hacer en semanas. Ahora, tras haber perdido *de facto* una compañía, al mayor le permitieron llevar al frente la última de sus compañías de fusileros.

Harrington pasó todo el miércoles intentando que sus hombres remontaran el río. La lancha Mike líder, que los llevaba a él y a su grupo de mando, con algunos hombres más, recibió un fuego enemigo tan intenso desde la isla de Hen que su capitán se negó a hacer el viaje de regreso para recoger a los demás. Se tardó horas en disponer que lanchas patrulleras rápidas tiraran de las barcas de la Armada survietnamita cargadas con el resto de los hombres. Pese a estas demoras, antes del anochecer había ya dos pelotones de Delta en Mang Ca. Las demás lanchas no llegaron hasta la madrugada del jueves. Para disgusto de Harrington, una buena parte de uno de sus pelotones, unos veinte hombres, se habían quedado atrás, retenidos por el coronel Hughes para ayudar en la seguridad de los convoyes del triángulo. El capitán se había resistido. Teniendo en cuenta lo que Thompson se había encontrado el primer día, sentía que había más necesidad de ellos en la fortaleza, pero Hughes pensaba de otra manera y Harrington había perdido esa pelea. Dos de sus pelotones estaban mermados, y el tercero estaba aún en el embarcadero. No llegaría hasta el día siguiente. Pero, en cuanto se reunió con Thompson, este le asignó la tarea de tomar la torre a primera hora del día siguiente.

Cuando abandonó la reunión, dijo a su operador de radio, Steve Wilson: «Steve, mañana llega el infierno. Más vale que te prepares».

El capitán era un soldado entrenado y con experiencia, pero era nuevo en combate. Se había hecho cargo de la Compañía Delta solo unas semanas atrás, procedente de un trabajo en suministros, lo que había puesto sobre aviso a sus hombres más experimentados. Pero los había impresionado. Días

atrás había evitado que persiguieran un escuadrón enemigo. «Puede estar llevándonos a una emboscada», les había dicho. Para sus hombres, esa prudencia era un signo bienvenido. El nuevo capitán tenía algo que valoraban más que la fanfarronería. Pedía consejo a los veteranos, los escuchaba y actuaba en consecuencia. También dirigía desde el frente, exponiéndose a los mismos peligros que ellos.

Esa noche buscó a Maury Whitmer, uno de sus líderes de escuadrón, un cabo que llevaba seis meses en su segundo servicio en Vietnam. Se conocían desde hacía tres semanas. Whitmer era un joven delgado de cabello rubio y modales mundanos: cuando había anunciado a su padre, un veterano de la Armada, que se unía a los Marines, su viejo le había dicho: «Es tu vida. Si quieres joderla, jódela». No había muchas cosas que molestaran a Whitmer. Había impresionado a Harrington con su aplomo y liderazgo natural; los demás hombres lo veían como un superior.

—Mañana por la mañana la compañía atacará al completo —le dijo Harrington.

—¿La compañía? —preguntó Whitmer. Recordó al capitán que no tenían la compañía al completo.

—Sí. Tengo que subir a este muro y atacar esta torre.

—¿Qué torre? —preguntó Whitmer.

—No sé —respondió Harrington—. No la he visto. A la Compañía Alpha le dieron una paliza ahí. La Compañía Bravo fue a ayudarles y sufrieron muchísimas bajas. Ahora es nuestro turno. ¿Qué necesitas?

—Hombres —respondió Whitmer.

—No tengo más hombres —replicó Harrington. Recordó a Whitmer que su pelotón estaba aún al otro lado del río Huong—. Puede que nunca lleguen —dijo—. ¿Qué más necesitas?

—Un oficial médico.

—¿Qué hay de tu oficial médico?

—Le dispararon el otro día, así que no tengo oficial médico.

Harrington anotó eso.

—De acuerdo, necesitaré que subáis primero al muro, y luego te llamaré por radio para deciros cuándo atacar.

—No tengo radio —dijo Whitmer.

—¿Cómo que no tienes radio?

—Dispararon a mi operador de radio en el pecho y la bala atravesó la radio y la destruyó. La devolvimos cuando llegamos a Phu Bai y nadie tenía otra radio para darnos.

—¡Jesús! —exclamó Harrington—. ¡No tienes nada!

Sugirió que coordinaran el ataque mediante sus relojes, y Whitmer respondió que su reloj ya no funcionaba. Además, ninguno de los relojes de sus hombres funcionaba.

—Sabe, capitán, el clima aquí acaba con ellos.

El capitán acabó captando la indirecta de Whitmer. Ni él ni su escuadrón querían tener nada que ver con lo que les pedían hacer.

—Escucha, eres un marine —dijo Harrington—. Cumple órdenes. Vais a trepar esa puta muralla y vais a atacar la torre. Tenemos que tomar esa torre y asegurarla.

—Haremos lo que podamos —respondió Whitmer.

—Sé que lo haréis.

Las bengalas arrojaban una luz fantasmal, plateada, sobre ambos hombres. El capitán puso su mano en el hombro de Whitmer.

—Buena suerte, Whit —dijo. Estaba a punto de llorar.[1]

Esa noche, un breve claro entre las nubes permitió bombardeos aéreos sobre la torre. Fue una ruptura tan sorprendente con el *statu quo* que incluso salió en el *New York Times* del jueves, en una crónica que Gene Roberts escribió desde Saigón. «Aviones a reacción de Estados Unidos bombardearon repetidamente la histórica Ciudadela de Hué como parte del esfuerzo para destruir el último gran bastión enemigo en una ciudad survietnamita.»[2]

También la batería de artillería de Phu Bai atacó la torre, así como dos buques de guerra, el destructor *USS Manley* y el crucero *USS Providence*, que dispararon un total de doscientos proyectiles. El capitán Smith, oficial de relaciones públicas de Adkisson, desafió los disparos de francotiradores para mirar el bombardeo desde el tejado del cuartel de la división de Truong. Lo describiría como «una sinfonía de ruido y furia».[3] Por la mañana, los muros de piedra de la base de la torre aparecieron convertidos en un montón de

escombros. Los pisos superiores eran solo cascarones calcinados. Pero la tenaz estructura del edificio seguía en pie. Su nivel inferior tenía un porticado de amplios arcos abriendo hacia los cuatro lados, y el piso superior tenía aperturas rectangulares que seguían constituyendo buenos emplazamientos de combate, desde los que se dominaba las calles.

Una de las unidades del Frente a las que tocó recibir el bombardeo era el batallón de zapadores que había destruido la base de tanques de Tam Thai. El artillero de lanzagranadas Le Huu Tong, que había llegado a Hué en la larga marcha a través de las montañas, lo capeó como pudo. No había nada que pudiera hacer para defenderse. Estuvo a punto de morir varias veces. Dos veces quedó sin sentido y se despertó desorientado. Temía el sonido de proyectiles acercándose: una vez había comenzado, continuaba sin piedad. Conseguir munición para su lanzagranadas se volvió algo difícil. Cada vez más combatía con su fusil, guardando sus proyectiles de lanzagranadas para cuando tuviera un objetivo claro y adecuado.

Cuando el sol se alzó sobre el mar de la China Meridional el jueves 15 de febrero por la mañana, Harrington se dirigió con sus hombres hacia la muralla interior de la fortaleza. Aún había silencio. Consiguieron pasar unas cuantas manzanas sin que los descubrieran. Desde la calle, al mirar por vez primera la castigada torre, Harrington pensó que tenía tan mal aspecto que durante un breve instante se permitió la esperanza de que la hubiesen abandonado. Pronto se dio cuenta de que se equivocaba. El teniente William Conrad, que lideraba su Segundo Pelotón tras él, trepó al balcón de un segundo piso para observar mejor. Conrad y su operador de radio, así como uno de sus líderes de escuadrón, recibieron de inmediato el impacto de un cohete; los tres quedaron heridos y fuera de combate. La radio del pelotón quedó destruida. Sus hombres, aislados y sin conocer la ruta, no se reunirían con Harrington hasta media tarde.

El capitán había encontrado una radio para Whitmer. Se detuvieron juntos en una rampa que daba a la parte superior de la muralla. Un escuadrón de la Compañía Bravo había asegurado una pequeña posición al norte de la torre dos días atrás y la controlaba.

Whitmer tomó diez hombres. Halló al sargento de la Compañía Bravo,

que le enseñó su pequeña posición defensiva y sus alrededores. Había un parapeto desde el que podían divisar la muralla y el foso que había debajo. Al sur estaba el estrecho puente de la puerta Dong Ba. A Whitmer le recordaba alguna película de Robin Hood. El sargento tiró de él cuando se asomó al parapeto.

—A uno de mis chicos lo mataron mientras se asomaba por aquí para echar un vistazo —le advirtió.

Whitmer le dijo que los iban a ayudar a atacar la torre.

—¿Dónde está el resto de sus hombres? —preguntó el sargento de Bravo.

—Solo somos diez.

—¿Quiere que nos quedemos aquí y les ayudemos?

—Tiene órdenes de ir a algún otro sitio, ¿no? —preguntó Whitmer.

—Sí.

—Pues mejor que se vayan.

Para ayudar al ataque, Harrington tenía un tanque, que se había quedado atrás, al principio, para conservar el factor sorpresa. Pero muy pronto cualquier oportunidad de llegar desapercibidos a la torre se esfumó. Primero, el fallo del teniente al exponerse en el balcón; luego Harrington delató su propia posición. Se alejó de la muralla con su operador de radio para poder ver mejor la torre y atrajo un torrente de fuego enemigo. Uno de los marines que había tras él resultó alcanzado. El capitán se puso a cubierto, sintiéndose estúpido. No había siquiera empezado a combatir y su fuerza ya estaba reducida a la mitad. Aun así, estaba decidido a justificar la fe que Thompson tenía en él. El terrible bombardeo de la noche anterior había subrayado, por lo menos, la importancia de su misión. Llamó al tanque y pasó el resto de la mañana de pie tras él, con la torre directamente al otro lado de la calle, intentando recuperar su Segundo Pelotón y maniobrar con sus aproximadamente cien hombres en posiciones ofensivas. A última hora de la tarde, su pelotón líder, comandado por el sargento Bob Thoms, un marine de carrera jingoísta que más tarde recibiría un ascenso en el campo de batalla, se encontraba en el lado norte del callejón del Cohete con otro liderado por el teniente Jack Imlah. Habían estado intercambiando fuego de armas ligeras con el enemigo al otro lado de la calle.

Fue un largo día de espera para los hombres de Harrington. En su posición en lo alto del muro, uno de los hombres de Whitmer, Randy Romine, que estaba de pie en el parapeto, lo llamó.

—¡Whit! ¡Ven aquí! —dijo.

—No mires por ahí —le respondió Whitmer—. ¡Aquel tipo me acaba de decir que un francotirador mató a uno de sus chicos por mirar por ahí!

—¡Sí, pero es que aquí abajo hay un montón de soldados del EVN! —respondió Romine.

Whitmer se arrastró hasta allí y se asomó. Había un escuadrón completo de soldados enemigos en la base del muro. Parecía que estuvieran practicando ejercicios de escalada. Whitmer reunió a su escuadrón. Romine traía un lanzagranadas.

—En cuanto Romine dispare, los demás lanzáis granadas hacia ellos —les dijo. Siguieron al pie de la letra las instrucciones y acabaron con todos los enemigos que había debajo. De inmediato el escuadrón comenzó a recibir fuego enemigo y se retiró del parapeto.

Eran las cuatro de la tarde cuando Harrington atacó. El escuadrón de Whitmer se encontraba a una distancia similar a la de un campo de fútbol. Avanzaron asegurando las casas incendiadas, trincheras y refugios sobre la marcha: mataron a seis francotiradores enemigos. Se detuvieron a una distancia prudencial de la torre. Desde allí podían ver que entre ellos y la torre había una trinchera en forma de «L» cubierta con un techo de estaño, tierra y ladrillos. También había un búnker a nivel del suelo rodeado de ladrillos. El bombardeo y el fuego de artillería del día anterior habían dejado escombros por todas partes, que ofrecían al enemigo multitud de sitios en los que esconderse. Whitmer los podía oír hablar y podía ver a algunos apuntando calle abajo, hacia donde Harrington tenía su centro de mando.

Con el escuadrón de Whitmer suficientemente cerca, el capitán pidió fuego de cobertura y envió más hombres a lo alto del muro. Escalaron dos rampas, una inmediatamente al norte y la otra al sur de la derruida base de la torre.

El tanque comenzó a disparar y los marines corrieron hacia la torre desde ambos lados. Junto al pelotón de Imlah, Whitmer avanzó con sus hombres

desde el norte, disparando a tres o cuatro enemigos más aún en sus posiciones de tiro. Uno salió gritando con una bomba casera en su mano, envuelta en hojas de bambú y con una mecha encendida que sobresalía. Al parecer estaba esperando que ardiera del todo antes de lanzarla. Whitmer le disparó en la cabeza. Aún gritaba cuando le dispararon tres veces más desde la otra dirección. Cayó y la bomba explotó.

No había tantos soldados enemigos en la torre misma, pero todos los hombres de Harrington quedaban expuestos al fuego desde los tejados y pisos superiores del barrio que la rodeaban: cohetes, fusiles y granadas. Una explosión levantó a Thoms del suelo envuelto en una bola de fuego. Él y varios de sus hombres acabaron aterrizando sobre los escombros. Thoms tenía varios trozos de metralla en el cuerpo, y las llamas quemaron su camiseta y el cubrecasco. La explosión había desgarrado la pernera de su pantalón, de la entrepierna hasta la caña de la bota. Dado que pocos marines llevaban ropa interior, Thoms era un espectáculo sorprendente.

Whitmer bajó a la calle para hablar con Harrington, que estaba dirigiendo el cañón del tanque. Estaban gritándose cuando un cohete vino hacia ellos. El cabo se lanzó al suelo a su izquierda; el capitán, a la derecha. El cohete pasó de largo el tanque y explotó contra una pared cercana. Ninguno de ellos resultó herido.

—¡Vuelve allá arriba! —gritó Harrington al cabo—. ¡Toma el resto de la torre!

Whitmer encontró una mula cargada con munición, cogió algunas granadas y reclutó más marines para transportar cuantas pudieran por la rampa. Cerca de la parte superior de la misma cayó por una abertura de un extremo de una trinchera y, en la oscuridad, percibió ojos. Disparó su rifle en automático y luego sintió cómo se deshacía en sus manos. Recibió varios impactos en su chaleco antimetralla y salió despedido hacia atrás. Dos de sus hombres, Dave Schultz y Ray Sexton, lo sacaron del agujero.

—¡Lanzadles algunas granadas! —les dijo.

Lanzaron granadas y varios de sus hombres se acercaron y dispararon hacia abajo, atravesando el techo de hojalata.

—¿Dónde te han dado? —preguntó Sexton.

—Tío, me han dado por todas partes —respondió Whitmer, excepto... ¡que no era cierto! La única sangre que halló fue en su mano. Tenía tres o cuatro cortes pequeños en ella y en su muñeque. Tenía morados en el pecho, bajo el chaleco. Supuso que las balas procedían de la parte más lejana de la trinchera y habrían atravesado a los hombres que tenía inmediatamente delante, de modo que carecían de fuerza de penetración. Se unió a sus hombres cuando estos comenzaron a correr rampa arriba hacia la torre... y al instante siguiente se halló nuevamente al pie del muro. Estaba de espaldas, cubierto de polvo y escayola. Intentó moverse, pero alguien le aferraba la pierna. Un soldado enemigo, en un refugio defensivo tras él, había encendido otra bomba forrada en bambú y sujetaba a Whitmer para que no pudiera escapar. El cabo usó su otro pie para patear la bomba dentro del refugio. Liberaron su pierna, Whitmer corrió mientras la bomba explotaba, rociándole con los restos del soldado enemigo.

Cuando consiguió levantarse, Whitmer estaba tan cubierto de sangre que no pudo averiguar si estaba herido. Para su sorpresa, todo parecía proceder del hombre oculto en el refugio. Posteriormente descubriría fragmentos de metralla en sus piernas. No sentía ningún dolor. Se reunió con sus hombres, que ahora se encontraban en el piso inferior de la torre. Whitmer tenía tan mal aspecto que ahora sus hombres lo guiaban a él.

—¿Estás listo? —le preguntó Don Hammons.

—Estoy bien —respondió Whitmer.

—De acuerdo, síguenos —replicó Tony Meggs, un soldado raso.

A su alrededor, de las paredes salían despedidos trozos de piedra y ladrillo. Hubo otra explosión justo delante de ellos. Una vez más, Whitmer cayó seis metros por la rampa, nuevamente de espaldas. Junto a él estaba Hammons, sin casco, gritando:

—¡Whit! ¡Whit! ¡Ayúdame!

El oficial médico Alan Kent llegó a la base de la torre a tiempo para ver hombres esparcidos sobre los escombros. Había venido desde Mang Ca en un salvaje paseo en mula con un conductor llamado Ray Howard, que por alguna razón usaba el casco al revés y que llevaba escrito howard es mi nombre / los problemas son mi especialidad en su chaleco antimetralla. Kent se había

estirado boca abajo en la caja del vehículo de Howard, sujetándose a los bordes para no morir. Howard no paraba de aullar «¡Mantén la cabeza baja!» mientras conducía la mula a través del fuego enemigo. Dejó a Kent y esperó mientras el oficial médico subía hacia Whitmer y Dave Schultz, que también había salido volando de la torre. Ambos intentaban tirar de Hammons para ponerlo a cubierto cuando Schultz recibió un disparo. El cabo y el oficial médico consiguieron arrastrar a ambos hombres hasta abajo. Schultz había recibido un disparo en la parte inferior de la pierna; Hammons tenía peor aspecto. Tenía un agujero en la espalda, junto al omóplato, y la sangre salía de él rítmicamente, a borbotones.

—Estoy malherido —repetía Hammons—. Estoy malherido. Whit, estoy malherido. Mi familia, mi familia. —Su mujer había dado a luz once meses atrás, y Hammons parecía aterrado por la idea de decepcionarla. Luego perdió el conocimiento. No pintaba bien.

Kent los parcheó rápidamente y los colocaron en la mula de Howard. Este salió a toda velocidad con ellos hacia Mang Ca.

Whitmer volvió a subir la rampa. Ahora los marines controlaban la mayor parte de la torre, pero se estaban quedando sin munición. Algunos de los hombres tiraban piedras y ladrillos. Los soldados enemigos los esquivaban, esperando que fuera una granada, y eso hacía que dejaran de disparar durante algunos segundos.

Este intenso combate duró unos treinta minutos. Hacia las cuatro y media, los hombres de Harrington habían tomado la torre. Era poco más que una pila de escombros, pero era suya... de momento.

Whitmer se encontraba nuevamente arriba buscando a un miembro de su escuadrón desaparecido, Tom Zwetow. Thoms le ayudaba. Estaban hablando en voz baja cuando oyeron una voz amortiguada que los llamaba: «¡Cabo Whit! ¡Cabo Whit!».

La voz procedía de bajo tierra. Zwetow se había puesto a cubierto en un búnker subterráneo excavado por el enemigo, y una explosión lo había hecho ceder sobre él. Lo había dejado sin sentido, y cuando recuperó la consciencia se vio atrapado. Todo su cuerpo estaba enterrado excepto su cabeza, que, de un modo increíble, había quedado al descubierto en una bolsa de aire bajo la

superficie. Tenía suficiente espacio para respirar, pero nada más. Había oído voces hablando en vietnamita a su alrededor, de modo que se había quedado callado y quieto durante horas. Luego oyó a Whitmer.

Todo el mundo comenzó a excavar. Tras retirar varias piedras grandes, Thoms divisó un cubrecasco. Cavaron más y desenterraron la cabeza de Zwetow y parte de un brazo. Thoms le quitó el casco y vertió en él agua de su cantimplora; luego mojó su bandolera en el agua y con delicadeza limpió el polvo y la tierra de los ojos de Zwetow. Le dio unas palmadas en la cabeza, animándolo. Los dos lloraban, pero Zwetow sonreía. Dijo que los enemigos habían estado literalmente sobre él, gritándose entre sí mientras disparaban a los marines. Para Thoms fue el mejor momento de un día difícil. Zwetow tenía unas cuantas magulladuras y arañazos; su cara daba la impresión de que alguien lo hubiera golpeado bien; era evidente que había sufrido contusiones y había estado terriblemente asustado, pero por lo demás estaba bien.

Los hombres de Harrington tenían hambre. Un viaje de regreso a Mang Ca a por raciones C hubiera sido demasiado peligroso, de modo que envió a algunos hombres a buscar lo que pudieran. Whitmer y dos de su escuadrón miraron en algunas de las casas vacías de la manzana. Abrieron armarios y estanterías pero no hallaron nada. Whitmer recordó haber visto unas gordas y coloridas carpas *koi* en un estanque ornamental detrás de una de las casas que vieron a la ida. Un pescado es un pescado, pensó Whitmer. Hallaron el estanque... ¡y estaba vacío! Días más tarde, Thoms confesó: «Whit, quiero contarte algo. Yo me comí los putos peces».

Thoms y los siete hombres restantes compartieron la escasa agua que les quedaba y se fueron pasando una caja de raciones C. Se curaron unos a otros (todos tenían heridas de metralla). En la caja venía una cajetilla de cigarrillos Salem, así que Thoms la abrió y pasó uno a cada uno. Todos fumaron, con los cigarrillos ocultos tras sus manos formando copa para que la brasa no delatara su posición. Zwetow susurró a Thoms lo suficientemente fuerte como para que todos lo oyeran: «Eh, sargento, ¿no ha oído que fumar puede ser malo para la salud?». El comentario provocó un montón de risas amortiguadas.

La lucha no había acabado. Hacia las cuatro de la mañana el enemigo

contraatacó, haciendo a los marines retroceder pendiente abajo y persiguiéndolos. Damien Rodriguez había estado en el piso inferior de la torre, disparando al enemigo, cuando un cohete explotó en la habitación. Debió haber visto el destello, porque saltó fuera justo cuando explotaba. La explosión lo arrojó fuera del edificio y cayó junto a los escombros con lo que resultarían ser veintidós trozos de metralla en el cuerpo. La mitad de su pantorrilla izquierda había desaparecido, y un trozo había desgarrado su muñeca derecha por la parte superior. Se arrastró junto a otro marine, pasando junto a muertos y heridos. Oyeron a alguien pidiendo ayuda pero no consiguieron ver a nadie. Rodriguez y el otro marine se arrastraron hasta quedar justo encima de la voz.

—Está justo aquí, tío —dijo el otro marine.

—¡Ayudadme! —pedía el hombre enterrado.

Comenzaron a quitar ladrillos, Rodriguez con la mano buena. Vio un fotógrafo cerca, acuclillado a cubierto: John Olson, de *Stars and Stripes*. Había llegado con Kyoichi Sawada justo a tiempo para ver cómo el Frente retomaba la torre.

—¡Eh, hijoputa, ven hasta aquí y ayúdanos! —dijo Rodriguez.

Olson se quedó donde estaba. Desenterraron la mitad superior del hombre. Estaba vivo y de pie. Ahora Rodriguez comenzaba a sentir su pérdida de sangre. Reconoció los síntomas: estaba entrando en *shock*.

—¿Sabes qué, tío? —le dijo Rodriguez al marine semienterrado—. Mejor que te tiendas, porque hay francotiradores por todas partes.

Rodriguez se arrastró hasta donde estaba Olson. Un oficial médico lo vio y comenzó a atenderlo. Sacó una aguja con morfina.

—Ahórrate esa mierda —le dijo Rodriguez—. Allá atrás hay un montón de tíos, no sé si están vivos o qué, pero van a necesitar todo lo que tengas.

Harrington se encontraba aún en la base de la torre, nuevamente recibiendo fuego desde arriba, urgiendo a sus hombres a regresar. La mejor oportunidad que tenían los marines de matar a los soldados enemigos que tenían por encima era acercarse lo suficiente para lanzar granadas por las ventanas de la torre, pero cuando se ponían de pie para arrojarlas eran vulnerables, no solo por los enemigos en la torre, sino también por los

situados en tejados al otro lado de la calle.

Olson seguía tomando fotos. Tomó dramáticas imágenes de Thoms comenzando a ascender nuevamente por los escombros. El sargento había cogido camisas de dos soldados enemigos muertos y había cortado las mangas para abrigarse del frío, y sus pantalones desgarrados hacían que pareciera que llevaba falda. Uno de los hombres que se encontraba con él era Selwyn Taitt, un marine de Nueva York al que todos llamaban «S-Man».

Thoms y Taitt consiguieron subir lo suficiente para arrojar granadas a las posiciones de la torre, pero el ángulo era malo, de modo que el sargento se arrastró un poco más hacia un mejor emplazamiento. Taitt había llevado consigo una bolsa llena de granadas. Tomaba una, le quitaba el seguro y se la pasaba como si fuera una patata caliente a Thoms, que la atrapaba y la arrojaba por la abertura. Cuando llegaron a un lugar plano junto a la pared, Taitt demostró tener también él un buen brazo. Era pequeño pero atlético, y podía lanzar una granada a una buena distancia. El fotógrafo Don McCullin tomó una instantánea de él desde atrás, de pie entre las ruinas de las cabañas y casas situadas en la parte superior de la muralla, justo en el momento de arrojar una granada. En la esquina inferior derecha de la foto, oculto tras un trozo de tejado de hojalata, había un soldado enemigo que le disparó. Taitt vio el destello del disparo y oyó cómo la bala pasaba junto a él. Se tiró cuerpo a tierra, cogió su fusil y consiguió dispararle antes de que el enemigo pudiera volver a hacerlo.

A primera hora de la mañana los marines controlaban definitivamente la torre. Sacaron de ella veinticuatro soldados enemigos muertos y arrojaron sus cuerpos a la parte delantera de la torre. Ellos también habían sufrido muchas bajas: seis hombres muertos y cincuenta heridos. Harrington había perdido el 40 por ciento de los hombres que había llevado a la Ciudadela. A unas manzanas de distancia había también combates intensos, y ahora había cazabombarderos sobrevolando la ciudad a baja velocidad, disparando y lanzando bombas. En el *New York Times* del día siguiente, el periodista Johnson escribía: «Casquillos de balas de ametralladora llovían a cientos sobre los espectadores vietnamitas que se agolpaban en las calles para verlos en acción». Señaló que la ofensiva, si bien había tomado la torre, había

logrado que los marines avanzaran a lo sumo unos doscientos metros.[4] Pero se trataba de unos doscientos metros de importancia crucial.

Evacuaron a Whitmer aquella tarde, junto con los otros heridos. Sus lesiones eran menores. Cuando regresó a Phu Bai, como uno de los heridos que podían caminar, le ordenaron mirar cerca de cien bolsas de cadáveres e identificar a los que reconociera.

Tardó dos días en completar el trabajo, abriendo las cremalleras y mirando los rostros pálidos y sin vida. Halló a Don Hammons, que había muerto a consecuencia de sus heridas. No le sorprendió. Hammons ya tenía aspecto de muerto cuando se lo llevaban. Pero el segundo día de aquella lúgubre tarea tuvo una sorpresa terrible: halló el cuerpo de un amigo al que había dejado sano y salvo en Hué.[5]

6

Lefty

Aquellos días de la tercera semana de la batalla fueron los peores. Ambos bandos estaban mermados y muchos de los ciudadanos de la ciudad estaban muertos, heridos u ocultos. Los marines usaban lanzallamas para quemar los cuerpos en la calle, un esfuerzo, sobre todo, por controlar el hedor. Hué se había convertido en una ciudad de muertos. Era fría, húmeda y gris y se asfixiaba en sus restos incinerados. El aire húmedo absorbía el humo y los fétidos olores del combate cuerpo a cuerpo hasta que no solo lo respirabas; lo vestías y lo saboreabas: cenizas, cordita y el olor de la carne podrida. Había cadáveres por todas partes, retorcidos y en pedazos, en todas las fases de descomposición. En las calles de la ciudad, repletas, se pudrían allá donde habían caído, y en algunos lugares, donde los *bulldozers* los amontonaban apresuradamente en pilas. Perros muertos, gatos muertos, cerdos muertos, gente muerta. Además de los que había al aire libre, estaban los muertos en búnkeres y en agujeros de araña enemigos, y debajo de los escombros. La fría neblina gris se convertía en llovizna de tanto en tanto, pero lo que hacía era fundirlo todo y quitar los colores a la ciudad. El aspecto del lugar difería apenas de las fotos en blanco y negro de las portadas de los diarios estadounidenses, una lúgubre paleta cromática que abarcaba desde el blanco tiza de la escayola pulverizada al denso y aceitoso negro de la sangre seca. En los hospitales de campaña estadounidenses se metía a los muertos en bolsas

con cremallera numeradas y se los amontonaba, de modo que conforme pasaban los días formaban muros negros de restos mortales.

El margen entre la vida y el más allá era fino. Podías morir por levantar la cabeza en el momento inoportuno, o por dar un paso en una dirección, o por no hacer nada en absoluto. Cualquier trozo de muro o casa, cualquier cacho de escombros suficientemente grande como para protegerse tras él era tan precioso como la vida misma, pero lo único que ofrecía era la ilusión de seguridad. Intentabas engañar las probabilidades haciéndote pequeño y quedándote quieto, pero la bala que te mataba podía venir en cualquier momento, de cualquier dirección. Si tenías que moverte, salir a descubierto, lo hacías solo en forma de alocada carrera hacia un nuevo montón de cemento o escayola que pudiera ser un refugio.

Había un constante rugir de disparos y explosiones que quedaba eclipsado, por momentos, por el sonido de un proyectil disparado desde alguno de los barcos de guerra anclados a entre veinte y treinta kilómetros al este, en el mar de la China Meridional. Sus cañones más grandes podían arrojar un proyectil pesado como un coche pequeño a cuarenta kilómetros. Solía sobresalir del ruido general: un silbido grave que se iba haciendo cada vez más fuerte conforme se acercaba hasta que se convertía en algo que sentías además de oír, y que pasaba por el opaco cielorraso de nubes como una locomotora volante. El proyectil se desplazaba con tanta fuerza que hacía presión en los tímpanos de los soldados, y cuando impactaba en el suelo, incluso a una gran distancia, la tierra temblaba. Las paredes se resquebrajaban.

A Richard *Lefty* Leflar, que cayó en esta vorágine el viernes, 16 de febrero, al unirse a la Compañía Delta de Harrington al día siguiente de la toma de la torre Dong Ba, le parecía que había llegado el fin de mundo. Leflar tenía dieciocho años. No tenía ni idea de lo que pasaba. Nunca había oído hablar del Tet, ni de Hué (que él pronunciaba «Hiú» en lugar de «Huey»). No sabía nada de Ho Chi Minh, no podía haber señalado Vietnam en un mapa y no hubiera podido definir el significado de la palabra *comunismo*, más allá de que era algo malo, algo que su país (él) estaba obligado a combatir.

Solo unos meses atrás había sido un tipo duro. Pequeño, bruto y temerario (o eso creía), era un delincuente blanco procedente de una familia católica de Conshohocken, una ciudad industrial al noroeste de Filadelfia, donde la tierra se alza abrupta de las orillas del río Schuylkill. Fábricas y manufacturas a lo largo del río definían el carácter del pueblo natal de Leflar, pero él era demasiado joven para el sindicato y demasiado inquieto y rebelde para la escuela. Su padre no trabajaba: bebía. Su madre, con una prole de seis vástagos, tenía más trabajo del que podía soportar. De modo que Leflar creció salvaje. Había descubierto que para ganar una pelea, un chico no tenía que ser grande, sino tener ganas. La clave era sentir el dolor menos que el otro tipo. Esto le daba, pese a su tamaño, una cierta arrogancia en el barrio. La vida había ido perfectamente hasta que el juez local, un barbero, vio cómo la policía presentaba ante él al arisco adolescente por enésima vez, y entre corte y corte con las tijeras dijo: «Tú otra vez. Tienes dos opciones, chico. Realmente te quieren llevar al *refo*. Tengo que meterte en algún sitio».

Y así, como si nada, Leflar se hizo marine. En lugar de pedírselo a su madre, había falsificado la firma de su padre en los papeles de alistamiento. No sabía por dónde andaba el viejo. Con el apellido Leflar, los marines hubieran acabado llamándolo Lefty incluso si no hubiera sido zurdo. Lo calaron al momento como el mierdecilla inútil que era, pero el campo de entrenamiento estaba pensado para los tipos duros, y Estados Unidos necesitaba marines. De modo que lo pusieron en forma lo suficiente como para vestir un solo galón en espiga en su uniforme y le hicieron marchar el día de la graduación. Cumplió dieciocho años en el verano de 1967 como soldado de primera. Tras la isla de Parris había pasado a Camp Lejeune para una rápida aclimatación, y de allí a California, Okinawa y Vietnam. Lo había aceptado todo. El entrenamiento del Cuerpo de Marines imbuía respeto por la larga historia bélica del país, por los hombres que, a través de sucesivas generaciones, habían arriesgado o perdido sus vidas al servicio de la nación. Lo inició en una orgullosa tradición al mismo tiempo que canalizaba el hambre de destrucción y caos de Leflar. Más allá de esa combatividad había respeto por sus mayores, algo que había sobrevivido al ebrio ejemplo paterno. Esta fe era algo tribal, algo tan profundo que nunca se le hubiera ocurrido

cuestionársela, al menos no aún. Las grandes decisiones, las que enviaban hombres jóvenes a la guerra, seguro que las tomaban cuidadosamente mentes más sabias que pensaban en sus mejores intereses, como el juez que lo había rescatado enviándolo al Cuerpo de Marines. Eso le había cambiado la vida. El soldado de primera Leflar estaba preparado. Era duro. Creía. Era todo un marine. No importaban las exquisiteces de las maniobras de infantería. Pensó: *Vale. Solo enseñadme a quién he de disparar.*

Aterrizó con un cargamento de reclutas en Da Nang, la base estadounidense más ajetreada de Vietnam del Sur. Leflar y los demás novatos (para los marines eran «FNG», *Fucking New Guys*, «los putos novatos») acamparon fuera una noche y un día, inhalando humo de motores y tubos de escape diésel junto a las ruidosas pistas de aterrizaje. Aviones a reacción y helicópteros iban y venían.

Entre los que esperaban junto a Leflar estaba Calvin Hart, un soldado de Oakland, California, que era tan alto y delgado que, según un rumor que le gustaba, cuando se ponía de pie de lado y sacaba la lengua parecía una cremallera. Hart había quedado decepcionado por no haber sido ascendido en su primer puesto en Hawái, el Depósito de Munición y Barracones de la Armada de Oahu. Era negro y ambicioso y se encontraba sometido a un comandante que, creía, era racista, de modo que se había presentado voluntario para Vietnam, pensando que su servicio allí le llevaría más rápido hacia su meta, convertirse en Policía Militar, su especialidad militar (MOS). Solo que allá fuera, junto a las pistas de Da Nang, no había debate alguno acerca de su MOS, a nadie le importaban los objetivos del soldado de primera Calvin Hart. Solo esperabas allá con los demás hijoputas hasta que te llamaran por tu nombre y supieras a qué unidad de infantería te ibas a unir.

Para entonces, la batalla de Hué era ya famosa. Llevaba más de dos semanas librándose y los rumores se extendían: era el último lugar del planeta al que querías ir. Entre los hermanos era *Oh, tío, NO VAYAS a Uno Cinco* (como si uno pudiera elegir) [...] *Al Quinto de Marines que está allá le están pateando bien el culo* [...] *Lo que menos quieres es la Compañía Delta Uno Cinco*. Y, evidentemente, cuando pronunciaron el nombre de Hart lo asignaron al Quinto de Marines, como a Leflar. Ahora bien, Hart era un

optimista y se dijo a sí mismo: *Quizás no sea tan malo... quizás...* Había miles de hombres en el Quinto y solo unos pocos centenares iban a la Compañía Delta, pero una vez sortearon a los hombres, dieron a Leflar, Hart y otros trece gilipollas desafortunados cascos y chalecos antimetralla para el corto vuelo hacia el norte, equipo desechable solo para el vuelo en helicóptero, y sí, las etiquetas rezaban «D 1/5», y subrayando la auténtica putada de su suerte, el equipo venía con agujeros de bala y manchas de sangre incorporados.

Los llevaron en helicóptero a Phu Bai, y de ahí al norte en camión hasta Hué, el jueves 15 de febrero. Los depositaron frente a los negros muros de la Ciudadela, que constituía algo sorprendente para los novatos, como una visión de otra época. Nada había preparado a Leflar para este escenario. Él había imaginado arrozales y jungla. En lugar de eso, había una enorme fortaleza, o lo que quedaba de ella. Los soldados que ya había allí, a los que se unieron, tenían un aspecto terrible. Los rumores eran ciertos. Delta había pasado por un infierno. Había sufrido muchísimas bajas. Apestaban. Estaban cubiertos de mugre y sangre seca y, lo que resultaba más raro, polvo de escayola, blanco, rosa pálido o amarillo pastel. Estaban taciturnos y callados. Iban sin afeitarse. El cansancio pendía de ellos con tanto peso como sus bandoleras de munición. Sus uniformes estaban lacios y a jirones. Lefty y los demás FNG prácticamente brillaban en sus nuevos uniformes verdes rematados por sus gorras almidonadas. Habían varado, desorientados, en el país de la esperanza perdida. A su alrededor había altos muros, casas en ruinas y una enorme iglesia budista de algún tipo con enormes trozos arrancados. Las calles estaban atestadas de escombros y cadáveres. Uno de los civiles muertos (para los soldados, se fijó, todos los del lugar eran «amarillos», como el enemigo) había sido colocado en una pose macabra, sentado con un cigarrillo colgando de sus dientes y otro puesto entre dos dedos tiesos y extendidos.

La batalla estaba en su punto álgido. El escuadrón al que se unieron iba a avanzar nuevamente con la primera luz de la mañana. Se prepararon esa noche. Considerados inútiles para cualquier otra cosa, a Leflar y Hart los designaron cargadores de munición. Además de su fusil, dieron a Leflar un

segundo fusil y un casco. Colgaron dos armas antitanque ligeras (LAW) de su espalda con bandoleras. Luego alguien lo envolvió con largos cinturones de munición de ametralladora. Era un tipo pequeño y, lastrado de esa manera, apenas podía moverse. Y el que estaba a cargo (Leflar no tenía ni idea de quién era ninguno de esos tíos, y nadie lucía símbolos de rango) le explicó que iban a avanzar a través de un arco en ruinas del gran muro de piedra que había junto a ellos, y atacar al otro lado de la calle. Un grupo iba a ir a la izquierda; el otro, a la derecha.

Fue una larga espera hasta el amanecer, y de repente se oyó «¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!», y todos empezaron a correr como locos. El escuadrón pasó bajo el arco, y todo alrededor de Leflar estalló en disparos y explosiones. Sus instrucciones se desvanecieron junto con su lucidez. Se quedó en descubierto, completamente inmóvil. Una fuerte explosión lo derribó. Vio un coche cerca y se arrastró debajo de él. Podía oír a los otros gritándole: «¡Vamos! ¡Vamos!», pero no se atrevió a moverse. De algún modo había perdido el casco, los fusiles y los LAW. Finalmente comenzó a arrastrarse tan rápido como pudo en dirección a las voces. Llegó a un dintel y se encontró cara a cara con un soldado muerto, uno que, segundos atrás, en la calle, había estado vivo, junto a él.

—¿Dónde está tu arma? —le gritó otro marine.

—¡No lo sé!

—Coge este puto fusil —le respondió, pasándole el del muerto y encajándole su casco.

Se quedó sentado, inmóvil, en medio de lo peor del combate. Su mundo quedó reducido a la pared tras la que se agachaba, la calle inmediatamente enfrente y los hombres sucios y furiosos a su alrededor que intentaban hacer lo que les decían y seguir vivos. Leflar, el tipo duro de las afueras de Filadelfia, temblaba de un modo incontrolable. Era ensordecedor.

—¡Dispara tu puto fusil! —le gritó uno de los soldados por encima del estruendo, de modo que Leflar lo levantó y vació un cargador completo a través de la puerta, sin apuntar a nada en particular. Luego cargó otro y repitió el proceso. Se sentía inútil.

Perdió el sentido del tiempo. Le pareció que estuvieron mucho tiempo en

la casa, un edificio grande, de techos altos y balcón en el segundo piso. A Leflar incluso le asombraba que los vietnamitas tuvieran casas así. Se quedó allí hasta que llegaron más marines. Alguien a quien Leflar tomó por un oficial, el tipo de hombre cuya presencia rezuma autoridad, se acercó a ellos, con la cara cubierta de polvo blanco. Bajo el chaleco antimetralla llevaba una camiseta que no era de las de los marines con las mangas recortadas, y sus pantalones estaban desgarrados y ondeaban desde la entrepierna hasta los tobillos.

—De acuerdo, chicos —anunció—, vamos a cruzar hasta allí —dijo, apuntando a la calle de la que Leflar y los demás habían escapado hacía poco—. Somos un equipo, somos marines, vamos a hacerlo.

Leflar pensó que el tipo estaba loco. *¿Quién mierda es este tipo?* Supuso que se trataría de un coronel o un general. Fuese cual fuese su rango, Leflar decidió no avanzar un paso más. Fuese una orden o no.

El «general» era, en realidad, el sargento Thoms, que había estado en lo más duro de los combates durante días y que estaba funcionando a base de adrenalina y miedo y, quizás, el mero entusiasmo de estar, sorprendentemente, aún vivo. Exhibía el tipo de coraje que avergüenza a los demás hombres. El soldado que Leflar tenía detrás le aconsejó:

—Haz lo que dice.

De modo que cuando Thoms gritó «¡Moveos!», los hombres se movieron, incluido Leflar.

En cuanto puso un pie en el exterior, el mundo volvió a convertirse en un caos ensordecedor, con los ruidos de disparos de armas ligeras y las ensordecedoras explosiones de cohetes y granadas que hacían volar hombres y paredes en pedazos. Oyó a un hombre herido gritar «¡Oficial médico!». Hasta ese momento, Leflar había apostado su vida adolescente a la convicción de que no importaba lo que hiciera, no le iba a pasar nada grave, y de que el Cuerpo de Marines de Estados Unidos lo había escogido por eso. Pensó: *Oh, Dios mío. ¿En qué me he metido? Ahora sí que la he cagado bien.* Corrió a ciegas.

Consiguió cruzar la calle. Tras él, la carnicería era terrible. En las películas, cuando disparaban a un hombre, a veces se veía un pequeño

agujero en su cuerpo. Leflar vio cómo disparaban a un soldado en el brazo, y era como si la extremidad le hubiera explotado. Había sangre, mucha sangre, y brillantes tiras de músculo y tendón y terribles extremos blancos de hueso que sobresalían. El brazo del tipo colgaba flácido a su lado mientras él gritaba. Algunos de los que pedían a gritos un oficial médico estaban más allá de cualquier ayuda. A uno le habían dado en el vientre y sus tripas se desparramaban sobre sus piernas. Los que lo habían conseguido descansaron en el nuevo lugar, una cabaña que hacía esquina, pintada de rosa. Los más cercanos a Leflar eran un marine blanco y dos marines negros. A su alrededor había ladrillos destrozados y escombros de casas y muros. El suelo estaba cubierto de pequeños restos de edificios. En ese momento llegó la locomotora aérea pasando por encima de sus cabezas, invisible, y luego una explosión tan grande que todos cayeron al suelo. Hubo una tremenda sacudida y se vinieron abajo trozos del techo y de la pared. Uno de los marines negros miró a Leflar, aterrorizado, aferrándose la garganta, que sangraba. Se puso de pie y salió corriendo. Leflar no vio al marine blanco. Luego hubo otra explosión desgarradora. La pared tras él se resquebrajó, el suelo se abrió y Leflar cayó por él.

El agujero tenía metro sesenta de altura y estaba totalmente a oscuras. Sus pantalones habían desaparecido, su camisa había quedado desgarrada y sangraba por varios lugares. Los pies le dolían. Había perdido otra vez el arma. Estaba confundido. Tenía un silbido en los oídos. Había un olor tan pútrido que le vinieron arcadas. Cuando se recuperó un poco comenzó a tantear en la oscuridad en busca de su fusil, pero todo lo que tocaba era húmedo y blando. Le llevó un momento darse cuenta de que yacía sobre los restos putrefactos de gente muerta. No tenía ni idea de cuántos. O los habían matado en el agujero o después de matarlos los habían tirado a él. Retrocedió e intentó escapar, pero por encima de su cabeza se oía el ruido de intensos disparos y bombas, lo que lo petrificaba aún más. Suspendido entre el asco y el terror, se apoyó en un borde del agujero y se abrazó las piernas desnudas y temblorosas. Tenía sacudidas por el miedo y lloró. Es posible que chillase, pero arriba había tanto ruido que no podía oírse a sí mismo. Se había rendido. Acurrucado en posición fetal, Lefty Leflar lloró como un bebé.

Con el tiempo se calmó. Los disparos directamente encima de él habían cesado. Con cuidado movió la pila de escombros que había sobre su cabeza y se asomó. No vio a nadie. ¿Dónde estaban los marines? Supuso que habían retrocedido. No iba a moverse de ese lugar, por tétrico que fuera, hasta saber dónde estaban.

Pasó más o menos una hora hasta que vio a dos soldados abriéndose camino en su dirección. Sabía lo fácil que era que le dispararan por error, así que esperó hasta que estuvieron cerca y salió del agujero con las manos en alto.

—¡Estoy aquí! —gritó—. ¡No disparéis!

—¿Quién cojones eres tú? —preguntó uno de los marines. Leflar era todo un espectáculo. La explosión que lo había arrojado al agujero había desgarrado su camisa y volado sus pantalones y botas. Había perdido la mochila, el casco y el fusil. Estaba lleno de arañazos y sangre, y totalmente cubierto de polvo. Se vio tan abrumado por el hecho de que lo hubieran encontrado que lloró. Los pies le dolían.

—¿No me estabais buscando? —preguntó Leflar—. Caí en ese agujero.

—Sal cagando leches de aquí —dijo el marine.

—Hay amarillos muertos en ese agujero —respondió él.

—Hay amarillos muertos por todas partes —replicó el marine—. Sal cagando leches de aquí.

Leflar retrocedió dos manzanas y encontró a un grupo de marines muertos y heridos en el suelo, así como a un ajetreado oficial médico en pleno triaje con ellos. Se sentó allí y esperó. El oficial médico le preguntó, finalmente:

—¿Qué pasa?

Leflar le explicó lo que le había sucedido.

—Bueno, estás hecho un puto desastre —le respondió el oficial médico. Dio al tembloroso marine instrucciones para llegar a una pila de botas y ropa recuperadas de los heridos y muertos y le dijo que se vistiese. Leflar halló botas demasiado grandes, pero se sintió feliz de tenerlas. Levantó una camisa sucia que parecía de su talla, pero tenía sangre aún húmeda en la espalda.

—Alégrate de que no sea tu sangre —le dijo el oficial. Luego apareció el sargento Thoms, el hombre que había ordenado el ataque que había acabado

con Leflar en el agujero.

—¡Busca un jodido equipo! —ladró a Leflar, y comenzó a rebuscar en la pila y a arrojar más prendas al soldado.

—Jesucristo, ¡no quiero esto! —se quejó Leflar.

—Mira: cuando un marine muere, lo honras aprovechando su equipo —dijo Thoms—. Nunca lo olvides.

—De acuerdo —respondió Leflar.

—Si mueres, reparto tu jodido equipo; si muero, repartes mi jodido equipo.

—De acuerdo —respondió Leflar.

Thoms pilló a Leflar mirándole los pantalones, rasgados de la entrepierna a la caña de la bota. Dijo al soldado, exponiendo una pierna desnuda:

—Esto es mejor que lo que llevas puesto: se te ven las putas pelotas... ¡Vamos!

Leflar se reunió con el escuadrón de Thoms. Acabó conociendo el nombre de dos de ellos, Ken Blair y Bob Anderson. Le parecían unos tipos salvajes. Atravesaban las calles corriendo, disparando sus armas desde la cintura, gritando a pleno pulmón. Parecía que no les importara que les dieran. ¡Actuaban como si les *gustase*! Disparaban a todo. La mayor parte del tiempo no miraban lo suficiente como para saber a qué disparaban; todo lo que se moviera del lado enemigo de la calle recibía.

Leflar se quedaba tras ellos e intentaba evitar los riesgos estúpidos que ellos corrían. Se solía quedar fuera de los edificios en los que ellos entraban, como si estuviera de guardia. Una vez dentro, encontraba un lugar con cobertura y esperaba. En una de esas casas, con Blair y Anderson dentro, un vietnamita atravesó una puerta lateral. Se miraron mutuamente. Ambos se quedaron inmóviles. El hombre no llevaba uniforme. Vestía pantalones marrones y una camisa de un tono más claro y llevaba una tela alrededor de su cabeza. Estaba de lado, mirando a Leflar. Iba desarmado. Parecía que quería escapar pero no se atrevía. Estaba a unos veinticinco metros de distancia. Leflar gritó hacia la ventana:

—¡Eh! ¡Hay un puto civil aquí!

—¡No es ningún puto civil! —gritó Blair—. ¡Mátalo! ¡Mátalo!

¿Qué mierda...?, pensó Leflar. Se llevó el fusil al hombro y, tal y como los marines le habían enseñado, aspiró aire, lo dejó escapar lentamente y apuntó. El hombre no se había movido: solo habían pasado segundos. Parecía esperar a que lo eliminaran. Leflar disparó. Le dio en las nalgas; el tipo cayó.

—¡Le he dado! —gritó Leflar, entusiasmado. Nunca antes había disparado a nadie.

Blair se asomó a ver.

—¡Aún se mueve! —gritó—. ¡Mátalo! ¡Mátalo!

El hombre estaba intentando levantarse. Se había apoyado en una rodilla. Leflar vació su cargador sobre él.

Sus compañeros de escuadrón aullaron de aprobación.

—¡Has matado al hijo de puta! —dijo uno.

Leflar temblaba como una hoja. Lo felicitaron por su primera muerte y le comunicaron su enfoque personal del combate en Hué: «un amarillo es un amarillo. Mátalos a todos». Esto le pareció una política temeraria, pero ese mismo día, mientras estaba cuerpo a tierra con los demás, en la calle, observando el terreno que tenían delante, vio a un hombre que parecía un civil asomar la cabeza desde detrás de la uralita y escombros de un tejado derrumbado. El tipo no los había visto. Varios hombres del escuadrón retrocedieron y regresaron con puñados de granadas. Comenzaron a disparar hacia el lugar por el que el hombre había asomado la cabeza y arrojaron unas cuantas granadas. Tras las explosiones se quedaron quietos a escuchar. Desde el agujero alguien lanzó una granada de la China comunista (una ChiCom) contra ellos. Más tarde Blair juraría que le dio en el casco. Explotó. La explosión los aturdió un poco y los hizo retroceder, pero nadie estaba herido. Volvieron a disparar. Leflar creyó que le habían dado. Tenía miedo de mirar hacia abajo, pero sentía sus pantalones húmedos. Sus colegas de escuadrón lo arrastraron contra una pared.

—¿Estás bien? —le preguntó Anderson.

—¡No, me han dado! —respondió Leflar—. ¡Me han dado! —Sentía que algo le había dado en el estómago. Tenía miedo de mirar hacia abajo.

—No te han dado —respondió Anderson, riendo—. ¡Te has meado en los putos pantalones!

A través de estas humillaciones, Leflar comenzó poco a poco a sentir que le cogía el tranquillo a la cosa. Atacaban una posición, una casa al otro lado de la calle, y el enemigo les tiraba granadas y cohetes y les disparaba con fusiles y ametralladoras, y ellos regresaban con más y mejor potencia de fuego, con los tanques y los Ontos. Los escuadrones de morteros se posicionaban no muy lejos, detrás de ellos, y lanzaban obuses de 60 mm (los marines los llamaban, orgullosos, «sesenta mike-mike») con una precisión impresionante. Los hombres de Thoms avanzaban un poco y el enemigo retrocedía un poco, y luego todo el mundo se disponía a repetir.

A Leflar le decepcionó que Thoms no lo recomendase para un Corazón Púrpura: ¡solo necesitaría dos más! Mostró a Thoms los cortes y rasguños que le había causado la explosión el primer día. Thoms solo le respondió: «Aguántate y largo».

Era difícil discutir con el sargento. Le habían dado en las dos piernas y en los brazos.[1] Ninguna de las heridas era grave, de modo que se negó a que lo evacuaran, y lo que quedaba del escuadrón tampoco quería que se fuera: hacia el final de la batalla los hombres lo transportaban con ellos. Los había mantenido con vida. Era más que listo: tenía suerte. Si se iba, les traerían a algún teniente novato que conseguiría que los matasen.

Bill Eshelman, un mayor de Marines asignado a las fuerzas del coronel Dinh como asesor, estaba impresionado por las habilidades y decisión de su enemigo acorralado. Nunca había visto defensas tan bien diseñadas. Tenían líneas de tiro superpuestas en cada intersección, con fuego cruzado que cubría las calles desde todas direcciones, y también estaban atrincherados en la parte superior de los muros oeste y sur, de modo que podían dispararles desde arriba. Su tarea era averiguar cómo avanzar contra todo eso.

El apoyo aéreo era incierto, pero consiguió ayuda por parte de las baterías artilleras de los marines y las navales. Sus tropas vietnamitas, que podían escuchar las comunicaciones de radio del enemigo, sabían que el Frente estaba empleando el recinto del palacio real, a mucha distancia del alcance de las grandes armas, como zona para reagruparse. Tenían un hospital allí, que

funcionaba también como su centro de mando avanzado. Eshelman comenzó a bombardearlo. Aunque no eran como las murallas exteriores, las que rodeaban el recinto de palacio real eran formidables; aun así, el continuo bombardeo causó desastres en el interior.

Las tropas del ERVN recibieron, a cambio, fuego de morteros. Un ataque, justo tras la llegada de Eshelman el viernes, arrasó con el hospital de campaña y mató a cinco médicos. Los barrios en los que combatían eran todos residenciales, pero no se veía a un solo civil. El avance era lento. A veces no hacían ningún progreso durante días y perdían enormes cantidades de hombres.

El homólogo de Eshelman, cuya tarea era dirigir la artillería survietnamita, fue a verle la tarde del tercer día y se quejó amargamente:

—No conseguimos cruzar esa calle —le dijo—. ¿Qué más podemos hacer?

Se sentaron junto a un mapa y planearon toda la estrategia de artillería nuevamente. No veían que pudieran hacer nada de un modo diferente. Habían intentado colocar tropas en la parte superior de la muralla con helicópteros, pero habían derribado de inmediato a los hombres. A lo largo de los cinco días siguientes, las fuerzas del ERVN perdieron doscientos hombres.[2]

El mismo día que llegó Eshelman, un joven y entusiasta teniente llamado Pat Polk se presentó en Mang Ca con más refuerzos para Thompson, y de inmediato le dieron el mando de la desmoralizada y mermada Compañía Alpha. Polk había servido como cabo antes de regresar a la escuela para convertirse en oficial. Ya casi había acabado su rotación en Vietnam y, tras ser herido dos veces, le habían dado un empleo en retaguardia para acabar su servicio. Se había presentado voluntario para ir a Hué, y había atravesado a nado un foso con una caja de granadas durante el viaje de ida, lo que le había valido el apodo «Granada de mano», que hacía honor a su personalidad. Thompson vio en Polk la cura para la maltrecha Compañía Alpha. La noche en que llegó lideró en persona una peligrosa misión con un puñado de voluntarios para rescatar un escuadrón que se había visto embolsado, y regresó en medio de los vítores y aplausos de su nuevo mando.

Conforme los marines presionaban, el Frente defendía un terreno cada

vez más pequeño y luchaba, si cabe, con más intensidad. Se refugiaban como podían de los obuses y bombardeos, y luego usaban los escombros creados para establecer nuevos emplazamientos defensivos. Se dejaba al descubierto a los civiles cada vez más. El máximo mando del Frente en la Ciudadela, el teniente Tang Van Mieu, creía que los estadounidenses los usaban como escudos humanos. Veía a tantos moviéndose en las líneas enemigas e inmediatamente detrás de ellas que le resultaba imposible disparar a los marines sin dañar a los civiles. Pero lo mismo pasaba de su lado de la línea, y si los estadounidenses jugaban a ese juego, él también podía. Él y sus hombres se quedaban cerca de las muchedumbres siempre que podían.[3]

7

¿Por qué estáis haciendo esto?

Nguyen Van Quang, el antiguo organizador estudiantil que había estado ocupado estableciendo el gobierno de liberación en su sector de la Ciudadela y decidiendo el destino de los traidores, abandonó esas tareas y regresó al combate, atrincherándose con lo que quedaba de su milicia en la esquina sudoeste.

La mañana del Tet, cuando entró por la puerta Chanh Tay a la vanguardia de las fuerzas del Frente, Quang creyó que estaba encabezando la victoriosa batalla final de la guerra. Ahora esas esperanzas habían quedado en nada. Cada día, él y su escuadrón retrocedían una manzana, instalándose en largas trincheras que a veces atravesaban los hogares de la gente. Esto les permitía trasladar fuerzas a su alrededor sin ser vistos. Su línea de defensa más importante, la final, sería la puerta Huu, que también serviría de ruta de huida. Ya estaba claro que tendrían que irse. Sus sueños de gobernar su ciudad natal como comisario político se habían esfumado. Cada día caían más de sus camaradas. Apenas tenían tiempo de enterrar a los muertos en tumbas improvisadas. Camilleros con las manos y hombros llenas de ampollas por el trabajo se llevaban a los heridos.

Quang perdió a cinco miembros de su unidad en un mismo día, combatiendo en un búnker a solo doscientos metros del mástil de Ngo Mon. Unos bombarderos Skyraider habían aparecido en el cielo y él gritó a todo el

mundo que saliera. Antes de poder hacerlo, una bomba lo hizo volar y lo dejó magullado a causa de las rocas que levantó. No estaba herido grave, pero vio a dos mujeres combatientes muertas justo frente al búnker. Les habían disparado cuando salían de él. La explosión había hundido el refugio y enterrado a otros tres. Excavó frenéticamente pero solo halló un cuerpo. Dos de ellos eran tan nuevos en su escuadrón que ni siquiera conocía sus nombres. Esto le dolió y preocupó, pues era tarea suya notificar a las familias en caso de muerte. Aquí estos chicos lo habían sacrificado todo por la causa y nunca se sabría ni se los honraría.

Intentó mantenerse tan cerca de las líneas enemigas como pudo. A Quang le parecía una mortal partida de «policías y ladrones». Si los estadounidenses o los *nguy* se movían, les dispararía. Si él o sus hombres se movían, les dispararían. Sus pérdidas crecían hora a hora, especialmente desde que habían comenzado los bombardeos pesados.

Había tantas maneras de morir en Hué que se hacía imposible enumerar las causas. Los survietnamitas y estadounidenses atribuían todas las muertes a las purgas. El mayor Khoa, que había sido rescatado pocos días atrás, había contado al periodista Johnson, del *New York Times*, que en un solo día, el viernes 9, el Frente había ejecutado a trescientas personas. Las víctimas eran «funcionarios del Estado, técnicos y trabajadores estatales», dijo. Aún no habían hallado su fosa común.[1]

Pero había culpa suficiente para ambos bandos. La tormenta de la guerra había arrasado cualquier apariencia de ley, lógica o decencia. Para los soldados había algún tipo de orden (causas, líneas que defender, soldados que eran amigos o enemigos), pero para los civiles todo era salvajismo.

Tran Thi Thu Van, la escritora de Saigón, pasó aquellas semanas vagabundeando por las ruinas de la batalla intentando mantenerse con vida. Posteriormente, una tras otra, las escenas de terror se harían constar en su libro *Mourning Headband for Hue*. Su tío, Doi Hoa, un amable anciano y músico que vivía en una pequeña choza cerca del palacio real cuidando de antiguos instrumentos musicales, y que solía darle lecciones de música cuando ella era una niña, murió a causa de un fragmento de obús de artillería que perforó su sien. Su casa y la colección quedaron destruidos.[2] Cerca de

la escuela Gia Hoi, donde se estaban perpetrando las purgas más notables, toda una familia, incluidos los niños, fue ejecutada porque un soldado del VC creyó que su televisor era un método de comunicación con los estadounidenses.[3] Soldados del VC mataron en una casa a unos niños pequeños estadounidense-vietnamitas balanceándolos por los tobillos y aplastando sus cabezas contra una pared: «Son los hijos de un imperialista estadounidense que los ha dejado aquí para dañar el futuro de la nación», explicó el líder.[4] Tinh Hoa, dueño de una librería, abandonó su casa en busca de agua y comida y lo mataron a tiros. «Hay quien cree que fue el Vietcong el que disparó; otros están completamente seguros de que fueron los estadounidenses, pero sea quien sea que disparó, mató al señor Tinh Hoa», escribiría Tran.[5] Soldados estadounidenses en un puente disparaban a un perro que había caído al río. Mientras intentaba nadar hasta la orilla, los soldados seguían disparando, no para matar al animal sino por pura crueldad, para prolongar su sufrimiento impidiéndole llegar a la orilla: «El perro se va alejando más y más de la orilla, aullando lastimeramente; es totalmente desgarrador».[6]

Así pues, este es el fin, desde la persona más anciana, como mi tío, a los pequeños mestizos de vietnamita y estadounidense: a todos los han matado en el remolino de la guerra. ¿Cuántas toneladas de munición llueven sobre las cabezas de la gente de la ciudad de Hué? Estos días los aviones que sobrevuelan la ciudad son incontables. Junto a la Autopista Nacional [la Autopista 1] podemos ver aviones a reacción volando a gran velocidad como relámpagos y dejando caer carga tras carga de bombas; les sigue el ruido de las explosiones, que incluso reverberando en la distancia son terroríficas. Nos alejamos un poco y nos quedamos a este lado del río, mirando a la otra orilla: el mercado Dong Ba se ha convertido en un terreno aplanado; las casas de la zona del centro parecen firmemente envueltas en humo y polvo. Con cada explosión, polvo y ladrillos y tejas vuelan en pedazos, como si explotase un gigantesco petardo, arrojando cadáveres al aire [...] Pienso en la gente aún atrapada en Tu Dam y en la Ciudadela. La Ciudadela entera está rodeada por altas murallas [...] las balas de los aviones, balas estadounidenses, caen como lluvia. ¿Cuánta gente está lidiando con esto, desesperada? Los más resistentes refugios subterráneos solo pueden soportar armas de pequeño calibre; ¿cómo van a resistir la penetración de misiles y toneladas de bombas que se dejan caer día tras día?[7]

Los muertos yacían sobre aceras y calles, en edificios destrozados, en

matorrales a los que habían sido arrojados, fuera de la vista, o bajo montones de ladrillos que cubrían su descomposición pero no su hedor. El cada vez mayor número de bajas pesaba mucho en Nguyen Dac Xuan, el idealista poeta y comisario que había entrado tan entusiasmado en la ciudad, y que ahora estaba hundido y dolorido de tanto cavar tumbas. Luchaba durante el día y se pasaba toda la noche intentando enterrar a los muertos. La noche era el único momento seguro para cavar, y la escena era pesadillesca, iluminada por explosiones y por las bengalas estadounidenses. Al haber tantos muertos, las tumbas eran poco profundas, lo justo para cubrir la carne putrefacta. A veces ponían dos o tres cadáveres en el mismo hoyo. La artillería estadounidense pesada mataba soldados del Frente y civiles por igual, y en ocasiones había tantos cuerpos que se limitaban a arrojarlos a algún cráter de bomba y lo tapaban.

Aun así, por si no hubiera suficientes muertes, las purgas continuaban. Ya no existía la pretensión de construir una nueva sociedad. La matanza de enemigos poseía su propia lógica imparable.

Una noche, mientras cavaba bajo la lluvia, vio pasar otro grupo de cinco o seis arrestados con las manos atadas a la espalda. Una bengala iluminó el cielo, y se dio cuenta de que entre ellos había un hombre con el pelo largo al que de inmediato reconoció. Era su amigo Le Quang.

Hizo detenerse al oficial que dirigía la fila, un tal mayor Hai, y le preguntó:

—¿Por qué has arrestado a Le Quang?

Hai le respondió que Quang era un traidor. La información que había estado enviando al enemigo en Mang Ca les había permitido apuntar su artillería contra los puestos de mando de las fuerzas de liberación.

Xuan asumió la defensa de su amigo. Dijo al oficial que Le Quang era fotógrafo y que vivía en una aldea, muy lejos de la Ciudadela. Había ayudado a la liberación tomando fotos para la unidad de Xuan.

—No conoce ni los barrios ni a la gente de por aquí. ¿Cómo puede informar a nadie? El señor Le Quang es un patriota. ¿Por qué estáis haciendo esto?

Dejaron a Le Quang en libertad y este agradeció profusamente a Xuan

que le salvase la vida.[\[8\]](#)

8

Así son las cosas

Jerry McCauley estranguló a un soldado enemigo con el barboquejo de su casco. Consiguió hacerse a un lado y evitar la bayoneta de aquel hombre y luego cogió su casco, que llevaba fijado con una correa a su mentón, y con una tremenda descarga de adrenalina retorció la tira de cuero violentamente en su cuello, lo mantuvo así y lo estranguló hasta matarlo. Tardó un tiempo agónicamente largo en hacerlo. Después de ello, apenas volvió a pensar en el asunto. Había sido una lucha a vida o muerte, y si sentía algo, era sorpresa por haber tenido la fuerza y la presencia de ánimo para ganar. No todos sus muertos le preocupaban tan poco.

Tras tomar la torre, McCauley ayudó a montar guardia. El edificio había quedado reducido a cuatro altos montones de ladrillo y mortero, pero aún era el punto más alto de la muralla oriental. Su escuadrón de ametralladoras, parte de la Compañía Alpha, solía subir al ponerse el sol y escoger una nueva posición cada noche, sobre las diez en punto. Aún había enemigos lo suficientemente cerca como para dispararles con morteros si los descubrían. Solían emplear posiciones de disparo ya existentes, alguna excavada por el Frente antes de la llegada de los marines o situada entre grandes escombros de lo que había sido la torre. La pared inferior se había derrumbado, de modo que la puerta Dong Ba era ahora infranqueable para los vehículos. La gente, sin embargo, podía escurrirse por ella.

La posición de McCauley le ofrecía una vista panorámica. Las bengalas pintaban la ciudad de tonos que iban del gris plateado al negro. Tejados y muros se habían desplomado en pilas de vigas de madera, escayola, tejas y piedra. Parte de las paredes exteriores aún resistían y mostraban ventanas negras y puertas que daban a espacios huecos y llenos de basura. Aquí y allá había reventados jardines de bambú con pilas de tallos quemados que parecían tuberías abandonadas. En medio de la noche, las ruinas adquirirían un aire fantasmagórico y silencioso. Se oía de vez en cuando el disparo de un fusil, pero en ambas líneas los hombres procuraban quedarse quietos y callados, tan cerca unos de otros que no era seguro revelar exactamente dónde estaban. A veces, desde fuera de la Ciudadela, los morteros enemigos disparaban sus proyectiles, que trazaban arcos por encima de las murallas y explotaban en los barrios de dentro. Eran todo menos precisos. Algunos explotaban contra la muralla; otros rebotaban contra la parte superior y aterrizaban dentro por pura casualidad, con tantas probabilidades de dar en las filas del Frente como en las de los marines. No había un minuto en que la muerte no pudiera llegar sin previo aviso. McCauley pasaba esas horas tras una ametralladora M60. Tenían estrictas órdenes de disparar a quienquiera (incluso si era estadounidense) que intentase cruzar la puerta en ruinas.

—Consideraréis enemigo a cualquiera que intente atravesarla —les habían ordenado—. Le dispararéis y lo mataréis.

Había razones para sospechar de todo, y también para disparar sin previo aviso. Gritar delataba la propia posición. Y cualquiera que saliese de la fortaleza podía dar información útil a los de las baterías de morteros de allá fuera.

Pero también había civiles que intentaban escapar. Quienes estaban en la zona de disparo se enfrentaban a un laberinto de emplazamientos de disparo ocupados por combatientes de ambos bandos, todos muy nerviosos. Una noche, en la muralla, McCauley y su ametrallador ayudante divisaron lo que parecía una pareja de vietnamitas con dos niños aproximándose a la puerta por la calle de abajo. Eran las dos de la mañana. El escuadrón dudó.

—Nuestras órdenes son matarlos —dijo un hombre.

Debatieron un rato al respecto hasta que uno de los hombres dijo:

—Tú tienes el arma, McCauley, te toca a ti.

Les disparó. Le alivió saber, más tarde, que la mujer tenía un mapa detallado de todos los emplazamientos de disparo situados en las calles que daban a la puerta. McCauley lo tomó como una confirmación de que la pareja entregaba información, y se sintió mejor por haberlos matado. Obviamente, el mapa era también exactamente lo que la gente haría antes de intentar abrirse camino por una zona peligrosa.

Chris Jenkins, el trabajador de los IVS de Filadelfia que había estado ocultándose en una casa al sur de la torre desde la primera noche del Tet, volvió a meterse bajo su cama cuando sus amigos vietnamitas oyeron disparos cercanos. Entonces alguien llamó a la puerta. Una voz estadounidense gritó:

—¿Hay algún VC por ahí?

Jenkins se levantó y se identificó. Era uno de los marines de Thompson.

—Tiene suerte de que no hayamos lanzado una granada por la ventana antes de hacer preguntas —le dijo.

Lo llevaron escoltado ante el capitán Jennings, quien preguntó, incrédulo:

—¿De verdad el marine llamó y preguntó «hay algún VC por ahí»?

Jenkins asintió.

—Es una gran guerra —dijo Jennings.^[1]

La batalla fue disminuyendo hasta casi detenerse nuevamente el viernes 16 de febrero. Tras tomar la torre, el batallón de Thompson tenía nueve manzanas entre ella y la muralla sur de la fortaleza. Las tropas del general Truong, que pronto estarían muy reforzadas, tenían más o menos la misma distancia por recorrer por el lado oeste. Eso dejaba tan solo el palacio real, que, sabían, era ahora el centro de mando de las tropas del Frente en la Ciudadela. Con el triángulo ya casi totalmente retomado, si el ejército podía hacer su trabajo en el campo al oeste y al norte, la batalla por fin acabaría.

Alvin Webb, el veterano corresponsal de guerra de la UPI, escribió una crónica personal el sábado desde el frente en la Ciudadela:

Esto es cada vez más duro y terrorífico. No me importa admitir que tengo miedo. Ojalá supiéramos qué pasa fuera. Hay nueve manzanas entre el lugar en el que estoy sentado y el lado sur de la muralla que rodea la Ciudadela.

Puede que se conviertan en las nueve manzanas más sangrientas para los hombres del Cuerpo de Marines de Estados Unidos desde aquella otra guerra en Corea, en que lucharon y murieron en las calles de Seúl.

«Seúl fue duro —me comentaba hace unos minutos un sargento que estuvo allí—. Pero esto... esto es otra cosa.»

Hay un joven marine en una camilla a unos tres metros de distancia. No queda gran cosa de su pierna izquierda.

«[...] Cinco francotiradores —dice el capitán Scott Nelson, de Jacksonville, Florida—. Eso es todo lo que necesitan para detenernos completamente.»

Uno puede oír el silbido de las balas de los francotiradores y el fantasmagórico susurro de los cohetes de los B-40 y sentir el trueno de los obuses de mortero devorando casas.

«Todo esto tiene un aspecto terrible —dice el cabo Frank Lundy, de Gravette, Arkansas—. Se nos están comiendo. Tienen que largarse de aquí.»^[2]

Los progresos eran penosamente lentos. Los grandes cañones de los tanques y Ontos y la habilidad de las baterías de artillería de los marines habían hecho que fuese inevitable: ahora los marines podían castigar sin piedad las posiciones enemigas antes de intentar cruzar las calles. Primero venía la descarga de artillería y luego, siguiendo el patrón desarrollado por Cheatham al otro lado del río, aparecerían los tanques, que atraían el fuego enemigo desde todas direcciones. Esto revelaba los principales emplazamientos de armas enemigos. Entonces los Ontos hacían acto de presencia y descargaban sus seis cañones antes de regresar a cubierto a toda prisa. La táctica funcionaba porque destruía todo lo que se interponía en la ruta de los marines. El Frente se retiraba y tenía un terreno cada vez menor.

Michael Herr, el escritor de *Esquire*, describió al mayor Thompson en su cuartel de mando, apenas unas manzanas por detrás de la línea del frente.

De noche, en el CP [puesto de mando], el mayor que comandaba el batallón leía sus mapas, con la vista fija en el trapecio que formaba la Ciudadela. Podría haber sido una escena de hace veinticinco años en una granja normanda, con velas encendidas en las mesas, botellas de vino tinto dispuestas a lo largo de estanterías dañadas, la habitación fría, los techos altos, la ornamentada cruz en la pared. El mayor no había dormido en cinco noches, y por quinta noche consecutiva nos aseguró que mañana llegaría, seguro, al tramo final de muralla, que lo retomararía y que tenía todos los marines que necesitaba para hacerlo. Y uno de sus ayudantes, un duro primer teniente, esbozaría una áspera, irónica sonrisa fuera de la vista del mayor, una sonrisa que rechazaba toda buena noticia: era como oírle decir «el mayor aquí presente está lleno de gilipolleces y todos

lo sabemos».[3]

El enemigo era tenaz. Los marines pagaban cara cada manzana, a veces cada casa. Uno de esos días, Calvin Hart, el marine que se había presentado voluntario a Vietnam con la esperanza de convertirse en policía militar, se enfrentó a un terrible dilema. Doc Rhino (Michael Reinhold, uno de los oficiales médicos del pelotón), un hombre cuyos desinteresados actos de valentía lo habían convertido en una figura adorada, tentó finalmente al destino con demasiada frecuencia. Lo derribaron de un tiro cuando abandonó su cobertura para llegar hasta dos heridos. Reinhold era un tipo alto y pelirrojo de Arizona, un objetivo grande, en cualquier caso, y se había hecho con una mochila del doble de tamaño de las que se solían dar a los marines para poder llevar más suministros médicos. Los chicos lo adoraban. Y ahora estaba herido y al descubierto. Se incorporó sobre una rodilla e intentaba ponerse de pie cuando recibió otro disparo. Esta vez se quedó tendido, inmóvil, claramente muerto. Allí se quedó hasta que se hizo de noche, a unos siete metros de ellos. Entonces un sargento del pelotón pidió voluntarios para traer a Doc y a los demás.

Hart deseaba desesperadamente no presentarse voluntario. Era una regla que había seguido desde la instrucción y que la experiencia había reforzado: *nunca te presentes voluntario para nada*. Pero, por otra parte, quería hacer lo decente. Si fuese él quien estuviese allí tirado, desearía, seguro, que alguien fuese a buscarlo. No levantar la mano era un fracaso moral que sabía que lo perseguiría. ¿Por qué debería hacerlo nadie más? Era nuevo. No había corrido ni de lejos los mismos riesgos que los demás hombres habían corrido. ¿Cómo podía *no* presentarse voluntario? Todo estaba tranquilo, pero todos habían visto, durante el día, que había enemigos atrincherados por todas partes. La pregunta del sargento pendió sobre ellos durante un largo, agónico momento. Hart mantuvo su mano bajada y suspiró agradecido cuando otros tres la levantaron. Mientras se preparaban para salir esperó con el arma dispuesta a que el infierno volviese a desatarse, mientras rezaba por que no fuese así. El infierno se desató, y Hart disparó como todos los demás. Consiguieron arrastrar a cubierto a Doc Rhino y a los otros dos marines muertos sin que

hirieran a ninguno de los voluntarios, lo que significó un enorme alivio. Hart sabía que no hubiera querido arrastrar ese peso en su conciencia.

Vivió aterrorizado desde el momento en que entró en Hué hasta el último. ¡Las cosas que había visto! Los francotiradores del Frente eran tremendamente precisos y apuntaban a la cabeza. Había tipos sentados en el suelo, que ni siquiera eran conscientes de que la parte superior de sus cabezas era visible a través de la ventana, y al segundo siguiente ellos habían muerto, y las tapas de sus sesos, desaparecido. Un marine había recibido un disparo en la cabeza y cayó de un segundo piso, pero su pie se enredó en algo, de modo que acabó colgado boca abajo mientras el interior de su cráneo se vaciaba. Había una mujer vietnamita muerta en la calle. Un tanque le había aplastado ambas piernas. Cuando el escuadrón de Hart pasó junto a ella por primera vez, estaba sentada muy recta, muerta, con cara de sorpresa. Cuando pasaron de regreso la habían pisado tantas veces que ya nadie hubiera podido decir que había sido una persona.

—Así son las cosas —dijo uno de los hombres de su escuadrón. Era una frase que casi habían gastado.

Hart había llegado a Vietnam esperando luchar contra aficionados, hombrecitos en pijamas negros y sombreros cónicos que no eran rival para los Marines de Estados Unidos. Pero el enemigo que había encontrado en Hué era duro y profesional, un enemigo a su nivel. Eran combatientes uniformados y bien equipados, y establecían posiciones defensivas y campos de tiro tan buenos como los que se enseñaban en el Cuerpo. Y era evidente que creían en su causa. En sus primeros días, Hart había visto cómo sacaban a rastras, vivos, a algunos combatientes de sus agujeros de araña, donde se habían quedado para luchar hasta la muerte. Con todo lo duros que eran los marines, no sentían ese tipo de compromiso. Ni él ni los demás soldados — para Hart, al menos la mitad de ellos— tenían siquiera una idea clara de por qué estaban allí. Ni uno de ellos sabía lo suficiente como para escribir un párrafo acerca de Vietnam. Quizás los oficiales lo supieran, pero la mayoría de los soldados, le parecía a Hart, no podían estar menos interesados. Se habían alistado, los habían entrenado para combatir, su país los había enviado. Y ya está. Tal y como Hart lo veía, combatían sobre todo por acabar

su servicio y regresar a casa con el culo intacto. Eso era todo. Aun así, había situaciones, como la de Doc Rhino, que parecían exigir algo heroico, incluso de él.

Quién vivía y quién moría, quién resultaba herido y quién parecía inmune... no tenía ningún sentido. Todos los días algunos de los tipos más listos y agudos caían tiroteados, y otros... bueno, mira a Leflar. Había estado en peligro desde el día en que llegó. Los primeros días, en especial, Leflar parecía perdido de un modo casi cómico. Pero aparte de esos rasguños de los que no paraba de quejarse, el chico parecía invencible. En medio de una batalla callejera devastadora, un Patton dobló la esquina y, poco a poco, giró y alzó su gran cañón para apuntar a una casa justo al final de su línea de tiro. Hart sabía que Leflar estaba arriba, en el segundo piso. Y justo cuando se dio cuenta... ¡BUM! El cañón arrasó con la mitad del edificio. Hart y el resto del escuadrón encontraron a Leflar en medio de los escombros, cubierto de mortero en polvo, pero por lo demás, indemne. Un tipo de puta madre como Doc Rhino estaba muerto... ¡y Leflar parecía tener siete vidas!

La compañía del capitán Harrington combatía bajando la muralla mientras los marines avanzaban simultáneamente por las calles de abajo. A Harrington le sorprendió que el Frente no lanzara contraataques. Con toda la presión en el sector sudoeste, no podían tener mucha más munición ni reemplazos. Al parecer, la muerte del comandante de regimiento del Frente durante una descarga de artillería había creado confusión. Pero los combates no eran más fáciles.

Webb, que avanzaba junto a los hombres de Harrington, escribió:

Estoy vivo e intacto, de momento. Pero cuando miro alrededor tengo el sentimiento desesperanzado de estar entre un número cada vez más pequeño de estadounidenses en Hué que pueden decir lo mismo.

Esta mañana nos despertó la llovizna monzónica. Caía suavemente, creando pequeños charcos. Había una fogata para calentarse y los *leathernecks*[*] se sentaban alrededor charlando en el amanecer húmedo y gris.

Un marine se internó enérgicamente dentro del círculo. «Charlie está recibiendo suministros. Nos acaban de avisar.»

Le siguió otro: «De acuerdo. Ensillad. Nos vamos».

Nos movimos [...] Estamos ahora en la calle Finh.

A nuestra derecha, las Compañías Bravo y Charlie habían avanzado en paralelo a

nosotros.

«¡Vamos!», gritó alguien.

De repente el cielo estaba lleno de plomo, acero y explosiones procedentes de ambas direcciones. [Greg] Jenkins no estaba con nosotros esta mañana. El líder de pelotón había perdido algunos dedos de su mano derecha el sábado. Tendrá un Corazón Púrpura a juego con su Estrella de Plata. Tampoco [John] Carlson estaba aquí hoy. El impacto de una granada comunista le había volado los tímpanos.

Muchos otros tampoco están aquí esta mañana. Eran hombres cuyas caras había llegado a conocer bien. Su sufrimiento y muerte en esta guerra ya ha acabado.

Fuimos de fila en fila de casas adosadas [...] Calculé el momento de moverme entre cohetes y salí corriendo a través de la calle, subí por una escalera rota para superar un alambre de espino de 60 cm de altura. Por encima de mi cabeza las balas cantaban.[4]

Cuando los marines llegaron a unos cuatrocientos metros de la muralla sur, el enemigo estaba comprimido y atrincherado al límite. Aquel día los marines encontraron a dos soldados enemigos muertos encadenados a sus ametralladoras pesadas.[5] Enseñaron a Fred Emery, un periodista del *Times* londinense, los cuerpos y las cadenas. Fue el único caso de ese tipo, y podría ser que los hombres fueran prisioneros liberados semanas atrás y obligados a combatir, pero la historia pronto se extendió, reforzando la noción de que el enemigo estaba compuesto por soldados que lucharían hasta el último aliento no porque realmente creyeran en su causa, sino porque los obligaban.

La potencia de fuego era la que marcaba la diferencia. Cuando podía, la fuerza aérea lanzaba napalm sobre los barrios aún ocupados por el enemigo. Era más eficaz que las bombas, que dejaban pilas de escombros en las que el enemigo podía esconderse y crear nuevas posiciones de tiro. Con el napalm, las llamas absorbían todo el oxígeno de los búnkeres subterráneos, sofocando a cualquiera que se encontrase dentro e incinerando todo lo que hubiera arriba que no estuviese hecho de piedra. No había modo de evitar la masacre.

Y Harrington tenía razón con el tema de los suministros. Hacia la tercera semana de asedio, el Frente estaba casi sin hombres ni munición. No podía competir con las infinitas reservas de armas, bombas y hombres de los marines. Le Huu Tong, el artillero de lanzagranadas, perdió a siete miembros de su escuadrón por un disparo de un tanque. Sus cuerpos quedaron tan despedazados que el escuadrón no pudo enterrarlos individualmente. El escuadrón temía en especial a los Ontos. Se acercaban y tenían mucha más

precisión. Podían matar a hombres ocultos tras muros de piedra. Ahora, de día, pasaban tanta parte de su tiempo moviéndose como combatiendo, ahorrando munición, escogiendo bien sus blancos.[6] Las tácticas del Frente impresionaban a los oficiales de marines más veteranos. Mantenían el orden y llevaban a cabo maniobras disciplinadas incluso bajo condiciones terribles.

Los soldados que se habían mostrado ansiosos de entrar en combate quedaban dolorosamente desengañados. Las condiciones eran infernales. Tommy Brown, que llegó uno o dos días después de Leflar y Hart y se unió a la compañía de Harrington, había estado tan ansioso por llegar a Vietnam que, cuando le dijeron que podían pasar meses antes de embarcar, se ausentó sin permiso del disgusto. Lo atraparon seis meses después y pasó uno en el calabozo antes de que le dieran lo que quería.

Ahora Brown se encontraba perplejo y asqueado por lo que había buscado. Pasó su primera noche en Hué mojado, asustado y con frío, oyendo los disparos a lo lejos. Su líder de escuadrón no dejaba de hacerlos avanzar. Se acomodaban en un edificio, dormitaban, y una hora más tarde los despertaban para ir a algún otro lugar. Pero, en cuanto el sol salía, se relajaba, seguía órdenes y se sentía más seguro, rodeado de ruinas que le recordaban las fotografías que había visto de las ciudades europeas durante la segunda guerra mundial. Se movían entre los restos de vidas cotidianas: frascos de vitaminas, una mochila infantil llena de deberes y empapada de sangre, envoltorios de caramelos estadounidenses, el contenido del armario desvencijado de alguien. No tenía nada que ver con lo que Brown esperaba: el Cuerpo lo había preparado para Vietnam con cursos de combate en la selva. La ciudad misma, las partes que aún estaban en pie, le recordaban a Nashville, donde había crecido. Le sorprendían las imágenes de esvásticas que veía por todas partes: no sabía que se trataba de un antiguo símbolo budista de buena suerte (ni se daba cuenta de que era la forma invertida del símbolo nazi).[7] Había coches y camiones por todas partes. Las copas de los árboles estaban casi todas destrozadas.

Uno de los primeros edificios en los que Brown entró era una fábrica de espaguetis. Había volado en pedazos y todo lo que había dentro estaba cubierto de tiras de pasta. Uno de sus compañeros de escuadrón exclamó:

«*Mamma mia!*». La fábrica estaba infestada de ratas. Otra noche acamparon en una gasolinera Esso abandonada.

Todo esto era extraño, pero nada más. Lo que realmente sorprendió a Brown fue el terror y la crueldad incesantes. Vio como un soldado enemigo se negaba a salir voluntariamente de un agujero de araña y lo volaron en pedazos. En una enorme casa de clase alta encontraron los cadáveres de dos niños que no habían muerto en una explosión; les habían disparado muchas veces. *¿Quién dispararía deliberadamente a niños?*

—Así son las cosas... —dijo uno de los hombres.

Se disparaba a los perros por reflejo: tras ver a uno alimentándose de un cadáver en descomposición era difícil no hacerlo. Brown vio cómo un tanque pasaba por encima de un gran cerdo, que quedó atrapado en las orugas y fue arrastrado una gran distancia antes de caer, con los restos totalmente aplanados. También se pasaba por encima de gente, sobre todo de civiles. Él estaba caminando tras Harrington y su líder de escuadrón, el sargento Richard Morris, cuando encontraron un soldado enemigo muerto al que el rigor mortis había congelado con un brazo levantado. Morris caminó hasta el cuerpo y lo pateó; luego se dio la vuelta y dijo a Harrington: «No quiere hablar, señor». Brown pensó que era gracioso, pero el capitán no.

Había alcohol todas las noches. Se abrían y compartían las botellas que encontraban en las casas vacías. Brown solo tenía dieciocho años y muy poca experiencia con el alcohol. Cada vez que retrocedían unas cuantas manzanas tras la línea del frente de aquel día aparecían niños vendiendo botellas de medio litro. Los soldados habían estado bebiendo agua salobre tratada con píldoras de yodo o sobres de Kool-Aid[*] que habían recibido con sus cartas, desde casa, mezclándolo todo en las cantimploras para disimular el mal gusto, de modo que incluso la cerveza tibia era un cambio a mejor. Brown descubrió lo mala que era una resaca. Vio marines saqueando: uno salió de una joyería con relojes hasta su codo. Más tarde, cuando los combates dentro de la Ciudadela hubieron acabado, el mayor Thompson declaró que todo objeto del que los marines no tuvieran prueba de compra sería destruido. Los hombres comenzaron a destrozar radios y relojes contra las paredes, para disgusto de los civiles vietnamitas que lo presenciaban.

Rick Grissinger llegó a Hué el mismo día que Brown. Rick, un chico flaco y pequeño de dieciocho años procedente de Clearwater, Florida, era un tipo religioso que no bebía ni fumaba ni decía tacos. Se había mostrado ansioso por llegar a Vietnam, pero la guerra había resultado ser algo completamente diferente a lo que había imaginado. Le repugnaban los cadáveres flotando en el río Huong. Se quedó impresionado ante un montón de cuerpos de vietnamitas, soldados y civiles, parcialmente quemados. Alguien los había rociado con gasóleo y les había prendido fuego, pero solo habían quedado medio calcinados. En el montón había también partes de cuerpos. No pudo dormir. Un sargento de más edad que él, un tipo negro y grande, lo llevó a una casa bombardeada en su primer día y le enseñó una familia vietnamita, marido, mujer y niños, todos muertos. Los habían atado con alambres antes de dispararles y prenderles fuego.

—Sé lo que aprendiste en el instituto, pero el comunismo en realidad es esto —le dijo el sargento.

Vio *bulldozers* metiendo enormes pilas de cadáveres en fosas comunes. El hedor era tan terrible que, años más tarde, se le revolvió el estómago con solo pensarlo.

—Así son las cosas —dijo.

En todas las manzanas encontraban gente oculta en agujeros. A los marines les sorprendía que tanta gente pudiera sobrevivir hacinada bajo tierra en espacios tan pequeños. En uno de ellos encontraron una familia de diez miembros que dijeron que habían estado allí dos o tres días. La familia salió del agujero gritando, aterrorizada, con las manos en alto. Los marines los registraron en busca de armas y los enviaron con las hordas de refugiados de las que ahora se ocupaban las fuerzas del general Truong.

Se había convertido en un trabajo gigantesco. A fin de evitar la infiltración de enemigos, los hombres de Truong debían interrogar a todos los civiles. A los que consideraban auténticos civiles los metían en varios edificios de escuelas, en los que acampaban. A los que se consideraba prisioneros se los ataba juntos con cuerdas. Se sentaban acuclillados, con los ojos tapados o sus cabezas cubiertas por sacos de arpillera, en silencio, estoicos, esperando que se los llevaran en helicópteros hacia un destino

incierto. Algunos soldados del ERVN abusaban de ellos, les escupían, los pateaban o los pinchaban con los fusiles.

Rendirte podía hacer que te mataran. Felix Bolo, el jefe de oficina de Agence France Presse, describió una escena que había presenciado:

Hué, 21 feb. — Él agitaba una bandera blanca, pero eso no detenía las balas.

Lo vi hoy: era uno de cuatro civiles que salieron de casas en llamas tras un ataque con napalm de los cazabombarderos estadounidenses Skyhawk. Las casas estaban en la zona del Sporting Club, una zona ametrallada hasta la saciedad, entre dos posiciones estadounidenses.

Uno de los civiles corrió a esconderse, pero los otros tres caminaron lentamente, blandiendo lo que parecía una bandera blanca. Desde el sector de los Marines de Estados Unidos llegó una lluvia de balas. Dos de los civiles se tiraron al suelo para cubrirse. El tercero se detuvo en el extremo superior de una pequeña escalinata, se dio lentamente la vuelta y cayó. No se volvió a levantar.

Unos 150 refugiados vietnamitas, entre ellos 50 niños aterrorizados, lo vieron desde las ventanas de la bodega del Sporting Club, donde se refugiaban. «Qué triste. Era un civil», me comentó uno de los refugiados.

El ataque de los Skyhawk fue la primera intervención de los aviones en la batalla de Hué desde el viernes. Lanzaron bombas y napalm sobre la Ciudadela, a escasos metros del Palacio Imperial en el que la bandera del Vietcong sigue ondeando. Debido al mal tiempo, las bombas estallaron en un depósito de cohetes del que surgieron enormes llamas azules y verdes.[8]

El periodista Lee Lescaze, del *Washington Post*, se encontraba con un grupo de marines de la Compañía Bravo mientras acampaban en una rica mansión. A un lado de la sala de estar del primer piso había un altar budista; en la pared opuesta, desplegados de *Playboy*.

—Es el Hugh Hefner de Vietnam —dijo un marine, recostándose en un sillón orejero.

Habían encontrado un armario lleno de licores y cerveza, gran parte de lo cual había desaparecido a la mañana siguiente, cuando uno de los sirvientes de los dueños se acercó a la casa. Los civiles, ansiosos por recuperar sus casas, parecían saber de inmediato cuándo los marines las habían desalojado. Estos sirvientes traían consigo una nota escrita en inglés de parte del propietario.

«Dejadnos coger nuestras cosas y regresar a la zona segura —rezaba—. Muchas gracias. Os deseamos un feliz Año Nuevo y una completa victoria.»

«La nota especificaba que se debía rescatar arroz, sal y otras “cosas apreciadas” —escribió Lescaze—. La Compañía Bravo observó cómo los sirvientes se llevaban en primer lugar el televisor y luego varias lámparas, vajilla y pequeños objetos decorativos; posteriormente la radio, el tocadiscos y finalmente un saco de cuarenta y cinco kilos de arroz. Los cuatro hombres necesitaron tres viajes para acabar. Se llevaron el Johnny Walker, pero la botella de Seagram’s estaba rota y los marines se habían encargado de la cerveza.»[9]

El capellán, el padre McGonigal, no se presentó en el cuartel de Thompson el sábado 17 de febrero por la noche. Aquellos primeros días había recorrido todo el campo de batalla, sin tener en consideración el riesgo, corriendo a ayudar a transportar a los heridos, reconfortándolos y administrando la extremaunción a los moribundos. En lo peor del combate, los marines lo tenían junto a ellos, dándoles ánimos. Era heroico pero también, pensó Thompson, suicida.[10] El sacerdote se quedaba por las noches con Thompson y hablaban.

—Capellán, debería quedarse un poco más atrás —le advertía Thompson—. Hará que lo maten.

Cuando el capellán no se presentó, hubo una búsqueda. Lo encontraron solo en un edificio cerca de la línea del frente de aquel día, con un agujero en la parte trasera del cráneo. Una bala o un trozo de metralla había acabado con él.

A Donny Neveling, de diecinueve años, lo pusieron al mando de un escuadrón cuando su teniente, Moe Green, recibió un disparo en el cuello. Estaba orgulloso, pero pronto se dio cuenta de que con el nuevo estatus venía incluida la responsabilidad. Cuando un pequeño cerdo apareció por el campamento una tarde y sus hombres comenzaron a atacarlo con bayonetas por pura diversión, un disgustado sargento mayor bramó: «¿Quién está al mando aquí?». Neveling, que se había quedado dormido, sacó su cabeza por una ventana y dijo: «Hola, soy el cabo segundo Neveling».

Esa noche el capitán Harrington lo mandó llamar y lo reprendió de lo lindo, imponiéndole una multa de veinticinco dólares.

El marine que Whitmer halló en la bolsa de cadáveres en Phu Bai, Dennis

Michael, había estado con Berntson cuando murió. El corresponsal de guerra lo había entrevistado días atrás acerca del segundo (y definitivo) ataque a la torre. El soldado de veinte años de edad de Vacaville, California, describió cómo fue estar sentado en un refugio con otro marine cuando dos granadas ChiCom cayeron entre ellos. Una de ellas había rodado por su pierna. Se habían echado uno sobre el otro, con pánico, pero las granadas eran defectuosas y no estallaron.

—Son una porquería —le dijo Michael—. Muchas veces no explotan. Pero cuando lo hacen, te matan.

El lunes 19 de febrero, Berntson estaba corriendo por la calle con un pelotón de marines, ayudando con fuego de cobertura, avanzando más hacia la muralla este, cuando Michael recibió un tiro en la garganta. Berntson oyó como un oficial médico pedía ayuda. Michael se estaba ahogando y jadeaba en busca de aire. Las balas arrancaban pedazos de piedra y montones de polvo a su alrededor. Tres corresponsales civiles (Webb, Charlie Mohr y Dave Greenway, que habían regresado a la ciudad tras irse con Roberts) llegaron corriendo. Los cinco trasladaron a toda prisa a Michael a un camión que había sido destruido y yacía de lado, y lo colocaron detrás. El oficial médico comenzó a practicarle una traqueotomía de urgencia. Michael aún se ahogaba y jadeaba. Había sangre por todas partes.

Berntson se quedó. Vio una persiana de madera que había caído de una ventana alta y que podía hacer las veces de camilla; anunció que iba a cogerla... Despertó tirado sobre su espalda, con los oídos pitando, a varios metros de allí, oliendo a cordita y carne quemada. Luego sintió un dolor ardiente en los brazos y la espalda. Intentó levantarse, pero sus piernas no respondían. Sentía el sabor de la sangre. Miró hacia abajo y vio un gran trozo de metralla sobresaliendo de su brazo derecho. El oficial médico y los corresponsales estaban aún detrás del camión, y Berntson gritó:

—¡Por el amor de Dios, sacadme de la calle antes de que me disparen!

Lo arrastraron a cubierto. El oficial médico le debió haber administrado una dosis importante de morfina, porque lo siguiente de lo que Berntson fue consciente fue de estar en el hospital de campaña de Mang Ca, tendido de espaldas bajo la fría llovizna, rodeado por otros heridos. Uno de sus brazos

estaba destrozado. Tenía el otro atado y conectado a una vía intravenosa. Tampoco se podía mover. Se sentía drogado, atontado por la morfina. A su alrededor había un mundo de dolor y muerte, marines gimiendo y llorando de dolor, algunos muriendo, algunos ya muertos. No había suficientes bolsas para los muertos, de modo que los médicos cubrían el cuerpo y la cabeza de los fallecidos con el poncho y los llevaban a la pila. De vez en cuando una ráfaga de viento procedente de los helicópteros hacía volar los ponchos y sus caras pálidas y ausentes miraban fijamente la pista de aterrizaje.

Michael estaba cerca de Bernston en la ZA, aún vivo, pero agonizando. No lo iban a evacuar. En triaje lo habían decidido: había muchos otros heridos graves que tenían más posibilidades de salvarse. El hombre que había junto a Bernston ya tenía la cara tapada.

Cuando una ráfaga de viento hizo volar su poncho y le cubrió la cara con él, sintió pánico. No podía mover los brazos para apartarlo. Uno de los cirujanos se quejaba amargamente de que había soldados vietnamitas malheridos a los que se dejaba morir porque sus órdenes eran cuidar primero de los estadounidenses. Bernston lo llamó, lastimero:

—¡Capitán, no les deje ponerme en la pila de los muertos!

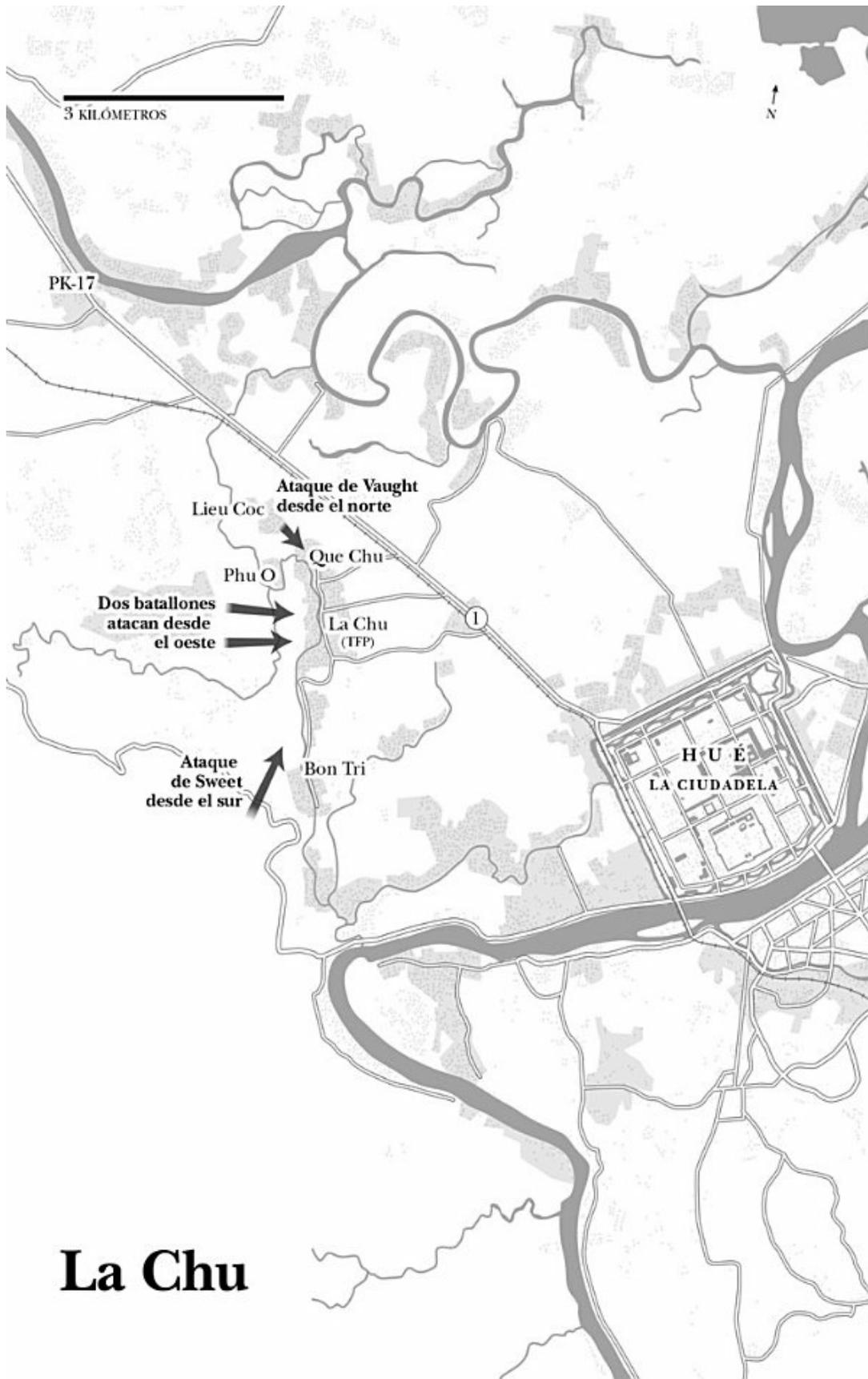
También Greenway y Webb habían resultado heridos en la explosión.^[11] Los llevaron en un helicóptero de regreso a Phu Bai con Bernston *el Cuentacuentos*.



El coronel del Ejército James Vaught, de camino a La Chu, donde dirigiría el ataque final al centro de mando del Frente.



Foto de marines heridos en la Ciudadela, tomada por John Olson. En primer plano, sin camisa, está Alvin Bert Grantham, que había recibido un disparo en el pecho.



La Chu

9

La Chu

Cuanto más duraba la batalla, más evidente resultaba que Westy se había equivocado. Desde el principio había negado que el enemigo hubiera ganado territorio de importancia en Vietnam del Sur. Había retratado la presencia del Frente en Hué como la de unas pocas compañías. En ningún momento había reconocido que la ciudad había caído en manos enemigas o que sus hombres estaban librando una batalla monumental para retomarla.

Incluso mientras la batalla entraba en su tercera semana, Westy seguía restándole importancia. Rara vez mencionaba Hué en sus informes diarios a Washington, y cuando lo hacía era tan solo para decir que el enemigo estaba a punto de ser aplastado: el 4 de febrero iba a suceder «en los próximos días»; el día 9 iba a ser «en unos cuantos días más»; el día 12 ocurriría «en un par de días», y el día 21 iba a suceder «a finales de esta semana».[1]

Al mismo tiempo, Westy seguía enviando minuciosos informes de desarrollos que tenían lugar en Khe Sanh. Detallaba el número de ataques de morteros enemigos y llevaba la cuenta de salidas de los B-52 para bombardear las inmediaciones de la base, apuntando tanto el número como el tipo de bombas arrojadas. Registraba de modo escrupuloso el aparentemente interminable tren de suministros. Todo esto para una batalla que, más allá de los bombardeos enemigos, aún tenía que comenzar.

Entre tanto, la batalla auténtica, la que se estaba librando en realidad, se

negaba tercamente a extinguirse. Para hacer caer las defensas del Frente en la Ciudadela era necesario cortar sus líneas de suministro y, de ser posible, la retirada. Ninguno de los dos batallones del ejército que el general John Tolson había enviado al sur desde PK-17 había conseguido pasar de las fuertemente defendidas aldeas de Que Chu y La Chu. El Segundo Batallón del Duodécimo Regimiento de Caballería, el del coronel Dick Sweet, había quedado destrozado, reducido a la mitad y había conseguido escapar al amparo de la noche. Durante casi dos semanas, el Quinto Batallón del Séptimo Regimiento de Caballería, el del coronel James Vaught, había permanecido parado al norte de las aldeas. En tanto permaneciera allí, lo más probable era que la bandera del enemigo siguiera ondeando en la Ciudadela.

El viernes 16 de febrero, tras diecisiete días de batalla, el segundo estadounidense de mayor rango en Vietnam, el general Creighton Abrams, visitó a Tolson en PK-17. Al mayor Don Bowman, el oficial de operaciones de la brigada, le llevó dos minutos resumir a Abrams los acontecimientos alrededor de La Chu, y luego el mayor Earle Spry, su oficial de inteligencia, le explicó los informes revisados acerca de las fuerzas enemigas: la experiencia con Sweet y Vaught había confirmado que eran mucho mayores de lo que se había creído al principio. Cuando acabaron, Abrams salió del búnker para hablar en privado con Tolson. Bowman no pudo oír lo que decían, pero se daba cuenta de que el general visitante estaba visiblemente disgustado. Luego Abrams se metió en su helicóptero y se fue.

Bowman se puso a trabajar de inmediato, escribiendo furiosamente en su cuaderno de notas. Un coronel del mando le preguntó qué estaba haciendo, y el mayor respondió: «Estoy escribiendo una lista de regalos». Si había interpretado correctamente la escena, dijo, «nos van a convocar a una reunión con el general Tolson en unos quince minutos, y nos van a dar todo lo que necesitamos».

Lo único que no obtuvo Bowman de su lista fue un pelotón de tanques. Los puentes de camino a La Chu no eran suficientemente robustos para aguantarlos. Dos batallones en pleno de caballería más: aprobado. Dos cuatro-cincuentas y dos M42 Dusters: aprobado. Bombardeos aéreos adicionales: aprobado. Baterías artilleras adicionales: aprobado.[2]

Que Chu y La Chu se encontraban en una densa franja de árboles rodeada por arrozales. La parte norte de la arboleda, allá donde comenzaba Que Chu, había sido apodada *T-T Woods*, «bosques T-T» por *Tough Titty*, «¡Te fastidias!», porque había resistido todo lo que le habían arrojado. Se había librado una serie de sangrientas escaramuzas antes de que Vaught retrocediera y se atrincherara a las afueras de la aldea adyacente y más pequeña de Lieu Coc, convencido de que necesitaba más de todo. Vaught había perdido ochenta y cuatro hombres, entre ellos la mayoría de sus oficiales de mando. La mayor parte de su munición se había agotado y las tripulaciones de morteros estaban empleando el suministro de emergencia, lo justo para mantener sus propias defensas pero no lo suficiente para atacar.

Poco a poco los informes de inteligencia confirmaban la enorme fuerza del Frente. Dos prisioneros tomados la noche del domingo anterior, ambos soldados regulares del EVN, confirmaban que procedían de unidades que el CAMV creía cerca de Khe Sahn. Habían estado en las afueras de Hué desde la primera noche de la ofensiva. Estas y otras pistas corroboraron que Que Chu y La Chu no eran solo un obstáculo en el camino a Hué, sino el núcleo de toda la operación. El centro de mando del Frente estaba en el virtualmente indestructible búnker de tres pisos de La Chu, y estaba defendido por miles de soldados regulares del EVN.

Llegar a él sería duro. Los sondeos de Vaught habían establecido que la aldea estaba protegida por líneas de trincheras y búnkeres fortificados en los bosques T-T, que habían sobrevivido a los intensos bombardeos. Había miles de soldados del EVN en la aldea, quizás hasta tres mil: nunca habría un recuento completo. Las trincheras exteriores estaban defendidas por al menos tantos hombres como los que había traído Vaught para atacarlas. Las trincheras en sí eran profundas e irregulares. Los estadounidenses excavaban líneas rectas, ya fuese en el frente de una posición o a lo largo de un perímetro bien definido. El EVN, que, a diferencia de los soldados estadounidenses, estaba acostumbrado a que lo atacasen desde el aire, había adoptado un patrón mucho menos predecible, con trincheras en forma de «L» que a veces estaban situadas en extraños ángulos con respecto a las otras. La mayor parte de ellas estaban conectadas, de modo que las trincheras más

exteriores se podían reforzar rápidamente, y, de ser necesario, los defensores podían replegarse a toda velocidad. Estaban situadas en áreas de densos bosques, matorrales y bambú, de modo que no era posible hacer un mapa de ellas desde arriba: disparaban torrentes de fuego contra cualquier avión que se acercase. Pero si hubiera sido posible, el mapa resultante se habría parecido a una telaraña tejida por una araña borracha. Lo impredecible de su forma implicaba que una fuerza atacante podía quedar atrapada entre dos o tres trincheras y recibir disparos desde varias direcciones a la vez. Para prepararse para el asalto, Vaught resucitó una técnica de la segunda guerra mundial para atacar trincheras: dio instrucciones a sus hombres de que improvisaran minas Bangalore, largos tubos rellenos de explosivos que se podían disparar estando a cubierto sobre un grupo de trincheras y hacerlos explotar. Los tallos de bambú eran perfectos para esto, al ser largos, rectos y huecos.

A fin de ablandar las posiciones enemigas, la Fuerza Aérea de Estados Unidos comenzó a atacar con bombas y napalm. Empleaba una nueva técnica llamada Sky Spot, que no requería que los bombarderos se situasen por debajo de las nubes. Dos juegos de radares en bases diferentes calculaban una línea desde su posición hasta el objetivo. La intersección de esas dos líneas proporcionaba una lectura bastante precisa. Luego, teniendo en cuenta el ángulo de descenso, ajustaban el punto de lanzamiento a la trayectoria de las bombas. Guiado por radar, un bombardero podía volar a lo largo de uno de los vectores de radar y liberar su carga en el punto designado. No era lo bastante precisa para usarla cuando había tropas propias cerca, pero Vaught estaba lo suficientemente alejado como para que se emplease. Las bombas llegaron sin previo aviso. Los aviones volaban a mucha altura como para que se los oyese a través de las nubes. Muchas bombas tenían como objetivo el gran búnker, pero ninguna, al parecer, impactó de pleno en él. Cuando el bombardeo acabó no hubo manera de saber hasta qué punto se había dañado al enemigo, pero el EVN hizo saber a las fuerzas estadounidenses cercanas que aún estaba ahí. Sus soldados soplaban silbatos y cornetas por la noche, lo que enervaba a los soldados de Vaught y los mantenía en constante alerta.

Tras la visita de Abrams se trasladó a dos batallones de caballería más

para que se unieran al ataque. El asalto final se fijó para el miércoles 21 de febrero por la mañana. Sweet venía desde el norte, desde las colinas cercanas a Bon Tri, al oeste de la Ciudadela, donde se había refugiado. Atacaría La Chu desde el sur. Los otros dos batallones se dirigirían a La Chu desde el oeste. El ataque principal lo llevaría a cabo Vaught.

Su plan final era complejo y arriesgado. Directamente frente a su posición había un arrozal seco. A unas tres cuartas partes del camino había un dique. Un arroyo definía aproximadamente las líneas de trincheras oeste y sudoeste del enemigo. Vaught y su oficial de operaciones, Charlie Baker, determinaron que era el mejor lugar para atacar. Pero llegar hasta allí implicaba cruzar un montón de terreno al descubierto. En cuanto sus hombres salieran de sus refugios se encontrarían bajo intenso fuego enemigo a lo largo de todo el camino. Los tanques que Bowman tenía en su lista de regalos hubieran significado una gran diferencia, pero no había ninguno.

Vaught quería acercarse a los bosques T-T desde varias direcciones a la vez. La Compañía Charlie de Davison ocuparía Phu O, un pequeño caserío en un bosquecillo de bambúes inmediatamente al oeste, desde donde proporcionaría fuego de cobertura. La Compañía Alpha haría lo mismo desde el norte. La Compañía Delta debería ir hacia el sur y acercarse dando un rodeo desde el oeste, aprovechando los bosques de bambú que quedaban frente a la posición de Vaught en Lieu Coc. El ataque central, el más peligroso, recayó sobre la Compañía Bravo de Howard Prince.

Cuando Prince informó a sus líderes de pelotón del plan, el lunes por la noche, no se mostraron entusiasmados. Los bosques T-T no les eran desconocidos. Los habían estado sondeando sin éxito desde varios ángulos durante semanas. Prince había perdido en ellos a cuatro de sus cinco oficiales de mando. Todos sus pelotones menos uno estaban ahora dirigidos por suboficiales. El teniente que quedaba era muy joven y estaba muy verde. Toda la compañía estaba agotada y asustada. Sus hombres habían pasado la mayor parte de su tiempo en Vietnam en misiones de búsqueda y destrucción. Eso de por sí ya era malo, pero al menos era algo conocido y en lo que eran buenos. No estaban acostumbrados a que los desplegaran por el campo como infantería convencional, sobre todo en cargas contra enemigos atrincherados,

y no les gustaba. No conocían las minas Bangalore ni las mochilas explosivas: usarlas era peligroso y podía matarlos. El plan de ataque exigía muchísimo posicionamiento preliminar en ruidosos bosques de bambú en la oscuridad... lo que podía matarlos. Odiaban la idea de cargar a través de campo abierto: era seguro que unos cuantos de ellos morirían. E incluso si llegaban a las trincheras enemigas, iban a tener que abrirse paso en fila india entre estrechas paredes en combate cuerpo a cuerpo con el enemigo... lo que podía matarlos.

Después de que Prince hablase con sus líderes de pelotón, el nuevo teniente se fue a explicar el plan a sus hombres más experimentados, que estarían en vanguardia. Regresó preocupado.

—Señor, no van a ir —dijo a Prince.

El capitán se quedó de piedra. Esto nunca le había pasado. El plan no tenía ningún problema táctico, legal ni moral. No sabía qué hacer. Fue a buscar a Baker. El ataque tenía que comenzar en pocas horas. Explicó que sus hombres podían estar amotinándose.

Baker no sirvió de gran ayuda.

—No sé qué decirte, Howard —le dijo.[3]

Prince comenzó a dar vueltas en la oscuridad intentando imaginar qué hacer. Estaba tan asustado como furioso. Estaba furioso con los hombres por ser un obstáculo, y estaba asustado por lo que podía tener que hacer si desobedecían sus órdenes. Lo único que podía hacer, pensó, era aquello en lo que se suponía que era bueno. Podía explicarlo. Era el tipo con mejor formación del batallón (Profesor Cojo Seis), de modo que podía enseñar. El plan era arriesgado, pero tenía sentido. Tenía que hacer que sus hombres lo vieran.

Cuando se aproximó al pelotón amotinado, los hombres se negaron a establecer contacto visual.

—¿Qué está pasando? —preguntó Prince.

—Señor, creemos que intenta que mañana muramos para poder conseguir una medalla —dijo uno de los hombres.

Esto lo dejó helado. No había imaginado que su rechazo fuese personal, que creyeran que pondría su carrera por encima de sus vidas. Era insultante.

Pero lo ignoró. Se arrodilló en el suelo y comenzó a dibujar su posición, la localización de las posiciones enemigas y cómo pretendían atacar. Al darse cuenta de que no estaban familiarizados con ese tipo de ataque, allí mismo, en el suelo, les dio una clase de disparo y movimiento, cómo un escuadrón disparaba al enemigo mientras el otro intentaba avanzar, para luego detenerse y proporcionar fuego de cobertura mientras el primer escuadrón avanzaba también. No iban a cargar a ciegas contra ametralladoras; iban a cubrir su propio avance (además de tener el fuego de apoyo de las demás compañías) avanzando por fases a través del arrozal.

Cuando acabó se hizo el silencio. Finalmente, el mismo hombre que había hecho la acusación dijo:

—De acuerdo, señor, lo haremos.

Esa misma noche, Andy Westin (desde la muerte de Winfield Beck era nuevamente el oficial ejecutivo de Davison) se dio cuenta de que estaban proporcionando enormes cantidades de munición a la Compañía Charlie, así como un nuevo suministro de camillas. Eso le hizo pensar. Cogió quinientas balas para sí mismo, pese a que su trabajo sería gestionar la pista de medevac bastante por detrás de la línea del frente.

Aún estaba oscuro cuando, el miércoles por la mañana, las tres compañías se desplazaron hasta sus posiciones asignadas. La Compañía Charlie comenzó a avanzar a través de un bosquecillo de bambú hacia la derecha, hacia Phu O: su tarea era silenciar las armas que podían barrer el arrozal. La Compañía Bravo de Prince se dirigió al extremo del bosquecillo de bambú, al borde del arrozal.

El estado de ánimo era lúgubre. Creían que muchos de ellos morirían o serían heridos. También Prince lo creía. Encontró un lugar apartado, se quitó la mochila, se bajó los pantalones y vació violentamente su tripa. Pese a la constante preocupación por la disposición a luchar de sus hombres, se encontraban todos en su posición de inicio cuando la descarga de artillería comenzó, poco antes del alba.

Y, cuando comenzó, salieron corriendo a través del arrozal, un enjambre de hombres vestidos de verde embarrado, avanzando como se les había explicado, por fases, hacia la línea de árboles. Las trincheras enemigas eran

profundas, de modo que era difícil ver exactamente dónde estaban. El pelotón líder, el dirigido por el teniente que aún estaba verde, avanzó hasta pasar el dique y se acercaba al borde de los árboles cuando comenzaron a dispararle desde todas direcciones. Además del fuego de ametralladora y de fusil, el enemigo comenzó a lanzarles granadas y disparar morteros. Ahora algunas de las trincheras estaban tras ellos y otras delante y a los lados. El teniente empezó a sentir pánico.

—¡Estamos bajo fuego intenso! —gritó por radio a Prince, que estaba observando la acequia en el arrozal a unos 70 metros de La Chu—. No podemos ver al enemigo. ¡Van a matarlos a todos! ¡Tenemos que retroceder!

—Quédense donde están —ordenó Prince.

Avanzó junto a su pequeño grupo de mando: dos operadores de radio (Jim Wilson y Dennis McGuire); su observador adelantado, el teniente Bob Childs, y el operador de radio de éste, Henry Winston. Llegaron hasta el dique, donde había pequeños montículos funerarios de menos de medio metro de altura. Prince se detuvo allí para tener un mejor panorama de las trincheras que estaban machacando a su pelotón de punta. Estaba en ello cuando oyó y sintió una enorme explosión a su derecha. Prince y McGuire eran los que estaban más cerca; Childs estaba tras ellos, a unos tres metros de distancia. Childs sintió cómo unos cuantos trozos de metralla rebotaban en su casco, pero eso fue todo. El lado derecho de Prince había quedado destrozado de la cabeza a los pies. McGuire tenía heridas de metralla en su brazo derecho y su hombro.

Con los disparos y las explosiones, Childs estaba demasiado ocupado pidiendo apoyo de artillería para poder ayudar a ninguno de los heridos. Prince tenía también un disparo en la rodilla, aunque con las demás heridas más graves no se daría cuenta hasta mucho después.^[4] Consiguió retroceder arrastrándose hasta su posición original antes de perder el conocimiento.

Había helicópteros medevac sobrevolando por detrás del ataque. Uno de los que miraba cómo se desenvolvía el asalto era Juan Gonzales, el Pathfinder de gorra negra que había estado con el batallón del coronel Sweet horas antes. Siempre moviéndose en busca del lugar con mayor acción, Gonzales había abandonado el batallón de Sweet para unirse al de Vaught días atrás.

Escuchó el tráfico radiofónico. Oyó cómo un helicóptero llamaba justo cuando Prince y su grupo de mando eran alcanzados. Gonzales estaba en un grupo de árboles adyacente al arrozal. Uno de los operadores de radio lo llamó:

—Eh, Gorra Negra. Ese medevac está dando la vuelta.

Guiar helicópteros era su especialidad, de modo que Gonzales puso al piloto al aparato.

—Entiendo que está regresando —le dijo.

—Exacto —dijo el piloto—. No hay comunicación desde su posición y entiendo que se trata de una ZA caliente.

Gonzales, que podía ver el helicóptero por encima de su cabeza, le dijo que lo iba a guiar en persona.

—Saldré de la línea de árboles a sus once en punto —dijo—. Limítese a seguirme.

Comenzó a correr. Llevaba la radio a la espalda, el auricular en una mano, el fusil en la otra y el helicóptero volando bajo justo detrás. Había balas saltando a sus pies. *Joder, con esta gorra negra y el helicóptero siguiéndome deben creer que soy alguien realmente importante*, pensó. Era una larga carrera y comenzó a zigzaguear. Se tiró cuerpo a tierra, exhausto, junto a los heridos. El helicóptero pasó por encima de su cabeza, dio la vuelta y aterrizó entre él y las armas enemigas. Gonzales ayudó a acarrear a McGuire y Prince adentro. Cuando recogió a Prince, con el que había estado la noche anterior, se tambaleó. Le gustaba el capitán. Ahora estaba cubierto de sangre, con cortes de arriba abajo, inconsciente, y con la piel empalideciendo por el *shock*. Gonzales creyó que estaba muerto. *¡Y habían estado hablando solo unas horas atrás!*

El mayor Baker se hizo cargo del mando de la compañía de Prince. Los reagrupó y determinó dónde estaban las trincheras del EVN. El asustado teniente ya no estaba en el campo de batalla, de modo que Baker puso a dos experimentados sargentos a cargo de su pelotón. Uno de los recién autorizados Dusters salió del bosquecillo de bambú hacia el dique, y dirigió su gigantesca potencia de fuego en chorro hacia los objetivos, mientras los soldados se arrastraban hasta el borde de las trincheras. Dejaron caer en la

primera una carga explosiva colocada al extremo de un palo de bambú de tres metros y medio, y acabaron con dos soldados enemigos situados en el extremo. Dispararon a un tercer soldado cuando surgió de la parte trasera. Los estadounidenses habían entrado en la primera trinchera.

Lo que siguió fue un trabajo duro y gradual. Un escuadrón de hombres se arrastraba por la trinchera hasta una posición de disparo. Marcaban el búnker con humo y el Duster lo machacaba. Luego pasaban a la siguiente. El bosque estaba lleno de ellas. Un escuadrón aseguró una trinchera y se enfrentó a otra en una zona de densos bambúes. Ni siquiera los dos cañones del Duster podían penetrar los tallos que crecían a su alrededor. Llamaron a un soldado con lanzallamas. Se presentó ante Baker y le dijo, directamente:

—No puedo hacerlo.

No era difícil ver por qué. Para atacar el búnker con el lanzallamas había que quedarse de pie ante las armas enemigas con un enorme tanque de napalm a la espalda.

—Claro que puedes —dijo Baker.

El soldado, que a Baker le parecía de solo dieciséis años, se acercó reacio hasta el borde de la trinchera, y cuando dieron la señal, hizo lo que no podía. Se puso de pie, encendió el lanzallamas y roció el búnker con fuego. Un solo ametrallador salió del búnker de inmediato y huyó.[5]

En la ZA, Westin esperaba hasta que el constante flujo de bajas alcanzaba el volumen de una carga de helicóptero, y acto seguido llamaba al siguiente.

—Tengo tres tipos para vosotros —decía.

—¿Hay fuego enemigo? —preguntaba el piloto.

—No —decía Westin.

Luego, mientras el helicóptero descendía, las balas comenzaban a impactar en él y a rebotar en su fuselaje metálico.

—¡Habías dicho que no había fuego enemigo! —se quejaba el piloto.

—¡No lo había hasta que has aparecido! —respondía Westin.

Le gustaba especialmente ver el Duster en acción. Estaba deslumbrado por su potencia de fuego. El Duster, un arma diseñada para derribar aviones, bajaba sus cañones gemelos de 40 mm y disparaba al ras con una cadencia de fuego extraordinariamente rápida. Parecía como si lanzara llamas, y destruía

prácticamente todo lo que había en su trayectoria. Aún no había visto en acción un cuatro-cincuenta, pero le habían dicho que eran incluso mejores.

El teniente tenía una clara vista del campo de batalla desde su posición, al otro lado de un amplio espacio. Estaba relativamente a salvo, lo suficientemente lejos de los combates como para tener hambre, pero cuando sacó una de las dos latas de raciones C del bolsillo de su pantalón (melocotones) se dio cuenta de que un trozo de metralla la había agujereado. Todo el jugo se había vertido. Al principio le sorprendió que la astilla de metal hubiera golpeado tan cerca de su piel sin siquiera darse cuenta; después se sintió alegre de que no le hubiera dado a él; y por último se sintió decepcionado, porque el trozo de metal había ido a parar a la lata estropeando sus melocotones. La otra lata contenía *pound cake*, que a Westin le parecía lo mejor del menú de las raciones C. Había planeado comérselo con los melocotones, pero decidió comérselo solo. Estaba arrodillado mirando disparar el Duster y dando mordiscos a su deliciosa tarta cuando sintió un golpe en el codo, como si le hubieran dado con un palo de golf.

El dolor era terrible. Su brazo quedó totalmente dormido, como cuando te golpeabas en el hueso de la música... pero multiplicado por diez. Su tarta había caído al suelo. Sus oídos silbaban. Un obús de mortero había caído a unos cinco metros detrás de él, en un montón de tierra removida que, por suerte, había absorbido la mayor parte del impacto. A su operador de radio, que estaba junto a él, un trozo de metralla le había entrado por la mejilla y había salido por la boca, y de algún milagroso modo no le había tocado los dientes. Los hombres a su alrededor estaban cuerpo a tierra, tan planos como podían. La espalda de uno parecía como arañada por largas uñas. Westin se dio cuenta de que también le habían dado.

—¡Médico! —gritó—, ¡médico!

—Cierre el pico, teniente, estoy aquí —dijo el médico—. ¿Dónde le han dado?

Westin intentó mover el brazo. Caía sangre por la manga de su suéter. Un trozo de metralla le había dado en el codo y se había deshecho en pequeños pedazos de metal incandescente que habían ido a parar por su brazo, arriba y abajo. Cerca de medio siglo después, cada vez que levantaba ese brazo, los

dedos medio y anular se le quedaban dormidos.

El capitán Davison llamó por radio.

—¿Algún herido por ahí? —preguntó.

—Sí —dijo Westin—. Yo.

Era un golpe para el capitán, que ya había perdido a varios de sus oficiales.

—Le veo luego, jefe —dijo Westin.

Salió en el siguiente pájaro.

El ataque a Que Chu y La Chu por cuatro puntos tuvo éxito pero fue un anticlímax, como tantos combates en Hué. Cuando las unidades de caballería atacantes consiguieron romper las defensas exteriores, el EVN desapareció. Nguyen Duc Thuan, el veterano comando del EVN que había resultado herido en la rodilla durante la primera mañana de la ofensiva en la Ciudadela tuvo que ser trasladado durante la silenciosa retirada. Había estado combatiendo en La Chu desde la noche del ataque en Hué, soportando infernales bombardeos aéreos y de artillería, con su rodilla herida cada vez más hinchada y dolorida. La noche anterior al ataque de Vaught lo evacuaron con sus hombres a su antiguo campamento en las montañas. Cuando las fuerzas de Vaught llegaron al búnker de tres pisos, aquel mismo día, no había nadie dentro. Al ver las fuerzas dispuestas en torno a ellos y acercándose, y con bombardeos aéreos y de artillería cada vez más precisos, el EVN se había retirado en silencio, quizás tres o cuatro días atrás. Era difícil de saber.

Ahora las tropas de Tolson estaban a menos de ocho kilómetros de las puertas de Hué, y el centro de mando de los ejércitos enemigos había caído.

Aquella tarde, Andy Westin estaba en una sala de hospital, en una cama con sábanas limpias de Cam Ranh Bay. Había volado en un C-130. Los heridos que podían caminar, como él, se sentaban en los bordes del fuselaje, mientras que los que estaban en peores condiciones estaban atados a pesadas camillas de lona suspendidas del techo. El tipo inmediatamente delante de Westin, que estaba lo bastante alto como para que él pudiera ver la parte inferior de su camilla, comenzó a perder sangre a través de la lona poco después del despegue. Westin se preguntó cuánta sangre se necesitaría para empapar totalmente una tela tan dura. Dudaba de que su colega sobreviviera.

Escribió a Mimi durante el viaje.

Mi amor, el helicóptero es algo sorprendente. En solo 20 minutos me llevó al hospital de campaña del Bn., y en una hora más ya estaré en un gran hospital. Esta noche estaré en Cameron Bay [sic].

Ah, sí. También me darán un Corazón Púrpura. Antes de que te dejes llevar por el pánico será mejor que te dé los detalles.

Nuestra brigada (no el Bn.) atacó esta mañana y yo estaba a cargo del Segundo Pelotón (el jf. de plt. habitual tiene R&R) y en realidad estaba (o debería haber estado) en el lugar más seguro de por allí.

En cualquier caso, para no alargarme: un obús de mortero de los amarillos explotó unos 5 m detrás de mí. Estábamos en un campo recién arado y antes de explotar se hundió en la tierra. En cualquier caso recibí dos trozos de metralla en el codo izquierdo y un rasguño en el otro (llevo una tiritita).

Los doctores me pasaron por rayos X y metieron sondas y no pudieron hallar un trozo lo suficientemente grande como para tirar de él y sacarlo. El metal se desintegró cuando entró. No dio en el hueso ni en ningún otro lugar que me pudiera perjudicar.

En resumen, tengo una herida de 100.000 dólares. Lo suficientemente grave como para que me envíen a Cameron Bay, pero no lo suficiente como para hacer [sic] algo permanente.

En realidad, y excepto por un codo realmente dolorido, es un buen trato. Cameron Bay está lejos, muy lejos del combate, y supongo que pasaré ahí como mínimo un mes antes de volver al trabajo. Para entonces, me darán un trabajo de oficina, en cualquier caso.

A Westin le dieron un pase para recuperarse en Japón. Voló hasta Tachikawa, en el límite oriental de Tokio, donde se presentó en North Camp Drake. Lo pusieron en una cama al lado de Prince, quien había perdido mucha sangre pero había sobrevivido. El brazo derecho de Prince había quedado inutilizado, de modo que Westin escribía las cartas por él: «¡Soy su mano derecha!», decía al capitán. Poco después de su llegada, un oficial vino a entregarle su Corazón Púrpura.

—¿Cuál es su rango? —le preguntó.

Westin respondió que era teniente, cuál había sido su última tarea y cuánto llevaba en Vietnam. Unos seis meses.

—Le ofrezco que escoja —dijo el oficial—. Puede volver a casa o puede regresar a Vietnam.

—¿Perdón?

—Mírelo de esta manera. Si quiere seguir en el ejército, regrese a

Vietnam. Desde luego no lo mandarán otra vez al campo de batalla.

Westin sabía que «no estar en el campo de batalla» no significaba necesariamente estar en un lugar seguro.

—Si vuelve a casa —continuó el oficial—, el tiempo que lleva no cuenta como un servicio completo.

Westin no se lo pensó demasiado. Mimi no dejaba de aparecer en su cabeza, tremendamente cachonda.

—Creo que volveré a casa —respondió.

10

Jaque mate

El martes 20 de febrero, el mayor Thompson fue relevado públicamente de su mando. El general Abrams dijo que creía que el trabajo dentro de la Ciudadela había sido «inadecuado».[1] El general Cushman anunció a los periodistas que el coronel Hughes, que había estado dirigiendo todo desde la base del CAMV, asumiría el mando de Thompson.

Sin embargo, cuando comunicaron esta decisión a Hughes, dijo que antes dimitiría que aceptar la orden de sustituir a Thompson. El mayor permaneció en su puesto y el asunto se extinguió.[2]

A primera hora de la mañana del día siguiente, Thompson reunió a sus oficiales. Estaban en el tramo final hacia la muralla sur, pero cada avance parecía más difícil y doloroso que el anterior. La batalla había sido terrible, y ahora se había vuelto monótona. Todos los días eran iguales: un ataque con morteros, artillería y aviones, si podían sobrevolar, luego los tanques y Ontos seguidos por marines encorvados aventurándose por la calle. Después los combates se libraban casa por casa, habitación por habitación, para que después el enemigo retrocediera y volviera a atrincherarse. Thompson sentía que sus hombres, los que le quedaban, estaban agotados. Pero ya estaban cerca. Delante estaba la muralla meridional y la puerta Thuong Tu, que daba al río, al puente derribado y al sur de Hué.

Pero conforme los marines avanzaban aquellas manzanas finales, las

fuerzas del Frente quedaban comprimidas en un área cada vez más reducida, y sus defensas, si cabe, se volvieron más desesperadas y enérgicas. Al otro lado de la calle, en la línea de batalla, había un objetivo especialmente difícil, un alto edificio que los había estado irritando. Era el edificio más grande que habían encontrado dentro de la fortaleza. Desde sus pisos superiores y su tejado, las armas enemigas dominaban las manzanas que tenían debajo.

Thompson recordó lo que Coolican le había aconsejado en su primera noche en la Ciudadela. El joven capitán, que había estado luchando con los Hac Bao, mantenía que la noche era el mejor momento para moverse. El mayor preguntó a sus oficiales qué les parecería si en lugar de ir a por el edificio por la mañana, como de costumbre, efectuaran un movimiento por sorpresa aprovechando la oscuridad. Si pudieran tomar el edificio antes del alba, dominarían el terreno elevado de cara al empuje final hacia la muralla.

A los tres mandos de sus compañías de vanguardia (Harrington, Nelson y Fern Jennings) les gustaba la idea, pero ninguno de ellos se mostró ansioso por pedir a sus hombres que se presentaran voluntarios para otra empresa arriesgada. Ya era bastante duro seguir lanzándolos a las crueles líneas del frente de la batalla. ¿Cómo convencerlos de llevar a cabo algo incluso más peligroso? «Granada de mano» Polk, al entrever sus dudas, ofreció la Compañía Alpha.

Thompson admiraba a Polk. Creía que el joven oficial inspiraba gallardía y atrevimiento a su demacrado mando. Le había conseguido levantar el ánimo, que estaba por los suelos, y esperaba que el descarado espíritu del joven oficial tuviera un efecto similar en los demás. Conforme el teniente dirigía a su pequeño grupo de ataque a través de la calle, Thompson pidió a sus tres capitanes que mantuvieran las radios sintonizadas con el canal de Polk. Quería que escucharan al teniente en acción.

Pero cuando el equipo salió, con Polk a la cabeza, ¡no encontró a nadie con quien combatir! En el edificio solo había un anciano y tres niños aterrorizados. Al parecer, el Frente se había acostumbrado hasta tal punto al ritmo de la batalla que había abandonado sus posiciones de avanzada por las noches. Tenía sentido. Más atrás podrían aguantar las descargas de morteros a una distancia segura. De modo que cuando llegó el alba, Polk y sus

hombres miraban hacia abajo desde un piso elevado cuando vieron soldados enemigos comenzando a surgir de los edificios de la retaguardia. Venían caminando por las calles y a través del amplio patio del edificio, de regreso a sus posiciones de combate como trabajadores que fichan en el turno de mañana.

El operador de radio de Polk llamó a Whiskey X-Ray, al otro lado del río, le dio las coordenadas y le instó a comenzar a disparar de inmediato. El equipo de morteros pidió permiso a su comandante de batallón, que juzgó que el objetivo estaba demasiado cerca de la posición de los marines.

—No disparen —ordenó.

La tripulación de morteros subrayó que era la propia Compañía Alpha la que pedía apoyo artillero. Luego llegó otra llamada del hombre de Polk.

—¡Daos prisa, por Dios, daos prisa! ¡Peligro inminente! ¡Cincuenta metros!

Con Polk presionando, el permiso llegó. En el foso de morteros junto al río, Ed Landry oyó un feroz intercambio de fuego procedente de la Ciudadela incluso antes de comenzar a disparar. Los hombres de Polk estaban disparando al enemigo para cuando los primeros grandes proyectiles atravesaron el río y cayeron sobre los muros. Tres proyectiles impactaron de pleno. Les siguieron tres más rápidamente. Con los hombres de Polk escogiendo sus objetivos desde arriba, el resto de las fuerzas de Thompson cruzó la calle para enfrentarse a la vanguardia del enemigo. Un proyectil de gas lacrimógeno de Whiskey X-Ray explotó sobre las manzanas más alejadas que había ante ellos. En total la batería disparó veinte proyectiles, corriendo para limpiar sus tubos tras cada uno. Por primera vez los marines dominaban terreno elevado en la línea de batalla. El movimiento por sorpresa rompió la última línea de resistencia del Frente antes de la muralla sur. Thompson había logrado todos sus objetivos hacia mediodía.

No fue sino el inicio de un largo día para los operadores de los morteros, que seguían recibiendo peticiones: aproximadamente una cada quince minutos. Dos cazabombarderos Phantom atronaron a baja altura y dejaron caer dos bombas de 225 kilos que explotaron en la fortaleza con tanta fuerza que Landry sintió la onda expansiva por todo el río como una ráfaga de

viento.

Con la captura de la muralla sur y la caída de La Chu, la batalla de Hué había acabado. La brigada reforzada del general Tolson, tras sobrepasar La Chu, se acercaba rápidamente a las puertas occidentales de la Ciudadela, y los soldados del Frente que quedaban corrían el riesgo de verse embolsados. Esa noche salieron por las únicas dos puertas que aún controlaban: las de la esquina sudoeste de la fortaleza, Huu y Nha Do. El mayor Eshelman, que no había conseguido avanzar con los marines vietnamitas por el lado oeste de la fortaleza, descubrió sorprendido el miércoles 21 de febrero por la mañana que las líneas enemigas apenas estaban defendidas. Aún había algún que otro tiroteo de la retaguardia del enemigo, pero los impenetrables campos de tiro que habían diezmado a sus hombres durante días habían desaparecido. Como para demostrar el viejo dicho de que uno solo obtiene lo que necesita cuando ya no lo necesita, ese mismo día recibió refuerzos de una compañía entera de marines de Estados Unidos.[3]

Aún había combates aquí y allá, pero la vida volvió a la ciudad a un ritmo vertiginoso. Con la sensación de que el fin estaba cerca, muchedumbres de civiles llenaban las calles. El periodista Thomas Johnson, del *New York Times*, montó en un camión de los marines que se abría paso entre las multitudes. «Están locos —dijo el conductor—. ¡Hay balas zumbando por estas calles todo el tiempo y esta gente cree que es una atracción de feria!». [4]

La vida comenzó a fluir nuevamente entre y dentro de las ruinas. De nuevo los sampanes y barcas de pesca comenzaron a surcar el Huong, diseminándose cada vez que había un tiroteo (generalmente, alrededor de barcas estadounidenses) pero regresando cuando se acababa. Las familias volvían a vender verdura, apio y mangos desde sus barcazas en los canales, y, como Johnson señaló, ofrecían refrescos, crocante de cacahuete, pescado seco, sopa y caramelos a los marines.

El control enemigo en la Ciudadela se había visto reducido al palacio real y sus terrenos, ante los que aún ondeaba la bandera de la Alianza. Semanas atrás, el *Times* de Londres se había referido a ella diciendo que «se burla de ellos [los marines] desde lo alto de su mástil de 40 m en la orilla fluvial de la

Ciudadela».[5] Había ondeado veintitrés días. Los terrenos que rodeaban el palacio contenían tropas atrincheradas que habían disparado obuses de mortero y cohetes contra las fuerzas aliadas durante semanas.

Cuando una terrible batalla está casi acabada, los que han sobrevivido piensan con especial terror en el ataque final, esa última posibilidad de que te alcance una bala que te mute o te mate. Había rumores de una posible defensa suicida por parte de fanáticos del Frente. El teniente Polk bromeaba con sus hombres la noche anterior, tocando una guitarra que había encontrado entre las ruinas.

—Caramba, teniente, ¿puedo ser el primero en subir al muro? —preguntó un marine, bromeando.

—Solo si llevas una bayoneta entre los dientes —contestó Polk.[6]

Escoger qué unidad lideraría el asalto final fue más fácil gracias a la insistencia de Harry Hue, el comandante de los Hac Bao. La semana anterior había instado a Thompson a «tan solo volar un agujero en los muros del palacio; nosotros entraremos y mataremos a todo el mundo». En aquel momento no era algo realista, pero ahora que sí lo era, Thompson pensó que el nunca mejor apellidado Hue era el tipo ideal para la tarea. De modo que la mañana del viernes 23 de febrero se bombardeó el recinto del palacio real y los Hac Bao entraron, acompañados por su asesor estadounidense, Jim Coolican: había ayudado a defender la torre de la base del CAMV la primera noche y ahora estaba presente en el acto final de la batalla. A los Hac Bao les seguían los hombres del coronel Dinh.

Como tantos otros ataques finales, también este resultó un anticlímax. El enemigo se había ido. Solo unos pocos soldados de la retaguardia les dispararon, a los que mataron rápidamente. Los Hac Bao descubrieron los cuerpos de sesenta y cuatro soldados enemigos en los terrenos del palacio: el Frente había estado empleando el refugio, relativamente seguro, como hospital, y se había ido con demasiadas prisas como para enterrar a sus muertos. La fuerza invasora también halló un suministro de armas y munición, así como los restos de un caballo y de un perro que evidentemente habían sido sacrificados para comérselos.

Un hombre casi desnudo y demacrado salió de los matorrales para darles

la bienvenida. Miembro de la Primera División de Truong, se había visto separado durante la primera invasión de la Ciudadela y había pasado las semanas previas medio oculto en el follaje de uno de los lagos ceremoniales del palacio, saliendo de noche para buscar comida. Era el hermano mayor del coronel Dinh.

Le Tu Minh, el jefe del Comité Central del Partido en Hué, había visto llegar el final. Los líderes de las fuerzas del Frente se habían reunido en una aldea al oeste de la puerta Huu once días atrás. Habían señalado sus cada vez mayores pérdidas y la gradual acumulación de tropas estadounidenses y del ERVN. Durante la reunión, aviones estadounidenses arrojaron bombas sobre la aldea. El general Kinh compartió refugio con el comisario político para el frente de la ciudad de Hué, Le Kha Phieu. Nadie resultó herido, pero lo inútil de conservar Hué se reveló de un modo dramático.[7] Las últimas fuerzas del Frente en abandonar la ciudad fueron las de la esquina sudoeste de la fortaleza, que custodiaban las puertas Nha Do y Huu.

La retirada por fases había comenzado tres noches antes. La última noche se convirtió en una carrera caótica. Los últimos días de la batalla habían sido agónicos. El teniente Tang Van Mieu vio como un francotirador estadounidense mataba delante de sus ojos a uno de los mandos de su compañía: la bala arrancó el globo ocular del hombre, y lo lanzó con violencia contra la cara de Tang. Este, un hombre de menor tamaño que sus subordinados, supuso que el francotirador, al ver un grupo de soldados enemigos hablando, debió dar por sentado que el hombre más grande era el más importante. Sus soldados regulares del EVN mantuvieron el orden durante la evacuación, pero, contando con un devastador último ataque, el VC y los combatientes locales rompieron filas y huyeron corriendo. Los estudiantes a los que habían obligado a trabajar acarreado a los heridos tiraban sus camillas por la calle y lloraban. Juraban que no podían seguir más. El Séptimo Batallón de Tang había comenzado la ofensiva con seiscientos hombres. Al final, solo cincuenta saldrían caminando por la puerta.[8]

Hubo un aspecto de la batalla que los estadounidenses pasaron por alto. Durante todo el enfrentamiento, los dos bandos vietnamitas opuestos se espiaban, se acosaban y amenazaban mutuamente por la radio. En un

momento determinado, uno de los oficiales del general Truong, llamado Chot, consiguió descodificar la frecuencia de las comunicaciones por radio del Frente y exigió hablar con Tang, quien se puso al aparato. Chot dijo a Tang que ofrecería una recompensa por su captura.

Tang le dijo que adelante.

—¡Le reto a derrotarme y capturarme! —dijo Chot.

—¡Yo le reto *a usted* a intentar derrotarme y capturarme! —respondió Tang—. Voy a capturarlo. Le voy a derrotar.

Pese a lo dura que había sido la batalla, a Tang le molestó la orden de retirada. Creía que hubiera sido mucho más valioso quedarse y continuar combatiendo, incluso si todos morían. Conforme salía con sus hombres por la puerta Nha Do se empezó a preocupar por los milicianos locales. Los habían reclutado en la ciudad, y muchos se quedarían allí e intentarían mezclarse con la población civil. ¿Qué les iba a pasar ahora? Con toda seguridad sus vecinos los conocerían y delatarían. ¿Se suponía que debía abandonarlos? Creía que con refuerzos, sus hombres habrían podido resistir unos cuantos días más. Pero órdenes eran órdenes. Tang ordenó a sus hombres recoger a los heridos que los estudiantes habían dejado en la calle e hizo que estos transportasen armas y munición. La frenética salida de estas unidades deshechas contrastaba con las tropas felices y orgullosas que habían entrado en la ciudad la primera mañana del Tet. Un batallón entero se había visto reducido a solo seis hombres.

Mai Xuan Bao, cuyos zapadores habían iniciado el ataque contra el cuartel de policía la primera noche, recibió la orden de retirarse el martes por la noche, antes de que los hombres de Thompson tomasen la muralla sur. La compañía con la que estaba había quedado reducida a treinta hombres y se había acabado posicionando fuera de la Ciudadela. Entre ellos y su ruta de escape hacia el sur se interponían tropas acabadas de llegar del ERVN. Cuando se recibió la orden de retirada, el comisario político asignado a la compañía de Bao le instó a atacar la posición enemiga de inmediato.

—No, no podemos —le respondió Bao—. Si atacamos ahora, sufriremos incluso más bajas. Debemos tener paciencia.

Esperaron casi toda la noche, intentando hacer creer al enemigo que no

sucedería nada hasta la mañana, el patrón habitual. Los hombres de Bao atacaron poco antes del alba y se abrieron camino. Se retiraron dejando a muchos de sus heridos atrás y tomando a soldados del ERVN que se habían rendido. Marcharon hacia las áreas de tierras bajas liberadas, y la artillería los atacó conforme pasaban por el este de Phu Bai. El bombardeo mató aún más hombres de Bao y a algunos de los prisioneros.

De la unidad de zapadores de Nguyen Quang Ha, que había atacado la base de blindados del ERVN de Tam Thai la primera noche con 150 hombres, quedaban solo 20. Él mismo había recibido seis heridas de menor consideración antes de que un trozo de metralla le cortara los intestinos. Había comenzado a llevar su mochila colgada al revés con la esperanza de defenderse de ese tipo de herida, pero la metralla la había atravesado. Él y lo que quedaba de su unidad habían estado corriendo de casa en casa durante días. Allá donde llegaban construían refugios para resguardarse del continuo bombardeo. Dejó la Ciudadela en una hamaca colgada de un palo transportado por dos de sus camaradas.

El sargento Cao Van Sen, el combatiente del Vietcong que había preparado la bandera de la Alianza y la había entregado el primer día, se retiró con su unidad el miércoles por la noche. Sen y sus hombres habían combatido durante tres semanas en los alrededores de la pista del aeródromo de Tay Loc, tomándolo, perdiéndolo, retomándolo y finalmente perdiéndolo cuando el ERVN acumuló suficiente potencia como para rechazarlos. El acercamiento de los marines, en los últimos días, junto con un número cada vez mayor de obuses y bombas, acabó siendo demasiado. A Sen le sorprendió esa potencia de fuego, que destrozaba todo y a todos, tanto que a veces los estadounidenses incluso golpeaban a los soldados del ERVN.

Le Huu Tong, el operador de lanzagranadas, había estado casi sordo durante semanas. Ya no lograba distinguir entre los ruidos de granadas, bombas y fusiles. Tenía un zumbido constante en los oídos, y no soportaba el horrible hedor que lo impregnaba todo en la Ciudadela. Era peor de día porque al menos de noche, si estaban cerca de un cadáver en putrefacción, podían arrastrarlo lejos o enterrarlo. Había olvidado cómo era dormir. Se sintió triste pero aliviado cuando ordenaron a su unidad regresar a «lo verde»,

a sus bases en las montañas. Su batallón, que había ayudado a atacar la base de tanques de la ciudad, fue uno de los últimos en abandonar Hué. Resistieron fuera de la Ciudadela hasta el domingo 25 de febrero, cuando viajaron en barca a la estación de tren del sur de Hué y de allí por tierra hacia el oeste. Durante el camino los bombardearon terriblemente.

Cuando regresaron al campamento no tenían nada porque habían tirado todo cuando se habían marchado, esperando no regresar jamás. Hoang Thanh Tung, el comisario político especializado en convertir a soldados capturados del ERVN, sintió una enorme tristeza cuando regresó al antiguo campamento de montaña de su unidad. Era un lugar que había esperado no volver a ver, pero, al mirar hacia atrás, recordó que, incluso mientras estuvieron aquí acampados, habían disfrutado de unos cuantos placeres. Ahora no tenían nada. Tenían que buscar, rebuscar, incluso mendigar comida, pedir ayuda a las tribus de *montagnards*. Se tardó un mes en reanudar el suministro regular de comida. Por primera vez desde que se unió al VC, se sentía pesimista con respecto a la guerra. Quizás no ganasen. Habían saboreado brevemente la victoria, pero algo que jamás lo abandonaría era el olor de la muerte en Hué.

El joven líder miliciano Nguyen Van Quang, que había sido uno de los primeros en entrar en la Ciudadela, fue uno de los últimos en abandonarla. Recibió la orden la noche anterior al ataque al palacio real. Esa noche condujo lo que quedaba de su unidad a las afueras de la ciudad a través de la puerta Huu. Un ametrallador, en el palacio real, había suplicado que le permitieran quedarse.

—Conozco bien la zona —le dijo el joven. Quang se enteraría más tarde de que el joven había combatido hasta que se había quedado sin munición y lo habían matado.

El teniente Hoang Anh De, cuyos hombres habían luchado por el sur de Hué durante la primera semana, y que habían ido retrocediendo gradualmente hasta las afueras del triángulo para seguir hostigando al cada vez mayor número de estadounidenses, no recibió la orden de retirarse hasta el domingo 25 de febrero. Días antes había trasladado a sus hombres a los suburbios, y desde allí se retiraron al sur, a las tierras bajas de Phu Vang.

Para el simbólico acto final, habían dicho al mayor Thompson que no iba

a suceder otra vez lo de la bandera estadounidense ondeando en los cuarteles provinciales. La bandera que ondeaba ante la puerta Ngo Mon era el premio final y visible. El mayor no estaba contento con ello, ni lo estaban muchos de sus marines, que creían que habían comprado a un precio muy caro el privilegio de izar la *Old Glory*, pero la bandera de la Alianza sería sustituida por la bandera amarilla y con barras rojas de Vietnam del Sur.

Los cordones del mástil habían sido cortados, de modo que dos ágiles soldados Hac Bao escalaron. Partes del mástil habían desaparecido, dejando solo fragmentos retorcidos de metal, pero los soldados treparon superando los huecos hasta llegar al extremo y finalmente cortaron el esperanzado símbolo del Tong-Tan-cong-Noi-day de Hanói. Luego los soldados del ERVN colgaron su propio estandarte amarillo y rojo.

La batalla de Hué había acabado, pero no así el derramamiento de sangre. Tras más de tres semanas de duros combates, la ciudad se encontraba, desde un punto de vista militar, como los oficiales estadounidenses habían dicho que estaba el primer día: segura, excepto por bolsas de resistencia enemiga. Ahora que Saigón volvía a estar a cargo, habría represalias. Phan Van Khoa, el alcalde rescatado semanas atrás por los marines del capitán Mike Downs, emitió un decreto de ejecución pública de saqueadores y de quienes se habían aliado con el Frente. Un oficial estadounidense anónimo había apoyado la orden en una declaración a un periodista de Associated Press.

—Habría ejecuciones sumarias, ejecuciones públicas de combatientes del VC y, con un poco de suerte, de parte de su infraestructura —dijo el oficial, en referencia a aquellos que habían cooperado para formar un «gobierno de liberación» durante las semanas previas. Dijo que estaba animando a incluir entre las futuras víctimas al antiguo jefe de policía de Hué, Nguyen Chi Canh, que había abandonado la ciudad tras las revueltas budistas de 1965 y regresado para asumir el mando tras la caída de la ciudad.

Khoa dijo a los periodistas que sus hombres empezarán a cribar a los refugiados buscando a aquellos que en las semanas previas se habían alineado con el Frente.[9]

El general Nguyen Ngoc Loan, el máximo oficial de policía, que se había hecho tristemente famoso semanas atrás cuando las cámaras lo retrataron

disparando a bocajarro a un prisionero del Vietcong en la cabeza, salió de Saigón hacia Hué el jueves por la noche. Supervisaría los interrogatorios.

11

El precio

Como suele ocurrir, lo peor de la batalla lo soportaron los civiles. Se suele cifrar en cincuenta y ocho mil el recuento de civiles muertos en Hué, una cifra que casi con seguridad es inferior a la verdadera. Muchos civiles murieron como consecuencia de bombardeos, descargas de artillería y fuego cruzado, o perecieron en los búnkeres bajo sus casas, muchos de ellos enterrados por los escombros. A lo largo de las aproximadamente cuatro semanas de combates, más del 80 por ciento de los edificios de la ciudad fueron destruidos o soportaron daños graves.[1] Con respecto a los cadáveres hallados en fosas comunes, sin un examen cuidadoso sería imposible saber con certeza cómo perecieron. El brutal número de muertos hizo necesarios entierros masivos.

A los miles muertos accidentalmente hemos de añadir aquellos a los que se ejecutó. El Frente, en sus purgas, ejecutó a entre trescientos y 4.856, una horquilla absurda por dispar. La primera cifra es el cálculo que hace la República Socialista de Vietnam, que claramente querría minimizar su culpabilidad. La segunda, imposible por precisa, la proporcionó el ERVN, que tenía todas las razones del mundo para querer exagerar el número. Douglas Pike, un estadounidense, funcionario del servicio diplomático y analista que durante la guerra trabajó para la Agencia de Información de Estados Unidos, realizó un estudio al respecto en fosas masivas

inmediatamente después de los combates y concluyó con una cifra de 2.800. Pike era un investigador serio, y su recuento es probablemente más cercano a la realidad que los otros, pero dado su papel en la guerra, su cifra también debe considerarse bajo sospecha. Nunca sabremos con certeza a cuántos se fusiló, pero sin duda el Frente se lanzó a una tarea sistemática de encontrar y castigar a los aliados con el régimen de Saigón, del mismo modo que ese régimen llevó a cabo sus propias represalias cuando la batalla hubo acabado: nadie ha ofrecido un recuento oficial de esas víctimas. Una suposición conservadora de cuántos fueron ejecutados estaría en torno a los dos mil. Esto nos lleva a una cifra total de víctimas civiles (muertos por accidente y ejecutados) de unos ocho mil. No es una cifra exacta, pero en tanto es inexacta, lo es por lo bajo.

Doscientos cincuenta marines y soldados estadounidenses murieron, y 1.554 fueron heridos.[2] Otros 458 soldados del ERVN murieron y se calcula que unos 2.700 resultaron heridos. Se estima que las pérdidas del Frente estuvieron entre los 2.400 y los 5.000 hombres: la diferencia entre los recuentos oficiales de ambos bandos, que sabemos que suelen mentir acerca de estas cifras. Si se suma la cantidad de combatientes muertos a las cifras estimadas de civiles muertos, el precio final pagado durante la batalla de Hué se eleva muy por encima de los diez mil, convirtiéndola de lejos en la más sangrienta de la guerra de Vietnam. A lo largo de seis meses, las descargas de artillería y bombardeos en y alrededor de Khe Sahn acumularon una cifra comparable, quizás incluso superior, pero ninguna otra batalla puntual siquiera se le acercó. Incluso los estadounidenses que apoyaban la guerra, y la mayoría aún lo hacía, nunca más pensarían del mismo modo acerca de ella.

Mientras el público estadounidense retrocedía con repugnancia ante combates de tal dureza y tantas bajas, la Administración Johnson se reafirmaba. El titular del *Philadelphia Inquirer* de la mañana del sábado 24 de febrero rezaba: arriada la bandera del vietcong en hué; 48.000 llamados a filas en abril. El subtítulo decía: también se impulsa plan para aprovechar reservistas. Este aumento de tropas se dio incluso cuando algunas personas de los más altos niveles de la Administración Johnson habían perdido ya la confianza.

Cuando, poco después de comenzar la Ofensiva del Tet, Westy pidió más de cien mil hombres, hubo muchos, incluso en la Casa Blanca, que vieron esta petición con sarcasmo, a la luz de sus proclamaciones de completa victoria. Las dudas en torno a él habían comenzado a expandirse rápidamente durante la batalla por Hué.

—Hay una muy extraña contradicción entre lo que estamos diciendo y lo que hacemos —dijo Craig Clifford el 9 de febrero en una reunión con el presidente y sus asesores militares.

Clifford había sido nombrado como sustituto de McNamara en Defensa y asumiría el cargo de secretario de Defensa el día 1 de marzo. Señaló que desde la gira «El final está a la vista» de Westy, en noviembre, el general había restado importancia a la amenaza que suponía Hanói, y que luego, tras los ataques del Tet, había asegurado que los esperaba desde hacía mucho.

—Ahora sabemos que los norvietnamitas y el Vietcong estaban detrás de este tipo de ataques contra las ciudades —dijo Clifford—. Hemos dicho públicamente a los estadounidenses que la ofensiva comunista: (a) no era una victoria, (b) que no había producido un levantamiento del pueblo vietnamita para apoyar al enemigo, y (c) que había costado al enemigo entre 20.000 y 25.000 de sus soldados. Y ahora nuestra reacción a todo ello es decir que la situación es más peligrosa hoy que antes. Estamos diciendo que necesitamos más soldados, más munición y que debemos recurrir a los reservistas. Creo que deberíamos pensar muy seriamente cómo explicar por qué, por una parte, decimos que el enemigo no obtuvo una victoria y por la otra decimos que necesitamos muchas más tropas y posiblemente una movilización de emergencia.

—La única explicación que veo es que el enemigo ha cambiado sus tácticas —dijo Johnson—. Ahora está poniendo toda la carne en el asador —añadió, haciéndose eco de la explicación que había escuchado al propio Westy («se la está jugando» era la opinión más reciente del general acerca de la estrategia del enemigo, y la compartía en conversaciones y telegramas al presidente)—. Debemos estar preparados para todo lo que podamos tener que enfrentar. La estructura de nuestro frente está basada en cálculos de la estructura de su frente. Nuestra inteligencia muestra que han cambiado y

sumado unos 15.000 hombres. En respuesta a eso, debemos hacer lo mismo. Es la única explicación que veo.

—Tengo una pregunta —dijo Rusk, secretario de Estado—. En el pasado hemos dicho que el problema era encontrar al enemigo. Ahora el enemigo ha venido a nosotros. Estoy seguro de que muchos querrán saber por qué en estas circunstancias no lo estamos haciendo mejor, ya que sabemos dónde están.

Al día siguiente, en una reunión con sus máximos asesores diplomáticos, LBJ preguntó:

—¿De dónde proceden todas estas críticas a Westmoreland?

—No del Departamento de Defensa —dijo McNamara.

—No he oído críticas a Westmoreland en el Departamento de Estado —dijo Rusk.

—¿Por qué el enemigo está demorando su ataque a Khe Sahn? —preguntó Johnson.

—El bombardeo habrá afectado a su planificación —dijo McNamara.

—Dudo mucho de que una segunda oleada de ataques vaya a ser tan grande como la primera —dijo Rusk.

—¿Debemos sentarnos a esperar? —preguntó el presidente.

—Creo que sí —respondió McNamara, quien acto seguido trazó las cuatro medidas que podían adoptarse: (1) recuperar a todos los soldados del ERVN que tenían permiso por el Tet; (2) intentar que los survietnamitas combatieran mejor; (3) hacer que el presidente Thieu autorizara la llamada a filas de hombres de diecinueve años, y (4) trasladar a los soldados del ERVN situados en tareas menos importantes a unidades de combate.

Pero todos ellos sabían que la respuesta no iba a proceder del ERVN. Habría que enviar más tropas estadounidenses. El Tet había dejado a Westy en evidencia como una fuente de información poco fiable, no solo para la prensa y el público, sino también en sus comunicaciones secretas con la Casa Blanca. Cada día que pasaba sin un gran ataque sobre Khe Sanh minaba la credibilidad de sus previsiones. En realidad, por muy impresionante que resultase y sonase el general, era evidente que poseía mucho menos control sobre los acontecimientos del que aseguraba tener. Las dudas en torno a él y

la guerra se habían extendido de un puñado de periodistas y académicos al público en general.

El senador McCarthy, que concurría a las elecciones con una candidatura no respaldada contra la guerra, se quedaría a siete puntos de derrotar a LBJ en las primarias de New Hampshire solo un mes más tarde. Pero mientras el clamor a favor de pisar el freno crecía, la máquina de guerra aceleraba. Las divisiones en torno a esto pronto llegarían a casi todas las familias estadounidenses.

Cuando la batalla de Hué entró en su segunda semana, y los combates proseguían en Saigón y otros lugares golpeados por la Ofensiva del Tet, hubiera sido el momento para que el presidente Johnson, al menos, se deshiciera de la estrategia de negación de Westy. El jueves 8 de febrero, Rostow envió al presidente un largo memorando y el borrador de un nuevo discurso que había escrito para él.

«Durante los próximos días tendrá usted una oportunidad única de acabar con el monstruo de la brecha de credibilidad de un solo golpe, o, mejor dicho, con un solo discurso —escribía Rostow—. Los corresponsales y el público saben en su fuero interno que nosotros y nuestros aliados sufrimos un duro golpe la semana pasada. Pero existe la sensación de que la Administración intenta simular lo contrario. No nos haría daño decirles lo que ya saben, y nos haría un gran favor hacerlo de un modo sincero, de manera que les sorprenda con su honestidad y franqueza [...] Creo que también es momento de decir que nos esperan duros combates y muchas bajas. Es así, y la manera de minimizar su impacto en la opinión pública estadounidense es reconocerlo de antemano y establecer el tono de la nación con una llamada a la firmeza y a la resolución.»

El borrador del discurso acababa con una sonora llamada a las armas:

Vamos a darles [a los norvietnamitas] la lucha que buscan... y más aún. Vamos a infligirles el daño que están buscando... y más. No haremos nada de todo esto con alegría: somos un pueblo que odia la guerra. Pero también somos un pueblo dispuesto, y no por primera vez, a hacer lo necesario por conservar nuestra libertad y la de nuestros amigos [...] La última semana fue dura, y vendrán más semanas duras [...] Es un momento para la firmeza, para la resolución.... Y para la decisión.[3]

Johnson nunca pronunció el discurso, pero siguió creyendo en la guerra. Consideraba que las protestas contra la guerra eran antiamericanas, y sospechaba que estaban coordinadas y propagadas por la Unión Soviética.[4] Cuando anunció el incremento de tropas (mucho más reducido) visitó el portaaviones USS *Constellation*, que zarpaba hacia aguas cercanas a Vietnam. Uno de los reticentes jóvenes marineros invitados a cenar con el presidente le preguntó amargamente acerca del creciente fervor antibélico, diciendo que «los hippies» estaban haciendo que soldados como él «lo pasaran mal».

«No me parece bien y nos hace sentir mal a todos —le respondió Johnson—. Como cuando hay un criminal en la ciudad liándola.» Dijo que en todas las guerras estadounidenses había habido desertores e insumisos. «En la segunda guerra mundial se juzgó a quince mil personas por traición y deslealtad [...] Algunos creen que debería dejar que los comunistas tomen Vietnam del Sur. Nosotros creemos que eso sería ir paso tras paso, como con Hitler [...] Siempre tendremos disidentes e incrédulos [...] Tan solo agradece a Dios que no seas tú ni tu hermano uno de esos hippies que queman sus tarjetas de reclutamiento. Tienes que apiadarte de ellos. Lo mejor que puedes hacer es darte cuenta de que en todas las épocas de la historia hay cosas que separan a los hombres de los niños: algunos no pueden soportarlo. A veces cuanto más caminas más empinada es la cuesta; están los neuróticos, que se descolgarán [...] Tú estás ayudando a que tu país sea libre. Sé tolerante. Eres mucho más grande y fuerte, y estás haciendo mucho por tu país. Mucho más que esos hippies.»

La demostración de masculinidad de Johnson podía tranquilizar a un joven marinero, pero no eran solo «los hippies» los que se estaban volviendo en contra de la guerra. Las crónicas y fotos de Hué, en especial, tuvieron un profundo impacto. Presentaban combates a una escala comparable a las de las guerras mundiales, con una orgullosa ciudad reducida a escombros y ceniza, con las caras sucias de marines heridos y aterrados atrapados en un conflicto despiadado. Como mínimo esas fotos desmentían la versión rosa, siempre optimista, de la guerra de Westy. El comandante parecía cada vez más

incompetente.

Clifford, el nuevo en la oficina, parecía haber llegado a esa conclusión. Tenía que ir con pies de plomo; el presidente admiraba mucho a Westy. Pero es fácil adivinar su amarga opinión en estas palabras que dirigió al presidente ya el día 10 de febrero:

—Por una parte, el ejército ha dicho que hemos obtenido toda una victoria allí... Por otra, ahora dicen que fue una victoria tan grande que necesitaremos ciento veinte mil hombres más.

Pocas semanas más tarde era ya secretario de Defensa, y una de sus primeras acciones fue propinar un duro rapapolvo a su general al mando. Indignado con la tendencia de Westy a minimizar los fracasos y exagerar los éxitos, se lo dijo en una sincera conversación al presidente del Estado Mayor Conjunto, el general Wheeler, quien resumió la conversación en un telegrama a Westy aquella misma noche. Tiene que haberle dolido.

He tenido una conversación extremadamente interesante e informativa hoy con nuestro nuevo secretario de Defensa [...] Es un hombre de gran reputación y logros, uno a cuyas opiniones hay que otorgarles importancia. Los dos puntos principales que me comunicó esta mañana fueron los siguientes:

1. La Ofensiva del Tet lanzada por el enemigo ha tenido un profundo impacto en los estadounidenses. Cree que este impacto fue mayor debido a la euforia generada por declaraciones optimistas hechas durante días anteriores por varios portavoces en apoyo de la política de la Administración en Vietnam del Sur.
2. Está preocupado por el cada vez menor apoyo al esfuerzo bélico [...]
3. Cree que la opinión pública estadounidense no podrá soportar otro impacto similar al causado por la Ofensiva del Tet. Cree que nos hemos expuesto a la posibilidad de un nuevo contratiempo con la opinión pública estadounidense al restar importancia a los efectos de la Ofensiva del Tet en el GVN [Gobierno de Vietnam], la RVNAF [Fuerzas Armadas de la República de Vietnam] y la población survietnamita.

Un portavoz del gobierno (cuyo nombre permanecerá en el anonimato) fue ridiculizado hace un par de semanas por lo que la prensa consideró grandes esfuerzos en restar importancia a la fuerza y astucia del enemigo y su impacto en el GVN [...] He

de admitir que comparto la opinión del secretario Clifford [...] El secretario siguió diciendo que cree que nuestra mejor hoja de ruta es ser conservadores en las evaluaciones con respecto a la situación y capacidades del enemigo. De otro modo, podríamos exponer a la opinión pública estadounidense a un segundo impacto.

1. No denigrar al enemigo.
2. No darnos el lujo de pronosticar los planes del enemigo ni los nuestros.
3. No hacer predicciones victoriosas.
4. Expresar la opinión de que tenemos por delante duros combates.[5]

Clifford había señalado con especial disgusto citas en un reportaje que aparecería en el *New York Times* del día siguiente, en el que «un portavoz militar de alto rango» de Saigón explicaba a Gene Roberts que el CAMV estaba «menos preocupado ahora que en cualquier otro momento de las últimas cinco semanas por una “segunda oleada” general de ataques contra Saigón u otras poblaciones». El portavoz proseguía: «No creo que el enemigo posea una gran capacidad para efectuar una ofensiva general en el futuro cercano. Ha quedado herido, y muy malherido. Está cansado. Sus esfuerzos logísticos han sido adecuados para apoyar sus campañas hasta ahora, pero hay pruebas de que comienza a sufrir problemas logísticos».[6]

El portavoz era, obviamente, el propio Westy, algo que él mismo confesó rápidamente en su respuesta a Wheeler: «Yo soy el “portavoz militar de alto rango” al que se refiere Roberts en su artículo». Confirmó la precisión del reportaje y explicó: «Ya sabes de mis esfuerzos por intentar dar la vuelta a esta actitud defensiva y pasar a la ofensiva, una acción necesaria si queremos aprovechar la oportunidad que nos brinda el enemigo [...] Con respecto a las directrices del Secretario, haré lo que esté en mi mano por seguirlas, y ser tan coherente con la sinceridad intelectual como con mi evaluación de la situación, así como en consideración a una actitud esencial en el mando que exige reflejar confianza».

La sinceridad intelectual era el punto clave. Había cada vez más dudas acerca de todo lo que procedía del CAMV, incluidas las estadísticas favoritas de Westy, los recuentos de bajas.

Newsweek publicó:

Westmoreland [aseguraba] [...] que en una semana y media de combates el enemigo había perdido la asombrosa cifra de 31.000 hombres (unos 14.000 más que todas las tropas estadounidenses muertas en Vietnam desde 1961). Sin embargo, incluso si este recuento de bajas enemigas es preciso (un asunto del que se duda tanto en Saigón como en Washington), muchos estadounidenses creen que representa el tipo de «victoria» que Estados Unidos apenas puede permitirse. Para empezar, las bajas estadounidenses durante ese mismo período (920 muertos y 4.560 heridos) supusieron un nuevo récord en la guerra. Pero ni siquiera ese hecho, pese a lo doloroso que era, perturbó tanto la opinión estadounidense como las punzadas de incontables declaraciones oficiales, realizadas a lo largo de años, de que Estados Unidos estaba ganando.

Día a día, durante la semana pasada, se demostró cuán falsas eran esas declaraciones.

El artículo, que señalaba los «salvajes» combates en Hué, concluía: «En esta última fase de la guerra, las exageraciones en los recuentos de bajas y las promesas de que el enemigo “ha apostado sus últimas bazas” ya no convencen a nadie».[7]

Ya no eran solo las estadísticas y las tácticas lo que se estaba cuestionando. La premisa fundamental para la presencia en Vietnam estaba siendo atacada. Emmett John Hughes —antiguo escritor de discursos del presidente Eisenhower—, que por aquella época trabajaba con el candidato republicano a las presidenciales Nelson Rockefeller, escribió en *Newsweek* que había sido un error considerar la lucha de Vietnam como parte del expansionismo mundial comunista.

Esa fatídica base [...] ha constituido una falsa analogía: la tenaz insistencia en que la guerra en Vietnam marcaba precisamente el mismo tipo de compromiso político que todas las demás acciones de Estados Unidos desde la segunda guerra mundial [...] detener la agresión comunista. Por el contrario, la intervención en Vietnam ha sido única y sin precedentes [...] *Ningún* conflicto previo había puesto a América en el papel de heredera *de facto* de la odiada autoridad colonialista, alienando, más que despertando, el orgullo nacional. Y *ningún* conflicto previo había metido al país en la audaz tarea de *crear* una nueva soberanía [...] Una política que desdeña tales diferencias históricas solo puede acabar de un modo. Nadie puede ganar realmente un conflicto que no puede definir con sinceridad.

Este cada vez mayor número de disidentes dudaba de la sinceridad de los líderes militares, cuestionaba la cordura de la estrategia nacional y cada vez

más enfatizaba la inutilidad de mantener el rumbo actual.

El golpe más fuerte lo proporcionó Walter Cronkite la noche del martes 27 de febrero, cuando comunicó a los telespectadores los hallazgos de su viaje por las zonas en guerra: «Quién, qué, cuándo, dónde, por qué: Informe desde Vietnam». Había escrito él mismo la narración, recuperando sus antiguas habilidades como periodista radiofónico durante la segunda guerra mundial. El programa se abría con imágenes del campo de batalla, sobre las que se oía su conocida, enfática, casi musical cadencia:

Estas ruinas están en Saigón, la capital y ciudad más grande de Vietnam del Sur. Son consecuencia de un acto de guerra de vietnamitas contra vietnamitas. Cientos de personas murieron aquí. En estas ruinas se puede ver la prueba de la Ofensiva del Tet del Vietcong, pero mucho menos tangible es el significado de estas ruinas, y como todo lo demás en esta tierra quemada, cansada y machacada, pueden significar éxito o retroceso, victoria o derrota, dependiendo de con quién hable uno.

Cualquiera que haya caminado entre estas ruinas sabe que un recuento exacto es imposible. Hace un momento un ancianito se acercó y nos dijo que dos combatientes del VC estaban enterrados en una fosa improvisada en la esquina, al final de la manzana. ¿Los han contado? ¿Y qué hay de estas ruinas? ¿Las han recorrido en busca de civiles y soldados enterrados? ¿Qué hay de esos catorce guerrilleros del VC que encontramos en el patio trasero del edificio de correos de Hué? ¿Los habían contado, incluido en la estadística? Ciertamente nadie los había enterrado.

Vinimos a Vietnam para intentar averiguar qué significa todo esto para el futuro de la guerra en este país. Hablamos con oficiales, altos mandos civiles y militares, vietnamitas y estadounidenses. Visitamos áreas dañadas como esta y centros de refugiados. Visitamos la batalla de Hué y a los hombres desplegados por las provincias más septentrionales, donde se espera la próxima gran ofensiva comunista. Todo esto es el tema de nuestro informe.

Durante la siguiente media hora, y contradiciendo las declaraciones de Westy, Cronkite revisó en su totalidad la sorpresa de aquellas festividades: «La gente que trabaja en Inteligencia, tanto estadounidense como vietnamita, cuenta la misma historia. Supusieron que el enemigo lanzaría un gran ataque sobre Saigón o alguna otra ciudad survietnamita, pero admiten que subestimaron burdamente la capacidad del enemigo de planear, preparar, coordinar y lanzar un ataque a una escala tan completa como la de este».

Regresando a Hué, resumía el mes de combates y, mostrando imágenes de la ciudad destrozada, decía: «Aquí la destrucción fue casi total. Apenas queda algún edificio habitable en toda Hué. Fuese cual fuese el precio que

pagaron los comunistas por la ofensiva, el precio para la causa aliada fue alto. Si nuestra intención es restaurar la normalidad, la paz, la serenidad en este país, la destrucción de todas estas cualidades en esta, la ciudad más histórica y probablemente más serena de todo Vietnam del Sur, es obviamente un contratiempo».

Señaló que las esperanzas de Hanói de provocar un levantamiento popular habían fracasado, pero citó a Nguyem Xuan Oanh, una voz crítica con el presidente Thieu, que explicó que la interrupción de la vida en Vietnam del Sur había proporcionado «un gran éxito» al ataque. Cronkite detalló el fracaso del programa de pacificación y la clara evolución del conflicto, de escaramuzas a pequeña escala con un enemigo furtivo y relativamente carente de poder a «grandes ejércitos trabados en combate, avanzando hacia una resolución en el campo de batalla».

Luego lo resumió y lanzó el mensaje que había concebido incluso antes de su viaje a Vietnam, y que ahora creía haber confirmado en persona:

Esta noche, desde el más conocido entorno de Nueva York, nos gustaría resumir nuestros hallazgos en Vietnam, un análisis que puede ser especulativo, personal, subjetivo. ¿Quién ganó y quién perdió en la gran Ofensiva del Tet contra esas ciudades? No estoy seguro. El Vietcong no ganó por KO, pero tampoco lo hicimos nosotros. Puede que los árbitros de la historia lo declaren tablas [...] En el frente político, sus actuaciones pasadas no ofrecen mucha confianza en que el gobierno vietnamita sea capaz de resolver sus problemas, ahora agravados por los ataques a las ciudades. Puede que no caiga, puede que resista, pero con toda probabilidad no exhibirá las cualidades dinámicas que se exigen a esta joven nación. Otro empate.

Demasiado a menudo nos ha decepcionado el optimismo de los líderes estadounidenses, tanto en Vietnam como en Washington, como para seguir teniendo fe en los aspectos positivos que hallan incluso en los momentos más oscuros [...] Decir que hoy estamos más cerca de la victoria es creer, contra toda evidencia, a los mismos optimistas que tantas veces en el pasado se han equivocado. Sugerir que estamos al borde de la derrota es ceder ante un pesimismo poco razonable. Decir que estamos atrapados en un punto muerto parece la única conclusión realista, aunque poco satisfactoria. En el extraño caso de que los analistas militares y políticos tengan razón, en los meses venideros deberemos poner a prueba las intenciones del enemigo, en caso de que este sea, en efecto, su último aliento antes de las negociaciones. Pero a este periodista le va quedando cada vez más claro que la única manera racional de salir de esto será negociando, no como vencedores, sino como una gente honorable que cumplió con su promesa de defender la democracia y lo hizo lo mejor que pudo.

Soy Walter Cronkite. Buenas noches.

Probablemente LBJ nunca pronunció la frase que tanto se le ha atribuido tras la emisión: «Si he perdido a Cronkite, he perdido a la clase media norteamericana».[8] Tampoco es cierto, como escribiría más tarde David Halberstam, que «era la primera vez en la historia estadounidense que un presentador daba una guerra por finalizada».[9] Pero el cauteloso pesimismo de Cronkite tuvo un impacto tremendo e hizo mucho más difícil desdeñar a quienes se oponían a la guerra llamándolos «hippies» o antiamericanos. Era difícil imaginar un estadounidense más convencional y auténtico que Walter Cronkite.

Puede que el presentador no declarara el final de la guerra, pero había declarado el final de algo mucho más importante. Durante décadas, como mínimo desde la segunda guerra mundial, la prensa convencional y la mayor parte de los estadounidenses habían creído a sus líderes, tanto políticos como militares. El Tet fue el primero de los muchos golpes a esa fe que sobrevendrían a lo largo de los años venideros. Los estadounidenses nunca más serían tan confiados.

Clifford, que hacía menos de una semana que ejercía de secretario de Defensa, había aconsejado al presidente comenzar a rebajar la presencia militar solo unos días después de acabada la batalla de Hué.

Si continuamos con nuestra actual política de enviar más tropas e incrementar nuestro compromiso, esto puede llevarnos a entrar en Laos y Camboya.[10] También las fuerzas de reserva de Vietnam del Norte son una causa de preocupación. Tienen una numerosa población de la cual reclutar. No tienen ningún problema en organizar, equipar y entrenar a sus fuerzas. Nosotros parecemos tener un desaguadero: si ponemos más, ellos lo igualan. Ponemos más aún... y lo igualan también. Preveo más y más combates con cada vez más bajas en el bando estadounidense sin un final a la vista a la lucha [...]

Ya no podemos apoyarnos tan solo en el comandante en el campo de batalla. Puede querer tropas, y más tropas, y más tropas. Tenemos que analizar el impacto general en nosotros, incluida la situación aquí, en Estados Unidos [...] Ha llegado el momento de decidir hacia dónde vamos [...] Deberíamos pensar en cambiar nuestro concepto, y pasar de proteger los edificios a proteger a las personas. Necesitamos saber si esta gente realmente va a saber cuidar de sí misma algún día. No estoy seguro de que algún día consigamos salir de Vietnam si continuamos metiendo soldados a montones.

Westy fue relevado del mando en junio. Oficialmente se trataba de una promoción (se convertía en jefe de Estado Mayor del Ejército) pero se lo percibió, correctamente, como un reproche. Su proyectado gran ataque contra Khe Sanh nunca llegó. La base fue desmantelada y abandonada en julio por el nuevo comandante del CAMV, el general Abrams. Hanói había tendido el cebo a Westy con una imaginaria reedición de Dien Bien Phu, mientras desplazaba grandes cantidades de tropas bajo sus narices para los ataques sorpresa contra las ciudades en el Tet.[11]

El presidente Johnson estaba atrapado a causa de la guerra. En un momento dado se quejó ante su mujer, *Lady Bird*:[*] «No puedo salir ni puedo acabarla con lo que tengo. ¿Qué demonios voy a hacer?». [12]

No abandonó la guerra ni a Westy, pero un mes después de la batalla anunció que no se presentaría a la reelección.

12

¿Por qué deberían seguir luchando?

Dos días antes de que se arriara la bandera de la Alianza se capturó a un soldado herido del Frente. Lo interrogó seis semanas más tarde, en un campo de prisioneros en Da Nang, un analista anónimo de la Corporación Rand.

Rand (*Research and Development*, «Investigación y Desarrollo») es un *think-tank* que opera como adjunto de inteligencia al Pentágono. Su misión es proporcionar una perspectiva profunda e independiente sobre las operaciones militares estadounidenses, una mirada que vaya más allá de las preocupaciones inmediatas acerca de estrategia y tácticas, y que se ocupe del contexto, de un sentido más amplio de la historia, cultura y actitudes tras cada conflicto. Durante la época de la Ofensiva del Tet, Rand llevaba años trabajando en Vietnam del Sur. Uno de sus analistas era Daniel Ellsberg, que por aquel entonces estaba de regreso en Estados Unidos compilando el informe que —tras filtrarlo a la prensa en 1971— se acabaría conociendo como *Los papeles del Pentágono*. El estudio demostraba que los líderes estadounidenses habían estado mintiendo sistemáticamente acerca del alcance y los progresos de la guerra desde hacía años, y que los habían hecho parecer más grandes pese a las dudas de que la guerra pudiese ganarse. Ellsberg no fue el único empleado de Rand cuyo trabajo en Vietnam lo acabó poniendo en contra de la guerra.

El soldado capturado era un médico. Probablemente algo en él sugiriera

un aplomo e inteligencia inusuales, puesto que lo habían apartado de los soldados que lo encontraron herido a las afueras del palacio real y fue salvado para su posterior interrogatorio. No sucedía con todos. Seguramente al principio lo colocaran entre los hombres vendados, acuclillados en Mang Ca, que soportaban sin quejarse las bofetadas, insultos, golpes y escupitajos de los soldados del ERVN mientras esperaban un helicóptero que los llevase hacia la prisión y los interrogatorios. El analista que lo entrevistó no registró su nombre ni edad, y señaló que el soldado no estaba bien informado acerca de planes militares o políticos. Lo describió como cooperativo y sincero, «amable y agradable».

Procedía de Quang Tri, la provincia más septentrional de Vietnam del Sur, y había marchado al sur, hacia Hué, con su unidad la tarde del miércoles 21 de febrero, el día en que los marines de Thompson habían conseguido finalmente llegar a la muralla sur. El médico no lo sabía entonces, pero la batalla ya casi había acabado. Formaba parte, en el mejor de los casos, de un esfuerzo de la retaguardia por proteger la retirada final del Frente. Su unidad tardó seis horas en caminar desde su campamento en la jungla de Gio Linh. Era uno de los cuatro médicos de la compañía. A todos les habían dado más suministros antes de partir.

Pasaron la noche caminando y llegaron a las afueras de la Ciudadela a las tres de la madrugada del jueves. Descansaron, comieron y entraron para unirse a la batalla en torno al palacio real a las seis de esa misma mañana. Le habían hecho creer que el Frente había ganado, que había tomado la ciudad y que su población había abrazado calurosamente la revolución. Le habían dicho que los estadounidenses habían sufrido derrotas por todo el país y que «el prestigio del enemigo se había visto muy dañado». Le sorprendió encontrar el interior de la Ciudadela en ruinas. Su compañía fue golpeada desde el aire por bombas y artillería.

Aquel día combatieron hasta las cinco en punto, y mientras su unidad retrocedía, él resultó herido.

—Mis camaradas me dijeron que vendrían a sacarme de aquel lugar —dijo—. No sé qué pasó; no volvieron. Estuve toda la noche tendido sobre una pila de ladrillos, y a la mañana siguiente intenté encontrar una salida.

Lamentablemente no conocía el camino. Me perdí y entonces fue cuando me capturaron.

El analista consiguió que el médico hablara de la batalla. Se expresaba sorprendentemente bien, y pese a estar herido y haber sido capturado, se mostraba aún esperanzado y desafiante. Para tratarse de un soldado de segunda clase, demostraba tener una notable (si bien un tanto distorsionada) perspicacia y comprensión:

Por supuesto, nuestro bando sufrió bajas durante los ataques, pero nuestras bajas fueron mucho menores que las del enemigo. De hecho, cuando entramos en la Ciudadela de Hué, nuestro batallón mató a treinta paracaidistas y un buen número de marines vietnamitas. Solo dos de nuestros hombres fueron sacrificados, y algunos más resultaron heridos y tres capturados: otros dos y yo. Políticamente hablando, hemos conseguido mostrar a la opinión pública mundial que somos capaces de atacar por todo Vietnam al mismo tiempo y que tenemos suficientes fuerzas para ganar la guerra. Psicológicamente hablando, hemos conseguido ganarnos el apoyo del pueblo. La gente se ha dado cuenta de que somos los que luchan por su libertad, y que el GVN [el gobierno survietnamita] solo les ha causado dolor. El GVN destruyó sus casas y mató a su gente con bombas. Cuanta más gente se da cuenta de eso, más apoyo obtenemos de ellos.

El médico estaba convencido de que la batalla de Hué había minado el apoyo al régimen de Saigón incluso entre sus propios soldados. Su unidad había capturado a un soldado del Cuarto Batallón del ERVN, al que el médico describió como muy asustado y con miedo de que lo mataran. Según él, el soldado capturado había dicho: «Quise rendirme en cuanto vi vuestra unidad, pero no tuve ocasión. Vosotros lucháis más violentamente. Vuestros hombres han matado al comandante de mi batallón y sus hombres son ahora como serpientes sin cabeza».

Animado por su interrogador de Rand, el médico prosiguió:

En mi opinión, la ofensiva general ha tenido un gran efecto sobre la situación de la guerra. Esta guerra no debería seguir librándose mucho tiempo más, porque la gente no es como piedras o cosas. Puesto que la gente siente tristeza, siente dolor, no deberían continuar matándose unos a otros. Habría que hacer comprender a los estadounidenses que el pueblo vietnamita lucha contra ellos por sus propios intereses y por la independencia de su país. No creo que los estadounidenses ganen nada con la guerra en Vietnam, entonces ¿para qué seguir luchando? ¿Por qué tendría su gobierno que seguir

enviando jóvenes estadounidenses a este país? Los estadounidenses deberían comprender que su gobierno los está enviando a la muerte. Tras la ofensiva general, creo que el gobierno estadounidense se dará cuenta de su error, y si lo hace, por supuesto, la guerra sufrirá grandes cambios.

Han aterrizado estadounidenses en Vietnam y en Vietnam los han matado, y otros siguen viniendo aquí sin buenas razones para ello. Lo único que significa es que quieren suicidarse. No somos un pueblo guerrero, pero luchamos por nuestra nación. Nuestra causa es justa y ganamos muchas batallas [...] Con el espíritu de lucha de nuestros soldados, creo firmemente que habrá muchas otras oleadas de ataques bien coordinados en el futuro. Ahora estoy en la cárcel, pero aún tengo una enorme confianza en nuestra gente. Siempre creeré que nuestro pueblo ganará la guerra.[1]

Este tipo de informes de los empleados de Rand rara vez siquiera se leían. Los militares los consideraban un caro derroche de tiempo y creían que eran de escasa utilidad.[2] Este fue al archivo con todos los demás.

13

Hamburguesas Krystal y el camión

Durante la primera semana de avance dentro de la Ciudadela, el fotógrafo John Olson estuvo con la Compañía Charlie en lo peor de los combates. Oficialmente tiraba fotos para *Stars and Stripes*, pero llevaba otras cuatro cámaras para tomar fotos que esperaba poder vender a quien fuera.

Una de las instantáneas que tomó esa semana era una visión habitual durante aquellos días de terribles combates: un tanque Patton cargado con marines heridos. La foto se convertiría en un emblema de la batalla de Hué, una de las fotos más famosas de la guerra de Vietnam y una de las tomas más famosas de los anales de la fotografía de combate (véase p. 591).

Con una sensibilidad artística para la composición, Olson captura en la imagen a siete marines en un cuadro digno de Rembrandt. La paleta cromática es oscura: verdes embarrados, azules y marrones bajo una luz grisácea, con chillonas salpicaduras de sangre. Bajo sus cascos, los ojos de los hombres de cara a la cámara están muy abiertos y angustiados. Miran con miedo más allá del fotógrafo. Un hombre tiene toda la cara tapada con gruesos vendajes y el brazo en cabestrillo. Tras él hay sentado un marine cuya cara no vemos pero cuya pierna desnuda, con los pantalones desgarrados, está cubierta de sangre. En el centro de la foto, en primer plano, la figura más llamativa está tendida boca arriba: ha recibido un disparo en el pecho. Está pálido, laxo y medio desnudo. Le han quitado la camisa y le han

vendado fuertemente la herida con una gasa y una venda color carne atada alrededor de su cuello y su torso. Está salpicado de sangre. Un marine preocupado se inclina sobre él, sujetando su cuerpo, protector, con una mano, la otra sobre su hombro desnudo. En el margen izquierdo de la imagen hay otro hombre sentado con un poncho verde y una mirada de ansiedad en la cara sucia y sin afeitar. Sostiene boca abajo una botella que suministra un líquido claro a un tubo que baja en espiral hasta el brazo izquierdo del hombre inerte. La cabeza de este es lo más cercano al espectador de toda la foto. Lo vemos del revés, boca arriba, sus ojos cerrados bajo oscuras cejas, su cabeza descansando sobre una puerta de madera que se ha empleado como improvisada camilla. Tiene un abundante cabello negro y una cara agraciada, delgada, de nariz aguileña, y un tenue y juvenil intento de bigote. Parece muerto, o agonizante.

La fotografía apareció el 8 de marzo en la revista *Life* como parte de un muestrario de seis páginas de poderosas imágenes acerca de Hué.^[1] Incluía instantáneas del sargento Thoms, claramente identificable debido a sus pantalones rasgados, atacando las ruinas de la torre Dong Ba con su escuadrón, y tres contundentes imágenes de un marine aterrorizado arrastrándose a cubierto, mientras tiran de él ofreciéndole un M16 cuyo cañón aferra con fuerza.

Pero fue la impresionante foto de Olson de los marines sobre el tanque la que obtuvo mayor resonancia: se imprimió a dos páginas completas. Las notables imágenes venían sin historia explicativa ni pies de foto. No se describían las escenas; no se identificaba a los marines. En el breve texto interior, la revista señalaba que la batalla de Hué «mostraba la amarga ironía en que se había convertido la guerra: la destrucción de todo aquello que Estados Unidos debía proteger allí».

Impresionantes como eran, las fotos no se convirtieron en portada de *Life* aquella semana. En la cubierta había un niño negro llorando, parte de un reportaje titulado «El ciclo de la desesperación: el negro y la ciudad». Las imágenes de Olson se encontraban entre anuncios de televisores en color, Volvos, moteles Best Western y «la sorprendente cámara FOTRON», y fotos de estrellas del cine (Richard Burton), políticos (George Romney y Nelson

Rockefeller en un carrito de golf), Joe DiMaggio, vicepresidente y recién nombrado instructor de bateo de Oakland Athletics, y rutilantes bailarinas del Folies Bergère. La situación de las imágenes de Olson sugiere una nación en guerra pero preocupada por otras cosas: hay un reportaje de dos páginas, más adelante, acerca de la versión cinematográfica de la sátira erótica *Candy*. Más texto se usaba para un perfil del actor George C. Scott, que hablaba de su «coraje» interpretativo.

La pálida figura con un disparo en el pecho sobre aquel tanque era Alvin Bert Grantham. Procedía de Mobile, Alabama, y tenía dieciocho años. Un año antes, él y su amigo Freddie Thrift se habían unido a los marines. Habían trabajado como albañiles. Ambos habían abandonado la secundaria antes de acabar, y cuando la junta de reclutamiento los llamó, decidieron unirse a los marines porque tenían la reputación de ser los mejores combatientes, y, si de todos modos iban a ir a Vietnam, más les valía ir con los mejores. No sabían nada del país ni de la guerra, excepto que los comunistas estaban intentando extenderse y había que detenerlos. Les dieron a entender, a Grantham y Thrift, que si se alistaban juntos podían estar juntos, algo que sonaba bien. De esa manera, durante los combates podían cuidarse mutuamente. Ni esto ni la guerra resultó ser como habían imaginado.

Los separaron incluso antes de llegar al campamento de formación. A Thrift lo sacaron del autobús en un área de descanso junto al camino porque su hermana había sufrido un grave accidente automovilístico. Lo enviaron a casa y acabó en la isla de Parris dos semanas más tarde que Grantham. En Vietnam, Thrift fue a parar al Tercer Regimiento de Marines, más al norte. Grantham acabó con el Quinto, en Hué, en un escuadrón de ametralladoras.

A Grantham le parecía que los marines con los que le había tocado estar eran crueles. Tras un tiempo comprendió por qué eran así, pero nunca dejó de molestarle. No necesitó presenciar ninguna atrocidad terrible para sentirse así. Eran las pequeñas cosas. Cosas que veía casi todos los días. La manera en que los soldados odiaban a los vietnamitas, a los que llamaban amarillos. También odiaban tener que estar allí. Llamaban a Vietnam «el agujero del culo». «Tan solo hemos de matar todo lo que veamos y volver a casa» fue lo que le explicaron. Las reglas normales para sentir y comportarse como un ser

humano parecían haber sido suspendidas. Grantham vio cómo un miembro de su escuadrón golpeaba una y otra vez a un anciano con el mango de acero de su cuchillo. Fue una paliza prolongada y deliberada. El viejo lloraba. Sangraba por la cara y suplicaba, pero el marine no estaba satisfecho con sus respuestas y seguía golpeándole con fuerza en el mismo lugar de la cabeza. Grantham odió presenciarlo. Nunca había visto tratar así a nadie con anterioridad y no le parecía correcto, pero no se atrevió a plantar cara. Las tres reglas que importaban eran estas: seguías al líder, hacías lo que te dijera que hicieras, te gustara o no, y, lo más importante (una advertencia repetida continuamente), «no la cagabas».

En Hué, donde nunca sabían si un vietnamita era civil o enemigo, la decisión por defecto, especialmente con los hombres, era enemigo. Esto era asunto de vida o muerte. Se odiaba y se mataba a los amarillos. Los marines estaban asustados y furiosos. Cuanto más les disparaban, cuantos más amigos suyos morían o resultaban heridos, más furiosos se volvían.

La unidad de Grantham estaba casi siempre directamente enfrente del enemigo, y cada mañana había combates. Les ordenaron repetidas veces enviar escuadrones a cruzar la calle, y todas las veces los hombres resultaban barridos. Entonces tocaban agónicos minutos, a veces horas, intentando arrastrar a los hombres derribados y ponerlos a cubierto. Grantham vio como un sargento caminaba junto a un tanque para intentar recuperar un herido. Cuando estuvo cerca se sacó el casco y se arrodilló para poner su oído contra el pecho del hombre, para averiguar si el corazón aún latía, y recibió un disparo en la cabeza: la bala entró por su oído izquierdo, justo bajo la sien, y salió atravesando el lado derecho de su mandíbula. Casi medio siglo después, Grantham todavía recordaba el sonido que la bala hizo al atravesar la cabeza del sargento, el *¡pop!* que se oyó cuando golpeó en el hueso. Por increíble que resultara, el sargento aún vivía. Cayó y rodó, y los hombres que había a cubierto, Grantham entre ellos, le gritaron que se arrastrara de regreso. Consiguió llegar a una zanja frente a la casa en la que se refugiaba el resto de su escuadrón, y el oficial médico fue hasta allí para trabajar en él.

Esto duró días. Más tarde Grantham se mostraría inseguro con respecto a cuántos días, pero parecía una eternidad, sobre todo porque era como una

condena a muerte. El aire húmedo estaba impregnado de humo y los olores de combustible diésel y carne podrida. Era horroroso y nunca acababas de acostumbrarte. Cada vez que se movían les disparaban. Parecía que no hubiera lugares seguros en ningún lado.

El día en que lo hirieron, los otros cuatro miembros de su escuadrón de ametralladores resultaron heridos por metralla. Él había sido el único ileso. Los había arrastrado a cubierto, uno a uno. Cuando regresó a por el último, un tipo herido e incapacitado al que solo conocía por el apodo *Snow* («Nieve»), este se negó a permitir que Grantham lo arrastrase.

—Coge la ametralladora primero —le dijo.

Grantham no podía cargar con él y con la ametralladora.

—No tengo tiempo para regresar —le dijo Grantham.

—Coge la ametralladora primero —insistió Snow—. No puedes dejar que se hagan con ella.

De modo que Grantham hizo lo que le decían. Sacó primero la ametralladora y volvió luego a por Snow, al que recogió y arrastró con los otros. Entonces alguien, calle abajo, comenzó a gritar que necesitaban el arma. Grantham la recogió y corrió hacia la casa de la esquina, que estaba un poco más apartada que las demás de la calle. Se detuvo en la casa inmediatamente anterior, miró a su izquierda y vio a un soldado enemigo apuntando su fusil contra él. Grantham se zambulló en una puerta trasera justo cuando las balas impactaban detrás de él. Apoyó la ametralladora contra una ventana trasera y comenzó a disparar contra el tirador.

Otro marine entró corriendo en la casa, gritándole que dejase de disparar.

—¡Hay marines en esa casa! —le dijo.

—¡Puede que sí, pero hay amarillos rodeándola por todas partes!

Más soldados enemigos acudieron corriendo por la calle hacia la casa de la esquina y Grantham comenzó a dispararles. Se apartó de la ventana justo cuando comenzó a llegar fuego de respuesta, esperó unos momentos y volvió a asomarse. Y fue entonces cuando la bala de fusil impactó de pleno en su pecho.

Sintió como si lo hubiera atropellado un autobús. Lo tumbó hacia atrás y aterrizó sobre la espalda. Aún tenía la ametralladora en la mano cuando

impactó contra el suelo. La arrojó a un lado y gritó:

—¡Me han dado!

Entonces lo sintió: como si hubieran atravesado su pecho con un atizador al rojo vivo, un poco a la derecha del centro. Sentía como si aún estuviera allí. Quemaba terriblemente a lo largo de toda la trayectoria. Comenzó a tener problemas para respirar. Alguien, el marine que había estado en la habitación con él, se inclinó sobre él y comenzó a atenderlo. Su camisa estaba rasgada y podía ver sangre saliendo del agujero cuando exhalaba y regresar dentro cuando intentaba inhalar. El marine tomó el envoltorio de celofán de un paquete de cigarrillos y lo metió en la herida, empujando bien contra los bordes de la herida de bala. Luego colocó una compresa encima y envolvió fuerte con un vendaje en torno a su pecho y cuello.

Ahora podía respirar mejor, pero la herida seguía doliendo terriblemente. Tenía varias costillas rotas. Pusieron a Grantham de lado, sobre su costado derecho, para que su pulmón bueno no se encharcase con sangre. El marine no dejaba de darle bofetadas, intentando mantenerlo despierto, intentando hacerle hablar. Grantham sentía una necesidad imperiosa de dormir. Cuando llegó el oficial médico, buscó su brazo y le puso una vía intravenosa. Estaban discutiendo sobre el uso de morfina.

—No podemos darle mucha —decía el oficial médico—: no quiero que se quede inconsciente.

Lo pusieron sobre la puerta de madera y cuatro marines lo sacaron de la casa. Tenía la sensación de que iba a resbalar y lo iban a dejar caer. Pero no ocurrió. Lo levantaron y lo colocaron sobre el tanque. Cuando éste comenzó a moverse, el dolor se volvió insoportable. Pensó que moriría de dolor.

Oscilaba entre el desmayo y la consciencia. Se detuvieron en un hospital de campaña que ya no podía atender más heridos (estaba saturado), de modo que tuvieron que ir más lejos, hacia otro. Cada temblor y sacudida del tanque lo apuñalaba con un dolor cegador. En el segundo hospital de campaña lo sacaron del tanque y lo metieron en una bolsa de cadáveres.

Aún estaba semiinconsciente. Podía oír a gente gritando, chillando de dolor, pero no había suficiente ayuda para todos. Oyó que alguien decía: «Esperad, este aún no ha muerto». Grantham se apiadó de aquel tipo, fuese

quien fuese, solo para darse cuenta de que el oficial médico estaba hablando de él, porque alguien abrió la cremallera de la bolsa de cadáveres.

Entonces tuvo la certeza de que estaba muriendo... *aún no ha muerto*. No iba a regresar con vida. Nunca volvería a ver a su familia. Un remolino de pensamientos tristes se formó en su cabeza, la gente y las cosas que echaría de menos, sus padres, su amigo Freddie, una chica que le gustaba... y luego recordó el camión.

Cuando tenía cinco años había caído enfermo. Tenía una rara enfermedad enzimática, porfiria, que había afectado a sus riñones. Le daba miedo el hospital en el que sus padres lo ingresaron, y no podía levantarse de la cama, de modo que un día su padre le llevó el camión. Era una grúa en miniatura, metálica, con neumáticos de auténtica goma. Tenía un gancho en la parte trasera. Podías cambiarle los neumáticos y subir y bajar el gancho. Las puertas se abrían y cerraban. Amaba ese camión. Fue algo con lo que jugar mientras estuvo en cama en el hospital y se fue con él a casa cuando le dieron el alta. El recuerdo de aquel camión le levantó un poco el ánimo. Echaba de menos aquella grúa.

Luego recordó las hamburguesas Krystal. Freddie y él, tras trabajar largas mañanas poniendo ladrillos, conducían hasta el restaurante Krystal, donde vendían pequeñas hamburguesas cuadradas por diez céntimos: te podías comer una en dos bocados. Pedían una docena, dos bolsas grandes de patatas fritas, dos coca-colas grandes y dos trozos de pastel por cabeza.

—¿Quién se va a comer toda esta comida? —preguntaba la chica de la caja.

—Nosotros —respondía él.

Se llevaban toda aquella comida al coche, se sentaban allí y se daban el festín hasta que era hora de regresar al trabajo. Grantham recordaba aquellas hamburguesas como, quizás, el momento más feliz de su vida. ¡Estaban tan buenas!

Su ensoñación acabó repentinamente. Lo llevaron a la sala de operaciones: ya no estaba seguro de dónde estaba, ni de cuánto tiempo había pasado, pero era una gran sala llena de focos. Había mucha gente allí y mucho ruido, gritos. Alguien estaba chillando. Lo desnudaron y lo colocaron

de lado. Una enfermera le clavó una aguja. El doctor le levantó un brazo y comenzó a cortar. Aún estaba consciente, y el bisturí ardía como el mismísimo infierno.

Cuando abrió los ojos, estaba en un buque hospital. Se encontraba en una habitación diminuta con varias camas más. El hombre acostado junto a él estaba chillando. Era lo que lo despertó. El tipo había despertado y se había dado cuenta de que había perdido ambas piernas. Grantham se quedó dormido casi de inmediato. Cuando volvió a abrir los ojos, lo estaban cargando en un avión, un C-130, y le dijeron que lo llevaban al 16.º Hospital General del Ejército en Yokohama, Japón.

Más tarde sabría mucho más acerca de su herida. La bala de fusil había dejado un pequeño agujero en su pecho y uno más grande bajo su escápula derecha. Había roto las costillas y atravesado el pulmón, pero no había afectado ninguna vena ni arteria importante. Al principio no cosieron el agujero de su pecho. Dejaron que la herida se secase y sanase de dentro hacia afuera. Tenía la cicatriz de una incisión que iba de su pezón derecho hasta la herida de salida en su espalda. Llevaba tubos en el torso, en el brazo y en el pene.

A finales de marzo fue capaz de levantarse y volver a caminar. Se enteró de que había contraído la malaria en Vietnam, y mientras se recuperaba en Japón tuvo ataques de fiebre tifoidea. Perdió 22 kilos, quedándose en 54. Le dijeron que no podían enviarlo de regreso a Estados Unidos hasta que la fiebre bajara, de modo que comenzó a quitarse el termómetro de la boca cada vez que llegaba a 36,6. Lo transportaron en avión hasta Pensacola, donde, al enterarse de que aún tenía el tifus, lo pusieron en cuarentena.

Se encontraba allí cuando el exmarido de su hermana, que también había servido en los marines, lo visitó y le enseñó la foto en *Life*. Había estado en el barbero hojeando una revista cuando la había visto.

Grantham estuvo enfermo un año. Había perdido tanto peso y su cuerpo estaba tan debilitado que no paraba de enfermar. Los médicos descubrieron que tenía una ameba en el hígado —un remanente de la disentería sufrida en Vietnam— que había formado un absceso. No volvió a sentirse bien hasta abril de 1969.

En 1970, cuando dejó los marines, se casó, obtuvo un trabajo en la Scott Paper Company, en Mobile, y tuvo tres hijos. Doce años más tarde comenzó a trabajar en una compañía que fabricaba placas base para ordenadores. Al poco tiempo se convirtió en jefe de producción. Se divorció y se volvió a casar y adoptó al hijo de su segunda mujer, que creció, se unió a los marines y efectuó dos servicios en Irak.

Como ocurre con la mayoría de las personas que combatieron en Hué, el más mínimo atisbo de una foto o de un fragmento de vídeo rodado allí en febrero de 1968 es suficiente para recordarle el terrible olor, el atronador ruido, los días de llovizna fría y gris, de humo y de cordita; los días de miedo, furia animal y dolor. Algo en lo grisáceo de la lluvia de ese mes constituye la firma fantasmagórica de la batalla, como si durante casi un mes Hué hubiera caído en la sombra de la muerte.

Grantham nunca habló de Vietnam. Al principio era un tema difícil. La guerra fue cada vez más impopular en los años siguientes, hasta que acabó — desde la perspectiva estadounidense—, no solo mal, sino como una desgracia. Era la guerra perdida. No faltaba a quien culpar. La guerra dividió a dos generaciones, y casi medio siglo después aún moldea la política y las relaciones internacionales de Estados Unidos de un modo muy poco saludable. Grantham no quiso hablar de ella al principio, y con el tiempo no hablar de ella se convirtió en un hábito. Siguió con su vida. Rehízo su brújula moral. Ocultó sus cicatrices. La foto de Olson se hizo famosa, pero el marine que la protagonizaba no. Es como el modelo que posa para un artista cuyo cuadro se hace famoso en el mundo entero por razones más importantes que él, por razones que no tienen nada que ver con él. En ese sentido, y solo en ese sentido, porque es una fotografía, porque es real, será siempre íntimamente dolorosa para él. Pero nadie más allá de su familia inmediata y sus amigos reconoció al marine herido con un agujero en el pecho sobre aquel tanque, en la revista *Life*, como Alvin Bert Grantham, ni supo que él, a diferencia de tantos de sus compañeros marines y soldados, vivió para contarlo.

Epílogo

Nunca se ha otorgado a la batalla de Hué la importante posición que merece de cara a comprender la guerra de Vietnam, que los vietnamitas denominan «guerra de Resistencia contra Estados Unidos». Hacia enero de 1968, el apoyo popular a la guerra disminuía, pero la oposición a ella seguía formando parte de una minoría en la política estadounidense. A finales de febrero ya era la corriente mayoritaria. El punto de inflexión fue la Ofensiva del Tet, y esta batalla fue su episodio más desgarrador. Tras el Tet ya nadie especulaba con ganar rápida o fácilmente la guerra. No había un final a la vista. El debate nunca volvió a centrarse en cómo ganar, sino en cómo abandonarla. En un sentido más amplio, el Tet supuso el primero de una serie de profundos golpes a la fe de Estados Unidos en sus líderes.

La toma de Hué fue tan inesperada que, incluso durante el mes que se tardó en recuperar la ciudad, el CAMV parecía reacio a creer que realmente hubiera ocurrido. El general Westmoreland aseguraba continua y falsamente a los políticos de Washington y a la opinión pública estadounidense que la ciudad no había caído en manos enemigas. Este rechazo a afrontar los hechos no constituía solo un problema de relaciones públicas; tuvo consecuencias trágicas para muchos de los marines y soldados que combatieron allí. Si se hubiese sopesado el alcance del desafío de un modo realista desde el principio, si los mandos hubieran hecho caso del informe de la CIA, totalmente correcto, del primer día, y si hubieran escuchado a sus propios comandantes en el campo de batalla, podrían haber esperado a contraatacar hasta tener un nivel apropiado de fuerzas y tácticas más eficaces. Habría

habido un precio a pagar por la demora —y dar tiempo a los comisarios del Frente Nacional de Liberación para llevar a cabo sus purgas no era el menor de ellos—, pero un contraataque mejor preparado podría haber salvado muchas vidas estadounidenses y civiles, y haber puesto fin antes a la batalla. Lo que se hizo fue enviar pequeñas unidades de jóvenes estadounidenses una y otra vez contra dificultades imposibles de superar, dando tiempo al enemigo para afirmar sus defensas y provocando así que se perdieran más vidas en los combates.

La conspiración de negación acerca de Hué explica también por qué la mayor parte de los estadounidenses conoce tan poco esta terrible batalla. Se la recuerda como tan solo un episodio más de aquella larga guerra. El director Stanley Kubrick, sin duda fascinado por la inusual estética del combate urbano, situó *La chaqueta metálica* en Hué, pero en la película la batalla es tan solo un telón de fondo. Estamos en deuda, por todo lo que sabemos de ella, con el puñado de periodistas que se atrevió a pisar esas calles para enviarnos sus crónicas y fotografías. El Cuerpo de Marines de Estados Unidos la ha recordado siempre escrupulosamente, aunque con más énfasis en la gloria que en los tremendos fallos de liderazgo que costaron tantas vidas. Los libros que se han escrito sobre ella (*Fire in the Streets*, de Eric Hammel; *The Siege at Hue*, de George Smith; *Battle for Hue*, de Keith Nolan, y algunos más) han celebrado acriticamente el valor de los estadounidenses que combatieron en ella, pero con escaso interés en la manera en que se los empleó. Y se los empleó mal. En ese sentido, la batalla de Hué es un microcosmos de todo el conflicto. Tras cerca de medio siglo para reflexionar, Hué merece ser ampliamente recordada como la batalla urbana más sangrienta de la guerra, como uno de los momentos definitorios de la misma y como una de las batallas urbanas más intensas de la historia estadounidense.

Ambos bandos, vietnamita y estadounidense, consideran el resultado como una victoria. Los estadounidenses, porque lograron su objetivo inmediato: reconquistar la ciudad. Los vietnamitas, por el tremendo impacto que tuvo la batalla en la opinión pública estadounidense. Evidentemente no acabó con la guerra, pero fue el punto a partir del cual todo cambió. Un mes

después de acabarse, el presidente Johnson decidía no presentarse a la reelección, y poco después se relevaría a Westmoreland de su mando. Richard Nixon fue escogido presidente ocho meses más tarde prometiendo falsamente no la victoria, sino un plan secreto para llevar la guerra a «un final honorable».[1]

El plan secreto prolongó la guerra siete años más, y extendió la miseria y la muerte por toda Indochina. Nixon comenzó a reducir el número de combatientes estadounidenses en 1969 y —catastróficamente, como se vio— a desplazar la carga militar a Saigón. El general Abrams colocaba cada vez más la responsabilidad de la guerra sobre los hombros del ERVN, y concentraba sus esfuerzos en interrumpir y destruir el suministro de tropas y material bélico desde Hanói. Esto es lo que provocó los ataques sobre los países vecinos de Laos y Camboya, donde Vietnam del Norte poseía tropas y rutas de suministro. El bombardeo de los santuarios comunistas en Camboya desestabilizó aquel país neutral y provocó el derrocamiento del príncipe Norodom Sihanouk en 1970 y la llegada al poder de los sanguinarios Jemeres Rojos, que en los años venideros serían responsables de la muerte de millones de camboyanos. En enero de 1973, el presidente Thieu firmaba, reacio, un tratado de paz en París que acababa con la implicación estadounidense directa en la guerra, si bien no con el apoyo a su régimen mientras la guerra se alargaba aún dos años más. Finalmente, el peso de la *vietnamización* fue demasiado para el gobierno de Saigón.

Durante todos esos años, la oposición a la guerra creció, con cientos de miles de manifestantes marchando por las calles para exigir su final. Estas protestas alimentaron los grandes movimientos contraculturales de la década de 1960, y en ocasiones tomaban un cariz violento. En mayo de 1970, cuando la Guardia Nacional abrió fuego contra manifestantes en la Universidad Estatal de Kent, en Ohio, murieron cuatro estudiantes. El incidente aceleró aún más las protestas contra la guerra y aumentó la profunda división del país. Las elecciones presidenciales de 1972 giraron casi en exclusiva en torno a la guerra de Vietnam, y Nixon, que pedía el apoyo de los estadounidenses molestos con los movimientos contestatarios y la violencia callejera, consiguió derrotar al senador George McGovern y ganar la reelección. Los

esfuerzos ilegales del presidente por minar la campaña electoral de McGovern llevarían al escándalo Watergate y a su dimisión en 1974.

Bajo la presidencia de Gerald Ford, Estados Unidos siguió proporcionando una notable ayuda al gobierno de Thieu, pero su ejército no era rival para el de Hanói. Una ofensiva lanzada en 1975 acabó rápidamente con el ERVN. La ciudad de Hué volvió a caer, esta vez definitivamente, en marzo de 1975, y Saigón la siguió un mes más tarde, mientras helicópteros estadounidenses se lanzaban a evacuar al restante personal estadounidense y a tantos funcionarios survietnamitas como pudieran transportar. Las imágenes finales de civiles desesperados, colgándose de los patines de los helicópteros estadounidenses que despegaban, subrayaron la futilidad de una empresa de diez años de duración.

Aun así, en el casi medio siglo transcurrido desde entonces, algunos historiadores militares estadounidenses y muchos veteranos han seguido insistiendo en que la batalla de Hué se ganó y en que, en efecto, la Ofensiva del Tet entera fue una victoria estadounidense nunca contada como tal. Ciertamente, Westy así lo creía. Ocho años más tarde, en su autobiografía *A Soldier Reports*, insistía en que los ataques del Tet no le habían sorprendido: decía que había predicho los ataques a la ciudad pero que, al parecer, en la base del CAMV en Hué no se habían enterado. Finalmente, tras mucho tiempo, admitió que la mañana del 31 de enero de 1968, «la base de asesores del CAMV estaba siendo asediada y la mayor parte de Hué estaba en manos del enemigo, incluida gran parte de la Ciudadela».

Y sin embargo, la batalla para recuperar la ciudad obtiene tan solo dos páginas de su libro, de 566. La narra con indiferencia, alabando a los comandantes estadounidenses y survietnamitas por su excelente liderazgo; exagera las muertes del enemigo y rebaja la cifra de estadounidenses muertos en casi un tercio.[2] Lamenta la destrucción de la histórica ciudad y culpa de todas las pérdidas civiles a Hanói, citando tan solo a los asesinados en las purgas. No hace mención de los civiles muertos por los bombardeos, aéreos y de artillería, estadounidenses y survietnamitas. Si lo que uno sabe de la batalla de Hué procediera solamente de Westy, de sus declaraciones públicas de la época y de sus memorias, uno la vería como una aplastante victoria

estadounidense.

Hay que reconocer al general su coherencia. Al día siguiente de que se izase nuevamente la bandera de Saigón en el mástil de Ngo Mon, concedió una larga entrevista a periodistas en Saigón, en la que declaraba nuevamente que la Ofensiva del Tet había sido una «derrota militar» para Hanói. Aún estaba esperando el gran ataque a Khe Sanh y ni siquiera mencionó Hué. Incluso el hecho de que el enemigo le hubiera sorprendido (levemente) por la cantidad de fuerzas desplegadas, para él no era un problema sino una oportunidad: «En un sentido muy real, cuando [el enemigo] salió de sus campamentos en la selva se hizo más vulnerable y nos dio una oportunidad para perjudicarlo gravemente». Negó que sus cálculos oficiales de bajas fueran exagerados y dijo que la ofensiva del enemigo era un signo de su desesperación. Westy añadió que muchos soldados del EVN y del VC habían luchado «de un modo muy tibio».[3]

Esto no concordaba en absoluto con la experiencia de quienes combatieron contra ellos en Hué. Sin excepción, todos los veteranos que entrevisté me dijeron que se habían enfrentado a un enemigo disciplinado, altamente motivado, hábil y determinado. Caracterizarlos de cualquier otra manera es menospreciar los logros de quienes los expulsaron de Hué. Pero retomar la ciudad tan solo se puede considerar como «una victoria» en el sentido más estricto: consiguieron su objetivo. En cualquier sentido más amplio, difícilmente se puede aplicar esa palabra. Ambos bandos calcularon terriblemente mal. Hanói contaba con un alzamiento popular que nunca llegó, mientras que Washington y Saigón, obcecadas, se negaban a creer la verdad. Ambos bandos jugaron sus cartas valientemente, y con efectos devastadores. En suma: las tropas de Hanói se hicieron con la ciudad y fueron expulsadas tras ímprobos esfuerzos, y en el proceso la ciudad entera acabó destruida. El *statu quo* se mantuvo, pero muy desgastado, y solo durante unos años más. ¿Cómo puede ser esto una victoria? Del bando que sea, se necesita un acto de fe muy decidido para efectuar esa aseveración. Tiene más sentido sopesar las maneras en que ambos bandos perdieron.

Si empleamos la medida favorita de Westy, el recuento de bajas, los claros perdedores de la batalla fueron los ciudadanos de Hué. Hoy en día, en

la ciudad, en la que el recuerdo de aquel mes infernal es aún amargo, se dice que hay una víctima bajo cada metro cuadrado de terreno. En la República Socialista de Vietnam sigue siendo un hecho vergonzoso que tantos cientos, posiblemente miles, de sus ciudadanos fuesen ejecutados por sus «liberadores». El Partido Comunista en el poder intenta promover la unidad nacional y recordar el conflicto no como una guerra civil sino estrictamente como una lucha por la independencia, de modo que las represalias contra sus propios compatriotas son un recuerdo incómodo. El partido nunca ha nombrado ni castigado a los responsables, y una de las causas es que seguían órdenes de arriba. Muchos de los que llevaron a cabo las purgas han sido alabados como héroes del Estado. La postura oficial es que, si bien hubo excesos, algunos «errores», los enemigos de Vietnam han exagerado las cifras.

De los que perecieron, la mayoría, con mucha diferencia, resultaron muertos por accidente, ya fuese en fuego cruzado o por las descargas de artillería y bombardeos aliados. Las muertes accidentales no son moralmente equiparables a las ejecuciones en masa, pero, como ha señalado la escritora Tran Thi Thu Van, el efecto es el mismo. Hoy en día sopesamos el coste en vidas civiles cada vez que hay acciones violentas, pero he hallado muy pocas muestras de interés en 1968 al respecto: no las había en los papeles oficiales que revisé, ni en las crónicas contemporáneas de la prensa, ni en las docenas de libros y estudios escritos desde entonces, ni tampoco en ninguna de las entrevistas que realicé. Los civiles vietnamitas, cuando aparecen, son descritos como una molestia, pese a que la batalla, como la guerra, se suponía que era *por ellos*. Casi todos los marines que entrevisté recuerdan haber visto civiles muertos por las calles, en edificios y en búnkeres bajo esos edificios. La Ciudadela, en especial, era una zona confinada de la que era prácticamente imposible escapar. Casi todos los civiles que entrevisté y que habían sobrevivido a la batalla describieron cómo habían perdido a familiares, casi siempre en bombardeos de artillería o aéreos. Los supervivientes, sin vacilar, describían los bombardeos como su recuerdo más aterrador, incluso aquellos que habían sufrido la ejecución de miembros de su familia. Si Hanói no ganó muchos amigos al tomar Hué, tampoco los aliados lo hicieron al recuperarla.

Los recuentos de bajas de los combatientes muestran claramente muchos más muertos en el Frente que estadounidenses, en una proporción de uno a cinco, de modo que, según la medida favorita de Westy, la batalla fue un éxito sin paliativos... Bajo ese criterio, por supuesto, Estados Unidos ganó la guerra de Vietnam. Pero las pérdidas pesan mucho más en Estados Unidos que en Vietnam del Norte. No cabe duda de que un Estado autoritario absorbe más fácilmente las muertes en el campo de batalla que una democracia, en la que cada muerte es un golpe al apoyo popular. Es bueno para la democracia que las bajas mitiguen el entusiasmo por los conflictos, excepto los más cruciales. Hanói, por otra parte, tenía millones de hombres a su disposición, y podía justificar sus sufrimientos y sacrificio reafirmando en su noble causa de la independencia, más inspiradora que ninguna teoría abstracta acerca del equilibrio de poder.

Se ha culpado durante mucho tiempo al periodismo de perder la guerra, pero las crónicas estadounidenses desde Hué eran más precisas que los informes oficiales, profundamente respetuosas y, de un modo uniforme, solidarias con los combatientes estadounidenses. Los periodistas que en Hué escuchaban, miraban y tomaban fotos y notas con enorme riesgo para sus personas, como, entre otros, Gene Roberts, Al Webb, Catherine Leroy, John Olson y John Laurence, estaban realizando un servicio público de importancia vital.

Dado que Hanói ganó la guerra, es tentador otorgar a sus líderes y generales más sabiduría y previsión de las que realmente merecen. La Ofensiva del Tet, entera, estaba basada en una grandiosa confusión. Hanói se excedió ampliamente cuando tomó Hué. Líderes norvietnamitas más pragmáticos como Ho Chi Minh y el general Vo Nguyen Giap intentaron detenerla, y los soldados profesionales en los escalafones inferiores no se dejaban engañar por la propaganda del partido. Sabían que podrían tomar la ciudad pero que no la podrían mantener en su poder mucho tiempo. Perdieron el debate, pero demostraron tener razón. Un general comunista, reflexionando acerca de la Ofensiva del Tet, escribió años después: «No evaluamos correctamente el equilibrio de fuerzas específico entre el enemigo y nosotros», y decía de sus objetivos que estaban «fuera de nuestro alcance [...]

en parte debido a una ilusión basada en nuestros deseos subjetivos».[4] Jóvenes reclutas idealistas como la aldeana Che Thi Mung y el poeta budista Nguyen Dac Xuan abrazaron los sueños cantados por los ruseñores del partido, y cuando los expulsaron de Hué, destrozados y sangrando, se sintieron aplastados. Su derrota había quedado decidida en los primeros días de la ocupación de la ciudad, no debido a las armas de los aliados, sino por la tibia respuesta de los ciudadanos de Hué. Sospecho que la furia ante esta situación hizo mucho por avivar las purgas.

La toma de Hué constituyó un gran éxito para Hanói tan solo en un aspecto: consiguió un efecto sorpresa táctico total, pese a las frases en sentido contrario de Westy. De igual manera, representó quizás el peor fracaso de inteligencia por parte de los aliados en toda la guerra. Esto es aplicable a toda la Ofensiva del Tet, pero especialmente al ataque contra Hué. Hanói pasó meses reuniendo un ejército alrededor de la ciudad sin atraer la atención. Y aunque es cierto que tras tres semanas de duros combates se consiguió expulsar al enemigo, fue el impacto del golpe inicial lo que resonó con más fuerza. Llevar la guerra a las calles de la ciudad minó la fe del vietnamita medio en el gobierno del presidente Thieu. Los ciudadanos sin ideología (léase *la mayoría* de los ciudadanos) se preocupaban sobre todo por sobrevivir. Querían estar en el bando vencedor cuando la guerra acabara. El Tet rebajó la ventaja de Saigón como apuesta más segura. Puede que Hanói apuntara demasiado alto, pero a la larga su empresa tuvo éxito de modos que sus líderes no pudieron haber previsto del todo.

Hay otros entusiastas de la historia que promueven la peregrina idea de que Estados Unidos podría haber ganado la guerra si se hubiera lanzado a ella con más decisión. Es posible, por supuesto, que un compromiso serio, caro y a largo plazo por parte de Estados Unidos, con el pleno apoyo del pueblo estadounidense y una inversión mucho mayor en hombres y dinero, hubiera podido apuntalar a Thieu y a sus sucesores de un modo indefinido. Pero las suposiciones no son viables. Estados Unidos no tenía más hambre de aventuras coloniales y conflictos «del Tercer Mundo» en 1968 de la que tiene hoy en día. Como algunas de las guerras más recientes de la nación han ilustrado, la «victoria» en Vietnam no hubiera sido ni posible ni deseable.

Habría exigido una presencia militar masiva y sostenida, y muy probablemente un estado de guerra permanente. Hué ilustra exactamente cuán amarga habría sido esa guerra.

Desde la perspectiva que ofrece casi medio siglo, la batalla de Hué y la guerra de Vietnam entera parecen un derroche trágico y sin sentido. Tanto heroísmo y masacre por una causa que hoy parece anticuada y casi irrelevante. La dolorosa experiencia debería haber enseñado a los estadounidenses (pero no lo ha hecho) a intentar lograr un profundo conocimiento regional en la práctica de la política exterior, y a evitar dejarse llevar por la ideología en lugar de por la comprensión. Estados Unidos debería interactuar con las demás naciones de un modo realista, en primer lugar, y no en base a prioridades políticas domésticas. Muy a menudo los problemas en tierras lejanas tienen poco o nada que ver con las preocupaciones ideológicas estadounidenses. Cuidaos de los hombres con teorías que lo explican todo. Confiad en quienes se acercan al mundo con un enfoque humilde y precavido. Estados Unidos fue a la guerra en Vietnam en nombre de la libertad, para detener la aparentemente monolítica amenaza del comunismo y evitar su expansión por el mundo como una oscura mancha: recuerdo haber visto esos dibujos animados de niño. Había expertos, gente que sabía más, que conocía las lenguas y la historia del sudeste asiático, que había vivido y trabajado allí, que intentó explicar a los presidentes Eisenhower, Kennedy, Johnson y Nixon que el conflicto en Vietnam era único y típico de su lugar. Fueron sistemáticamente ignorados y apartados. El clásico libro de David Halberstam *The Best and the Brightest* documenta este proceso de un modo convincente. Estados Unidos tenía todo el derecho a escoger bando en la lucha entre Saigón y Hanói, e incluso a intentar influir en el resultado, pero al carecer de un aliado legítimo, o siquiera marginalmente capaz, su empresa militar estaba mal informada y condenada al fracaso. Como mínimo, Vietnam debería verse como una advertencia permanente contra ir a la guerra por cualquier razón excepto los intereses nacionales más inmediatos, directos y vitales o para evitar un genocidio o conflicto más grande, y aun así, solo de un modo concertado con otras naciones.

Tras el Tet, el movimiento antibelicista estadounidense se extendió desde

los pacifistas y líderes religiosos con principios a un amplio movimiento juvenil que galvanizó un creciente espíritu de rebelión generacional. La oposición a la guerra se volvió *cool*. Rápidamente se asoció al uso de drogas recreativas, a la música rock y a una mayor libertad sexual como emblema de la contracultura juvenil. El idealismo de juventud (dolorosamente inocente en muchos aspectos) había jugado también un papel en el alistamiento de muchos de los que combatieron en Vietnam. Sus motivaciones eran exactamente igual de puras. Me conmovieron el heroísmo y la dedicación de quienes combatieron en ambos bandos de la batalla. Casi todos los veteranos a los que entrevisté, en ambos bandos, están (es comprensible) orgullosos de su servicio. Los estadounidenses albergaban una amplia gama de sentimientos al respecto, pero no se cuestiona su valentía y patriotismo. En los peores días de la lucha, ante la casi total certeza de la muerte o de graves daños corporales, aquellos atrapados en la batalla de Hué avanzaron una y otra vez. Muchos de los que sobrevivieron están aún pagando las consecuencias. En mi opinión, la forma en que los utilizaron, y especialmente el modo en que explotaron su idealismo y lealtad unos líderes que, personalmente, habían perdido la fe en la empresa, constituye una tremenda traición. Es una persistente tragedia estadounidense y una desgracia.

Dado que a los estadounidenses se los retiraba del campo de batalla el día en que acababa su servicio, o los evacuaban cuando eran heridos, muchos de estos hombres perdieron el contacto entre sí cuando abandonaron Vietnam. Su terrible experiencia compartida se convirtió en miles de recuerdos individuales que, aislados, parecían inútiles y sin significado. El surgimiento de internet ha permitido que muchos de ellos volviesen a conectar. Han formado organizaciones y programan reuniones en las que mantienen con vida los recuerdos de la guerra: los buenos y los malos. Estas redes hicieron que reconstruir esta historia me resultara mucho más fácil que a aquellos que lo hicieron en el pasado.

El Vietnam que visité en 2015 y 2016 es una nación entusiasta y próspera, llena de industria y de promesas. Se ha convertido en un popular destino turístico de estadounidenses, especialmente para quienes combatieron en la guerra. Tuve el privilegio de pasear por el sur de Hué con Chuck

Meadows, uno de los comandantes de la compañía de Ernie Cheatham *el Grande*, que ahora hace de guía de veteranos en excursiones por la ciudad. Teniendo en cuenta la tremenda violencia que Estados Unidos le infligió, y que marcó la experiencia vital de al menos la mitad de su población, es extraordinario cuán poco resentimiento se ve hacia los estadounidenses. Al contrario: me mostraron calidez y generosidad allá donde fui. El gobierno ha aflojado lo suficiente el control sobre la economía como para permitir el surgimiento de una vibrante industria privada que se hace evidente allá donde uno mira, desde las grúas de los grandes proyectos de construcción a los restaurantes familiares, de las tiendas que venden los últimos productos Apple a los enjambres de ciclomotores que atestan las calles.

Aun así, no cabe duda de que los vietnamitas perdieron algo precioso cuando Hanói ganó la guerra. Una joven de Ciudad Ho Chi Minh, nacida décadas después del final de la guerra, me contaba que su generación mira hacia Tokio y Seúl y se pregunta: «¿Es esto lo que habríamos sido si no hubiésemos expulsado a los estadounidenses?». Y si bien el Partido Comunista ha relajado su control sobre la economía (con grandes resultados), Vietnam sigue siendo un Estado estrictamente autoritario, en el que decir lo que uno piensa, o siquiera contar historias reales de la propia experiencia, puede causar problemas. Investigar la batalla de Hué resultó delicado. Al contar la historia, estaba recuperando un heroico capítulo de la lucha nacional, pero también estaba reabriendo viejas heridas. Las purgas de 1968 dejaron a muchos ciudadanos llenos de un profundo resentimiento contra el Estado, un sentimiento que tienen miedo de expresar. Muchos se mostraron reacios a hablar con franqueza, especialmente quienes tenían historias dolorosas.

Durante mi primera visita trabajé con un traductor y guía independiente, Dong Hoa Ho, un exoficial vietnamita —es demasiado joven para haber luchado en la guerra contra Estados Unidos: sirvió en el moderno ejército vietnamita— que tenía la habilidad de hacer que la gente se sintiera cómoda y que comprendió perfectamente mi necesidad de obtener recuerdos sin censura. En mi segundo viaje, y contra mi deseo expreso, Dinh Hoang Linh, subdirector del Centro de Prensa Extranjera de Hanói (parte del Ministerio de

Asuntos Exteriores) desplazó a Hoa. Linh demostró ser de muchísima ayuda y encantador, así como un excelente traductor, pero su presencia tenía un efecto inhibitorio.

El siguiente diálogo es un perfecto ejemplo. Estaba entrevistando a Doang Thanh Xu, antiguo líder del VC cuyos hombres combatieron al norte de la ciudad durante la batalla. Doang y Linh hablaban en vietnamita, que yo no comprendía: la grabación sería posteriormente transcrita y traducida por mi ayudante personal.

—Voy a hablar para que usted pueda después documentar para el Comité del Partido y el Comité del Distrito esta entrevista con el escritor —decía Doang—. Dado que trabajo para el Comité del Distrito, he de asegurarme de que sigo las reglas.

—Sí, exactamente —respondía Linh—, y por eso es que estoy aquí. Si algo no es correcto, se lo haré saber. Soy el responsable de prensa e información. Soy del Departamento de Asuntos Exteriores. De modo que, Sr. Doang, no se preocupe por esto. Si hay algo digno de mención, le haré una advertencia.

No es algo que ofrezca mucha confianza a un periodista. En la mayoría de los casos, responder a mis preguntas suponía pocas cosas «dignas de mención» por parte de Linh. No le pedía a la gente que explicara sus opiniones políticas ni que ofreciese grandes juicios de valor con respecto al pasado, aunque en ocasiones me los ofrecían. Mis preocupaciones eran más bien acerca de pormenores: ¿dónde nació? ¿Cuándo se unió a las fuerzas de liberación? ¿Qué vio? ¿Qué escuchó? ¿Qué hizo? ¿Cómo se sintió? Es la acumulación de esas historias individuales la que proporciona un panorama y una perspectiva a mi libro.

Pese a la presencia de Linh hubo momentos de sinceridad sorprendente, incluso dolorosa. Nguyen Dac Xuan, un famoso historiador vietnamita, tomó parte en las purgas como comisario político, y hay quien lo ha calificado de «carnicero». Yo estaba especialmente ansioso por entrevistarme con él. Es un budista practicante y ha escrito mucho acerca de sus propias experiencias durante la guerra, en muchas ocasiones defendiéndose de acusaciones específicas de crueldad vertidas por Tran Thi Thu Van en su libro *Mourning*

Headband for Hue (véase Parte Cinco, capítulo 1). Admite que tuvo un papel, aunque indirecto, y asegura que ha hecho campaña en numerosas ocasiones, aunque en vano, para que el gobierno pida disculpas formales.

«En una guerra es imposible no cometer errores —me dijo—. Si hemos hecho daño a una persona, hay que pedir disculpas a esa persona. Si hemos hecho daño a diez personas, hay que pedir disculpas a diez personas. Si fueron cien personas, tendremos que hacer lo mismo por esas cien personas. Hemos de hacerlo para que la gente nos perdone. Pero desde entonces hasta ahora, desde 1968 hasta ahora... nadie se ha disculpado. Consideran que son cosas del pasado. Y la gente está aún perpleja y con un dolor terrible. El pueblo puede comprender que los errores de la guerra fueron debidos a la inexperiencia, a la falta de información, etcétera. Por lo tanto, no dejo de hablar de este tema una y otra vez, en cada reunión [...] Hoy, que se acerca el Tet —hablábamos a principios de febrero de 2016— he de repetir una cosa: que en mi vida hice muchas cosas buenas en la guerra, pero que también soy parcialmente responsable de los errores cometidos en el Tet Mau Than. Me responsabilizo de los errores pese a que yo no los cometí. Pero dado que yo estaba allí, con el Frente, tomo parte de la responsabilidad con mi gente.»

Los veteranos vietnamitas que entrevisté tenían sus medallas y condecoraciones visiblemente dispuestas en sus hogares y hablaban de la batalla como de una empresa difícil pero justa. La mayoría admitían haberse sentido desanimados cuando se vieron obligados a abandonar Hué, y describían su horror ante la catástrofe que había sobrevenido a la ciudad, pero veían la batalla como un episodio más en una lucha larga y heroica contra una potencia extranjera sobre la que habían acabado triunfando. Los soldados profesionales, en especial, no acababan de entender que yo me centrara en este único caso, cuando a lo largo de sus carreras habían combatido en tantas batallas: algunos habían luchado contra los franceses, los chinos y los camboyanos. Me hizo darme cuenta de hasta qué punto la perspectiva vietnamita sobre la historia reciente difiere de la de Estados Unidos. Para ellos, Hué, la guerra contra Estados Unidos en general, fue solo otro capítulo de una historia mucho más larga.

Los estadounidenses que entrevisté tenían opiniones demasiado variadas

como para resumirlas, pero predominaban fundamentalmente tres: (1) en su mayor parte (pero no todos) estaban orgullosos de haber servido al país; (2) casi todos albergaban rabia por la traición hacia su joven idealismo, sobre todo contra líderes estadounidenses que los enviaron a combatir a una guerra que se había considerado imposible de ganar desde el comienzo; y (3) todos sentían tristeza por los amigos perdidos y por el terror que la guerra infligió a todos los implicados, especialmente porque a la mayoría (pero no a todos) les parecía que la muerte y el sufrimiento no habían servido para nada. Muchos describieron sus dificultades para ajustarse a la vida normal tras el regreso a casa, algunos debido a lesiones físicas persistentes y muchos a causa de heridas menos tangibles.

Richard Leflar, por ejemplo —el joven de Filadelfia enviado a los marines para evitar el reformatorio y que se encontró aterrizado en un agujero en medio de los combates en la Ciudadela—, regresó a casa de su servicio en Vietnam con lo que ahora describe como una furia feroz. Hué fue su bautizo en Vietnam, y en los once meses restantes de servicio pasó de ser un adolescente aterrado a un asesino entusiasta. Me describía, con un profundo arrepentimiento, cómo había presenciado, semanas después de Hué, una terrible violación en grupo y asesinato cometidos por su propio escuadrón, muchos de cuyos miembros morirían posteriormente. Cuando regresó a casa, me dijo, llevó en un collar la oreja que había cortado a un soldado muerto del VC, y cada noche salía a emborracharse y provocar peleas. Está orgulloso de su servicio como marine, pero profundamente perturbado: ha buscado ayuda para reconciliarse con las cosas que hizo en Vietnam y el tipo de hombre en que se convirtió.

Bill Ehrhart, que resultó herido por un B-40 en los combates por el sur de Hué, me dijo: «Definitivamente, no estoy orgulloso de ello. Me avergüenza haber servido en Vietnam». Ehrhart, poeta y profesor de la Haverford School de Pensilvania, se convirtió en activista contra la guerra cuando acabó su servicio.

Se había unido a los marines con diecisiete años tras escribir un editorial en el diario de su instituto apoyando el conflicto. En un ensayo más reciente pone objeciones a que le agradezcan tan frecuentemente su servicio, un gesto

que se ha convertido en habitual tras el 11-S, cuando el país redescubrió el heroísmo y el sacrificio de sus soldados. Ehrhart desdeña la gratitud.

«¿Cómo pudo una nación construida en torno a “Dame libertad o dame muerte”, “todos los hombres son creados iguales” y “del pueblo, por el pueblo, para el pueblo” haber acabado librando una guerra vergonzosa y desgraciada contra un pueblo que no nos había hecho ningún daño, ni hubiera podido ni querido hacerlo?», escribió.

En su clase ha colgado ampliaciones de una foto que tomó a un soldado del VC que mató, y dos fotos de jóvenes hermosas sosteniendo fusiles, probablemente parte del escuadrón de su víctima. Ehrhart dijo que la víctima era, como él, tan solo un adolescente, apenas un poco mayor que sus estudiantes de hoy en día. El soldado del VC vestía el traje negro de fino algodón *ao ba ba*, que los estadounidenses llamaban pijamas, y llevaba un viejo fusil de 1936 cuya culata se mantenía en su lugar con cinta adhesiva y una tira de bambú en sustitución de la de cuero, que se habría podrido mucho tiempo atrás. Llevaba algunas (pocas) bolas de arroz en el bolsillo. Ehrhart lo comparaba con los cómodos, bien equipados, incluso mimados soldados del ERVN que había visto, soldados que se tomaban fines de semana y vacaciones y que, a su parecer, dejaban los combates serios para él y sus marines. Desde entonces ha admirado mucho más a sus enemigos que a sus aliados.

Ehrhart escribió un poema en 2011, «Engañar al segador», acerca de una reunión en Hué con su colega marine Kazunori Takenaga, que resultó herido en la misma explosión de cohete que él. He aquí un fragmento:

¿Quién hubiera dicho,
el día que aquel cohete explotó,
que viviríamos para ver este día,
esta casa, esta ciudad, Vietnam?
¿Quién hubiera dicho
que alguna vez deseáramos regresar
o que seríamos felices por haber perdido?

Este es justo el edificio, Ken.
Aquí es donde casi morimos
por nada que importara,
pero no lo hicimos.

Jim Coolican, por otro lado, cree que ese desdén por las tropas del ERVN es contraproducente e injustificado:

—Los estadounidenses llegaron y creyeron que [el ERVN] era una especie de pequeño ejército colonial incapaz de hacer gran cosa, que se harían a un lado y nosotros nos encargaríamos de enseñarles cómo hacerlo.

Con una convicción total acerca de lo correcto de la misión estadounidense, estaba seguro, cuando acabó la batalla de Hué, de que Estados Unidos aprovecharía el empuje de su difícil victoria para lanzar una gran ofensiva en Vietnam del Norte.

—Tanto fue así —me dijo— que reavituallé a mi unidad [los Hac Bao]. Les dije a los vietnamitas que seguramente iríamos al norte. Les dije: «Los survietnamitas liderarán el ataque, y nuestra unidad liderará a los survietnamitas». Estaba convencido de ello.

Cuando el presidente Johnson se dirigió al país en horario de máxima audiencia por televisión, el 31 de marzo, millones de estadounidenses estaban mirándolo, y en Vietnam muchos estaban escuchando. El presidente, con aire lúgubre, con un traje oscuro y gafas de montura de acero, analizó sus esfuerzos previos por acabar la guerra. Citó su oferta de septiembre de 1967 de detener el bombardeo de Vietnam del Norte si Hanói acordaba entablar «debates productivos» acerca del fin de la guerra.

—Hanói condenó esta oferta tanto en público como en privado —dijo—. Incluso mientras la búsqueda de la paz continuaba, Vietnam del Norte aceleraba sus preparativos para un salvaje ataque a la gente, el gobierno y los aliados de Vietnam del Sur. Su ataque, durante las festividades del Tet, no consiguió sus principales objetivos. No hizo caer el gobierno electo de Vietnam del Sur ni acabó con su ejército, como deseaban los comunistas. No produjo un «levantamiento generalizado» entre la población de las ciudades, como habían predicho. Los comunistas fueron incapaces de mantener el

control de ninguna de las más de treinta ciudades que atacaron. Y sufrieron numerosas bajas. Pero consiguieron que los survietnamitas y sus aliados trasladasen ciertas fuerzas del campo a las ciudades. Causaron alteraciones y sufrimientos generalizados. Sus ataques, y las batallas que les siguieron, convirtieron en refugiados a medio millón de seres humanos.

Era lo más lejos que había ido la Administración Johnson a la hora de reconocer el impacto de la Ofensiva del Tet. Coolican creía que el presidente iba a anunciar que vengaría esta traición con un atrevido contraataque, una invasión a gran escala de Vietnam del Norte.

—De modo que esta noche, con la esperanza de que esta acción lleve a prontas conversaciones, daré el primer paso para disminuir la escala del conflicto —dijo Johnson—. Vamos a reducir —a reducir sustancialmente— el actual nivel de hostilidades, y lo haremos unilateralmente y de inmediato [...] Hago un llamamiento al presidente Ho Chi Minh para que responda positiva y favorablemente a este nuevo paso hacia la paz.

Coolican estaba aturdido.

—En ese momento me di cuenta de que habíamos perdido la guerra —me dijo—. Porque habíamos machacado a los norvietnamitas durante la Ofensiva del Tet y podríamos haber ido a por ellos. No lo hicimos, y lo que pensé fue... que no teníamos intención de ganar la guerra.

Johnson proseguía: «Hace cincuenta y dos meses y diez días, en un momento trágico y doloroso, recayeron sobre mí los deberes de esta presidencia. En aquel momento pedí vuestra ayuda y la de Dios para poder mantener la nación en su rumbo, para que pudiéramos cerrar nuestras heridas, sanar nuestra historia y seguir avanzando con renovada unidad a fin de cumplir nuestra agenda y mantener el compromiso estadounidense con todo nuestro pueblo. Unidos, hemos mantenido ese compromiso. Y unidos lo hemos ampliado [...] Aquello que obtuvimos cuando todo nuestro pueblo se unió de ningún modo debe perderse ahora debido a la sospecha, la desconfianza, el egoísmo y las maniobras políticas con respecto a ninguno de los nuestros. Y porque creo esto, y lo creo, he concluido que no debo permitir que la Presidencia se vea envuelta en las divisiones partidistas que van a desarrollarse este año.

»Con hijos estadounidenses en los lejanos campos de batalla; con el futuro de Estados Unidos, aquí mismo, en casa, en juego; con nuestras esperanzas y las esperanzas de paz del mundo en la cuerda floja cada día, no creo que deba dedicar ni un día ni una hora de mi tiempo a causas partidistas personales o a cualquier otra tarea que no sea la abrumadora tarea de este cargo: la presidencia de vuestro país. Por ello, no buscaré ni aceptaré la nominación de mi partido para otro mandato como presidente. Pero que todo el mundo sepa, sin embargo, que una América fuerte, confiada y vigilante está preparada esta noche para procurar una paz honorable, y que está lista para defender una causa honrosa, sea cual sea el precio, sea cual sea la carga, sea cual sea el sacrificio que ese deber pueda requerir.

»Gracias por escucharme. Buenas noches y que Dios os bendiga a todos».

Mike Downs, en un descanso R&R en Australia, vio un titular que rezaba: «Johnson se va». Pensó que era una broma.

A Coolican, las palabras que le importaban eran «procurar una paz honorable». No una victoria, sino *paz*.

Abandonó Vietnam profundamente desilusionado al final de su servicio. Se retiró de los marines como coronel. Downs cree que fue «una puta vergüenza» que nunca hicieran general a Coolican, y supone que es porque intimidaba a sus superiores, «no porque quisiera, sino porque sabía mucho más que muchos de ellos y confiaba totalmente en sus conocimientos». Coolican trabajó como superintendente del distrito escolar en Gig Harbor, Washington, antes de trasladarse a Michigan con su mujer para poder estar más cerca de sus hijos y nietos. Su hijo era piloto de aviones Harrier de la Armada, y su hija es profesora de la Universidad de Michigan en Ann Arbor. Cuando se trasladó a Michigan, pudo finalmente cumplir la promesa que había hecho a su viejo amigo Frank Doezema, muerto en la defensa de la base del CAMV en el primer día de la batalla, y visitó a su familia en Kalamazoo. Ante la tumba de su amigo, se dio cuenta de que la información de la lápida era incorrecta e hizo que la Administración de Asuntos de los Veteranos de Estados Unidos (VA) la sustituyera por una correcta.

Quy Nguyen, el niño vietnamita de doce años de edad que había trabado amistad con Doezema en Hué, se unió al ejército de Vietnam del Sur y luego

pasó seis años en un campo de prisioneros tras el fin de la guerra. En 1991 se trasladó con su mujer e hijos a Everett, Washington. Allí contactó con la familia Doezema, y les escribió para compartir con ellos sus recuerdos de Frank y su dolor por su pérdida. Aún tiene la cámara que su amigo le regaló.

Cuando Saigón cayó, *Harry*, el gran amigo de Coolican y bravo comandante de los Hac Bao, Tran Ngoc Hue, siguió combatiendo durante años. Lo hirieron cuando atacaba a soldados del EVN en Laos y lo encarcelaron. Se recuperó lentamente, conforme su país y su causa acababan derrotados. Hue pasó trece años en prisión, y otros ocho años sin encontrar trabajo y bajo vigilancia en Saigón hasta que sus antiguos camaradas estadounidenses, entre ellos Jim Coolican, le consiguieron un visado a Estados Unidos. Hoy en día es un ciudadano estadounidense en Arlington, Virginia, donde vive con su familia.

—La historia no es algo fácil —me dijo Hue—. A la gente aún le sorprende que una fuerza tan gigantesca como la de Estados Unidos fuera derrotada. Pero si no conoces a tu enemigo, perderás siempre.

Che Thi Mung, una de las chicas del Escuadrón Río Huong, recibió formación médica cuando curó de sus heridas. Trabajó como enfermera para las fuerzas revolucionarias y luego la enviaron al norte para formarse como oftalmóloga. Tras la caída de Saigón sirvió otros cuatro años en el ejército vietnamita. Cuando por fin regresó a casa, en 1979, su madre había muerto. Uno de sus hermanos pequeños también había muerto en la guerra. Se hizo cargo de su familia como si fuera su madre. Se casó a los cuarenta años de edad y tiene una hija de veintidós años, cuatro años más de los que tenía Che cuando combatió en Hué. Hoy en día, Che ejerce de oftalmóloga en Hué y vive en una casa no muy alejada del lugar en que resultó herida. Ahora, en la calle, frente al estadio de fútbol, hay una placa en su honor y en el de las otras once chicas del escuadrón. Seis de las once murieron. La hija de Che estudia inglés y me dijo que espera poder asistir a una universidad estadounidense.

Nguyen Van Quang, el estudiante revolucionario que consiguió pasar armas a la ciudad y lideró luego las fuerzas del Frente en el ataque a la puerta Chanh Tay, conserva todo el carisma que le permitió reclutar jóvenes para su causa hace medio siglo. Me reuní con él dos veces en Hué, donde forma

parte, desde hace mucho tiempo, del comité ejecutivo del partido de Thua Tien-Hué, y donde es el secretario de la ciudad de Hué: en otras palabras, se convirtió en alcalde de la ciudad. En realidad era el superior del alcalde, dada la primacía del partido en todos los aspectos del gobierno de Vietnam.

«Si las cosas hubieran ido bien, habríamos tenido un alzamiento por todo el sur —me dijo—. Más de un centenar de ciudades y aldeas en el sur [...] El primer objetivo era Saigón, y el segundo, Hué. Imagina que si hubiéramos tenido éxito, si hubiéramos tomado Ciudad Ho Chi Minh [Saigón], Da Nang, Can Tho, Da Lat, Nha Trang, como hicimos con Hué, la guerra habría acabado mucho antes. Habría habido muchas menos bajas por ambos bandos. Yo lo creía. De acuerdo al plan, debería haber sido así.

»Para ser sincero, tras salir de Hué, yo creía que los estadounidenses no tenían ninguna posibilidad de ganar militarmente en Vietnam. La fe que tenía en el partido era incluso más fuerte tras ver el poder del pueblo durante la batalla. La gente lo hizo todo. Transportaron el armamento, alimentaron a los soldados, se llevaron a los muertos y los enterraron, siguieron trabajando en las siguientes misiones. El poder del pueblo era el poder del patriotismo, de los que aman su país. Y quien alzase la bandera del patriotismo y tuviera las políticas correctas que siguieran la senda del patriotismo obtendría la victoria total.»

Andy Westin, que escribía casi a diario a su mujer, Mimi, estuvo casado con ella durante muchos años, pero se divorciaron en 2006. Westin regresó al instituto y se sacó un máster. Trabajó en el sector sanitario durante treinta años y luego obtuvo un título en Enfermería. Pasó otra década como enfermero, atendiendo pacientes en cuidados crónicos hasta que se jubiló.

Jim Bullington y Tuy-Cam se casaron y él disfrutó de una larga carrera en el servicio diplomático. Fue embajador de Estados Unidos en Burundi y posteriormente decano principal residente del Departamento de Estado.

Mike Morrow, que vagabundeaba por las calles de la Ciudadela durante lo más intenso de los combates como corresponsal con escasas convicciones, se quedó en Asia. Como miembro de Dispatch News Service, se vio implicado en la publicación de la crónica de Seymour Hersh acerca de las masacres de My Lai, fue capturado y retenido por fuerzas norvietnamitas en

Camboya y posteriormente expulsado de Vietnam por el gobierno de Vietnam del Sur. Tras la guerra se especializó en periodismo económico en Asia. Lo entrevisté (vía Skype) mientras vivía y trabajaba en Mongolia.

Steve Berntson se recuperó de sus heridas y regresó a los estudios. Acabó obteniendo un máster en Historia Estadounidense, con especialización en el siglo XX. A través de un enrevesado proceso, acabó pasando la mayor parte de su carrera profesional primero como redactor técnico y luego como director del Programa de Misiles Nucleares Submarinos Trident. Antes de eso pasó mucho tiempo en varios hospitales recuperándose de las heridas sufridas en Hué. Su transición a la vida civil fue difícil.

—A veces, para ser sincero, me despertaba en medio de la noche y casi deseaba estar de regreso [en Vietnam] —me dijo—. Ya sé que suena extraño. Pero una vez que te acostumbras a un entorno así, en el que vives de adrenalina y eres básicamente... Crees que estás burlando a la muerte. Creo que es comprensible quedarse atorado en ese estado.

Berntson también halló, a su regreso, que le resultaba difícil adaptarse a la manera en que los estadounidenses veían la guerra.

—Hacia 1968, 1969, los sentimientos eran muy pronunciados con respecto a Vietnam —me contó—. Recuerdo perfectamente la experiencia que tuve cuando acudí por primera vez al Hospital Naval de Long Beach, que no estaba situado dentro de la base de la Armada. Estaba en lo que se podría llamar el mundo civil. Cuando nos dieron el alta... nos dijeron: «Aseguraos de que alguien os trae ropa de civil. No os aconsejamos que os pongáis el uniforme si salís los viernes y los domingos, porque habría un grupo de antibelicistas al otro lado de la calle que os gritaría». Y, desde luego, se cercioraban de que saliéramos del hospital por el aparcamiento subterráneo. Fue una especie de *shock* para mí, porque aquí nos estaban diciendo que no vistiésemos nuestros uniformes porque solo suscitaría una atención indeseada. De modo que eso es exactamente lo que hice. Y siempre creí que sería algo divertido vestir de uniforme tras volver a casa. Pero pronto quedó claro que entre personas educadas no sacabas a relucir la cuestión de que habías estado en Vietnam. Y la única ocasión en que realmente te relajabas y admitías haber estado en Vietnam era cuando estabas con otras personas con

experiencias similares. Muchas veces la gente me preguntaba: «¿Qué te ha pasado?» porque fui en silla de ruedas o con muletas durante mucho tiempo. Pues bien, los primeros años solo decía que había tenido un accidente laboral.

Con respecto a Hué, Berntson dijo:

—Bueno, ganamos la batalla, pero perdimos la guerra —pero añadió que no estaba seguro de que la palabra *ganar* fuera apropiada—. Ya estábamos perdiendo la guerra antes de eso. Quiero decir que era algo obvio, si leías todo lo que se escribía, los informes de inteligencia y demás, que los norvietnamitas se habían dado cuenta de que cuanto más resistiesen combatiendo en Hué más réditos les daría. Para ellos, todo se resumía en que «gastaremos lo que sea en tanto podamos resistir y mantener la atención de la prensa mundial centrada aquí». Y el hecho de que controlasen la ciudad más sagrada de Vietnam del Sur y la segunda más grande, creo, después de Saigón, el que consiguieran resistir veinticuatro días, alteró el concepto en sí de la guerra, no solo en Estados Unidos, sino, en mi opinión, en el resto del mundo.

Ernie Cheatham *el Grande* se convirtió en general. Murió en 2014, ¡ay!, antes de que yo tuviera oportunidad de reunirme con él y entrevistarle para este libro. Lo entrevistaron acerca de sus experiencias en Hué para un proyecto de historia oral del Cuerpo de Marines, y sus comentarios han nutrido notablemente el retrato que hago de él aquí. Los capitanes Downs y Christmas y el teniente Smith se quedaron en los Marines y todos llegaron al rango de general antes de retirarse, al igual que otros dos oficiales del 2/5, O. K. Steele y Peter Pace: una muestra notable para un batallón y un homenaje a la capacidad de liderazgo de Cheatham.

Howard Prince se retiró del ejército con el rango de general de brigada y se convirtió en profesor de la Universidad de Texas, con una cátedra en Ética de Liderazgo en la Escuela Lyndon B. Johnson de Asuntos Públicos. Cuarenta años después de la batalla seguía sufriendo agudos dolores en su rodilla derecha. Las pruebas mostraron que tenía una bala de AK-47 alojada tras su rótula. Se la extrajeron. Camina sin problemas. Sigue enfadado por la manera en que los usaron, a él y a sus hombres, en la guerra de Vietnam. Es un hombre juicioso y ha estudiado el asunto.

—Pasé mucho tiempo pensando en eso tras regresar a casa, porque casi me matan, y porque me hirieron de un modo que me ha afectado el resto de la vida —dijo—. Pasé por una larga búsqueda espiritual acerca de lo que me ocurrió. ¿Valió la pena? [Fue] en gran medida una extensión de la guerra fría y de la política de contención. Era un lugar en el que podíamos combatir, y el enemigo era un Estado totalitario y policial en el norte que iba a imponerse, como finalmente hizo. Pero teníamos un gobierno [survietnamita] que no servía a los intereses de su pueblo, que no tenía el apoyo de su pueblo, aunque eso no justificara el darle la espalda y dejar que un Estado policial se hiciese con el poder, que es lo que ocurrió. Culpo sobre todo a nuestros líderes políticos. Vietnam era un lugar del que nadie había oído hablar. Ho Chi Minh era un nacionalista que pidió ayuda a Occidente más de una vez y fue rechazado, de modo que acabó buscando el apoyo del Comintern, tanto de Moscú como de China. Pero China es un enemigo tradicional de Vietnam. [Vietnam] había estado pateando invasores desde hacía milenios. Y nosotros tan solo éramos los últimos. Y creo que realmente no lo comprendimos bien... No creo que quienes diseñaban nuestra política entendieran en absoluto lo que iba a suceder.

Gene Roberts acabaría siendo el redactor jefe nacional del *New York Times*, del que se fue para convertirse en redactor jefe del *Philadelphia Inquirer*, en el que en 1979 me contrató como redactor de plantilla, en lo que aún es el acontecimiento más importante de mi carrera. Abandonó el *Inquirer* en 1990, tras conseguir que obtuviese diecisiete premios Pulitzer en dieciocho años, un logro nunca igualado por ningún otro diario en la historia de Estados Unidos. Posteriormente se convertiría en director económico del *Times*, y después se dedicó a la enseñanza en la Facultad de Periodismo de la Universidad de Maryland. Junto con mi antiguo colega Hank Klibanoff, ganó un premio Pulitzer propio en 2007 por *The Race Beat*, un notable análisis del papel que jugó la prensa escrita (incluido Roberts) en el movimiento por los derechos civiles.

Conocía a Roberts como brillante redactor jefe, uno cuyas habilidades en ese papel no solo me beneficiaron a mí, sino que son famosas en todas partes. Una vez *Village Voice* lo apodó (mercidamente, por lo que a mí respecta)

como «el mejor redactor jefe de periódicos de Estados Unidos». Yo tenía una vaga idea de que había sido un gran periodista, pero sabía poco de su cobertura del movimiento por los derechos civiles y posteriormente de Vietnam. Su libro me ayudó a comprender el primero. Del segundo no supe mucho más hasta que me lo encontré en una misa en memoria de un amigo y colega nuestro fallecido, Richard Ben Cramer, en 2013.

—¿En qué estás trabajando? —me preguntó.

—He empezado un libro acerca de la batalla de Hué —le respondí.

—Yo estuve ahí —me dijo Gene.

La suya fue la primera entrevista que realicé para este libro, a lo largo de varios días en su casa de Bath, Carolina del Norte.

Solo más tarde me enteré (y no por él) de que no solo había estado allí: había sido el primer periodista en llegar. Sus crónicas, basadas en información de calidad y perfectamente escritas, fueron las primeras y las únicas versiones veraces de lo que estaba pasando en Hué.

Fue un descubrimiento fortuito pero sensacional. Debía a Gene muchísimo por el apoyo que me brindó cuando yo era un joven periodista. Como ya he escrito en más de un sitio, él y otros redactores del *Inquirer* hicieron aumentar enormemente no solo mi experiencia, sino también mi ambición. Fue mientras me documentaba para este libro que me di cuenta de lo excepcional que había sido Roberts como periodista. No he conocido un mejor ejemplo. Por todas estas razones, este libro está dedicado a él.

Agradecimientos

Este libro fue idea de Morgan Entrekin. Ya habían pasado casi veinte años desde que aceptó publicar mi libro *Black Hawk derribado* después de que todos los otros editores importantes de Nueva York lo hubieran rechazado. Desde entonces hemos trabajado juntos en cada uno de mis libros posteriores, que Morgan también publicó.

Me propuso la idea años antes de que yo aceptase llevarla a término. Morgan estaba convencido de que esa batalla había sido una de las más importantes del siglo XX, y de que era una manera de escribir acerca de toda la guerra de Vietnam. El punto de vista era bueno, la idea era estupenda y yo, por supuesto, me negué. Ya había escrito un libro sobre una batalla y no me apetecía especialmente repetir el tema.

Pero la idea comenzó a crecer. Vietnam fue el primer acontecimiento internacional que captó mi interés de niño. Mi fascinación con la controversia que rodeó a esta guerra en la década de 1960 fue lo que me impulsó, cuando cursaba el instituto, a comenzar a leer diarios y revistas y finalmente a buscar libros sobre el tema. Cuando se libró esta batalla yo tenía dieciséis años. Mi padre cuestionaba mis opiniones sobre la guerra y siempre me preguntaba: «¿Cómo sabes eso?», «¿Dónde lo has leído?», «¿Por qué te fías de esa fuente en vez de fiarte de otra?». Creo que fue esta experiencia lo que me encaminó hacia una carrera en el periodismo y, más adelante, en la literatura. De manera que regresar a esta parte de la historia, acercarme a ella como reportero y escritor experimentado, fue una forma de explorar mis propias

raíces intelectuales.

Pero lo que terminó por inclinar la balanza fue que Morgan me dijera que había pensado en otro escritor para el libro, uno del cual yo soy admirador. Me fui a consultarlo con la almohada y al día siguiente le llamé. Le dije, sencillamente: «Él no, yo». Fueron muchas las personas que me ayudaron en lo que resultó una tarea de cinco años de duración. Ya he mencionado a Gene Roberts, cuyos relatos me impulsaron a comenzar a escribir. Le estoy agradecido a él y a todos los demás que aceptaron sentarse frente a mí y responder a mis preguntas, a menudo varias veces. Ahora, cuando vuelvo a escuchar aquellas viejas entrevistas y me doy cuenta de lo ignorante que era yo al principio, siento más agradecimiento aún por la paciencia de los que dedicaron su tiempo a hacerme comprender y me señalaron libros, artículos, y también de los que compartieron conmigo su experiencia.

Cullen Murphy, que fue mi editor en revistas durante años, primero en *Atlantic* y ahora en *Vanity Fair*, hizo una primera lectura meticulosa del libro y ofreció algunas sugerencias que fueron muy útiles. Gene Roberts también aceptó hacer una primera lectura del libro.

Debo darles las gracias a todos mis grandes amigos de Grove Atlantic, especialmente a Allison Malecha, a Julia Berner-Tobin y también a Hilary McClellan, quien asumió la tarea de verificar la enorme cantidad de datos que contiene el volumen. Me pilló en todos los errores que pudo.

Estoy especialmente agradecido a Mike Downs, que pasó muchas horas trabajando uno a uno los capítulos a fin de mejorar mi comprensión de civil cabezota, y cuyas correcciones, argumentos e indicaciones han mejorado enormemente el libro. También recibí mucha ayuda de Chuck Meadows, Ron Christmas, Ray Smith, Jim Coolican, Charles Krohn, John Wear y Howard Prince. Todos ellos han tenido noticias mías a lo largo de los años, y todos han respondido con calidez y perspicacia. Cada uno de ellos aceptó revisar el libro antes de su publicación e introducir correcciones y sugerencias, la mayor parte de las cuales he incorporado. Andy Westin tuvo la gentileza de compartir conmigo su correo correspondiente a las semanas de la batalla, y lo mismo hicieron Mel Bourgeois, Art Marcotte y otros.

Estoy en deuda con Lynn Novick y Sarah Botstein de Florentine Films,

que trabajaron con Ken Burns en su esperada serie documental sobre la guerra de Vietnam, le ayudaron a llegar a Dang Hoa Ho, e hicieron de técnicas y traductoras en Vietnam antes de proporcionarme a mí esos mismos servicios. Lynn y Sarah también compartieron alguna de las primeras prisas del documental y bastante de las estupendas comunicaciones de su organización, lo que me ayudó a comprender los acontecimientos. Estoy ansioso por ver su trabajo terminado.

Hoa no tiene precio para mí. Programó mi primer viaje a Vietnam y me condujo de una entrevista a la siguiente. Hizo varios viajes a Hué para entrevistar personalmente a ciertas personas, de lo que me envió grabaciones. Sin él no habría podido siquiera empezar a entender el lado vietnamita de la historia. Aunque me desilusionó no poder trabajar con Hoa en mi segundo viaje, estoy muy agradecido a Dinh Hoang Linh, que hizo un excelente trabajo organizando toda una serie de entrevistas en ese viaje, en el que fue mi traductor. Pese a que la intervención de Linh conllevaba un conflicto de intereses, dado su cargo en el gobierno, creo que hizo todo lo que pudo para proporcionarme lo que yo necesitaba. Él y su hermana trabajaron en la traducción de varios informes y artículos que me resultaron muy valiosos.

También agradezco mucho a Xuyen Dinh, doctoranda en lingüística por mi Universidad de Delaware (UD), que comenzó a trabajar conmigo hace varios años transcribiendo y traduciendo concienzudamente las entrevistas que traje de Vietnam. Al trabajo de Xuyen se deben todos y cada uno de los capítulos de este libro y no solamente sus traducciones. Investigó por sí misma, accediendo a páginas web vietnamitas que yo era incapaz de leer, y dio sustancia a los sucesos reunidos por mí y por Hoa a fin de proporcionar el contexto básico y la comprensión cultural. He llegado a considerar a Xuyen mi socia en este proyecto. Todas las partes del libro que reflejan exactamente la experiencia vietnamita de la batalla se deben a Xuyen.

Jordan Howell, otro doctorando por la UD, aceptó compilar un archivo digital de reportajes periodísticos publicados en el transcurso de la batalla, al que recurrí con liberalidad tanto en lo que se refiere a detalles de la batalla misma como a las indicaciones de cómo se percibía el acontecimiento en Estados Unidos y en otros lugares. Esto me facilitó conocer cómo diferentes

diarios informaban cada día sobre la batalla. Puesto que toda la guerra moderna se funda tanto en la percepción como en la realidad, la base de datos que Howell reunió constituye parte importante de este relato.

Mi hijo Daniel llevó a cabo docenas de entrevistas para mí, por lo menos comenzando a caminar por el sendero que yo he elegido. He podido comprobar que su comprensión del relato iba aumentando con cada entrevista, y cada vez que pensé *Dios, espero que aquí Dan haya hecho una pregunta de seguimiento*, la había hecho. ¿Qué puedo decir? El chico tiene buenos genes de reportero. También estoy en deuda con mi hermano, Andrew J. Bowden, por su generosa actuación como abogado mío en este y otros contratos.

Tim Nenner fue mi guía en los Archivos Nacionales, y John Wilson, en la Biblioteca LBJ, convirtiendo lo que habría sido un proceso aleatorio en algo bien dirigido y eficiente. Matt Ericson, con quien trabajé muchos años atrás en el *Philadelphia Inquirer* cuando él era un artista joven, se ha convertido en uno de los más eminentes expertos en el campo de la presentación gráfica de las noticias. Fue la persona a la que acudí cuando necesité mapas para *Black Hawk derribado*, e hizo lo mismo para *Huéspedes del ayatolá*. Actualmente es editor asociado del *New York Times*, y se ocupa de cosas mucho más importantes que dibujar mapas para mí. Pero acudí a él en primer lugar y tuvo la amabilidad de aceptar mantener viva nuestra antigua asociación.

También quiero agradecer a la UD por el período sabático que me concedió en el otoño de 2016, que me dio el tiempo ininterrumpido que necesitaba para concentrarme en finalizar este libro.

Glosario vietnamita

PERSONAS

(En Vietnam, el apellido precede al nombre.)

En formato español / En formato vietnamita

Bao Dai / Bảo Đại

Último emperador de la dinastía Nguyen, que fue la última familia reinante de Vietnam

Bay Kiem / Bả Khiêm

Nombre: Kiem

Nguyen Dinh Bay: el jefe de «seguridad» del VC para la parte sur de la ciudad

Cao Tho Xa / Cao Thọ/Thơ Xa/Xá

Nombre: Xa

Cruel tirano que obligaba a su personal administrativo a dormir en su casa de la calle Thong Nhat

Cao Van Sen / Cao Văn Sen

Nombre: Sen

Combatiente del VC cuyo cometido era entregar la bandera de la Alianza

Che Thi Mung / Chế Thị Mừng

Nombre: Mung

Combatiente del VC que formaba parte del Escuadrón Río Huong

Chot / Chột

ERVN, seudónimo de un soldado survietnamita, oficial de Le Quang Truong. Desafió por radio a Tang Van Mieu

Dac / Đắc

Joven comisario al que Tran Thi Thu Van, «Nha Ca», autora de Mourning Headband for Hue, identificó como Nguyen Dac Xuan

Dang Dinh Loan / Đặng Đình Loan

Nombre: Loan

Oficial político del VC cuyo batallón avanzó hacia el sur de Hué desde el oeste

Dang Hoa Ho / Đặng Hòa Hồ

Nombre: Hoa

Oficial del VC

Dang Kinh / Đặng Kinh

Nombre: Kinh

General del VC asignado a toda la zona de Thua Thien-Hue

Doan Van Ba / Đoàn Văn/Vân Ba

Cirujano del ERVN que Meadows recogió y que trató a Anderegg

Hai, mayor / Hải

Nombre: Hai

Oficial del VC que dirigía al grupo de prisioneros de Le Quang, el amigo de Nguyen Dac Xuan

Ho Thi Kim Loan / Hồ Thị Kim Loan

Nombre: Loan

Miembro del Grupo de Desarrollo Rural de la Provincia

Hoang Anh De / Hoàng Anh Đề

Nombre: De

Comandante del batallón del VC que tomó parte en el ataque a Tam Thai

Hoang Thanh Tung / Hoàng Thanh Tùng

Nombre: Tung

Propagandista que había trabajado cuatro años para el VC y más tarde ayudó a organizar a los prisioneros

Hoang Thi No / Hoàng Thị Nở

Nombre: No

Integrante del Escuadrón Río Huong del VC

Huynh Van Don / Huỳnh Văn Đôn/Đôn

Nombre: Don

Civil que vendía gasolina delante de la comisaría de policía de la calle Hung Vuong, Vy Da

Lam Hai Luong / Lâm Hải Lượng

Nombre: Luong

Oficial del ERVN que también era hijo de Lam Ung

Lam Ung / Lâm Ứng

Nombre: Ung

Teniente del ERVN

Le Cong Thanh / Lê Công Thành

Nombre: Thanh

Civil, chico de doce años que vivía cerca de la Ciudadela

Le Huu Tong / Lê Hữu Tông

Nombre: Tong

Uno de los 46 hombres del VC que transportaban lanzagranadas

Le Kha Phieu / Lê Khả Phiêu

Nombre: Phieu

Comisario político del Frente para la ciudad

Le Minh / Lê Minh

Nombre: Minh

Vicesecretario VC de Quang Tri, Thua Thien-Hue

Le Ngoc Thinh / Lê Ngọc Thịnh/Thỉnh

Nombre: Thinh

Civil

Le Quang / Lê Quang

Nombre: Quang

Amigo de Nguyen Dac Xuan, a quien este salvó

Le Quang Truong / Lê Quang Trường

Nombre: Truong

El general Truong

Le Thi Mai / Lê Thị Mai

Nombre: Mai

La mujer que cosió la bandera de la Alianza para el sargento Cao Van Sen

Le Tu Minh / Lê Tư Minh

Nombre: Minh

Jefe del Comité Central del partido en Huế

Le Van Hoi / Lê Văn Hội

Nombre: Hoi

Civil

Le Van May / Lê Văn May

Nombre: May

Civil, padre de Le Ngoc Thinh

Mai Van Ngu / Mai Văn Ngụ

Nombre: Ngu

El jefe mafioso local de Thoi Lai, que posteriormente cambió su nombre a Hòa

Mai Xuan Bao / Mai Xuân Bảo

Nombre: Bao

Soldado de élite del VC

Mau Ty / Mậu Tý

Nombre: Ty

Estudiante asesinado por Dac, oficial del VC. Su nombre completo era Tran Mau Ty (Trần Mậu Tý).

Mayor Khoa, alcalde / Phan Văn Khoa

Nombre: Khoa

El alcalde que fue rescatado por el capitán Ron Christmas

Ngo Dinh Diem / Ngô Đình Diệm

Nombre: Diem

Presidente de Vietnam del Sur, 1955-1963

Ngo Quang Truong / Ngô Quang Trưởng

Nombre: Truong

Comandante de la Primera División del ERVN en Mang Ca

Nguyen / Nguyễn

La última dinastía vietnamita

Nguyen Cao Ky / Nguyễn Cao Kỳ

Nombre: Ky
Vicepresidente de Vietnam del Sur

Nguyen Chi Canh / Nguyễn Chí Cảnh
Nombre: Canh
Antiguo jefe de policía de Hué

Nguyen Cong Minh / Nguyễn Công Minh
Nombre: Minh
Civil que vivía en la calle Vy Da

Nguyen Dac Xuan / Nguyễn Đắc Xuân
Nombre: Xuan
Poeta/propagandista del VC que entró en la Ciudadela por el pasaje del nordeste

Nguyen Duc Thuan / Nguyễn Đức Thuận
Nombre: Thuan
Un comandante del VC

Nguyen Huu Ai / Nguyễn Hữu Ái
Nombre: Ai
Estudiante de secundaria que vivía en la calle Vy Da

Nguyen Ngoc Loan / Nguyễn Ngọc Loan
Nombre: Loan
Jefe de la policía nacional que disparó en la cabeza a un prisionero del VC esposado

Nguyen Ngu / Nguyễn Ngũ
Nombre: Ngu
Civil cuya familia ayudó a Nguyen Van Quang a entrar armas en Hué

Nguyen Quang Ha / Nguyễn Quang Hà
Nombre: Ha
Integrante de la Unidad Ciudad, del VC
Nguyen Thi Quen / Nguyễn Thị Quên
Hermana de Nguyen Van Ty, que espía a favor del VC y que posteriormente murió

Nguyen Thu / Nguyễn Thu
Nombre: Thu
Comandante del VC que estuvo al mando del norte del Río Huong

Nguyen Van Lem / Nguyễn Văn Lém

Nombre: Lem

Miembro del FNL ejecutado por Nguyen Ngoc Loan. También se le llamó Bảy Lốp o Ew Tu

Nguyen Van Quang / Nguyễn Văn Quang

Nombre: Quang

Jefe del cuadro local del VC que entró armas de contrabando en Huế

Nguyen Van Thieu / Nguyễn Văn Thiệu

Nombre: Thieu

Presidente de Vietnam del Sur, 1965-1975

Nguyen Van Ty / Nguyễn Văn Tý

Propietario de una empresa de materiales de construcción cuya casa, cercana a la Puerta Ngo Mon, fue requisada por un batallón del ERVN a comienzos de la batalla

Nguyen Xuan Oanh / Nguyễn Xuân Oánh

Nombre: Oanh

Adversario político de Nguyen Van Thieu

Nha Ca / Nhã Ca

Civil, autora (bajo seudónimo) de Mourning Headband for Hue

Pham Thi Lien / Phạm Thị Liên

Nombre: Lien

Líder del Escuadrón Río Huong del VC

Pham Van Dinh / Phạm Văn Đính

Nombre: Dinh

Coronel de la unidad Hac Bao del ERVN

Pham Van Khoa / Phạm Văn Khoa

Nombre: Khoa

Teniente coronel que fue alcalde de Huế y jefe de la provincia de Thua Thien

Phan Huu Chi / Phan Hữu Chí

Nombre: Chi

Teniente coronel del ERVN

Phan Ngoc Luong / Phan Ngọc Lương

Nombre: Luong

Capitán del Primer Batallón, Tercer Regimiento del ERVN

Quy Nguyen / Nguyễn Quy/Quý/Quy

Civil, un chico vietnamita de doce años, amigo de Doezema

Soi / Soi/Sôi

Teniente primero de la Primera División Títère

Song Hao / Song Hào

Apodo de Nguyen Van Khuong (Nguyễn Văn Khuong), uno de los tres importantes líderes militares que aprobaron la decisión de Dang Kinh de resistir en Hué

Tang Van Mieu / Tăng Văn Miêu

Nombre: Mieu

Teniente del VC que fue el comandante de campo de todo lo que estuviera al sur del río Huong

Than Trong Mot / Thân Trọng Một

Nombre: Mot

Comandante del VC para la zona sur

Thich Don Hau / Thích Đôn Hậu

Nombre: Hau

Monje budista que se unió al FNL

Ton That Dinh, general / Tôn Thất Đình

Comandante del batallón del ERVN que requisó la casa de Nguyen Van Ty junto a la puerta Ngo Mon

Ton That Te / Tôn Thất [...]

Nombre: Te

Miembro del partido Dai Viet. Este nombre se apuntó erróneamente: en lugar de Te, debería decir Ke (Ké)

Ton That Vu / Tôn Thất Vũ

Nombre: Vu

Hijo de Tot That Te. Era el propietario de la tienda Viet Tuyen en Hué

Tran Anh Lien / Trần Anh Liên

Nombre: Lien

Secretario del Comité del Partido (VC) en la ciudad de Hué

Tran Da Tu / Trần Dạ Từ

Nombre: Tu

El marido de Tran Thi Thu Van

Tran Huy Chung / Trần Huy Chung

Niño de once años que jugaba con los soldados del VC cuando estos ocuparon su distrito

Tran Ngoc Hue / Trần Ngọc Huệ

Nombre: Hue

Apodo: Harry, teniente de Hac Bao (Panteras Negras)

Tran Quoc Phong / Trần Quốc Phong

Nombre: Phong

Jefe de la unidad de Hoang Thanh Tung

Tran Thi Thu Van / Trần Thị Thu Vân

Nombre: Van

También conocida como Nha Ca

Tran Toi / Trần Tới

Nombre: Toi

Civil

Trinh Cong Son / Trịnh Công Sơn

Nombre: Son

Célebre cantante folk, poeta, pintor y compositor a quien llamaban «el Bob Dylan vietnamita»

Truong Sinh / Trường Sinh/Trương Sinh

Nombre: Sinh

Comandante del VC

Tuy-Cam / Túy/Thúy/Thủy Cầm/Cầm

Civil

Van / Vạn/Văn/Vân

Conductor de autobuses en la autopista Thuan An

Van Tien Dung / Văn Tiến Dũng

Nombre: Dung

Uno de los tres importantes líderes militares que aprobaron la decisión de Dang Kinh de resistir en Huế

Vo Nguyen Giap / Võ Nguyên Giáp

Nombre: Giap

Legendario general del VC

Vo Suu / Võ Sửu

Nombre: Suu

Cámara de la NBC

Xa / Xa/Xạ/Xà/Xá/Xã

Policía de Quang Tri

LUGARES

En formato español / En formato vietnamita

An Cuu / An Cựu

Puente de Hué, al norte de Phu Bai

An Dinh / An Định

Palacio en el que se alojó el último emperador, Bao Dai. Está a orillas del río An Cuu

An Hoa / An Hòa

La puerta de entrada noroeste a la Ciudadela

Autopista 1 / Quốc lộ 1/1A

Carretera Nacional 1A, que también se conocía como Camino Nacional 1A

Ba Trieu / Bà Triệu

Calle que atraviesa el centro de Hué

Bac Ninh / Bắc Ninh

Pueblo al norte de Hanói

Bach Ho / Bạch Hổ

Puente de ferrocarril situado a kilómetro y medio al oeste de Hué

Bach Ma / Bạch Mã

Parque nacional cercano a Hué, donde se sitúa el pico más alto entre Hué y Da Nang

Ben Ngu / Bến Ngự
Mercado de Huế

Ben Suc / Bến Súc
Aldea, principal bastión de dominación del Vietcong sobre el Triángulo de Hierro

Can Tho / Cần Thơ
La ciudad más grande del delta del Mekong

Cao Van / Cao Vân, abreviatura de Trần Cao Vân
Una calle de Huế

Chanh Tay / Chánh Tây
La puerta norte de la muralla occidental de la Ciudadela

Chia Voi / Chìa Vôi
Montaña. Muchos libros y mapas registran equivocadamente el nombre de este monte como Chi Voi

Cho Lon / Chợ Lớn
Mercado de Saigón

Con Dao / Côn Đảo
Islas ubicadas en la región sudoeste de Vietnam, donde estaban las tristemente famosas Jaulas de Tigres

Con Tien / Côn Tiên
A menudo escrito erróneamente Con Thien

Da Nang / Đà Nẵng
La ciudad más grande de Vietnam central, a menudo escrita Danang

Dai Viet / Đại Việt
Partido político de Vietnam, nacionalista y anticomunista. Su nombre completo es Đại Việt Quốc dân đảng

Dao / Đào
Río de Huế

Dap Da / Đập Đá
Pequeña ciudad del centro de Vietnam meridional

Dinh Bo Linh / Đỉnh Bộ Lĩnh

Calle de Huế

Dinh Mon / Đỉnh Môn

Aldea cercana a la tumba de Gia Long

Doi Cung / Đồi Cung

Calle de Huế, una manzana al sur de la orilla del río

Duong Hoa / Dương Hòa

Aldea cercana a la tumba de Gia Long

Duy Tan / Duy Tân

El tramo de la Autopista 1 que atravesaba la ciudad

Fútbol, Estadio de / Sân vận động/sân bóng

El estadio ubicado en el centro de la Ciudad de Huế. También se lo llamaba Estadio Long Bao (Long Bảo) o Estadio Tu Do (Tự Do)

Gia Hoi / Gia Hội

Barrio situado inmediatamente al este de la Ciudadela

Hanoi / Hà Nội

Capital de Vietnam, a menudo escrita como Ha Noi

Hau / Hậu

Principal puerta septentrional de acceso a la Ciudadela

Hen / Hén

Larga y estrecha extensión de tierra en el centro del río Huong. Los estadounidenses solían llamarla Con Hen (Cồn Hén). El término con (cồn) significa «islote» y por lo tanto no forma parte del nombre en sí

Ho Chi Minh / Hồ Chí Minh

Célebre líder revolucionario comunista vietnamita, y también el nombre actual de una ciudad del Vietnam del Sur. A menudo se escribe Hochiminh

Huế / Huế

Ciudad de Vietnam central

Huong / Hương

El célebre río de Hué. También puede verse como Hương Giang y a menudo se lo llama el río Perfume

Huong Giang / Hương Giang

Hotel situado justo a la orilla del río Huong

Huu / Hũu

Puerta situada en el lado sudoeste de la Ciudadela

**Iglesia del Santísimo / Nhà thờ Đức Mẹ Hằng Cứu Giúp/
Redentor / Nhà thờ Dòng Chúa Cứu Thế**

Iglesia católica de Hué, conocida también como Iglesia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro

**Iglesia de Nuestra Señora / Nhà thờ Đức Mẹ Hằng Cứu Giúp/
del Perpetuo Socorro / Nhà thờ Dòng Chúa Cứu Thế****Jeanne d'Arc, Colegio / trường Jeanne d'Arc**

Escuela de enseñanza secundaria en Hué, que actualmente se conoce como Instituto Nguyễn Trường Tộ

Khe Sanh / Khe Sanh

Distrito de la parte noroeste de la provincia de Quang Tri

Kim Do / Kim Đô

Aldea pescadora al nordeste de la Ciudadela

Kim Phung / Kim Phụng

Montaña al oeste de Hué

La Chu / La Chũ

Aldea de la provincia de Thua Thien. Muchos mapas y libros se refieren a ella como Thon La Chu, lo cual en realidad es un malentendido. En vietnamita, la palabra thon (thôn) significa «pueblo pequeño». Por lo tanto, el nombre de esta aldea es La Chũ a secas.

Lac Thanh / Lạc Thạnh

Restaurante situado en la calle Dinh Bo Linh, de Hué

Le Loi / Lê Lợi

Calle de Hué que transcurre paralela al río Huong

Le Loi / Lê Lợi

Escuela primaria de Hué. También fue conocida como Chaigneau

Le Van Duyet / Lê Văn Duyệt

Calle de Hué

Lieu Coc / Liễu Cốc

Aldea del distrito de Huong Tra (Hương Trà), en Hué. En numerosos mapas y libros se la llama Thon Lieu Coc debido a un malentendido. En vietnamita, la palabra thon (thôn) significa «pueblo pequeño». Por lo tanto, el nombre de esta aldea es solamente Liễu Cốc.

Ly Thuong Kiet / Lý Thường Kiệt

Calle que lleva hasta el vital centro del sur de Hué

Mai Thuc Loan / Mai Thúc Loan

Calle de Hué

Mang Ca / Mang Cá

Zona en que estaban situados los cuarteles de la Primera División del ERVN

Nam Giao / Nam Giao

Puente en Hué que a menudo se escribe erróneamente Nam Gio

Ngo Mon / Ngọ Môn

Plataforma de dos plantas situada justo delante del palacio real, frente a la pared sur de la Ciudadela. También es el nombre de la puerta ante el palacio real

Ngu / Ngự

Río artificial construido a partir de un antiguo ramal del río Huong. Discurre de oeste a este en la Ciudadela. Su nombre completo es Ngu Ha (Ngự Hà). La gente suele llamarlo song Vua (sông Vua), que significa «río del Emperador»

Nguyen Hoang / Nguyễn Hoàng

Estación de autobuses de Hué

Nhu Y / Như Ý

Tributario del río Huong que atraviesa Dap Da

Phan Dinh Phung / Phan Đình Phùng
Calle que corre paralela al canal Phu Cam

Phong Dien / Phong Điền
Distrito rural de la provincia de Thua Thien-Hué

Phu Bai / Phú Bài
Ciudad situada justo al sur de Hué

Phu Cam / Phủ Cam
Canal que forma el lado occidental del triángulo, y también una importante iglesia católica de Hué

Phu Loc / Phú Lộc
Distrito rural de la provincia de Thua Thien-Hué

Phu O / Phú Ô
Pequeño caserío al oeste de los bosques T-T

Quang Tri / Quảng Trị
Provincia situada en la región costera central-septentrional de Vietnam, al norte de la antigua Capital Imperial de Hué

Que Chu / Quế Chũ
Aldea de la provincia de Thua Thien. En muchos mapas y libros se la llama Thon Que Chu, lo cual es un malentendido. En vietnamita, thon (thôn) significa «pueblo pequeño». Por lo tanto, el nombre de esta aldea es solo Quế Chũ

Saigón / Sài Gòn
Antiguo nombre de Ciudad Ho Chi Minh. Saigón, antaño capital de Vietnam del Sur, se escribe a menudo Sai Gon

Song Lo / Sông Lô
Traducido como «río Lo», este es el nombre del Regimiento 8, más tarde Regimiento 3 del Ejército de Vietnam del Norte

Ta Trach / Tả Trạch
Uno de los dos principales afluentes que desembocan en el célebre río Huong en Thua Thien-Hué

Tam Thai / Tam Thai

Sitio en el que acampaba la Unidad Ciudad, al sudeste del triángulo

Tan Son Nhat / Tân Sơn Nhất

Aeropuerto en Saigón. También se puede escribir como Tân Sơn Nhứt, y a menudo se escribía erróneamente Tan Son Knut

Tay Loc / Tây Lộc

Aeródromo situado dentro de la Ciudadela, en Hué

Tesorería / Kho Bạc

Uno de los objetivos del FNL

Thoi Lai / Thới Lai

La zona inmediatamente frente las murallas nordeste de la fortaleza

Thong Nhat / Thông Nhất

Calle de Hué

Thua Thien / Thừa Thiên

Cárcel de la provincia de Thua Thien-Hué, que a menudo se llama Thua Phu

Thua Thien-Hué / Thừa Thiên-Huế

Zona

Thuan An / Thuận An

Calle de Hué

Thuong / Thượng

Aldea situada en el distrito de Thuy Xuan (Thủy Xuân), en Hué. En muchos mapas y libros se la llama Thon Thuong, lo cual realmente es un malentendido. En vietnamita, la palabra thon (thôn) significa «pueblo pequeño». Por consiguiente, el nombre de esta aldea es, simplemente, Thượng

Thuong Tu / Thượng Tứ

Puerta sudeste de entrada a la Ciudadela

Thuy Thanh / Thủy Thanh

Distrito situado al sudeste de Hué

Trai / Trại

Una de las dos entradas de Trấn Bình Đài que se abren directamente en la muralla y no

tienen torre de vigilancia encima

Tran Cao Van / Trần Cao Vân

Calle de Hué a menudo llamada calle Cao Van

Tran Hung Dao / Trần Hưng Đạo

Calle que corre paralela al río en el lado norte

Trinh Minh The / Trình Minh Thế

Calle de Hué; ahora forma parte de la calle Le Duan (Lê Duẩn)

Truoi / Truôi

Río del distrito Phu Loc en la provincia Thua Thien-Hué

Truong Tien / Trường Tiền

Puente de Hué. También puede escribirse: Tràng Tiền

Tu Dam / Từ Đàm

Pagoda situada en la zona sudoeste de Hué

Van Duong / Văn Dương

Río que desemboca en el río Huong

Van The / Vân Khê

Aldea del distrito de Thuy Thanh, hogar de Che Thi Mung

Verde, el / xanh

Término que se refiere al bosque y las zonas montañosas donde tenían su base las unidades del VC

Vi Da / Vĩ Dạ

Subdivisión administrativa de la ciudad de Hué, que a veces se escribe Vy Da (Vỹ Dạ)

Viet Tuyen / Việt/Việt Tuyên/Tuyễn/Tuyền/Tuyên

Tienda de radios de la calle Tran Hung Dao, propiedad de Ton That Vu

UNIDADES MILITARES / ORGANIZACIONES POLÍTICAS

En formato español / En formato vietnamita

Dai doi / Đại đội

Unidad Ciudad de Hué

Dai noi / Đại nội

Palacio real / Ciudad Imperial

Hac Bao / Hắc Báo

A menudo apodada «Panteras Negras», era una unidad de élite del ERVN dirigida por el teniente Tran Ngoc Hue, conocido como «Harry»

Nghia binh / Nghĩa binh

División de Soldados Virtuosos, unidad creada por Nguyen Dac Xuan

Nghia binh Canh sat / Nghĩa binh Cảnh sát

División de Policías Virtuosos, unidad policial creada por Nguyen Dac Xuan

Organización de Jóvenes / Đội Thiếu niên Tiền Phong

Pioneros / Hồ Chí Minh

Los Jóvenes de Ho Chi Minh, organización juvenil comunista que operaba en Vietnam, cuyo nombre homenajeara al antiguo presidente vietnamita Ho Chi Minh

Pelotón Río Huong / Pelotón Río Hương

Llamado a menudo Những cô gái sông Hương, que significa «Las Once Jóvenes del Río Perfume»

TÉRMINOS / FRASES VIETNAMITAS

En formato español / En formato vietnamita

Anh yeu em / Anh yêu em

El equivalente vietnamita de «Te quiero», pero que dicen exclusivamente los varones

ao dai / áo dài

Vestimenta tradicional vietnamita

bam vao that-lung dich / bám vào thắt-lưng địch

Estrategia que aplicó Hoang Anh De a fin de superar el abrumador poder del armamento estadounidense. La traducción literal es «agarrarse al cinturón del enemigo»

Chien-tranh Chong My / Chiến-tranh Chống Mỹ

La guerra de la Resistencia contra Estados Unidos de América / La guerra Americana

dong / đồng

La moneda vietnamita

Hoc Sinh / Học Sinh

Un periódico creado por Nguyen Van Quang

Hong Bang / Hồng Bàng

Una de las primeras dinastías vietnamitas

hot vit lon / hột vịt lộn

Huevos de pato a medio eclosionar, plato vietnamita; también conocido como balut o «embriones de pato»

Mau Than / Mậu Thân

El nombre del año 1968 según el calendario chino; 1968 fue el año del Mono

nguy / ngụy

Término despectivo que designaba a cualquiera que trabajase para el gobierno de Vietnam del Sur

nhan dan / nhân dân

El pueblo

no mau / nợ máu

«Deuda de sangre»

non la / nón lá

Sombrero vietnamita de forma cónica

Ong Tao / Ông Táo

El dios de la cocina

Phap bao chi bale / Pháp báo chí Ba Lê

Significa «Prensa francesa procedente de París»: Pháp, «Francia»; báo chí, «periódico, prensa»; Ba lê, «París». La construcción de la frase no es gramaticalmente correcta en vietnamita

Tet / Tết

Año Nuevo Lunar

Tong-Tan-cong-Noi-day / Tổng Tấn công Nổi dậy
Ofensiva general, levantamiento general

Vietcong / Việt Cộng
VC, comunista vietnamita

Viet Minh / Việt Minh
Organización frontal comunista fundada por Ho Chi Minh en 1941 para organizar la resistencia contra el dominio colonial francés y las fuerzas de ocupación japonesas; con frecuencia se escribe Vietminh

Notas y fuentes

Para un periodista interesado por la historia, el punto perfecto es cincuenta años. Ha pasado suficiente tiempo para poseer cierta perspectiva histórica, pero aún hay numerosos testigos con vida.

Si bien algunos de los personajes clave de la batalla de Hué han muerto, la mayoría de ellos aún viven, y dado que Vietnam abrió sus puertas a los estadounidenses, ha sido posible, por primera vez, contar la historia desde ambos bandos. La mayor parte de los veteranos estadounidenses estuvieron encantados de compartir sus experiencias conmigo, y la gran cantidad de entrevistas me proporcionó múltiples perspectivas acerca de casi todos los acontecimientos descritos. A la hora de contar la versión estadounidense de la historia debo mucho en especial a cinco narraciones anteriores: *Battle for Hue*, de Keith Nolan; *Fire in the Streets*, de Eric Hammel; *The Lost Battalion*, de Charles Krohn (que se centra en las experiencias del Segundo Batallón del Duodécimo de Caballería del Ejército); *The Siege at Hue*, de George Smith, que combina recuerdos de sus propias experiencias allí como oficial de información del ejército asignado a la Primera División del ERVN con entrevistas que Smith (periodista en la vida civil) realizó a muchos otros implicados en el combate, y *Phase Line Green*, de Nicholas Warr, quien sirvió como comandante de pelotón de Alpha 1/5 durante los combates en la Ciudadela. Aunque el enfoque de todos esos libros es menos amplio que el de este, han proporcionado un sólido soporte para mi propia narración.

Aprendí mucho de las crónicas de la época, e incluso más hablando con algunos de los periodistas y fotógrafos que las firmaron, en especial con Gene

Roberts, John Olson, Mike Morrow y John Laurence, cuyo excelente libro *The Cat from Hue* relata algunas de sus experiencias allí.

Me he apoyado en registros oficiales de la batalla tanto de los marines como del ejército, procedentes de los Archivos Nacionales, y en documentos de los archivos de la República Socialista de Vietnam en Hanói (que buscó para mí Dang Hoa Ho), así como en análisis de Merle Pribbenow y de Lien-Hang T. Nguyen, en su libro *Hanói's War*. Los papeles de Walt Rostow y de William Westmoreland, así como notas del Consejo de Seguridad Nacional de la Biblioteca LBJ de la Universidad de Texas en Austin fueron extraordinariamente útiles a la hora de detallar los pensamientos de la Administración Johnson durante las semanas de combates, así como para dar vida a sus relaciones con Westmoreland. La Biblioteca del Cuerpo de Marines de Estados Unidos de Quantico tenía entrevistas orales con participantes clave que ya no estaban disponibles para responder mis preguntas. También aproveché el Programa de Registros Presidenciales del Centro Miller de la Universidad de Virginia, que ha sido de extraordinaria ayuda al poner miles de horas de conversaciones grabadas del Despacho Oval en línea.

Dicho esto, este libro es, sobre todo, obra de un periodista: está basado principalmente en entrevistas, realizadas a lo largo de años, en persona y por teléfono, en Estados Unidos y en Vietnam. Los recuerdos, evidentemente, no son del todo fiables, ni siquiera inmediatamente después de un suceso, y mucho menos cuando han pasado décadas. Mientras llevaba a cabo las entrevistas para este libro era muy consciente de los registros escritos compilados durante la época y de relatos personales efectuados en momentos más cercanos a la batalla, tanto en narraciones nunca antes publicadas como en las fuentes de las mismas. La ingente cantidad de fuentes también ha sido útil para comprobar y validar narraciones individuales. En la mayor parte de los casos, los acontecimientos que se describen en este libro están basados en registros procedentes de múltiples fuentes. Allá donde no es así, los detalles de historias individuales encajan correctamente con los registros de la batalla y con narraciones de acontecimientos relacionados. Cosas como la fecha y localización exactas de un acontecimiento, hasta donde se han podido

verificar de modo independiente, añaden credibilidad a los recuerdos personales. Muy a menudo un entrevistado recordaba un incidente pero era incapaz de recordar exactamente dónde y cuándo había sucedido. Cada vez que yo conseguía aportar esos detalles por mi cuenta, incrementaba también mi confianza en la historia original. A menudo, los entrevistados, cuando los espoleaba con un poco de información adicional, conseguían recordar más vívidamente su experiencia. La memoria, empero, es imperfecta, y la narración que ofrezco en este libro es tan solo el resultado de mis mejores esfuerzos por reconstruir una historia muy compleja. Allá donde no hay pruebas visuales ni de audio, lo único que puede ofrecer la historia son recuerdos y registros escritos.

Mi hijo Daniel me ayudó con estos, lo que me permitió recoger las historias de muchos más participantes que las que habría podido conseguir solo. En los Archivos Nacionales hallé notas de entrevistas que Nolan había realizado para su libro, así como cartas detalladas, que varios participantes habían escrito para él. Los Archivos poseían también las fuentes que empleó Shulimson para su narración de la batalla, incluidos documentos capturados a soldados del Vietcong y del EVN, así como las crónicas desde la escena de los hechos de Douglas Pike, quien reunió material concerniente a las masacres de civiles por parte del Frente Nacional de Liberación. En Vietnam, Dang Hoa Ho no solo me consiguió las entrevistas para mi primera visita a Hué (y proporcionó transporte), sino que regresó dos veces a la ciudad para buscar y entrevistar a personas, por propia iniciativa. Hoa también tradujo partes de diversas memorias e historias que me resultaron valiosísimas a la hora de comprender los planes y acciones del Frente. Ding Hoang Linh hizo lo mismo por mí en mi segundo viaje, y además proporcionó traducciones de varias memorias y artículos relacionados con esta historia. Xuyen Dinh, quien tradujo todas las entrevistas de Vietnam, también realizó una en mi nombre y proporcionó valiosas ideas acerca de las otras.

Allá donde capítulos o párrafos del libro proceden de las entrevistas, la atribución es obvia. En aquellos casos en los que no lo es, he añadido una nota con la fuente. También he añadido notas para proporcionar datos no esenciales pero interesantes, como describir de un modo más preciso un

arma, vehículo o unidad militar. Tales nombres, números y designaciones, si bien de importancia para los lectores del ámbito militar, ralentizan la narración para la mayoría de los demás lectores. También he usado notas para identificar una narración o registro publicados.

Entrevistados estadounidenses

Dan Allbritton, Mike Anderegg, Jim Arend, Gordon Batcheller, Richard Baughman, Paul Becker, Steve Berntson, Roger Billings, Sam Bingham, Joe Bolt, Mel Bourgeois, Don Bowman, Frank Breth, Walter Brock, Chris Brown, Madeline Brown, Tommy Brown, Jim y Tuy-Cam Bullington, Dan Carter, Richard Carter, Conwill Casey, Ben Casio, George Cates, Terry Charbonneau, Bob Childs, Ron Christmas, Lonny Connelly, Jim Coolican, Clyde Coreil, Mike Davison, Brad Devitt, Carl DiLeo, Danny Donnelly, Mike Downs, Fred Drew, Dale Dye, Bill Ehrhart, Gary Eichler, Chuck Ekker, Bill Eshelman, Al Esquivel, Bill Fite, Carl Fleischmann, Ronald Frasier, Juan Gonzales, Brad Goodin, Alvin Grantham, Rick Grissinger, John Griswald, Myron Harrington, Calvin Hart, Rich Horner, Lewis Jeffries, Eden Jimenez, Bob Johnstone, Keith Kay, Michael Ker, Larry Kibbon, Charles Krohn, Frank Lambert, Ed Landry, Bob Lauver, Richard Leflar, John Ligato, Merrill Ludwig, Art Marcotte, Dennis Martin, Tom Martin, Jerry McCauley, Jim McCoy, Chuck Meadows, Tom Mitchell, Larry Mobley, Mike Morrow, Eddie Neas, Don Neveling, Jim O’Konski, John Olson, Carnell Poole, Merle Pribbenow, Howard Prince, Bill Purcell, Hastings Rigolette, Marcelino Rivas, Gene Roberts, Damien Rodriguez, Tim Rogers, Jack Rushing, John Salvati, Dennis Selby, Jeff Shay, Bobby Smith, Ray Smith, Terry Strassburg, Mario Tamez, Selwyn Tate, Bob Thompson, Jim Thompson, Bob Thoms, David Tyree, Theodore Wallace, Bob Warren, Herbert Watkins, John Wear, Ernie Weiss, Charlie West, Andy Westin, Maury Whitmer, Steve Wilson, Dan Winkel y Luke Youngman.

Entrevistados vietnamitas

Che Thi Mung, Cao Van Sen, Dang Dinh Loan, Doang Thanh Xu, Duong Van Xuan, Duong (no constan nombre de pila y primer apellido), Ho Ban, Hoang Anh De, Hoang Phu Ngoc Tuong, Hoang Thanh Tung, Hoang Thi No, Huang Bao, Huynh Van Don, Le Cong Thanh, Le Huu Tong, Le Ngoc Thinh, Le Thi Mai, Le Thi Thu Hanh, Le Van Hoi , Mai Xuan Bao, Nguyen Manh Ha, Ngo Dinh Diem, Ngo Quang Truong, Nguyen Dac Xuan, Nguyen Duc Thuan, Nguyen Huu Ai, Nguyen Quang Ha, Nguyen Quoc Sinh, Nguyen Thanh Tung, Nguyen Van Quang, Nguyen Van Ty, Quang Ha, Tang Van Mieu, Than Trong Dzung, Thanh Trong Hoat, Tran Anh Lien, Tran Hung Le, Tran Huy Chung, Tran Ngoc Hue, Tran Thi Thu Huong, Tran Toi y Truong Thi Thuy Hong.

Créditos de las imágenes

Créditos fotográficos: Foto 1.1 (Che Thi Mung): cortesía de Che Thi Mung. Fotos 1.2 (Frank Doezema) y 2.1 (Jim Coolican): cortesía de Jim Coolican y Fred Drew. Foto 1.3 (Nguyen Dac Xuan): cortesía de Nguyen Dac Xuan. 1.4 (presidente Johnson y general William Westmoreland): Bettmann/Getty Images. 2.2 (Gordon Batcheller): foto oficial del Cuerpo de Marines. Foto 2.3 (Chuck Meadows): cortesía de Chuck Meadows. 2.4 (Alfredo *Freddie* González): foto oficial del Cuerpo de Marines A419730, cortesía de la División Histórica del Cuerpo de Marines. 3.1 (pase de prensa del CAMV): cortesía de Gene Roberts. 3.2 (Jim y Tuy-Cam Bullington): Cortesía de Jim y Tuy-Cam Bullington. Fotos 3.3 (calle Tran Cao Van), 5.4 (izado de la bandera estadounidense): Rolls Press/Popperfoto/Getty Images. 3.4 (Mike Downs): cortesía de Mike Downs. 4.1 (Ernie Cheatham): cortesía de John Salvati. 4.2 (Catherine Leroy): foto de François Mazure, publicada en la revista *Life* (16 de febrero de 1968). 4.3 (Ray Smith): cortesía de Ray Smith. 4.4 (Bob Helvey): cortesía de Charles Krohn y Robert Helvey. 5.1 (civiles en Hué): foto de Kyoichi Sawada, UPI. 5.2 (Ron Christmas): cortesía de Ron Christmas. 5.3 (Andy Westin): cortesía de Andy Westin. Foto 6.2 (Bob Thompson): cortesía de John Olson, fuente desconocida. Fotos 6.3 (torre Dong Ba), 7.2 (la Ciudadela): © John Olson. Foto 6.4 (Steve *Cuentacuentos* Berntson): cortesía de Steve Berntson. Foto 7.1 (James Vaught): cortesía fotográfica de James J. Wilson, Sgto. E 5, B Cía., 5/7 Cab. 1967-68.

Notas

PARTE UNO

LA INFILTRACIÓN 1967 – 30 DE ENERO DE 1968

INTRODUCCIÓN

[1] En lugar de intentar distinguir en cada caso si las tropas enfrentadas a estadounidenses eran el EVN, del VC o milicias locales, me referiré a ellas como el Frente Nacional de Liberación, como se autodenominaban, o el «Frente». En las ocasiones en que tal distinción sea importante me referiré específicamente a cada facción.

1. EL ESCUADRÓN RÍO HUONG

[1] <https://cherrieswriter.files.wordpress.com/2013/02/vietnam.jpg>

[2] La palabra *nguy* es un préstamo del chino clásico 偽. Significa «falso, simulación». Cuando se la combina con la palabra *chinh-quyen* (gobierno) para formar la palabra compuesta *chinh-quyen nguy*, tiene el significado de un gobierno supuestamente independiente pero que *de facto* sirve a una potencia extranjera, de un modo similar a la metáfora «gobierno títere» en español. Sola, la palabra *nguy* puede usarse para referirse a soldados o a cualquiera que trabaje para ese gobierno. Se empleó durante la época del colonialismo francés en Vietnam, cuando el Viet Minh llamaba *nguy* a la Legión Extranjera francesa.

[3] En vietnamita se llamaba: *Doi Thieu nien Tien Phong Ho Chi Minh*.

[4] La Doan Thanh nien.

2. TREINTA Y NUEVE DÍAS

[1] Segundo Batallón del Tercer Regimiento de la Primera División del ERVN.

[*] Reserve Officer's Training Corps (Cuerpo de Entrenamiento para Oficiales de la Reserva), programa de entrenamiento y formación universitario instituido en 1916. (*N. del t.*)

3. *SPIZZERINCTUM*

[*] Expresión sureña que sustituye a *God damn* («maldición»). (*N. del t.*)

[1] «Commander in Vietnam», *New York Times*, 4 de marzo de 1967, p. 2.

[2] William Westmoreland, *A Soldier Reports*, Dell, Nueva York, 1980, pp. 304-305.

[3] Según Mike Downs, en los años posteriores habría un premio humorístico en el United States Army Command and General Staff College («Escuela Superior de Mando del Ejército de Estados Unidos»), llamado «Premio Westmoreland», que se otorgaba al «oficial mediocre con mejor pinta» de la clase.

[4] Extractos del discurso de Westmoreland publicados en el *New York Times* del 25 de octubre de 1966.

[5] R. W. Apple, «A split is denied by Westmoreland», *New York Times*, 24 de julio de 1967.

[*] Se da popularmente el nombre de *Camelot* a la Administración de J. F. Kennedy, y, por extensión, a una visión idealizada de su época. (N. del t.)

[6] «War gains called very encouraging by Westmoreland», *New York Times*, 16 de noviembre de 1967, p. 1.

[7] Dwight Eisenhower, *Mandate for change*, Doubleday, Garden City, Nueva York, 1963, p. 372.

[8] John W. Finney, «U.S. denies shift on troop policy in Vietnam war», *New York Times*, 9 de junio de 1965, p. 1.

[9] Tom Wicker, «In the nation: Into the quicksand», *New York Times*, 27 de noviembre de 1966, p. 269.

[10] Hanson Baldwin, «Manpower for Vietnam», *New York Times*, 12 de noviembre de 1966, p. 6. Johnson dijo que la guerra podría llegar a requerir 750.000 hombres.

[11] Thomas A. Johnson, «Logistics in war: Arms, Food, soap/ 50,000-man American unit is largest in Vietnam», *New York Times*, 25 de enero de 1968, p. 13.

[12] Roy Reed, «Gen. Abrams gets post in Vietnam», *New York Times*, 7 de abril de 1967, p. 1.

[13] H. R. McMaster, en *Dereliction of duty* (en adelante McMaster), Harper Perennial, Nueva York, 1997, p. 333, dice que el desgaste era «una ausencia de estrategia» que sustituía todo gran objetivo militar claro por un objetivo táctico, matar al enemigo.

[14] Discurso en Manila.

[15] Centro Miller de Asuntos Públicos, Universidad de Virginia, Biblioteca de Registros Presidenciales (en adelante, «Centro Miller»).

[16] «Ninguna medida de éxito resultaba tan importante para el mando militar como el recuento de bajas del enemigo. Había unidades estadounidenses que competían por declarar la “puntuación” más alta de enemigos muertos en acción o la mejor “proporción de bajas” (más enemigos muertos con relación a las bajas estadounidenses). Algunas unidades incluso daban días de R&R [*Rest and Recuperation*, «descanso y recuperación»] a soldados con un número excepcional de “bajas confirmadas”, y los oficiales de infantería sabían que sus posibilidades de ascenso dependían del volumen de los recuentos de bajas enemigas de los que informaban.» Scott Sigmund Gartner, «Body counts and “success” in the Vietnam and Korean Wars», *Journal of Interdisciplinary History* 25, núm. 3 (invierno de 1995), pp. 377-395.

[17] Harrison Salisbury, «Attacks on North disrupt economy», *New York Times*, 1 de enero de 1967.

[18] Oleg Hoeffding, «Bombing North Vietnam: An appraisal of economic and political effects», Rand Corporation, diciembre de 1966, pp. v–vi.

[19] *The effect of the Vietnam war on the economies of the communist countries*, Directorado de Inteligencia de la CIA, Informe de Inteligencia, julio de 1968, p. 36.

[20] Don Oberdorfer, *Tet! The story of a battle and its historic aftermath* (en adelante, Oberdorfer), Doubleday, Garden City, Nueva York, 1971, pp. 92-93.

[21] *The Pentagon Papers*, conforme a la publicación de los mismos por el *New York Times*, Bantam Books, Nueva York, 1971, memorando n.º 118, p. 554.

[22] *The Pentagon Papers*, IV. C. 7.(b), vol. 2, *The Air War in Vietnam: 1965-1968*, «Systems analysis study on economic effects», pp. 128-129. <https://nara-media001.s3.amazonaws.com/arcmedia/research/pentagon-papers/Pentagon-Papers-Part-IV-C-7-b.pdf>

[23] En efecto, la Administración sabía por sus propios expertos desde 1964 que bombardear Vietnam del Norte no serviría de nada. El Informe Johnson, así llamado no por el presidente Johnson sino por Robert Johnson, del Consejo de Planificación de Políticas del Departamento de Estado, llegaba a la conclusión de que una campaña de bombardeos no debilitaría a Hanói, ni la impulsaría a negociar ni llegar a acuerdo alguno, ni, con toda probabilidad, alteraría la situación militar en el sur. El informe no tuvo una gran distribución y al cabo fue ignorado, en parte debido a la errónea creencia en la eficacia de los bombardeos (que, se creía, habían ganado la segunda guerra mundial) y en parte porque los deseos del presidente Johnson de triunfar en Vietnam le inclinaban a escuchar más a sus asesores militares, llenos de certezas, que a sus asesores civiles, que expresaban dudas. «El elefante era grande y poderoso, y prefería estar ciego», David Halberstam, *The powers that be* (en adelante, Halberstam), Knopf, Nueva York, 1979, p. 358.

[24] Oberdorfer, p. 93.

[25] *Ibid.*, p. 195.

[26] Martin Luther King Jr., «Beyond Vietnam», discurso en la iglesia Riverside de Nueva York, 4 de abril de 1967.

[27] *The Pentagon Papers*, memorando n.º 118, p. 557.

[28] Años más tarde, en 1995, demasiado tarde como para ser de alguna utilidad, McNamara señaló que Estados Unidos debería haber salido de Vietnam a finales de 1963, tras el asesinato de Diem, o a finales de 1964 o principios de 1965. «No había estabilidad política y era poco probable que se fuese a conseguir algún día; los survietnamitas, incluso con nuestra formación, ayuda y apoyo logístico, eran incapaces de defenderse» (McMaster, p. 373).

[29] Cinco años más tarde se seguía empleando la misma irracionalidad criminal, como cuando el presidente Nixon señalaba en privado a sus ayudantes que años de bombardeos en Vietnam no habían conseguido absolutamente nada, pero continuaba bombardeando y defendiendo en público la táctica.

[30] Richard Harwood, «The war just doesn't add up», *Washington Post*, 3 de septiembre de 1967, reimpresso en *Reporting Vietnam*, vol. 1 (en adelante, *Reporting Vietnam 1*), Library of America, Nueva York, 1998, p. 484.

[31] William Prochnau, *Once upon a distant war*, Mainstream Publishing, Edimburgo, 1996, pp. 171-172.

[*] En la traducción se pierde parte del sentido: en inglés se conoce como *Follies* a los espectáculos cómicos de vodevil. (N. del t.)

[32] Neil Sheehan, *A bright shining lie*, Random House, Nueva York, 1988, p. 697.

[33] Oficiales estadounidenses aseguraban que habían disparado varias veces a marines desde la aldea, y que habían advertido de que, si proseguía el fuego enemigo, la destruirían, lo que hicieron. Safer diría más tarde que los únicos marines heridos en la operación habían recibido disparos «en el culo», lo que indicaba fuego amigo.
<http://www.pbs.org/weta/reportingamericaatwar/reporters/safer/camne.html>

[34] Papeles de William Westmoreland, Biblioteca LBJ.

[35] *The Pentagon Papers*, Quadrangle Books, 1971, p. 555.

[36] Thomas Ahern, *Vietnam declassified*, University Press of Kentucky, Lexington, 2010, pp. 281-282.

[37] Para Johnson, los asiáticos eran todos iguales. Se quejaba a la CIA, en parte como broma, de que deberían ser capaces de «conseguir algunos culíes en alguna tintorería de San Francisco y lanzarlos por allí para usarlos» como espías en Hanói. David Halberstam, *The best and the brightest* (en adelante, B&B), Fawcett, Nueva York, 1972, p. 512.

[38] Charles DeBenedetti, *An American ordeal: The antiwar movement of the Vietnam Era* (en adelante, DeBenedetti), Syracuse University Press, Syracuse, Nueva York, 1990, p. 179.

[39] Westmoreland, *A Soldier Reports*, p. 378.

[40] DeBenedetti, p. 199.

[41] *Ibid.*, p. 177.

[42] Stewart Alsop, «Will Westmoreland elect Johnson?», *Saturday Evening Post*, 13 de enero de 1968. El hermano de Alsop, Joe Alsop, columnista conservador y probelicista, conservaba suficientes restos de la vieja era McCarthy como para asegurar con magnanimidad a un grupo de corresponsales durante una comida en Saigón que cuando los acusaran a todos de traición, lo que seguramente sucedería, él hablaría en su defensa, argumentando que no eran traidores, sino solamente «necios».

[43] El rival más cercano de Thieu, el dinámico y elocuente abogado Truong Dinh Dzu, fue detenido y condenado a cinco años de trabajos forzados tras quejarse de fraude electoral. Un comité de la Asamblea Constituyente de Vietnam, tras investigar las acusaciones de Dzu, votó (por 16 votos a favor y 2 en contra) por descartar los resultados de las elecciones. Fue ignorado. James McAlister, «A Fiasco of Noble Proportions: The Johnson Administration and the South Vietnamese Elections of 1967», *Pacific Historical Review* 73, 2004, 650.

[44] Transcripción del discurso de Westmoreland en Peter Braes-trup, *Big Story* (en adelante, Braestrup), Westview Press, Boulder, Colorado, 1977, vol. 2, pp. 3-10.

[45] B&B, p. 647.

[46] Cable de Westmoreland al general Wheeler y al almirante Sharp, 25 de enero de 1968, papeles de Westmoreland, Biblioteca LBJ.

[47] Gregory A. Daddis, *Westmoreland's War*, Oxford University Press, Nueva York, 2014, p. 140.

[48] La línea entre Vietnam del Norte y Vietnam del Sur se estableció originalmente en el paralelo 16, siguiendo la propuesta británica, y en acuerdo con Estados Unidos y Rusia, durante la conferencia de Potsdam celebrada desde el 17 de julio hasta el 2 de agosto de 1945, al final de la guerra en Europa. Se decidió que China aceptaría la rendición de las fuerzas japonesas ocupantes al norte de esa línea, y que Gran Bretaña aceptaría la rendición de las que estaban al sur. Gran Bretaña facilitó, y Estados Unidos permitió, el retorno de los franceses a Vietnam. La línea que separaba el norte y el sur fue, en consecuencia, fijada justo al sur del paralelo 17 según los acuerdos de Ginebra de 1954, tras la derrota de los franceses en Dien Bien Phu.

[49] Centro Miller.

4. LA CAPITAL IMPERIAL

[1] Oberdorfer, p. ix.

[2] El canal Phu Cam ensanchaba y esculpía el perfil del río An Cuu, y contribuye a evitar que el Huong se desborde. Fue un proyecto enorme, de casi treinta kilómetros de longitud, que emprendió a principios del siglo XIX el emperador Gia Long. Muchos vietnamitas aún llaman al canal «río An Cuu», o *Song An Cuu*, y como tal aparece en muchos mapas, en parte porque la palabra «río» en vietnamita es *song*, y las palabras para decir canal, *song dao* (literalmente, «río excavado»), de modo que para decir correctamente en vietnamita «canal Phu Cam» hay que repetir *song*: *Song Phu Cam Song Dao*, algo que suena bastante extraño.

5. ALCOHOL DE CONTRABANDO Y HUEVOS DE PATO A MEDIO ECLOSIONAR

[1] Dado que los vietnamitas tienen tantos apellidos en común (hay al menos cinco Nguyen sin relación de parentesco entre sí en este libro) he escogido en algunos casos, como en este, utilizar el nombre de pila, Quang, que es como los individuos se suelen conocer entre sí.

[2] En la mayoría de las narraciones de la batalla se cita el nombre de la aldea como «Thon la Chu», que significa «Aldea de La Chu».

[3] Erik Villard, «The 1968 Tet offensive battles of Quang Tri City and Hue» (en adelante, Villard), Centro de Historia Militar, Ejército de Estados Unidos, 2008, pp. 26-27; y Jack Shulimson, Leonard A. Blasiol, Charles R. Smith y David A Dawson (en adelante, Shulimson), *U.S. Marines in Vietnam: The Defining Year, 1968*, División de Historia y museos, Cuartel, Cuerpo de Marines de Estados Unidos, 1997, capítulo 9, pp. 164-167.

[4] *Ao ba ba*, unas holgadas ropas de algodón negro, ideales para el clima vietnamita, que los estadounidenses llamaban pijamas.

[5] Capitán Paul N. Gray, comandante de la Fuerza de Patrulleras Fluviales de la Armada, conforme a Glenn E. Helm, «Surprised at Tet: U.S. Naval Forces in Vietnam, 1968», Mando de Historia y Herencia Naval, <http://www.history.navy.mil/research/library/online-reading-room/title-list-alphabetically/s/tet-offensive-vietnam-1968.html>. Helm dice que la preparación del EVN y el VC para el Tet constituye «uno de los fracasos de inteligencia más grandes de la era posterior a la segunda guerra mundial».

[6] Villard, p. 27.

6. *NHAN DAN*

[1] Dang lao dong Viet Nam, fundado en 1951, que posteriormente (en 1976) se convertiría en el Partido Comunista de Vietnam.

[2] Dang Kinh, *The Famous Guerrilla General* (en adelante, Kinh), Lao Dong Publishing House, 2013 (traducido para mí por Dang Hoa Ho), pp. 225-228.

[3] Comenzaba así: «“Todos los hombres son creados iguales; y son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.” Esta inmortal frase procede de la Declaración de Independencia de Estados Unidos de América, escrita en 1796. En un sentido más amplio, significa: todos los pueblos de la Tierra son iguales por nacimiento, y poseen el derecho a la vida, a ser felices y ser libres».

[4] Marilyn B. Young, *The Vietnam Wars, 1945-1990*, Harper Perennial, Nueva York, 1991, p. 172.

[5] Merle L. Pribbenow, «General Vo Nguyen Giap and the mysterious evolution of the plan for the 1968 Tet offensive» (en adelante, Pribbenow), *Journal of Vietnamese Studies* 3, n.º 2 (2008): 13.

[6] *Ibid.*, p. 12.

[7] *Ibid.*, p. 10.

[8] *Ibid.*, p. 5.

[9] Lien-Hang T. Nguyen, *Hanoi's War*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2012, p. 113.

[10] Pribbenow, p. 15.

[11] <http://giaoducthoidai.vn/thoi-su/ba-chuyen-dang-suy-ngam-ve-dai-tuong-vo-nguyen-giap-3000.html>

[12] Pribbenow, p. 19.

[13] William J. Duiker, *Ho Chi Minh*, Hyperion, Nueva York, 2000, p. 557.

[14] «Historia del Sexto Regimiento (Grupo Phu) 1965-2005», Registro oficial del mando militar y comité del partido del Thua Thien Hue. Énfasis añadido.

[15] Regresaría a su puesto como comandante supremo a mediados de febrero, una vez la ofensiva fue un hecho consumado.

[16] Todas las referencias a las experiencias de Nguyen Dac Xuan proceden de mi entrevista con él y de sus memorias, Nguyen Dac Xuan, *From Phu Xuan to Hue* (en adelante, Xuan), Tre Publisher, 2012, traducidas para mí por by Dinh Hoang Linh.

[17] Kinh, p. 234.

[18] «The Tri-Thien-Hue theater during the victorious war of resistance and national salvation against America (a draft)», Kieu Tam Nguyen (ed., en adelante, Kieu), *Committee for the Final Report on the War in the Tri-Thien-Hue Theater*, Thuan Hoa Publishers, 1985.

7. ANDY Y MIMI

[1] El asedio de Khe Sanh.

[2] Los tres batallones de la brigada eran el Primero de la Séptima, el Segundo de la Séptima y el Quinto de la Séptima. El de Westin se designaba como 5/7.

[3] Bell UH-1 Iroquois, helicóptero utilitario.

[4] Boeing CH-47, helicóptero bimotor de transporte.

[5] Tad Bartimus *et al.*, *War torn: Stories of war from the women reporters who covered Vietnam*, Random House, Nueva York, 2002, p. 26.

[6] *Ibid.*

[*] En este caso, las cornamentas no hacen referencia a una supuesta infidelidad, sino al deseo sexual (en inglés, *horny*, que a su vez deriva de *horn*, cuerno). (N. del t.)

[7] El ataque a la ZA Colt lo llevaron a cabo zapadores que se infiltraron en el campamento a través de sus defensas perimetrales, no a través de un túnel. El teniente Craig Pinchot murió a causa de una granada en la misma silla que Westin habría ocupado si no lo hubieran reasignado al campo de batalla.

[*] En *slang* estadounidense, *yo-yo* significa imbécil, novato, despistado; de las iniciales de *you're on your own*, «estás solo», pues es alguien incapaz de estar a la altura del equipo. (N. del t.)

8. BANH CHUNG Y GIO CHA

Mis entrevistas con Jim y Tuy-Cam Bullington.

9. SOLDADOS DE PALACIO

[1] Entrevistas con Tang van Mieu, Le Huu Tong y otros. También Nguyen Manh Ha, subdirector del Instituto de Historia Militar de Vietnam, Hanói.

[2] Entrevista con Nguyen Manh Ha, quien oyó contar la historia a Phieu en una rueda de prensa, para carcajadas generalizadas.

[3] Kinh.

10. ODIO EN LA SANGRE

[1] Eric Hammel, *Fire in the streets* (en adelante, Hammel), Pacifica Press, Pacifica, California, 1991, pp. xxiv-xxv.

[*] Legendario jugador de béisbol de las décadas de 1910 y 1920, famoso tanto por su habilidad deportiva como por su temperamento y racismo. (*N. del t.*)

[2] George W. Smith, *The siege at Hue* (en adelante, Smith), Lynne Rienner, Boulder, Colorado, 1999, pp. 57-58.

[3] Kinh.

[4] H. Norman Schwarzkopf, *It doesn't take a hero*, Bantam Paperback, Nueva York, 1992, p. 140.

[5] Papeles de Westmoreland, Biblioteca LBJ.

11. UNA NOCHE HERMOSA

Mi entrevista con Jim Coolican.

PARTE DOS

LA CAÍDA DE HUÉ
31 de enero de 1968

1. FUEGOS ARTIFICIALES

[1] El Séptimo Batallón Acorazado del ERVN.

[2] Le Minh, «Hue in Mau Than Campaign» (en adelante, Minh), *Song-Huong Journal* 29 (1988): 1-2.

[3] Entrevista con Nguyen Thu.

[4] Smith, frontis.

[5] Truong Sinh, «The Fight to Liberate the City of Hue During Mau Than Tet (1968)» (en adelante, Sinh), extractos del diario de Truong Sinh, *Hoc Tap* (un diario del Partido Comunista de Hanói), n.º 12 (diciembre de 1974): 80-93.

[6] Villard, pp. 28-29.

[7] *Ibid.*, p. 28.

[8] Sinh.

[9] *Ibid.*, pp. 80 a 93. También Minh, pp. 1-2.

[10] Sinh, p. 93.

[11] *Ibid.*

[12] Los combatientes del Frente Nacional de Liberación llevaban lanzacohetes B-40 y B-41 de fabricación soviética. Los soldados estadounidenses llevaban LAW (arma antitanque ligera) o bazucas (armas de la época de la segunda guerra mundial que disparaban una carga hueca de 1,6 kg). Todas eran, en realidad, granadas autopropulsadas, y para el propósito del libro las denominaré «granadas».

[13] Minh, p. 6.

[14] Villard, pp. 31-32.

[15] Nguyen Duc Thuan.

[16] Quang nunca me dijo el nombre de ese hombre porque, según él, aquel hombre llegó a una alta posición en el partido, y su antiguo servicio en el ERVN no es algo muy conocido.

[17] Tran Thi Thu Van, *Mourning Headband for Hue* (en adelante, Tran), Indiana University Press, Bloomington, Indiana, 2014, p. 12. Tran escribe con el seudónimo Nha Ca y acabaría convirtiéndose en una de las escritoras más célebres de Vietnam del Sur. *Nha Ca* significa «canción suave». Todos los datos acerca de sus experiencias y las de su familia proceden de este libro. Junto con su marido, Tran Da Tu, fue arrestada y encarcelada por el gobierno de Hanói tras la caída de Saigón, y su libro, usado como prueba de sus «crímenes de guerra».

2. LA BASE

[1] Los estadounidenses tenían ametralladoras M60.

[2] Hammel, p. 36.

[3] *Ibid.*, p. 39.

[4] Smith, p. 37.

[5] *Ibid.*, pp. 34-35.

[*] Los *montagnards* («montañeses») o *degar*, también llamados «pueblo de las montañas», son una minoría étnica de las Tierras Altas Centrales que colaboró activamente con Vietnam del Sur y Estados Unidos durante la guerra. (*N. del t.*)

[6] Señalado por Shulimson: Sinh, traducido de *Hoc Tap*, diciembre de 1974, Archivo de Hué, Caja del Tet, Archivos A&S, Indochina Archives, pp. 93-94.

3. UNA POTENTE PITÓN

[1] Transcripción de archivos del Consejo Nacional de Seguridad de la Biblioteca LBJ.

[2] Hoang Anh De.

[3] Nguyen Ta Thanh y Nguyen Quang Ha, *The Fire at the Citadel* (en adelante, Thanh), traducido y resumido para el autor por Dinh Hoang Linh, capítulo 7. Thanh era un oficial del FNL que escribió estas memorias años después.

[4] *Ibid.*, capítulo 9.

[5] *Ibid.*, capítulo 7.

[6] En el ejército norvietnamita, un teniente podía comandar un batallón, a diferencia del ejército estadounidense, en el que el rango es más o menos proporcional al tamaño de la tropa bajo su mando. En los marines, y en circunstancias normales, sería un teniente coronel el que comandase un batallón.

[7] Entrevista con el teniente Tang Van Mieu. Era comandante del Séptimo Batallón del Octavo Regimiento del EVN. El orden de batalla del FNL ha sido interpretado, desconcertantemente, de muchas maneras diferentes en narraciones estadounidenses previas, la mayoría de las veces de modo erróneo, entre ellas la historia oficial del Cuerpo de Marines de Estados Unidos de Shulimson. Parte de la confusión ha sido propagada por Vietnam. Hanói tenía varios nombres en código y números para designar a sus regimientos y batallones, y con frecuencia los cambiaba para hacer más difícil el rastreo de sus movimientos. Para que nos hagamos una idea de la complejidad, Dang Hoa Ho, un antiguo oficial del ejército vietnamita que me ayudó con la investigación, escribió: «Tomemos por ejemplo los tres regimientos a los que hoy se denomina Regimiento 3, Regimiento 6 (luego Regimiento 8) y Regimiento 9. A fin de mantener el secreto y crear confusión en el adversario, tenían los nombres de Grupo Phu Xuan (Regimiento 6), Grupo Song Lo (Río Lo, Regimiento 8, que pasó a ser Regimiento 3 en 1969) y Grupo Quang Trung (Regimiento 9). Las unidades mayores a menudo contenían unidades subordinadas con el mismo número de código: el Regimiento 8 tenía los batallones 7, 8 y 9; otro tanto ocurría con el Regimiento 9. Y esas unidades subordinadas en ocasiones se podían reestructurar. El Regimiento 8, que más tarde se designaría como Regimiento 3 o Grupo Song Lo (Río Lo) es un caso típico. Se fundó en 1959 como batallón, el Batallón 929. En 1965 se convirtió en regimiento, el Regimiento 29 de la División 325. Hubo varias divisiones 325, 325B y 325C, combatiendo en batallas en Quang Tri y en las Tierras Altas Centrales entre los años 1965 y 1969. Cuando lo anexionaron a la División 325, el Regimiento 29 recibió un nuevo número en código: se convirtió en el Regimiento 8 con el nuevo nombre en clave de Song Lo. Tras la Ofensiva del Tet se convirtió en el Regimiento 3 de la División 324. Tras eso, fue disuelto. ¡Creo que la historia de este regimiento, por sí sola, es suficiente para darte dolores de cabeza!».

[8] *Washington Post*, 1 de febrero de 1968, p. A4. La crónica procedía de «partes de noticias», es decir, que estaba hecha cortando y pegando informaciones de cables. Hanói aseguraba lo mismo acerca de Saigón, lo que era evidentemente falso.

[9] Thanh, capítulo 7.

[10] Xuan. Esto y lo que sigue procede tanto de sus memorias como de mi entrevista.

[11] Thanh, pp. 197-198 (informa de una entrevista que realizó a un joven que agonizaba y que identifica solo como Kham).

[12] *Ibid.*, capítulo 11.

4 UNA TARDE DE COMBATES CALLEJEROS

[1] Primer Batallón, Primera División, Compañía A (Alpha 1 / 1).

[2] En efecto, Batcheller había acabado atrapado en la Operación Damas de Westmoreland, así llamada porque implicaba reorganizar las unidades de marines por todo el mapa.

[3] En este caso, casetas temporales de madera.

[4] Concedieron a Ferguson la Medalla de Honor.

[5] Parte de la Operación Damas de Westmoreland. Shulimson, p. 105.

[6] *Ibid.*, p. 106.

[7] Los marines los llamaban Dusters, pero no eran los vehículos oruga M42 estándar del ejército. Eran camiones equipados con las mismas armas que los M42.

[8] M48, un tanque más grande, pesado y moderno que los empleados por el ERVN.

[9] Los Zippos eran tanques M67 A2 que, en lugar del cañón estándar de 90 mm común a los M48 A3 Patton, iban equipados con un lanzallamas que podía proyectar un chorro de napalm a unos 150 metros. Contenían un depósito de 1.000 litros de napalm.

[10] A diferencia del ejército, que tenía sus propios médicos, los marines utilizaban a los oficiales médicos de los hospitales de la Armada. No eran técnicamente marines, aunque vestían su uniforme. Algunos eran objetores de conciencia que habían optado por esta forma no violenta de servir.

[11] «Marines Under Fire», Kenneth N. Jordan, Sr., Publish America, 2008, edición Kindle, marcador 4014.

[*] Aunque el autor no lo explicita, *Gunny* era el apodo común para todo sargento de artillería (*gun* es arma en inglés). (N. del t.)

[12] *Ibid.* Una de las balas había atravesado el pecho de Moore, pero sobrevivió. Más tarde diría que la bala no le dio en el corazón porque lo tenía en la garganta.

[*] Texano de ascendencia mexicana. (*N. del t.*)

[*] Linieros (*linemen* en inglés) son los jugadores que componen la línea de *screamage*, tanto en funciones ofensivas como defensivas. (*N. del t.*)

[13] Ligato. Posteriormente a González le concederían la Medalla de Honor del Congreso. Canley recibiría la Cruz de la Armada.

[14] Concedieron a Batcheller la Cruz de la Armada.

[15] Ligato. Fraleigh sobreviviría para someterse a dieciséis operaciones quirúrgicas. Como sucedía a menudo en Vietnam, los hombres del escuadrón no solían volver a ver a los hombres evacuados del escenario de batalla. Ligato supuso que su amigo estaba muerto hasta que veinticinco años más tarde se puso de pie en una sala de banquetes a media luz y propuso un brindis por su amigo muerto. «Soy yo, gilipollas», dijo una voz desde la oscuridad. «No morí.»

5. UNA MISIÓN ESTÚPIDA

[1] Gravel emplearía posteriormente los términos «estúpida e imbécil» para referirse a la misión, en una carta personal a Batcheller, citada en Shulimson, p. 173.

[2] Shulimson, p. 173.

[3] El Sea Knight era un Boeing Vertol CH-46, que los marines apodaban «phrog», con motores a proa y popa. Fue el principal helicóptero de transporte empleado por los marines en la guerra de Vietnam.

[4] Resultó estar equivocado. Los guardias de la prisión resistieron hasta la noche siguiente.

[5] Jan K. Herman, *Navy medicine in Vietnam: Oral histories from Dien Bien Phu to the Fall of Saigon*, McFarland, Jefferson, Carolina del Norte, 2009, p. 218.

[6] Lucas, de veintiún años, procedente de Jackson Heights, Nueva York, murió.

[7] A Kirkham, de veintidós años, procedente de Brookfield, Wisconsin, se le concedió póstumamente la Estrella de Plata.

[8] Concedieron a Meadows la Medalla al Mérito de la Marina por sus acciones, un honor tan por debajo de las acciones que la justificaron que Downs me lo pintó como «un fracaso de la justicia».

[9] Lauver recibió una herida leve en la pantorrilla y lo evacuaron con los demás heridos a Phu Bai. Le concedieron la Estrella de Plata por sus acciones aquel día.

[10] Ligato.

[11] Smith, p. 54.

[12] Coolican. Murphy recibió póstumamente la Estrella de Plata.

[13] Ligato.

[14] Shulimson, p. 174.

PARTE TRES

FUTILIDAD Y NEGACIÓN

Miércoles 31 de enero – viernes 2 de febrero

1. ARROZ IR8

[1] Rostow había propuesto una vez desplegar veinticinco mil soldados a lo largo de la frontera entre Vietnam y Camboya para detener la infiltración de soldados norvietnamitas, sin darse cuenta de que en un terreno tan escarpado y montañoso, una fuerza de esa cantidad se vería «completamente devorada [y sería] ineficaz». *B&B*, p. 152.

[2] Rostow había escrito un libro, *The stages of economic growth: A non-communist manifesto*, en el que argumentaba que si se espoleaba el crecimiento económico en países pobres mediante inversiones, se los dirigiría de un modo natural hacia el capitalismo y la democracia.

[3] Rostow tendría razón, a la larga, aunque la introducción de la nueva tecnología no tendría ningún efecto hasta después de la guerra, cuando las cosechas cada vez más abundantes convertirían al país, por entonces comunista, en un gigantesco exportador de arroz.

[4] Hedrick Smith, «US officials say North Vietnam also gained at Dak To», *New York Times*, 29 de noviembre de 1967, p. 14.

[5] Notas de la reunión de LBJ con congresistas demócratas, 30 de enero de 1968, Colección de la Biblioteca LBJ.

2. TANTOS COMO HORMIGAS

[1] Tran, p. 16.

[2] Con toda probabilidad, Batcheller y la Compañía Alpha yendo hacia el puente An Cuu.

[3] Tran escribió que los vehículos que regresaban eran «muy pocos», y teniendo en cuenta el lugar y la cronología del incidente, se trataba con toda probabilidad de los dos camiones cargados con heridos y muertos que enviaron hacia Phu Bai.

[4] Radio Hanói transmitiría posteriormente extractos de sus declaraciones. Ambas mujeres serían liberadas un mes después, tras considerárselas amigas del pueblo vietnamita. Mary Hershberger, *Traveling to Vietnam: American peace activists and the war*, Syracuse University Press, Syracuse, Nueva York, 1998, pp. 150 a 154.

3. ¿ASÍ QUE QUIERES IR A VIETNAM?

[1] Compañía Foxtrot, Segundo Batallón del Quinto Regimiento de Marines.

[2] Comandante, Segundo Batallón del Quinto Regimiento de Marines.

[3] Tom Martin dice recordar esto nítidamente: «Y las palabras que nunca olvidaré de esa respuesta, “No se preocupe, Rockmat Seis, va a ir adonde hay más de los que podrá contar”». Pero Mike Downs dice que duda de que en aquel momento nadie supiera lo suficiente acerca de lo que ocurría en Hué como para decir algo así.

[4] Chris Brown.

[5] Los Sea Knights eran Boeing Vertol CH-46, helicópteros medios de dos motores empleados por los marines.

[6] Danny «Arkie» Albritton.

[7] Dan Carter. El momento queda también reflejado en Keith Nolan, *Battle for Hue: Tet, 1968* (en adelante, Nolan), Presidio Press, Novato, California, 1983, p. 32.

4. SE HABÍA LOGRADO LA CONSTERNACIÓN

[1] Charles Mohr, «Vietcong press guerrilla raids; Martial law declared by Thieu» (en adelante, Mohr), *New York Times*, 1 de febrero de 1968, p. 1.

[2] Teniente general Frederick C. Weyand, conferencia de prensa, 1 de febrero de 1968.

[3] Mohr.

[4] Shulimson, p. 176.

[5] Los batallones Segundo y Tercero del Tercer Regimiento Acorazado.

[6] Primer Batallón del Tercer Regimiento del ERVN.

[7] Shulimson, p. 175.

[8] Sawada sería capturado y ejecutado por fuerzas comunistas en Camboya tiempo después.

[9] «Allied attack stalls in Imperial Capital», *Washington Post*, 3 de febrero de 1968, p. A1.

[10] Se concedió al teniente Richard Horner la Medalla de Plata. Se recuperó de sus heridas y regresó a la Compañía Fox tras el final de la batalla.

[11] Murió al día siguiente en el centro de triaje de Phu Bai.

[*] En jerga militar, *Rest and Recuperation*, «descanso y recuperación». (N. del t.)

[12] Una de sus fotos, tomada mientras los tanques comenzaban a remontar la calle, se publicó en la revista *Life* del 16 de febrero de 1968 (en adelante, *Life* 16/2/68), pp. 26 y 27. La mujer de Chris Brown, Madeline, se horrorizó cuando supo que él estaba en medio del combate. La foto mostraba al oficial médico Gosselin y a Henschel derribados en la acera, y a una hilera de marines agachados a cubierto tras el tanque. Ella recortó la foto y se la envió, y Brown puso el nombre de todos los que estaban en la foto y se la envió de vuelta. Muchos años más tarde visitó el estudio del fotógrafo en Nueva York, y le dieron copias de toda la terrorífica secuencia.

5. LOS SNUFFIES Y LA MUJER MÁS DURA DEL MUNDO

[1] «... But Not in Hue/ VC repulse attacks in Hue, retain partial control», *Washington Post*, 2 de febrero de 1968, p. A1.

[2] Gene Roberts, «Enemy maintains tight grip on Hue», *New York Times*, 2 de febrero de 1968, p. 1.

[3] Se trataba claramente de la Compañía Golf.

[4] Papeles de Walt Rostow, Biblioteca LBJ.

[5] Papeles de Westmoreland, Biblioteca LBJ.

[6] Gene Roberts tuvo acceso regular al jefe de la oficina de la CIA en Saigón, y en ocasiones pasó tiempo con Westmoreland. Su impresión fue que el general intentaba continuamente ofrecerle una versión más optimista de la guerra. «Cuando Creighton Abrams sustituyó a Westmoreland quedó claro que desconfiaba del sistema de informes hacia arriba, en la cadena de mando militar, que tenía tendencia a decir a los altos rangos lo que querían oír», me contó Roberts. «Abrams, en cambio, invitaba a sargentos del campo de batalla a comer cada semana, más o menos, les ponía bebida delante y conseguía que le dijeran qué estaba pasando realmente. Me impresionó. Nunca pregunté a Abrams sobre su relación con la CIA, pero la impresión general que tuve fue que no era hostil a ella, y que le gustaba tener tanta información (incluso información contradictoria) como pudiera acerca de las operaciones que se desarrollaban. Esa no fue nunca mi impresión con Westmoreland.»

[7] Papeles de Westmoreland, Biblioteca LBJ.

[8] Roberts.

[9] Parte de esto era falta de comprensión. Los periodistas, como Roberts, tenían que conseguir enviar rápidamente sus crónicas y negativos a fin de que se publicaran o emitieran a tiempo, y no podían hacerlo desde el campo de batalla.

[10] Stefan Zweig, *Marie Antoinette: The portrait of an average woman*, trad.: Eden y Cedar Paul, Garden City Publishing Co., Garden City, 1933. [Existe traducción al español: *María Antonieta*, Acantilado, Barcelona, 2014, trad. de Carlos Fortea.]

[11] Tran, p. 50.

[12] François Mazure, «Cathedral sanctuary in Hue», *Times* (Londres), 5 de febrero de 1968.

[13] Catherine Leroy, «A tense interlude with the enemy in Hue» (en adelante, Leroy), *Life*, 16 de febrero de 1968, pp. 23 a 29.

6. LLEGA EL CARRUAJE

[1] Compañía H del Segundo Batallón de Marines del Quinto Regimiento.

[*] Palabra que designa a los oriundos de Oklahoma, y que posee connotaciones conservadoras y religiosas. (*N. del t.*)

[2] Está en el Salón de la Fama del Fútbol Americano Profesional en Canton, Ohio, como el militar de máxima graduación que haya jugado jamás en la NFL (se retiró como teniente general).

[3] El batallón del EVN no sacó el máximo provecho de la oportunidad. Se dispersó sin atacar a la Compañía Echo.

PARTE CUATRO

CONTRAATAQUE EN EL TRIÁNGULO Y DESASTRE EN LA CHU

Sábado 3 de febrero – lunes 5 de febrero

1. SUS MÁS Y SUS MENOS

[1] Capitán Jim Coolican, citado en Richard Oliver, «Battle of the Perfume River», *Times* (Londres), 3 de febrero de 1968, p. 8.

[2] Shulimson, p. 176.

[3] Braestrup, vol. 2, p. 152. Esta cita de Wheeler se hacía eco especialmente de la famosa advertencia de Ho Chi Minh a los franceses, realizada veintidós años antes: «Mataréis a diez de nuestros hombres y nosotros mataremos a uno de los vuestros, pero al final seréis vosotros los que os cansaréis de esto».

[4] Transcripción de la entrevista publicada en el *New York Times*, el 5 de febrero de 1968, p. 15.

[5] Nguyen Manh Ha.

[6] Papeles de Westmoreland, Biblioteca LBJ.

[7] *Ibid.*

[8] Carroll Kilpatrick, «LBJ calls uprising failure; Viet enemy holds on in Hue; Thieu asks heavier raids», *Washington Post*, 3 de febrero de 1968, p. 1.

[9] El general Loan ejecutó al prisionero, capitán de un equipo insurgente llamado Nguyen Van Lem, después de encontrarlo cerca de una tumba acabada de cavar, con treinta y cuatro cuerpos. Lem había matado antes a un coronel survietnamita y a su familia, incluida su madre de ochenta años. La famosa fotografía fue obra de Eddie Adams, fotógrafo de AP, que ganó un Pulitzer. El cámara de la NBC Vo Suu también captó la ejecución. La imagen se convirtió en un icono que simbolizaba la brutalidad e injusticia del aliado de Estados Unidos y de la guerra. Adams se lamentaría, años más tarde, por su notoriedad.

[10] *New York Times*, 4 de febrero de 1968, p. 11.

[11] *Times* (Londres) 3 de febrero de 1968, p. 9.

[12] Joe Alsop, «Red raids on cities are sign of weakness, not strength», *Washington Post*, 2 de febrero de 1968, p. A18.

[13] Braestrup, vol. 2, p. 156.

[14] *Ibid.*, pp. 157-158.

[15] Desde la perspectiva que da el tiempo, este comentario del presidente revela cuán poco sabía —o comprendía— la Casa Blanca de las maquinaciones de Hanói, en donde en aquel momento Ho Chi Minh era una figura de escasa relevancia (convaleciente de una enfermedad en China), apenas en posición de «ordenar» los ataques, y cuyo apoyo a la Ofensiva de Tet era tibio en el mejor de los casos.

[16] Oberdorfer, p. 169.

[17] Bunker incluyó el párrafo al final de una detallada respuesta de muchas páginas a un discurso contra la guerra del senador Ted Kennedy.

[18] Oberdorfer, p. 172.

2. TFP

[1] Charles A. Krohn, *The Lost Battalion* (en adelante, Krohn), Praeger, Westport, Connecticut, 1993, p. 55.

[2] La división contaba también con unidades de artillería, helicópteros y un componente de apoyo.

[3] La tradición gana a la sencillez en la numeración de estas unidades, de modo que se las conocía no como la Primera, Segunda y Tercera brigadas, sino como la Séptima, Octava y Decimosegunda de Caballería.

[4] En vietnamita, Song Huong significaba «el río Huong», de modo que «el río Song Huong» significaba «el río Río Huong».

[5] Charles Baker, *Gray Horse Troop* (en adelante, Baker), Powder River Publications, 2013, p. 80; Krohn, p. 60.

[6] Gerald McLain, *A Vietnam Tour Through My Eyes* (en adelante, McLain), Independent Publishing Corporation, 2014, p. 277.

[7] Memorias de Dentinger: <http://www.12thcav.us>.

[8] El 29º Regimiento de la 325C División de Infantería del EVN.

[9] McLain, p. 278.

[10] Krohn, p. 72.

[11] *Ibid.*, p. 74.

[12] *Ibid.*, p. 75.

3. ERNIE EL GRANDE

[1] Shulimson, pp. 179-180; Smith, p. 95. Entrevista con Cheatham realizada por la Oficina de Medicina y Cirugía de la Armada de Estados Unidos en octubre de 2005, https://archive.org/stream/CHEATHAMErnest/CHEATHAM%20Ernest_djvu.txt.

[*] El nombre puede dar lugar a equívocos: «rifle sin retroceso» se refiere al mecanismo de disparo del cañón, no a que este carezca del consabido retroceso al disparar. Como se verá más adelante, el retroceso de estas armas era tremendo. (*N. del t.*)

[2] Programa de Historia Oral del Cuerpo de Marines; entrevista en el campo de batalla durante la batalla por la ciudad de Hué, Vietnam, 24 de septiembre de 1968. Entrevista de campo número 2511; teniente coronel Ernie Cheatham (en adelante, Cheatham).

[3] Librada en septiembre de aquel año, fue la primera de dos grandes batallas por retomar la ciudad. Las fuerzas comunistas arrasaron la ciudad por dos veces. Una fuerza de unos cuarenta mil marines y soldados de infantería del ejército la tomó en menos de una semana de intensos combates, que dejaron 280 estadounidenses muertos y otros 7.000 heridos. Los comunistas retomaron la ciudad ese mismo año y se libró otra batalla, aún mayor, entre el 31 de diciembre y el 7 de enero, en la que tomaron parte tropas del Ejército de Estados Unidos, británicas, tailandesas y surcoreanas, hasta un total de casi 150.000 hombres. Murieron más de 800 soldados aliados.

[4] Cheatham.

[5] Shulimson, p. 110.

[6] Jack Laurence, *The Cat from Hue* (en adelante, Laurence), PublicAffairs, Nueva York, 2002.

[7] Primer Batallón del Primero de Marines.

[8] Laurence, p. 19.

4. AMO A LOS PUTOS MARINES

[1] Leroy, p. 24.

[2] Gene Roberts, «Attacks on Hue fail to rout foe», *New York Times*, 5 de febrero de 1968, p. 1.

[*] Bizcocho típico de Estados Unidos, con abundancia de mantequilla y una miga densa y firme. (*N. del t.*)

[*] En la marinería inglesa se da este nombre a las letrinas por estar situadas, históricamente, en la proa de los barcos. En la marinería española, aunque estaban también situadas en la zona de proa (las más de las veces, en los beques), se las denominaba «jardines». (*N. del t.*)

[3] Gene Roberts, «U.S. Marines in Hue drive Wedge into enemy units» (en adelante, «crónica Wedge»), *New York Times*, 6 de febrero de 1968, p. 1.

[4] Alvin B. Webb Jr., «Struggle for Hue is deadly», *Philadelphia Inquirer*, 5 de febrero de 1968, p. 1.

[5] Gene Roberts, «U.S. Marines seize a third block of Hue», *New York Times*, 4 de febrero de 1968, p. 1.

[6] «Crónica Wedge», p. 1.

[7] Stuart I. Rochester y Frederick Kiley, *Honor bound: American prisoners of war in Southeast Asia, 1961-1973*, Naval Institute Press, Annapolis, Maryland, 1999, p. 452. DiBernardo y los otros cuatro hombres —los sargentos del Ejército John Anderson, Donat Gouin y Harry Ettmueller, y el cabo de marines John Deering— serían retenidos como prisioneros de guerra hasta 1973.

5. LA ESCAPADA

[1] Krohn, p. 77.

[2] Entrevista con Lewis «Budd» Jeffries.

[3] Krohn, p. 132.

[4] Según Krohn, el hombre nunca sufrió castigo alguno. Le concedieron el regreso a casa cuando su madre murió, y desertó. Krohn, p. 103.

[5] *Ibid.*, p. 105.

[6] *Ibid.*, p. 77.

[7] Krohn, correo electrónico al autor.

[8] McLain, pp. 282-283.

[9] El récord se consiguió. El 2/12 de Caballería envió al barco el estandarte de una de sus compañías como muestra de agradecimiento.

6. AGARRADOS AL CINTURÓN DEL ENEMIGO

[1] El 804º del Cuarto Regimiento del EVN, que también incluía elementos del Vietcong (muchos, prisioneros liberados) y milicianos locales.

[2] Hoang me dijo que la fuerza de Cheatham tenía también un batallón surcoreano y uno del ERVN, pero no hay pruebas que lo apoyen.

[3] Hoang Anh De.

[4] Gene Roberts, «Enemy's Soviet-designed rifle slows Marines' drive in Hue», *New York Times*, 6 de febrero de 1968, p. 17.

[5] Smith, p. 96.

[6] Shulimson, p. 180.

[7] Hoang Anh De.

7. LA ESCUELA JEANNE D'ARC

[1] Hammel, p. 99.

8. ¡MIRA TU PATÉTICO CULO!

[1] Laurence, p. 25.

[2] *Ibid.*

[3] Keith Kay.

[4] Hammel, pp. 158-159.

[5] *Ibid*, pp. 161-162.

[6] Parecía malherido, pero la metralla no había tocado sus huesos tampoco, y lo dejó sangrando, con los pantalones desgarrados pero, por lo demás, relativamente indemne. Otro marine, John Griswold, recibió metralla en ambas piernas pero tampoco sufrió heridas graves. Sus heridas fueron suficientes para sacarlo de Hué.

[7] Actualmente hay una pequeña placa conmemorativa en el edificio en memoria de los siete que murieron.

9. LA TRISTE RIBERA DEL AQUERONTE

[1] Shulimson, p. 182.

[2] *New York Times*, 5 de febrero de 1968, p. 1.

[3] El crucero ligero con identificativo de llamada «Northampton», que Budd Jeffries, el oficial de apoyo aéreo del batallón, no pudo identificar (no había ningún USS *Northampton* en servicio) y el USS *Lynde McCormick*, un destructor.

[4] Los regimientos Primero y Tercero del ERVN, los Hac Bao, la Séptima y la Novena divisiones aerotransportadas y los 3 / 7 y 4 / 5 de Caballería. Smith, p. 122.

[5] El Tercer Batallón del Séptimo Regimiento del ERVN.

[6] Charbonneau.

[7] Nolan, p. 92.

[8] Dante Alighieri, *Divina comedia*, Canto 3: *Allí, bajo un cielo sin estrellas, resonaban suspiros, quejas y profundos gemidos...*

[*] Meperidina o petidina, un analgésico opiáceo. En España se lo conoce como Dolantina.
(*N del t.*)

PARTE CINCO

ARRASAR EL TRIÁNGULO *Martes 6 de febrero – lunes 12 de febrero*

1. BANDERAS DE RENDICIÓN, BANDERAS DE ESPANTO

[1] El recuento oficial de esta oleada inicial de muertes fue de trescientos. Kieu, p. 142.

[2] Durante el combate se capturó una lista de estos objetivos de varias páginas. Encontré una copia traducida, «Situación de objetivos en Ciudad de Hué», en los Archivos Nacionales.

[3] Hoang Thanh Tung.

[4] Según Cao Van Sen, el condecorado combatiente del Vietcong que entregó la bandera de la Alianza en el mástil de la Ciudadela, las represalias se les fueron de las manos: «Fue un error, en realidad. Castigaron a muchos civiles cristianos. Los mataron, de hecho, porque los consideraban traidores que ayudaban al ERVN. Posteriormente se reprochó duramente a esos soldados [...] Tenían motivos personales, por causa de algunos individuos furiosos».

[5] Entrevista con Nguyen Co Thanh. Mai Van Ngu (Hoa), ya fallecido, huyó con las fuerzas comunistas cuando la ciudad cayó. Posteriormente fue capturado por fuerzas del ERVN y encarcelado en la isla Con Dao, el lugar de las tristemente célebres «jaulas de tigre». Regresó a Hué en 1975 como «héroe» de la revolución.

[6] Entrevista con Nguyen Cong Minh en la WBGH,
http://openvault.wgbh.org/catalog/V_A871CFC59DC1460DA8775733E0AD8D15

[7] Tran, pp. 213 a 215. Tran (que escribe bajo el seudónimo Nha Ca) identifica a este «Dac» como Nguyen Dac Xuan. Él ha negado el incidente por escrito y a mí, personalmente, durante la entrevista que le hice en Hué, en febrero de 2016. Xuan ha empleado mucho tiempo y energía intentando refutar las narraciones en que Tran y otros lo acusan de tener responsabilidad directa en las atrocidades de Hué en febrero de 1968. Admite que hubo asesinatos de inocentes y culpables, y que las purgas escaparon al control, pero niega toda implicación personal.

[8] Pese a su negativa, parece plausible que «Dac» y «Xuan» sean la misma persona. Teniendo en cuenta la acusación de que participó en los asesinatos y crueldades de aquellos días, es comprensible que Xuan, un respetado profesor de Historia de la Universidad de Hué, no quiera verse implicado en tales cosas. En sus memorias, Xuan relata que de joven le disgustaba el nombre *Xuan* y era reacio a usarlo: «Con anterioridad, había odiado mi nombre, Xuan, dado que coincidía con el de las chicas que servían a los ricos de la ciudad. Durante esta histórica época, me vi de repente entusiasmado con un nombre tan extraño. Discretamente agradecí a mi madre por haber escogido el nombre de la antigua capital de Quang Trung, donde nací, como mi nombre de pila. Estos pensamientos más de una vez me entretuvieron y me hicieron perder el paso y caer por pendientes de gravilla o arrozales» (capítulo 5, p. 2). Si bien no dice claramente que empleara su otro nombre, *Dac*, es una alternativa probable. En otra obra en la que narra los acontecimientos de esa época, *Una estrella sobre Phu Van Lau*, el autor, Hoang Phu Ngoc Tuang, se refiere en todo momento a Xuan como *Dac*. Tran está segura de que *Dac* era Nguyen Dac Xuan y nadie más.

[9] Tran, p. 214.

[10] Xuan, en la entrevista que le hice (febrero de 2016): «Yo no era un general, solo era un civil, pero me consideraba uno de los líderes de los acontecimientos del Mau Than [año del mono], era tan ingenuo [...] Lamento mucho que durante la guerra no pudiéramos evitar tantos errores [...] Hubo crueldad a causa de la ingenuidad [...] lamento mucho que durante la guerra no pudiéramos evitar muchos errores».

[11] *Diario* de Nguyen Dac Xuan, capítulo 11, pp. 7-8.

[12] No hay registro alguno de soldados coreanos que combatieran en la batalla de Hué, aunque he oído este rumor muchas veces, tanto en boca de soldados como de civiles vietnamitas.

[13] Le Cong Thanh. Khoa era su tío abuelo.

[14] Tran, p. 52.

[15] *Ibid.*, p. 56.

[16] *Ibid.*, p. 75.

[17] *Ibid.*, p. 77.

[18] Tuy-Cam y James Bullington.

2. ALGO VA MAL ALLÍ

[1] Papeles de Westmoreland, Biblioteca LBJ.

[2] Cable de Westmoreland a Wheeler, 3 de febrero de 1968, papeles de Westmoreland, Biblioteca LBJ. El énfasis es mío.

[3] John W. Finney, «Anonymous Call Set Off Rumors of Nuclear Arms for Vietnam», *New York Times*, 13 de febrero de 1968, p. 1.

[4] Notas de encuentros de la NSC, papeles de Walt Rostow y papeles de William Westmoreland, Biblioteca LBJ. A lo largo de los cuatro primeros meses de 1968 se arrojaron más de cien mil toneladas de explosivos en el área, de trece kilómetros cuadrados. Se trata de uno de los bombardeos aéreos más concentrados de la historia, según George C. Herring, *America's Longest War*, McGraw-Hill, Nueva York, 1979, p. 145.

[5] Papeles presidenciales, Biblioteca LBJ.

[6] Cable de Westmoreland al general Wheeler y el almirante Sharp, 3 de febrero de 1968, papeles de Westmoreland, Biblioteca LBJ. El énfasis es mío.

[7] Oberdorfer, p. 175.

[8] *New York Times*, 1 de febrero de 1968, p. 26.

[9] Extractos del discurso de RFK, *New York Times*, 9 de febrero de 1968, p. 12.

[10] Walter Rugaber, «Civil Rights, Strong Challenge by King», *New York Times*, 11 de febrero de 1968, p. E4.

[11] Papeles presidenciales, Biblioteca LBJ.

[12] Papeles de Rostow, Biblioteca LBJ.

3. EL BARRIDO

[1] Shulimson, p. 188.

[2] El general Hughes, comandante en jefe en Hué, dijo: «Si hay que considerar una sola arma más eficaz que las otras, tiene que ser el cañón sin retroceso de 106 mm, especialmente en el M50 Ontos», Shulimson, p. 186.

[3] Entrevista con Hoang Anh De.

[4] Hammel, p. 186.

[5] Shulimson, p. 189.

[6] «U.S. Marines in Hue Drive Wedge Into Enemy Units», por Gene Roberts, *New York Times*, 6 de febrero de 1968.

[7] W. D. Ehrhart, *Vietnam-Perkasie: A Combat Marine Memoir*, University of Massachusetts Press, Amherst, 1983, pp. 9-10.

[8] *Ibid.*, pp. 263–264, y entrevista con Ehrhart.

[*] No existe traducción más o menos exacta para este término peyorativo, bastante peor que *chink* («chinaco»). Sería el equivalente, en Vietnam, a la palabra *nigger* empleada por los racistas contra los negros. (*N. del t.*)

[9] Soukup, carta a Nolan, 24 de julio de 1980.

[10] *Ibid.*

[11] Shulimson, p. 185.

[12] Smith se retiraría con el cargo de general de división; Christmas, con el de teniente general; Downs, con el de general de brigada, y Meadows, como coronel.

[13] Hammel, p. 227.

[14] «Crónica Wedge.»

[15] LCU de la Armada (Landing Craft Utility, «vehículo de desembarco»).

[16] Se trata de cálculos a la baja. Solo el batallón del Ejército del coronel Sweet, que se había visto atrapado al noroeste de la ciudad, había perdido la mitad de sus efectivos: cerca de doscientas bajas.

[17] James Reston, «Washington: The Flies That Captured the Flypaper», *New York Times*, 7 de febrero de 1968, p. 46.

4. RESISTIR

[1] Tu Minh y Nam Long.

[2] Kinh, pp. 241-243.

5. VAUGHT

[1] Krohn, p. 120.

[*] En los ejércitos se recomienda no saludar a los superiores en el campo de batalla, puesto que los identifica como mandos a ojos de los posibles francotiradores enemigos. (*N. del t.*)

[2] Mi empleo del término peyorativo *amarillo* a la hora de presentar la mentalidad de marines y soldados se basa en su uso del término en entrevistas conmigo. En estos casos, y extraído de sus declaraciones, intento transmitir lo que pensaban y sentían, lo que incluye sus actitudes a veces ofensivas hacia los vietnamitas.

[*] Héroe de la segunda guerra mundial (1925-1971), el soldado estadounidense más condecorado de aquel conflicto. Tras la guerra fue actor y productor cinematográfico. (*N. del t.*)

[3] Krohn, p. 126.

[4] Baker, p. 88.

[5] Entrevista con Don Bowman, oficial de operaciones de la Tercera Brigada, 1.a División de Caballería.

[6] Hammel, p. 316.

6. QUE SE JODA, VA CON EL OTRO BANDO

[1] Gene Roberts, «Marine Squad Rides to Battle on Motorcycles», *New York Times*, 8 de febrero de 1968, p. 14.

[2] H. D. S. Greenway, *Foreign Correspondent: A Memoir* (en adelante, Greenway), Simon & Schuster, Nueva York, 2014, p. 65. Greenway escribe que posteriormente se sintió decepcionado consigo mismo por no haber cogido el arma. «No estoy orgulloso de aquella tarde [...] Años más tarde, Gene y yo estábamos comiendo juntos en Nueva York y me dijo que creía que yo había hecho lo correcto en aquellas circunstancias. Pero yo creo que fue él quien hizo lo correcto.»

[3] Gene Roberts, «Hue to Danang: A Perilous Boat Ride», *New York Times*, 11 de febrero de 1968, p. 1. Historia complementada con mi entrevista con Roberts.

7. EL INFIERNO ES UNA MIERDA

[1] Courtney era tan querido por sus hombres que uno de ellos, Merrill Ludwig, tiene un gran tatuaje en el brazo en su recuerdo.

[2] En lugar de ello, Smith hizo evacuar a Courtney. Le habían herido días atrás y había insistido en quedarse. Smith le dijo que tenía que aprovechar la herida para salir de Hué «con la puesta de sol», algo que divirtió a Courtney, el tejano. Regresó menos de una semana después, cuando Gravel se hubo calmado. El coronel no prosiguió con la petición de consejo de guerra.

[3] John Laurence; notas de los archivos de David Halberstam (en la Universidad de Boston) para su libro *The Powers That Be*, y del libro mismo, p. 512; también de Douglas Brinkley, *Cronkite*, edición Kindle, capítulo 22, marcador 6290.

[4] Las escenas de combate mostradas en la emisión eran obra de John Laurence y Keith Kay, Don Webster y John Smith, George Syvertson y Kurt Volkart, junto con un buen número de operadores vietnamitas que ayudaron con el sonido. Cronkite, al parecer, escribió en persona la crónica, según una entrevista que David Halberstam hizo al productor ejecutivo del programa, Ernest Leiser, para su libro *The Powers That Be*. Laurence señala que la narración «suena» como Cronkite. ¿Quién más, se pregunta, se habría referido en 1968 a sí mismo como «este periodista»?

[5] Michael Herr, *Dispatches* (en adelante, Herr), Knopf, Nueva York, 1977, p. 73. [Existe edición en español: *Despachos de guerra*, Anagrama, Barcelona, 2013. Trad.: J. M. Álvarez Flórez y Ángela Pérez.]

[6] *Ibid.*, pp. 73-74.

[7] O bien Herr se confundió de edificios o exageraba. La Universidad de Hué no sufrió daños importantes durante la batalla.

[8] Herr ofrecía fielmente los cálculos que hacía el CAMV, incorrectos.

[9] Carol Polsgrove, *It Wasn't Pretty Folks, But Didn't We Have Fun?*, W.W Norton, Nueva York, 1995, p. 174.

[10] Smith, p. 111.

[11] Laurence.

8. SU RAREZA REAL

[1] Pelotón de Armas de 4,2 pulgadas, Batería de Morteros, Primer Batallón, Decimoprimerá de Marines de la Primera División de Marines. Eran parte del Grupo Operativo X-Ray y su distintivo de radio era «Whiskey X-Ray».

[*] Prisionero de guerra. En el original, POW, acrónimo de *prisoner of war*. (N. del t.)

[2] Peter Braestrup, «Weather and Thin Ranks Slow Marines' Tough Fight in Hue» (en adelante, Braestrup 12/2/68), *Washington Post*, 12 de febrero de 1968, p. 1.

[3] Cable de Bunker a Cushman, 16 de febrero de 1968, papeles de Westmoreland, Biblioteca LBJ.

[4] Brastrup 12/2/68.

[5] Los reclutados cumplían dos años de servicio; quienes se alistaban solían firmar por cuatro años.

[6] Dale A. Dye, *Citadel, a novel*, Diamond Books, 1994, p. 147. *Citadel...* es el título para Reino Unido de la edición de Diamond Books de *Run Between the Raindrops*, Avon, Nueva York, 1985 (y ediciones posteriores).

[7] Nolan, p. 178.

[8] Lonny Connolly.

[*] Acrónimo de *Headquarters and Services*, «Cuarteles y Servicios». Está formada por los cuarteles del batallón y su personal de mando y servicios. (N. del t.)

[9] West fue evacuado a Phu Bai y sobrevivió. Le concedieron la Estrella de Bronce con la «V» de Valor, pese a que Smith había recomendado una condecoración más alta. A los marines no les gustó mucho que perdiera su tanque.

[10] Tanto que nadie, posteriormente, recordaría su verdadero nombre. Lo llamaban *Scooby*, lo hirieron y evacuaron al final de la batalla y ninguno de los miembros de su unidad de tanquistas lo volvió a ver.

9. COMO HOMBRES QUE HABÍAN CAÍDO DEL CIELO

[1] Hoang Thi No combatió en Hué hasta el día 26 de febrero. Tras ello, se unió a un pelotón femenino del Vietcong llamado Vo Thi Sau, que combatió hasta el final de la guerra. Regresó a su aldea en 1975 como célebre miembro de las por entonces ya famosas Chicas del Río Huong. Se convirtió en una importante funcionaria del partido y como tal trabajó hasta su retiro.

[2] Hammel, p. 248.

PARTE SEIS

RETOMAR LA CIUDADELA

Domingo 11 de febrero - domingo 25 de febrero

1. JODIDOS EN RACIMO

[*] En la jerga militar estadounidense, *clusterfucked* significa padecer un resultado catastrófico debido a una flagrante incompetencia, habitualmente de los mandos. (*N. del t.*)

[1] Posteriormente trabajaría como director de la Academia de Preparación Física de los Marines en Quantico, que entrena a los instructores físicos del Cuerpo.

[2] Smith, p. 129.

[3] Nicholas Warr, *Phase Line Green* (en adelante, Warr), Naval Institute Press, Annapolis, Maryland, 1997, p. 87.

[4] Memorando de Wheeler al presidente, 9 de febrero de 1968, Biblioteca LBJ.

[5] Warr, p. 89.

[6] *Ibid.*, pp. 91-92.

[7] *Ibid.*, p. 92.

[8] Shulimson, pp. 194-195.

[9] No tiene ninguna relación con el jugador de béisbol del Salón de la Fama.

[10] Warr, p. 109.

[11] *Ibid.*, pp. 113-128.

2. NO DUDAMOS DEL RESULTADO

[1] Bernard Weinraub, «Saigon's Authority Believed to Be in Critical Stage», *New York Times*, 11 de febrero de 1968, p. 3.

[2] «Hanoi attacks, and scores a major psychological blow», *Newsweek*, 12 de febrero de 1968, p. 23. El énfasis es mío.

[3] Centro Miller.

[4] *Ibid.*

[5] Braestrup, vol. 1, p. 190.

[6] *Time*, 14 de febrero de 1968, pp. 1 y 34.

[7] «Viet-Bound Troops Get LBJ Sendoff», UPI, *Philadelphia Inquirer*, 18 de febrero de 1968, p. 1.

3. AGENTES ALEATORIOS DEL DESASTRE

[1] Smith, p. 139.

[2] *Ibid.*

[*] El autor hace referencia a los martes de micrófono abierto del club Gerdes Folk City de los años sesenta, germen de la contracultura pacifista y opositora a la guerra. *(N. del t.)*

[3] Morrow intentaría posteriormente pasar música de Trinh a Joan Baez, en California, pero los guardaespaldas le impidieron la entrada.

[4] Herr, p. 79.

[5] *Ibid.*, p. 74.

[6] *Time*, 16 de febrero de 1968, p. 20.

[7] Halberstam, p. 512.

[8] Carta de Laurence a Halberstam, 1 de junio de 1974.

4. PRIMER CONCURSO ANUAL DE TIRO AL PAVO DE LA CIUDAD DE HUÉ

[1] Warr, p. 133.

[2] *Ibid.*, p. 135.

[3] Thomas A. Johnson, «Vietcong Continue to Hold Out in Central Hue Despite Marine Attacks», *New York Times*, 14 de febrero de 1968, p. 3.

[4] Años más tarde, Berntson no conseguiría recordar el auténtico nombre del marine.

[5] Shulimson, p. 205, y Smith, p. 145.

[6] Smith, p. 146.

5. LA TORRE

[1] Whitmer y Harrington.

[2] Gene Roberts, «Jets Hammer at Hue Citadel», *New York Times*, 15 de febrero de 1968, p. 3.

[3] Smith, p. 142.

[4] Thomas A. Johnson, «U.S. Marines Gain 200 Yards in Day at Hue's Citadel», *New York Times*, 16 de febrero de 1968, p. 1.

[5] Era Dennis Michael, cuya muerte se describe en Parte Seis, Capítulo 8.

6. LEFTY

[1] Al capitán Harrington le cayeron palos posteriormente por no retirar a Thoms de la batalla tras recibir heridas que lo hacían acreedor de tres Corazones Púrpura.

[2] Eshelman. Según Nguyen Quang Ha, un batallón que combatía en la Ciudadela sufrió tantas bajas (150 en un día) que esa misma tarde intentaron retirarse, solo para ser bombardeados (Nguyen atribuye esto a un ataque con B-52) tan gravemente que todo lo que quedaba de la fuerza fue eliminado.

[3] En la entrevista que le realicé, Tang Van Mieu primero acusó a los estadounidenses de emplear civiles como escudos humanos, y más tarde admitió haber hecho lo mismo. Ambos bandos se acusaban mutuamente de esta práctica, y aunque no era política oficial de ninguno de ellos, es fácil imaginar soldados o unidades aprovechando la proximidad de civiles bajo aquellas circunstancias.

7. ¿POR QUÉ ESTÁIS HACIENDO ESTO?

[1] Thomas A. Johnson, «Hue's Mayor Says Foe Executed 300», *New York Times*, 12 de febrero de 1968, p. 1.

[2] Tran, pp. 265-266.

[3] *Ibid.*, p. 279.

[4] *Ibid.*

[5] *Ibid.*, p. 276.

[6] *Ibid.*, p. 268.

[7] *Ibid.*, pp. 266-267 y 270.

[8] Véanse mis comentarios acerca de Xuan en el Epílogo. En mi entrevista dijo que creía que iban a ejecutar a Le Quang, pero anteriormente me había dicho que muchos de los arrestados no eran condenados a muerte, sino tan solo a someterse a reeducación. «¿Entonces por qué supuso que iban a ejecutarlo?», pregunté. Xuan dijo que debido a los intensos combates y descargas de artillería era razonable suponer que ejecutarían a Le Quang, pero que no creía que fuese a ocurrir necesariamente a manos de sus captores. Por la extrema gratitud que expresó el fotógrafo, no me pareció que ni él ni Xuan estuvieran muy preocupados por que cayera un obús sobre ellos. Más bien me pareció que Xuan lo salvó de la ejecución.

8. ASÍ SON LAS COSAS

[1] «18 Days Under the Bed, He Eludes Foe in Hue», *Washington Post*, 20 de febrero de 1968, p. 14.

[2] Alvin B. Webb Jr., «Marines Face 9 Hue Blocks of Death, Terror», UPI, *Philadelphia Inquirer*, 18 de febrero de 1968, p. 1.

[3] Herr, p. 81.

[*] Literalmente, «cuello de cuero», término coloquial para referirse a los Marines de Estados Unidos y a la Infantería de Marina de Reino Unido. (*N. del t.*)

[4] Alvin Webb, «Fearful Price Paid for Four Blocks», *Times* (Londres), 21 de febrero de 1968, p. 6.

[5] Fred Emery, «N. Vietnamese Die Chained to Their Gun Posts», *Times* (Londres), 16 de febrero de 1968, p. 1.

[6] Nguyen Quang Ha y Le Huu Tong.

[7] El tetraskel budista es un antiguo símbolo de buena suerte. Sus aspas están dobladas en sentido horario, mientras que en el símbolo nazi lo están en el sentido contrario.

[8] Felix Bolo, «White Flag That Brought Only Hail of Bullets and Civilian Deaths», *Times* (Londres), 22 de febrero de 1968, p. 6.

[*] Sabores en polvo para mezclar con agua y crear bebidas. La marca se patentó en Nebraska en 1928. *(N. del t.)*

[9] Lee Lescaze, «Hue Marines, Bitter as They Are Brave», *Washington Post*, 20 de febrero de 1968, p. 1.

[10] Tras la guerra, Thompson visitó al hermano de McGonigal en Filadelfia, quien le confirmó que el sacerdote había ido a Vietnam «con ganas de morir».

[11] A ambos corresponsales, así como a Charles Mohr, se les otorgó posteriormente la Estrella de Bronce.

9. LA CHU

[1] Papeles de Westmoreland, Biblioteca LBJ.

[2] Bowman.

[3] Baker, p. 125.

[4] Mucho más tarde, en realidad. Casi cuarenta años después comenzó a sufrir intensos dolores en la rodilla derecha. Acudió a un cirujano traumatólogo, que halló una bala de AK-47 alojada en su articulación.

[5] Baker, pp. 130-131.

10. JAQUE MATE

[1] Smith, p. 154.

[2] Hammel, p. 303.

[3] Compañía Lima, Tercer Batallón, Quinto de Marines, comandada por el capitán John Niotis.

[4] Thomas A. Johnson, «Wary Hue Civilians Live Around the Battle», *New York Times*, 21 de febrero de 1968, p. 3.

[5] «Vietcong Fight to the Death», *Times* (Londres), 16 de febrero de 1968, p. 10.

[6] Charles Mohr, «U.S. Marines Gain a Hue Objective, but Foe Fights On», *New York Times*, 23 de febrero de 1968, p. 1.

[7] Kinh, p. 244.

[8] Tang Van Mieu.

[9] «Hue Chief Issues Execution Order», *New York Times*, 21 de febrero de 1968, p. 1.

11. EL PRECIO

[1] Shulimson, p. 216.

[2] Las bajas entre los marines fueron de 142 muertos y 1.100 heridos (Shulimson, p. 213). El 2/12 de Caballería tuvo 81 muertos y 251 heridos (Krohn, p. 140). Krohn actualizó esta cifra en una edición de 2008 escribiendo, en la página ix: «En primer lugar, permítanme corregir las cifras de víctimas. Durante el período de seis semanas que describe el libro, la fuerza original del 2/12 pasó de quinientos hombres a menos de doscientos. Originalmente escribí que esto incluía a 60 muertos en combate y más de 250 heridos [...] Ahora sé que la cifra de muertos en combate fue de ochenta y uno, no sesenta». El 5/7 de Caballería Aérea sufrió 27 muertos y 203 heridos (Baker, p. 157).

[3] Papeles de Rostow, Biblioteca LBJ.

[4] Notas de las reuniones del presidente, 23 de enero de 1968, Biblioteca LBJ.

[5] 6 de marzo de 1968, cable del Consejo de Seguridad Nacional, archivos de la Biblioteca LBJ.

[6] Gene Roberts, «U.S. Command Sees Hue, Not Khesanh, as Foe's Main Goal», *New York Times*, 7 de marzo de 1968, p. 1.

[7] *Newsweek*, 19 de febrero de 1968.

[8] Louis Menand, «Seeing It Now, Walter Cronkite and the Legend of CBS News», *New Yorker*, 9 de julio de 2012.

[9] Halberstam, p. 514.

[10] Lo cual, bajo la presidencia de Nixon, ocurrió.

[11] Kieu: «El alto mando ordenó que este ataque [sobre Khe Sanh] tuviera lugar aproximadamente una semana antes del Tet de 1968 (es decir, entre el 20 y el 23 de enero). El ataque se realizaría antes de nuestra ofensiva a escala nacional a fin de distraer a las fuerzas enemigas de los demás teatros de operaciones».

[*] *Lady Bird* («mariquita», por el insecto) era el apelativo cariñoso de Claudia Alta Johnson (Taylor de nacimiento). (*N. del t.*)

[12] Betty Boyd Caroli, *Lady Bird and Lyndon: The Hidden Story of a Marriage That Made a President*, Simon & Schuster, Nueva York, 2015, p. 12.

12. ¿POR QUÉ DEBERÍAN SEGUIR LUCHANDO?

[1] Las notas de esta entrevista están en los Archivos Nacionales, en Washington, DC.

[2] Mai Elliott, *RAND in Southeast Asia*, Rand, Santa Mónica, California, 2010, p. 12.

13. HAMBURGUESAS KRYSTAL Y EL CAMIÓN

[1] Olson ganó el premio Robert Capa por la serie fotográfica.

EPÍLOGO

[1] Discurso de Nixon del 3 de mayo de 1968 en Indiana.

[2] Con el arte de birlibirloque típico de Westmoreland (*A Soldier Reports*, p. 434) menciona correctamente la cifra de marines muertos, de 142, pero omite los 80 soldados de caballería muertos en las batallas alrededor de La Chu (87). Sin embargo, sí que añade el cálculo de soldados del Frente muertos alrededor de La Chu (3.000) a su cálculo más alto de soldados enemigos muertos en la ciudad (5.000).

[3] «Outlook Assessed by Westmoreland», Associated Press, 26 de febrero de 1968.

[4] Tran Van Tra, citada en Karnow, p. 544.

Hué 1968
Mark Bowden

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Hué 1968. A Turning Point of the American War in Vietnam*

Publicado con el acuerdo de Atlantic Monthly Press, un sello de Grove Atlantic, Inc., Nueva York, NY, USA.

Traducción de Joan Andreano-Weyland

Copyright © 2017, Anthony Warner

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de cubierta: © Rolls Press/Popperfoto/Getty Images

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2018

ISBN: 978-84-344-2747-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

HUÉ 1968

El punto de inflexión en la guerra del Vietnam

MARK BOWDEN

Bestseller
del
*New York
Times*

«Una obra maestra de la no ficción narrativa. *Hué 1968* alcanza la carga emotiva y la universalidad de obras del calibre de *Por quién doblan las campanas* o *Sin novedad en el frente*.»

Michael Mann (*Ali, Heat, Collateral*)

Ariel

